Penélope

SETENTA Y CINCO CUENTISTAS CENTROAMERICANAS

Consuelo Meza Márquez

Compiladora

Penélope

SETENTA Y CINCO CUENTISTAS CENTROAMERICANAS

Consuelo Meza Márquez
Compiladora



UNIVERSIDAD AUTONOMA
DE AGUASCALIENTES

Penélope
SETENTA Y CINCO CUENTISTAS CENTROAMERICANAS

Primera edición 2017

ISBN 978-607-8523-10-8

Hecho en México
Made in Mexico

Escritora	País
Aída Castañeda	Honduras
Aída Párraga	El Salvador
Aída Toledo	Guatemala
Alejandra Flores Bermúdez	Honduras
Ana María Rodas	Guatemala
Anacristina Rossi	Costa Rica
Argentina Díaz Lozano	Honduras
Arifah Lightburn	Belice
Bertalicia Peralta	Panamá
Bessy Reyna	Panamá
Carmen González-Huguet	El Salvador
Carmen Naranjo	Costa Rica
Carol Fonseca	Belice
Circe Rodríguez	Guatemala
Claribel Alegría	El Salvador
Claudia Hernández	El Salvador
Cynara Michelle Medina	Nicaragua
Corina Bress	Guatemala
Corinth Morter-Lewis	Belice
Dorelia Barahona	Costa Rica
Emilia Macaya	Costa Rica
Erika Harris	Panamá
Eugenia Gallardo	Guatemala
Giovanna Benedetti	Panamá
Gloria Guardia	Panamá
Gloria Hernández Montes	Guatemala
Gloria Melania Rodríguez Molina	Panamá
Guisela López	Guatemala
Helen Dixon	Nicaragua
Helena Ramos	Nicaragua
Hilda Chacón	Costa Rica
Holly Edgell	Belice
Irma Prego	Nicaragua
Isabel Herrera de Taylor	Panamá
Ivette Holland	Belice
Ivonne Recinos	Guatemala
Ivory Kelly	Belice
Jessica Isla	Honduras
Jessica Masaya Portocarrero	Guatemala
Leticia de Oyuela	Honduras
Lety Elvir Lazo	Honduras

Escritora	País
Ligia Rubio-White	Guatemala
Linda Berrón	Costa Rica
Lucila Gamero de Medina	Honduras
Lupita Quirós Athanasiadis	Panamá
Luz María de la Cruz Redón	Costa Rica
Magda Zavala	Costa Rica
Marcela Valdeavellano	Guatemala
María del Carmen Pérez Cuadra	Nicaragua
María Eugenia Ramos	Honduras
Marisela Quintana	Nicaragua
Marisín Reina	Panamá
Marta Rodríguez	Costa Rica
Marta Susana Prieto	Honduras
Melanie Taylor Herrera	Panamá
Michele Najlis	Nicaragua
Mildred Hernández	Guatemala
Myra Muralles	Guatemala
Natalie Williams	Belice
Norma Rosa García Mainieri	Guatemala
Patricia Cortez	Guatemala
Rafaela Contreras Cañas	El Salvador
Rima de Vallbona	Costa Rica
Rocío Tábora	Honduras
Rosa María Britton	Panamá
Rosario Aguilar	Nicaragua
Ruth Piedrasanta	Guatemala
Tatiana Lobo	Costa Rica
Vilma Loría	Costa Rica
Virginia Grütter	Costa Rica
Waldina Mejía	Honduras
Yolanda Judith Hackshaw Mathews	Panamá
Yolanda Oreamuno	Costa Rica
Zee Edgell	Belice
Zoila Ellis	Belice

Prologuista	País
Consuelo Meza Márquez	México
Enrique Jaramillo Levi	Panamá
Lucrecia Méndez de Penedo	Guatemala

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

PRÓLOGO

Bessy Reyna
Panamá

Tal como lo hizo Penélope, la paciente esposa de Ulises en la *Odisea* de Homero, las escritoras incluidas en este libro nunca se dieron por vencidas ante los obstáculos que confrontaban por su sexo; se mantuvieron firmes en la certeza de que ellas eran las dueñas de su destino y no perdieron la esperanza de ver sus trabajos publicados —a pesar de vivir dentro de una cultura que no necesariamente apoya la intelectualidad en las mujeres—. Así, mientras Penélope pasaba sus días creando un tapiz y su existencia con el único objetivo de esperar el regreso de Ulises, estas escritoras crearon una historia tras otra, las escribieron porque no podían dejar de hacerlo, aun ante la posibilidad de que su trabajo quedara engavetado por años.

En Centroamérica, la publicación de obras literarias significa tener acceso a casas editoriales, lo que no existe dentro de todos nuestros países, o estar rodeadas de una cultura que apoya la literatura nacional, lo que no existe en otros.

Una visita a cualquier librería local nos demuestra el efecto que la globalización y el libre comercio ha tenido en nuestra literatura. Mientras que el trabajo de autores nacionales queda relegado y

en muchos casos es casi imposible de encontrar, las casas editoriales de Estados Unidos, en particular, están invadiendo culturalmente a América Latina con traducciones al español de libros escritos por autores populares en el idioma inglés. En cualquier país es mucho más fácil conseguir estas traducciones que un libro escrito por alguna de nuestras más importantes figuras literarias femeninas, como por ejemplo, la muy admirada escritora salvadoreña Claribel Alegría, reciente ganadora del Premio Internacional de Literatura Neudstat; o la costarricense Carmen Naranjo. ¿En cuántas librerías, fuera de su país natal, pueden conseguirse sus libros?

En 2005, asistir a la primera reunión de escritores centroamericanos organizada por la Asociación de Escritores de Panamá, constituyó una experiencia que fue un renacer intelectual. Fue allí cuando al fin pude conocer a escritores y escritoras cuyos nombres había oído mencionar en artículos o ensayos literarios, pero cuyos libros no había leído por falta de acceso a ellos. Durante esa conferencia pude admirar no sólo la gran cantidad de obras que los participantes habían publicado contra viento y marea, y con gran esfuerzo, sino que también pude apreciar la importancia del papel que juegan las revistas literarias, que continúan sirviendo como el medio más efectivo para distribuir nuestro trabajo.

Con esta antología, Consuelo Meza Márquez se ha convertido en una arqueóloga, buscando reliquias guardadas por el tiempo, desenterrándolas, rompiendo los impedimentos que nos mantenían aisladas y creando un museo imaginario donde nuestras historias logran volver a tomar vida. La suya ha sido una labor ardua, que requiere imaginación, disciplina y dedicación. Dentro del contexto cultural centroamericano, una antología como *Penélope* se convierte en un puente que nos permite conectarnos de un país a otro, y disfrutar brevemente del trabajo representativo de estas setenta y cinco escritoras aquí reunidas.

Es para mí un gran honor haber sido incluida en esta importante colección y, más aún, que mi corta narrativa “Penélope” haya fungido a la vez como título.

En la antigüedad, Penélope fue una heroína que luchó por sobrevivir dentro de un ambiente de angustia y acoso. Nuestras escritoras son heroínas modernas, sobrevivientes de conflictos políticos, dictaduras militares y guerras civiles.

Al igual que Penélope, muchas tenemos que dar prioridad a nuestras responsabilidades caseras y profesionales, pero contrario a Penélope es también importante para nosotras "robarle" el tiempo que sea necesario a cada día para poder ser escritoras del y para el público.

Las voces de las escritoras centroamericanas reunidas aquí se han mantenido hasta ahora como en un susurro, escondidas tras bastidores. ¡Ya no más! Desde la primera página de esta colección, nuestras voces forman un coro que va *in crescendo*, sin fronteras y al frente del escenario como siempre debieron estar.

INTRODUCCIÓN

Consuelo Meza Márquez

Se levantaba tarde en las mañanas. Buscaba excusas para no continuar con su tejido y un día, al escuchar el canto de las musas, decidió tomarse un tiempo de descanso. Se fue a pasear por una isla encantada donde hacían versos. Ulyses se la encontró por casualidad en uno de sus viajes y la obligó a regresar a casa. Él no deseaba que se rompiera la leyenda.

"Penélope", Bessy Reyna

En Centroamérica existe una tradición importante de cuentistas cuya presencia y producción es permanente, desde finales del siglo XIX hasta el presente. De hecho, la narrativa centroamericana de mujeres se inicia, en este género, con Rafaela Contreras Cañas (1869-1893), quien publica en diferentes periódicos centroamericanos a partir de 1890, nacida en Costa Rica pasa la mayor parte de su vida en El Salvador. Le darán continuidad la hondureña Lucila Gamero de Medina (1873-1964) en 1894, la costarricense Carmen Lyra (1888-1949) en 1905, la guatemalteca Magdalena Spínola

(1897-1991) en 1915, la panameña Graciela Rojas Sucre (1903-1994) en 1931, la nicaragüense Margarita Debayle de Pallais (1898-1983) en 1943 y Felicia Hernández (1932) de Belice en 1978. Las tres últimas lo harán en forma de libro.

La antología caracteriza, desde una propuesta sociológica, los rasgos de esta tradición de cuentistas centroamericanas que, como reflexión identitaria, dan cuenta de ese trayecto de ruptura respecto a la concepción al deber ser femenino, que como mandato cultural se impone a las mujeres. Este desafío como mujer creadora se expresa en la destrucción de esos arquetipos femeninos pasivos y asexuados, y la propuesta de nuevas metáforas en las cuales las escritoras seducen en la rebelión, vía la apropiación de su capacidad productiva, reproductiva y erótica, como el camino hacia la autonomía.

Penélope: sesenta y cinco cuentistas centroamericanas reúne cuentos del mismo número de narradoras, de distintas generaciones, en las que es posible identificar los gestos de ruptura respecto al deber ser femenino. Incluye un cuento de las dos primeras narradoras centroamericanas: Rafaela Contreras Cañas y Lucila Gamero de Medina, ambas publican a finales del siglo XIX. Por tanto, la antología cubre un periodo que data de 1890 hasta el presente.

Cuantitativamente, reúne dieciséis cuentos de escritoras de Guatemala, catorce de Costa Rica, doce de Panamá, once de Honduras, nueve de Belice, ocho de Nicaragua, y cinco de El Salvador. Esta desigualdad numérica expresa el desarrollo de la escritura de mujeres en cada país. La literatura escrita por mujeres en los países centroamericanos se inicia en el género de poesía. El país que ha recibido mayor reconocimiento por sus poetas, varones y mujeres, es Nicaragua. La excepción es Costa Rica, país donde la literatura escrita por mujeres se inicia con cuento y donde se publican el mayor número de libros individuales. Por otra parte, escritoras ya reconocidas como poetas incursionan como narradoras. Ésta, en general, ha sido la tendencia en Centroamérica. De hecho, la novela *Cenizas de Izalco* (1966) de Claribel Alegría y su marido, el periodista norteamericano, Darwin Flakoll, inicia la transición a un cambio genérico en la producción literaria centroamericana, en la que la narrativa vendrá a desplazar a la poesía como género hegemónico. Esta narrativa surge, ligada al papel de los escritores centroameri-

canos, como generadores de un discurso que conforma una identidad y una cultura nacionales, y con el compromiso de colocar en el centro del mismo, a aquellos sujetos hasta entonces excluidos.[1]

Sin embargo, la mayoría de la producción de cuento escrito por mujeres centroamericanas se publica en revistas, periódicos y suplementos culturales. Es una narrativa flotante, como la denomina Milagros Urbina, porque flota en revistas, periódicos y alguna que otra obra de recopilaciones. No es sino hasta la década de 1990 que empiezan a surgir los esfuerzos antológicos en los diferentes países, algunos más ambiciosos que otros.

Willy O. Muñoz, a partir de 2001, publica cuatro antologías de mujeres cuentistas de Honduras, Guatemala, El Salvador y Costa Rica. Compiló, asimismo, una antología de cuentistas nicaragüenses que se encuentran sin publicar. Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo publicaron *Mujeres que cuentan* (2000), en Guatemala. Linda Berrón ha compilado dos antologías en Costa Rica: *Relatos de mujeres* (1993) y *Relatos del desamor* (1998). Jessica Sánchez publicó la *Antología de cuentistas hondureñas* (2005). Enrique Jaramillo Levi ofrece un exhaustivo panorama de las cuentistas panameñas en la obra Flor y nata. *Cuentistas de Panamá* (2004); pero antes, en 1991, publicó *When New Flowers Bloomed. Short Stories by Women Writers from Costa Rica and Panama*. En Belice, la casa editorial Cubola, ha publicado dos antologías editadas por Gay Wilentz, denominadas *Memories, Dreams and Nightmares: A Short Story Anthology by Belizean Women Writers*. Vol. 1 (2002) y Vol. 2 (2005). En relación con escritoras de habla inglesa caribeñas, en 2006, se publica *Stories from Blue Latitudes, Caribbean Women Writers at Home and Abroad*, que contiene 26 cuentos y solamente uno, de Zee Edgell, es de una escritora de Belice. Finalmente, no es sino hasta 2007 que se publica *Una narrativa flotante. Mujeres cuentistas nicaragüenses* compilada por Milagros Urbina y Carlos Midence.

En la historia literaria de los países centroamericanos, Belice ha sido dejado fuera; es el único país del istmo que no fue conquistado y colonizado culturalmente por la corona española. En 1981, cuando este país se independiza de la Gran Bretaña, el idioma oficial es el inglés, pero en el habla cotidiana se utiliza el creole, especie de inglés africanizado. La población creole desciende de los colonizadores británicos y

de los esclavos ingleses que trajeron consigo. La literatura beliceña, en mayor o menor grado, incorpora esta característica de hibridez: juegos de voces en inglés y creole que dificultan la lectura pero que la llenan de resonancias, colorido y ritmo propios. Esta riqueza se pierde en la traducción[1], es por ello que se prefirió conservar los cuentos en su idioma original y no aventurarse a una infortunada traducción. Los cuentos seleccionados en su mayoría provienen de las antologías señaladas, se incluyen porque la literatura beliceña es poco conocida en Centroamérica e ignorada en la historia literaria latinoamericana, además de que los libros son de poca circulación fuera del país.

En Centroamérica es importante la producción de cuento breve, se incluyen varios en la antología, también se encuentran fragmentos y relatos de textos más amplios, pero que se leen de manera independiente sin perder el sentido de unidad.

Las escritoras son mujeres de distintas generaciones que van otorgando un sentido de continuidad en la línea del tiempo a una tradición ya consolidada, asimismo, se encuentran escritoras consagradas y aquellas que recién han publicado. Se reúnen, por otra parte, cuentos de libros publicados por las autoras, otros provenientes de antologías, algunos enviados directamente por las cuentistas que ya han sido publicados en forma de libro individual, pero a los que no se ha tenido acceso, e incluso textos inéditos.

Penélope, el nombre de la antología, responde al cuento de Bessy Reyna, mismo que se incluye como epígrafe en el inicio del libro, con el sentido de que nosotras, escritoras y lectoras, sí deseamos romper los mitos que se han tejido alrededor de las mujeres. *Penélope* es una invitación a descreer y una invitación "a todas las mujeres fugitivas que a pesar de los muros, las ciudades y los sueños que otros construyen para atraparlas, pueden correr tras sus propios sueños".[2]

La literatura, espacio privilegiado del universo simbólico, permite hacer visibles esos velos que obscurecen la visión de las mujeres,

1 Lo señalado puede observarse si se compara la versión original del libro *On Heroes, Lizards and Passion* (1988) de Zoila Ellis, con la traducción *De héroes, iguanas y* pasiones (2003), realizada por Madrid: Ediciones Zanzíbar. Zoila Ellis es la única autora que ha sido traducida al español, de este libro proviene el cuento "*White Christmas an' Pink Jungle*" que se incluye en esta antología.

2 Dedicatoria del libro de cuentos *Sublimes y perversos* (2005) de Lety Elvir Lazo.

estimula la autoreflexión y abre el camino para que otras mujeres, escritoras y lectoras, plasmen y nombren las inquietudes y anhelos de un cuerpo y una conciencia sexuados femeninos. El proceso anterior, en una sucesión de obras, representa una herencia de desafío que va del trastocamiento a la subversión y se manifestará en rupturas respecto a los mandatos culturales que construyen a las mujeres como seres asexuados, cuyo dominio se encuentra referido al espacio de lo privado, al margen de las creaciones históricas y culturales.

En la narrativa es posible hacer visible ese recorrido en el cual las protagonistas se van desprendiendo y otorgando nuevos significados al universo simbólico que las subordina, caminando en una travesía que les conduce hacia la apropiación de su cuerpo y su deseo, valga decirlo, ese proceso en el cual las mujeres rompen con la mirada que les refleja el espejo de la cultura y construyen una mirada desde una auténtica subjetividad femenina.

Es por esta razón, que el criterio de selección de los cuentos que se eligieron coloca el acento en las relaciones sociales y en cómo, al someter a prueba el contexto, se negocian nuevas relaciones: de pareja, entre mujeres, madre e hija, así como en la relación de la mujer consigo misma. En ese anhelo por construir, parafraseando a la escritora mexicana Rosario Castellanos, otra manera de ser mujer, condición para la rebelión, el rompimiento y la negociación es el poder verse reflejadas en el espejo de las otras, descubrir los efectos perversos de una cultura que valora a las mujeres por las cualidades que las someten y las niegan como sujetos de transformación social, reconociendo, con ello, la legitimidad de su deseo en un sentido erótico y protagónico.

Se recuperan, por tanto, cuentos que visibilizan esos gestos de ruptura, como los denomina Magda Zavala en el ensayo que se incluye, en el sentido de esa ruptura frente a los convencionalismos de la relación sexo-género con el propósito de remover los estereotipos y conductas que han mantenido a las mujeres dentro de los márgenes del orden privado. Zavala señala tres fases en el desarrollo de esta conciencia: la literatura que muestra y lamenta el estado de injusticia contra las mujeres, la que llama a la lucha o la documenta y, aquélla que ofrece un escenario de superación de los problemas, con mujeres autorealizadas y de firmes convicciones.

La antología no pretende ser exhaustiva, imposible dada la abundante producción, sino apenas una invitación, a manera de guiño o mirada de reojo, a recorrer el espacio de la escritura de mujeres como el espacio de la utopía en el que es posible identificar nuevas construcciones identitarias, que tienen como contraparte propuestas de sociedad más igualitarias y respetuosas de la diferencia.

La escritura femenina se refiere a aquellos textos escritos desde la experiencia de una mujer, en un intento por autodefinirse y salvar la identidad, frente al restringido ámbito que somete a las mujeres al espacio de la reproducción biológica. Este proceso, que va de la apropiación de la palabra para nombrarse a sí mismas y luego abrirse para decir al mundo, es simultáneo a la transformación de la identidad femenina tradicional limitada al ámbito de la domesticidad, a otra que la define como sujeto social inmerso en el ámbito de lo público y de las producciones culturales e históricas. Esta transformación de la identidad se hace visible a través de las acciones y posicionamientos de las protagonistas literarias en las esferas de la producción y reproducción; y en el proceso de socialización por la vía de la normatividad del cuerpo y la sexualidad.

El eje que unifica la producción cuentística, por tanto, es el de la identidad genérica femenina, describiendo la experiencia-vivencia desde un cuerpo y una conciencia sexuada femenina, se entiende por esto, la objetivación física y psíquica de la identidad genérica. En este sentido, la identidad femenina se refiere a la concepción de mujer de tipo normativo que, tanto la sociedad, como las mujeres mismas, tienen de sí y de su relación con el entorno social en un tiempo y espacio determinados.

Se aclara que al referirse a la experiencia femenina no se hace en el sentido de un esencialismo biológico que construye a las mujeres como seres regidos por el instinto, atadas a un orden de la naturaleza, lo que las colocaría en el plano de la animalidad; se refiere a esas experiencias que, culturalmente, han sido elaboradas y que se traducen en una concepción ideológica de femineidad (con su contraparte de masculinidad). Esta experiencia, al igual que la de grupos minoritarios, tiene como característica la negación del acceso al poder para controlar los procesos que se dan sobre su propio cuerpo, los involucrados en la expresión de su sexualidad y su relación con el entorno social. Este

control que los otros han ejercido sobre los cuerpos, la sexualidad y los destinos de las mujeres, se ha sostenido a través de ciertos mandatos culturales y se ha traducido en ciertos condicionamientos sociales, económicos y políticos que las mujeres deben tener en cuenta para su actuación. Así, las mujeres los han desafiado, transgredido, violentado y deconstruido en ese proceso de construirse como ser autónomo, como sujetos sociales inmersas en el mundo de la cultura y de la historia, transformándolo.

Este proceso de deconstrucción se inicia en el plano del imaginario simbólico acerca de lo femenino: pasa por la reapropiación del cuerpo y la sexualidad por un pensarse, nombrarse y aprehenderse mujer en un lenguaje feminizado; por la lucha en los ámbitos de los diferentes espacios de los aparatos simbólicos institucionalizados que construyen y reproducen la situación de marginalidad de la mujer; y por la lucha de la mujer por el acceso al poder en los diferentes campos sociales.

En este contexto, el acceso al poder está referido a la capacidad para expresar como legítimos e imponer los significados, aspiraciones y derechos de un cuerpo sexuado femenino; a la capacidad para romper el mandato cultural de la mudez, apropiarse de la palabra para nombrarse y de la escritura para decirse y decir al mundo que la rodea.

En esa lucha en el campo del arte y la literatura, la escritora debe combatir contra los efectos de la socialización y redefinirlos, y rompe con ello en un doble sentido: con la interpretación que los varones han realizado sobre ella en el espacio de la cultura, y con los estereotipos que se han utilizado para definirla en el espacio de la escritura.

Ese imaginario requiere, para su emergencia, de un lenguaje liberador expresado en nuevas metáforas que permitan escapar al sujeto femenino de esa inclusión/exclusión del discurso patriarcal, al haber sido definida desde la racionalidad masculina y no desde una subjetividad femenina. Un lenguaje que permita la destrucción de esas imágenes femeninas reflejadas en el espejo de la cultura patriarcal que colocan a las mujeres en el espacio de lo privado, de lo doméstico, de las emociones y los afectos, obscureciendo esa otra parte de la identidad referida al deseo de protagonizar la propia historia y la historia de la humanidad. Un lenguaje que permita aprehender la realidad social en un aquí y ahora, y esa resistencia de las mujeres que se encuentran en procesos de

transición hacia una sociedad inédita posible en la que las mujeres, en pleno ejercicio de su calidad humana, tengan acceso a esos elementos simbólicos y materiales que les permitan realizar su vocación como sujetos. Lo anterior se traduce en el ejercicio de la libertad y de la razón, desprenderse de los mandatos instintivos que la cultura patriarcal les impone y dotar de nuevos significados a la esfera pública desde una contrapartida femenina.

Esa redefinición de la esfera de lo público se refiere a procesos de negociación de las estrategias de resistencia de las protagonistas y a los cambios identitarios de esa mujer que, trastocando y subvirtiendo la naturalidad de los mandatos culturales, camina hacia la autonomía estableciendo nuevas relaciones con el mundo material y humano.

La resistencia de las mujeres, así como las transformaciones en el plano de la subjetividad femenina y en el de las condiciones objetivas, para lograr superar ese proceso de inclusión/exclusión del espejo patriarcal, se expresa en la lucha por la transformación de esas estructuras sobre las que descansa la condición de desigualdad y subordinación de la mujer: el derecho a disfrutar de los frutos del propio trabajo y de la capacidad de creación directa y personal; el dominio sobre la capacidad reproductiva, el derecho sobre el propio cuerpo y a ejercer una sexualidad para el placer; y finalmente, la redefinición de los contenidos e instituciones, a través de las cuales se dan los procesos de socialización que reproducen la ideología acerca de la feminidad y su contraparte de masculinidad. Esta utopía requiere, por tanto, de esa redefinición de la esfera de lo público que dé cuenta de las relaciones de poder que se establecen en el ámbito de lo privado, haciendo visible que esa construcción sexual y jerárquica ha sido realizada por seres humanos y no dada en la naturaleza, desarmando lo ideológico para revelar lo cultural. Este proceso de desnaturalización corre paralelo a una redefinición del lenguaje en la escritura para expresar las nuevas metáforas surgidas de un cuerpo y una conciencia sexuada femenina, un lenguaje que seduzca y oriente a las mujeres que, rebelándose a los mandatos culturales, corren tras sus propios sueños. Un lenguaje que permita desmantelar esas disposiciones que la cultura patriarcal impone y que recupere la expresión del deseo de las mujeres. Lo anterior legitimará ese protagonismo, en lo público y en lo privado, en esa redefinición en la que se han borrado

esos límites artificiales e ideológicamente colocados como infranqueables por el discurso patriarcal.

Es así como las escritoras vacían el espejo de la cultura androcéntrica y patriarcal para llenarlo de las ficciones que reclaman para sí mismas, seduciendo a las lectoras en ese diálogo intersubjetivo que invita a la complicidad. Se posiciona como la poseedora de las palabras para verse, nombrarse y escribirse; como contraparte, las lectoras tienen la capacidad de leerse y pensarse desde un discurso construido, desde un cuerpo y una conciencia análoga a la propia, no desde la traducción de la experiencia de un escritor varón.[3]

Ésta es la salida del mundo del espejo y el potencial subversivo: apropiarse del lenguaje para que, a manera de contradiscurso, regrese a las mujeres al origen, protegiéndolas y amorosamente invitándolas a la complicidad en ese proceso de ir corriéndose de los márgenes del discurso al centro del mismo. Es ésta la propuesta que se encuentra en las narradoras centroamericanas, el espacio de la utopía que se muestra en el recorrido propuesto por la producción cuentística de las autoras de los siete países centroamericanos. Una propuesta que invita a la trasgresión, que seduce en la rebelión, construyendo nuevas imágenes femeninas en el diálogo, el acompañamiento y la complicidad entre escritoras y lectoras.

Los cuentos se separan en ocho grupos, que enumeran ese recorrido en que las protagonistas expresan su rechazo a la construcción de femineidad, que el espejo patriarcal refleja para iniciar un trayecto en el que se van desprendiendo de los contenidos simbólicos y dan nacimiento a una mirada recreada desde un cuerpo, una conciencia y un lenguaje sexuado femenino.

---

3 Patrocinio P. Schweickart (1999) señala que en los textos androcéntricos, la lectora lee el texto confirmando su posición del *otro* debido a que ha introyectado los textos y los valores androcéntricos. En el caso de los textos escritos por mujeres, la lectura expresa un encuentro intersubjetivo escritora-lectora, estableciendo un contacto íntimo con otra subjetividad que no es idéntica a la suya, pero que igualmente en su calidad de *otro*, le ofrece la posibilidad de articular su experiencia bajo una propuesta sexuada femenina. En ese proceso de identificación, la mujer lee como mujer lo escrito por otras mujeres, sin colocarse en la posición del *otro*, desnaturalizando los valores androcéntricos (Schweickart, Patrocinio P. "Leyendo (nos) nosotras mismas: hacia una teoría feminista de la lectura", Marina Fe (coord.), *Otramente: lectura y escrituras feministas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, p. 141).

El recorrido inicia en el otro lado del espejo: en la enajenación. Los cuentos expresan esa fragmentación, desamparo e impotencia de las mujeres que no logran romper con la imagen de femineidad que refleja el modelo patriarcal; mujeres que nombran su rechazo pero que no logran penetrar al mundo del espejo para, desde dentro, recorrerlo y destruirlo. Los cuentos, que en su mayoría giran alrededor de las esferas productiva y reproductiva, corresponden a esa fase en el desarrollo de una conciencia femenina en la que muestra y lamenta el estado de injusticia contra las mujeres.

El segundo grupo se refiere a los cuentos infantiles y cuentos sobre niñas que colocan el acento en la esfera de la socialización, en el rechazo que se expresa y los elementos contradiscursivos que construyen en esos primeros pasos en el recorrido desde dentro del espejo. Niñas que se niegan a someterse, que desaprenden y otorgan nuevos sentidos a esos símbolos que las inmovilizan. Los cuentos corresponden a un desarrollo de la conciencia que llama a la resistencia.

El tercero, el más numeroso, da cuenta de los diferentes gestos al desafío y rebelión ante los mandatos expresados en las esferas de producción, reproducción y sexualidad. Son protagonistas en proceso de afirmación que van apuntando elementos para construir la salida del espejo patriarcal, cuentos que muestran cómo la esfera de lo privado tiñe la esfera de lo público, cómo lo personal es político, cuentos de mujeres que eligen para sí, desmantelando el deber ser femenino y que ofrecen ese escenario de superación de los problemas, con mujeres autorrealizadas y de firmes convicciones que señala Magda Zavala.

En el cuarto grupo se colocan cuentos que construyen la esfera de la sensualidad, como el espacio de resistencia desde el cual se impugnan los contenidos de las otras esferas. Son cuentos donde se destruye la mirada refractada en el espejo patriarcal a través de la recuperación del contacto con el propio cuerpo, de la capacidad de sentir y recrear un erotismo desde un cuerpo de mujer, y no a partir del aprendizaje y las necesidades de un cuerpo de varón. El proceso de afirmación de la identidad rebelde se fortalece en la relación de la mujer consigo misma.

Los del quinto grupo tienen como eje la sororidad, condición indispensable para el cambio, esa red de apoyo mutuo tejida por las mujeres en el proceso de toma de conciencia y en la práctica social.

Esa nueva relación entre mujeres que se expresa en un acompañamiento que dota de nuevos significados al universo simbólico de la cultura patriarcal. Esa construcción de nuevos sentidos se da en las resignificaciones compartidas que permiten pensar, nombrar y hacer visible que ese malestar y sentimiento de inadecuación se debe a las injusticias derivadas de un orden social jerárquico y opresivo que las mantiene en los márgenes, negando su condición de sujetos de cultura y transformación social. Ese perderse en el espejo viviente de las otras y el reconocerse en ellas es un proceso curativo que permite sanar las heridas y reconstruirse como seres humanos plenos.

Los cuentos del siguiente grupo se encuentran referidos a un tipo específico de relación entre mujeres, de madres e hijas. Los contenidos que se transmiten no reproducen la sujeción y la marginalidad; por el contrario, son contenidos liberadores que permiten trazar una genealogía femenina de mujeres rebeldes que heredan a sus hijas la fortaleza para desarrollar una nueva ética, que no se basa en el sacrificio, sino en el gozo que surge del desarrollo de una conciencia sexuada femenina que, al desmantelar el discurso patriarcal, brinda los elementos de un discurso alternativo que le permite irse corriendo al centro del mismo.

Los cuentos del séptimo grupo recuperan la nostalgia de las posibilidades inadvertidamente perdidas porque el lenguaje aprendido no permite pensar y/o nombrar las experiencias, deseos, frustraciones, amores, odios, sentimientos y procesos de un cuerpo y una conciencia sexuada femenina. La capacidad de nombrar esos *Recuerdos del porvenir*[4], le permite recuperar la memoria y fortalecerse.

Los del último grupo representan la búsqueda de un lenguaje sexuado femenino que llene con nuevas imágenes el espejo: imágenes liberadoras, lúdicas y luminosas que rompan con las sensaciones de fragmentación, enajenación y atrapamiento.

Se encuentran protagonistas en la búsqueda de la palabra para decirse y nombrar el mundo; se subvierten los símbolos patriarcales en un sentido positivo, de tal manera que alimentan y legitiman los esfuerzos rebeldes; y los conceptos son resignificados. Esta inquietud por la búsqueda de un nuevo lenguaje se encuentra en el conjunto de

4 Título de la novela de la escritora mexicana Elena Garro.

los cuentos elegidos; sin embargo, pareciera que en los de este grupo es ésta la principal preocupación.

El otro lado del espejo: la enajenación

El trayecto se inicia en la enajenación, en ese rechazo producto de la mirada que se encuentra atrapada en el modelo cultural y que, como Alicia del mundo del espejo de Carroll, lo escudriña buscando la manera de cruzar al otro lado del mismo, a la posibilidad de construir un lenguaje propio que le permita expresar la legitimidad de su deseo, erótico y protagónico, a partir de la experiencia en un cuerpo femenino, hurgando en ese laberinto por la punta del destino perdido, parafraseando a la escritora guatemalteca Johanna Godoy.

Los cuentos expresan la ansiedad y enojo de una gran cantidad de mujeres, sus sentimientos de fragmentación, producto de la discrepancia entre el supuesto deber ser femenino, la supuesta felicidad que el cumplimiento del rol brinda y lo que realmente es: el vacío e inconformidad. Ese deseo que surge como anhelo, como exigencia de realización personal, un deseo que no se debe a una perversión personal, sino que la cultura la construye como un ser incompleto y subordinado, reconocido socialmente por esos valores que la mantienen en la sujeción.

Escritoras como Irma Prego (Nicaragua, 1923-2001), Marta Susana Prieto (Honduras, 1944), Giovanna Benedetti (Panamá, 1949), Arifah Lightburn (Belice, 1979), Alejandra Flores Bermúdez (Honduras, 1957), Holly Edgell (Belice, 1969) y Claudia Hernández (El Salvador, 1975) expresan esa fragmentación que les ofrece el espejo de la cultura patriarcal. Se encuentran dentro de un espejo que les refleja una imagen resquebrajada con rasgos delineados por el ojo masculino. Las protagonistas de estas autoras no logran construir una salida que las libere, de esa mirada atrapada en el espejo por el aislamiento o por lo limitado de los recursos simbólicos y materiales a los que tienen acceso. Las sensaciones que dejan a las lectoras son la nostalgia de esas lágrimas que no se han vertido, el recogimiento y la impotencia. Sentimientos de rechazo a una sociedad que no valora a las mujeres y que las expone a situaciones de violencia simbólica y sexual. Como

contradiscurso, se encuentra ese anhelo de búsqueda de una identidad auténtica, la nostalgia de una igual con quien compartir esa sabiduría y el regreso a esa mirada de la niña en la que todavía no se han interiorizado los mandatos culturales. Irma Prego en "Una mujer llamada Carmela" muestra a:

> Carmela, invisible mujer sin rostro, muda y ausente, habitante de casa prestada de unos hijos en tránsito, de un marido en otra parte, esclava de todos los días lo mismo; Carmela, aquella mujer llamada Carmela, un día se fue para siempre y dejó un rastro de hilos, botones, agujas, vajillas, manteles, ropa de cama, remiendos, resentimientos, horas vacías, rincones, recetas, listas de compras, economías y silencios, sobre ese enorme charco de lágrimas que nunca lloró.

En ese mismo sentido escribe Marta Susana Prieto en el cuento "Monólogo" en el que una ama de casa expresa su soledad en ese su propio "universo inventado hablando en palabras muertas a éste, mi alfabeto ciego, remirando mis temblores en el escaparate de mi casa, rebuscando mi substancia en el arreglo de una cama en mi telar emocionante de picar cebollas y tomates divirtiéndome en el silencio de las piedras...". Del mismo modo, Giovanna Benedetti nos lleva de la mano de su personaje, una mujer que fantasea cómo podría salir de su rutinaria y desgastada vida, con ciertos elementos simbólicos muestra el resentimiento hacia su entorno y su sensación de soledad, utiliza el paso del tiempo como el arma para desbocar su hastío: "Todo puede ocurrir exactamente a tiempo; sin embargo, debe haber algo más; una vuelta de tuerca en cualquier parte, que espera decidir en último momento, un cambio de opinión, un accidente."; sin embargo, este mismo mecanismo del tiempo hace que regrese a su estado cíclico y autómata, esperando el regreso del marido.

Arifah Lightburn en *"A Tiny Roach"*, tiene como protagonista a una mujer joven que muere por una infección provocada por un aborto. En el momento de morir, la hija expresa su nostalgia por esa otra hija que no nació y por esa madre que no tendrá una hija o una nieta con quien compartir su sabiduría. Alejandra Flores Bermúdez en "La viola-

ción de un día de paz" reflexiona en las diferentes maneras de violar a una mujer, sobre todo, si se es diferente.

Holly Edgell, en *"A Woman Just Can't Win"*, muestra a una indígena maya que se postula para un cargo de elección popular. La diferencia se presenta en un doble sentido: por sexo y etnia. Ante este desafío, como castigo es violada obligándola a abandonar la contienda política.

El cuento "Invitación" de Claudia Hernández aborda esa identidad fragmentada, entre una niñez en la que todavía no se han interiorizado del todo los mandatos y una mujer adulta que al mirarse en el espejo no encuentra su mirada pícara y alegre de la niñez:

> Acababa de bañarme y estaba asomando los ojos a la ventana de mi habitación cuando, de pronto, me vi pasar. Era yo. Pero no la yo que miraba en las visiones del espejo, sino otra yo que conocía y que tenía mucho tiempo de no ver: yo niña [...] Tenía la esperanza de que, si me quedaba ahí, si esperaba, yo-niña volvería a pasar sobre mi vuelo como hacen las mariposas.

El inicio del recorrido y los primeros pasos: cuentos infantiles y cuentos sobre niñas

El conjunto de mandatos culturales se transmite y reproduce por medio de agencias de socialización que definen el contenido simbólico de las normas, valores, roles y expectativas del papel de las personas por su adscripción al género femenino o masculino. En el caso de la mujer, se le construye como asexuada, carente de poder, sin voz para nombrarse o expresar sus deseos, y subordinada al varón. Los atributos que corresponden a esta construcción son la pasividad, la mudez y una exaltación de sentimientos como la abnegación, el sacrificio y el amor incondicional. La primera de estas agencias es la familia, espacio que se supone como de relación entre iguales, de armonía y seguridad. Otras agencias primarias de socialización son la escuela, las instituciones religiosas y los diferentes medios masivos de comunicación.

Es por esa razón que el recorrido continúa con los cuentos infantiles y cuentos sobre niñas que rompe con la sencillez, suavidad y

la tranquilidad de la manera en cómo debió ser todo en aquellos tiempos de *había una vez…* del cuento de Yolanda Oreamuno (Costa Rica, 1916-1956). Rafaela Contreras Cañas (El Salvador, 1869-1893), la primera cuentista centroamericana, inicia este recorrido de ruptura. "Las ondinas", publicado en 1890, es un cuento de hadas y sirenas, que muestra lo volátil del concepto "amor" y la insatisfacción de las relaciones amorosas. Enfrentada ante este espejo, la hermana menor rechaza la posibilidad del amor y elige convertirse en hada.

Escritoras como Eugenia Gallardo (Guatemala, 1953), Virginia Grütter (Costa Rica, 1929-2000), Gloria Hernández Montes (Guatemala, 1960), Hilda Chacón (Costa Rica, 1960), Zee Edgell (Belice, 1940), Ivette Holland (Belice, 1972) y Myra Muralles (Guatemala, 1960) tienen como protagonistas a niñas que se rebelan a esos roles y normas culturales, que aprenden a soñar e imaginar sus propias fantasías, a desafiar y mentir para evadir el castigo, que experimentan odio y temor, que se defienden de la violencia de los mayores. Como contradiscurso, es posible observar procesos de toma de conciencia ante la discriminación y violencia, el valor de la autonomía y la independencia transmitidos por vía matrilineal, así como el descubrimiento de la sexualidad y el regocijo, producto de la misma. Los símbolos empiezan a vaciarse de esos contenidos que las maniatan para llenarse de nuevos sentidos liberadores.

Eugenia Gallardo en "1" muestra una Bella Durmiente que no quiere despertar a la vida real, una princesa que ante el llamado del príncipe "no respondía porque soñaba". La niña del cuento "Los Reyes Magos y la muñeca", de Virginia Grütter, descubre que no existen y ante el engaño de los mayores, llora, se enoja y los desafía jugando con las niñas a las que siempre ve desde lejos, pero con quienes los adultos no la dejan hacerlo por su pertenencia a un estrato social inferior: "Y por eso estoy aquí jugando yaxes debajo del almendro con Yolanda y Elvira. Aunque me arranquen las orejas. Y ellas se me quedan mirando y no saben por qué estoy tan contenta".

En "La señorita Carmela", de Gloria Hernández Montes, se observa una niña que aprende a odiar a su maestra de doctrina porque al robarle ésta sus Biblias ilustradas, intuye que esos valores morales y religiosos que la maestra predica son una mentira. Sin embargo, este

sentimiento de odio que experimenta le provoca temor: "Sé que tengo el corazón negro y que me he pasado del lado de los malos de las historias".

Hilda Chacón en "De piedra" tiene como protagonista a una niña de cinco años que es objeto de la violencia del padre, la niña en un instante en el que el padre la va a golpear, señala: "Y en ese preciso momento, me visita el recuerdo de tus brazos que me rodean y no me dejan respirar, cuando lloro mientras tú te ríes. Y vuelvo a escuchar tu voz cuando ríes a carcajadas porque soy pequeña y no puedo escaparme de ti. Y te ríes aún más porque soy mujer, dices, y no puedo escaparme de tu abrazo". La niña lleva en la mano una piedra con la que jugaba y como si tuviera vida propia, se dispara en la dirección del puño del padre.

Zee Edgell en *"My Uncle Theophilus"* presenta una temática frecuente en la literatura beliceña: mujeres negras embarazadas de hombres blancos que las abandonan. La protagonista es una niña huérfana de madre que ha quedado bajo el cuidado de los tíos en el contexto de la sociedad colonial.

El cuento muestra el proceso de toma de conciencia de la niña que, a través de la mirada del tío, aprende sobre el racismo y la discriminación de los soldados beliceños al interior del ejército británico; posteriormente, lleva esta reflexión a la opresión colonial y a una abierta actitud de resistencia.

"My Rice and Coconut Milk", de Ivette Holland, muestra la tierna y amorosa relación de la nieta y la abuela que cuida de la niña. Es el día después de la consumación de la independencia y la madre comunica a su pequeña que ellas también se independizarán del círculo familiar y tendrán su propia casa. La niña no desea separarse de la abuela y expresa: "No me gusta la independencia, siempre me hace llorar". Sin embargo, el guiso del arroz y la leche de coco que la abuela prepara junto con la nieta, representa la transmisión de esas tradiciones que por vía matrilineal mantienen unida a la familia.

En "Aquella luna de miel", de Myra Muralles, se asiste a los recuerdos de una mujer que de niña "observó una imponente escena de pasión que nunca antes imaginó y que jamás pudo, ni quiso, borrar de su memoria: sus padres se acariciaban, desnudos, sin sábana que les cubriera, y se entregaban al regocijo, ajenos a la mirada curiosa y

asombrada de su hija". Descubre que la sexualidad no corresponde al horror que la abuela le contaba gracias a esa cátedra que los padres le brindaron.

En varios cuentos de los otros grupos, como "Señorita en la cuadra" y "Punto G", se observa claramente ese proceso de socialización y los mecanismos de control de la sexualidad en las niñas, por parte de la madre y las instituciones religiosas.

El desafío y la rebelión

Esta preocupación sobre la inscripción del género en los discursos y acciones de las personas se encuentra presente en la producción cuentística de las escritoras, generando productos en los que se expresan esas desigualdades de género, al hacer visibles en los textos los mecanismos a través de los cuales las mujeres han sido expropiadas de su cuerpo, de su sensualidad, de su erotismo y de su capacidad creativa; así como los elementos simbólicos de la cultura que reproducen la diferencia sexual en la vida cotidiana como factor de opresión y marginalidad de las mujeres.

Para curarse de esas sensaciones de fragmentación y enajenación, la escritora propone a las lectoras romper el espejo que refleja el supuesto deber ser femenino, haciendo visibles las desigualdades sociales entre los varones y las mujeres, la valoración inferior que se da a las actividades realizadas por las mujeres en lo productivo y reproductivo, la relación de poder que se establece entre ambos sexos y las manifestaciones de subordinación de la mujer respecto del varón.

Lucila Gamero de Medina (Honduras, 1873-1964), Helena Ramos (Nicaragua, 1960), Marisela Quintana (Nicaragua, 1958), Linda Berrón (Costa Rica, 1951), Leticia de Oyuela (Honduras, 1935-2008), Aída Castañeda (Honduras, 1940) y Rosa María Britton (Costa Rica, 1936) construyen protagonistas que ponen a prueba el contexto y ensayan diferentes estrategias de resistencia a los mandatos culturales, con lo que logran identificar esas fisuras, en el contexto objetivo, que les permitan hacer añicos el espejo patriarcal e ir delineando nuevos rasgos a esa imagen que, con gran curiosidad, se asoma en el espejo. En este

trayecto recuperan sentimientos vedados a las mujeres, como el odio que puede llegar hasta el asesinato, el insulto con palabras soeces, o la resistencia de una mujer que prefiere la tortura, la violación y la muerte a ver flagelado el ejercicio de su voluntad. De manera contradiscursiva se encuentra la ironía como recurso para desmantelar los mandatos patriarcales, y una intertextualidad con los personajes femeninos de los cuentos infantiles que también se rebelan.

"Odio", de Lucila Gamero de Medina, recupera ese sentimiento que es vedado a las mujeres, por considerar que se contrapone a los sentimientos de abnegación y a esas emociones dulzonas que deben caracterizar a las mujeres. El experimentar y expresar este sentimiento es un desafío, sobre todo, si la protagonista asesina al padre que abandonó a su madre contagiándola de sífilis.

Helena Ramos en "Maris Stella" tiene como contexto una dictadura, como tantas de América Latina; el personaje femenino prefiere soportar la tortura, la violación y la muerte a aceptar entregarse al coronel que, enamorado de ella desde niña, le ofrece salvar su vida si permanece a su lado.

Marisela Quintana asume una propuesta abiertamente feminista en su obra, denuncia con gran sentido del humor e ironía, reclamando y visibilizando la realidad que atrapa y vulnera a las mujeres. El cuento "En secreto" muestra esa estrategia discursiva para desmantelar los mandatos patriarcales:

> Se casó con Luis Lane, un periodista opaco y de escaso alcance quien deseaba una mujer bella, escritora, inteligente, buena madre, espléndida esposa y amante excepcional que complaciera sus complejos y que le permitiera insultarla de fea, insípida, estúpida, mala madre, inaguantable esposa y floja amante. Clara Kent era todo lo primero, pero no habría de esperar más que lo segundo en el momento que aceptó casarse con semejante "alma de cántaro" del tal Luisito.

Linda Berrón en "El pique" relata una mañana cualquiera en la vida de una mujer casada con niños que deben llegar a tiempo a la escuela. A su regreso, se indigna porque un hombre le hace señales

insultantes desde su automóvil, la mujer lo persigue, lo enfrenta y lo acorrala:

> Nadie te contó que podían invertirse los términos de los lobos y las caperucitas, que nadie ha robado nada y el espíritu salvaje está intacto [...] no habrá impunidad de ahora en adelante, en cualquier esquina puede despertar una exbella durmiente, una mujer loba [...] me bajo del auto, me acerco y te sonrío, lo que debe desconcertarte aún más, y ya a tu lado, te digo con una voz que no has escuchado nunca en tu pinche vida: ¡las mujeres primero!

La protagonista desafía mostrando insatisfacción ante la cotidianeidad, enfrentando al hombre y en el lenguaje, considerado no propio de una dama, con que expresa su disgusto a lo largo del cuento.

Otra forma de desafío es la que presenta Leticia de Oyuela en el cuento "La Libertad". La protagonista es una mujer que ya ha cumplido los cuarenta años, por tanto, se supone que su ciclo reproductivo está por terminar, lo que la deja al margen de ese ejercicio de la sexualidad que debe ser para la procreación. Sin embargo, ella pretende expresarle al marido el amor y el deseo que aún le provoca. El hombre la rechaza porque conforme a los mandatos culturales patriarcales, es el varón el que debe tomar la iniciativa, la mujer es asexuada y representa el objeto del placer del otro:

> A Bienvenida aún le sangraba la herida de la última vez en que quiso que le advirtiera como mujer… Esa tarde, mientras limpiaba el jardín, cortó un inmenso ramo de flores para colocarlo en la habitación y, en un rapto de pasión, recordar los años idos en aquel gran lecho, donde se tornaba pequeñita a su lado, sintiendo su instinto protector y el objeto fundamental de su amor. Había disfrutado de esa entrega total en vida y alma y pensó en recuperarla mediante una sorpresa. Impulsivamente, tomó las flores, las despetaló sobre el lecho, tapizándolo completamente e invadiendo la habitación de un olor gratísimo.

Aída Castañeda, en “Rosario”, muestra la salida del espejo patriarcal a través del trabajo remunerado. Rosario es madre y esposa, pero es tratada como servidumbre por parte de los hijos y el marido. Es una mujer joven pero avejentada, que usa ropa desgastada y pasada de moda. Tiene una educación universitaria y un día el marido, en son de burla, le dice que salga a trabajar y se pague una sirvienta. Rosario, se agarra de esta tabla de salvación y lo hace, transformando así su vida:

> Rosario entra a la sala con la cabeza alta y la espalda recta. Está guapísima con sus zapatos nuevos muy altos y su falda una cuarta arriba. Despide un delicioso olor a *Gucci* [y los enfrenta anunciando que la sirvienta está en la cocina y se dirige al marido en estos términos:] y tú General de cerro, no me mires así... no te odio, ¡me das lástima! Y por lástima seguiré aquí para que no termines de malograr a los niños.

“Hechizo de amor”, de Rosa María Britton (Costa Rica, 1936), es la historia de una mujer que, a pesar de saber que el marido la engaña, continúa enamorada y lo atiende sin reclamos porque asume que es su deber. Acude con una mujer conocedora de hierbas y hechizos para solicitarle uno que la libere de ese amor. Un día el marido “la golpeó de lo lindo, un poco averiada pero con el corazón enterecito y sin grietas se mudó a casa de su madre sin decir ni adiós. A Calinda le pagó lo convenido, agradecida por el trabajo que le había hecho al resolver el problema y librarla para siempre del apego que había sentido por su marido”. Rebeca volvió a ser una mujer feliz y la fila de mujeres frente a la casa de Calinda se hizo interminable. Si bien, Rebeca no logra asumir la decisión como propia, la violencia del marido la fortalece abriendo una fisura por donde ella está en la capacidad de penetrar y encontrar la salida al espejo patriarcal, contagiando con su ejemplo a otras mujeres.

Así, gestos de ruptura son: la apropiación de un cuerpo y erotismo expresado desde una sensualidad femenina, en la que rompe con la imagen de sí como asexuada y como objeto del placer del otro, y el trabajo remunerado como el medio que permite a las mujeres ir redefiniendo las reglas y mandatos culturales. Se visualiza a ésta última

como la más efectiva de las estrategias para romper, no sólo con la dependencia económica, sino también emocional respecto del marido y los hijos. Sin embargo, frecuentemente la solución a ese conflicto objetividad/subjetividad requiere de otros elementos simbólicos como la magia para apuntalar la voluntad, abriendo fisuras por donde penetrar y encontrar la salida.

En cuentos como los de Marisín Reina (Panamá, 1971) y Mildred Hernández (Guatemala, 1966) las protagonistas deciden marcharse en la búsqueda de un nuevo sentido de plenitud que permita exorcizar el odio, recuperar la ternura y la caricia. Es en el espacio de la sensualidad donde se fortalecen, en esas sensaciones que llegan a través de los sentidos y que permiten ese reencuentro con el propio cuerpo, envolverse en sí misma como si estuviera protegida en el vientre de la madre.

El cuento "De armas tomar", de Marisín Reina, presenta una situación similar a la de "Hechizo de amor" en la que el marido es infiel. El espejo le ofrece la imagen de una persona que está dejando atrás la juventud y su cara empieza a marchitarse. Es el rostro de una mujer que no desea seguir viviendo como hasta ahora, que expresa el anhelo de plenitud y admite, enfrentando al marido y a sí misma en el reconocimiento, que ese "amor se marchitó hace años y ya no hay nada qué hacer" y le pide que se marche.

"La distancia es como el mar", de Mildred Hernández, ofrece otra salida al conflicto anterior. Piedad enfrenta al marido y a la amante, los golpea para liberarse de la rabia y "va al mar porque es la única manera que tiene para exorcizar el odio que la abrasa":

> En la oscuridad de la noche sin luna Piedad Reyes se entrega al mar, a la temeridad de su ternura. Con manos de amante experimentado, las olas son unos brazos que la abaten y recorren los más ocultos arcanos de su cuerpo agotados por la vida, virgen de placeres, acostumbrado a dar sin pedir nada a cambio. Los pezones se yerguen en un desafío de rebeldía inaudita. Separa las piernas disfrutando al amante que la mordisquea, que se le incrusta y toma posesión de los más recónditos parajes de su sexo ansioso y jadeante. Su piel es un erizo marino irradiando destellos luminosos y fugaces. Cierra los ojos y sus manos se

> crispan en la turbulencia del deseo. Está abrasada en una fuerza que la avasalla y se ruboriza ante la novedad de saberse plenamente mujer por vez primera.

Otras escritoras como Rocío Tábora (Honduras, 1964), Ruth Piedrasanta (Guatemala, 1958), Aída Toledo (Guatemala, 1952) y Magda Zavala (Costa Rica, 1952), a pesar de contar con relaciones de pareja satisfactorias y disfrutar de un erotismo compartido, experimentan esa insatisfacción y malestar, producto de la necesidad de reconocimiento directo y personal y no a través de la mirada del otro. Rompen con la dependencia emocional respecto al marido, eligen para sí y deciden caminar hacia la autonomía. Para ello, a manera contradiscursiva, empiezan por la resonancia del propio nombre, por el deseo de mantener un espacio y un *cuarto propio* que les permita recrearse y reconocerse en sus propias palabras, sensaciones y preocupaciones, y sobre todo, expresar su deseo protagónico y erótico con la conciencia de asumir las consecuencias de la opción por la libertad.

Rocío Tábora en "Él" expresa esa necesidad: "Esta tarde quise mirarme a mí misma mientras me peinaba, pero todos los espejos estaban ocupados con su figura. Las botellas, vidrios, bandejas de metal, todo cuanto es capaz de reflejar algo, lo reproducían a él… quería estar conmigo misma y no podía, no lograba ni llevar mis manos a la cara y palparme, yo era un vacío sin nombre".

Ruth Piedrasanta en "Esarrola", se refiere a la melodía de Billie Holiday *Ain´t Nobody's Business* que le permite expresar su deseo de mantener un espacio y un cuarto propio, una rola que "estaba asociada a eso: lo que ella gustaba ser, pero aún, y a pesar de todo su esfuerzo, no era." El primer paso es esa necesidad de soledad que los otros no entienden y que ella, finalmente, ha logrado expresar como condición de paso de aquellas mujeres que en un proceso de autoreflexión se encuentran replanteando su identidad.

En "Alegato de una tecuna" de Aída Toledo, María abandona al marido a pesar de amarlo, respetarlo y admirarlo porque éste siempre quería tener la razón e irónicamente se decía feminista.

Magda Zavala en "De la que amó a un toro marino" es la que mejor logra aprehender y expresar su deseo protagónico y erótico y esa

conciencia plena de asumir las consecuencias de su decisión pagando gozosa el precio de la libertad:

> Cinco años después, pude desandar el laberinto, el oscuro interior de mi toro, sus oquedades inundadas de oleajes sinuosos. Supe que toda esa humedad eran lágrimas que caían hacia dentro, y lo vi encorvado y bramante. Entonces corrí y corrí siguiendo la pista luminosa hacia la salida, aunque habría querido que sus brazos de atleta fueran entonces y por siempre mi refugio. Afuera, pude reconocerme de pie, íntegra, dispuesta a nacer entre las aguas.

La preocupación por las madres solteras es una inquietud importante en las escritoras de Belice, como se señaló, frecuentemente la mujer es negra y el varón blanco. Corinth Morter-Lewis e Ivory Kelly tienen como protagonistas a mujeres que deciden continuar con el embarazo en una sociedad con costumbres muy rígidas, respecto de la esfera del cuerpo y a los hijos nacidos fuera del matrimonio.

En el cuento *"The Rocking Chair"*, de Corinth Morter-Lewis, la mujer decide continuar con el embarazo a pesar de que la decisión implica el abandono forzoso de su empleo. La comprensión, el amor y el apoyo de la madre es una condición que permite a estas mujeres desafiar, de manera exitosa, el conflicto objetividad/subjetividad. Por su parte, Ivory Kelly en el cuento *"The Real Sin"*, ante la misma situación, con una clara intención feminista, realiza una crítica a esas sociedades que obligan a las mujeres a casarse porque de no hacerlo quedan fuera de la sociedad en lo simbólico y lo material, privándolas de los recursos para mantenerse a sí mismas y al ser que viene. La protagonista es una sobreviviente en esta sociedad patriarcal, una mujer que escribe, dueña de la palabra para contagiar a otras y seducirlas en la rebelión.

Probablemente, el desafío más castigado en las sociedades que consideran a la mujer como un objeto propiedad del varón, es la infidelidad. Autoras como Argentina Díaz Lozano (Honduras, 1910-1999), Tatiana Lobo (Costa Rica, 1939), Marcela Valdeavellano (Guatemala, 1951), Anacristina Rossi (Costa Rica, 1952) y Dorelia Barahona (Costa Rica, 1959) lo presentan en diferentes contextos históricos que van, desde la sociedad colonial, hasta el presente. De manera contradiscursiva,

las protagonistas no se ven a sí mismas como transgresoras, la acción es ignorada o de no serlo, logran evadir el castigo; son mujeres que separan el amor del erotismo, aceptable en la cultura masculina, y la acción representa la fantasía que les permite evadirse de la rutina cotidiana o experimentar un placer que no se da en la relación con el marido.

"El bandido de Sensentí", de Argentina Díaz Lozano, tiene como protagonista a una mujer que al ser capturada por un bandido famoso por raptar mujeres hermosas y regresarlas varios días después, acepta regalarle tres días de su vida. Regresa con el marido y cuando él la interroga, ella coloca la mano sobre sus labios y el esposo la abraza con una mirada de comprensión, después de todo no ha sido su culpa, deciden seguir juntos y olvidar.

El relato "María Francisca Álvarez: El honor recuperado", de Tatiana Lobo, tiene como contexto la rígida sociedad colonial:

> La defensa de la honra no era, entonces, un acto emanado sólo de un prejuicio, ni una forma de quedar bien ante los demás. No se trataba solamente de salvar una reputación; estaba en juego, también, la salvaguarda de los privilegios y prerrogativas de casta. Ésta fue la verdadera razón por la que Doña María Francisca Álvarez, señora de muchas campanillas, acudió a los tribunales para obligar a su marido, Miguel de la Mata, para que éste reconociera que sus públicos celos eran infundados.

Así lo hizo después de un largo pleito y con la sentencia de pagar una multa de cincuenta pesos de plata si volvía a externar sus celos. La mujer recuperó su honra, tuvo un hijo con los rasgos faciales de aquel hombre con el que el marido afirmaba el engaño, pero éste se cuidó bien de no hacer ningún reclamo.

"Juego de inocentes", de Dorelia Barahona, muestra a Esmeralda, una mujer de 25 años, de piel blanca, y el marido a punto de cumplir 48, de piel negra, que se siente atraída por un joven pescador de piel negra, "y allí estaba de nuevo lo que tanto había deseado, la unión de los contrarios, una porción de carne negra y una porción de carne blanca entrelazándose". Esmeralda reflexiona que nada malo tiene el añadir un poco de fantasía a su vida, a nadie había herido y como el pescado

que se encontraba cocinando "aunque estuviera fresco... sin un poco de jengibre no tendría ninguna gracia".

Marcela Valdeavellano en "Arte conceptual ruso" permite ser testigo de una conversación de dos amigas que, casadas y con hijos, comparten los secretos respecto de sus aventuras.

Anacristina Rossi (Costa Rica, 1952) en "Una historia corriente" inicia el cuento como sigue: "Hugo me quitó la virginidad a los dieciocho años. Me casé con él a los diecinueve, totalmente enamorada. Tan enamorada estaba de Hugo que no me importaba no sentir absolutamente nada al hacer el amor. Recuerdo la primera vez que lo hicimos [...] Fue demasiado rápido, no sentí placer pero Hugo se veía tan satisfecho y orgulloso que no le dije nada. Cuando me preguntó si me había gustado le dije que sí".

La mujer busca recuperar su sensualidad y recrear su erotismo, pero después de fingir durante años no se atreve a decir al marido la verdad. Conoce a otra persona y por primera vez experimenta un orgasmo, se establece una relación paralela que el marido descubre acusándola de adulterio. Diana decide luchar para no perder su patrimonio, su trabajo y sus hijos. Se despide del amante, desea "ser valiente y enfrentar este asunto sola. Enfrentar toda mi vida sola".

Bertalicia Peralta (Panamá, 1940) presenta, en el cuento "Guayacán de marzo", la situación extrema de una mujer, madre soltera, que se une a un hombre alcohólico que la golpea, la viola y lastima a sus hijos. Dorinda es la que trabaja para sacar a flote a su familia. Se embaraza y como no desea tener un hijo de ese hombre, se realiza un aborto por sí sola, tal como otras mujeres le han dicho. Regresa a la casa, toma un cuchillo y lo clava en el corazón del hombre borracho, lo descuartiza y lo entierra, sembrando un guayacán encima. "Como estaban en marzo, y Dorinda quería que el guayacán creciera alto y lleno de flores, todos los días fue con sus hijos a regar la pequeña mata". El cuento representa una síntesis de las múltiples formas de violencia que experimentan las mujeres. Dorinda responde con la misma fuerza y recupera con ello el amor a la vida y el deseo de soñar. La protagonista no es construida por la escritora como transgresora, ni las lectoras la contemplan como tal.

La sensualidad como espacio de resistencia: la propia mirada y la mirada de los otros

La esfera de la sexualidad es de particular importancia en la definición del sujeto femenino. Es la existencia de una experiencia particular de la sexualidad, basada en mecanismos opresivos de socialización que arrebatan el dominio de su cuerpo y el cúmulo de sensaciones adormecidas en él; aquello que es más propio y personal a la vez, lo más determinado socialmente, lo que más define a su yo femenino, pero lo que más se encuentra controlado y explotado por la sociedad patriarcal. Por tanto, en los textos, se observa la capacidad de autodeterminación de las protagonistas en aquellos procesos que involucran el poder de decisión sobre el cuerpo femenino, el contacto y la sensualidad del propio cuerpo y la expresión del erotismo.

Es una escritura rebelde que violenta los marcos de significación masculina con contenidos frecuentemente referidos al cuerpo, la libido y al goce femenino; al respeto hacia la heterogeneidad y multiplicidad. Cada palabra intenta desmantelar el discurso patriarcal y construir la imagen de la mujer autónoma; invita a descreer de los mitos que las han mantenido alejadas del deseo, del placer y de su cuerpo; de la palabra y la escritura para nombrarse, escribirse y leerse desde el centro del discurso, expresando ese conflicto entre su vocación para constituirse como sujetos de deseo y la ortodoxia del poder y del saber. Al textualizarse se torna en un deseo más sexualizado y politizado, y la escritura se transforma en un espacio de autorrealización imaginario, en el cual es posible descubrir un discurso subversivo y desconstructivo. Es esta estructura de la sensualidad la que se construye como el espacio de resistencia, desde el cual se impugnan los contenidos de las otras estructuras que marcan la condición de subordinación de las mujeres. Por ello, el recuperar ese cúmulo de sensaciones que tienen como sede el cuerpo femenino, y ese deseo erótico que como contradiscurso surge ante la condición de asexuada que la cultura patriarcal le impone, representa el camino para legitimar ese deseo de protagonizar la propia historia.

Escritoras como Ivonne Recinos (Guatemala, 1953), Marta Rodríguez (Costa Rica), Jessica Isla (Honduras, 1974), Ligia Rubio-White (Guatemala, 1950), Ana María Rodas (Guatemala, 1937),

Rima de Vallbona (Costa Rica, 1931), Norma Rosa García Mainieri (Guatemala, 1940-1998) y Lety Elvir Lazo (Honduras, 1966) construyen en su producción cuentística la esfera de la sensualidad y el erotismo como ese espacio de resistencia, desde el cual se fortalecen para impugnar los contenidos simbólicos de la cultura patriarcal. Éste es un espacio que se construye, en la mayoría de las autoras, en el secreto como estrategia de protección.

La protagonista de Ivonne Recinos, en "Desaparecida", admira su cuerpo desnudo en el espejo, lo acaricia y se pierde en el reflejo y en la sensualidad recién descubierta. Marta Rodríguez y Jessica Isla en sus cuentos, "Orgasmo" y "Punto G", respectivamente, hacen referencia al auto-erotismo: cuentos en los que las mujeres aprenden por sí mismas su cuerpo y el placer que se desprende del mismo, narraciones que definen un erotismo desde un cuerpo sexuado femenino. A continuación un fragmento del segundo:

> Y encontré mi pedacito redondo y rosado, que me había causado tantas sensaciones inciertas de pequeña. Empecé a jugar con él, primero de pasadita, luego con movimientos circulares, mientras una sensación desconocida de las entrañas, me iba subiendo por el vientre, pidiéndome más, cada vez más. Paré y seguí, intermitentemente, hasta que exploté. Me estremecí y quedé agotada, con la boca seca, sin saber qué hacer o qué decir. Un escalofrío recorría mi espalda, mientras observaba las diminutas gotas de sudor que aparecían en mi cuerpo, y noté algo más. Ya no tenía calentura.

Ligia Rubio-White en "Dos" y Ana María Rodas en "Monja de clausura" tienen como personajes a monjas que buscan expresar esa energía erótica que fluye por sus cuerpos. Sor Ángela lo hace soñando y la protagonista de Ana María Rodas a través de fantasías eróticas, en la protesta pero también con la seguridad de que podrá evadir los controles sobre su cuerpo regresando cada noche a esa columna y a sus fantasías:

> Siénteme ahora, con estos pechos cargados de deseo. ¿Quién va a atravesar esos muros, esos lienzos de negro terciopelo?

> ¿Quién va a atreverse a venir a la cita nocturna a esta columna, recia y dura como el ariete con que sueño? ¿Quién va a darle libertad a esa pez rojiza que navega por mi vientre?

La protagonista de “Parábola del Edén imposible”, de Rima de Vallbona, en un relato pleno de color, de sensaciones y de referencias provenientes de los sentidos, descubre el tedio de la cotidianeidad-infierno que la mantiene atrapada en las redes del aburrimiento. La entrada al paraíso-plenitud la descubre en el deleite en el cuerpo de otro hombre, en el éxtasis sobre el verde lujuriante del césped. Inicia, así, un nuevo círculo.

“Maclovia”, de Norma Rosa García Mainieri, es la historia de una mujer joven y hermosa que vivía de los favores que dispensaba a los hombres del pueblo por la noche y durante el día era un alma caritativa y bondadosa. Los hombres hacían fila para visitarla. Era la única mujer verdaderamente libre del pueblo. A su muerte, el agua del río que pasaba frente a la casa de Maclovia adquiere propiedades que curan de la impotencia a hombres y mujeres. Ahora en el pueblo se ha construido el templo de Santa Maclovia.

“Señorita en la cuadra”, de Lety Elvir Lazo, muestra a una niña que ve cambiada su vida a partir de la primera menstruación. La abuela y la madre la inmovilizan con las constantes restricciones y prohibiciones encaminadas a hacer de ella una mujer que se ciña a las normas del *deber ser* femenino.

> [Tan extraño me era todo que en mi interior la curiosidad también creció] bajé el único espejo grande que colgaba de la pared [...] y empecé a buscar la razón de la ansiedad de las mujeres de mi casa. Me encontré con algo parecido a un rostro, con nariz, labios, cabellos, ojos, una boca húmeda encarnada y abierta, tres agujeritos que no sabía adónde llevaban pero no me atreví a entrar mis dedos porque por ahí estaba el cristal del que hablaba la abuela y me podría herir, y entonces ellas adivinarían que yo lo había quebrado, o que yo había visto lo prohibido, lo misterioso, lo mío, lo que me era negado, ocultado, a pesar de que estaba en mi cuerpo y por tanto era mío, pero lo cuidaban

> para alguien más, yo sólo era la depositaria irresponsable que lo podía echar todo a perder [...], mi cuerpo era bello, mi vulva tenía sonrisa y perfume propio [...]. [La verdad es que no entendí mucho ese día, pero] me quedó claro que ese lugar era mío […], que era agradable tocarlo, rozarlo, abrir y cerrarlo [era un rostro que me sonreía, no entendía porqué tanto miedo le tenía la gente]. Desde ese día decidí que nadie me mandaría, que si era necesario diría a todo sí y haría lo contrario si a mí me parecía lo correcto. Un poder superior se adueñó de mí, con la menstruación me escapaba en las noches a caminar sobre la huerta de la abuela y las plantas no se secaban, daban los mismos frutos: si eran sandías, sandías rojas y dulces crecían. Si eran frijoles, frijoles rojos o negros salían, si eran patastes, patastes frondosos salían, etc., ¡puras patrañas!, pobre la abuela que nunca se atrevió a caminar sobre los sembradíos de las tierras del bisabuelo, ni de su pequeña huerta cuando sangraba.

El encuentro con las *otras*: el camino hacia la sororidad

El poder de subversión de ese encuentro con las *otras* radica en la capacidad de construir ese reflejo contradiscursivo que tiene como origen la sororidad[5], en esas nuevas expresiones de relación entre mujeres basadas en el acompañamiento, la cooperación, la reciprocidad, la simpatía y la empatía que permitan ese proceso de afirmación de su identidad como persona sexuada femenina y el desarrollo de una nueva relación consigo misma, a través de sus relaciones con las otras mujeres. Esta relación con su interior repite elementos de viejas relaciones entre mujeres: a veces se parece a las amistades de la infancia, otras a esas relaciones familiares que pudieran dar lugar a una genealogía femenina o a las relaciones amorosas entre mujeres. Sin embargo, esta nueva relación de la mujer consigo misma requiere de la soledad, pero no definida

5 La crítica feminista utiliza el concepto de sororidad para referirse a una nueva forma de relación entre mujeres, como hermanas (soror), que rompe con las relaciones que tienen como base la ética de competencia que el orden patriarcal ha establecido como modelo entre los seres humanos.

como el castigo que la cultura impone a las mujeres por el desafío, sino bajo un nuevo lenguaje que resignifique el concepto como el espacio lúdico de la imaginación y el acompañamiento que dará lugar a nuevas construcciones identitarias femeninas construidas desde un cuerpo, una conciencia y un lenguaje sexuado femenino.

El vaciar los símbolos de los contenidos que reproducen la marginalidad para dotarlos de nuevos significados, en un sentido liberador, requiere de nuevas metáforas que, trastocando y subvirtiendo los símbolos, permitan resignificar y negociar consigo misma, con las otras, los otros y el conjunto de la sociedad, los nuevos contenidos.

Sin embargo, este proceso autoreflexivo implica que, mientras no cuente con los elementos simbólicos y materiales para penetrar, tiñendo con su mirada las estructuras objetivas, debe permitirse caminar sola, sin un varón al lado, no vivir de espaldas uno al otro, sino alejándose uno de otro, porque se requiere de un espacio propio que sólo se puede encontrar en la propia imaginación, y en el diálogo con las otras mujeres, partiendo de similitudes y de aquello que las iguala y no de las diferencias.

Esa elección de la soledad, bajo un sentido positivo, es observada en las escritoras de los grupos anteriores; en éste, escritoras como Aída Párraga (El Salvador, 1966), María Eugenia Ramos (Honduras, 1959), Waldina Mejía (Honduras, 1963), Carmen Naranjo (Costa Rica, 1928), Bessy Reyna (Panamá, 1942), Corina Bress (Guatemala, 1977) y Carol Fonseca (Belice) brindan un espejo que abre la ventana a estas nuevas sensaciones, un espejo que confortando, seduce en la construcción de nuevas relaciones entre mujeres, en las que gradualmente se camina hacia la eliminación de esa ética de competencia de la cultura patriarcal que las separa. El encuentro con la vida de las otras mujeres, a veces, se da de manera momentánea y se expresa en sensaciones de simpatía y de protección hacia la más débil; otras son amigas que comparten experiencias comunes; encuentros en los que al verse reflejadas en el espejo que mutuamente se brindan, les permite recuperar la capacidad de sentir, de expresar un dolor enterrado, de encontrar consuelo, calidez y esperanza. Se observa, asimismo, la relación de dependencia entre mujeres, en un sentido positivo, para aprender, prolongarse, fortalecerse y crecer.

"Malena y la loca", de Aída Párraga, inicia el camino hacia la sororidad con esa identificación que Malena experimenta con la poe-

ta loca que vive y deambula en el parque. María Eugenia Ramos, en "Domingo por la noche", muestra a una mujer de clase alta que, en el contexto de la guerrilla, protege a dos desconocidas de la tortura y la violación por parte de dos soldados. "Dora Corazón", de Waldina Mejía, con gran sentido del humor, tiene como protagonistas a dos amigas que comparten las infidelidades de sus respectivos maridos y las estrategias que han ideado para cambiar las reglas del juego, utilizando, a su favor, la racionalidad masculina.

Carmen Naranjo teje su cuento, "En dos", alrededor de la visita de una encuestadora que, a través de sus preguntas, enfrenta a la protagonista con una realidad que ella no quería ver:

> Recordaría siempre a la otra entrando intempestivamente, bochornando su intimidad, quitándole tanto velo de manera muy dolorosa e impactante. Llegó a pensar en ella sin pena alguna y se convenció de que si volviera a entrar la abrazaría muy fuerte y se pondría a llorar en su hombro las lágrimas azules que había escondido desde mucho tiempo atrás.

"El encuentro", de Bessy Reyna (Panamá, 1942), es un cuento cuyo nombre se refiere al encuentro de un ama de casa (triste y solitaria) y una pintora que la invita a su estudio para hacerle un retrato: "Sintió un calor, un extraño calor, unas ganas tremendas de llorar, unos deseos intensos de ser libre. Sintió que la luz era brillante y que el cuarto la acogía con gusto [...]. Esperanza supo que regresaría muchas, muchas veces y rió pensando que no deseaba romper ese abrazo cálido".

La protagonista de "Memorias de la Maestra U.", de Corina Bress, muestra la relación de dependencia en un sentido positivo de dos mujeres que se necesitan: una para enseñar y prolongarse, otra para aprender y crecer. Carol Fonseca (1964) es una autora que escribe con una clara intencionalidad feminista en relación con situaciones de violencia doméstica. En *"Breaking the Silence"*, la pequeña hija le pregunta a la madre si los hombres golpean a las mujeres porque las aman. La madre aspira a otra vida para su hija y es el apoyo sororal de una amiga de la abuela, la que le brinda los medios para abandonar al marido.

La matrilinealidad: el encuentro sororal madre/hija

La relación madre/hija es una relación conflictiva, puesto que es la madre la responsable de *educar* a la hija en la subordinación y la entrega a los otros. En el nivel del discurso y los dispositivos de socialización y de control de la sexualidad, la madre debe transmitir un proyecto de vida a la hija como el camino hacia la felicidad. En los actos, los gestos y la amargura vertida, la hija percibe que la madre no es feliz y se resiste. Una relación madre/hija definida en un sentido positivo se origina en la expresión de relaciones sororales. Ésta es la propuesta que va tomando cuerpo en los textos de Isabel Herrera de Taylor (Panamá, 1944), Vilma Loría (Costa Rica, 1930), Carmen González-Huguet (El Salvador, 1958), Zoila Ellis (Belice, 1957) y Natalie Williams (Belice).

Isabel Herrera de Taylor en "Una madre como ésa", muestra a una madre que le brinda los medios a la hija para que crezca sin amargura y abandone el barrio donde creció, una vecindad donde las mujeres desgranaban su ira golpeando a los hijos. La madre sacrifica el sueño de una casa propia que regala a la hija porque no quiere que llegue a ser una madre como ésas.

"Macha", de Vilma Loría, es el relato de una mujer valiente con una vida desolada, aislada del mundo, golpeada y humillada por el marido. Macha lucha por sobrevivir y brindar una vida mejor a su pequeña hija y al hermanito. Muestra esa relación tan estrecha de la madre con la niña, el apoyo y consuelo que mutuamente se brindan en la búsqueda de mejores condiciones de vida.

"Jimmy Hendrix toca mientras cae la lluvia", de Carmen González-Huguet, es un cuento especial porque la madre relata a su hija, sin tabúes, la primera y única relación sexual que tuvo con el padre, el embarazo, esa espera ilusionada porque fuese una niña, las dificultades de verla crecer y criarla de manera diferente y, sobre todo, su orgullo porque será la primera de la familia en graduarse de la universidad.

"Blanca Navidad y Pink Jungle", uno de los cuentos más conocidos de Zoila Ellis, muestra la comprensión y el apoyo de una abuela a su nieta, madre soltera que está embarazada y ha decidido realizarse un aborto.

"Going Home", de Natalie Williams, relata el cuento de una mujer que pierde a su hija recién nacida. Las mujeres de su familia, la madre y la tía, la están amortajando siguiendo el ritual tradicional. Ese acompañamiento sororal le brinda consuelo a la madre y muestra cómo las mujeres se ayudan y fortalecen en situaciones dolorosas de crisis.

La nostalgia por recuperar la memoria perdida

En este proceso de encontrarse a sí misma hay un dejo de nostalgia, un sentido de pérdida que no se logra expresar porque se desconoce la sustancia y resonancia de ese vacío, de ese hueco doloroso que no se logra aprehender porque representa aquello que no se ha logrado nombrar, que todavía no se ha conceptualizado, ese anhelo que no se logra expresar, esos recuerdos de los que no se tiene memoria.

La protagonista de Patricia Cortez (Guatemala, 1967) sueña con el marido muerto en la guerra y al despertar, extrañándolo, encuentra otra espalda que la devuelve al presente y a la decisión de aceptar el destino. Los otros cuentos tienen como protagonistas a ancianas que al final de sus vidas recuperan lo perdido. Luz María de la Cruz Redón (Costa Rica, 1946-2008), en el cuento "Bodas de oro", relata la vida de una mujer con un marido tirano, enfermo e inválido. Se observa su abnegación y entrega. Al morir el marido, todavía en la cama después de vestirlo, decide salir: "Estaba lloviendo tenuemente. Y ella también lloraba. Lloraba por la libertad perdida, por la nueva libertad que, tardíamente, se le ofrecía. Con el dorso de la mano apartó sus lágrimas. Iría, después de todo, al cine. Primero a pasear, a ver qué descubría por ahí. Luego al cine [...]. La vida, —¡oh!— cómo le interesaba todavía". Así termina el cuento; con esta última frase, la anciana expresa la nostalgia y el gozo de la vida.

Circe Rodríguez (Guatemala, 1940) tiene como personaje a una escritora que ha perdido la memoria. Se le escapan las imágenes, las ideas, los sueños, los ideales y las esperanzas. Sin embargo, percibe un mundo lleno de color y la calidez del sol, son estas sensaciones las que la mantienen viva. La anciana de Gloria Guardia (Panamá, 1940), sola y empobrecida se encuentra en Praga y se topa con una bailarina de

porcelana que le perteneció hace sesenta años, y para la que había posado en el mismo año que las tropas alemanas invadieron Renania, lugar donde residía su familia. Con la figura recupera también los recuerdos gratos de su juventud y se reconcilia con la vida.

Un cuerpo, una conciencia y un lenguaje sexuado femenino

La batalla de la escritora, en la búsqueda de la auto-representación, la lleva a un proceso de resignificación de los símbolos, rompiendo con esas imágenes de mujer que expresan el malestar en la cultura y en la escritura; la búsqueda de nuevas metáforas que, de manera contradiscursiva, aporten elementos que le permitan hacer visibles esos mecanismos de poder que las colocan en el espacio de lo privado reduciendo su capacidad creativa a la esfera reproductiva.

Esa figura que se refleja en el espejo, y ya no se identifica, produce en la subjetividad femenina un extrañamiento que desencadena un proceso de concientización en el que se destruye la mirada masculina internalizada, y al hacerlo, rompe con los mandatos culturales que la aprisionan en el espacio de lo privado.

Para recrear ese proceso, de construcción como sujeto de deseos propios y de transformación social, se requiere un lenguaje que refleje esa ambivalencia en la mirada de la que es poseedora como mujer en un proceso de transición: aquélla que el espejo patriarcal refleja y aquélla que la propia mujer recrea.

La figura óptica describe esa autoconciencia femenina controlada por la mirada masculina, y sirve para desencadenar el proceso de concientización en una mujer-lectora, a partir de las nuevas imágenes que una mujer-escritora le ofrece.[6]

6 En relación con ese espacio de colaboración y complicidad que se establece entre el autor y el lector, Humberto Eco señala que toda ficción construye un mundo con sus acontecimientos y personajes pero no puede agotarlo y decir todo sobre éste, así como no puede decirle tampoco al lector todo lo que debiera entender o interpretar del texto, pues para ello requiere la colaboración del lector. El autor parte de sus experiencias personales o de cualquier descubrimiento para sacar enseñanzas sobre la vida, sobre el pasado y sobre el futuro; no para interpretarlas

Esas sensaciones de enajenación, fragmentación y locura se originan en esa inclusión/exclusión de las mujeres como objeto del discurso patriarcal, en esos comportamientos normados, que corresponden a una visión androcéntrica del mundo, que designa a las mujeres en un lenguaje masculino, supuestamente neutro, que la excluye. La mujer se encuentra atrapada en ese espejo, para destruirlo desde dentro se ve obligada a construir un nuevo lenguaje que le permita pensarse, nombrarse y vaciar de su contenido a viejos conceptos, dotándolos de nuevos significados. Esto es un proceso subversivo porque desnaturaliza las nociones esencialistas y resquebraja esa ética de competencia, de intolerancia y discriminación de la diferencia, en que se sustenta el discurso patriarcal. También es subversiva porque el escribirse y leerse desde un cuerpo, una conciencia y un lenguaje sexuado femenino, implica posicionarse de los márgenes al centro del discurso. Es esta mirada la que se encuentra en las utopías literarias que intentan reconciliar el conflicto entre el impulso de someterse, para no quedar fuera de la estructura objetiva, y la lucha por la autonomía, que surge del desarrollo de una subjetividad construida desde un cuerpo, y una conciencia sexuada femenina. Ésta sólo puede ser expresada en un lenguaje ambivalente que dé cuenta de sensaciones y sentimientos encontrados, dado que lo que expresan estas representaciones simbólico-culturales son un dilema entre la mujer que, al aceptarlas, se encuentra atrapada en los espacios patriarcales o que, al desafiarlas, se coloca en el plano de la subversión y marginalidad como mujer transgresora. El problema se resuelve, como antes se señaló, rompiendo con los significados tal como han sido definidos por el discurso patriarcal, a conceptos claves como la soledad y la amistad entre mujeres en un sentido positivo; otros que requieren de resignificación son el poder, como base de la desigualdad; el amor, como concepto que mediatiza la expropiación

---

sino para despertar en el lector su memoria respecto de hechos y sentimientos o para invitarlo a transitar por un bosque imaginario. El texto invita al lector a seguir las instrucciones, pistas y marcas que el autor le sugiere. El texto deviene en una voz que habla afectuosamente, de manera explícita o implícita, y le dice al lector que lo quiere a su lado, mensaje que éste asume cuando se convierte en cómplice del autor. Así, el lector nace con el texto y le da vida al mismo en ese proceso de interpretación pero en esta tarea se encuentra atrapado en él y *goza de toda la libertad que el texto le confiere* (Eco, Humberto. *Seis paseos por los bosques narrativos.* Barcelona: Lumen, 1996, p. 24).

de las mujeres; los conceptos de pareja y familia; el ideal de belleza femenina, entre otros. Con los nuevos sentidos otorgados tendrían que ser redefinidos los contenidos simbólicos de la estructura objetiva, de esos espacios, instituciones y mecanismos de socialización que transmiten y reproducen la subordinación.

Rosario Aguilar (Nicaragua, 1938), en "Doña Leonor", tiene una protagonista que busca nombrar a esa nueva raza que surge del mestizaje y su posicionamiento como mujer dentro de la misma:

> ¿Quién era ella? ¿A cuál de las dos razas pertenecía realmente? ¿Cuál de las dos sangres que corrían por sus venas la dominaba? ¿Era su raza tan nueva que ni siquiera existía? Se había examinado en los espejos de cuerpo entero que doña Beatriz había traído de España, y no había obtenido ninguna respuesta… Su piel más blanca que morena… Su cuerpo altivo… su extraña hermosura de la que le hablaban todos. Devolvía la imagen el espejo… Surgía, se adelantaba, rompía el espacio y el tiempo, ¿abría acaso el camino de una raza?

Lupita Quirós Athanasiadis (Panamá, 1950), en "El espejo lúdico", muestra un espejo con la particularidad de que al proyectar el físico, reflejaba una situación contraria a la que se vivía. La protagonista, al ver proyectada su *otra yo,* de una manera que la hacía sentirse bien con ella misma, se negó a salir del espejo y regresar a su pasado.

Melanie Taylor Herrera (Panamá, 1972), en "Un malentendido", recupera con gran sentido del humor a una mujer madura que se niega a envejecer acudiendo a su auxilio una hada madrina. La mujer no encuentra su mirada en el espejo y reclama al hada que le devuelva su rostro: "Se sentó entonces por horas a repasar sus arrugas como quien acaricia a un antiguo amante, deseosa de redescubrir senderos conocidos". Con esta actitud y regocijo rechaza el mandato cultural del rostro terso, del cuerpo esbelto y aparente juventud, redefiniendo con ello el concepto de belleza desde la propia experiencia y no a partir de los valores masculinos.

Cynara Michelle Medina (Nicaragua, 1971), en "La mujer y el telar", realiza una analogía entre el tejido de un telar y la invención de un nuevo lenguaje pleno de colorido para nombrar los procesos feme-

ninos. En el mismo sentido, "La mujer arcoíris", es un relato pleno de gozo, en el que Guisela López (Guatemala, 1960) relaciona el color y el efecto que produce en la sensualidad femenina.

Claribel Alegría (El Salvador, 1924), en "Luisa y la gitana", muestra a una niña con una amiga imaginaria que la visita en sus sueños, la incita a hacer travesuras, impacientándose por el miedo de la niña. Al crecer, casarse y tener hijos deja de visitarla porque se ha vuelto boba, y no es hasta que Luisa se inicia en la pintura que regresa y le dicta poemas de amor.

Erika Harris (Panamá, 1963), en "Kathryn Carmichael", Emilia Macaya (Costa Rica, 1950), en "Medea", y María del Carmen Pérez Cuadra (Nicaragua, 1971), en "Correr tras las cosas queridas", tienen como protagonistas a mujeres, amas de casa que se encuentran en el proceso de escribir una novela y se enfrentan a las dificultades de no contar con un tiempo y un espacio propios, ese *cuarto propio,* al que hace alusión Virginia Woolf, que les permita dejar libre la imaginación y plasmar las palabras y sensaciones en los textos.

Jessica Masaya Portocarrero (Guatemala, 1972), en "Un cuento a lo Corín Tellado con múltiples finales (elija el que le guste más)", muestra posibles salidas al dilema que surge de la posibilidad de embarazo de una mujer soltera. El hombre ignora la situación y entre ellos no existe ninguna relación formal. Los posibles finales que se ofrecen a las lectoras son: A lo Corín Tellado, a lo Gabo, a lo Tito Monterroso, a lo Almodóvar, a lo Doctora Corazón y a lo Woody Allen y Editorial X. Gloria Melania Rodríguez (Panamá, 1981), en "Último día de vacaciones", da cuenta de la fantasía y el erotismo femenino.

Yolanda Judith Hackshaw Mathews (Panamá, 1958), en "Socrática", describe una crisis mundial en la que se pierde el conocimiento cultural de la historia y la ciencia.

"Sólo el conocimiento arropado en la memoria era lo único que existía [...] en distintas partes del orbe empezaron a reescribir la historia de este planeta. Lo malo es que ahora hay tantas versiones como personas escribieron". En este contexto surge la figura de Relatores oficiales y la protagonista y su amante deciden iniciar una nueva vida como esposos, inscribiéndose en el padrón memorial del Relator. "Llamas y sombras", de Helen Dixon (Nicaragua, 1958), ofrece a una descendiente de las

brujas quemadas en la hoguera que, al mirarse en el espejo, descubre las marcas en su memoria y reivindica el fuego que las purifica, las libera y las regresa al origen:

> Me lanzo sin cuidado a la hoguera. El fuego me limpia, me derrite, funde mi vidrio quebrado. Ya no soy otra. Vuelvo a ser yo. Mi espejo se hace líquida ventana. Se mezclan mis colores, descubro nuevos, desconocidos. Mis grietas se vuelven transparentes. Emerjo del humo, de cenizas. Subo del fuego con mis alas. Viajo más lejos del infierno de sus miradas.

Por su parte, Michelle Najlis (Nicaragua, 1946), en "El nombre de la rosa", plantea la salida del espejo penetrando "en lo profundo del laberinto del árbol de la ciencia del bien y del mal [...] en la punta de una de sus ramas encuentran el nombre de la rosa. Así, la diosa y el hombre logran vencer la muerte".

Se llega al final del laberinto en un recorrido gozoso que deja atrás la victimización y el llanto, para seducir en el placer del desafío, en una propuesta de la narrativa escrita por mujeres, como el espacio de la utopía, de ese inédito posible que la escritora propone como ese *cuarto propio* en que las lectoras pueden someter a prueba las nuevas relaciones sin temor al castigo y la represión.

Una característica del recorrido es que los cuentos, en su conjunto, no presentan protagonistas que se quedan atrapadas en el reclamo y la victimización; son textos de mujeres victoriosas que recuperan el gozo rompiendo con esa ética de sacrificio y abnegación que subyace en el discurso patriarcal acerca de "lo femenino", a pesar de referirse a situaciones límite como la violación, la violencia y el aborto.

Cuentos que conjugan ese afán lúdico de la literatura con el compromiso hacia las mujeres, escritos por narradoras de distintas generaciones en las que ya es posible identificar claramente esos rasgos de ruptura con el *deber* femenino.

La antología no da cuenta de esa importante tradición de cuentistas centroamericanas, es por ello, que se considera fundamental incluir una sección de ensayos que ofrecen una visión panorámica desde la mirada de la crítica literaria, generada en el propio país. Así, exper-

tos como Enrique Jaramillo Levi, Lucrecia Méndez de Penedo, Magda Zavala, Carmen González-Huguet, Lety Elvir Lazo y Helena Ramos brindan un panorama de la producción cuentística de cada país:

Para el caso de Costa Rica, Magda Zavala señala que la producción cuentística es, desde su origen, de ruptura con escritoras como Rafaela Contreras Cañas, posteriormente con Yolanda Oreamuno, Carmen Lyra, Victoria Urbano, Rima de Vallbona, Carmen Naranjo, Julieta Pinto, Emilia Macaya, Dorelia Barahona, Anacristina Rossi y la misma Magda Zavala.

Carmen González-Huguet rescata la figura de Rafaela Contreras Cañas (1869-1893) como la primera mujer que cultivó el cuento en El Salvador. Después de ella, no existe evidencia de otra que cultivara el género narrativo. Cuentistas de generaciones más recientes son: Matilde Elena López (1919), Claribel Alegría (1924), Jacinta Escudos (1961) y Claudia Hernández (1975).

Con relación a Nicaragua, Helena Ramos afirma que, si bien la producción de cuento se inicia a mediados del siglo xx con Margarita Debayle de Pallais (1898 ó 1900-1983) y María Teresa Sánchez (1918-1994), no es sino hasta la década de los ochenta que se da ese proceso de toma de conciencia de género en tres autoras que marcarán con su impronta a las generaciones más jóvenes: Irma Prego (1923-2000), Rosario Aguilar (1938) y Michele Najlis (1946). En la obra 7 *relatos sobre el amor y la guerra* (1986) de Rosario Aguilar se encuentran temas como la violación, el aborto y el abandono de los hijos, con protagonistas que en ese momento no llegan a romper con los mandatos culturales.

En el caso de Honduras, Lety Elvir Lazo señala que el recorrido, por los caminos y partos, en que las escritoras toman conciencia de lo que significa ser mujer en la sociedad, deconstruyendo esas imágenes en la producción cuentística, se da en escritoras nacidas entre 1873 y 1973. Se inaugura con Lucila Gamero de Medina (1873-1964) y en el otro extremo se encuentra Patricia Toledo, nacida en 1973. Entre ellas, se encuentran Fausta Ferrera, Mercedes Laínez de Blanco, Paca Navas de Miralda, Clementina Suárez, Paz Hernández, Argentina Díaz Lozano, Emma Moya Posas, Angela Valle, Mina Cisneros, Mimí Díaz Lozano, Rubenia Díaz de Ortega, Eva Thais, Litza Quintana, Estela Jovel Pavón, Leticia de Oyuela, Aída Castañeda de Sarmiento,

Ana María Alemán Bermúdez, Marta Susana Prieto, Blanca Guifarro, Alejandra Flores Bermúdez, María Eugenia Ramos, Belquis Alicia López Navarro, Amanda Castro, Débora Ramos, Waldina Mejía, Rocío Tábora, Lety Elvir Lazo, Ana Luisa Alvarado y Jessica Isla.

Enrique Jaramillo Levi señala que en Panamá, los primeros libros de relatos o estampas fueron escritos por Nicolasa Naranjo y María Magdalena de Icaza de Briceño en 1924 y 1928, respectivamente. Sin embargo, Graciela Rojas Sucre es la primera que publica un auténtico libro de cuentos en 1931. Habría que esperar treinta y un años para que apareciera el segundo libro, *Yesca* (1962), escrito por Moravia Ochoa López (1941), quien es considerada como la precursora de la escritura de mujeres en este país. Otra gran cuentista que habría de marcar la narrativa escrita por mujeres panameñas es Bertalicia Peralta, quien publica tres libros de cuentos entre 1967 y 1988; le sigue Giovanna Benedetti, que publica un único libro de cuentos *La lluvia sobre el fuego* (1982), que representa una ruptura significativa debido a esa rebeldía que marca la pauta y el desenlace en cada historia. Darán continuidad a esa tradición, Rosa María Britton, Isis Tejeira, Beatriz Valdés y Consuelo Tomás. El periodo comprendido entre 1990 y 2006 se destaca por una verdadera eclosión del cuento en Panamá y no deja de ser significativo, el hecho de que una parte importante de las obras es escrita por mujeres. Destacan en este panorama: Yolanda Judith Hackshaw Mathews, Aída González Castrellón, Erika Harris, Digna R. Valderrama, Lupita Quirós Athanasiadis e Isabel Herrera de Taylor. Entre las más jóvenes se encuentran: Marisín Reina, Melanie Taylor (hija de Isabel Herrera), Annabel Miguelena y Gloria Melania Rodríguez Molina.

Lucrecia Méndez de Penedo afirma que en Guatemala, como cualquier discurso literario pionero, la narrativa breve elaborada por mujeres es una escritura en construcción y, al mismo tiempo, una escritura deconstructiva de estereotipos e imágenes tradicionales femeninas. Es un discurso a dos voces: porque la mujer guatemalteca vive y escribe en una dualidad, en intermitente negociación porque aspira a construir un espacio y una voz propios. Los textos resultan entonces oscilantes, recorriendo un conflictivo proceso desde el silencio o la mudez, hasta el murmullo o el grito. Recupera a las siguientes autoras, nacidas entre 1926 y 1978, que publican a partir de mediados del siglo XX: Esmeralda Putzeys Illescas,

Leonor Paz y Paz, Norma García Mainieri, Ana María Rodas, Ligia Rubio White, Marcela Valdeavellano, Aída Toledo, Eugenia Gallardo, Ivonne Recinos, Ligia Escribá, Sagrario Castellanos, Ruth Piedrasanta, Ana María Sandoval, Gloria Hernández de López, Mildred Hernández, Brenda Morales, Johanna Godoy, Jessica Masaya Portocarrero, Regina José Galindo, Lucía Escobar, Nancy Quiñónez y Vanesa Toledo.

Belice se incorpora de manera tardía a esta tradición de cuentistas debido a que no es sino hasta 1981 que rompe el vínculo colonial con la Gran Bretaña. Es por ello, que la producción contiene visiones y temáticas que muestran el dolor, la fortaleza, las batallas, las aspiraciones y cuestionamientos sobre el papel de las mujeres en esa sociedad en construcción. Asimismo, constituyen las voces de escritoras que demandan ser escuchadas y un lugar en la historia como mujeres y como escritoras. Los rasgos de ruptura son marcados y explícitos. Las temáticas son trabajadas, desde una visión feminista, como las uniones interraciales, la violencia doméstica, la violación y el aborto; recuperan la importancia de la relación madre-hija y el papel de las mujeres como transmisoras de cultura y tradiciones. Una característica de esta producción es esa mezcla, en mayor o menor grado, del creole y el inglés, con excepción de Evadne García que escribe en creole.

Felicia Hernández publica cuatro colecciones de cuentos entre 1978 y 2000; Zoila María Ellis, la más conocida de las cuentistas, publica el libro *On Heroes, Lizards and Passion* (1988), el único traducido al español en 1991; Zee Edgell, reconocida internacionalmente por ser la escritora que publica la primera novela del Belice independiente en 1982, ha publicado cuento en los dos volúmenes de la antología de cuentistas beliceñas denominadas *Memories, Dreams and Nightmares* (2002, 2005).

Otras autoras que publican en esta colección son: Ingrid Reneau, Lydia Loskot, Corinth Morter-Lewis, Sandra Crough, Ivory Kelly, Hellen Elliot Rocke, Ivette Holland, Carol Fonseca, Mary Gomez-Parham, Shannon Gillett, Iris Abraham y su hija Myrna Manzanares, Zoila Ellis, Jessie Nuñez Castillo, Felicia Hernández, Holly Edgell (hija de Zee Edgell), Minerva Aponte-Jolly, Arifah Lightburn, Melba Marin-Velasquez, Sylvia Nablo de Vásquez, Natalie Williams y Kathleen Esquivel.

Finalmente, me permito destacar que *Penélope* es el primer esfuerzo de compilación que reúne cuentos escritos por mujeres de los siete países que integran la región. Sin embargo, debo reconocer la ausencia de la narrativa indígena y afrocaribeña centroamericana que se encuentra todavía en un nivel de marginalidad mayor; futuros esfuerzos tendrán que subsanar esta laguna.

PRIMERA PARTE

LA NARRATIVA ESCRITA POR MUJERES: LA HERMANA MENOR DE LA LITERATURA SALVADOREÑA[1]

Carmen González-Huguet

El Salvador

Recientemente, Yazmín Ross, en su artículo para *La Nación*, titulado El sexo en la escritura del siglo, hablaba sobre el problema de la literatura femenina en estos términos:

> El profuso material que ha inundado las editoriales, las librerías, la ensayística y las preferencias de miles de lectoras y lectores bajo el membrete de "literatura femenina" ha planteado un dilema sobre cómo clasificar esta producción, ya que no basta ser mujer para escribir o pensar diferente.
> ¿Existe una sensibilidad femenina? ¿Una creatividad con sexo definido? ¿Se puede establecer una frontera sexual en la literatura basada en la autoría? El siglo xx puede considerarse, sin lugar a dudas, como el siglo de la reformulación de los géneros literarios y sexuales. Hablar en lugar de ser hablada, contarse a

1 Resumen (con correcciones y actualizaciones) de la ponencia presentada por Claudia Hernández, cuentista salvadoreña y ganadora del Premio Juan Rulfo, en el Congreso de Mujeres Escritoras que se celebró en Lima, Perú, en octubre de 1999.

sí misma, cuestionar el pensamiento y las genealogías masculinas, reinventar el lenguaje, son algunos rasgos distintivos de esta escritura que se intenta caracterizar.

Cientos de mujeres de las más diversas latitudes han tomado la pluma y han volcado su talento creativo y sus angustias existenciales, para reflejar una realidad que va más allá del género y la "lectura de género", un término acuñado en el último tramo del siglo que incomoda a muchas autoras y no resulta lo suficientemente amplio y abarcador. En los años veinte en Inglaterra se lanzaron algunas teorías sobre la "estética femenina" que fueron insuficientes y absurdas, como las teorías neurológicas de Virginia Woolf, quien afirmaba que la diferencia en la percepción parte de los nervios que alimentan el cerebro de hombres y mujeres.

¿Es una imaginación femenina o una necesidad de subvertir los fundamentos de la sociedad y rebelarse contra las diferencias sexuales que se originan en el lenguaje y adquieren dimensión metafísica?, se pregunta Sara Castro Klaren en su estudio *La sartén por el mango*.

Para la ensayista brasileña Nelly Novaes Coelho resulta ocioso buscar "rasgos femeninos en textos literarios", pero considera válido hablar de literatura femenina por cuestiones prácticas, puesto que la literatura no tiene otra forma de concretarse sino en las "contingencias existenciales" de raza, sexo, clase, etc. Hay coordenadas del sistema social y cultural en las que está inmerso el artista y el creador y de las cuales es difícil abstraerse, agrega [...] El arte es sublimación. La escritura tiene que tener una relación erótica con las palabras para que sea posible transmitir goce, afirma la uruguaya Cristina Peri Rossi, quien sustenta la teoría de que la mujer fue la principal protagonista de la historia oral. Fueron las mujeres privilegiadamente las trasmisoras de las tradiciones orales, mitológicas, y ellas generaban literatura desde un lugar en la familia. Pero —añade— eso se quiebra con la imprenta, con el vínculo que se establece entre literatura y poder, con la aparición del periodismo que está unido al concepto de democracia, a la política, y como la política es cosa de hombres, la mujer es desplazada.

Hasta aquí nuestra extensa cita de Yazmín Ross. Lo que dice esta autora puede aplicarse con bastante exactitud a la narrativa escrita por mujeres en El Salvador.

Si bien la escritura no es una condición *sine qua non* para la existencia de la narrativa (puesto que desde el nacimiento de la palabra hablada presumiblemente ha existido la tradición oral), es evidente que la escritura contribuye decisivamente a la fijación y difusión de la narrativa, sobre todo en tiempos modernos. Tradicionalmente, las mujeres fueron depositarias de una rica tradición oral, que fueron reproduciendo, enriqueciendo y difundiendo de generación en generación.

Es curioso que en dicha tradición, la femineidad amenazante juegue un papel casi arquetípico. El mito de la Siguanaba, tan arraigado en El Salvador, con rasgos muy acusados, que son comunes al mito de la Segua en Costa Rica, castiga la infidelidad femenina, convirtiendo a la mujer infiel en una especie de bruja o espectro que condena, a su vez, a los hombres casquivanos. Insuficientemente estudiado entre nosotros, es claro que el mito merece más atención, ya que en él se depositan muchos de los temores, inconscientes y de las actitudes más profundas del conglomerado social, hacia las mujeres y hacia su libertad sexual.

El Salvador, en el siglo XIX, tuvo una historia muy convulsa, asociada, primero, a las vicisitudes de la Federación Centroamericana, y luego, a la instauración de un tipo de Estado que terminó configurándose de acuerdo al ideario liberal, heredero directo de la Ilustración. Muchas instituciones salvadoreñas fueron calcadas de modelos franceses y la legislación, sobre todo penal y civil, siguió el ejemplo de la constitución chilena, diseñada por Andrés Bello.

A principios del siglo XX, como han demostrado suficientemente varios autores, el proyecto liberal había completado el proceso de extinción de ejidos y había colocado su impronta a la formación económica que, cambios más cambios menos, dominaría la realidad salvadoreña durante la mayor parte de este siglo.

Un reducido grupo de terratenientes detentaría el control de la tierra y del capital. Primero, el poder radicaba en un grupo aglutinado en torno a la familia Meléndez-Quiñónez.

Después, el principal grupo económico se hizo representar por los sucesivos gobiernos militares que defendieron los intereses de aquél

y que acapararon la escena política nacional desde 1932 hasta la década de los 80.

La raíz del poder de este grupo se puede rastrear hasta el proceso que les permitió hegemonizar su proyecto político a fines del siglo XIX; al tiempo que sustituyó, en la estructura económica, el cultivo del añil por el del café, con lo que no sólo transformó el paisaje del país, sino que le dio el perfil que adoptaron, por más de cien años, el Estado y la economía salvadoreños.

En ese contexto, tenemos que, cronológicamente, la narrativa escrita por mujeres no aparece en El Salvador sino hasta finales de la década de 1880. Antes había sido necesario que, por lo menos, existiera una primera generación de mujeres que sí tuvo acceso a la educación más allá de la escuela de primeras letras.

Las primeras escuelas abiertas a las mujeres surgieron en El Salvador durante la década de 1850, gracias a la iniciativa del doctor José María Cáceres, pionero de la educación, quien también contribuyó a la formación de los primeros centros de estudios secundarios que existieron en el país.

Con todo, la primera mujer que cultivó la narrativa en El Salvador no había nacido en el territorio nacional, sino en Costa Rica. Hablamos de Rafaela Contreras, hija del doctor Álvaro Contreras, hondureño, que se radicó en San Salvador. Rafaela tuvo acceso, como hija de una familia prominente de su época, a una esmerada educación, y escribió amenas narraciones bajo el seudónimo *Stella*, nombre de clara raigambre victorhuguesca. Rafaela fue, además, la primera esposa de Rubén Darío, con quien contrajo matrimonio en horas del mediodía del 21 de junio de 1890.

Por la noche, durante una recepción en Casa Blanca, la mansión presidencial, murió de infarto el general Francisco Menéndez, presidente de El Salvador, quien había apoyado decisivamente la educación. Ese infarto le sobrevino al mandatario al enterarse de que su hombre de confianza, el general Carlos Ezeta, se estaba preparando para derrocarlo.

A raíz de estos sucesos, Darío, que era muy afecto al régimen de Menéndez, se exilió en Guatemala y la pareja pasó separada durante nueve meses. Al reunirse de nuevo, en Guatemala se efectuó su matrimonio religioso. Rafaela Contreras moriría a raíz de una intervención

quirúrgica realizada para aliviarla de complicaciones relacionadas con el parto de su hijo, Rubén Darío Contreras. Este niño, que llegaría a ser un médico eminente, quedó al cuidado de la hermana de Rafaela, quien residía en El Salvador. Rubén Darío no se encontraba al lado de su esposa, ya que estaba exilado en Costa Rica, siempre envuelto en la política convulsa de los países centroamericanos.

Después de Rafaela, no existe evidencia conocida de otra mujer que cultivara el género narrativo a fines del siglo XIX y principios del XX en El Salvador. Como ocurrió con los hombres, la inmensa mayoría de las producciones literarias salvadoreñas de la época son poemas, y en ellos predominan las temáticas amorosa y patriótica. Hay que hacer notar la aparición de Francisco Gavidia, que no sólo dio a Rubén Darío las armas para iniciar la renovación modernista del verso y del idioma, sino que fue además dramaturgo y narrador de gran importancia, al igual que lingüista, ensayista y cultor de todas las ramas del humanismo, con tanta competencia que se le puede considerar como la piedra angular de la literatura salvadoreña.

A finales de los años veinte y principios de los treinta, El Salvador asiste a una crisis provocada, en parte, por la debacle mundial del capitalismo originada en la caída de la bolsa de *Wall Street*. En El Salvador, dicha crisis coincidió con la creación del Partido Comunista, en 1930; con el agravamiento de las tensiones sociales, ocasionadas en parte por la marginación de una amplia población indígena, y en parte por la falta de legitimidad a la que llegó el régimen de la familia Meléndez-Quiñónez, que venía gobernando El Salvador desde 1913, y cuyos miembros se habían ido alternando en el poder mediante una serie de fraudes electorales.

En este contexto surge la figura de Prudencia Ayala, quien encabezó la lucha por el sufragio femenino y fue la primera y, hasta hoy, única candidata a la Presidencia de la República. Prudencia era de origen indígena. Hija de madre soltera, había nacido en Sonzacate, departamento de Sonsonate, en el corazón de una importante zona de habla náhuatl. Sólo tuvo acceso a una educación limitada, lo cual no fue obstáculo para que publicara varios libros a fines de los años 20 y principios de los 30, época cuando desplegó su principal actividad política. La Corte Suprema de Justicia no admitió un recurso presentado

por Prudencia Ayala cuando ésta se postuló como candidata a la presidencia, apegándose a la constitución de la época que no consideraba ciudadanos a las mujeres, ni les daba derecho al voto; si bien uno de los magistrados, el doctor Reyes Arrieta Rossi, se opuso a la opinión de los demás, razonando que Prudencia "tenía derecho a ello".

Entre tanto, la población indígena se rebeló en 1932. Esta insurrección afectó a la zona cafetalera más importante del occidente del país. Aunque las raíces del conflicto fueron económicas, había también fuertes componentes étnicos y políticos. La caída de los precios mundiales del café obligó a los terratenientes a no cosechar el grano, ya que los costos de producción superaban los precios. Esta decisión originó un extenso desempleo en la zona, lo cual provocó hambre y exacerbó las tensiones sociales preexistentes entre los terratenientes y comerciantes ladinos y los campesinos indígenas.

Éstos se organizaron bajo la orientación del incipiente Partido Comunista y se levantaron en armas el 22 de enero, asaltando las propiedades más importantes y asesinando a algunos terratenientes. Esto sirvió de pretexto para una represión indiscriminada que desencadenó un verdadero genocidio entre los indígenas, y que fue orquestada desde el poder por el general Maximiliano Hernández Martínez, quien había derrocado al presidente Arturo Araujo a principios de diciembre de 1931. Martínez se mantendría en el poder hasta mayo de 1944.

Los sucesos de 1932 llevaron a los indígenas a tratar de ocultar su identidad borrando todo rasgo externo, hasta prácticamente tornarlos invisibles, y esos hechos constituyen todavía una cicatriz muy dolorosa en la conciencia colectiva.

Por esa misma época surge la figura de Claudia Lars. Nacida el 22 de diciembre de 1899, en Armenia, departamento de Sonsonate, con el nombre de Margarita del Carmen Brannon Vega, era hija del ingeniero ferroviario estadounidense Peter Patrick Brannon, de origen irlandés; y de Manuela Vega Zelayandía, quien era descendiente de una antigua familia criolla. Claudia Lars se educó en el Colegio de La Asunción, en Santa Ana, dirigido por monjas francesas, donde obtuvo la educación esmerada que recibían las hijas de la alta burguesía local.

En 1916, el general Juan José Cañas, autor de la letra del Himno Nacional de El Salvador, le publicó un breve libro de prosas poéticas

titulado *Tristes mirajes*, hoy perdido. Poco después, Claudia Lars inició un breve romance con el poeta nicaragüense Salomón de la Selva, quien al sustituir el cual por “quién” orientó mucho su formación literaria. Salomón de la Selva es considerado por algunos críticos como el heredero de la tradición poética de Rubén Darío, a quien tradujo al inglés.

El compromiso fue roto por el padre de la escritora, quien la envió a Estados Unidos, donde varios años después se casó con su primer esposo, Roy Beers, padre de su único hijo. La escritora y su familia se establecieron en San José de Costa Rica donde, tiempo después, el matrimonio hizo crisis y los esposos se separaron. Para entonces, Claudia Lars había tenido contacto con el grupo de intelectuales latinoamericanos que publicaban en la revista *Repertorio Americano*, dirigida por Joaquín García Monge. Fue en las ediciones del Repertorio donde publicó sus dos primeros libros: *Estrellas en el pozo* (1934) y *Canción redonda* (1937).

A lo largo de su vida, Claudia Lars publicó catorce poemarios de una calidad tan alta que hoy es considerada la escritora salvadoreña más importante del siglo xx y una de las voces poéticas más señaladas de este país. Esa obra, que abarca desde 1934 hasta 1974, transcurre por los caminos del post-modernismo, a la manera de González Martínez, hasta los más recientes atisbos de la vanguardia. En narrativa publicó *Tierra de infancia* (Dirección de Publicaciones, 1959), libro que constituye una recreación poética de su infancia y que describe el ambiente de la pequeña ciudad de Armenia, donde la escritora nació y vivió sus primeros años.

En febrero de 1919 nació en San Salvador, Matilde Elena López. De madre soltera, perteneciente a la pequeña burguesía urbana, Matilde forma parte de la primera generación de mujeres literatas que contó con formación universitaria.

Si bien las mujeres habían podido asistir a la Universidad de El Salvador desde la década de 1880 (la universidad se fundó en 1841), las humanidades no habían existido como una carrera independiente del Derecho sino hasta finales de la década de 1940, cuando se realizó una reforma que puso al día a la institución y que le dio el carácter altamente crítico y polémico que la caracterizaría de allí en adelante.

Matilde Elena López participó, todavía muy joven, en las luchas que tenían por objetivo el derrocamiento del general Maximiliano Hernández Martínez, muy afecto a los regímenes fascistas de la épo-

ca, al grado que, al inicio de la II Guerra Mundial le combatió a los Aliados. Hernández Martínez sofocó un golpe militar el 2 de abril de 1944, pero fue derrocado por un movimiento cívico y una huelga general un mes después. En ese movimiento, Matilde Elena López tuvo una participación muy importante. Sin embargo, la restauración del orden democrático fue breve. A raíz de un nuevo golpe militar, Matilde, junto con miles de opositores, tuvo que salir al exilio a Guatemala, donde permaneció varios años. A la caída del gobierno de Arbenz se asiló en la embajada del Ecuador en la capital guatemalteca.

Vivió y estudió en Ecuador, donde se graduó en Periodismo y en Letras. De regreso a El Salvador, a principios de los años 60, desempeñó una destacada labor como catedrática universitaria y escritora, y llegó a ser jefa de los departamentos de Letras y Periodismo, y decana de la Facultad de Ciencias y Humanidades de la Universidad de El Salvador. Ha publicado numerosos ensayos sobre la vida y obra de Alberto Masferrer y otros literatos salvadoreños.

Claribel Alegría pertenece a la siguiente generación. Nacida en 1930 en Nicaragua, de padre nicaragüense y madre salvadoreña, se educó en la ciudad de Santa Ana. Tuvo la oportunidad de conocer a una de las figuras más importantes de la narrativa salvadoreña: Salvador Salazar Arrué, conocido como Salarrué, a quien trató desde niña. Posteriormente, Claribel Alegría siguió estudios en Washington, donde su mentor fue Juan Ramón Jiménez. Casada con el escritor norteamericano Darwin Flakoll, publicaron conjuntamente la novela *Cenizas de Izalco*, la cual describe la insurrección de 1932 y el ambiente de la alta burguesía de Santa Ana, el cual la escritora vive de cerca. Es, en este momento, la escritora salvadoreña más conocida fuera de El Salvador.

A otra generación pertenece Yolanda Martínez Consuegra, quien estudió Trabajo Social y laboró durante muchos años en el ambiente de los hospitales de San Salvador. Su formación y su práctica profesionales le permitieron conocer diferentes ambientes de los que alimentó su narrativa. Ha escrito las novelas *Corazón ladino* y *Sus fríos ojos azules*, y el libro *Veinte cartas neuróticas desde Alabama*. Desde los años 80 radica en Estados Unidos y no se relaciona en absoluto con el mundillo literario salvadoreño, razón por la cual en nuestro país muchos críticos no la incluyen en el canon de la literatura nacional.

Contemporánea de los movimientos sociales en los sesenta, setenta y ochenta, Martínez, sin embargo, no asume una posición partidarista, aunque sí crítica, a la penosa época que vivía El Salvador y que terminó desembocando en la guerra civil de 1980 a 1992. Ese período difícil, espinoso, con sus terribles carencias de todo tipo, con su inseguridad y su neurosis, marcó definitivamente a toda una generación que hoy viene saliendo de toda esa violencia con una carga enorme de agresividad que no encuentra, muchas veces, más salida que nuevos hechos violentos.

Por otra parte, el conflicto de los años 80 sacrificó al menos a dos generaciones de hombres y mujeres que estaban en su mejor momento productivo y privó al país de muchos de los trabajadores que tanto necesitaba. Las escritoras no fueron la excepción.

Jacinta Escudos entronca plenamente con esta generación de mujeres que, como apunta Torres, están tratando de deconstruir el discurso patriarcal, a veces desde perspectivas ciertamente audaces, sobre todo considerando lo pacato y mojigato que generalmente ha sido el discurso patriarcal en la narrativa salvadoreña. En su más reciente obra, aborda temáticas tan complejas como el erotismo desde las mujeres, la homosexualidad femenina y la desgastante relación amor-odio entre un hombre y una mujer que, como frecuentemente ocurre en nuestra realidad, han hecho de la agresión la manera habitual de relacionarse entre sí. Perteneciente a la más reciente generación de escritores salvadoreños, al momento de escribir estas líneas Jacinta no vive en El Salvador, sino en Nicaragua, país con el que, evidentemente por lo que venimos hablando, la literatura salvadoreña ha tenido una profunda y duradera relación, desde los años de Francisco Gavidia y Rubén Darío.

Por último, e irrespetando su deseo expreso, voy a hablar de Claudia Hernández, quien escasamente cuenta hoy día con veinticuatro años de edad, y pertenece a una generación que apenas está insinuándose profesionalmente, pero que tiene perspectivas muy esperanzadoras para la literatura salvadoreña. Ganadora, a los veintidós años, del Premio Internacional de Cuento “Juan Rulfo”, Claudia publicó consistentemente, durante 1998 y parte de 1999, cuentos en *El Diario de Hoy*, y ha desplegado una importante actividad profesional y docente. Graduada de Ciencias de la Comunicación por la Universidad Tecnológica, ac-

tualmente imparte clases en el Departamento de Comunicaciones y estudia Derecho en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA).

Cada escritora que he mencionado pertenece a un período específico y por ello su trabajo adoptó, en cada caso, modalidades muy concretas. Hoy, después de la guerra, nuevas modalidades, nuevos "modos" de ser mujer se estrenan, con los tanteos y las vacilaciones propias de toda nueva etapa. Las mujeres están cuestionando fuertemente los papeles tradicionales y la separación de roles, y esto también es producto de esta nueva época, cuando se están redefiniendo igualmente muchos otros roles sociales. Hay un fuerte movimiento de mujeres, producto, en parte, de los acuerdos de paz, y en ese sentido, Jacinta Escudos refleja, quizá mejor que nadie, esa redefinición.

En especial, existe entre las mujeres una conciencia clara de la necesidad de redefinir el lenguaje, que es y ha sido, en nuestra literatura, aplastantemente patriarcal. La asunción de la escritura se ha constituido, desde ese punto de vista, en una tarea urgente para las mujeres.

Si bien todos estos signos son alentadores, persiste sobre las mujeres, y sobre la sociedad en general, el signo de una agresión permanente. La exacerbada conflictividad social e individual que produjo la guerra ha convertido a algunas ciudades de El Salvador, junto con algunas poblaciones colombianas, en las localidades más violentas del continente. Uno de los grupos que padecen más agudamente este problema son las mujeres, y esto no deja de ser evidente en la narrativa de las escritoras de este momento, que recogen muchas veces, directamente, lo que ocurre en la sociedad.

HONDURAS: MUJERES QUE ESCRIBEN CUENTOS

Lety Elvir Lazo

Honduras

El cuento ha sido uno de los géneros literarios, junto a la poesía, más producidos por las mujeres hondureñas y centroamericanas en general; paradójicamente, al igual que cualquier otra producción artística de ellas, no ha sido objeto de verdadera atención en las investigaciones literarias, ni integrado de manera representativa en las antologías o los programas de estudio del sistema educativo nacional, de ahí que exista un gran desconocimiento o desvalorización de tan importantes aportes culturales. Situación perjudicial para toda una sociedad que sufre las consecuencias de un discurso a medias, parcializado y unívoco.

Así, por ejemplo, en Honduras es común que se ignore que la fundadora de la novelística nacional fue una mujer, Doña Lucila Gamero de Medina, o que fue otra mujer, Mimí Díaz Lozano,[2] quien renovó las técnicas de escribir cuentos en la Honduras de la década de los cincuenta, con lo cual esta narrativa se ubicaba al par de las de otras

2 Más información en: Helen Umaña, *Panorama crítico del cuento hondureño (1881-1999)*, Ciudad de Guatemala: Letra Negra/ Tegucigalpa: Iberoamericana, 1999, pp. 237-241.

latitudes que han ido a la vanguardia literaria. Por supuesto, pasaron inadvertidas o incomprendidas, como Yolanda Oreamuno, en Costa Rica, y muchas otras mujeres en cualquier parte del mundo.

Si en México, Rosario Castellanos se adelantó con una narrativa nueva a los varones escritores de su época (los mismos que incluso llegaron a ganar sendos premios literarios escribiendo con el estilo que ella había inaugurado, pero le dijeron que su narrativa no tenía calidad literaria, que nadie escribía de tal manera, y esa obra quedó engavetada por décadas), en Honduras lo hizo Mimí Díaz Lozano, pero ella quizá no consultó a los varones, o tal vez sí, y publicó en 1959 su libro de cuentos *Sendas en el abismo*.

No obstante sus valiosas innovaciones literarias, la obra de Mimí quedó en la oscuridad, en el fondo del mar, y Honduras perdió varios años de reconocimiento de su avance literario. Más tarde, la historia (mejor dicho, los que escriben la historia oficial, ¿quiénes han escrito la historia?) cometió otro error: registró esos avances una década después, pero adjudicándoselos a los hombres escritores, le negaron el mérito a ella. Mientras tanto, la historia literaria mexicana ha corregido su falta, Rosario Castellanos ocupa un espacio importante que cada día crece y trasciende las fronteras geográficas, tiene el lugar que merecía desde siempre. Considero que igual ruta siguen con la obra de otras mujeres mexicanas, como Elena Garro.

Y es que los libros de historia literaria o las antologías[3] tradicionales han sido sólo algunas de las vitrinas de la exclusión cultural, consciente e inconsciente, de los aportes culturales de las mujeres. En tal sentido, la urgencia de buscar, estudiar y divulgar las obras y nombres de las escritoras, precursoras y contemporáneas es una necesidad y, a la vez, una deuda de corrección histórica.

Hasta el momento en que escribo estas líneas, en Honduras sólo existen dos antologías de cuentistas hondureñas,[4] ambas de reciente

---

3 Para análisis del caso centroamericano, tanto en antologías de poesía como de cuentos, sugiero ver: Lety Elvir Lazo, “El sintagma olvidado: Historia y género en el canon literario centroamericano”, en Revista *GénEros*, 33.Colima: Universidad de Colima, junio de 2004, pp. 65-76.

4 Willy Muñoz, *Antología de cuentistas hondureñas,* Tegucigalpa: Guaymuras. 2003; y Jessica Sánchez, *Antología de cuentistas hondureñas,* Ciudad de Guatemala, 2005.

circulación, y no he conocido ni encontrado ninguna obra antológica publicada que presente muestras de cuentistas del conjunto de los países centroamericanos; no obstante, sí hay noticias de proyectos de divulgación a corto plazo. Por eso, celebro cada paso que se da hacia la corrección de la historia; por eso, me siento provocada de escribir estas palabras para la antología de cuentistas centroamericanas que ha seleccionado Consuelo Meza Márquez, una investigadora acuciosa y amante de la literatura escrita por mujeres.

En la lucha por la corrección de la historia han sido trascendentales, entre otros factores, ciertos cambios de mentalidades, el surgimiento de nuevos sujetos sociales, la vivencia del período de intersiglos, la inauguración de un nuevo milenio, la filtración triunfal de las teorías feministas en la academia, la desconstrucción del canon literario, pero, sobre todo, la toma de conciencia de las mujeres con respecto a su ser femenino y la experiencia individual y colectiva que implica ser mujer dentro de una sociedad que las margina y desvaloriza, que excluye a las personas en función de su sexo, etnia, color de piel, clase social, credo, nacionalidad, pero sobre todo por la diferencia sexual.

Es precisamente con la concienciación del trato de diferencia negativa que socialmente reciben las mujeres, por ser mujeres, que se han constituido en un nuevo sujeto social, capaz de comprometerse políticamente en la construcción de nuevos horizontes culturales y de nuevas identidades femeninas a través del discurso literario, en el caso de las escritoras.

Y como todo proceso es un recorrido de diversas fases, aunque no sea necesariamente lineal ni exactamente el mismo para todas y cada una, así también ha sido el camino por la literatura y el de la formación de la conciencia de las mujeres hondureñas. Más allá del movimiento literario o generación literaria en que se les pretenda encasillar, más allá de las condiciones particulares en que las mujeres escriben, más allá o más acá de los sellos editoriales consagrantes, más allá del reconocimiento o de la burla, más allá de los obstáculos, la literatura femenina en Honduras ha dejado algo muy claro: las mujeres no han parado de escribir y su aportación ha sido valiosa en la configuración de una literatura hondureña.

En el recorrido por caminos y partos que deja a su paso una centuria: 1873-1973, encontramos nombres de escritoras que han pu-

blicado sus cuentos en forma de libro o a través de revistas, antologías y periódicos. Entre ellas[5] puedo citar a Lucila Gamero de Medina (1873-1964); Fausta Ferrera (1891-1971); Mercedes Laínez de Blanco (1900-1976), (publicó sus cuentos en revistas, en "R"[6]); Paca Navas de Miralda (1900-1969), (en R); Clementina Suárez (1902-1991), (en R); Paz Hernández (1911), (en R); Argentina Díaz Lozano (1912-1999); Emma Moya Posas (1915), (en R); Ángela Valle (1920-2004), (en R); Mina Cisneros (seudónimo de Paula Herminia Cisneros), (1926); Mimí Díaz Lozano (1928); Rubenia Díaz de Ortega (1929).

Además, Eva Thais (seudónimo de Edith Tarríus López), (1931-2001); Elvia Castañeda (con seudónimo Litza Quintana), (1932), (en R); Estela Jovel Pavón (1933), (en R); Leticia de Oyuela (1935); Aída Castañeda (1940); Ana María Alemán Bermúdez (1940), (en R); Marta Susana Prieto (1944); Blanca Guifarro (1946); Alejandra Flores Bermúdez (1957), (en R); María Eugenia Ramos (1959); Belquis Alicia López Navarro (1960), (en R); Amanda Castro (1962), (en R); Débora Ramos (1962), (en R); Waldina Mejía (1963); Rocío Tábora (1964); Lety Elvir de Lazo (1966); Rebeca Becerra (con seudónimo Ana Luisa Alvarado,1969), (en R); Jessica Sánchez (1971), (en R); Patricia Toledo (1973), (en R).

No obstante la distancia temporal, o las diferentes técnicas narrativas que hay entre unas y otras escritoras, sus cuentos se inscriben en esa serie de obras literarias que recogen la problemática social del momento histórico que les correspondió o les ha tocado vivir; todas ellas han señalado, con mayor o menor conciencia crítica, la situación de malestar que provoca en las mujeres la cultura patriarcal.

Desde cuentos de la primera narradora hondureña, Doña Lucila Gamero de Medina, hasta cuentos de las más recientes, se puede encon-

5 Además de los nombres mencionados existen otros, quizá una cantidad similar o mayor a la ya citada, pero en este momento carezco de la información necesaria acerca de sus publicaciones, así como también de una considerable producción cuentística inédita que requeriría de una investigación aparte.

6 Para indicar que la autora ha publicado sus cuentos en revistas, antologías o periódicos usaré en adelante: "(en R)"; sin embargo, esta referencia es exclusivamente para cuentos, pues la mayoría de estas autoras han publicado libros de poesía; otras, libros de ensayos, novelas, teatro, cuentos infantiles, etc. Cuando este signo esté ausente significará que esas autoras han publicado un conjunto de cuentos en forma de libro.

trar una conciencia individual y colectiva interesada en presentar personajes femeninos en sus diferentes etapas de evolución, en el recorrido de su construcción en sujeto social. Sus personajes femeninos van en búsqueda de nuevas formas de ser mujeres, nuevas formas de relacionarse con los otros personajes, muchas de estas representaciones femeninas logran salir de las murallas y roles injustos impuestos a las mujeres, muchas otras se quedan atrapadas o a la mitad del camino con un pie a cada lado del ecuador; sea como sea, cada vez más se puede apreciar simultaneidades en las innovaciones, tanto en las técnicas narrativas como en las propuestas de nuevas formas de construirse, de vivir y pensar.

Transformar las imágenes arquetípicas, los significados y representaciones que de las mujeres han inventado otros desde sus miedos y deseos que sienten con respecto de lo femenino; subvertir con nuestro lenguaje, desde adentro del mismo lenguaje dominante que nos construye (pero que no nos determina ni puede aprisionarnos para siempre), las normas y falacias que los otros repiten sin reflexionar. Denunciar la ficción y otros umbrales de la lógica patriarcal[7] desde la ficción y nuestras realidades o, mejor dicho, desde nuestras auto-representaciones y nuestras voces-escrituras activas, es la tarea de las escritoras (al menos de las centroamericanas) contemporáneas comprometidas con la construcción de una nueva cultura, una nueva forma de ser, de aprender y de actuar dentro de una nueva realidad.

Nueva realidad predominada por la globalización económica-cultural y la crisis del sujeto cartesiano, cuyas consecuencias recaen principalmente sobre las mujeres; en el primer caso, porque la globalización ha empobrecido aún más a las mujeres de los países necesitados, y en el segundo, porque al entrar en crisis la lógica del sujeto cartesiano, la lógica patriarcal no comprende las voces disonantes y disidentes de las mujeres que se han posicionado como sujetos históricos (y cuestionan, y toman la palabra, y cada vez ocupan más espacios en la producción cultural y están cambiando la mentalidad de lectoras y lectores),

7 Enrique Gil Calvo considera que esta lógica patriarcal ha encerrado tradicionalmente a la mujer en tres arquetipos y estereotipos que simbolizan la clasificación de la feminidad: Hera (la madre), Palas (la vrgen) y Afrodita (la puta). Más información en: Enrique Gil Calvo, *Medias miradas: Un análisis cultural de la imagen femenina,* Barcelona: Anagrama, 2000.

y como no entiende ni comprende, entonces prefiere reprimir, descalificar, desvalorizar, ocultar e incluso matar.

A pesar de ello, las mujeres no se bajarán del carro de la historia, ahora también lo conducen y llevan adelante el reto de contribuir a cambiar lo que de ellas se ha dicho, escrito o inventado la lógica patriarcal.

Frente a semejante lógica, mujeres de Honduras, mujeres centroamericanas, mujeres de todo el mundo, han de seguir escribiendo, investigando, publicando, innovando, recuperando la otra mitad que tanto a hombres como a mujeres nos habían ocultado o tan sólo mostrado a pedacitos, a regañadientes, casi como una prohibición, un tabú, un pecado literario. Un placer injustamente negado a muchas generaciones de lectores y lectoras.

UNA APROXIMACIÓN A LA CUENTÍSTICA ESCRITA POR MUJERES PANAMEÑAS: 1931-2006

Enrique Jaramillo Levi

Panamá

(Para Consuelo Meza Márquez, investigadora mexicana de la literatura femenina de Centroamérica).

Introducción

Visto panorámicamente, en el ámbito literario de Panamá desde mediados del siglo XIX hasta el año 2006, la producción cuentística nacional es, sin lugar a dudas, la más significativa, tanto en cantidad (tomando como modelo el concepto de libro o folleto en el que se publica una colección de cuentos) como en calidad. Si bien se publicó poesía en periódicos del istmo desde mucho antes de que Darío Herrera (1870 - 1914) diera a conocer en Buenos Aires *Horas lejanas* (1903), primer libro de cuentos de un autor panameño, éste es el género que más sostenida e integralmente ha dominado. En otras palabras, puede defenderse la tesis de que a lo largo de la acumulación de la bibliografía nacional, durante siglo y medio,

hay más y mejores libros de cuentos de autores panameños que libros de poesía (los otros géneros literarios quedan mucho más rezagados).

Y es interesante notar que casi todos los poetas modernistas y postmodernistas de nuestro país cultivaron también el cuento hacia fines del siglo XIX y principios del XX; es el caso, además del de Herrera, de Simón Rivas, Hortensio de Icaza, Adolfo García, Guillermo Andreve, Gaspar Octavio Hernández y Ricardo Miró. Por otra parte, un escritor más bien realista de aquella época, quien no fue en realidad poeta, sobresalió casi a la par de Herrera por la calidad de sus cuentos, sólo que no los recogió en libro, sino dispersos fueron quedando en periódicos y revistas: Salomón Ponce Aguilera (1868-1945).

Por supuesto, demostrar plenamente la supremacía del cuento sobre la poesía en el ámbito nacional -hablo de libros o plaquetas en ambos géneros, no de cuentos o poemas sueltos- sería sin duda un fascinante motivo para otro estudio. Un estudio comparativo y estadístico, pero fundamentalmente valorativo en términos estrictamente literarios.

Es importante referir que el periodo comprendido entre 1990 y 2006 se destaca por ser el de mayor producción, mismo en que se da a conocer, casi simultáneamente, el mayor número de nuevos cuentistas jamás registrado en Panamá. Y hay por lo menos otros 15 autores, de muy diferentes edades, quienes tienen diverso grado de calidad literaria en sus textos y que, en ese mismo lapso, publican su primer libro de cuentos. Los de mayor edad: Manuelita Alemán (seudónimo: Madelag; 1918), con *Rombos* (2005) y Eudoro Silvera (1916), con *Cuentos en primera persona singular* (2004). Se trata de una verdadera eclosión de este género de ficción breve en nuestro país, y no deja de ser significativo el hecho de que una parte importante de dicha producción se deba al talento de un número de singulares mujeres.

La cuentística escrita por mujeres panameñas: 1931-2006

Hasta donde he podido investigar, los primeros libros de relatos o estampas, que no verdaderos cuentos, escritos en Panamá por mujeres son: *Colección de cuentos morales sobre los Diez Mandamientos* (1924), de Nicolasa Naranjo (1866-1951), y *Flores de mi huerto. 20 cuentos cor-*

tos para niños (1928), de María Magdalena de Ycaza de Briseño (?). Sin embargo, Graciela Rojas Sucre (1904-1992) fue la primera mujer panameña que publicó un auténtico libro de cuentos literarios; lo hizo en Santiago de Chile, en 1931: *Terruñadas de lo chico*. Para todo efecto práctico, puede afirmarse sin reservas que esta obra inaugura el género. Es una amena y pintoresca colección de cuentos juveniles en los que el protagonista es siempre un niño o un joven. En ellos domina el humor, el detalle, la eficaz ambientación; en todo momento sentimos una espléndida ejecución anecdótica, así como bien logrados desenlaces. Lamentablemente, el libro nunca ha sido reeditado y sólo se puede leer en unas pocas bibliotecas locales.

Por razones que sólo podrían especularse, habría que esperar exactamente treinta y un años más para que apareciera el segundo libro de cuentos de una escritora nacional. Siendo muy joven, Moravia Ochoa López (1941) irrumpe en la literatura nacional con *Yesca,* en 1962, una obra madura, lírica, fundamentalmente introspectiva y con una bien dosificada carga de denuncia social que caracteriza a la mayor parte de sus cuentos. Han pasado, desde entonces, cuarenta y cuatro años, en los que publica otros valiosos libros de cuentos y poemarios importantes. Su más reciente aporte en este género es de 2005: una amplia colección de cuentos escogidos de su producción anterior, que también incluye una sección de cuentos inéditos: *Las esferas del viaje*. Es de justicia señalar que la narrativa breve de esta autora habría de sentar la pauta, consciente o inconscientemente, de lo que sería luego la cada vez más abundante y siempre sensible creación cuentística femenina en Panamá. Si bien Rojas Sucre inaugura el género, Ochoa López lo redescubre, y al hacerlo lo reinaugura consolidándolo antes de saber (y saberse) que sus cuentos habrían de resultar precursores de los escritos por otras mujeres talentosas en los cuarenta y cuatro años que median entre la aparición de *Yesca* y el presente (junio de 2006). Con sus cuentos empieza esa singular combinación de imaginación y memoria que se despliega en los numerosos pasajes introspectivos de sus ficciones, se inicia el manejo admirable de una prosa poética funcional, y el dominio de un oficio narrativo cuyo motor es, sin duda alguna, la confrontación valiente con la dolorosa experiencia humana. Así, vida y arte intercambian coordenadas en la obra de Ochoa López y terminan haciéndose indiferenciables.

La otra gran cuentista que habría de marcar la narrativa escrita por mujeres panameñas es Bertalicia Peralta. Osada, concisa, ingeniosa y siempre en dominio pleno de los recursos de la narración, sus tres libros de cuentos contribuyen fundamentalmente a que este género continúe enraizándose en Panamá: *Largo in crescendo* (1967), *Barcarola y otras fantasías incorregibles* (1973) y *Puros cuentos* (1988). También poeta importante, nos debe, desde hace 18 años, un nuevo muestrario de su maestría ficcional. Pero ya con estas obras, Peralta demuestra que su pulso es firme y selecto, conciso y a menudo lírico, aunque escoja situaciones abstrusas o a primera vista absurdas, aunque no dude en poner el dedo sobre la llaga cuando es menester.

Otra ruptura significativa, en la entonces todavía parca producción cuentística femenina en nuestro país, se da en 1982 con la publicación del hasta ahora único libro de cuentos de la también poeta y ensayista Giovanna Benedetti: *La lluvia sobre el fuego*. Se trata de una obra innovadora desde el punto de vista de la técnica, y muy a tono con las vivencias de la mujer en la sociedad patriarcal. Hay una rebeldía a flor de piel en cada texto, una insumisión que marca la pauta en cada historia y determina su desenlace. La visión de mundo de Giovanna Benedetti pone de manifiesto cómo los mecanismos de la introspección, que desde 1962 aporta a la narrativa femenina nacional Moravia Ochoa López en su juvenil *Yesca*, son susceptibles de aflorar como escudo protector y como vuelo poético, más allá de la simple evasión frente a problemas amorosos o de orden doméstico, tanto en la vida misma como en la literatura que la representa.

Hay tres mujeres que a edad madura llegan a la literatura panameña: Rosa María Britton, Isis Tejeira y Beatriz Valdés. Versátil y muy productiva la primera, quien ha publicado diversas novelas, libros de cuentos y de teatro; mucho más parcas, en el proceso de la creación y en el de publicar, las otras dos; Tejeira es también novelista y Valdés ensayista. Las tres contribuyen valores literarios y humanos fundamentales a la ficción breve nacional. En este sentido, los libros de cuentos ya mencionados de cada una son, a mi juicio, aportes innegables a la creatividad literaria panameña. Valdés tiene la singularidad de escribir cuentos más bien extensos, y de preferir temas míticos e históricos para convertirlos en ficción, combinación que representa una arista poco fre-

cuentada por quienes escriben narrativa breve en Panamá. En Britton, en cambio, se produce en muchas de sus historias una auscultación profunda de la condición humana, de su miseria, desde la óptica de la mujer. Tejeira, por otro lado, explora los conflictos poniendo en manos de la imaginación el desarrollo de los traumas internos de sus personajes femeninos.

Otra escritora que oxigena significativamente la cuentística femenina panameña es Consuelo Tomás. Sus *Cuentos rotos* y su *Inauguración de fe*, publicados en 1991 y 1995, respectivamente, introducen el sarcasmo, la ironía y el humor y, en el algunos casos, la crítica social y una vena eminentemente popular salpicada de cierta desenfadada y casi fatalista sexualidad. Si como poeta el aporte de Tomás es una autenticidad desencarnada y un sobrio control de ideas y emociones que denota una suerte de ancestral sabiduría, como cuentista reitera y desarrolla estas cualidades con el indispensable añadido de saber contar historias interesantes y a menudo conmovedoras.

La cuentística de Yolanda Judith Hackshaw Mathews, Aída Judith González Castrellón y Erika Harris refresca, con su variedad temática y su dominio del oficio, las lides de la ficción breve escrita por mujeres panameñas en los últimos años. Las dos primeras han publicado dos libros de cuentos cada una, mientras que la última uno solo hasta el momento. Las tres entran con pie firme al terreno narrativo buscando contar historias cuya originalidad corre paralela al conocimiento básico necesario de cómo mantener, de principio a fin, el interés del lector por el carácter hondamente humano de sus personajes, y por la notable amenidad de los temas planteados y de sus desarrollos. Sorprende, además, la coincidencia que se da, en cada una, de un dominio claro de la forma, la cual incluye un manejo preciso del lenguaje. *Corazones en la pared* y *Las trampas de la escritura*, ambos publicados en 2000, de Yolanda Judith Hackshaw Mathews, son libros integrados por cuentos singulares por su originalidad imaginativa en lo temático y en lo formal. Lo mismo puede decirse de *Pájaro sin alas y otros cuentos* (1999), de *Espejismos* (2000), de Aída Judith González Castrellón, así como de *La voz en la mano* (2003), de Erika Harris.

Digna R. Valderrama, con su único libro *Planeta Venus* (2000), demuestra similar desenfado al que despliegan en su momento Bertalicia

Peralta y Consuelo Tomás, sobre todo en el tema sexual. Su cuento "Ganas", dentro de su sencillez anecdótica, incursiona en terrenos generalmente vedados a las mujeres, casi siempre por su propia autocensura; su desenlace escatológico sorprende, y sin embargo estaba meticulosamente previsto por la autora. Ojalá que Valderrama continué escribiendo y que pronto podamos conocer un nuevo libro suyo.

En años recientes publican dos mujeres de edad madura, que llegan a las letras nacionales con propuestas altamente creativas, por el vuelo poético del lenguaje y por su gran fuerza expresiva dentro de una interesante versatilidad temática: Lupita Quirós Athanasiadis, con *Si te contara…* (2004); e Isabel Herrera de Taylor con *La mujer en el jardín y otras impredecibles mujeres* (2005). Y sin embargo, tienen estilos muy diferentes, por más que la naturaleza exacta de esa distinción resulte difícil de precisar, a menos que se analizaran y compararan entre sí un número significativo de sus cuentos, pero no es el objetivo de estas notas. En ambas, se maneja una gran sutileza en las implicaciones de los contenidos, ya que dominan el poder de la sugerencia. El concepto que sintetiza el quehacer literario de Quirós Athanasiadis y de Herrera de Taylor podría nombrarse con la palabra "creatividad".

Es importante destacar la aportación que hacen a la narrativa breve nacional Marisín Reina, Melanie Taylor, Annabel Miguelena y Gloria Melania Rodríguez Molina, las cuentistas panameñas más jóvenes. En este sentido, Reina, Miguelena y Rodríguez Molina, quienes sólo han publicado un libro cada una, escriben una prosa desenvuelta, de gran frescura y variedad de matices. En términos generales, puede afirmarse que la prosa de las tres narradoras es amena, que sus respectivos cuentos denotan el necesario control del oficio de narrar en los muy diversos temas que abordan.

Melanie Taylor, en cambio, representa sin duda un caso singular: nace a la literatura panameña como una cuentista de singular madurez, como una narradora de garra, plenamente realizada; sus dos libros —*Tiempos acuáticos* (2000) y *Amables predicciones* (2005)— ponen de manifiesto una impresionante versatilidad formal y la capacidad que tiene la autora de profundizar en el alma humana. El lenguaje finamente irónico o mordaz, pero siempre preciso y limpio de todos sus relatos , es un elemento fundamental de su estilo, mientras que sus

desenlaces sorprenden siempre; sin embargo, uno se da cuenta al releer los cuentos que las semillas de esos finales en realidad han sido plantadas, casi desde el principio, en las entretelas del sutil entramado, de tal manera que esos desenlaces resulten prácticamente inevitables.

Todavía hay otras cuentistas que publican en la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI, quienes llegan a edad madura al ámbito cuentístico de Panamá. Ellas son: Sydia Candanedo de Zúñiga (1927), Marisín Villalaz de Arias (1930), Marisín González (1931), Griselda López (1938), Gloria Guardia (1940), Amparo Márquez (seudónimo de Delia Cortés, 1948), y más recientemente, Katia del C. Malo A. (1961) y Francys de Skogsberg (1954). Todas han publicado hasta el momento un solo libro de cuentos, a excepción de Griselda López, quien es autora de dos pequeñas plaquetas en las que da a conocer un puñado de bien logrados cuentos cortos: *Piel adentro* (1986) y *Sueño recurrente* (1989).

Hay otro grupo de narradoras que han concentrado sus esfuerzos creativos, fundamentalmente, en un difícil y poco reconocido subgénero: el cuento infantil. Entre éstas es preciso mencionar a quienes han publicado al menos un pequeño libro de relatos: Elidia Wong Miranda (1911), Joaquina Pereira de Padilla (1927), Tilsia Perigault (1930-1990), Marta Jiménez de Stanziola (1931), Isabel María Roldán (1932), Estella Perigault de Malgrat (1932), Hena González de Zachrisson (1933), Berna Calvit (1937), Francisca de Sousa (1938), Irene Guerra de Delgado (?) y Ledabril Moreno (?).

Lamentablemente, la obra de la inmensa mayoría de estas autoras no es conocida por el público lector panameño. Razones sin duda hay muchas, pero predomina la tradicional falta de interés de la comunidad por sus hombres y mujeres de letras. Si a esto sumamos la escasa promoción de los libros, su mala distribución, la renuencia de ciertas librerías locales y puestos de venta a exhibir y esforzarse por vender libros nacionales, y la carencia de una crítica literaria periódica y profesional, tendremos un buen vistazo del deprimente cuadro contextual en el que está inmersa la literatura del país. Sin embargo, los buenos escritores de Panamá continúan creando, y los nuevos autores de talento, cada vez son más. Entre las buenas narradoras de ficción breve, que aún no publican su primer libro de cuentos, destacan: Victoria Jiménez

Vélez (1937) e Indira Moreno (1969), cada quien con un estilo muy personal de escribir. Y sin duda hay otras, algunas de las cuales en los últimos años han publicado cuentos en la revista cultural *Maga*.

Por otra parte, es preciso consignar que las cinco versiones del Diplomado en Creación Literaria que, entre 2001 y 2006, se han dictado en la Universidad Tecnológica de Panamá, así como también varios talleres particulares de cuento, han sido responsables de algunos de los logros que en este género ha tenido el país en años recientes. En este sentido, hay nuevos autores, entre los que figuran algunas mujeres, que publican sus primeros cuentos en volúmenes colectivos; uno de éstos se titula: *Soñar despiertos* (2006), y corresponde a trece de los egresados en el Diplomado en Creación Literaria 2004.

Un recuento minucioso de los libros de cuentos publicados en Panamá, por hombres y mujeres de muy diversas edades solamente entre 1990 y 2006, pone de manifiesto el impresionante auge que ha tenido este género en los últimos 16 años. Un auge que, por la calidad de gran parte de dicha producción, vaticina prometedores nuevos logros en la ficción breve nacional. Esta eclosión se da tanto con creadores de épocas anteriores, que continúan aportando buenas obras a la bibliografía nacional, como con figuras inéditas hasta entonces.

Pero sin duda, es indispensable fortalecer la otra cara de la moneda: el gusto, precisamente, por la lectura de autores nacionales. Los círculos de lectura y los actos de presentación de nuevos libros que, en buena hora, han venido proliferando fundamentalmente en la capital panameña en años recientes; sólo han sido, y esperemos que sigan siendo, parte de la solución: una solución de orden motivacional. Lógicamente, el trabajo duro a desarrollar con los lectores debe iniciarse mucho antes; debe empezar en la escuela primaria, seguir en la secundaria y reforzarse en cursos humanísticos en la universidad bajo la tutela de maestros y profesores no sólo capacitados, sino también sensibles a las nuevas propuestas de la literatura contemporánea. Además, los viejos críticos literarios, y sobre todo los nuevos que han venido surgiendo en años recientes, deben acompañar al fenómeno de este resurgimiento de las letras nacionales. Su misión es: estar al día, leer, estudiar, evaluar y reseñar para el público lector la mayor cantidad posible de nuevas y no tan nuevas obras en los diversos géneros litera-

rios. Esos críticos existen, la mayor parte de ellos tiene la formación, y por tanto los conocimientos necesarios, para realizar esa altruista labor de manera profesional y sostenida. No de otra manera se va a lograr, en los lectores panameños, la preparación y el interés necesarios para que crezca su número y calidad.

MUJERES QUE CUENTAN[8]

Lucrecia Méndez de Penedo
Guatemala

De los bordes al escenario

Como cualquier discurso literario pionero, la narrativa breve guatemalteca elaborada por mujeres es una escritura en construcción. Y al mismo tiempo, una escritura deconstructiva de estereotipos e imágenes tradicionales femeninas. Un discurso a dos voces: la mujer guatemalteca vive y escribe en una dualidad, en intermitente negociación. No se encuentra totalmente fuera del sistema patriarcal en cuanto a cánones literarios y circuito de producción y distribución del libro; pero por otra, aspira a tener espacio y voz propia, así como sus particulares canales de difusión. Los textos resultan entonces oscilantes. Han recorrido un conflictivo proceso desde el silencio o la mudez, hasta el murmullo o el grito.

8 Este texto se encuentra como Introducción en la antología compilada por Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo, *Mujeres que cuentan*, Universidad Rafael Landívar, Guatemala, 2001, pp. 1-14. La autora permitió que fuera incluido en la presente publicación. Se le hizo una breve corrección para que pudiera leerse sin referencia al texto señalado.

La bibliografía en torno a la narrativa breve femenina guatemalteca es escasa y se encuentra diseminada en revistas y periódicos, tanto locales como extranjeros, en forma de prólogos, ensayos, ponencias, reseñas, entrevistas, artículos. Sin embargo, cuando alguna de estas narradoras ha obtenido algún premio, sean personalidades afirmadas de las letras guatemaltecas o no, la crítica ha sido exigua.[9] Así, después del esbozo de este primer horizonte se esperaría un enriquecimiento de la bibliografía sobre el tema.

Las autoras aquí incluidas[10] han publicado textos considerados como representativos, ya sea en libros,[11] y también textos que han

9 Es el caso de la poeta Ana María Rodas, quien obtuvo el Primer Premio en la rama de cuento en los Juegos Florales Hispanoamericanos de Quetzaltenango (Guatemala) en 1990, y el Primer Premio del Concurso Permanente "15 de Septiembre" (Guatemala) con el cuento *Monja de clausura*, en 1995. Recientemente, en el 2000, obtuvo este último galardón la joven narradora Jessica Masaya Portocarrero con su libro *Diosas decadentes* (inédito).

10 Las escritoras que se incluyen en la antología y que se toman como referencia en el ensayo son: Esmeralda Putzeys Illescas, Leonor Paz y Paz, Norma García Mainieri, Ana María Rodas, Ligia Rubio-White, Marcela Valdeavellano, Aída Toledo, Eugenia Gallardo, Ivonne Recinos, Ligia Escribá, Sagrario Castellanos, Ruth Piedrasanta, Ana María Sandoval, Gloria Hernández de López, Mildred Hernández, Brenda Morales, Johanna Godoy, Jessica Masaya Portocarrero, Regina José Galindo, Lucía Escobar, Nancy Quiñónez y Vanessa Toledo.

11 Putzeys Illescas, Esmeralda. *Cuentos completos,* Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1998; Paz y Paz, Leonor. *18 cuentos,* Guatemala, 1955; *Como si fueran cuentos,* Guatemala: Editorial Landívar, 1978; García Mainieri, Norma (Isabel Garma), *El hoyito del herraje.* Guatemala: Ed. Oscar de León Palacios, 1996; *Cuentos de muerte y resurrección,* Guatemala: Ed. Oscar de León Palacios, 1987, 1ª. Ed., 1997, 2ª. Ed. 1998; Rodas, Ana María, *Mariana en la tigrera.* Guatemala: Artemis-Edinter, 1995; Escribá, Ligia, *Las máquinas y yo,* Guatemala: Tipografía Nacional, 1984; Gallardo Eugenia, *No te apresures en llegar a la Torre de Londres porque la Torre de Londres no es el Big Ben,* Guatemala: F&G Editores, 1999; Hernández, Mildred, *Orígenes.* Guatemala: Ed. Oscar de León Palacios, 1995; *Diario de cuerpos,* Guatemala: Ed. Oscar de León Palacios, 1998; *El silencio del brujo.* Guatemala: Ed. Oscar de León Palacios (en prensa); Toledo, Aída, *Pezoculos,* Guatemala: Palo de Hormigo (en prensa); Piedrasanta, Ruth, *Estuche del porvenir, Narraciones de duendes, bestias y otros personajes,* Oaxaca: Ed. Casas de Cultura, 1988; *Condición de paso,* Guatemala: Ediciones del Pensativo (en prensa). Se sugiere consultar las antologías de narradoras guatemaltecas: AA.VV. *Desde la casa del cuento,* Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes, 1998, que incluye relatos de Thelma Patricia Cortés Bendfeldt, Gloria Hernández Montes de López, Ligia Rubio-White, y AA.VV. *Las hijas de Shakti.* Introducción y selección de Nancy Quiñónez. Guatemala: Editorial X, 1998, que incluye regalos de Margarita Toruño, Paola Judith Herrera, Corina Bress, Nancy Quiñónez, Angélica de la Vega A.

aparecido en revistas y suplementos culturales, o inclusive de algunas que permanecen inéditas. Sea en forma de volúmenes o como textos sueltos, la mayoría ha publicado hasta bien entrando el siglo XX, específicamente durante la década de los noventa. Probablemente, este fenómeno coincide, entre otros factores, con el nuevo clima de libertad, inmediatamente, anterior y posterior a la firma de los Acuerdos de Paz en 1996, así como con la modernización económico-social del estado, que arranca desde la década de los sesenta, y que han condicionado un mayor protagonismo de la mujer en la vida pública, así como una conciencia de sí misma en cuanto a un nuevo sujeto histórico en gestación. Lo anterior no implica que precedentemente no existiera esta práctica escritural.[12]

El perfil de las escritoras apunta hacia una mujer perteneciente a las capas medias o medias altas, ladina y letrada –frecuentemente con grado académico en el área de letras–, en su mayoría plenamente insertadas en el campo profesional y laboral.[13] Son mujeres, en cierto modo, privilegiadas, si se les compara con el grueso de la población femenina guatemalteca, que todavía padece un alto grado de analfabetismo y un escaso o nulo acceso a la educación y cultura, y una situación laboral

---

12 Como puede comprobarse, por ejemplo, con algunos cuentos de corte tardo romántico-modernista o costumbrista de Luz Valle (1986-1971), publicados en el diario *El Imparcial* en la década del treinta, o *Azul cuarenta* (1962) de Blanca Luz Molina (1920-198?), libro que ganó un concurso centroamericano de narrativa —publicado en 1962—. Este texto puede leerse como novela o como una serie de relatos unidos por las peripecias de un niño negro, en el escenario de la costa atlántica guatemalteca. En décadas más recientes puede mencionarse a Catalina Barrios y Barrios, autora de *Para qué y otros cuentos,* Guatemala, 1978, quien ha sido incluida en la *Antología de cuentistas hispanoamericanas,* Literal Books, 1996, de Cunha-Giabbal y Anabella Acevedo Leal, que incluye también a las guatemaltecas Esperanza Putzeys Illescas, Norma García Mainieri (Isabel Garma) y Marcela Valdeavellano. Circe Rodríguez ganó el Primer Premio del Concurso de la Federación de Alumnos de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica, Santiago de Chile, con el texto *"Once días después de agosto",* incluido en el volumen *Deshojando margaritas,* Santiago de Chile: RIL, 1996. Aída Niederheitmann también escribió y publicó cuentos en otros medios, aproximadamente, durante las décadas de los sesenta y/o setenta, pero no fue posible localizar este material. Algunas narradoras guatemaltecas aparecen incluidas en las narrativas hispanoamericanas y/o mujeres que no es posible reseñar aquí.

13 El perfil mencionado no comprende a las narradoras indígenas por la imposibilidad de localizar textos a nivel individual, y por consiguiente que marcaran una corriente, de tal forma que este campo permanece abierto a la investigación.

desventajosa, sobre todo en las áreas de población rural indígena. Estas escritoras han obtenido un espacio de reflexión idóneo para ejercitar su oficio —la famosa *"habitación propia"* woolfiana— que ciertamente nadie les ha regalado, pero sí pagado a un alto precio personal y profesional. No todas las mujeres que escriben son necesariamente militantes feministas; no obstante, y en general, basta que partan de su experiencia personal de diferentes grados de marginalización para que resulte casi inevitable que simpaticen o se adscriban a corrientes varias de liberación femenina. Las mujeres actualmente gozan de una mayor, y relativa, igualdad de derechos con el hombre, fruto en gran parte de los movimientos feministas que se inician en Guatemala en los círculos intelectuales, alrededor de finales de los sesenta. Pero también como efecto del conflicto bélico y sus consecuencias que vinieron a alterar brutalmente los patrones familiares.

La producción narrativa por parte de mujeres guatemaltecas —como sucede con otros géneros como la novela, el teatro, el ensayo, la autobiografía— ha sido más escasa si se compara con la producción poética, que posee una larga tradición y corrientes definidas. Probablemente, desde un principio y hasta la primera mitad del siglo XX, aproximadamente, la poesía constituyó para el conservador ambiente guatemalteco, un recinto privilegiado o idóneo para la confesión intimista de tipo lírico, espacio concedido a la "sensibilidad —o sensiblería— estereotipada de las mujeres". Por supuesto que hubo excepciones de notable calidad estética y también quedan registrados elusivamente en los intersticios del tipo de discurso intimista temas como el erotismo y la opresión femenina y, menos frecuentemente, la denuncia social, que irrumpiría abiertamente en la década de los setenta.

Por el contrario, la narrativa breve escrita por mujeres constituye un fenómeno reciente, que puede explicarse tanto por razones históricas como sociales y culturales. Particularmente, en la historia guatemalteca contemporánea, los factores de tipo político han condicionado la vida de todos los habitantes, directa o indirectamente. No se vive una guerra sin sufrir sus consecuencias —sea dentro de las fronteras o el exilio—, y las heridas profundas dejan largas secuelas. Así, al hablar de la literatura guatemalteca, es imposible no hacer referencia al fenómeno de la guerra civil que laceró el país durante aproximadamente 36 años, desde

1960 hasta 1996, así como al de la posguerra. Misma que condenó a muchos escritores, que permanecieron en tierra guatemalteca, al silencio, la evasión, la alusión o bien, la temeridad. En cuanto al tipo de género y registro, la narrativa desde esa perspectiva conservadora, estaba considerada como una escritura menos "femenina", es decir más propia de la mentalidad racional tradicionalmente atribuida al hombre —el sujeto épico por excelencia de acuerdo a los cánones culturales. Por otro lado, la mayor capacidad de comprensión de un texto narrativo de parte del lector y por ende, su potencial divulgación y acceso en cuanto a objeto cultural, convertían a la escritura narrativa de mujeres[14] en un tipo de escritura teóricamente peligrosa en términos ideológico-políticos, aunque ésta sólo fuera accesible efectivamente a un reducido número de lectores dado el grado de analfabetismo predominante y la escasa influencia que la literatura opera, a corto plazo, sobre la sociedad.

Hipermarginalización: la construcción del sujeto femenino

Guatemala se singulariza por constituir una sociedad subdesarrollada y marginalizada dependiente de la(s) centralidad(es) hegemónica(s), sea en lo económico, político y cultural. Por otro lado, existe una especificidad que le otorga un rasgo particular: es una sociedad mestiza, multiétnica y multicultural, donde los grupos predominantes son los indígenas y los ladinos, aunque ambos son sujetos mestizos, ya que dicho proceso se inició desde el momento mismo de la Conquista. El perfil del sujeto guatemalteco, además de los condicionamientos económicos, tiene marcas culturales que lo definen, como por ejemplo, el género y la etnia; factores que inciden en diferentes medidas, según sea el caso particular. Actualmente, existe un profundo debate sobre estos temas y como una de las soluciones más actualizadas y democráticas se perfila la de una interculturalidad tensa y en constante mutación.

14 Es necesario aclarar que durante ese período sí hubo narrativa que, utilizando diversos registros, abordó los temas de la guerra, pero fue escrita por hombres. Entre ellos: Marco Antonio Flores, Mario Roberto Morales, Arturo Arias, Dante Liano.

La revolución del 20 de Octubre de 1944 constituyó un fenómeno singular en la historia guatemalteca, signada hasta entonces por dictaduras "liberales" ejercidas férreamente por varios señores presidentes, que solamente crearon una fachada de desarrollo o reformas como la laicización del Estado, pero sin reales bases de sustento. El proceso reformista del 44, un proyecto demócrata-burgués de modernización del Estado, se explayó a todos los órdenes de la vida guatemalteca, aunque indudablemente no era fácil borrar décadas de terror, opresión y atraso en todos los niveles. En el área de la cultura y las artes, el país se vio favorecido por una política de apertura e intercambio con los centros culturales hegemónicos del momento, así como la construcción de infraestructura para estas finalidades, a efecto de lograr un primer acceso a la divulgación cultural dirigida a sectores tradicionalmente marginados. Lamentablemente, la experiencia reformista surgió dentro del contexto de la Guerra Fría y el proyecto de las dos administraciones de los gobiernos revolucionarios —Arévalo (1944-1950) y Arbenz (1951-1954)— se derrumbó por una invasión financiada por Estados Unidos en 1954.

Posteriormente, Guatemala va cayendo en una guerra cruenta y sorda, pero sobre todo no declarada, entre la insurgencia armada y el gobierno, que desembocó en represivos gobiernos militares. Es sólo a mediados de los años ochenta, con el regreso de los civiles al gobierno, cuando el país inicia la lenta recuperación del sistema democrático. El conflicto armado, teóricamente, finaliza con la Firma de los Acuerdos de Paz en 1996, aunque las causas que dieron origen a dicha contienda no hayan sido solucionadas adecuadamente hasta la fecha. Por otro lado, se ha conformado en Guatemala una particular posmodernidad que abarca horizontalmente sujetos y tiempos disímiles, pero que innegablemente se refleja en la vida caótica urbana, un pseudo- neoliberalismo, el colapso de los proyectos utópicos y la inserción —aunque tercermundista— en la aldea global y su mercado por medio de tecnologías que contrastan con la persistente miseria y el atraso.

Desde los inicios, como hemos ido explicando, la situación de la mujer guatemalteca ha sido particularmente marginalizada —o hipermarginalizada como en el caso de la mujer indígena— por razones históricas y culturales, muy largas de enumerar, que han conformado una

estructura patriarcal ultraconservadora, enraizada en un poder central autoritario y esclerótico, que bajo diferentes ropajes ha resultado casi siempre ser igualmente opresivo hacia la mujer. Limitándonos a la historia reciente, ni siquiera durante las administraciones de los gobiernos revolucionarios de mediados del siglo pasado, la mujer gozó realmente de una situación igualitaria a la del hombre. Aunque ganó espacios en áreas como el magisterio, el liderazgo sindical, la protección a la maternidad y la infancia, e inició a insertarse en el campo del trabajo, estudio y diferentes oficios y profesiones, los estereotipos eran difíciles de extirpar. La Revolución, innegablemente, propició estos cambios mediante leyes e infraestructuras adecuadas a la independización y realización de la mujer como nuevo sujeto histórico, pero los patrones culturales todavía eran reacios a ser extirpados; el espacio privilegiado para la mujer, todavía lo constituía el recinto hogareño y la dependencia y sumisión, una conducta socialmente aceptada, inclusive, por los círculos revolucionarios, teóricamente progresistas. Las excepciones fueron mínimas e intrascendentes.

La falta de participación y protagonismo puede observarse en el campo artístico, donde la presencia de la mujer, durante este período, fue esporádica y escasa comparada con la masculina. El discurso predominante en las letras era el de tono épico, el cual se inscribía de alguna manera en el proyecto nacionalista, aunque también se cultivó la lírica amorosa y erótica; no se encuentran mujeres narradoras que hayan practicado estos registros. Quizá, resultaba más acorde a los cánones de conducta femenina de la época la escritura poética con lírica, elíptica y metafórica, inofensiva desde el punto de vista ideológico. Asimismo, era más fácil, a efectos prácticos, la publicación de un poemario que una novela o un volumen de cuentos. Si el proceso democratizador no se hubiera interrumpido es muy factible que habrían surgido algunas narradoras.

A partir de los años sesenta el país empieza, en medio del conflicto bélico, a desarrollarse industrialmente con todo lo que implica de negativo: el hacinamiento urbano, la explotación y adopción del modelo de vida americano, pero también, por otro lado, con una mayor opción de acceso a la instrucción y la cultura, así como a ciertos bienes de consumo y culturales. Las mujeres cada vez más insertadas en el mercado labo-

ral y profesional, inician el proceso de toma de conciencia de sí mismas como nuevos sujetos sociales y los modelos culturales inician a cambiar radicalmente: por ejemplo, la mujer indígena y ladina, junto con el crsitiano, será uno de los nuevos sujetos que se incorporarían a la lucha armada. Paradójicamente, durante la época del inicio de la restauración del anticomunismo visceral será cuando las mujeres inician a publicar esporádicamente textos narrativos, probablemente porque la nueva situación político-económica, las empuja a nuevas experiencias en primera persona. Asimismo, es fundamental insistir en la aparición del movimiento feminista alrededor de finales de los años sesenta.

La violencia se va intensificando durante la década de los setenta y los ochenta hasta alcanzar niveles demenciales. Los intelectuales se sienten perseguidos y limitados, estén o no involucrados en la lucha armada. Algunos de los realmente comprometidos sufren el exilio, la muerte o son desaparecidos. Este factor empobrece y ensombrece el panorama artístico-cultural, pero no lo aniquila; a pesar de todo, quienes permanecieron siguieron produciendo. El discurso narrativo predominante fue el de la literatura comprometida y de denuncia, aunque altamente experimental, pues la urgencia social casi lo hacía surgir inexorablemente, pero con un registro mucho más crudo y menos idealizador que el precedente. Ahora eran notables las huellas de influencias tan diversas como la novela norteamericana, y las técnicas propias de la narrativa de este siglo —fluir de conciencia, focalización múltiple, rupturas espacio-temporales, fragmentación del discurso, etc.— filtradas también por los escritores latinoamericanos del *boom* y de la novela de la onda, así como con una fuerte carga testimonial. En efecto, el testimonio es una de las aportaciones más originales que países como Guatemala harán a la conformación de una nueva textualización narrativa, algunos fueron anónimos y otros de difusión mundial, como el de Rigoberta Menchú: *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983). Es comprensible que, en este contexto represivo, las narradoras percibieran la escritura en prosa como un vehículo más peligroso, por la capacidad de comunicación más inmediata en comparación con la poesía. Era, quizás, menos arriesgado escudarse detrás de una escritura metafórica, como era hasta entonces la línea

predominante de la lírica escrita por mujeres,[15] que en la inmediatez y accesibilidad de la prosa.

Conforme va siendo denunciado internacionalmente el conflicto bélico guatemalteco y sus devastadoras consecuencias, y los gobiernos civiles tratan de ganar credibilidad para insertar al país en los programas de desarrollo y nuevos mercados, se va avizorando un horizonte más democrático. Se inicia la posibilidad de denunciar las violaciones a los derechos humanos a lo que se suma el progresivo deterioro y descrédito de los proyectos utópicos y de los partidos políticos y organizaciones sindicales. Aparecen entonces grupos cívicos surgidos de las necesidades históricas de varios tipos: cooperativas de viudas de guerra, familiares de desaparecidos, defensa ecológica, opción sexual, lucha contra las drogas, etc. Es durante la década de los noventa cuando la mujer ya ha alcanzado niveles de inserción, impensables décadas atrás; es también la década cuando una mujer indígena guatemalteca, Rigoberta Menchú, recibe el Premio Nobel de la Paz 1992. Las costumbres sexuales sufren un relajamiento y aparecen modalidades de cultura alternativa. En suma, es un período donde existen conquistas de género, aunque todavía el grueso de las mujeres, actualmente, sigue en estado de sumisión.

La publicación de libros de narrativa femenina toma vuelo y empieza a constituir un verdadero corpus a partir de 1990. Algunas autoras participan en talleres de narrativa y poesía, como los organizados por los escritores Marco Antonio Flores, Gloria Hernández López, Ligia Rubio-White y Mario Roberto Morales, es el caso de Eugenia Gallardo. Otras se agrupan menos sistemáticamente, como las que se reúnen para publicar *Hijas de Shakti*, entre ellas, Nancy Quiñónez. Predomina la editorial privada; ha sido pionera la de Oscar de León Palacios, posteriormente la de Ediciones del Pensativo, muy ligada a los movimientos feministas. Las revistas donde pueden encontrarse textos de narrativa de mujeres son principalmente: *Revista de la Universidad de San Carlos, La Ermita* y *Magna Terra*.

15 *Poemas de la izquierda erótica* de Ana María Rodas, publicado en 1973, marca un eje en la poesía escrita por mujeres. Es el inicio de la escritura feminista y constituyó un caso literario. Pero era una línea, en principio, minoritaria.

Archipiélago de escrituras

Guatemala no escapa del peligro que la globalización imprime al fenómeno estético. En el fondo, es el mercado quien decide y, generalmente, la extensión y el acceso a los textos no siempre va en proporción a la profundidad de los mismos. Esto vale para la literatura escrita por mujeres que corre el peligro de ser condicionada por el gusto masivo *light*, al que muchas editoriales responden con narrativa epidérmica, avalada por un tipo de crítica ídem en algunos suplementos, revistas, academia y grupos de opinión.

No es posible hablar todavía de corrientes y líneas definidas y definitivas en la escritura narrativa femenina guatemalteca. No es una narrativa solar o lúdica, sino sombría. Tampoco existe la parodia del melodrama de manera significativa. Pero hay algunos específicos elementos que la perfilan: el tema de la violencia extrema y el humor negro, que operan como vehículos para conformar un universo simbólico cada vez más transgresivo y cruel, aunque frecuentemente rumiado en silencio. No así otros temas, como el étnico, pues estas narradoras utilizan, básicamente, como asunto extra-literario su experiencia personal de ladinas urbanas. Lo mismo sucede con la guerra, tema[16] por sí mismo escaso, pero filtrado, más que a través de una dimensión épica, por la de los pequeños universos íntimos de los personajes y que deja su huella sobre todo en las relaciones de pareja o en las familiares. Inclusive el erotismo, que finalmente irrumpe sin mojigaterías y reivindicando la destrucción de los esquemas convencionales, aparece lejos de ser un estado exultante.

Como es usual, en la narrativa de mujeres hay una actitud catártica, porque sus puntos de referencia son los de su propia interioridad, por cuya reflexión se llega al conocimiento de sí misma. Los temas privilegiados son comunes con los de otras narradoras extranjeras: la opresión social de género, la represión de los instintos, la falta de horizontes y privacidad para la autorrealización, la violencia física y emocional, la

16 Una excepción la constituye Norma García Mainieri (Isabel Garma), recientemente fallecida, quien decidió utilizar el seudónimo por temor a eventuales represalias, pues trabajaba como docente e investigadora en la universidad estatal, institución que era blanco de la represión. Otro caso es el de Ruth Piedrasanta que debió publicar su primer libro de cuentos en Oaxaca, México, por razones de seguridad personal, mas que por la temática de su obra.

nostalgia de mínimos paraísos perdidos, no sólo los de la infancia que frecuentemente también significaron el infierno, el abuso en todos los niveles y la maternidad como servidumbre.

En las narradoras guatemaltecas puede observarse la existencia de un entrecruce de líneas, porque estas autoras, que con algunas excepciones o libros específicos, no siempre cultivan un determinado tipo de práctica escritural, sino que indistintamente utilizan varios registros, inclusive en un mismo libro.[17] Todas parten de experiencias propias de una mujer, de allí el tono testimonial que fija una precisa realidad, aunque sea fantástica. Pueden observarse líneas temáticas variadas que comprenden los ciclos de vida femenina: la infancia, la iniciación sexual, frecuentemente traumática, la doble moral, la maternidad, la madurez y soledad, la muerte. En algunas priva una tendencia hacia la melancolía del recuerdo, mientras que en otras se impone un corte tajante hacia lo que queda atrás. Así como hay recuperaciones realistas de escenarios de vida, también encontramos dimensiones onírico-sonambulescas, por donde la narración se escapa y resulta ser muy reveladora. Inclusive hay textos que son parodias crueles de cuentos de hadas, otros totalmente poblados de personajes fantásticos, también hay de tipo detectivesco *noir* de escenas aberrantes o de casi ciencia-ficción. Los modelos globalizados —y prácticamente inalcanzables— de belleza femenina son cuestionados en clave generalmente irónica.

Los escenarios privilegiados son mínimos: el hogar —pocas veces rural— en presente y pasado y que no siempre es dulce, pero aunque permanece, va quedando atrás, ya que la realidad de la mujer se abre hacia la ciudad donde estudia o trabaja. El tono: confesional e íntimo, con profusa utilización del silencioso monólogo interior que va creando la complicidad con el lector. La voz adquiere tonos diversos: desde registros nostálgicos, hasta los más irónicos y agresivos, pero casi siempre dentro de una órbita narcisista, propia de la escritura del yo.

La construcción simbólica no es uniforme y las estrategias son muy variadas. La mayor parte tiende a la brevedad, pero así como se

17 De propósito no me referiré a ninguna de las narradoras que aparecen en esta antología, porque sería encasillarlas reductivamente o bien caracterizarlas con trazos muy breves. Prefiero dar pautas generales y que sea el lector quien se forme su propio criterio, a través de la lectura de los textos narrativos seleccionados.

aprecian escasos fragmentos casi líricos, la mayor parte utiliza un lenguaje directo y a veces, muy crudo. Eventualmente, aparece la apropiación de un tipo de discurso muy característico de la narrativa de los setenta, sumamente lúdica, gruesa y desmitificadora que, probablemente, tiene algo de parodia y de implícito homenaje a sus modelos. Las fronteras entre diversos géneros también aparecen a veces fracturadas: hay interrelaciones entre la estructura, lenguaje y ritmo poéticos y el texto en prosa; existen algunos textos que parecen aforismos. Asimismo, los tradicionales confines entre cultura alta y popular se difuminan, así como entre registros cultos y no. Las novísimas, particularmente, adscriben a una escritura de rasgos posmodernos.

La imagen de la mujer atraviesa todos los estereotipos, que van desde el ángel hasta la vampiresa. Pero es siempre una mujer insatisfecha que parece sólo tener paz cuando, silenciosa o abiertamente, cobra venganza real o simbólica. Es entonces cuando recobra su autoestimación, si es que alguna vez la tuvo, a caro precio para todos. Es el inicio de la toma de conciencia de sí misma como un sujeto con identidad perfilada. O bien, cuando huye dentro de sí misma, sea en la locura, la indiferencia o la muerte. La visión casi en todos los textos, sea el tipo de universo simbólico que sea, usualmente es pesimista, tenebrosa, sobre todo en algunas de las más jóvenes. La figura del hombre es, como mínimo, inquietante; entre el anhelo y el exorcismo.

De la justa agresión a la jubilosa transgresión

La narradora guatemalteca ha sufrido un proceso que va de ser agredida a agresora. De la opresión y la represión, a la expresión de esta condición marginal. La revelación que el condicionamiento de género le ha sido impuesto con alevosía y ventaja, frecuentemente, ha implicado para muchos personajes de estos textos narrativos, internalizar la propia opresión y, eventualmente, apoderarse del discurso masculino para fracturarlo. Durante el proceso de liberación para alcanzar la autorrealización, la escritora ha ido demoliendo estereotipos irreales e irrealizables en el momento histórico actual. El ataque se ha dado frontalmente en dos campos fundamentales: el cuerpo y la voz. Estas autoras han

textualizado su cuerpo, liberándolo de prejuicios para convertirlo en territorio erótico regido por sus propias leyes, expresado libremente rompiendo los cánones estrechos a los cuales tradicionalmente había reducido la centralidad a la escritura femenina. Deconstruyendo y construyendo a partir de la mudez, revelando la densidad de las precedentes elusiones, eufemismos, y dando sentido a los vacíos y sigilos.

Estas narradoras, entonces, han asumido una tarea iconoclasta en sentido, paradójicamente, constructivo. Nombran, dan voz a su experiencia y a su grupo. Como sucede al principio, son voces extrañas, discordantes, pero tienen la fuerza de la justa transgresión. Desbrozan su propia imagen y ésta les revela que nunca va a estar concluida, sino siempre transformándose. Es, simultáneamente, una escritura inaugural y de resistencia. Requiere coraje e imaginación para evitar erigirse en nuevos paradigmas didactizantes, para transmitir una visión inédita y lúcida —pesimista, pero también irónica— que ofrece perspectivas sobre futuras formas de ver, registrar y expresar el universo. La transgresión es jubilosa porque no finaliza en la destrucción anárquica del canon, sino que se reapropia de él, y lo refuncionaliza a su sabor y antojo para develar zonas ocultas. Trata de ir más allá del legítimo dolor y del casi inevitable victimismo.

Así, la escritura de las narradoras guatemaltecas no es monocorde, sino múltiple, ambigua, heterogénea. Revela polifónicamente la presencia de las ausencias y los sonidos del silencio.

PANORAMA DE LA NARRATIVA DE ESCRITORAS DE BELICE: UN ESTADO DE LA CUESTIÓN

Consuelo Meza Márquez
México

Una referencia obligada para los estudiosos que pretenden acercarse a la literatura de Belice es el ensayo de David Nicolás Ruiz Puga, denominado "Panorama del texto literario en Belice, de tiempos coloniales a tiempos post-coloniales".[18] El autor afirma que la historia literaria de Belice corre paralela a su historia política y social. En este sentido, el interés del texto literario previo a la independencia era el desarrollo de la conciencia para la independencia política; el texto, a partir del rompimiento del lazo colonial con el imperio británico en 1981, se orienta a la constitución de la política cultural de esa sociedad multiétnica que es Belice.

Ruiz Puga señala que la auténtica literatura local aparece en el siglo XX y ofrece un panorama del desarrollo de la poesía, cuento y novela. La poesía se publica a partir de la segunda década, pero no es sino hasta la década de los sesenta que se da de manera sostenida. En

18 David Nicolás Ruíz Puga, "Panorama del texto literario en Belice, de tiempos coloniales a tiempos postcoloniales" en: *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, No. 1, enero-junio, www.denison.edu/istmo (consultado 26-03-04).

1963 se publica la antología de cuentos *Among My Souvenirs* de Leo Bradley, L.G Vernon y John A. Walter. La novela beliceña surge en 1982 con la publicación de *Beka Lamb* escrita por Zee Edgell. Los trabajos de Edgell describen la realidad social y política de la sociedad neocolonialista, además de destacar los temas de la opresión y la exclusión de la mujer beliceña. Su segunda novela, *In Times Like These* (1991), se enfoca en la turbulencia creada por el movimiento pro-independencia y en el cambio social de una élite y burocracia colonial por una local, a través de la mirada de una mujer creole. *The Festival of San Joaquin* (1997) trae a la luz el problema de la violencia doméstica.

En cuento, Ruiz Puga señala que el desarrollo del género tiene como principales temáticas, lo rural y la diversidad étnica del país, integrando la cultura y su folklore: anécdotas, dichos, leyendas, bailes, cantos, remedios caseros y guisos.

En el recorrido de este género narrativo, destacan las siguientes obras: *On Heroes, Lizards and Passion* (1988) de Zoila Ellis, traducido al español como *De héroes, iguanas y pasiones* (2003); *Those Ridiculous Years and Other Garifuna Stories* (2000) de Felicia Hernández; Old Benque: *Érase una vez en Benque Viejo* (1990) de David Nicolás Ruiz Puga, el primer libro de cuentos escrito en español y publicado en Belice; *Characters and Caricatures in Belizean Folklore* (1991) de Meg Craig que presenta una análisis comparativo de las distintas etnias en Belice; *Got Seif de Cuin!* (1995), novela corta, publicada en español en México, que tiene como tema el movimiento nacionalista en Belice; *Pataki Full de Colville Young*, libro de cuentos que emplea el uso del creole (especie de inglés africanizado que habla una gran parte de la población); y *The Little World of Danny Vasquez: Memoirs of Old San Pedro* (1989) de Emory King. La casa editorial Cubola publica, en el año 2000, una antología de leyendas, mitos y cuentos originados en la literatura oral. Es en este género que se inscribe *La visita y otros cuentos* (2000) de Ruiz Puga.

Nicasio Urbina en la reseña sobre "El IX Congreso Internacional de Literatura Centroamericana, 2001 en Belice"[19] señala como apor-

19 Urbina, Nicasio, 2001: "El IX Congreso Internacional de Literatura Centroamericana, 2001 en Belice" en: *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos,* www.wooster.edu/istmo/noticias (consultado 27-03-04)

tación del Congreso, la extensión del canon de la literatura centroamericana para incluir la literatura anglófona de Belice. Urbina ofrece un breve recorrido por la producción literaria en poesía, cuento y drama. En la producción cuentística señala a autores como Leo Bradley, Colville Young, Laurence G. Vernon, Evan X. Hyde y David. N. Ruiz Puga. En este panorama de cuentistas, destaca la colección *On Heroes, Lizards and Passion* de Zoila Ellis y esa cualidad para encontrar elementos imperecederos y de profunda significación en las acciones de la vida cotidiana. Zoila Ellis es una abogada comprometida con la reivindicación de los derechos de la mujer; el cuento más conocido del libro es *White Christmas an' Pink Jungle*, donde una abuela brinda a su nieta el apoyo sororal que la joven requiere para tomar la decisión de realizarse un aborto. Es la única autora traducida al español. Destaca, asimismo, la narrativa de Evadne L. Wade-García que escribe en creole con la finalidad de incorporar el discurso popular como un corpus del discurso literario. Evadne García escribe narrativa infantil, cuento y novela. Otras autoras que escriben novela son Kathleen Esquivel y Claudia McKay, quien tiene como protagonista a una reportera lesbiana en la novela de misterio *Twist of Lime* (1997) y Katie Shea Stevens con la novela *The Church of the Day of Reckoning* (1998).

En 1995, la editorial Cubola inicia la colección denominada Serie de Escritores Beliceños. El primer libro publicado es una antología de cuento denominada *Snapshots of Belice,* que incluye obra de siete autores, entre los cuales se encuentra Zoila María Ellis y Evadne García. La antología reúne obra escrita en un periodo de cuarenta años, en los que el país tuvo grandes cambios como la consumación de la independencia, el *boom* de la producción azucarera, modificaciones en las tendencias demográficas, la introducción de la televisión satelital, el crecimiento del turismo y el surgimiento de la violencia y las pandillas. El título de la antología hace referencia a fotografías instantáneas, del pasado y el presente, de la vida y la cultura del país.

El cuarto número de la Serie es una colección que incluye leyendas, mitos y cuentos originados en la tradición oral. *If Di Pin Neva Ben: Folktales and Legends of Belice* (2000) es una obra que recupera ese conjunto de tradiciones transmitidas de generación en generación, que expresan las supersticiones y leyendas populares, las creencias y

costumbres y las maneras de hacer, en ese enfrentamiento con lo supernatural, la naturaleza y con el entorno social, una lucha por la sobrevivencia. La obra parte de dos procedimientos en la recuperación de estas narrativas. 1) El investigador realiza la grabación y la transcribe tal como le fue contada. Son narrativas recuperadas en creole y en español para, posteriormente, realizar una traducción al inglés conservando ciertas palabras y modismos. 2) Las narrativas tienen como fundamento los recuerdos del autor, quien recupera lo contado por los abuelos, padres y cuentacuentos. De esa recreación, surge un género híbrido entre el folklore y la literatura que tiene como exponentes, entre otros autores, a Jessie Núñez Castillo y Elizabeth Joan Cárdenas. Asimismo, la antología se divide en cuentos y leyendas. Las leyendas se suponen verdaderas y los cuentos se reconocen como ficción. Las dos autoras incluidas se ubican en esta última categoría.

Los números 5 y 6 de la serie son antologías de cuento de escritoras que compila Gay Wilentz. *Memories, Dreams and Nightmares* (2002), Volume 1, reúne trece cuentos de igual número de autoras: Zee Edgell (1940), Ingrid Reneau, Lydia Loskot, Corinth Morter-Lewis, Sandra Crough, Iris Abraham y su hija Myrna Manzanares, Ivory Kelly, Helen Elliott Rocke, Ivette Holland (1972), Carol Fonseca, Mary Gomez-Parham y Shannon Gillett.

Zee Edgell, quien lo prologa, afirma que con esta publicación se inicia una nueva etapa en la historia literaria de Belice, una en que las mujeres se dan permiso de escribir, desde un cuerpo sexuado femenino, diferentes temáticas que dan cuenta de la cultura de un país multiétnico con una gran variedad de tradiciones, costumbres e historias que todavía no han sido contadas, en ese proceso de construir una memoria e identidad como beliceños. Es una literatura contradiscursiva a esa herencia colonial y un acto de sobrevivencia como mujeres. La compiladora señala que, en este primer volumen, las historias expresan el dolor, producto de un pasado escondido e invisibilizado. Mujeres de todas las edades y diferentes orígenes sociales, étnicos y culturales con historias qué contar, pero que temen hacerlo porque conocen el precio a pagar, por revelar una verdad experimentada desde un cuerpo y una conciencia sexuada femenina. Son relatos que muestran el dolor, la fortaleza, las batallas, las aspiraciones y cuestionamientos sobre su papel como

mujeres en esa sociedad en construcción. Los cuentos de la antología son, por tanto, historias que reflejan situaciones extremas, sobre hechos que rara vez se cuentan en público

Memories, Dreams and Nightmares (2005), Volume 2, incluye 14 cuentos del mismo número de escritoras. Zee Edgell y su hija Holy Edgell (1969); Sandra Crough, Ivette Holland y Myrna Manzanares que al igual que Zee Edgell se encuentran antologadas en el primer volumen; autoras como Zoila María Ellis (1957), Jessie Núñez Castillo y Felicia Hernández (1932), que ya han sido incluidas en publicaciones anteriores de la Serie de Escritores Beliceños, y se encuentran otras autoras como Minerva Aponte-Jolly, Arifah Ligthburn (1979), Melba Marin-Velasquez, Sylvia Nablo de Vásquez, Natalie Williams y Kathleen Esquivel.

Zoila María Ellis, en el prólogo, afirma que en estos cuentos se identifican no solamente las voces de las mujeres, sino que constituyen las voces de escritoras que demandan ser escuchadas y que reclaman su lugar en la historia, en ese proceso de construcción de una identidad propia que surge de esa fusión cultural como: beliceños/ caribeños/ africanos/ centroamericanos/ norteamericanizados.

Los cuentos de este segundo volumen reflejan la resistencia de las mujeres, y su visión de un pasado y un presente marcado por el movimiento de independencia. Los cuentos se centran en las relaciones entre varones y mujeres, y sobre todo, en ese papel que cumplen las mujeres como transmisoras de la cultura y las tradiciones. Por ello, hacen visible esa continuidad generacional en que el papel de la abuela es un pilar fundamental, y esa matrilinealidad no exenta de conflictos como es la relación madre-hija. Una característica de los cuentos escritos por mujeres, destaca la compiladora, es ese acento en la continuidad generacional como un rasgo distintivo para recrear la historia y la cultura.

Las primeras narradoras

Felicia Hernández (1932) publica cuento en 1978, antes de que Belice se independice del lazo colonialista inglés. Se incorpora a la enseñanza en 1948 y a finales de la década de los setenta, Felicia y su familia

emigraron a los Estados Unidos, donde continúa con sus actividades en el campo educativo y se inicia en la escritura. Ha publicado cuatro colecciones de cuento: *I Don't Know You But I Love You* (1978), *Those Ridiculous Years* (1982), *Narenga* (1993) y *Reflections and Other Family Stories* (2000). *Narenga* ha sido producida, asimismo, en una versión para CD en el 2001. Felicia estudia la licenciatura en arte en la línea de escritura creativa en la Universidad Estatal de Nueva York y es integrante de la Asociación Caribeña de Mujeres Escritoras y Académicas (ACWWS).[20]

Zee Edgell (1940) publica la primera novela de una nueva nación y es, asimismo, la primera obra que obtiene reconocimiento internacional. *Beka Lamb* (1982) es premiada, en 1983, con el galardón inglés Fawcett Society Book Prize, otorgado anualmente a trabajos de ficción que contribuyan a la comprensión del lugar que las mujeres ocupan en la sociedad contemporánea. La obra forma parte de los textos de lectura obligatorios en la educación secundaria (*High School*) en los países caribeños de habla inglesa.

Los temas de Edgell se encuentran referidos a sucesos históricos, las luchas específicas de la sociedad y su proceso de desarrollo y la problemática de las diferentes capas y estratos de ese complicado entramado social y racial de Belice. Estos elementos son permeados a través de los lentes de las protagonistas fuertes y rebeldes. *In Times Like These* (1991) relata las manifestaciones populares, las luchas internas de los grupos políticos beliceños, su posición frente a la disputa territorial entre Inglaterra y Guatemala y su proyecto de nación, en los meses previos a la consumación de la independencia. *The Festival of San Joaquin* (1997) tiene como personaje a una mujer mestiza; muestra las condiciones de vida y de lucha de las mujeres de este grupo, y recupera un incidente real de una mujer que es objeto de violencia doméstica y mata al marido.

Zee Edgell es profesora en el Departamento de Inglés de la Universidad de Kent de los Estados Unidos. En el pasado, ha participado activamente con el Gobierno beliceño en el Ministerio del Trabajo.

20 Las siglas corresponden al nombre, en inglés, de la Association of Caribbean Women Writers and Scholars.

En 1981, fue designada Jefa de la Unidad de las Mujeres y, cinco años más tarde, Directora del Departamento de Asuntos de la Mujer.

Una mirada panorámica: los temas

Felicia Hernández (1932) publica su primera colección de cuentos, en 1978, que tiene como título *I Don't Know You But I Love You* (1978). T*hose Ridiculous Years and Other Garifuna Stories* (1982), su obra más conocida, es una colección de cuentos que tienen como tema la cultura garífona.

Las obras de Zee Edgell (1940) son escritas en inglés, pero en los diálogos de sus protagonistas recupera el creole del habla cotidiana. Esta hibridez, en el sentido de que se fusionan las diferentes voces que se encuentran en los procesos derivados de sociedades multiétnicas como Belice, recupera esa particular manera de expresarse, en esa mezcolanza de inglés y creole. Esta característica se presenta, en mayor o menor grado, en el conjunto de escritoras, con excepción de Evadne García (1950) que escribe totalmente en creole.

La inquietud por preservar la tradición oral como parte de su identidad cultural ha provocado el surgimiento de un género híbrido que se encuentra entre el folclore y la literatura. Escritoras como Meg Craig,[21] Jessie Núñez Castillo,[22] Felicia Hernández[23] y Elizabeth Joan Cárdenas[24] dan cuenta del género.

En relación con las antologías de cuento *Memories, Dreams and Nightmares,* las escritoras relatan las condiciones de vida, costumbres, creencias y tradiciones que afectan, en particular, a las mujeres, y al conjunto de la sociedad, también abordan la amalgama cultural de un país multiétnico, las dificultades económicas para sobrevivir y tener acceso a la educación, las condiciones de vida y la ausencia de servicios básicos, como drenaje y agua entubada al interior de las casas. La presencia o la sombra del orden colonial, la invasión cultural norteameri-

21 *Characters and Caricatures in Belizean Folklore (1991).*
22 *Garifuna Folktales.*
23 *Those Ridiculous Years and Other Garifuna Stories (2000).*
24 *East Indian Folk Culture in Belize* y *Belize Melting Pot.*

cana que ocasionan los procesos migratorios, esa resistencia y el deseo de construir un nuevo orden, memoria e identidad.

Los procesos de socialización, a los que deben sujetarse las mujeres conforme a los mandatos culturales, es una inquietud presentada por varias autoras como, Zee Edgell, Ingrid Reneau y Lydia Loskot. Uno de estos elementos que, en la época colonial, expropian a las mujeres de su memoria e identidad es educar a las niñas en las tradiciones inglesas y en la prohibición de hablar en creole. Esta inquietud por el lenguaje, por pensarse y expresarse en creole, es una referencia permanente. Las personas utilizan el creole para expresar su indignación y molestia, para tranquilizarse cuando se sienten amenazadas, para brindarse apoyo en situaciones de crisis o de conflicto, y en la relación consigo mismas. El creole, como la vía para regresar al origen, al vientre y a la lengua de la madre, se encuentra de manera muy marcada en Corinth Morter-Lewis y Mary Gomez-Parham.

Sandra M. Crough y Helen Elliott Rocke dan cuenta de lo limitado del acceso a la educación universitaria para las mujeres, sobre todo cuando la familia no cuenta con los recursos económicos para enviarlas a estudiar fuera del país.

Sylvia Nablo de Vásquez y Shannon A. Gillett expresan ese deseo de las mujeres, impuesto por la cultura, de contar con la presencia de un hombre al lado que las respalde socialmente. Otras cuentistas como Felicia Hernández y Jessie Núñez Castillo muestran las difíciles condiciones de vida, y la limitada capacidad de los varones para cumplir con su rol de proveedores. La decisión de las protagonistas de reconstruir su identidad como jefas de familia, les brinda una paz interior y un regocijo que permite recrear el espacio de su casa, de la relación familiar y social.

La preocupación por las madres solteras es una inquietud que se encuentra en las escritoras. Es frecuente encontrar que las mujeres son negras y los hombres, blancos. Corinth Morter-Lewis, Iris Abraham e Ivory Kelly realizan la crítica de una sociedad que obliga a las mujeres a casarse, porque de no hacerlo quedan fuera de la sociedad en lo simbólico y en lo material. La salida a este conflicto se encuentra en la comprensión, el amor y el apoyo de la madre, condición que permite a estas mujeres desafiar de manera exitosa el conflicto subjetividad/obje-

tividad y reconstruir su autoestima. Ivory Kelly, quien escribe con una clara intención feminista, tiene como protagonista a una sobreviviente en esta sociedad patriarcal, una mujer que escribe, dueña de la palabra para contagiar a otras y seducirlas en la rebelión.

Un tema recurrente es la violencia hacia las mujeres. Carol Fonseca relata situaciones de violencia doméstica. La violencia sexual se encuentra también presente en otras autoras. En el cuento de Myrna Manzanares es el espíritu de la abuela el que protege a la nieta, previniéndola del peligro de un extraño que pretende violarla. Holly Edgell se refiere a una mujer de origen maya que se postula para un cargo de elección popular. Ante este desafío, a la cultura patriarcal, es violada para obligarla a desistir de sus fines. Melba Marin-Velásquez relata la violación de una niña por parte de un curandero de la comunidad. En medio de la terrible situación, la niña reza por la madre.

Pero la violencia también puede darse de mujer a mujer, como es el caso del cuento de Myrna Manzanares, en el que una mujer utiliza la brujería para provocar la muerte de la que considera su rival. Kathleen (Kathy) Esquivel nos enfrenta a otra forma de violencia y traición, la del hombre que tiene dos familias, práctica común en Belice, como en otros países.

La relación madre-hija es una inquietud importante en los cuentos; hijas de madres valerosas que, abandonadas por los maridos, sacaron a flote a la familia enseñando a las hijas que es posible sobrevivir sin la presencia de un hombre al lado, como es el caso de Corinth Morter Lewis y Helen Elliott Rocke. Esa necesidad de la madre para autodefinirse es tan importante que Ivette Holland presenta una situación en la que, a pesar de que la madre abandona a la hija pequeña, la niña rechaza el cariño y protección que le brindan otras mujeres y regresa con la madre.

Otra característica es la relación sororal entre hermanas, entre madre e hija, abuelas y nietas, entre amigas, pequeñas y adultas, que se conjuga con la inquietud por construir una genealogía de índole matrilineal que herede a sus descendientes no sólo de conocimientos, sino, sobre todo de ese valor y fortaleza que les permitirá construirse como mujeres dueñas de su propio destino. Personajes de este tipo son las abuelas de los cuentos de Sandra Crough e Ivette Holland. El conjunto

de la obra de Zoila Ellis ostenta ese fuerte compromiso con las mujeres, y una propuesta sororal de relaciones entre mujeres: abuelas y nietas, madres e hijas. El cuento, que ofrece en la antología, retrata la relación madre-hija como el recuerdo al cual se aferra la última para sobrevivir una situación de violencia doméstica extrema. Es el sonido de la voz de la madre, la que la lleva de regreso al origen: a la madre, a la casa y a su pueblo.

Los cuentos de Minerva Aponte-Jolly, Ivette Holland y Natalie Williams tienen una fuerte presencia de mujeres de distintas generaciones de una misma familia y el dolor de las separaciones; sin embargo, las tradiciones que se conservan por vía matrilineal y el acompañamiento sororal, son las que mantienen unida a la familia y permiten el fortalecimiento en situaciones dolorosas y de crisis.

Otra de estas historias de tradiciones y de transmisión por línea materna es la de Arifah Lightburn, que muestra a una madre dueña de una gran sensibilidad a hechos y sensaciones que se escapan al común de las personas. La madre comparte este don con la hija que muere como consecuencia de un aborto provocado. Al momento de morir, la hija expresa su nostalgia por esa otra hija que no nació, y por esa madre que no tendrá una hija o una nieta con quien compartir su sabiduría.

A manera de síntesis, se puede concluir que una auténtica narrativa de escritoras beliceñas surge con mujeres nacidas en la tercera década del siglo xx, que publican de manera continua a partir de 1978. Esta tradición se ha concentrado fundamentalmente en la producción cuentística, ya que de un total de veintiocho escritoras, con obra publicada en libros que se han logrado recuperar, se encuentran cinco novelistas. Hay que destacar el fuerte impacto que ha tenido la narrativa de mujeres en la construcción y renovación de los cánones literarios, en ese atrevimiento en el lenguaje, en los temas y preocupaciones que surgen de un cuerpo y una conciencia sexuada, en la incorporación de la tradición oral como el vehículo para construir una memoria, y una identidad como mujeres y como ciudadanas beliceñas.

LAS CUENTISTAS NICAS: EL PODER DE CONTAR

Helena Ramos
Nicaragua

Tradicionalmente, la historiografía literaria parte en sus pesquisas de las obras publicadas en libro —con sus excepciones, por supuesto, pero estamos hablando de una regla general—. Este proceder puede causar un sesgo considerable cuando se trata de países donde la industria editorial es endeble, como en el caso de Nicaragua.

Por consiguiente, un estudio a fondo de la cuentística nicaragüense requeriría consultar numerosas publicaciones periódicas, nacionales y extranjeras, al menos desde los mediados del siglo XIX: una tarea titánica que supera con creces los alcances de esta investigación, que no pasa de una aproximación —ni siquiera muy cercana— a la materia. No obstante, por algo tenemos que empezar.

En Nicaragua, el desarrollo de la narrativa en general —incluyendo la cuentística— ha sido más tardío y menos exuberante que el de la poesía (aunque tal tendencia nunca ha sido absoluta y ahora se está revirtiendo). Tal criterio es aplicable a la obra tanto de varones como de mujeres, pero en el caso de estas últimas, el desfase aparece más marcado.

El primer libro de cuentos publicado por una nicaragüense data de la década de los cuarenta del siglo pasado. Puede interpretarse como simbólico que la autora del volumen, titulado genéricamente *Cuentos para niños* (Managua: Editorial Nuevos Horizontes, 1943), fuera Margarita Debayle de Pallais (1898 ó 1900-1983), a quien Rubén Darío (1867-1916) dedicó el poema *"Margarita, está linda la mar…"*

Resulta significativo que ella, conocida ahora únicamente como destinataria de los versos darianos, no fue tan sólo una musa inspiradora, inconsciente y espontánea, sino también escritora. Sin embargo, tampoco debemos sobrevaluar el libro en sí. Su prosa es limpia, ágil, con algunos pasajes donairosos, pero la forma es tradicional —en parte, quizá, por tratarse de cuentos de hadas— y el contenido, asaz moralista y conservador. Las virtudes esenciales de sus protagonistas femeninas, por las cuales ellas al final reciben su recompensa —las más veces, un feliz matrimonio— son la dulzura y la paciencia.

Cuentos para niños fue una golondrina que no hizo verano. Además, aquella edición se convirtió en una rareza bibliográfica que no puede ser consultada en ninguna biblioteca pública de Nicaragua.

Primeros pinitos

Sí puede considerarse un hito *El hombre feliz y otros cuentos* (Managua: Editorial Nuevos Horizontes, 1957) de María Teresa Sánchez (1918-1994), una escritora feraz, polifacética —incursionó en la poesía, la narrativa y el ensayo— y la única en la historia de Nicaragua en haber obtenido cuatro veces el Premio Nacional Rubén Darío (en una de las ocasiones, la de 1957, precisamente por *El hombre feliz…*).

Sánchez se debatió, en el transcurso de toda su vida, entre la rebeldía y el convencionalismo, conflicto reflejado en su obra que incorpora tanto un costumbrismo bienintencionado pero bastante insípido —aún con su dosis de sensibilidad social— como el uso de recursos narrativos más modernos y osados para aquella época y la agudeza psicológica. El escritor y filólogo nicaragüense Erick Aguirre también resalta en su libro *Subversión de la memoria/Tendencias en la narrativa centroamericana de posguerra* (Managua: Centro Nicaragüense de

Escritores, 2005) que ella "fue una de las primeras [...] en prestar atención al entorno urbano en su ejercicio narrativo".

Durante las décadas de los 60 y 70 —un período fundamental para la cuentística nicaragüense— las mujeres produjeron relativamente pocas obras en este ramo, en comparación con los narradores varones. En cambio, la presencia femenina en la poesía floreció y fructificó.

Entre las cuentistas de aquel período podemos mencionar a la lúdica, sabia, recóndita y dulcemente irónica Liliam Valladares (1934), activa desde los 60, que aún no ha publicado en libro; a Lilliam Jirón (1936) que abandonó la narrativa a finales de los 70; a Gladis Miranda, muerta joven, cuyo cuento "El Colazo" —una sátira política— fue premiado en 1971 en el Concurso Mariano Fiallos Gil de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua; y a Gina Sacasa (1941) —residente en EUA desde los 80— quien ha reunido sus cuentos en un volumen titulado *Ocho caras de Nicaragua* (Managua: Ediciones Independientes, 1976), de natural costumbrista, donde ya se percibe una crítica, todavía tímida, del papel de subalternas que la sociedad impone a las mujeres, incluso cuando son ricas y refinadas.

Contra las certezas impuestas

En la década de los 80, que en Nicaragua fue crucial en cuanto a la toma de conciencia de género, publicaron sus colecciones de narrativa breve tres autoras descollantes: Michele Najlis (1946), Rosario Aguilar (1938) e Irma Prego (1923—2000). La primera —mucho más conocida en calidad de poeta— editó *Augurios* (San José: Editorial Costa Rica, 1981), un volumen de poesía y cuento, y *Ars combinatoria* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1988), a caballo entre el minicuento, el aforismo y el epigrama, muy incisiva para con las "certezas obedientes" —expresión que el investigador literario nicaragüense Leonel Delgado empleó en su artículo "Blanca Castellón y el espíritu de la poesía"—.

Aguilar es una novelista perseverante que debutó en los años 60 y desde entonces, ha publicado once libros, todos centrados en las vivencias de las mujeres. La filóloga estadounidense Ann González señala que la escritora "trata de una forma natural, los temas más contro-

versiales: el control de la natalidad, el aborto, el deseo de no tener hijos, el ceder a un hijo, y la terrible soledad de las mujeres cuando toman decisiones socialmente inaceptables, como el rechazo a la maternidad. El hecho de que Aguilar mencione estos temas en un país donde el aborto es ilegal, la Iglesia se opone al control natal, y de la mujer se espera que sea madre (casada o no), constituye un poco menos que un acto subversivo".

Varias situaciones aludidas por González están descritas en *7 relatos de amor y de guerra* (San José de Costa Rica: EDUCA, 1986), que plasma una visión femenina y feminista de la etapa final de la lucha contra el régimen de los Somoza y de los años inaugurales de Revolución Popular Sandinista, que enfrentaron a las mujeres a conflictos específicos las más veces incomprendidos o minimizados por los varones.

Humor y rencor

Irma Prego, residente en Costa Rica desde 1956, cuyo libro *Mensajes al más allá* ganó en 1978 el premio en el ramo de cuento en los Juegos Florales Centroamericanos de Quetzaltenango, Guatemala, se consagró por entero a la cuentística. La suya es una narrativa de humor y rencor, un inventario de cotidianos agravios vividos por las mujeres en una sociedad sexista.

Publicó *Mensajes al más allá* (San José de Costa Rica: EDUCA, 1987; 2ª edición: Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1988) y *Agonice con elegancia* (San José de Costa Rica: Nuestra Tierra S.A., 1994; 2ª edición modificada: Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1996); una parte considerable de su obra permanece inédita.

Por supuesto, estas tres autoras no fueron las únicas exponentes del cuento en los 80, pero sí las más notables, pues muchas otras que dieron a conocer sus textos en ese entonces se discontinuaron tempranamente o no han reunido su obra. Aquella narrativa "a granel" amerita un estudio más profundo, y se debe tomar en consideración que varios cuentos publicados posteriormente fueron escritos en esa década.

Alegre irreverencia

Ocupa un lugar especial en la cuentística nicaragüense María López Vigil (1944), cubana de origen, que vive en Nicaragua a partir de 1981. Teóloga, periodista y ensayista, es una de las poquísimas autoras nacionales que cultivan con empeño la literatura infantil. Su cuento *Un güegüe me contó* (Suecia: Talleres gráficos de Tryckop Comunidad, 1989) obtuvo en 1988 el primer premio del Concurso Los niños queremos cuentos, otorgado por la Asociación Nicaragüense de Literatura Infantil y Juvenil y por el grupo cultural sueco Wiwilí.

Ya en los 90 vieron la luz sus otros cuentos: *Historia del muy bandido, igualado, rebelde, astuto, pícaro y siempre bailador Güegüense* (Managua: Anamá Ediciones, 1995), *La balanza de don Nicolás Sandoval* (Managua: Anamá Ediciones, 1999) y *Los dientes de Joaquín* (Managua: Editorial Libros para Niños, 2005).

En sus escritos López Vigil se solaza con el habla popular nicaragüense y el humor irreverente; *Un güegüe me contó* incluso fue censurado en los años 90 por el Ministerio de Educación, Cultura y Deportes, pues las expresiones populares, entrañablemente nicas, como "se volvió dundito por ella", "en las mismas nalgas del sol", "jodido", "por la mierda grande", "culo de elote", etcétera, parecieron "indecentes" a ciertos funcionarios mojigatos. *Los dientes de Joaquín*, un híbrido agraciado entre cuento y poema, se caracteriza por un mayor grado de lirismo —sin dejar de lado el humor— y la abundancia de juegos verbales.

En el mundo de la infancia

También se inició en la narrativa infantil durante esa misma década Maritza Corriols (1939), cuyo cuento "Una aventura maravillosa" (Managua: Instituto Nicaragüense de Cultura/Editorial Enlace, sin año) recibió en 1988 una mención de excelencia del ya mencionado Concurso Los niños queremos cuentos.

Una secuencia de narraciones breves de Corriols, titulada "Cuentos de la abuela", aparece en la antología *Literatura para ni-*

ños en Nicaragua (Managua: Ediciones Distribuidora Cultural, 1996, tres reimpresiones), editada y prologada por Jorge Eduardo Arellano y Vidaluz Meneses. La protagonista, Elisa María, comparte con las nietecitas las vivencias de su ya remota infancia: paseos, sueños, cumpleaños, temores, el nacimiento de una hermanita, la muerte del perro "Sultán"… Asimismo consigna —tal vez sin pretenderlo y sin propósito crítico— la temprana socialización de género. Ernesto, hermano de Elisa María, era apenas un poco mayor que ella —tenía unos siete años— pero ya estaba clarísimo de la división de papeles, según la cual las aventuras y las correrías eran "trabajo de hombres". Resolvieron la contradicción sin cuestionar los esquemas: Elisa María se puso, a instancias de Ernesto, un pantalón y un sombrero de palma, *se volvió hombre* y fue admitida en los juegos de exploración.

Además de la narrativa infantil, Corriols escribe ensayos y cuentos. Uno de ellos, "Adicciones" se acreditó en 1998 el segundo lugar en el Concurso "La voz y la pluma", promovido por el periódico *La Voz* de Montreal, Canadá, donde ella vive desde 1988.

Otra autora de narrativa infantil surgida en los 80 y hasta la fecha inédita en libro es Zoa Meza (1964), traviesa y dulce, que prefiere escribir cuentos para "los más chiquitines". Es cofundadora del teatro de títeres Guachipilín, creado en 1981, excelente titiritera y dramaturga; el protagonismo de las mujeres y de las niñas en la sociedad amerindia prehispánica —descrita con un enfoque más mítico que antropológico— despierta constantemente su interés. Las protagonistas femeninas de Meza, sean humanas o antropomorfas, enfrentan las restricciones sexistas con alegría y arrojo.

Una transición más bien suave

Los tempestuosos cambios sociopolíticos ocurridos en Nicaragua y en el mundo de 1990 -1992 se reflejaron de manera inmediata en la poesía nicaragüense: primero en el aspecto temático —por medio de las expresiones del duelo por el fracaso de un proyecto social con el cual tantas personas estaban comprometidas de alma, vida y corazón— y en breve, en el estilístico, pues tuvo lugar un alejamiento cada vez más evidente

del canon exteriorista en su variante más rígida y esquemáticamente politizada. Sin embargo, un gran número de poemas escritos en los años 80 ya presenta las tendencias estéticas que se manifestaron con fuerza en los 90.

En la cuentística la transición fue menos brusca —ojalá hubiera sido así de suave la transición política— y se hizo patente en la segunda mitad de la década, tanto por medio de una diversificación de géneros y mayor sofisticación técnica como a través del abordaje cada vez más osado y directo de temas que antes eran tabú para las mujeres: antes que nada, la sexualidad y la violencia.

Transgresiones sin rebelión

Una de las narradoras más productivas de Nicaragua, Mercedes Gordillo (1938), surgida a inicios de los años 90, permanece ajena a estas tendencias. Conocida desde los 70 como galerista y promotora de artes plásticas, en 1984 se marchó al exilio y comenzó a escribir en 1987, tratando de revivir a la Managua de su infancia y juventud. Retornó al país en 1990 y apenas tres años después su libro *El cometa del fin del mundo y otros cuentos* (Managua: Editorial Vanguardista, 1993; 2ª Edición: Managua: Anamá Ediciones, 2000) se hizo merecedor del Premio Nacional Rubén Darío. Desde entonces ha publicado —además de un libro de prosemas, una autobiografía novelada y una recopilación de textos sobre Sor María Romero— dos colecciones más: *Luna que se quiebra* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1995) y *Una perfecta desconocida* (México D.F.,: Universidad Nacional Autónoma de México, 2002).

Hábil narradora *naïf*, experta en finales sorpresivos y competente humorista, Gordillo presenta en sus cuentos a varias mujeres que de una u otra manera transgreden el deber ser patriarcal —la propia Mercedes quebrantó las normas de la pasividad supuestamente propia del sexo femenino para conquistar, con energía y arrojo nada convencionales, el amor de su esposo, el pintor Alejandro Aróstegui— pero estos desacatos nunca se convierten en una rebelión y se cometen más por exhuberancia vital que a conciencia.

Registro de heridas

En cambio, la cuentista, ensayista y novelista Marisela Quintana (1958) sustenta sus escritos en el feminismo. Según la periodista y ensayista nicaragüense Sofía Montenegro —que también es, siempre y antes que todo, feminista— Quintana "se ha introducido en la subjetividad de las mujeres, para contar de una manera casi epigramática y un tanto críptica, la vida, pasión y muerte de la subjetividad femenina y la condición subordinada de la mujer".

En 1998, Marisela se acreditó el tercer lugar en narrativa del Festival Interuniversitario y hasta la fecha ha dado a luz, en el ámbito de la cuentística, los siguientes volúmenes poco voluminosos: *Cuentos sin consuelo y uno por encargo* (Managua: Editorial Printar, 1993), *Cuentos de hombres sobre mujeres* (Managua: Editorial Printar, 1997) y *Simples asuntos femeninos* (Managua: Colección Ernesto Gutiérrez-uni, 1999).

Isolda Rodríguez Rosales (1947), docente, historiadora y crítica literaria con abundante bibliografía, se consolidó como cuentista en los 90. Ha publicado dos colecciones: *La casa de los pájaros* (Managua: Anamá Ediciones, 1995) y *Daguerrotipos y otros retratos de mujeres* (Managua: Fondo Editorial cira, 1999). En el primer libro predominan, según el texto de contrasolapa, cuentos "de corte mágico, pero de raigambre costumbrista". En *Daguerrotipos*… Erick Aguirre, en su estudio ya citado, destaca el "uso innovador del intertexto y la reescritura histórica". La autora registra las múltiples formas de la dominación sexista que cercan a sus protagonistas, con frecuencia escindidas entre el mandato de la tradición —que no se deciden rechazar de manera tajante— y los requerimientos de su propia conciencia o corazón.

Al margen del canon

Cecilia Ruiz de Ríos (1960) cultiva con tenacidad el subgénero de terror. De su exuberante producción apenas trece cuentos fueron reunidos en *El súcubo* (Managua: Editorial Accua, 1993).

Las protagonistas de sus obras —casi siempre versiones ficcionalizadas de su propia personalidad— poseen un intelecto sobresaliente y

cultivado pero sus instintos "andan salvajes", atrayendo hacia ella, como un pararrayos, las descargas de lo paranormal ora benéficas, ora devastadoras.

Los acontecimientos sobrenaturales están enmarcados, con una fuerte dosis de ironía y sátira, en bien captados cuadros costumbristas que describen un ambiente muy concreto y reconocible: las más veces, el de Nicaragua de los años 80 y 90.

Gioconda Belli (1948), una de las poetas y novelistas nicaragüenses más afamadas tanto en su patria como en el extranjero, dio a conocer a mediados de los 90 su hasta la fecha única pieza cuentística: *El taller de las mariposas* (1ª edición, en alemán: Wuppertal, Alemania: Meter Hammer Verlag, 1994; 2ª edición: Barcelona, España: Círculo de Lectores, 1994; 3ª edición: Managua: Anamá Ediciones, 1996; 4ª edición: Cádiz, España: Bárbara Fiore Editora, 2004).

Es, probablemente, su obra menos reseñada en Nicaragua, a pesar de haber recibido en 1992 el Premio Luchs del semanario Die Zelt de Alemania. Contiene, según el periodista español Pepe García Oliva, "toda la fuerza poética y todo el empuje crítico y social que la caracterizan, a la vez que supone una deliciosa metáfora del poder del esfuerzo, de la constancia, de la ilusión" y "un binomio muy interesante (…) que no estamos acostumbrados a ver: rebelión y respeto". Una nota de la Asociación Amigos del Libro Infantil y Juvenil de España dice que en *El taller…* "se observa, de forma precisa, la militancia feminista de Belli, pues una mujer, la Anciana encargada de la Sabiduría, es un personaje asociado simbólicamente a Dios, en nuestra tradición cristiana".

María Dávila (1960), cuyo cuento "Celeste carne de mujer" obtuvo en 1995 una mención en el ramo de cuento del Concurso del Centro de Educación y Comunicación Popular Cantera de Managua, ha editado *Cinco cuentos y algo más* (Chinandega, Nicaragua: s. e., 1996), siendo, hasta donde sabemos, la primera cuentista nica en abordar el tema de la inmigración centroamericana a los Estados Unidos.

Entre estos tres libros, dos primeros suelen quedar al margen de la atención crítica en parte debido a que tanto el "terror" como la literatura infantil ocupan en Nicaragua, según una tabla de rangos jamás explicitada, escalones más bajos que otros géneros narrativos. A su vez, *Cinco cuentos…* —debut editorial de una autora novel desvinculada de

los círculos literarios—no ha tenido divulgación y permanece ignorado por el público lector.

Metáforas turbadoras

Otra escritora que se ubica cronológicamente en esa década es Martine Dreyfus Bendaña (1950), radicada en España y con tres novelas publicadas, que se inició a mediados de los años 90 como cuentista de corte tradicional. Los títulos de sus escritos sencillos y evocativos dicen bastante sobre los contenidos: "La casona", "El recuerdo", "Las niñas", "El butaco", "El reloj de leontina", "Aquella adolescencia"…

Dos de las cuentistas más innovadoras y representativas de los 90, Patricia Belli (1964) y Patricia Delgadillo (1960), tampoco han publicado en libro.

Belli, artista visual audaz y controvertida, con varios premios en su haber, empezó a divulgar sus cuentos —escasos en número, espléndidos en su turbadora polisemia— a partir de 1996. Uno de ellos, "Cicatrices", incluso le dio el nombre a *Cicatrices. Un retrato del cuento centroamericano* (Managua: Anamá Ediciones, 2005), compilado por el investigador alemán Werner Mackenbach.

Antes de aparecer en español, el libro vio la luz en Alemania, bajo el título de *Papayas und Bananen. Erotiche und Andere Erzäblungen aus Zentralamerika* (Frankfurt an Main: Editorial Brandes & Apsel, 2002). Mackenbach asevera que en alemán el título no suena tan sugerente.

Según señala la escritora chilena-costarricense Tatiana Lobo en una reseña de *Cicatrices*…, el cuento de Belli es "una brillante metáfora de los años posteriores a la lucha armada en Centroamérica" que esgrime "una esperanza frustrada en un hombre diferente".

Machismo al desnudo

Delgadillo, que a partir de los 90 reside fuera del país —primero en Canadá, luego en *EUA*— también fue incluida en la antología en cues-

ción; su cuento "Microsistemas" ganó el primer premio del Tercer Certamen Literario de la Prensa de Vancouver, Canadá. Es una autora versátil, capaz de dar a sus narraciones giros inopinados y de hacer una crítica mordaz de fenómenos sociales sin caer en el maniqueísmo panfletario.

Un excelente ejemplo de ello es "El apresurado", donde el personaje, sin darse cuenta y sin forzar el tono ni la credibilidad psicológica, denuncia a sí mismo al exponer su machismo remozado: "Yo no me siento menos hombre por consentir a una mujer, soy de los que ayudo en la casa, no necesito que me hagan desayuno, me lo puedo cocinar perfectamente. A mí me gusta compartir el trabajo con Claudia y con otras, hacer equipo con ellas. La mujer debe trabajar igual que el hombre. Que sepan lo que vale la plata. Que no le anden pidiendo a uno el mercado. En fin, que tampoco le pidan a uno que rinda cuentas. Soy de la nueva generación, me acuerdo de papá siempre dictador con mamá, eso no va conmigo. La mujer es preciosa, está para disfrutarse, no para desquitarse con ella. No, señor".

Literatosis-Marca Acme

El año 2000 sirvió de hito simbólico para una gran parte de la humanidad, mas no necesariamente debía serlo para las literaturas. En Nicaragua, sin embargo, hubo sincronía.

El 5 de mayo de 2000, en Managua, una nueva generación literaria se dio a conocer por medio del recital *Entre líneas*. Casi una veintena de jóvenes de ambos sexos trataron de *ir más allá de las palabras*: a ese afán perenne y *tan nunca colmado* se debió el nombre del evento.

Poco después conformaron el grupo Mayagna —'nosotros' en la lengua sumu-mayangna, etnia de la Costa Caribe nicaragüense— que editó una fugaz revista *El Pozo del Paroxismo* y en diciembre de 2001 se fusionó con otra agrupación, *Literatosis*, surgida a su vez en 1998; de 1999 a 2004 estuvo publicando una revista homónima, impresa y virtual.

La palabra fue retomada del novelista uruguayo Juan Carlos Onetti (1909-1994), quien denominó así el padecimiento propio de

aquellos jóvenes que convierten la literatura en religión y prefieren a escritores "más obviamente literarios".

Sin embargo, las y los miembros de *Literatosis* no pretendían refugiarse en una torre de marfil y consagrarse a las artes incontaminadas. "Lo único que sale de nosotros es el mundo que vivimos, ya no sólo influenciado por los grandes literatos, sino por toda nuestra realidad globalizada, informatizada, corrupta, a veces virtual y confusa, a veces tan abismalmente distinta de una persona a otra", proclamaron. En 2004, *Literatosis* se transformó en el hasta la fecha activo proyecto *Marca Acme*.

Debido a su dinamismo, activismo y natural irreverente, en ocasiones provocador —y también al dominio de tecnologías informáticas— *Literatosis* y luego, *Marca Acme*, se perfilaron como una agrupación con relevante presencia en el ámbito cultural; sin embargo, le dediqué tanto espacio porque varias integrantes suyas escriben tanto poesía como narrativa breve. En cambio, las artistas vinculadas a otros grupos significativos, como *400 Elefantes* y *Artefacto*, han priorizado la poesía y las artes visuales.

Jugando con la amargura

Las cultivadoras más constantes de la cuentística y que actualmente forman parte de *Marca Acme* se han educado en una sociedad donde los esquemas sexistas, si bien persistentes, están siendo asiduamente cuestionados; además, tuvieron la oportunidad de conocer las teorías feministas que actúan como antídoto de los estereotipos opresivos. Todas ellas, aún sin libros publicados, alzan, a guisa de escudo o de espada, "la voluntad del no, en contrapeso/ al vil idilio adulterado".

La obra de Consuelo Mora Benard (1981), —videasta, poeta, narradora y periodista— es lúdica, mordaz, inquisitiva, rica en neologismos y en elementos oníricos y simbólicos, y nutrida por una rebeldía angustiosa, representativa de la generación que se ha bebido la hez de las utopías.

El tema de la inequidad de géneros está muy presente; un fragmento del cuento "Casete 1. Lado A" que aparece a continuación capta

la quintaesencia de la transmisión generacional del sexismo (advierto que la narración completa es aún más sorprendente y polifónica):

> —Niño —dijo papá.
> —NIÑO —dijo mamá.
> Y ambos se ensalzaron mutuamente por tal aporte al mundo afeminoso.
> Hijo, eres falo. Dijo papá.
> Hijo, erguido. Dijo mamá.
> Golpeá que no duele. Aguantá, que no llorás. Gritájeno fríopuesto a eLLA.
> Crecé.
> Y creció.
> Te abarcás. ¿Entendés? Completo. Seguro. Genial. Camina a piernas abiertas. Que aquí aplaudimos.
> A tu imagen y semejanza toda la razón. Hijo, tu apellido empacado. De sombrero, hijo, de sombrero. Impermeable, hijo, impermeable.
> Hijo, falo. Dijo papá.
> Hijo, erguido. Dijo mamá.

Contra la trama

En los cuentos de Natalia Hernández (1982) —que es, igual que Mora Benard, videasta, poeta, narradora y periodista— las fronteras entre la poesía y la prosa breve están desdibujadas. Algunos escritos suyos incorporan elementos visuales como unidades fundamentales del texto. Sabe usar clisés periodísticos como recursos literarios que le permiten desentrañar, con una calma cargada de aversión, los mecanismos —aquí cito a la escritora nicaragüense-salvadoreña Claribel Alegría (1924)— del "desorden siniestro y bien planificado".

Los estereotipos sexistas, para Hernández, forman parte de la trama: "…la lluvia en Managua tiene sus alternativas de diversión comunal que no nos benefician en verano. Con los ríos por todos lados, tenemos el agrado de observar, si somos lo suficientemente intrépidos, a muchos infantes desnudos corriendo y disfrutando de las aguas estancadas, hasta que, por supuesto, se convierten en noticia de las 6:30 y se culpa a 'las

madres de esos niños', nunca a los padres, por favor, los hombres carecen de ese instinto determinado por la sociedad" ("Para-brisas").

A su vez, la codirectora de *Marca Acme*, Eunice Shade (1980) —poeta, narradora, periodista y fotógrafa— ya tiene conformado un libro de relatos *El texto perdido*.

Es la autora nicaragüense que en mayor grado manifiesta la conciencia neomitológica, asumida con una seriedad fervorosa propia de los tiempos de *Petersburgo* (1913-14) de Andrei Bely (1880-1934) y *Ulises* (1922) de James Joyce (1882-1941), y no de la época posmodernista. Shade se nutre de diversas mitologías y con cierta frecuencia se identifica con sus personajes femeninos: "yo soy el evangelio de maría de magdala" ("Todavía escribo con lápiz").

Su intenso desasosiego va desde una euforia del festín en los tiempos de la peste hasta la angustia teñida de furia. Le atraen poderosamente los extremos: "Entre más abone los precipicios mejor" ("Cascada de voces").

Pasional en sus adhesiones, registra las manifestaciones de la inequidad de géneros aun cuando no constituye el tema del relato: "eso que llamamos baja resolución en las fotos de 100 pixeles aumentadas a 200 no es más que Monet o la mujer pintora, también impresionista, de la que nadie recuerda el nombre pero sí su sexo" ("Un diario que no es de Ana Frank").

A juicio de Erick Aguirre, expresado en *Subversión de la memoria…*, Shade se perfila como una de "las más sobresalientes narradoras de la más reciente generación literaria".

Factores extraliterarios

Otros factores que empezaron a incidir a partir del año 2000 en la divulgación de la las obras de mujeres son de índole extraliteraria. El primero es el creciente acceso a Internet, que facilita comunicaciones, permite crear espacios independientes de los suplementos y revistas culturales y reducir costos: es mucho más barato colocar textos e imágenes en una página web o blog que publicar un libro impreso, y este recurso está siendo aprovechado por varias escritoras "no canónicas".

El segundo es la creación de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE), fundada en junio de 2000. La dirección de su página web es www.escritorasnicaragua.org. Tiene su propio sello editorial y edita la revista *Anide*, un medio de, por y para las mujeres (aunque los varones también pueden leerla y hasta publicar en ella, siempre y cuando sus artículos se refieran a las artistas, antes que nada nicaragüenses y centroamericanas). Numerosas autoras encontraron en la revista la oportunidad de dar a conocer su obra.

ANIDE también convoca a dos certámenes anuales: el Concurso Nacional de Poesía Escrita por Mujeres "Mariana Sansón" y el Concurso Centroamericano de Literatura Escrita por Mujeres "Rafaela Contreras", alternando la poesía, el cuento, la novela y el ensayo. El Concurso Nacional de Narrativa "María Teresa Sánchez", que ANIDE impulsaba con el auspicio de la Distribuidora Cultural, se llevó a cabo sólo en 2002 y 2003 y aún no ha podido institucionalizarse.

La tendencia tradicionalista

De manera paralela con la narrativa insurgente y experimental siguió publicándose, a inicios del siglo XXI, la de índole tradicional –lo cual no es un sinónimo de "mala"— que no deja de tener adeptos en los círculos literarios y entre el público lector.

En 2002 obtuvo el Premio Único del Primer Concurso Nacional de Narrativa Escrita por Mujeres "María Teresa Sánchez" el libro *Cuentos de retazos de amor y de tiempo* (Managua: Ediciones Distribuidora Cultural, 2002) de Elioconda Cardoza (1945), cuentista y ensayista, que celebró con este galardón su debut literario. Se trata de una obra evocadora y *naïf*, que, según el dictamen del jurado, posee "una gran frescura narrativa [...] e intensidad en la descripción de sentimientos".

Oky Argüello (1955), que actualmente reside en EUA, editó *Cuentos para adultos niños* (Managua: Fondo Editorial CIRA, 2002), ambientados en su mayoría en Guatemala —donde ella vivió de 1978 a 1995, exceptuando unos años que pasó en México y en Gran Bretaña— con elementos fantásticos pero sin obvia influencia de los escritores

del *boom* de la novela latinoamericana. Por ejemplo, en "El mundo allá afuera" casi todo lo "maravilloso" —es decir, fuera del orden de las cosas que solemos aceptar como natural— se limita a la siguiente frase: "Para su mala suerte, el coronel Rodríguez reencarnó en Rosa Chamac, séptima y última hija de un matrimonio indígena en un caserío por Playa Grande, Quiché, en el Triángulo Ixchil". El resto es de un realismo de crudeza moderada (al hablar de moderación me refiero al lenguaje, no al argumento, que sí es extremo: miseria, enfermedades, hambre, torturas, violación, masacre).

En las narraciones de Cardoza prevalece una atmósfera lírica, de colores pastel; Argüello tiene más elementos de humor y combina descripciones que resuman un sentimentalismo casi victoriano —*a la* Charles Dickens (1812-1870) en sus mejores y peores páginas— con escenas detalladas, aunque un tanto esquemáticas, del aquelarre de la violencia política.

Ninozka Chacón (1947) reunió sus poemas y cuentos en un solo volumen, *Perfume de luna* (Managua: URUCCAN, Colección Centenario, 2003). El libro patentiza la comprensión de la naturaleza multicultural de Nicaragua y suma a la escritora al grupo de artistas del Pacífico deslumbradas por el Caribe. Chacón no escapa del exotismo y del tópico romanticón, pero, en sus piezas mejor logradas, transmite una atmósfera festiva, policroma, exuberante, en ocasiones mágica.

Olga María Icaza de Chávez (1948) debutó tardíamente con *Recuerdos y vivencias* (Managua, edición personal, 2003), un conjunto de escritos en verso y prosa redactados con mucho fervor y poco oficio durante "largos y profundos paréntesis de soledad" de la autora. Descuella el cuento "La princesa está triste", un devoto *remake* de la biografía de la princesa Diana de Gales (1961-1997) enflorado de reminiscencias darianas.

Morada de valientes (León: Editorial Universitaria, UNAN-León, 2004) de María Celia Sandino Baus (1967) está escrito con una prosa muy correcta y limpia —una cualidad no desdeñable— pero los personajes de estos cuentos de hadas, sean mujeres, hombres o animales, son abrumadoramente correctos y por eso mismo acartonados.

Dos libros *sui géneris*

En el primer lustro del nuevo siglo vieron a luz dos colecciones de cuentos que, si bien no pueden calificarse como tradicionales, tampoco se ubican en el marco de la cuentística moderna (aunque una de las características de ésta es precisamente la ausencia de normas rígidas).

En 2000 la novel y joven Xóchitl María Cristina Rodríguez Escobar (1982) recibió el premio de la ya extinta Fundación Cultural Nicaragüense Nuevo Siglo (FUNISIGLO) por el libro de cuentos infantiles *Primeros pasos* (Managua: Ediciones Distribuidora Cultural/EDIGRAPSA, 2000). Los textos, unos en mayor grado que otros, tienen una gracia un poco torpe, primitiva, fresca, aunque estropeada por alta dosis de moralina.

La prolífica Juana Vargas Tejada (1946), que hasta la fecha ha publicado tres poemarios y una biografía en prosa y verso, editó *Cuentos para niños muy niños* (Managua: edición personal, 2002), un título, a mi ver, no muy acertado. Son más bien estampas líricas, en su mayoría demasiado vagas para el público infantil, con ciertos elementos de suave surrealismo sorpresivo y abuso de escritura automática, como en este párrafo del cuento "Ciencia ficción":

> Era un castillo olvidado en el corazón del campo, ahí vivía un hombrecito, tan bajito que se confundía con un niño. Llegó un hombre, se introdujo en el castillo, recorría con ojos asustados como de búho sed, se guía a paso de liebre, veía y veía, con prisa va y va, busca con curiosa prisa, un pájaro grande observa con ojos de galaxias, abre el pico y parece paraguas negro con olor y azufre y forma horrible.

La super mujer y su reverso

Aunque ninguna de las escritoras de la tendencia "tradicionalista" prioriza el tema del papel que las mujeres desempeñamos en la sociedad, los signos de los tiempos resultan perceptibles: las protagonistas ya no consagran su existencia únicamente al cuidado de la familia y son más

activas y asertivas, a veces hasta heroicas. En “Mangues y su princesa Xóchitl” de Rodríguez Escobar, el personaje es designado por los dioses —pese a cierta resistencia del padre de la jovencita, que no entiende por qué han escogido a ella y no a uno de sus hermanos varones— para combatir a un demonio, a quien logra vencer pereciendo también en la batalla. Al saberlo, el novio de Xóchitl, Atzamatl, se lanza a la boca del volcán.

Por un lado, estamos ante una inversión del paradigma tradicional “hombre valeroso/mujer amante”, pero llama la atención el hecho que Xóchitl haya sido elegida para la tarea no sólo por el arte de manejar el arma, “la sabiduría de su mente” y la “nobleza de corazón” sino por sus “dotes hacendosas de mujer”. O sea, adquirimos nuevas atribuciones, poderes y derechos sin deponer las obligaciones ancestralmente consideradas “femeninas” y sin tener con quién compartir la carga.

En “La niña que enseñó a su padre” de Vargas Tejada, la visión es similar: la muchacha, a quien su progenitor encerraba en la casa por temor a perderla, consigue superarse: “Se gradúa de abogada, se casa, y ayuda a su padre”.

El seductivo modelo de super mujer con suficiente tiempo, afecto y voluntad para todo y para todos pretende ignorar la imposibilidad de sostener tal perfección y nos hace caer en la trampa de no dar nunca la talla ya no solo como ángeles del hogar sino también como superantes en cualquier actividad que emprendiéramos.

Dos caras de lo fantástico

Los libros de Betty Lacayo (1960), Cynara Michelle Medina (1971), María del Carmen Pérez Cuadra (1971) y Blanca Castellón (1958) ya caben en la cuentística moderna.

Los cuentos de *Más allá del alarido* (Managua: Xerox de Nicaragua, 2001) de Lacayo, aunque escritos en su mayoría en los años 80, parten de una mirada llena de “tolerancia, asco y pesar” (“El alarido”) para con la sociedad, una concepción más propia de la época posutópica. El investigador literario nicaragüense Nicasio Urbina afirma en la presentación del libro, titulada *Una visión cristalina del fango*, que tras la sencillez narrativa “se esconde un mundo muy obtuso y complicado”. Allí lo

fantástico no es liberador sino que deviene, las más veces, "una pesadilla kafkiana, alucinante, extraña, negra y fría" ("El otro lado del espejo").

Es muy distinto el tono de *Polvo de ángel* (Managua: Ediciones *400 Elefantes*, 2002) de Medina, periodista y crítica de cine cuyos cuentos obtuvieron menciones de honor en los Certámenes Interuniversitarios de Cultura en 1994 y 1995 y en 2000 se acreditaron el segundo lugar en la primera edición de los Juegos Florales Centroamericanos, con sede en León. Se trata de un libro amable e irónico, que traza, con elegante sencillez, un mundo habitado por ángeles buena onda, espantapájaros ajedrecistas y personas con el don de asombro.

Los escritos de Lacayo y Medina no reflejan particular interés en las vivencias femeninas específicas pero sus protagonistas, aun en situaciones difíciles, son mucho más autónomas que sus antecesoras generacionales.

Tras las cosas queridas

María del Carmen Pérez Cuadra —una de las escritoras nicaragüenses más polifacéticas, pues cultiva el ensayo, el cuento, la poesía y la novela— centra su escritura en las diversas y contradictorias facetas de *ser mujer*.

Sus poemarios, aún inéditos, recibieron menciones de la primera (2003) y la tercera (2005) ediciones del Concurso Nacional de Poesía Escrita por Mujeres "Mariana Sansón".

En 2004, su obra *Sin luz artificial (Narraciones)* (Managua: Fondo Editorial CIRA, 2004) se hizo merecedora del Premio Único del Concurso Centroamericano de Literatura Escrita por Mujeres "Rafaela Contreras", rama de cuento.

Son textos desenfadados, agridulces, inclementes. La mujer del cuento "Sin luz artificial", que le da nombre a la colección, dice sobre sí misma: "…no soy ni buena ni mala, ni dulce ni salada". Así son todos los personajes de María del Carmen, e incluso cuando se les podría calificar de "víctimas del sistema androcéntrico y heterosexista", ésa no es la única ni principal dimensión suya.

En el prólogo del libro en cuestión, el investigador literario estadounidense Willy Muñoz indica: "Varios de sus personajes son mujeres

que escriben de sus experiencias, ficcionalizan su realidad, paradoja autoconsciente que tiene como fin borrar los límites entre la realidad y la ficción". Además, Pérez Cuadra no se refiere a la escritura en general —como si tal cosa existiera— sino que se adentra en las experiencias de las intelectuales subalternas agobiadas por las carencias, siendo quizá la más cruel la falta de tiempo para escribir. Ejemplo de ello es el cuento "Correr tras las cosas queridas":

> Pasó la semana y nunca tuve tiempo. No noté ninguna señal de que mis hijos estuvieran creciendo. En cambio yo me miraba más vieja, más apagada que nunca. Llegó mi esposo en la tarde del viernes. Lo recibí con mucha alegría, era mi amor que regresaba. Le di de comer, tuve la ropa limpia y planchada, todo en orden; le di mi amor, mi calor, todo mi cuerpo entero para él. El domingo quise tomarme un rato para escribir las cuatro páginas que llevaba de retraso en mis planes de escritora. Para eso planifiqué hacer espaguetis con queso y listo, a escribir. Mi esposo protestó. Dijo que esa era comida de estudiante soltero, que cocinara otra cosa.

Los hombres no están dispuestos a fundirse en su fuego

Blanca Castellón, luego de tres poemarios, publicó *Los juegos de Elisa* (México D.F.,: Solar Servicios Editoriales, Colección Minimalia Erótica, 2004; 2ª edición: Managua: Editorial Decenio, 2005), calificado en la ficha editorial como poesía; según mi criterio, se trata de narrativa breve.

Leonel Delgado señala, en su ya mencionado ensayo *Blanca Castellón y el espíritu de la poesía*, que ella "desestabiliza siempre el discurso cotidiano, cuando lo hace tropezar con las convenciones del discurso poético" y "ayuda a desembarazar la retórica exteriorista femenina". Todas estas observaciones son aplicables a *Los juegos de Elisa*: un libro de sustantivos, verbos y adjetivos inquietantes, que, en un desahogo de metáforas, configura un ámbito de grácil inestabilidad, que gira alrededor de tres eternidades cardinales usuales y prístinas: la palabra —con su

jugo, juego y fuego—, el amor y la muerte. Hay en los textos una sensualidad recóndita, maliciosa, tanto más eficaz cuanto menos explícita: “Juega con un clavel como si fuera un varón. Lo entretiene unas horas en su jarrón. Se muerde los labios hasta que sangran, para nombrarlo en rojo”.

Al igual que muchas de las protagonistas de Pérez Cuadra, Elisa es artista, mas no le toca lidiar con aprietos de economía doméstica sino con esas limitaciones intangibles y rigurosas que imponen a las mujeres nuestros papeles de hija, esposamante, madre y, en el caso particular de Elisa, también de una dama de sociedad. Por supuesto, las intelectuales subalternas no están ajenas a tales problemas, sólo que para ellas aparecen disimulados por exigencias prácticas. En cambio, el esposo de Elisa no le pediría una cena sofisticada —pues de la cocina se encarga la empleada— sino que fuera “femenina”, es decir, en permanente sincronía con los deseos y estados anímicos de él. Pero cuando Pablo Neruda (1904-1973) dice: “Me gustas cuando callas”, Castellón replica: “Se corta la lengua como cualquier fruto del jardín. La coloca sobre el pecho amado. Es lo único que se le ocurre para amar en silencio”.

En manos del tiempo

Algunas cuentistas hasta la fecha inéditas en libro aparecen en recopilaciones que, desafortunadamente, suelen tener limitada divulgación aun cuando sus tirajes —a veces, hasta de 1000 ó 1200 ejemplares— no pueden considerarse exiguos para Nicaragua.

La antología *En manos del tiempo/Poesía y prosa* (Managua: Editorial Quinto Sol, 2000), preparada por la Asociación de Promotores de la Cultura (APC), incluye cuentos de Martha Calero (1950), Emilia Torres (1954) y Els Van Poppel.

De Calero, promotora cultural, poeta y narradora, están “Agosto 1959” y “Algo ha pasado”; el primero es un original, sugestivo híbrido entre un relato histórico y un cuento de fantasmas; el segundo, un monólogo malogrado, extraviado entre lo caótico y lo onírico.

La cuentista Emilia Torres, Presidenta de la APC y política de larga trayectoria —incluso estuvo integrada a la Dirección Nacional

del Frente Sandinista de Liberación Nacional— participa en el volumen con "Como bailarina en noche de estreno" y "Godofredo", ambos dotados de lirismo y suspenso. Torres ya tiene suficiente material para publicar un libro pero aún no se ha decidido a hacerlo.

Van Poppel, directora teatral de origen holandés que vive en Nicaragua desde 1982, debutó con "El Cumiche", un cuento humorístico de desenlace sorpresivamente trivial. ¡Tamaño despliegue de encanto para un propósito tan mezquino! (me refiero al personaje, no a la autora).

Terror y humor

Otra colección, *Grito de nuevas voces* (primera entrega) (Managua: Asociación para el Desarrollo Cultural camino, 2001), reúne los cuentos de 16 autores en ese entonces noveles, de los cuales cinco son mujeres: Chrisnel Sánchez Argüello (1979), María Estela García Flores (1953), Alba Patricia Ordóñez (1986), María de los Ángeles Santos Campos (1983) y Martha Sofía Amaya Delgado (1979). A excepción de Chrisnel, acusan escaso dominio de las técnicas narrativas; no han vuelto a publicar y se perdieron del panorama literario.

Sánchez Argüello —periodista, narradora e investigadora literaria residente en Colombia— aborda con buen suceso temas propios del subgénero de terror. El periodista y escritor nicaragüense Edwin Sánchez en el artículo "Chrisnel Sánchez y la nueva literatura" publicado en *El Nuevo Diario* el 22 de diciembre de 2001, habla de "vocación de contundencia" de sus escritos "candentes y a la vez refrescantes". *Grito… comprende tres*: "¿Puede alguien decirme qué está pasando?", "La coleccionista" y "Un mundo irreal".

En la segunda pieza, de notable eficacia literaria, el tono sereno, estrictamente cotidiano de la narración hace más impactante la historia, cuya similitud nada evidente con *El coleccionista* (1963) de John Fowles (1926-2005) se manifiesta a un nivel profundo. La novela está basada en un caso de psicopatía, en el cuento se trata de un "maldito sortilegio", pero él y la protagonista tienen en común una característica esencial: el impulso de cosificar a las personas para poder "tenerlas".

Gloria Elena Espinoza de Tercero (1948), que ya había publicado tres novelas, un libro de ensayos y otro de teatro, ha incluido algunos cuentos suyos en *Anécdotas nicaragüenses II* (Managua: Distribuidora Cultural, 2006). De raíz costumbrista –pues la autora es devota de la ciudad de León y de sus tradiciones– no saben a añejo y seducen con su delicado humor.

Voces caribeñas

El Caribe nicaragüense ha producido, hasta ahora, pocas narradoras. Considero a Deborah Robb (1965) la más notable, y no por ser casi la única. Ha publicado *The Times & Life of Bluefields-An Intergenerational Dialogue* (Managua: Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, 2005). Norman Caldera, genealogista nicaragüense, escribió sobre Deborah en el texto de la contraportada del libro: "Es realmente pluridisciplinaria y polifacética. En esta obra ella transmite sus habilidades como socióloga, historiadora, novelista, activista de derechos humanos, cocinera, coreógrafa y antropóloga; pero sobre todo eso se ha revelado ella misma como escritora de fácil pluma y aguda observadora de la historia de Bluefields". Además, es poeta y prosista bilingüe que maneja con similar destreza el inglés y el español.

El cuento de Robb "Cayo Doreth" *("Doreth's Cay")* obtuvo el primer lugar en el Concurso Centenario de la ciudad de Bluefields, convocado por la Academia Diplomática del Ministerio de las Relaciones Exteriores de Nicaragua, y vio la luz en Leyendas de la Costa Atlántica (Managua: URACCAN, Colección Centenario, 2003) que agrupa textos de seis autores distinguidos en el certamen. "Cayo Doreth", concentra en pocas páginas una impresionante plétora de un relato costumbrista, suspenso e historia. Reproduzco los párrafos iniciales para excitar las ganas de seguir leyendo:

> Siempre que voy a Laguna de Perlas, pasa algo raro. Como el último Viernes Santo, cuando la planta eléctrica falló en medio de una noche sin luna y una manada de caballos bajó la calle principal en estampida sin que nadie pudiese decir de dónde

> vino y adónde iba. Para cuando la gente salió a la calle con focos y lámparas de kerosén, los caballos eran ya sólo un estruendo en la sabana.
>
> "Esta tierra es pesada", así lo explica Gramma Emily, pues lo suyo es la superstición. Es a la fecha de hoy y la vieja señora todavía reza en cada esquina antes de abrir una sola ventana o puerta de su casa. Yo no, para mí la estampida de caballos ésa fue típica travesura de la Noche de Judas. No desdeño lo mágico pero tampoco lo respeto demasiado, excepto cuando la mañana se pone tan serenamente bella que a una no le queda más que ser feliz. Son estas mañanas que me llevan a la laguna: a ver salir un enorme sol rojizo de la punta verde que separa el agua dulce del mar salado; a ver cayucos y pelícanos deslizarse sobre la corriente hacia Haulover; a ver los hombres sin camisa bañar sus caballos en lo raso mientras sus perros juegan como niños en el agua. Y nada tan raro me había ocurrido antes de haberle disparado, sin motivo, a David Cayasso. Lutan me dijo que el ánima de Doreth Fox tomó posesión de mí. A la propia Doreth la mataron de un balazo allá por los años 30, pero la gente en Laguna de Perlas aún la recuerda como una mujer fuerte y tal vez porque era tan macho algunos, como Lutan, llegan a pensar que era realmente mala. Otros dirían que este relato es puro cuento, una especie de alegato de demencia, considerando lo que sucedió ese día en Cayo Doreth.

Otra mujer incluida en *Leyendas*… es Zarifet Bermúdez Jureidini (1953), quien recibió una mención honorífica por "La leyenda de Figá": una narración ingenua, de mayores virtudes humanitarias que literarias.

Diversas y dispersas

Existe también un nutrido grupo de autoras cuyos cuentos están dispersos y/o inéditos y resultan difíciles de situar en un marco cronológico: Ángela Saballos (1944), Teresa Codina (1945), Gloriantonia Henríquez(1948), María Lourdes Pallais (1953), Linda Wong-Valle

(1958), Helen Dixon (1958), Rosa Cassidy Tünnermann (1963), Mildred Largaespada, Martha Cecilia Ruiz (1972).

Saballos, una de las periodistas pioneras del país, muy poco ha dado a conocer su abundante y variada producción cuentística, en el marco de la cual había explorado, entre otros, un género todavía incipiente en Nicaragua: el policíaco. También es buena retratista y ha creado una galería de personajes femeninos sin sesgo victimista o triunfalista.

Codina, "mujer de muchas letras y artefactos" de origen catalán, vive en Nicaragua desde 1981. Artista visual, también escribe unas narraciones difíciles de clasificar, semejantes a cartas al desgaire o a fragmentos de un diario que ella, hasta donde sé, no lleva. El haber hecho de la sofisticada informalidad un método y un *modus vivendi* no le impide colisionar muy dignamente con las realidades despellejadas. Por ejemplo, en "Los otros" la narradora-protagonista descubre que un amigo suyo, ex guerrillero salvadoreño, "bueno como el pan, valeverguista irónico", había violado a una niña de 10 años, hija de su compañera Sara, refugiada guatemalteca. El final no es feliz —¿de qué felicidad se puede hablar en estas circunstancias?— pero tampoco el peor posible, pues la mujer elige a su hija y no al hombre: "Dile que me fui, que le dejé la cocina, que pase a retirar nuestros documentos por ACNUR. Ya no me iré con él a El Salvador".

Las búsquedas

Gloriantonia Henríquez —poeta, traductora, investigadora literaria y cuentista apenas conocida en todas y cada una de sus facetas— vive en París a partir de 1984. Su poemario *Primera vigilia* (León: Editorial Universitaria UNAN-León, 2006) —por ahora, su único libro publicado— recibió una mención del Concurso Nacional de Poesía Escrita por Mujeres "Mariana Sansón" de 2004. En la colección *Tetralogía del río* renueva, por medio de técnicas modernas y exquisitas, un tema muy usual pero inagotable: los recuerdos de infancia.

La periodista y narradora María Lourdes Pallais, residente en México, ha publicado dos novelas; la segunda, *Prisionera de mi ti/ ficción y memoria con sello Somoza* (Managua: Fondo Editorial CIRA,

2006) se acreditó el premio único del Concurso Centroamericano de Literatura Escrita por Mujeres “Rafaela Contreras” de 2006. El tema recurrente de sus cuentos, pocos pero memorables, “agudos como cristal de una ventana rota” (“El señor comandante”) es el poder con sus aristas fascinantes o atroces.

Linda Wong-Valle, que ha editado cinco brevísimos poemarios, también escribe cuentos de humor ácido y saltarín.

Rosa Cassidy Tünnermann, poeta y cuentista, radica en los Estados Unidos. En los cuentos mejor logrados, como, por ejemplo, “Mi tía la bruja” y “La niña de tul celeste”, penetra el misterio del nacer y del morir.

Tres feministas disímiles

Helen Dixon, británica nacionalizada nicaragüense —anida en el país desde 1988— ha editado ya un poemario bilingüe. Feminista combativa, con frecuencia aborda en su obra —especialmente en las narraciones, cercanas a la prosa poética— vivencias de las mujeres que se atreven a transitar nuevos caminos, lo cual las conduce, entre otras cosas, a explorar su sexualidad sin tabúes.

Los pocos cuentos que había publicado Mildred Largaespada, periodista con residencia en España —y también feminista convencida— describen, con apenas un toquecito de lo “mágico”, la solidaridad femenina que nos facilita la elaboración de los duelos. Por ejemplo, en “Las visitantes” Susana, quien acaba de perder a su padre, recibe un generoso consuelo de sus congéneres que la encuentran guiadas por una estela de dolor que ella deja tras de sí. Al calor del amparo, sana: “Al décimo día nadie tocó a su puerta, pero no hacía falta. La pena se había disipado, extinguido o repartido entre todas esas mujeres que habían acudido para quitarle el peso de encima. Al parecer, su estela de dolor ya no marcaba el camino del cementerio hacia su casa y viceversa”.

Martha Cecilia Ruiz, también periodista, feminista y aparte de eso poeta, prefiere explotar el filón humorístico de las cuitas y los clavos, para que podamos despedirnos de nuestro pasado riendo. Para muestra, un cuento cortísimo y campante: “La Internet, y sobre todo

el correo electrónico sirven para muchas cosas. A mí, para enterarme de que mi marido me engañaba con mi mejor amiga. No lo culpo, yo también lo hice. Ella era irresistible" (TIC).

Lista en progreso

Para finalizar, añado que numerosas autoras han incursionado en el cuento de manera esporádica o casi no han dado a conocer esta faceta suya: Ligia Guillén (1939), Suad Marcos Frech (1946), Milagros Palma (1949), Amelia Barahona (1951), María Gallo (1954), Luz Marina Acosta (1955), Ninoska Castrillo (1955), Karla Sánchez (1958), Helena Ramos (1960), Carola Brantome (1961), Tania Montenegro (1969), Marta Leonor González (1972), Mecker Geraldine Möller (1972), Lucía Martínez Salvo (1976), Yaosca Tijerino (1979), Tamara May Baltodano (1983), Tania López (1984).

Con toda seguridad he omitido a alguien pero juro que es sólo por desconocimiento. Además, la literatura siempre es *work in progress*, en cualquier momento pueden surgir nuevos nombres.

EL CUENTO QUE DESAFÍA: LAS NARRADORAS COSTARRICENSES Y EL GESTO DE RUPTURA

Magda Zavala

Costa Rica

Algunas consideraciones generales

La reciente antología de Willy Muñoz, *Narradoras costarricenses* (EUNED, 2006), reúne a quienes el autor considera cuentistas representativas —porque sin duda ha habido más de las que fueron compiladas— de la tradición narrativa costarricense. Habiendo sido el producto de una larga investigación, que tiene especialmente en cuenta el trabajo promovido antes por Linda Berrón en Editorial Mujeres, con los textos *Relatos de mujeres, Antología de narradoras de Costa Rica* (1993) y *Relatos del desamor* (1999), Muñoz aporta un buen punto de partida para todo estudio del cuento producido por mujeres en el país. Hay que decir que la historia literaria del país no ha sido especialmente justa ni dedicada en lo que respecta a detectar y reconocer el trabajo de sus escritoras, hecho común en la cultura conocida como patriarcal. No es sino en las tres últimas décadas cuando un pequeño grupo compuesto principalmente por críticas, entre las que destacan Seidy Araya, Nory Molina y Emilia Macaya, se ocupa en

particular de esta producción en el plano del análisis.[25] Fuera de Costa Rica, Consuelo Meza y Willy Muñoz han mostrado y analizado esta producción en el contexto centroamericano.

Según palabras de Carmen Naranjo, ineludible referencia de las letras de mujeres en Costa Rica, la renovación de esta modalidad narrativa se ha debido principalmente al trabajo de escritoras poco convencionales y nada satisfechas con el *statu quo* de la literatura del país y de la cultura nacional. El trabajo de Yolanda Oreamuno, Carmen Lyra, Victoria Urbano, Rima de Vallbona, Carmen Naranjo, Julieta Pinto y Anacristina Rossi, en novela y cuento así lo confirman. Creo que en justicia debo sumar también mi propio trabajo, según ya ha sido reconocido.[26] Al contrario de lo que había sido el gesto dominante en los narradores, apegados al modelo clásico del cuento latinoamericano y a una propuesta de sentido que se mantiene fundamentalmente en la perspectiva de los realismos, las narradoras han buscado la ruptura de las tradiciones cuentísticas y de las ideas imperantes en el orden público, y lo que les es más propio, en el orden privado, en los terrenos de la vida afectiva, doméstica y moral.

La ruptura literaria puede ocurrir en diversos planos: en la elección y combinatoria de materiales lingüísticos que sirven de base a toda creación en este campo, en la propuesta estilística, en el manejo de las convenciones del género y en el tratamiento de los temas, principalmente. Se entiende aquí por ruptura todo giro que se oponga a la convención aceptada, sea para cuestionar lo usual, sea para proponer nuevos horizontes. Fueron cuentistas de ruptura desde su iniciadora Rafaela Contreras Cañas, esposa de Rubén Darío, al salirse del canon realista costumbrista que marcó el fin del siglo XIX y el principio del XX en el país, así como Carmen Lyra con su fuerte resistencia política, poco común para una mujer de su tiempo, cultura y sector social; igualmente, Julieta Pinto en su trabajo de solidaridad con los sectores marginados y su concien-

25 Otras críticas, como Flora Ovares, Margarita Rojas y Sonia Marta Mora han realizado algunos trabajos antológicos, pero sin desarrollo sistemático en la especialidad.

26 Por razones diversas, dejaré mi propio trabajo a la observación de otras miradas críticas, aunque debo decir que desde 1976 empecé a escribir cuentos con perspectiva de género. El primero se titula "Dolores, dolores", monólogo de una parturienta que espera un hijo producto de una violación, que apareció en la *Revista Oruga* de 1977.

cia anticipada de género; también Emilia Macaya, Dorelia Barahona y Anacristina Rossi, entre otras narradoras nada apegadas al continuismo literario y que se atreven por sendas temáticas nada transitadas.

En este caso, interesan las escritoras que han realizado una ruptura frente a los convencionalismos de la relación género-sexo, con el propósito de remover los estereotipos y conductas que han mantenido a las mujeres dentro de los márgenes restringidos previstos. Por cierto, no siempre la ruptura ideológica de género implica necesariamente un esfuerzo similar en el orden estético. Además, conviene tener presentes las tres fases en el desarrollo de esta conciencia: la literatura que muestra y lamenta el estado de injusticia contra las mujeres, la literatura que llama a la lucha o la documenta y, por último, aquella que ofrece un escenario de superación de los problemas, con mujeres autorealizadas y de firmes convicciones.

Yolanda Oreamuno (1916-1956), el placer y la altivez de la palabra con reclamo de género

Yolanda Oreamuno marca un hito en la vida narrativa nacional, así como en la literatura centroamericana por su trabajo narrativo y la denuncia de género, aunque atenuada por prejuicios de la época y de clase social que llegaron hasta su obra. Esta autora es coetánea del importante movimiento de renovación literaria identificado como Generación del Cuarenta (al que pertenecen figuras tan conocidas como Fabián Dobles, Carlos Luis Fallas y Joaquín Gutiérrez), pero sus preocupaciones fundamentales son muy distintas. En primer lugar, la distingue una preocupación formal muy evidente, enriquecida con la lectura de los novelistas norteamericanos y europeos (principalmente de Marcel Proust) de la primera mitad de siglo XX; rechaza tanto el costumbrismo como el realismo social, tendencias dominantes del momento, y tiene un fuerte reclamo de género, "rara avis" en aquel entonces. En el texto La casa paterna se dice que, sin embargo, hay proximidades con la Generación del Cuarenta en su interés didáctico: "ejemplifica una tesis,

en este caso, la del dominio injusto del hombre sobre la mujer".[27] Esta afirmación no es muy aseguradora puesto que este rasgo por sí solo nada o poco indica, dado que toda literatura reivindicativa defiende tesis. En realidad, el trabajo literario de Oreamuno marca sobre todo distancias con aquel grupo: no inscribe sus obras en el marco de contradicciones y prioridades políticas, se interesa aunque de manera conflictiva en asuntos de género y prioriza la búsqueda estética.

Yolanda Oreamuno publicó una sola novela, *La ruta de su evasión* (1949), aunque se sabe que escribió por lo menos una más, *Por tierra firme*, perdida para la cultura. Sus cuentos, que aparecieron de modo disperso, indican sus principales preocupaciones formales, sobre todo, justifican la valoración de surrealistas que les ha dado la crítica, pues varios de sus cuentos, que se mueven en espacios ambiguos entre la realidad y el sueño, son decididamente productos de una estética poco usual y no muy prestigiada en la Costa Rica de entonces.

Una de las preocupaciones más básicas de esta escritora es el manejo lingüístico. Se interesa por el abandono de lo que consideraba formas burdas en que había caído el costumbrismo y algunas prácticas del realismo social respecto de la lengua. Su gesto se orienta hacia el logro de un cosmopolitismo letrado, más allá de actualizaciones dialectales. Esta preocupación raya por ocasiones en cierto menosprecio, no sólo a los lastres coloniales y provincianos en la práctica cultural, sino a la nacionalidad misma, de la que es acérrima crítica. Sin embargo, constantemente, sus cuentos, estampas, breves crónicas de viajes y otros textos evocan con nostalgia los paisajes de su tierra. La actitud crítica e insatisfecha del medio social, en el contexto de una nacionalidad que buscaba afirmación y de una sociedad conmovida por la lucha de clases (que carece de interés para ella) y la obligación de identificaciones polares, no podría sino traerle problemas, persecuciones y rechazos.

Escritoras de especial importancia, entre las que figuran Victoria Urbano (quien la identifica como surrealista) y Rima de Vallbona han tenido un interés marcado en la obra de Oreamuno y han ofrecido en-

27 Flora Ovares y otros. *La casa paterna*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José. 1993, 267.

sayos críticos de especial hondura y percepción respecto de la excepcionalidad de la autora. Más recientemente, Emilia Macaya, también cuentista, se ocupó de la obra de Oreamuno en su dimensión de crítica patriarcal. Consuelo Meza concuerda con esta visión:

> La costarricense Yolanda Oreamuno (1916-1956) es una figura que impacta el conjunto de la narrativa centroamericana. Se ha convertido ya en un clásico de la literatura latinoamericana. Esta novela es la primera en el istmo centroamericano que narra desde un cuerpo sexuado femenino la vivencia de ser mujer en una sociedad patriarcal y la resistencia a los dispositivos simbólicos patriarcales en la familia y la sociedad. Oreamuno visibiliza la intersección de la sexualidad y el poder que permite relaciones de dominación-subordinación entre los sexos. Esos mismos mecanismos patriarcales son los que invisibilizaron su obra puesto que revolucionaba no sólo los estereotipos genéricos de la identidad sino, asimismo proponía nuevas técnicas narrativas que rompían con los cánones del realismo en la literatura.[28]

La obra de Yolanda Oreamuno, sin embargo, permanece en un primer nivel de percepción del problema, pues no logra mostrar la lucha y, menos aún imaginar un mundo en que las mujeres puedan conseguir un modo de vida alternativo al que determina la cultura. Se concentra en denunciar con pesadumbre y agobio el sistema patriarcal, mostrando un cierto malestar doliente hacia la condición femenina.

Sus cuentos son escasos, algunos de expectativas modestas en el orden estético o de propuestas de sentido, como su famoso "La lagartija de la panza blanca", reinterpretación para el contexto costarricense de un relato legendario colonial sobre el beato Pedro de Betancourt de Guatemala; otros, verdaderas piezas maestras. La adscripción surrealis-

28 Consuelo Meza Márquez, *Panorama de la narrativa de mujeres centroamericanas*, ponencia que fue presentada en la mesa de historia y literatura en el VI Congreso Centroamericano de Historia. Panamá, julio 22 a junio 26 del 2002, http://www.denison.edu/collaborations/istmo/n04/proyectos/panorama.html, http://www.denison.edu/collaborations/ISTMO/n.10/artículos, evolución.

ta de algunos cuentos, en particular el titulado "Insomnio" (1937), o la capacidad narrativa que muestra en otro conocido relato llamado "Valle alto" (1946), donde se afirman las necesidades de la sexualidad femenina, más allá de los límites institucionales, le merecen un lugar especial entre quienes procuraron rupturas.

Victoria Urbano (1926-1984): más allá de los dobleces

Ailyn Morera, quien estudia el trabajo dramatúrgico de Victoria Urbano, la presenta de este modo:

> Victoria Urbano [fue],[29] poeta, escritora de cuentos, de ensayos y dramaturga. Doctora en Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, catedrática de Literatura y Lengua Española en Lamar State College of Technology, Texas, EUA, donde fue premiada tres veces por sus ensayos de crítica literaria. Fue distinguida con el título vitalicio de Profesora Regente en dicha universidad.

Sin embargo, la presencia de Victoria Urbano en Costa Rica ha sido muy poco visible y no ha contado con la reivindicación póstuma que lograron Yolanda Oreamuno y Eunice Odio. Alfonso Chase cita el libro de cuentos de Victoria Urbano *Y era otra vez*, ganador del Primer Premio Internacional de Literatura "León Felipe" en 1969 (Chase, 1975: 119). En ese texto figura un relato muy significativo de la carrera literaria de esta escritora, *El fornicador*, acre crítica a la situación política del país en el momento que ocurre la transformación del modelo agro exportador al industrial dependiente.

29 Marta Castegnaro en la sección "Día Histórico", del periódico *La Nación*, nos informa que además fue presidenta y fundadora de la Asociación de Literatura Femenina Hispánica en Estados Unidos. También fue representante del Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Texas, y vicecónsul de Costa Rica en Beaumont y Houston. Colaboradora en gran cantidad de revistas y diarios estadounidenses, obtuvo el premio del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, en 1968; el premio León Felipe de Literatura de México, en 1969; y el premio Fray Luis de León, de España, en 1970. (Morera, http://www.redcultura.com)

Un texto con ese mismo título aparece también estudiado como obra de teatro:

> Su primera obra dramática, El fornicador, escrita a inicios de los años de la década de los cincuenta, permite ver a través del ojo y criterio crítico de los personajes femeninos […], "ella", nombre asignado para la madre y la hija, […] la transformación de San José como ciudad caótica que va perdiendo la educación y cortesía de sus ciudadanos para dar campo a la violencia y pachuquismo.

Efectivamente, los personajes femeninos, sitio desde donde se narra gran parte de la historia, establecen un paralelismo entre la práctica degradada de la sexualidad y la actividad política del mismo cuño, traidora de los mejores valores de la ciudadanía que había venido acuñándose desde la Independencia , según lo expresa el relato. "De esta manera El fornicador, en su forma de cuento y como obra dramática, ataca problemas tales como la doble moral costarricense, la politiquería mediocre y la represión sexual".[30] En la literatura de Victoria Urbano "se manifiesta una fuerte preocupación social, un cuestionamiento respecto a la identidad, una crítica aguda al machismo y sistema patriarcal y, entre otros valiosos rasgos, una innovadora estructura, bastante ingeniosa para la época".[31]

La existencia de la obra de teatro hacia los primeros años cincuenta y el premio recibido por su libro de cuentos indicaría que la

30 La obra fue llevada a escena en Costa Rica por la directora María Bonilla en el año 1988, cuatro años después de la muerte de la autora en Houston, Texas. Sobre la obra la directora expresó que se trata de un texto sorprendente para la época en que fue escrita porque no es realista, y a la vez tiene un lenguaje absolutamente teatral y poético, escrita en un tiempo donde lo que se presentaba en nuestro país eran las zarzuelas. María Bonilla nos recuerda que a los autores costarricenses no se les pone en escena más que a principios de siglo, cuando ella no había nacido. Y en los años 50 se crea el Teatro Universitario pero lo que se trae básicamente son obras francesas contemporáneas del momento, fecha que coincide con la partida de Victoria Urbano para Estados Unidos […] A Urbano, su primera obra, *El fornicador*, le salió de algún lugar del corazón, producto de su sentido crítico y audacia intelectual, con un lenguaje muy de avanzada. *El fornicador* está profundamente arraigada en la historia y el ser costarricenses, ya que se trata de una pieza de compleja estructura y como señala la directora de teatro María Bonilla en el programa de mano del montaje, la pieza es fundamental para los costarricenses porque es "un espejo roto por el balazo de un político, donde nuestra verdadera imagen, la que está detrás de nosotros mismos, puede empezar a dejar de ser clandestina." (Morera, *loc. cit.*).

31 Morera, *loc. cit.*

versión narrativa fue posterior a la teatral; sin embargo, es posible que haya sido también a la inversa, dado que el acto de publicación pocas veces es simultáneo al de la escritura en Centroamérica. En todo caso, el trabajo narrativo se muestra sumamente novedoso para la época, con alternancia de tiempos diversos, focalizaciones variadas y varios narradores. Por ese cuento la escritora se adelanta a su época de manera significativa, mucho más allá de lo logrado por Yolanda Oreamuno y con mayor sensibilidad para examinar su época.

Willy Muñoz menciona también el carácter pionero de Urbano en el abordaje de los temas relativos a sexualidades no convencionales. En "Cristina" (1951), según señala el crítico (2006: 15), se alude de manera poética a una opción lésbica. El cuento de mujeres en Costa Rica se ha caracterizado en general por desbordar los límites de convención en materia sexual, para poner en escena otras prácticas de la intimidad que la vida social no reconoce.

Julieta Pinto y la voz del silencio

Julieta Pinto es quizás con Miriam Bustos la cuentista costarricense más dedicada a este género, aunque también trabaja la novela de manera constante. Se puede decir de ella que ha hecho una carrera profesional en los dos campos.[32]

Si se oyera el silencio (1967) es el título de la colección de cuentos que Julieta Pinto dedica de manera directa a la condición de género. Lo hace desde el reconocimiento doloroso y resistente de la mujer que decide representar con energía y denunciar la subordinación de género. Algunas de las protagonistas de este libro no se resignan al papel tradicional que les otorga la cultura en función de los prejuicios y reclaman un sitio para sí mismas, para sus vidas y proyectos personales que van más allá de los papeles consabidos de hija, esposa y madre. Estos temas

32 *Cuentos de la tierra* (1963); *Si se oyera el silencio* (1967); *Los marginados* (1970); *A la vuelta de la esquina* (1975); *El sermón de lo cotidiano* (1977); *David* (1979); *El eco de los pasos* (1979); *Abrir los ojos* (1982); *La lagartija de la panza color musgo* (1986); *Entre el sol y la neblina* (1987); *Historias de Navidad* (1988); *Tierra de espejismo* (1993); *Detrás del espejo* (2000); *El niño que vivía en dos casas* (2002). http://www.laace.org/julietapinto.htm

reaparecen en sus novelas *La estación que sigue al verano* (1969) y *El lenguaje de la lluvia* (2000).

Los cuentos de este libro avanzan de la conciencia inicial del menosprecio y explotación social del campesino en *Cuentos de la tierra* (1963), a la conciencia de género y clase en este segundo libro. Sorprende el hecho de que es la única escritora entre sus coetáneas en edición que publica con una clara conciencia del papel subordinado de las mujeres que podría identificarse como protofeminista, por darle un nombre, dado que no se encontraba la autora en proceso de asumir posiciones teóricas ni ideológicas al respecto, sino que su denuncias parten de una rebeldía vivencial basada en su percepción del mundo. En este sentido, precisa y amplía la línea de ruptura con el mundo patriarcal que había iniciado Yolanda Oreamuno, mientras, por otra parte, continúa la visión solidaria hacia las clases marginadas que era propia de la obra de Carmen Lyra.

Carmen Naranjo (1928): el placer de la experimentación y la ruptura integral

Posee una amplia y variada obra literaria. Carmen Naranjo es la autora más versátil en los géneros: teatro, cuento, novela,[33] ensayo, poesía…[34] y la que de manera más consciente y multifacéticamente ha trabajado

33 Urbina y Palacios señalan como paradigmático de su obra a la novela *Los perros no ladraron* (1966), aunque su más reconocido y estudiado sea *Diario de una multitud (1972).* Señala Consuelo Meza respecto a la primera novela citada: "El texto cuestiona las estructuras de poder, entre ellas las genéricas, y los límites que imponen a la sociedad centroamericana. Una característica de Naranjo que Palacios destaca, es que escribe su obra teniendo como protagonistas a varones en lo que la investigadora denomina narradora ventrílocua. Por este concepto se entiende la utilización de un narrador masculino en la posición de autoridad y productor para hacer evidente la jerarquía masculina/femenina y desafiar la hegemonía masculina del texto". Sin embargo, estas categorías fueron producto de una crítica feminista todavía lejana del afinamiento de sus instrumentos. Es claro que nunca se calificó de ventrílocuo al escritor que narraba desde una conciencia femenina. Por lo tanto, la crítica feminista se muestra prejuiciada al acuñar un término que descalifica a la narradora que se atreve a narrar con una focalización masculina.

34 Cronología de sus obras: *Hoy es un largo día* (1972); "La ondina" (1983); "Nunca hubo alguna vez" (1984); "Estancias y días" (1985); *Otro rumbo para la rumba* (1989); *En partes* (1995), "Los poetas también mueren" (1999), "Los girasoles perdidos" (2003). http://www.nacion.com/ln_ee/ESPECIALES/raices/2004/julio/06/raices40.html.

el cuento. En la cuentística, Carmen Naranjo ha sido maestra indiscutible en los dos sentidos del término;[35] por su maestría en el manejo del género literario y porque ha enseñado a varias generaciones de narradores(as) en el país. Ha escrito cinco colecciones de cuentos. Se le considera la narradora que mejor observa la cultura de las clases medias, la mediocridad y tedio de sus vidas y quien penetra en los ámbitos más obscuros de la psique humana.

En *Ondina* (1982) y *Más allá del Parismina* (1999) la denuncia de género es una clara preocupación, pero entremezclada profundamente con la observación y denuncia de los problemas de las instituciones que norman la vida privada. Su mirada va más allá del asunto de género, reflexiona sobre la condición humana como espacio de conflicto y violencia. Se ha dicho que los personajes de Carmen Naranjo son antihéroes desilusionados, abatidos, violentos, crueles (la crueldad es una marca indeleble en la mayoría), seres que practican el canibalismo, el abuso, la mutilación de los otros y la propia, con una perspectiva que los hace parecer hechos comunes. Sobre su interés por la experimentación con el género dice Carmen Naranjo en una entrevista:

> En realidad, la construcción de los personajes de esta autora rebasa la lógica de oposiciones binarias a que estamos acostumbrados y muestran una serie de matices y ambigüedades, desequilibrios y opacidades, espacios de contradicción y conflicto interno, como nunca antes en la vida literaria nacional. Es maestra en el arte de encontrar las zonas ocultas de la psicología humana y de sus construcciones culturales. Su perspectiva renuncia al acomodo, a la visión idílica de la realidad para mirar a seres incomunicados, reducidos a la soledad, violentos, proclives a los juegos de poder, a la maldad y a la degradación.

35 Al respecto, la siguiente cita de una entrevista a la autora: "¿A qué se debe el gran interés en escribir cuentos? El cuento es muy atractivo por lo difícil que es. Para librarnos un poco de todas las tensiones que hay y toda esta materia de cortejo que se publique, hemos creado una editorial, que es de gran éxito económico. Es el género mas difícil, en la novela puede usar rellenos sin que se note, es un gran collage si se quiere. El cuento usted tiene que empezar y terminar exactamente, es un bordado perfecto". Carmen Naranjo, "Creo en la literatura comprometida", por Eduardo Muñoz, *Semanario Universidad*, http://www.semanario.ucr.ac.cr

El trabajo cuentístico de Carmen Naranjo reúne varios propósitos de ruptura: por la tensión sobre las convenciones del género y la búsqueda de experimentación, por su profundidad al analizar las psicologías marcadas por el género y la opción sexual, como por las determinaciones sociológicas, y por su fina observación de las contradicciones políticas.

Rima de Vallbona (1931): constante voz frente a la situación de género

Rima de Vallbona es una cuentista costarricense y novelista[36] ineludible cuando se trata de la denuncia de género. Su abundante obra narrativa tiene como preocupación fundamental el retrato angustioso de la con-

36 Sobre la obra de Rima de Vallbona dice Gerardo Piña-Rosales: “Como narradora, Rima de Vallbona ha publicado la novela *Noche en vela* (1968), texto primerizo, tanteador, pero que mostraba ya a una novelista de talento. La redacción de *Noche en vela* constituyó para la autora una verdadera experiencia catártica, ya que, a lo largo de los cuentos y vericuetos de su escritura, perdida en el laberinto del vacío existencial, consiguió vislumbrar al fin un rayo de esperanza en la presencia divina. En esta novela “existencialista” (¿y qué novela no lo es?), se oyen ecos de la Biblia y sobre todo los murmullos de *Las Confesiones*, de San Agustín, reveladora religiosidad que no le impide denunciar los abusos del clero, su hipocresía y bochornosas debilidades. Pero, ya se sabe, la religión institucionalizada está en manos de los hombres, criaturas de carne y hueso, sujetos por ende a la implacable tiranía de las pasiones. En su aspecto formal, *Noche en vela* muestra ya un afán innovador, en parte impulsado por la explosión de la novelística latinoamericana y en parte por la influencia de Jorge Luis Borges. En su segundo libro, *Polvo del camino* (1971), Rima de Vallbona incursionó por primera vez en ese género tan difícil, por su misma escueta y medida andadura, que es el cuento. Y yo creo, sin desdeñar ni mucho menos sus novelas, que Rima de Vallbona es una de las grandes cuentistas contemporáneas, pues en ese breve y tenso espacio escritural es donde su voz encuentra su mejor eco. Siguieron los cuentos de *Mujeres y agonías* (1982) y la novela *Las sombras que perseguimos* (1983), intento —según Juliette Decreus— de “hacer una novela que [fuera] la suma de sus sueños y de sus esperanzas; de la libertad de su infancia y de la estabilidad de su madurez; de su escepticismo y de su sed de Dios; una novela que [fuera] para todos los seres en lo que ellos tienen de más fuerte y más vulnerable, de más secreto, de más profundo”(126). Tras la aparición de dos libros de cuentos más, *Baraja de soledades* (1983) y *El arcángel del perdón* (1989), Rima de Vallbona publicó en 1991 la novela que habría de tener tal vez mayor resonancia entre las suyas: *Mundo demonio y mujer*. En sus páginas, la lucha y la experiencia colectivas, de significación íntima y privada —como ha señalado Jorge Chen Sham— confieren al texto un carácter testimonial, en donde “la legitimidad misma de ciertas estrategias discursivas, al recurrir frecuentemente al registro intimista de la autobiografía, sólo se justifica... en cuanto ilustra la vida de todos”, (Prada Oropezxa: 1990:37), http://coloquio.com/coloquioonline/0606pina.htm

dición subordinada de género y los lastres de una cultura anclada en los prejuicios de las tradiciones patriarcales y anquilosadas de la sociedad latinoamericana. También publicó *Polvo del camino* (1971), sus primeros cuentos; posteriormente, *La salamandra rosada* (Cuentos infantiles) 1979; *Mujeres y agonías* (1988); *El arcángel del perdón* (1990); y *Los infiernos de la mujer y algo más…* (1992), que se publicó en inglés como *Flowering Inferno Tales of Sunking Hearts*, en 1993.

La mayoría de sus textos, varios de ellos con resonancias del mito clásico grecorromano, pertenecen a la primera y segunda conciencia feminista. Son cuentos y novelas que muestran los sufrimientos, torturas y luchas de las mujeres desde la marginalidad cultural que se determinó para el género en el modelo social todavía hoy dominante, a pesar de los avances en esta materia. El aspecto más relevante en la obra de esta cuentista es su permanente abordaje, desde distintos ángulos, de los problemas de la relación hombre-mujer y de la mujer sometida a violencia psicológica, verbal o física en ese micro contexto. El cuento "Saturnalia", por ejemplo, aunque narrado por una voz masculina, muestra la desesperación de una mujer ante un marido evasivo, de psicología ausente, que la considera un ser robotizado. El libro *Los infiernos de la mujer y algo más…* muestra varias piezas dedicadas a esta perspectiva, con títulos muy evocadores: "Libelo de repudio", "El carro de la rutina" y "La tejedora de palabras".

Emilia Macaya (1952): más allá de la jaula del género

Los cuentos de Emilia Macaya, aparecidos en *La sombra en el espejo* (1986) y en varias antologías muestran algunas constantes: un tono que se inclina hacia el ensayo, uso del monólogo interior, denuncia de las infelicidades que provoca el desencuentro en la pareja y una aguda referencia a la mitología clásica, adonde ya se anunciaban, según parece insinuar la autora, los reclamos y desdichas del género. El cuento "Alcestes", antologado en varias oportunidades, muestra a una mujer aprisionada en su propia casa, convertida en sitio del acoso. También el texto "Más allá de la frontera", que aparece en *Cuentos del desamor* plantea la violencia sexual contra mujeres y niños, por medio de la metáfora de un exhibicio-

nista. La liberación de la casa como sitio reconquistado por las mujeres es una preocupación importante en la obra de esta autora.

Linda Berrón (1951) y los peligros de la condición femenina en un mundo hostil

Linda Berrón, nacida en España, ha desarrollado su carrera de escritora en Costa Rica, así como un amplio trabajo como promotora de actividades editoriales con temática de género.[37] Sobre su experiencia como cuentista, dice:

> Así inicié mi carrera literaria en el taller de Carmen Naranjo. El primer cuento que me tocó escribir fue, nada menos, sobre una violación. Me costó mucho leerlo en público, se me secaba la boca, pero salí adelante. Carmen me dijo ese mismo día que tenía muy buen ritmo narrativo para el cuento. A su maestría le debo mucho.[38]

Su libro *La última seducción* inició una carrera prolija, donde el tema de género ocupa por primera vez sus preocupaciones.[39] Su novela *El expediente*, basada en el cuento del mismo nombre se dedica justamente a denunciar con cierta ironía y humor las aventuras de un

37 Entre 1991 y 1992, fundó la Editorial Mujeres: "primera en Costa Rica y tercera en América Latina, destinada a publicar textos escritos por mujeres. Fue una tarea llena de alegrías y sinsabores, pero finalmente salió y tuvo mucho éxito. El primer título, que publiqué en 1993, se llamó *Relatos de mujeres*, e incluía 33 relatos de 24 escritoras costarricenses. Se encuentra en la sexta edición. Entre esos relatos se encontraba un cuento largo, casi novela corta, que escribí hacia 1989".

38 La entrevista en que se basan las citas de esta autora se encuentran en: Ciberayllu: Edward Waters Hood: Entrevista a Linda Berrón... la literatura de Costa Rica. http://www.andes.missouri.edu/ANDES/Cronicas/EWH_LindaBerron.html

39 Sobre ese libro dice la autora: "envié a la Editorial Costa Rica bajo el título *La última seducción*. El jurado, compuesto por tres lectores, entre los que estaba el escritor Alberto Cañas, que dijo cosas muy elogiosas de la colección, aprobaron la publicación. Con todo y como suele pasar con las editoriales públicas, este libro permaneció cuatro años en la Editorial Costa Rica, esperando ser publicado. Finalmente salió a finales del año l989, aunque los cuentos incluidos en él corresponden, fundamentalmente, al período l983 a l986. De alguna manera, ahí terminó una etapa más".

don Juan contemporáneo.[40] A esa colección siguió *La cigarra autista*, en 1992[41]. También con perspectiva feminista escribió la obra de teatro *Olimpia*, en 1998, dedicada a la revolucionaria y luchadora por la causa de las mujeres Olimpia de Gouges, guillotinada por Robespierre durante la Revolución Francesa.[42]

Los cuentos de *La última seducción* entregan una perspectiva del mundo femenino como asechado por numerosos peligros, sean internos, por la inestabilidad de una conciencia que se lastima a sí misma, o externos, por la posibilidad constante de una agresión. En el cuento "Aurora imposible", el temor a la agresión se concreta finalmente cuando la presencia de un hombre desconocido le descubre a la protagonista su condición vulnerable de mujer. La seducción del suicidio, así como la violencia potencial y real del hombre se concretan de manera magistral en el cuento "La fotografía", donde también están presentes las preocupaciones sociales por el mundo violento de la marginalidad que multiplica los peligros.

Anacristina Rossi (1952): hombres y mujeres en la pareja

Anacristina Rossi sorprendió al mundo literario costarricense con su novela titulada *María la noche* (1986) y recibió la respuesta usual que ofrece esta cultura a quienes desafían: indiferencia y soslayo. Realmente, la fábula resulta poco usual: amor triangular, celebración de una sexuali-

40 "Después empecé a escribir lo que inicialmente era un cuento sobre un don Juan criollo, un conquistador que, al llegar a los cuarenta y ver cómo se le ha ido la vida y las numerosas conquistas, decide hacer en adelante un expediente de cada nueva mujer que conquiste, para que al menos quede un testimonio, algo para siempre. Ese cuento se convirtió, después de un año y medio de febril y alegre productividad, en una novela… que fue publicada por EDUCA en l989".

41 Sobre este libro dice Linda Berrón: "*La cigarra autista*. Mandé esta colección al Premio Internacional de Narrativa de Mujeres, en España, y ganó el premio. En Madrid, en la editorial Horas y Horas, salió publicada una selección en una antología titulada *Todo va de cuentos*. En Costa Rica, me llamaron de la editorial de la Universidad Estatal a Distancia para decirme que lo querían publicar. Así fue cómo *La cigarra autista* salió en la colección *Vieja y nueva narrativa costarricense*, con el número 9, el año 1992".

42 […] *Relatos del desamor*. En esa colección aparece un cuento mío cuyo tema de fondo son las mafias que se dedican a la trata de blancas en Europa. Se titula "Corazón sin Caribe", que ha sido publicado en un suplemento cultural de Valencia y ha recibido muy buenas críticas.

dad femenina que no se retiene ante convencionalismos y trabajo con la estética de lo extraño, que mezcla posibilidad de magia y realidad. Sus cuentos retoman en cierto modo algunos de estos temas y suman la preocupación política —la autora es una conocida ensayista, que se pronuncia ante los temas claves de la vida social costarricense— y buscan examinar con tono satírico los desencuentros de la vida de las parejas. Varios cuentos de su libro *Situaciones Conyugales*, (1993)[43] han sido traducidos al inglés y al francés y aparecido en antologías y revistas de Estados Unidos, Francia y América Central, región donde su trabajo se hace visible en las dos últimas décadas, puesto que durante mucho tiempo radicó en Europa.

No hay en los cuentos de Anacristina Rossi una intención explícita y detenida de perspectiva feminista. La búsqueda de libertad de la mujer es un proceso que se implica en los conflictos planteados y en sus soluciones, como es claro en el cuento titulado “Una historia corriente”, donde la insatisfacción erótica de una mujer y su frigidez en el matrimonio encuentran cura en la diestra disposición de un amante al que la protagonista agradece y dice adiós, por su falta de compromiso en otros órdenes.

Dorelia Barahona (1959) y el trato irónico de las cuestiones de género

La narrativa de Dorelia Barahona, sensible a los lenguajes de la telenovela, la novela rosa y otros géneros populares como la canción radial, ofrece una mirada irónica y trata con cierto humor los asuntos de género. Además de novelista, es cuentista y poeta. Dos textos publicados en *Relatos de Mujeres: Antología de narradoras de Costa Rica*, dan cuenta de sus intenciones y propuestas en este campo; en el titulado “La señorita Florencia”, por ejemplo, describe una especie de pitonisa, como la llama la voz narrativa, que es benefactora de los enfermos y aparece revestida con todos los amaneramientos de un género femenino visto con perspectiva convencional; finalmente, resulta ser un travesti,

43 Editorial REI (Red Editorial Iberoamericana), San José, Costa Rica. Más sobre esta autora en: http://www.inamu.go.cr/nuestrasHuellas/GaleriaCultural/Novela/Ana_Rossi.htm.

sólo descubierto en su lecho de muerte. El tema del travestismo lleva a sus extremos la reflexión sobre los papeles de género. Por otra parte, en "Carro grande, hombre grande" la autora echa una mirada sarcástica y denunciante a las marcas de masculinidad que exige el mundo contemporáneo, dominado por la ética del mercado: un hombre grande debe poseer muchas y valiosas propiedades.

Ha publicado un libro de cuentos en que la posición sobre asuntos de género es clara, bajo la mirada relativizadora de la ironía: *Noche de Bodas* (1994); sus cuentos aparecen antologados en distintas compilaciones dedicadas a la narrativa de Costa Rica.

Conclusión

De manera claramente pionera en el contexto centroamericano, un grupo de desafiantes narradoras costarricenses ha mostrado una clara conciencia de género y ha procurado, contra todos los riesgos, afirmar su intención de ruptura ante lo que ha sido el papel subyugado a que se ha visto reducida durante milenios la mitad de la humanidad, hecho que pasó inadvertido a la gran mayoría de los pensadores consagrados por la tradición androcéntrica. En el presente, cuando las direcciones del postfeminismo atenúan las denuncias que se habían suscitado en las tres últimas décadas, la posibilidad de que las cuentistas más jóvenes olviden esta historia de resistencia está latente.

Si partimos de las antologías y libros publicados, se diría que en Costa Rica queda pendiente la recopilación y análisis del cuento testimonial de mujeres (relatos de cárcel, de exilio, de represión…), importante en la alta Centroamérica, es decir, en la zona norte de la región, en el período inmediatamente anterior, esto es, entre 1980 y el 2000, aproximadamente.

Un último comentario que merece más reflexión, para concluir: en el conjunto de textos de referencia de este estudio se observa que la búsqueda reivindicativa de género se encuentra a veces limitada por la condición de clase de la autora, puesto que en su mayoría las cuentistas provienen de los sectores más favorecidos. Es de esperar, aunque no siempre ocurre, que ellas puedan saltar las fronteras conservaduristas

del presente, así como las propias limitaciones de clase social, y avancen en la demostración de cuanto hace del ser humano depredador de su semejante o confiado repetidor (a) de dogmas, sean morales o literarios, que constriñen la felicidad y limitan la imaginación.

Bibliografía

Araya Solano, Seidy. *Narradoras de Centroamérica*. EUNA, Heredia, 2003.

Chase, Alfonso. *Narrativa Contemporánea Costarricense*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Departamento de Publicaciones, 1975.

Berrón, Linda (Comp.). *Relatos del desamor.* San José: Editorial Mujeres, 1998.

Berrón, Linda (Comp.). *Relatos de mujeres. Antología de narradoras de Costa Rica*. San José: Editorial Mujeres, 1993.

Meza Márquez, Consuelo. "Panorama de la narrativa de mujeres centroamericanas". Ponencia para ser presentada en la Mesa de Historia y Literatura en el VI Congreso Centroamericano de Historia. Panamá, julio 22 al 26 del 2000.

http://www.deninson.edu/collaborations/istmo/n04/proyectos/panorama.html

Meza Márquez, Consuelo. *Narradoras contemporáneas centroamericanas. Identidad y crítica socioliteraria feminista*. Aguascalientes: Universidad Autónoma Metropolitana, Tesis Doctoral, inédita.

Muñoz, Willy. *Narradoras costarricenses. Antología de cuentos*. San José: UNED, 2006.

Oreamuno, Yolanda. A lo largo de un corto camino. San José: Editorial Costa Rica, 1961.

Ovares, Flora y otros. *La casa paterna*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993.

Urbano, Victoria. *Una escritora costarricense: Yolanda Oreamuno*. Madrid: Ediciones Castilla del Oro, 1968.

SEGUNDA PARTE

El otro lado del espejo: la enajenación

La mujer atrapada en el espejo hurga
en la sombra buscando la punta
del destino perdido

Johanna Godoy, Guatemala, 1968

UNA MUJER LLAMADA CARMELA

Irma Prego (1923-2001)

Nicaragua

Ese silencio, esa mirada. Por algo a Carmela la llaman la India. Ese silencio, esa mirada oblicua, esa observación aguda, ese salto repentino hacia la más radical rebeldía. Se casó Carmela con un hombre trabajadicto, que no soportaba los domingos, ni la quietud, el silencio y la concentración. Disperso, sicótico obsesivo, caldeaba el ambiente con toda clase de hazañas estúpidas: discusiones vanas y acaloradas, refunfuños, protestas, reclamos, la joda a tiempo completo.

Un día, porque en un día pasa todo en la vida, un viernes por cierto, Carmela decidió embellecer el domingo, porque debía vivirse un domingo bello, tranquilo, en el que el tiempo lento se doblara en el placer de no hacer nada o hacer lo mínimo.

Con un presupuesto exiguo, encontró en el mercado unos tomates esplendorosos, redondos y compactos, arvejas recién recogidas, papas pequeñitas, cebollas de Santa Ana, blancas y aseadas, chiles dulces verdes y rojos, camaroncitos, los que en ocho minutos están al "dente".

Preparó la mayonesa con todo muy fresco para la salsa francesa y se le pasó por la mente la cara de su esposo con una sonrisa.

El domingo Carmela se levantó temprano. Silbó en la cocina, cantó mientras bañó y asoleó a sus niños, recitó cuando recogía las cosas, ordenaba, sacudía y barría. A pleno canto de ópera entró al baño.

Puso en la tabla de madera blanca la lechuga americana y las demás bellezas de la ensalada. Naturaleza muerta, qué va: pura vida.

Él se puso impaciente porque no soportaba la alegría espontánea del que amanece alegre. Además leía y leía, era un buen lector compulsivo, un mecanismo para evadirse, no para meditar.

Clavó Carmela la receta en la pared (una receta de cocina también hace hogar) y empezaron las grandes maniobras. Cortó la tapa a los tomates, y qué belleza resultó el rosetón de Notre Dame, la estructura magnífica de un rosetón gótico, y así cada tomate un rosetón distinto.

A las doce y cuarto tenía las mezclas listas, rellenó los tomates con camarones, arvejas, cuadritos de papa y la salsa francesa. Los sentó orgullosa en la lechuga crespa y los adornó con perejil aromático en la cúspide triunfante. Sobre el mantel verde que había tejido ella misma puso los platos amarillos, los vasos cristalinos. Lo llamó regocijada: "Ya está servido".

¡Cerró, displicente el periódico! ¡Se sentó con aire grave a la mesa! Con leve gesto amenazante sacudió la servilleta en el aire y miró al tomate como a un enemigo.

Carmela percibió la proximidad de una gran inculpación de tormento. Con la mirada severa de un juez tutelar de menores, preguntó perentorio: "¿Qué es esta cosa pebeta?" Sacando fuerzas de flaquezas y fatigas, respondió con entereza: "¡Un tomate relleno!". Sintió casi vergüenza con el pudor zaherido.

—"¡Un tomate relleno!" expiró. "A mí como me fascina el tomate es en tajadas", musitó resentidísimo, "pero mis gustos en esta casa no importan".

No obstante, profundamente desconsolado y refunfuñando, se comió cuatro tomates con papitas marinadas, y se tomó dos o tres copas de vino.

El silencio en la mesa se hizo denso y el almuerzo, para embellecer el domingo, terminó en desastre de compasión.

Desde entonces ella aborreció los mercados, los tomates y los domingos.

Estaba iniciando la siesta, cuando Carmela se empezó a insultar, a regañar, a increpar con verdadera furia. Evidentemente era un desastre, no acertaba una, la vida le pesaba demasiado, todo resultaba una cuesta arriba y ella, una pobre tonta, una inútil, una empecinada perdedora, una nadie. Un discurso interior hecho con furia y con fiebre, hasta llegarse a convencer que no valía un centavo, estaba construida con basura y desechos. No en vano nada le salía bien y nunca había merecido un elogio sincero, el más mínimo reconocimiento, ni siquiera el más leve cumplido.

Fue entonces cuando empezó a caminar por los rincones, lo más inadvertida posible, como si fuera invisible. Se integró a la escoba, a la plancha, a la cocina, a la olla mágica, al cepillo eléctrico. Se olvidaron de ella en la casa, tal vez se habían olvidado antes de su patético esfuerzo de desvanecerse. Alguna vez se preguntaron dónde estaba, pero no la vieron; en otra oportunidad quisieron comentarle algo y no la encontraron; en una ocasión desearon saber cuándo cumplía años pero aquello no era de tanta importancia como para buscarla.

Cuando algo se les perdía, alguna mano sin rostro se les acercaba, un trapo sin cuerpo secaba el baño, alguien sin alma hacía la comida, las camas se tendían por obra y gracia de la inercia, y la casa la limpiaban los aparatos eléctricos.

Carmela, invisible mujer sin rostro, muda y ausente, habitante de casa prestada de unos hijos en tránsito, de un marido en otra parte, esclava de todos los días lo mismo; Carmela, aquella mujer llamada Carmela, un día se fue para siempre y dejó un rastro de hilos, botones, agujas, vajillas, manteles, ropa de cama, remiendos, resentimientos, horas vacías, rincones, recetas, listas de compras, economías y silencios, sobre ese enorme charco de lágrimas que nunca lloró.

MONÓLOGO

Marta Susana Prieto (1944)

Honduras

El mundo es un invento de los hombres en que le han dejado a una tan sólo la esperanza la soledad de una mujer es como un cuarto sin salidas azotado por un viento de sospechas por no tener ninguna de nosotras vida propia y siempre ser la hija de alguien la esposa de alguien y después la mamá de alguien por eso siento que la angustia me rompe ya los miedos que atan el coraje para hacer lo que mamá nunca se atrevió porque eran otros tiempos o a lo mejor porque nunca se dio cuenta pero ahora tengo bien contados los espacios en que se enreda mi cadena en la que no se sabe quién fue la que empezó todo esto porque a mi infancia le cayó lo que a la hija que no tuve la misma ley inexorable empezando por la abuela o la abuela de la abuela de la abuela igual que mi mamá quemando su vejez en la cocina buscando sus anhelos en las vueltas de la casa sus afanes en el sazón de la comida su yo ocultando en el polvo de los rincones sus cielos y su tierra en las protestas de papá cantando sus canciones en el orden de la ropa dándole vueltas como trompo al universo de la casa...

—¿Está barrido el corredor?

...lo mismo que la mamá de su mamá sin poder quitarme de la cabeza a mi abuela cayendo en el fondo de lo mismo buscando mis iniciales diferentes en estos veinte años de encuentro con mi madre y la madre de la abuela Leonardo usando cada vez las mismas riendas de mi padre sin dejar de proveerme aunque sin lograr entenderme la sonrisa construyéndome una cárcel para mariposas modelándome trofeo merecido diciendo en lo que calla lo mucho de mi invisible hiriéndome la intrascendencia del discurso que me merece...

—Si ya está hirviendo hay que ponerle sal. No mucha, porque tiene alcaparras.

...la niñez me vio siempre rebelde terminando mis batallas en lo meticulosamente limpio superando en la sazón de mi mamá una herencia inexorable buscándole a Leonardo el universo en la sonrisa aquiescente a su relámpago y lustrándole su estrella encontrando en lo cotidiano mi herradura de universo inventado hablando en palabras muertas a este mi alfabeto ciego remirando mis temblores en el escaparate de mi casa rebuscando mi sustancia en el arreglo de una cama en mi telar emocionante de picar cebollas y tomates divirtiéndome en el silencio de las piedras siempre bebiendo las palabras de Leonardo bebiéndome el consuelo en los monumentos a la madre y el acertijo de mis silencios y el mal humor de las mañanas llegando a la mayoría de edad sin perderle el miedo a la aventura...

—Hay que bajar el fuego y echa el perejil, si no, pierde el sabor.

...sin saber del autor de las reglas de este juego que hemos jugado por los siglos soñando con moradas que viven en el aire de la noche dando exacto cumplimiento a este reglamento armado con su vida propia en este oficio que no tiene valentía diseminándose en un pecho de lágrimas desierto atendiéndome a la consecuencia de este rayo desafiado de eslabones rotos resistiéndome al destino de la estatua desdoblándome en un mundo propio con sus leyes propias al que tengo sentencia de muerte declarado...

—¿Está barrida la entrada de atrás? ¿Y la del frente?

...los móviles de Leonardo se aproximan a un cielo con estrellas a la actividad de su importancia y al triunfo de su empresa la profesión en línea recta a su galaxia sus viajes arrastrando miles de esplendores encabezando la universidad el éxito después la empresa mientras mi

vestido nupcial se quedó para siempre blanco las charlas y el viaje a haciendo más dulce su poesía mientras yo viva la alegría de mi propio funeral...

—Hay que poner la mesa, son casi las 12:00.

...yo por siempre seré la vil malagradecida a la que Leonardo ha construido pabellones encantados floreciendo mis otoños en los frutos que logramos hijos crecidos mientras yo me quedé niña entre ellos ignorando si también Leonardo siente en la habitación el mismo aire espeso y es por eso es que a veces desaparece mientras yo escapo de la soledad en una eternidad que no existe llena de estupor tomando cafecitos por las tardes dando mi parte a ese toma y daca de este nuestro universo viviendo ambos una gira golondrina llena de añoranzas de días contados Leonardo que lo sabe todo y yo sin saber nada mientras estoy plenamente decidida a terminar con la ilusión de este cuento que ya acabó porque el día y la hora han llegado dispuestos a gritar a los vientos mi canción determinada con punto final a mis angustias

—Mi amor, ¿ya llegaste? Está servida la comida.

EL FUEGO SOBRE LA LLUVIA

Giovanna Benedetti (1949)

Panamá

Todavía falta una hora.

Sé que lo que temo debe vérseme en los ojos pero el gato me mira sin sospechar siquiera; llega, se me enreda entre las piernas, las roza, se encorva y sigue rumbo al cuarto de mis hijas, haciendo tiempo con ellas que también esperan, como todas las tardes: el carro en el garaje, la llave en la cerradura, como si hoy no fuera un día diferente y "Papá, qué me trajiste", papá dándoles un beso, pudiera repetirse una vez más cómo ellas piensan, seguras, en la tranquilidad de sus juegos; cómo piensa Faustina que ni me mira ahora que vio el reloj y apresura el paso del comedor a la cocina, de la nevera a la estufa, con su ritual de siempre, el ritual que nunca hemos expresado, el que yo jamás me aceptaría a mí misma pero que Faustina, en la repetición eficiente de su oficio da por descontado: en esta casa manda su marido, señora, no tengo que decirle y usted haría bien en manifestarle en voz alta.

Y yo la dejo hacer. No tengo valor para decirle que él no volverá, que no siga en sus preparativos, que guarde los cubiertos, que no enfríe la cerveza ni limpie el cenicero porque todavía falta una hora y me digo

que el orden debe continuar, en este minuto, en este segundo; una hora puede ser un tiempo inagotable cuando se tiene miedo; como aquel condenado a muerte que ve un mundo en cada paso hasta la horca porque sabe que el final está detrás, esperando, a plazo fijo: sesenta minutos, tres mil seiscientos segundos, tengo derecho a estirarlos mientras dure la esperanza; mientras tanto, siempre como el condenado a muerte, puedo pensar que la sentencia no se ejecutará, que en el último momento las niñas oirán el carro en el garaje y correrán a recibirlo a la puerta, informándole, excitadas, la noticia del día: "papá, tú vieras, mamá nos regañó pero nosotras no fuimos; fue el gato, él solito abrió la nevera, sacó seis huevos, los agarró con la boca y los tiró por el balcón abajo; nosotras lo vimos clarito, papá, pero mamá y Faustina no nos creen..."

Todo puede ocurrir exactamente a tiempo; sin embargo, debe haber algo más; una vuelta de tuerca en cualquier parte que espera decidir en último momento, un cambio de opinión, un accidente.

En media hora (el tiempo vuela) una de mis hijas puede rodar por las escaleras; en media hora el gato puede morir destripado por la llanta de un camión; en media hora puedo yo empezar a acostumbrarme y planear una cita con algún imbécil —el socio de mi marido, por ejemplo, que suda cuando me mira— o puedo, en media hora, seguir esperando, simplemente, que se despeje la incógnita para saber por fin que ya no queda nada, que los días no van a repetirse y que hay que empezar de nuevo; ver el reloj sin nervios, enseñarle a Faustina otro ritual, guardar los ceniceros, no comprar más cervezas, sufrir las miradas del gato y de mis hijas cada día cuando llegue la hora en punto y él no vuelva. Pero aún queda tiempo. Diez minutos para dar la espalda al mundo.

Podría ahorrarme el futuro y dejar de esperarlo si decido en estos diez minutos encerrarme en el baño y abrirme las venas; puede ser... él y yo podríamos encontrarnos después en otra vida; yo volvería a nacer con la mirada que él busca y con el pelo, los ojos y el cuerpo perdidos en quince años; otra vez, un libro nuevo; ahora sin niñas, sin gato, sin Faustina; pero él no; él no va a nacer de nuevo ni va encontrarse conmigo en otro sitio porque ya está, posiblemente, donde quiere; por eso puede irse de la casa, darme la espalda, dormir con otras mujeres y seguir manejando su auto por las calles al salir de la oficina, como en este momento, seguro de que para él lo que cuenta es lo que empieza,

el resto ya no importa, total, sólo quedan cinco minutos, el tiempo justo para que acelere de pronto, dé la vuelta en una esquina con un chirriar de llantas, tres minutos, pase un par de luces rojas temerariamente, dos minutos, atraviese la última bocacalle en este último minuto en que Faustina alista a las niñas y el gato se estira, se me queda mirando y maúlla como diciéndome: "anda tonta, llegó tu marido; y por Dios es cierto: Faustina, rápido... niñas: recojan esas cosas del suelo y ábranle la puerta a papá."

A TINY ROACH

Arifah Lightburn (1979)

Belice

Prohibit the taking of omens,
and do away with superstitious doubts.
Then, until death itself comes,
no calamity need be feared.
Sun Tzu

A tiny roach, covered in soapsuds, came out my vagina, it was dead and brown, saturated in sweet suds and pawly juice. I could not tell what it was at first, but I washed the suds away, under the running water in the black tub, and I saw it, repulsive creature, strewn across my shriveled finger. That was my dream, and when fright jarred me from sleep, instinctively, I reached for my dark place, expecting to extract that drowned creature from a milky sea of soap; but nothing but my sweat and my smell, tangy and ripe.

I do not know much about dreams. I am not sure if they are messengers from some preternatural defense system, or if they are only escaped thoughts from a Freudian, subconscious prison, with nowhere

to go but to the forefront of the mind. Yet, I know what Mammy will say. Her already full mouth, swollen with curses and all-knowing, will pout with consternation even as her wide, almond eyes, deep as fresh coals, will crease, heavy with concern, into slits, razor-thin, and search out some cautionary supernatural presence.

She will say, "Hmmph. It's a sign, I am sure. You need to rid you life of someone. Is probably some man in you life, that's it, and you need to wash him out. Cleanse yusself – that's what the soapsuds mean –and since it was dead, the roach, it means you can conquer him –the man."

But I will know better. I already know from the ague and from the fleeting cramps deep in my belly that bite into me like a ravenous child cruelly gnawing on a tender nipple—senseless to the pain it inflicts. I already know…

"My womb is sick," I confide in the night. But the night, apathetic, does not reply, and since no fulfilled lover coils close to me on my wrinkled sheets, no fulfilled lover can hold me or whisper empty comforts on his stale lover's breath.

"I am alone," I cry to the night, "I am alone".

But the night, mocking, does not answer.

The Belizean morning is here, audacious and forceful in its sunny grandeur. I feel judged by the light, and walk to the bathroom, afraid of the black tub and all the secrets it holds, all the dirt only physically rinsed down its drains. I turn on the water, adjust the temperature, remove the straps of my slip. It is limp with sweat, and as the damp white cotton falls to my ankles, I look up, into the mirror.

Looking at myself is hard. I look so much like Mammy with her almond eyes that carry the onus of too many secrets, too many disappointments, too much obstinate hope. My hair is disheveled, black as sin in a guilty heart, blacker even than the porcelain tub I am afraid to climb into. My small nose is decorated with minute beads of perspiration. One runs down the oval edge of my face, into the small pocket above my lips, across my puckered mouth with its wide lips of fleshy rose. I have my father's mouth, distinguished hands, and broad, but dignified feet. Mammy is the rest of me –caramel skin, thick thighs, Amazonian height, fire, and darkness.

I sit in the tub and let the water engulf me.

If only I could fall asleep here, I imagine, and close my eyes, let my mind savor the fantasy. The water is warm, comforting. I feel it, like small arms all around, carrying me, lulling me, coddling me. “Sleep,” they tell me. “It’s calm here.”

But not today.

Bam! Bam! Bam! “Gial, you no ready yet?! Yo man downstairs, want see you. No know what kind a man come da pipple house so early in the ma’aning. Where you say you going again, Tristan?”

“I’m coming, Ma! Gimme a break, no? It’s too early to fuss.”

I hear her suck her teeth through the thin pine of the door. I leave the tub and wrap the towel around me. She is waiting, I know.

“How many times I haffi to tell you: dry off you skin before you come out that bathroom? You trying to kill yusself, chile?”

“I’m fine, Ma. It’s so hot in there.”

Straightening my bed, she yells without looking at me, “Too hot? You gwine know what is too hot when you catch some kinda bad cough yo can’t get rid of! My last a two children, and you trying to kill yusself from bad cough. I don’t know why you trouble me so, but I did know from the way you does kick me eena mi belly, always ‘round t’ree in the ma’aning. Is a bad time, t’ree o’clock is. Ole lady dem say dat mean bad t’ings, and if you don’t watch it,” she looks at me now, “you gwine feel. Twenty years of yo life I mind you, watch ova you like fox watch fowl. I can’t be expected to do this all my life!”

“Ma, please. Not today … you don’t have to …”

“Oh, so now you will tell me what I must and must not do in my own house? After I suffer so to mind you? And for what? ‘Cause I give you one bwai name. But it is a pretty name.

Tristan, it is a pretty name.”

“Yes, Ma. It is a pretty name, and how many times do I have to say that I am not mad with you for giving me that name? I just don’t feel so good today.”

Mammy looks deeper into my eyes; she is always searching for connection.

“Tell me, chile, you dream?”

I look into her face, and it is just what I expect it to be –familiar and concerned, and scanning me for truth. I cannot lie to her, not today, not when the morning is so young and glorious, an harbinger of hope. I tell her my dream, every detail, as I dress. It is just as I know it will be. Her already full mouth, swollen with curses and all-knowing, pouts with consternation and her wide, almond eyes, the color of fresh coals, crease, heavy with concern, into slits, razor-thin, and search out some cautionary supernatural presence.

"Hmmph. It's a sign, I am sure. You need to rid you life of someone. Is probably some man in you life, that's it, and you need wash him out. Cleanse yusself –that's what the soap suds mean– and since it was dead, the roach, it means you can conquer him."

"Where did you learn to interpret dreams, Ma?"

When she answers, I cannot determine if her tone is one of anger or worry.

"Don't ask me any fool questions! The same place you learned to see things before you see them. Is just me, just who I am, just who you are. Send you to fancy school, they teach you to forget yourself! Anyhow, I tell you already 'bout that triflin' man you got down there! Not even eight o'clock yet in the ma'aning, and he here, chasing pussy like a hungry dog. One day, dat dog gwine lose him tail, and he won`t chase cat no more!"

"No!" I scream, but anything now is futility. Her words have already punctured the invisible film that separates this world and the next, and they will travel like tiny sperm to an odious, waiting egg. Full of dread, her words are.

"Mammy, please take it back, please. Mammy, he ain't done a thing to you."

Crying, I pull away from her calloused hands. They smell like onions and sticky flour paste. She is close to me now, and I can smell the smoke of the fire hearth on her.

"Girl, listen to me: He is like hairy worm when it lodge in mango. Worms, they always pick the sweetest fruit to spoil, and when they bore dey hole, they bore so deep, no matter how pretty the fruit seem on the outside, it too late; It done rotten 'way from inside. But not everybody see. Only gilded eyes. And, I see you, girl; I know something no right, but I will know … one way or the other, I will know."

She walks away, and mascara stains my cotton dress. I look down; watch the ivoy linen that covers my heart absorbing the tainted drops. No use to change it, I think; I am already, irrevocably stained.

I descend the stairs to the small kitchen where Mammy is slamming plates and muttering curses. The fry cakes and eggs are silent on the green plate. Houseflies loom above them, and the Ovaltine in the mug is creamy, bubbly like soapsuds. Nausea spills from my throat and tiny drops escape my mouth. I wipe them away and run upstairs. Kneeling before the toilet's porcelain bowl, I feel humbled, desperate; but, I am used to this humiliation: For four months I came here, saw the ugliest parts of myself.

Another knock at the door: "Tristan? Gial, Mammy say hurry. You got company that she ain't entertaining."

"Demi…" I open the door to my sister's face. Funny how strong Mammy's blood is. We all have the same face, the same eyes, the same burdens –almost.

"Gial, how you look so?"

"I don't feel well. Eggs … they… upset my stomach."

Like Mammy, Demi is good at reading people. She looks away, not liking what she sees.

"Betta hurry, Mammy down there, causing a riot. Soon, she won't have nothing more to slam. Little sister, you no look good at all. You better start to take care of yusself, or soon… Just, take care of it, Tristan." She talks like my mother –with the same singsong Caribbean accent I tried to erase from my, own speech. Fool child, I thought I could run from myself through schools, American clothes and friends and accents; but no matter how I tried, the fabric of me always remained the same.

Once again, I walk down the stairs and into the kitchen.

"Sorry, Ma. The eggs… and I woke up, frightened from that dream…. Don't know what's wrong with me." For a while, she stands at the old zinc basin, shoulders taut and hands in the water, silent. She turns around slowly, looks at me, points a soapy hand judgingly in my direction.

"How long I know you, gial? How long I watch you grow? You, you have no respect, and you gwine feel how barley grow! Follow him,

you just continue. Dat Yankee parasite give you basket fi back water, and you love him more for it! It's like you sick, like you addicted!"

I am angry now and the humidity and perspiration cause my dress stick to my skin. I feel transparent and exposed and that only fabric and skin now separate the stains on my dress and my heart.

"Thanks for breakfast, Mammy, but, I'm not hungry. See you later. Let's go, Dylan."

"Well, good morning to you too, Tristan. Come, gimme a hug at least."

"Please, let's just get out of here, get this over with."

Driving away from the small house on Noni Street, from the safety of the car, I mutter my own curses. "She always has to be so pig-headed and difficult! She hates me! Hates the way I talk! Hates who I am when she is the one who made me, who gave the life I have! Well, l hater her too! Maybe if I died, she would be happier!"

"Stop with the crazy talk! Your mom is just worried, that's all, but soon, no one will have anything to worry about."

He believes himself, and I want to believe him too. I look over at him, and smile. Dylan is the most beautiful man I have ever seen. He is six feet, four inches of lean muscle covered in olive skin. His auburn hair is streaked with gold an chocolate brown, and cut close to his scalp. When Dylan smiles, his lips part to white teeth that are strong and slightly pointed. Mammy says his teeth are like a hungry wolf's, but I do not mind; after all, we're all hungry for something. I love his eyes most. Green as fresh tea and flecked whit amber, they are at once terrifying and alluring. That duality is Dylan's essence, and I like that –not knowing if he wants to hurt me or please me.

In his American drawl and oblivion: "So I heard her muttering something about a dream. Does she really believe in that stuff?"

He has asked this many times before and will ask it one more before the day is done.

"Tristan! I'm speaking to you. Damn it! Why do you have to bug out like that all the time? No wonder everyone thinks you're a freak."

He doesn't say so, but I know he is referring to Halloween, two years ago, when we were still in junior college. Mistakenly, I had bumped into Marsha Talbert, our school's most popular girl. As I tripped, I

had grabbed hold of her to stop my fall, and in touching her, I could see why she was smiling. That night, while everyone would be dancing at the Halloween party, she would be making love to Tye, the boyfriend of her best friend, Stacey, under the new moon, on a pile of cement bricks covered with blue tarp. She would wear the seafoam-green lingerie that her mother had given her for her eighteenth birthday gift. Tye would run his fingers beneath the bra strap and say it was his favorite color as he entered her from behind.

"I know it is," Marsha would moan, "because Stacey told me."

They would never reach climax, the seafoam-green lingerie would be blackened.

"Don't do it," I had said to her as she pushed me onto the grass. All the other students had laughed then, but I was too scared for her, to be humiliated.

"Don't do it tonight, Marsha. Someone will bleed."

"Look, psycho," Marsha Talbert had sneered, "don't you ever touch me again! What the hell is wrong with you? Crazy or something?"

Dylan was the one who had picked me up. "What's wrong wih you? What are you talking about?"

"Get a grip on your girl, Dylan. She's nuts," Marsha had said as she strutted off.

The next day, Tye Buchanan was dead, his head cracked open with a cement brick. Stacey had been arrested and sent to prison, but I was the one punished –everyone avoided me. Even Dylan did not speak to me for a while, and when he finally did call me, we had both pretended that there was nothing to talk about. On my part, I had already accepted myself, had already been living 18 years of my life as me –living with the secrets of myself, under clothes and labels, and constantly weighing who I genuinely am against who I ought to be.

Looking at him now, I can see that he is disgusted, but his disgust is only fuel to my bituminous heart, already black and burning and almost impermeable to feeling.

"Do you have all the money, Dylan? We still owe him $200 from the last time, and the check up will be $100."

"No, lovely girl, he said that for you, it would only cost $100. He likes you, you know? I noticed how that old perv looks at you. If we

don't work out, at least you know where you can find a sugar daddy." He giggles, and once more, nausea spills from my mouth, onto the dashboard of his pristine, white car.

"Jeez, you could have told me you had to throw up! Now I have to clean this up!" It's all they same, I realize. Dylan is good at cleaning things up.

We finally reach the doctor's office but Dylan stays behind to attend to his car, so I walk in, alone.

"I am alone," I say to the dank waiting room, but it does not answer.

I have been her before, so, even in the darkness, I know where to go.

The doctor's office is dirty, littered with mildewed files and empty, whiskey bottles. The chair with the stirrups stands behind the raggedy chair in front of Dr. Bain's desk, which is bare, except for and old prescription pad, a blue Pilot ballpoint pen, a half-smoked cigar in an ashtray of cheap glass, and a brown, ceramic coffee cup.

"So your friend told me that you've been getting cramps, throwing up a lot, and getting fever and chills?" he half asks, half tells me.

Dr. Bain smells like cigars, Johnny Walker, and cheap mints. The brown skin on his face is creased like one of those wrinkly dogs I always see on calendars. Only his eyes are distinct: ginger ale brown –sparkly and alive. His bulbous nose twitches when he speaks, and the hairy flesh mole on the right side of his nose reminds me of a small patch of drying grass, struggling in a clay field.

I look into his face and nod my head, yes. "And I've been bleeding too –twice a week over the last two weeks. The blood is dark; it smells." I can't help but to gag on these last words.

"You probably have an infection –most likely toxic shock syndrome. I don't understand how, though. The instruments were clean. Please climb up onto the chair. Did you ignore my directive to not engage in sexual intercourse for a few weeks, until after you had healed?"

I remove my underwear, climb up on the chair, and put my feet in the stirrups. He examines me, and I look away, observe the rows of Johnny Walker bottles against the crumbling sheetrock wall. See Mammy, we all have our addictions.

I didn't, I think in answer to his question; Dylan did. It was about two days after the procedure. I did not want to, but he had said that he missed me, needed me, had to touch me. So he forced my still healing womb open, and it hurt. Once again, I was forced open. And, I hated myself because once again, I was giving up more than I had already.

Now that I think about it, the pains had started a little after that. Shame and anger gag me as I try to say more. "My boyfriend … he …"

"Oh, Jesus, child! When will you shake that loser?!"

"Look, Dr. Bain, I came for medical help, not therapy. Will you help me or not?"

He checks my temperature, blood pressure, lungs, heart. When he's done, I pull up my underwear, see the rust colored stains on the crotch.

Dr. Bain hastily writes on the tattered prescription pad. He tears it up, and opens a small drawer. I can see crumpled paper, a bottle of whiskey, a small, black box.

He opens the box, and tablets of multitudinous colors and sizes fall before me. He chooses a bag of large white tablets, cut down the center with a red line. As he pours them out into a small baggie, he tells me to take one, three times a day for a week. They will close my womb and heal the infection; I am to come back and see him after a week.

"No more sex for at least a month. You'll kill youserlf, girl. You're too young, too much promise still there."

I give him the money, "Thanks."

He holds my hand, looks me in the eye. "I don't want your money."

I discern shame in his distorted face –shame and regret. The presence of it is almost enough to make me confide in him –the way I used to in Dads before he died. But instead, I leave without a word; really, what is left to say?

Dylan is leaning against the white car, and looks like a model for a minimalist, designer ad in loose jeans and a black T-shirt. He sees the money in my hand.

"He didn't charge you? Wow! He really does like you! We should go out tonight, go eat, celebrate."

The ride home is silent and heavy, laden with separate thoughts. I am trying to remember how much time I've squandered on this relationship "Four years," I say out loud.

"Four years, what?"

"Nothing.Talking to myself".

"You know, the longer I know you, the stranger you seem. Talking about dreams and 'the other world,' and your Mom's powers to 'put mouth' on people. I don't get you people. Does she really believe in that stuff?"

I look at him, at his American face, his American eyes and the way they see things. I realize that he will never understand. I touch his stubbled cheek and I see that he will cry when they find me. He will move back to Florida, leave the confidence that is his fire behind. He will marry a redhead because she smiles like I do, and they will have four children -three girls, and a little boy he will name "Tristan"- just like me. Dylan will only look at them when they are asleep, and they will grow older, never really knowing their father and always wondering why he seemed afraid to love them, face them.

In the seven years of their strained marriage, he will not tell his wife about me, or about the other Creole girl he did not give himself a chance to really love. He will think of me when he is alone, and cry, wondering why I was so tragic, so different; why he and his love could not save me. He will eventually forget his guilt, and convince himself that it was my fault, after all.

We arrive at my house and I kiss him, long, deep, hard. He pulls back, looks at me, smiles. "Jeez, gial, I'll be back …" I'll pick you up in two hours. Be ready, okay?"

I look at him long, deep, hard. I want to remember every feature. "Two hours. Bye."

Mammy is peeking behind the half-pulled curtain watching as Dylan reverses and cuts off my entrance to the gate.

"Hey, gial," he says in a mock Creole accent, "I love you, you know. I love you a lot."

I smile. I want to believe him. "I love you too, bwai. I love you a lot."

Our goodbyes are not usually this difficult; I cry as I walk inside.

Mammy is wearing garlic behind her ears. Hesitantly, she takes my two hands in hers, and I feel three years old again -like I am not yet her enemy, like I am still her prize.

"What happen to you? What you crying for?"

"Mammy, I feel so tired. I … just need to sleep. Why you wearing garlic?"

"Something in this house. I feel it; but I can't see it. Do you?"

Lying to Mammy is not always easy, but how do I convey what words cannot explain?

She is searching me, and I look in those eyes the same as mine, and wonder what she will find. Can she see my pain, my worry? Does she notice my hair that has not been washed for weeks? Does she see my hollowed cheeks, pale and thin? My eyes, red from too many nights crying; and void from too many aspirations never to be realized? Does she see my dress, rumpled and too big from no ironing and rapid weight loss?

"What do you see, Ma? What do you see?"

"I see a child running around too much, mawga and exhausted from bad comp'ny. I see a girl who know di truth, but don't want to heed it. I see a little girl trying to be a woman, but don't know di first ting 'bout woman business. Tristan, what are you doing with your life? Like you just give it up for a man. You don't even seem so pretty no more, like one old orange. He suck all di juice outta you."

"I need a bath, Ma. I tired, and when I done bathe. I promise you, Ma, I will rest."

I can see that Mammy wants to believe me more than she wants to believe what she is feeling. She hugs me, and garlic stains my shoulder. Perhaps she does this on purpose -a futile guardian for her troubled child.

I fill the black tub with hot water, and lie on my back, let the water engulf me. I soap my shoulders, my breasts my belly. I reach down, let the white bar slide across the soft hairs that guard my vagina. When I pull it back, the soap is dappled, speckled with blood. I look down and see the tarlike liquid steadily tinting the water. I feel faint, and I want to scream, but this is not new to me. It is just as I knew it would be, just as it was when my tiny baby girl burst from my womb four and a half months ago, today, in this very tub, after she was torn from her nest by Dr. Bain's metal probe.

"Sen," I had called her -"One worthy of eternal life." She did not come at the doctor's office like she was supposed to; instead, she waited for the uterine darkness of the ebony tub and the red-black of the warm water. I had barely seen her before Dylan took her away, swaddled in

plastic grocery bags and destined for an indistinct grave. She was big for four months, and fair, like Dylan.

"I am alone," I say to the steam rising off the hot water. "I killed the only person who would ever understand me. I killed myself, my dream, threw her away like garbage."

Tears are coming now, and my heart is no longer a steady thump-thump in my chest. It is faint, like the peal of a violin somewhere far; like the memory of Dads'hands on my belly, holding me afloat, when I was five and he was teaching me to swim; like a pink sunset I had seen long ago on Blackbird Caye and Mammy's perfume on the day of my fist Holy Communion; like the pain from a cut I got when I was seven and fell off my Huffy bike; like Dylan's eyelashes on my face the fist time he kissed me.

I feel a cramp and reach down to my vagina, extract a small, elliptical clot. Through the steam, on my shrivelled fingers, it looks like a roach, tiny, brown, and drowned in a milky sea of soap; I want to laugh.

I realize that Mammy and Dylan have been knocking for a while. When the door finally opens, I hear Mommy screaming, crying, talking to me incomprehensibly.

Dylan is crying and tries to pick me up; but, I am slippery and drenched in suds and blood. He slips in the bloody paste, and we fall. His moans reach up from his stomach, where my head rests and trembles with his every sob. But he is not what I want, so I reach for Mammy, who takes my soiled hand in hers. The blood binds us; cancels out our vendetta.

"Look, Mammy, a roach came out of my pawly" I say as I show her the clot, still held tightly in my hand.

Mammy pulls me from Dylan's lap. "Tristan, baby, listen to me. You have to stay here. I need you here. Nobody else tell me 'bout they dreams. You my last-born, and I love you, love you so much, it make me sad sometimes. That's why I name you 'Tristan -sad girl'. Sad because I love you so much, but I was afraid I couldn't keep you … couldn't make you stay …"

It is then that I realize she could and did always see me -who I was, at my barest and most fundamental.

Mammy loves me, I think, and that is enough. After a lifetime of uncertainty, a definite connection with my source makes me feel complete.

I squeeze her hand and I see in these last moments: Mammy will blame herself for my abortion, sell the house with the black tub. She will move in with Demi and her husband, light white candles and cry for me, pray for me and the baby we never knew.

Mammy will forgive me, and she will forgive herself. She will sing lullabies to Demi's children, make them breakfast each morning.

My Mammy will never interpret dreams again.

LA VIOLACIÓN DE UN DÍA DE PAZ

Alejandra Flores Bermúdez (1957)

Honduras

Era un día lleno de sol, luz, calor… Arriba, los pericos zapollolos cantaban sus erizados gritos de alegría. La casa lucía fuerte. Ella descansaba sobre el sillón de la sala fumando un cigarrillo. Un clima de paz ensanchaba su frente… ¿Qué sería de Martha Luz? Martha Luz, su amiga de la montaña… Habían vivido juntas en una comunidad indígena durante un año realizando un proyecto de educación indígena con la universidad cuando apenas tenían 19 años. Estudiaban antropología… La Sierra y su silencio de cielo andino azul profundo, con Kako Serankua sentado formando con su cuerpo la enorme majestuosa montaña… Con los cantos de Salomé dando de comer a las gallinas y llamándolas.

Aspiró una bocanada de humo y vio dispersarse el humo en el espacio de la sala… Así, igualito, eran los recuerdos. Se amaestraban hasta tornarlos canto y erradicarles las orillas punzantes…

Aún así, una voz violaba su paz, su silencio. Recordaba el dolor de dejar a Daniel por la Sierra. La Sierra cortó en dos su destino… Allí concibió dos hijos que perdió y allí conoció la lucha indígena.

Cosa que extrañamente la marcó de por vida.

Al volver a Honduras, su patria triste y dura, una vez fue detenida acusada de guerrillera guatemalteca. Su padre la rescató. Luego vinieron las clínicas psiquiátricas y los diagnósticos… Todo por tener vocación de pobre, amar lo natural o digamos que conocer de cerca el dolor de otros. Sí, la Sierra le había partido en dos la mirada, el destino. No aceptó ningún diagnóstico y supo que ser diferente no era fácil y menos como mujer.

Uno de los pericos arriba era un infante. No de marina, sino de edad. Pero se lo regalaron con el nombre de Cadete por pelón y tener pocas plumas… Recordaba años de sufrimiento mental… años de dolor porque la vida pasaba de largo…

Cayó en cuenta de que había varias maneras de violar a una mujer y descubrió su vida llena de violaciones. Ser mujer es muy peligroso; en cualquier parte del mundo, pensó. La violación de tu mente, de tu integridad, de tu seguridad…

Cuánto pasó desde la Sierra... Una vida a solas casi. ¿Qué sería de Martha Luz?

Seguía la algarabía de pericos en el balcón y ella fumaba su cigarrillo... El humo parecía difuminarse lentamente en el pasado adonde tenuemente una luz de paz florecía en el macuelizo de enfrente...

A WOMAN JUST CAN'T WIN

Holly Edgell (1969)

Belice

Magda and I grew up like sisters, and like sisters, we weren't always close by choice. At times we froze each other out over petty things, only to come together again naturally, without apologies, as sisters do. It was our mothers who threw us together, out of their own shared need for companionship. Both Mama and Magda's mother Miss Corinth were outsiders on Conch Street, where our neighbors were old-line island families, some with money and some without. Most had various shades of fair skin and varying degrees of "good" hair.

My mother fit in with this crowd on the surface, but she was a foreigner, from another island, a larger and more prosperous one at that. She found her neighbors' airs and postures laughable and from the beginning looked down her nose at the likes of Mrs. Sneed, who was the neighborhood's gossip queen. Mr. Sneed kept a black girl in a small neat house on the other side of town. And then there were the Canadian Boudreaux "brothers," who most people knew were not brothers at all. They were first cousins and lovers from Jamaica or Barbados or Canada. Across the street from us lived the Castell family. Mr. Castell

managed a bank, helped the island's Anglican Church stay afloat with infusions of cash, and kept his wife locked in their huge house. The street was full of hypocrites and small-timers, my mother always used to say. She said most of the people on our island were "not quite right, due to inbreeding".

Miss Corinth was from our island, but had skin darker than a paper bag and came from the other side of the island, the rural part known as "back island" (When we were girls Magda and I believed that back island was as far away as my mother's own country, but it is really only a leisurely hour-long ride by car). Not only had Miss Corinth these two strikes against her, she also came to our street as a non-wife. Magda's father Pedro Kane installed her in the home he had shared with his wife and four children after they left our island for Puerto Rico. When Mr. Pedro told "the Senora" he was leaving her for Miss Corinth, he offered her the house. She refused it, demanding instead that he pay for she and the children to return to her homeland and support them in the manner to which they had become accustomed: two maids, private schools, a car and driver. Mr. Pedro, who considered himself a good person, agreed to all of this. Before she left our island, the Senora told her husband he could do was he pleased but she would never give him a divorce. After all, they and their children were Catholics.

So Mama and Miss Corinth, who under other circumstances might never have met, became acquainted by dint of proximity. Then they became best friends out of sympathy and similar circumstances. Their pregnancies overlapped (Magda was born a few months after I), they were both married to men older than they (men who worked long hours), and they neither had any use for the ladies on the street. Mama had decided not to associate with them, and they had snubbed Miss Corinth.

My mother was a snob, but she would always say she could recognize quality. She liked to say:

"You know what is true? Corinth has more quality and class in one eyelash than all of them".

So, Magda and I grew up together. Soon after we were born, our mothers prevailed upon our fathers (who were polite to each other, but not friendly) to create a gate in the fence that divided the two

yards. This allowed the women to visit one another without going out to the street, and allowed Magda and I to play in either yard with ease and safety.

Even though we always felt like sisters, we both grew to understand that Magda was particularly special. Her father was a millionaire, while mine was merely well-off.

Magda was seen as a sort of princess on the island, the daughter of the great Pedro Kane, the first island native to make a million dollars. He was a landowner who dabbled in agriculture and export, licit and illicit. By the time he met Magda's mother, he was rich enough to retire, but he continued to work. He liked to say that, being of peasant stock, work was the only thing he knew.

Miss Corinth Davies was a poor girl from the country who had come to town in search of work. She found it in a dress shop specializing in the kinds of frocks that played key roles in the rituals of island girls: first communion, confirmation, matrimony. Corinth started by sweeping up after the seamstresses but was soon promoted to working the till and calculating price adjustments and discounts as needed. Corinth had a sweet smile and a head for numbers, and her boss soon saw that the mostly light-skinned customers liked to see the beaming and demure brown-skinned girl at the counter.

Pedro Kane found Miss Corinth when he accompanied his wife, the Señora, and youngest daughter to the dress shop for a fitting. She insisted that he view and approve of the dress being sewn for the child's first communion. Things moved rather quickly after that. Mr. Pedro decided he was in love with Miss Corinth and the rest is history.

Mrs. Kane was widely held to be a snob. She bore Pedro four children, all of whom had his gray eyes and her white, white skin. She dictated that Spanish be spoken in her home, so that Pedro was forced to resort to the kitchen Spanish he'd learned from his grandmother. The Señora had no local friends. Instead, she imported a series of cousins, aunts, and childhood chums from Puerto Rico to keep her company for months, and sometimes a year at a time.

So, when Pedro took up with Corinth, the islanders were delighted by the scandal. "You see how pride goeth before the fall? You see how the Señora get she comeuppance?"

Once the Señora had decamped Pedro moved Corinth into the home he had recently shared with his wife and family. At age twenty, she had never had so much as a boyfriend before this millionaire twice her age had entered her life. So she settled in and waited for Pedro to divorce his wife.

But the Señora refused to dissolve her marriage, citing the vows she and Mr. Pedro had taken at her hometown church in Puerto Rico. Pedro, who believed he was not without scruples, didn't press the issue of divorce; instead he simply stayed with Corinth until the day she died. To this day I wonder why Miss Corinth stayed with Mr. Pedro. My mother, who I am sure knows, has always kept her friend's secrets. I do know, from Magda, that her mother wanted desperately to be married. There were epic arguments about this issue at least monthly. Sometimes, if the breeze was blowing our way, we could hear their raised voices. On these occasions, if my father was home, he would make grumbling noises under his voice and turn up the radio. If my mother and I were alone and the fighting sounds came in on the breeze she would commence singing, usually "Amazing Grace" or "Begin the Beguine".

Magda was her father's daughter, pampered and reared according to Pedro's philosophy that there was nothing his daughter could not accomplish, that there was nothing too good for her. I envied this. My own father seemed to tolerate me, but was never interested in my grades or my hobbies. Sometimes, I felt he was a bit surprised to come across me in the hallway, kitchen, or on the verandah. I wished for a father like Mr. Pedro, and Magda wished her father would marry her mother.

As Magda grew into a young woman she began to feel angry about the injustice of her mother's position, though Miss Corinth was not a complainer and never spoke directly to her daughter about the issue. When Magda had had a few teenage heartbreaks of her own, she began to see the sadness in her mother in the slope of her shoulders as she stirred a pot or stitched a hem. It was also in her mother's upside down smile, the kind of smile where the corners of the mouth turn down instead of up: rueful, resigned, and sad.

In our late teens, Magda and I made vows over glasses rum smuggled into her bedroom from her father's liquor cabinet: She swore she would never live with a man or even "do it" before marriage. I went

even further: I would never marry period. We both stayed true to these resolutions.

For my part I could not see any benefit in marriage for a woman. I watched my mother cooking and cleaning day in and day out. Seeing that these chores went apparently unappreciated by my father, I decided they must be soul-destroying. My father left early in the morning and came home after seven most nights. He did come home for the midday meal, but this we three ate in almost total silence. My mother always seemed anxious to please, but rarely got a word of appreciation from her husband. As I teenager I began to thank and compliment her profusely after all meals, but this seemed to embarrass her, and my father did not follow her example, so I stopped. The other thing I despised was my father's drinking. On any given Saturday night he might stumble into the house loudly drunk, calling for something to hot to eat.

"Can't a man get some attention in this place? Woman!" These words made my stomach turn. Even worse were the Saturday nights when my father's drinking friends came over. They would slap dominoes down for hours, laughing and telling rude jokes all night long. Occasionally one of the drunkards would throw up on my mother's gleaming mahogany dining table. More often than not, at least one inebriated man would urinate on the bathroom floor, having miscalculated the distance to the toilet bowl. It was left to my mother and me to wait on the guests and clean up after them. We wiped up vomit, emptied overflowing ashtrays, and used boiling hot water to scald away the urine.

And what did my mother get for her labors? A few times a year my father took her to a dance at the Founders Club. He gave her plenty of pocket money and hired a series of maids to help her around the house. My mother liked money, but she never kept a maid for very long, saying that training them properly was more trouble than simply doing the work herself.

One early Sunday morning, after we had finished cleaning up after my father and his friends yet again, I tearfully told my mother I hated my father and couldn't understand why she married him. She seemed amused by my question.

"Child, when you are a woman you will understand". But I found this remark unsatisfactory, so I asked her again:

"Why did you marry Daddy?" And she told me the story, sipping milky coffee and occasionally gazing out of the kitchen window toward the sea.

I knew that Mama had been a sort of orphan, having grown up in the homes of various relatives after her mother died when she was ten years old. She never met her father or his people, although she understands that they were white and that her father contributed a small amount of money toward her expenses.

"When I turned eighteen, I was turned out of my Aunt Meg's house," Mama now told me. "I had two boy cousins, you see?" At the time I didn't see, but I didn't interrupt.

"So, I rented a room from a neighbor, Miss Rita". My mother smiled broadly. "Miss Rita really saved me. She taught me everything about being a lady alone in the world and keeping…respectable".

Miss Rita's husband, known as Cowboy, rented out offices down at the harbor. Import and export were booming, and people from other islands and from South America did a great deal of business out of rented office space. Over a three month period, my father traveled back and forth between his island and my mother's, and my mother served as his secretary and Girl Friday, working out of one of Cowboy's offices.

"When your father was packing up for the last time, he asked me to be his wife," Mama said. "It was no big thing, nothing romantic. He told me he had gotten used to my help and support. He needed a wife". She looked down into her coffee cup.

"I needed a shelter, child. I wanted a family". That was the end of the story. I wasn't impressed. I wanted to ask Mama why she didn't simply continue as a secretary and live with Miss Rita, but she had turned her back to me and was now humming a song. I knew that the conversation was over.

Between the examples of the brokenhearted Miss Corinth and the unappreciated Mama, I couldn't see any point to marriage. Babies? I had no interest in them.

While her love and devotion to her father never flagged, as she grew into young womanhood Magda's heart bled for her mother. And, while she carried her father's name, she resented that she was an illegitimate child. She found that she could feel deep anger toward her father,

while recognizing the profound love he had for her. She would carry these fiercely conflicting sensations into adulthood. She did not imagine that on another island, not so very far away, four other children craved what she had: their father's doting physical presence.

When we were eighteen and preparing to leave the island for college in the United States, Miss Corinth died suddenly in her sleep of an aneurysm, although the rumor mill turned the diagnosis into something else: Miss Corinth Davies died of a broken heart. She was only forty years old.

We all spent that summer in mourning. My mother cried most nights, and Pedro Kane took to walking alone along the seawall early in the morning and late at night. Magda wanted to be left alone most of the time, so I was often alone myself. It was a hot and tempestuous summer, with tropical storms hammering neighboring islands and dumping rain on us.

But at the end of the summer, Magda and I packed our bags and left for a small private college in Miami as planned. My parents and Mr. Pedro agreed that Miss Corinth would have wanted us to do so.

I knew from my first days in Miami, that I would never again live back home. I was free and anonymous in Miami, and I loved it. I had lots of boyfriends, went dancing, and experimented with life in ways I could never have managed on our small island. Magda, on the other hand, craved one thing: to go back home and work with her father. She studied hard and finished her degree a year early. While she packed her bags and headed for home, I was re-taking courses I had failed (parties were far more interesting that studying) and moving off-campus into an apartment with one other girl and two boys.

While we were apart for my last year of college, Magda met the man she would marry: Beauregard "Bo" Sillitoe.

Magda had not had much success in the realm of romance. She was taller than most boys, which made her self-conscious and shy. And she developed a reputation as "cold" because she always put a stop to any groping and grasping that her occasional dates might attempt.

Magda told me she fell in love with Bo because he called her "my sweet mango" (I cringed when she first mentioned it) and never tried to get her to "do things". When he looked into her eyes, she felt

as if he thought her a beauty. Her height didn't seem to faze him, even though he was in fact shorter than most men. Nor did her brain intimidate him. Magda had a business degree earned in three years and played the piano. Bo had barely scraped through junior college on the island.

Mr. Pedro approved of the match. He felt that there were very few men on the island in his daughter's league, and he knew that of these, there were even fewer who would consider marrying a woman taller, smarter, and richer than they. Magda's father, who considered himself savvy when it came to reading people, saw in Bo a man who would adore Magda and let her do what she wanted to do: work at Kane Industries and have babies.

Magda got engaged after three months, before I had even met Bo. Of course I knew him in the way people in a small place know each other – by name and sight. But, Bo had been four years ahead of us in school and therefore had seemed impossibly out of our reach. Furthermore, he had had the same girlfriend since early high school. It seemed a settled thing that Bo Sillitoe and Sara Scott were an item.

But just before Magda graduated, Bo's sweetheart did the unexpected. She eloped with an American who had come to the island on a cruise. The story went that the American espied Sara in a restaurant, decided not to continue the cruise, and set about wooing her until she consented to marry him. This story made me feel sympathetic toward Bo. The poor fellow knew heartache.

The island tongue waggers (chief among them our neighbors) were effusive in their praise and approval of the pairing of Magda Kane and Bo Sillitoe. Bo Sillitoe had a reputation as a good boy, the dutiful son of an old island family that had lost most of its money but none of its good name. He was short and handsome, a blond and blue-eyed man amongst his darker hued countrymen. In fact, he was a good six inches shorter than Magda, who was not exactly pretty but who crackled with vitality and a life force that boys and men mostly found a little scary. She had honey colored skin and thick black hair which fell to her shoulders in long ringlets.

People considered the children Magda and Bo would have. The islanders were always mindful of what they termed "the mixture". In the case of Madga and Bo, the mixture would be good for her side: Corinth's grandchildren would likely come out almost white. Bo's side

would be darkened: going back several generations the Sillitoes were white (or almost white). But the children's skin would be pretty. They would no doubt have good hair.

When the engagement of Magda and Bo was officially made known, via an announcement placed by Mr. Pedro in the leading island newspaper, people cooed to one another: "Maybe there is such a thing as a happy ending". "Magda deserves some happiness, no?" More pessimistic gossips sighed: "But, think of Corinth. A woman just can't win in this place".

The wedding was lavish, organized down to the last detail by Magda herself. Arriving at Immaculate Conception, the island's cathedral, guests were taken aback to find themselves greeted by a large oil painting of Miss Corinth just inside the entrance to the church. I remember wondering if Magda had done this to have her mother's memory with her that day, or to remind her father of what he had not done. My best friend did not confide in me.

Magda had seven bridesmaids who wore violet gowns and pearl earrings provided by the bride. I was maid of honor, of course. Bo, directed by his betrothed, bucked tradition (and started a new trend for grooms on the island) by wearing a white tuxedo. The groomsmen wore traditional black tuxedos with violet bow-ties and cumber bands. Mama sang a duet with Bo's brother, "Sunrise, Sunset".

Magda's dress was over the top, especially for a girl who had always taken pains not to stand out: It was encrusted with beads, molded to her slender figure, and had a seemingly endless train that followed her down the aisle as if under strict orders not to snag and not to swish too much to one side or the other. She seemed to tower over her father, who had lost weight had shrunk a little since the death of Miss Corinth. His black tuxedo made him look even thinner and paler than he was.

His eyes welled with tears at least twice during the ceremony.

It was a long mass. A few guests looked at one another with raised eyebrows as the priest draped an extra-long rosary about the couples' shoulders and prayed over them. "Since when had Magda become so religious? And Bo, didn't he skip out on his confirmation?" It was a ceremony that even the Señora, setting aside her prejudices, might have approved of.

More eyebrows were raised when, upon the couple's exiting the church, white doves were released from two large cages. This was not something that islanders did. At some point during the mass, my mother slipped away. She had been charged with transporting the portrait of Magda's mother to the ballroom at the Founders Club, where it would preside over the reception from its position in front of the band stand.

Guests dined on shrimp, lobster and steak. They imbibed champagne, rum punch, and a variety of liquors and beers, imported and local. A calypso band from Trinidad entertained the more than 400 guests. It was Magda's finest hour, and I hoped Miss Corinth was watching over us and relishing every minute of it. Mr. Pedro was also in his element; he remained seated at the head table throughout the night, beaming and receiving the good wishes of friends and associates like a king accepting the obeisance of his subjects.

Bo, small and bemused, seemed almost beside the point as he darted from table to table to thank guests for coming.

After a honeymoon in Barbados, Bo moved into the Kane house with Magda and her father. The newlyweds, with Mr. Pedro's approval, soon added a second floor and a double garage. Magda had a sign made and hung above the mahogany double doors at the front of the place: Corinth House. Bo asked for and got a large American-made boat.

The Sillitoe family business, a hardware store that had languished before the marriage, immediately benefited from an infusion of Kane capital. Bo was happy to accept his father-in-law as an investor. Perhaps he was less happy that his wife took over the management of the store, but he didn't show it. Magda's involvement entailed a complete overhaul of the musty, dark establishment and the filling of two new positions: a buyer and a marketing manager were imported from Jamaica. Sillitoe Hardware became Sillitoe Home Store. And its shelves came to hold the latest home improvement gadgets and accoutrements direct from Miami, including kitchen and bath supplies. Bo insisted that the store's original stock remain. There was always a need for nails, screws, wrenches and duct tape, he argued.

Because she was her father's daughter, Magda had no notion of emasculation. Her father was a man's man, and was never diminished by granting her every wish and conceding most points (except the most

important one) to Miss Corinth. She further felt that if Bo could love her as she was, he could certainly love the person she was becoming: a business woman with a knack for management and an apparent Midas touch. Magda became more confident after she married Bo. Bo began to call her "Mama Boss" on occasion, which made her giggle nervously. I didn't like it; Bo seemed to be sneering when he used the phrase.

During the early years of Magda and Bo's marriage, Mr. Pedro set about making things right with his first four children. He succeeded with three of them; only the youngest, the daughter whose communion dress fitting was the occasion for the meeting between Pedro and Corinth, held out. She refused to even see her father.

Mr. Pedro came home from what would be his final trip to Puerto Rico just in time for the birth of his first grandchild. Magda named the girl Coreen (for her mother) Marie (for Bo's mother). Two years later, Mr. Pedro died a week after the birth of a boy. Magda named him Pedro (for her father) Pierre (for Bo's father). The mixture manifested itself exactly as the islanders had predicted: the children had very fair skin. Little Pedro had his namesake's gray eyes and his father's blond hair, though it was rather curlier than Bo's. Coreen had her slender frame and her father's blue eyes. Her hair was glossy brown and tended to hang around her pretty face in waves.

Magda became superwoman, taking over Kane Industries and leaving Bo to manage Sillitoe Home Store, with a great deal of what he called "interference" on her part. Throughout these years I lived in Miami, climbing the corporate ladder at a downtown bank and finding excuses not to go home for more than a week a year. I know Magda must have mourned her father's passing, but she barely talked about him in our phone conversations. Mama called to tell me when Magda ordered the mounting of huge portraits of both Miss Corinth and Mr. Pedro in the lobby of Kane Industries.

Life was good for Magda and Bo for several years. But not too long after the death of his father-in-law, Bo began to behave, in the words of the tongue-waggers, "like any other island man". Magda did not mind him spending a few evenings a week with his friends at the Oasis, a dingy dive that was the place to be for the island's men from all walks of life (it was a democratic place, I understand). But she did

mind when, a few months later, Mrs. Sneed informed her of a rumor making its rounds.

"I almost never tell you, girl," said Mrs. Sneed in the canned goods aisle of the island's fine foods emporium. Magda, who knew Mrs. Sneed's information was usually accurate, felt trembly and clammy cold as she absorbed the news.

According to Mrs. Sneed, who had it from her maid Sunny, who had it from her cousin Titus who worked at the Oasis, Bo and a few of his friends were increasingly using the Oasis as a mere jumping off point for nights of debauchery at an entirely different establishment. The men talked openly of "checking into Kozy Korner," Titus told his cousin. Kozy Korner, everyone knew, was the island's only strip club. The dancers were mostly illegals from Venezuela who did not so much dance, it was said, as unceremoniously disrobe on a small stage while Spanish love songs played over an anemic sound system. A patron who wanted to "check in," could rent a tiny (not very clean) room in the back by the hour and pay their favorite girl (or girls) to join him. Furthermore, according to Titus, Bo was said to have a favorite girl: a Venezuelan teenager named Lupita or Lucia or Juanita. "Titus tell Sunny that the girl white, white," Mrs. Sneed reported with a meaningful raising of the eyebrows.

The wives of the island, rich or poor, were not unfamiliar with the infidelity of the men in their lives. Most likely, their own mothers (and grandmothers, etc.) had tolerated the occasional bad behavior of their fathers, and even long-term arrangements: If a man had the means, like Lawyer Sneed, he might set up a "sweetheart" in her own house and keep her for years. This was something Magda understood quite well.

A betrayed wife on the island processed her feelings in three steps: First came Sorrow, which might be expressed in tears, decreased or increased appetite or, occasionally, a suicide attempt. The second step was Anger, which manifested itself in the silent treatment, refusal to cook, or screaming rages. Finally came Resignation. If a woman was poor and without recourse, she would stay with her husband and live with his transgressions (possibly ceasing sexual relations). A woman of means might stay with her husband too, exacting steep payments in the form of jewelry, a new house, or frequent shopping trips to Miami. Divorce was rare.

Magda made it through Sorrow and Anger, but found herself unwilling and absolutely unable to move onto Resignation.

In the Anger phase, Magda was able to extract a confession and, in my opinion, a less than heartfelt apology from Bo about his activities at Kozy Korner. Her screaming rages sent Bo to the guest room, where he slept with the door locked for several weeks before Magda kicked him out. Then she hired the island's best lawyer and filed for divorce.

At first, Bo lived with his brother and sister-in-law. The word was that he was miserable and frustrated; he would tell people that life was not turning out as he had hoped. Bo was permitted to see Coreen and Pedro only on the weekends. It as said their bewildered faces and frequent crying spells filled Bo feelings of impotence and anguish. He found, it was said, that he didn't miss Magda. In fact, he told anyone that would listen that he hated her. She was bossy, a man-hater, spoiled, selfish, and a bad mother.

Then, after about two months or so, Bo stopped whining and started smiling. He called Magda's lawyer to inform him that he would not be able to see the children that weekend or the following one. A few days later, Bo packed his bags and left his brother's house for another locale.

Mrs. Sneed paid Magda a special visit at the weekend to tell her exactly where Bo was now living.

"Girl, I hate to be the one to tell you". This was how Mrs. Sneed began the conversation. Magda poured a glass of fresh lime juice for her guest and settled back in her chair. She believed that there was nothing she could hear about Bo that would surprise her.

Mrs. Sneed reported that Bo was now living with the recently widowed Sara Scott and her three children.

Magda had been picturing a slender white teenager with a Spanish name as her rival for Bo's affections. Now an image of the teenage Sara Scott in her convent school uniform swam before her eyes.

Mrs. Sneed told Magda the story she'd heard from Father Carlos, whom Sara had apparently consulted about the possibility of remarrying at Immaculate Conception.

"You know how Father like to talk," Mrs. Sneed said then.

Sara was, of course, Bo's high school sweetheart, Mrs. Sneed reminded Magda. Now Sara was back. Bo was living with her and telling anyone within earshot that she was the love of his life, his soul mate. He

said he had married Magda to bide the time until Sara's return, which he had always known would come.

Mrs. Sneed further related that she had seen Sara in person.

"I went by Sillitoe the other day, girl," she told Magda. "Had to buy a drill for Mr. Sneed". A sip of lemonade. "Not too mash-up, but she have bad teeth".

After Mrs. Sneed left, Magda called her lawyer and told him to draft a new will that would disinherit Bo. I remember being surprised she had not taken care of this the minute she filed for divorce.

Later, Magda would learn that Sara was at Sillitoe Home Store almost every day. "The man hardly out of she sight", reported the marketing manager in a clandestine call to Magda. She was ordering around the staff, and allowing her children to play in the store after school. They got underfoot and broke things, but Bo was indulgent.

Magda delayed signing the new will, despite my entreaties and the prodding of Mama, her lawyer, and even my father. She lapsed into Sorrow once again. She kept up her schedule at Kane Industries, but she found herself incapable of concentrating. She was thinking back over the years, trying to unravel the mystery of Bo. For the new Bo, the one whose life began at Kozy Korner and was continuing with Sara Scott, was indeed an enigma to Magda. Or was this the real Bo? Did he ever love her? Or did he love her money? What it only her father's presence that kept her husband in line? She missed her parents. She mourned them anew as she mourned the demise of her marriage.

Magda was so distracted during this period that she offended a contingent of businessmen from Hong Kong, the "Chiney mafia," as Mr. Pedro used to call them. They had long wanted to buy a piece of beach owned by Kane Industries and she had finally agreed to sell it. But she forgot they were coming and took the day off to curl up in bed and weep. The businessmen were furious, taking the slight as a deliberate move designed to send a message that their money, and the deal that had begun with the late Pedro Kane, were not wanted.

I was home for my father's funeral when an incident occurred that should have served to put Magda on her guard. Mama woke me from a deep sleep and dragged me down the stairs and out onto the street. I had been dreaming that my father was being burned on a funeral pyre.

There we found Magda and her two children surrounded by a pack of neighbors. The garage that housed Bo's boat was spewing flames. Little Pedro was crying, and Coreen's face was buried in her mother's bathrobe. As usual the island fire department was slow to arrive, and I was somewhat surprised to see our upper-crust neighbors organizing themselves into a bucket brigade. The Boudreaux brothers headed up the effort, and the denizens of Conch Street proceeded to do what they could to contain the fire.

Finally a fire engine careened into the street as if it had been rushing to the scene all along. When the flames had been doused, Mama and I persuaded Magda to bring the children and sleep at our house. But I could not fall back asleep that night, between thoughts of my father, the smell of smoke, and a thudding heart that kept me tossing and turning.

The next morning over coffee, Magda told Mama and me that Bo had been asking for his boat for more than a month, but Magda had repeatedly refused to turn it over. My mother and I were stunned into silence as we considered whether Bo was capable of setting fire to a garage that was adjacent to the house in which his children lived.

The investigation into the fire went nowhere. Magda's spirits flagged even further as Bo began to make excuses not to see his children. He seemed to lose interest in his own offspring, as he spent more time with Sara Scott's children. He even escorted Sara's 12-year-old to a father-daughter dance. The divorce proceedings ran their usual three-year course, according to the laws of our country.

Bo began calling Magda at the office, saying he needed more money —even though she had agreed to give him a certain (generous) amount each month as part of their legal separation. Sometimes Bo would show up at Corinth House and bang on the door, refusing to go away until Magda handed him cash or a check. I suspect that Bo used Magda's money to buy Sara's engagement ring. The couple threw an engagement party at a restaurant on the beach.

And still, Magda put off writing Bo out of her will. I couldn't understand it, but I stopped pressuring her because Magda would sigh and say she didn't want to think about it. This caused me to break out in cold sweat and never failed to set my teeth on edge.

Now the tongue-waggers on the island shook their heads, not entirely surprised by the turn of events, because —after all— "things always come to no good in this place".

I was home for my one week a year when the Magda-Bo story came to an abrupt and bizarre end.

There was less than one year left before the Magda and Bo's divorce would be final. I went with Magda to her lawyer's office on the day she finally resolved to sign her new will, the will that would disinherit Bo, but she never got to do so. The lawyer had been whisked away in an ambulance just before we arrived; he had had a heart attack. The will would have to wait.

That afternoon I was running errands for Mama in her car when I saw Bo. He was standing on the sidewalk in front of Sillitoe Home Store talking to two other men. I never knew if he had seen me, but I remember that his new diamond earring caught the sunlight for a moment and glinted at me. This depressed me for the rest of the day.

That night I then tried to imagine what kind of future Magda would have on our island if she could get over Bo and concentrate on herself. Unlike most about-to-be divorced women, Magda was sitting pretty. I supposed that if she could shake her blues she could have a good life. She loved running Kane Industries, she loved her children, and she was rich. There were not many eligible bachelors on the island, but I decided it was certainly possible that she could meet someone from one of the larger islands, or maybe Venezuela. I rolled over onto my back feeling somewhat optimistic, resolving that I would insist Magda come up to Miami for a few weeks of shopping and maybe even a spa treatment or two. Mama could take care of the children. Or Mama and the children could come, too. I fell asleep.

But in the morning, Magda was dead. Little Pedro found her in a pool of blood in the foyer of Corinth House. She had been shot in the face. The crime was unprecedented. Our country was not a violent place, and murders were generally limited to one or two machete slashings a year in back island.

In what I can only describe as a sort of fugue state, I took charge of the funeral arrangements, worrying how I would get along with Bo throughout the process. But I need not have worried. Bo told me over

the telephone that he was happy to leave things to me. I remember telling myself I could cry later, approaching the planning as if the event were an international summit upon which the destinies of whole nations rested. Magda's lawyer signed checks as I paid for the best casket, the most expensive floral arrangements, a funeral program booklet that rivaled the glossy annual reports put out by my own company. I paid one of the Castell teenagers to create a framed photographic montage using snapshots from throughout Magda's life. Everything was ready within three days.

"Just let me know time and place, no?" Bo's attendance was the extent of his participation. At the funeral he even had the nerve to sit in a front pew with Sara and her children as well as his own. This was Immaculate Conception, the church where he and Magda had knelt with a rosary draped over their shoulders not seven years before.

The Sillitoe relatives had slightly more couth at the funeral; they sat in the third row.

There were no Kane relatives left in the land. So, Magda's family was represented by two of Miss Corinth's cousins from back island. Mr. Leo was a country lawyer, lean and wearing a long-sleeved white guayabrera and black trousers. I knew he was somewhat prosperous; Mr. Pedro had paid for his studies in Jamaica and Barbados. He sat on the aisle in the pew across from Bo. Miss Joan sat beside her brother, stout and perspiring in an elaborate black ensemble: a jacket and skirt made from some decidedly un-tropical fabric and embellished with beads. She wore a wide brimmed black hat with a veil. I knew she ran a successful grocery in back island, the seed money for which had come from Mr. Pedro.

Seated behind her, Mama and I had to shift around in our pew to see Father Carlos. My mother rolled her eyes about the hat, but I was heartened that Miss Joan had worn it; no one could doubt that Miss Corinth was represented.

Mama gave a lovely eulogy, with anecdotes about Magda from periods throughout her life. I didn't cry.

Of course, none of Madga's half-siblings were there.

For a time after the service (with closed casket) and burial, I regretted my detachment during the planning phases. I found myself

unable to accept that it was Magda whom we had buried. I had the feeling that she would appear in a room or call me on the telephone at any moment. At the same time, I felt like I had lost an arm or a leg. Mama took to her bed for more than a week.

"Just we two left, girl," was her constant observation in those first days after Magda's funeral.

The police determined that Magda had been shot in the course of an attempted robbery. They based this conclusion on the fact that the foyer of Corinth House and the living room beyond had been ransacked, and a pair of silver candlesticks had been taken. Attempts had been made to remove the massive television set, but the perpetrators had fled the scene without it. Witnesses gave contradictory evidence, and (predictably) the police gave the most weight to the testimony of someone with an easy explanation. A man from back island claimed he had gotten lost in the area and found himself on Conch Street around midnight. He said he'd seen three "Spanish youths" running away from Magda's house carrying a bag. Mama and I had not seen or heard a thing, much to our dismay. But Mrs. Castell said she thought she had heard a gunshot followed by the screeching of tires at some point in the night. Under further questioning, however, she admitted that she could not swear she had not fallen asleep before turning off the television in the living room. Police never found the Spanish youths. They told us that certainly the boys had escaped on the ferry to Venezuela the very morning of the crime. Case closed.

Bo married Sara Scott a mere two month after Magda's death. He gained control of Kane Industries and inherited Magda's money, minus a generous amount left to my mother and me, and to Magda's back island cousins. Bo and Sara, and Sara's children, moved into Corinth House and absorbed Coreen and Little Pedro into their family.

Mama, deciding she could not live next door to Bo "under the circumstances," decided to come live with me in Miami. She had tried to keep an eye on the children by dropping by Corinth House without warning, and offering to baby sit. But Sara and Bo were cool to her.

I went home to help my mother pack up the house and bring her back with me. On her last night in Conch Street, Mama cooked a traditional island meal for the two of us: rice and beans, fried snapper, sliced

tomato and cucumbers. The things that had happened to Magda —from her wedding day to her funeral— were on our minds as we picked at the food. We wondered what would become of Coreen and Little Pedro. They were already like little strangers to Mama, who had been like their grandmother. Now they greeted her solemnly as “Miss Helen,” instead of “Granny Helen”. I knew this was like a little death to Mama.

That evening, she pushed her plate away and said:

“Girl, is just as well I going with you to Miami. A woman just can’t win in this place”.

INVITACIÓN

Claudia Hernández (1975)

El Salvador

Salí porque fui invitada a hacerlo. Acababa de bañarme y estaba asomando los ojos a la ventana de mi habitación cuando, de pronto, me vi pasar. Era yo. Pero no la yo que miraba en las visiones del espejo, sino otra yo que conocía y que tenía mucho tiempo de no ver: yo niña. Imposible confundir mi mirada, mi forma de andar, mi sombra, mi vestido pálido y mis zapatos gruesos. Era yo que pasaba frente a mi casa corriendo con tanta velocidad que me hice dudar. Pensé que se trataba de mi imaginación, que debía haber salido a correr por las calles que, siendo de una ciudad tan joven, se ven ya tan viejas. Me quedé sonriendo por lo bueno que había sido haberme visto de nuevo con los huesos diminutos y los dientes de leche.

Acomodé mejor la vista en la ventana. Tenía la esperanza de que, si me quedaba ahí, si esperaba, yo–niña volvería a pasar sobre mi vuelo como hacen las mariposas. Diez minutos después (el tiempo que de pequeña me tomaba darle la vuelta al barrio), yo–niña aparecí. Me detuve frente a mí, que estaba esperándome en la ventana, me sonreí de nuevo y corrí alrededor del barrio siete veces en total. Entonces, yo–niña me invité a bajar con un ademán insistente. Yo –que deseaba

bajar y tomarme de la mano, y correr, correr, correr, correr, correr-, bajé deprisa por las escaleras.

A mitad de ellas me di cuenta de que estaba desnuda y me desistí de salir porque recordé que los vecinos sacaban a pasear a sus infantes a esa hora. Segura de que se alarmarían (las mujeres desnudas que corren por las calles asidas de la mano de ellas mismas cuando eran niñas no son muy frecuentes por acá), subí a la habitación para gritarle que no podía acompañarla porque estaba sin ropas y que lo sentía mucho.

Noté en su rostro que no me había creído. Por eso, me asomé completa a la ventana para probárselo.

Pareció no importarle. Seguía gritando que saliera, que saliera ya, que saliera pronto, que me apurara. Pataleaba con insistencia, hacía temblar el asfalto. Me hacía angustiarme. Y, cuando me llenó de desesperación por no poder salir, entonces escuché mi voz –pero no mi voz de niña ni mi voz de ahora, sino mi voz de cuando esté ya muy vieja– que me decía que saliera a jugar conmigo–niña, que no me dejara esperándome. Me hablaba con voz de mando. Me lo ordenaba mientras –como yo no daba un paso para cubrirme el cuerpo– me vestía con una sábana y me llevaba de la mano rumbo a la salida. Escaleras abajo, yo–vieja me colgué la llave de la casa al cuello para cuando volviera, me saqué a la calle y me di un empujón para que me alcanzara a mí–niña, que, al verme salir, echó a correr colgando las risas en el aire como si se tratara de globos enormes.

Toda la mañana corrí tras de mí sin darme alcance. Yo–niña me animaba a aumentar la velocidad y a atraparme, pero seguía corriendo más rápido de lo que a mi edad puedo hacerlo. Corría y volvía a verme burlona con mi risa de niña mientras yo–vieja nos vigilaba desde mi puerta. Ambas se veían satisfechas. Parecían modelos de un cuadro. Lo único que quebrantaba la atmósfera de armonía era yo, que no sonreía, que estaba cansada y que me dolía de mis pies sin zapatos lastimados por el asfalto caliente.

Dimos vueltas al barrio. De pronto, yo-niña se internó en la ciudad. Intenté seguirla guiándome sólo por su carcajada. Estaba empecinada en darle alcance, pero tenía la desventaja de no saber dónde estaba. No reconocía el paraje. La ciudad parecía desordenarse detrás de mis pasos. No encontraba yo una señal que me revelara su ubicación

o la mía. Ni siquiera la gente me ayudaba a situarme. Unas me decían que estaba cerca de mi barrio; otras, que nunca estaría más lejos que entonces. Por eso preferí caminar sola. Sabía que, de alguna manera, saldría de allí. Me pedí paciencia. Me pedí esfuerzo. Me pedí no dejar de caminar. Estaba segura de que conseguiría descifrar el laberinto y salir de él. Pero toda mi seguridad no alejaba la desesperación, que se posaba sobre mí en forma de pájaros oscuros que tenía que espantar con movimientos de manos mientras caminaba.

Anduve tanto y tantas veces alrededor de los mismos sitios que perdí la esperanza de regresar. Y, cuando ya ni siquiera tenía ilusiones, cuando ya ni siquiera deseaba dar con mi casa, visualicé mi techo celeste y mi ventana. Caminé hacia ellos en el ocaso. La noche se precipitaba tras de mí.

Buscando refugiarme de las noches frías de esta zona, tomé la llave que yo–vieja me ató al cuello y la metí en la cerradura. Entró sin problemas y hasta giró, mas no abrió. Falló en los cuatro intentos. Entonces, aunque vivo sola, toqué para que alguien me abriera.

Cuando nadie atendió mi llamado, comencé a pensar en dónde encontrar un cerrajero que me ayudara y no preguntara porqué me había quedado fuera envuelta en una sábana.

Pensando estaba cuando me cayó una colcha encima. “Para el frío”, me dijo una voz que venía de mi habitación y que distinguí de inmediato porque era con la que hablaba en la infancia. Yo-niña me miraba burlona desde la ventana. Se reía de mí. Le grité que me abriera, que me abriera de inmediato, que me abriera ya. Pero no respondió a mi petición. Sólo sonrió y me hizo señales de despedida con la mano hasta que llegué yo–vieja y la halé hacia el interior de la casa. Me miró como ve la gente a un ser molesto cuando le pedí que me abriera, cerró la ventana y desapareció.

Intuí que no me dejarían entrar más, así que me di la vuelta y me interné en la ciudad en búsqueda de un empleo que me permitiera pagar una habitación en la que pudiera vivir. Busqué un lugar en un edificio alto, muy alto, un sitio donde las voces de la gente que camina en la calle no pueden distinguirse para que, si ellas regresan, no pueda yo escucharlas ni aceptar sus invitaciones, ni salir a la calle, ni quedarme de nuevo sin casa.

El inicio del recorrido y los primeros pasos: cuentos infantiles y cuentos sobre niñas

La Caperucita se había aburrido de ser Caperucita
y fue a hablar con el escritor. No era la única: estaba la
Bella Durmiente y Blanca Nieves, entre otras.
Ellas se saludaron y Caperucita les preguntó:
"¿Quieren tomar un café?" "Sí, claro", respondieron ambas,
y tomadas de la mano, se sentaron a platicar.
Junto con el aire llegaron tres príncipes:
Caperucita se fue con uno a la casita de dulce,
Blanca Nieves a la bahía sirena
y la Bella Durmiente a un jardín encantado.

Ana Paula Carrillo Meza, Guatemala/México, 1996

LA LAGARTIJA DE LA PANZA BLANCA (UN CUENTO PARA HOMBRES-NIÑOS DE IMAGINACIÓN GRANDE)

Yolanda Oreamuno (1916-1956)
Costa Rica

Para Kiko Quirós

Dicen que había una vez doña Anacleta. Doña Anacleta dicen que escondió a Morazán. En una cueva. Así, negra, seguramente grande, con pedruscos enormes. En el corazón de una montaña. Porque las montañas tienen corazón; de eso estoy segura; de lo que no estoy segura es de conocer a doña Anacleta y mucho menos a Morazán. La cueva desgraciadamente está ciertamente en Tres Ríos y no en Guanacaste. Tenemos el hábito de buscar todo lo bonito y todo lo pictórico y típico en Guanacaste; pero yo lo siento mucho: la cueva está ciertamente en Tres Ríos. Allí no hay seguramente llanuras que se llenen de barro y agua en invierno y que se rebosen de sol en verano; no hay inmensidades ni montañas que se derramen chorreadas sobre la maravilla de la planicie. No hay todo eso. Pero hay árboles azules con el tronco morado y hay montañas, sí, seguramente. Y hay bonitos rincones de sombra y caminitos pincelados sobre el pasto.

Pero esto es ahora. En "esos tiempos", yo no sé. Porque todo esto sucedía en "esos tiempos" en Cartago. Esto quiere decir una época que se puede situar en el lugar de la historia que nos guste más; podemos vestir a las señoras de crinolina y tontillo, o ponerles camisas de gola. Había, pues, una señora venida a menos. Ahora caigo en la cuenta de que la señora como vino a menos, debió usar primero crinolina y tontillo y luego, camisa de gola. Bueno, no importa. La señora tenía también hijas.

Las hijas estaban en inminente peligro. Desde luego. No había plata en la casa. Su equilibrio moral…

Bueno, su equilibrio moral amenazaba. Ya se ve. Eran lindas y así… dulzonas, lechosas. Debía ser muy lindo todo aquello. Pero así, o por eso, la señora sufría. Sí, sufría mucho. Tenía mucho miedo por sus hijas ñatonas y buenazas. Seguramente las rondaban a caballo, y les cantarían serenatas y las muchachas debían mover mucho las enaguas. Y lavaban el piso, porque una debía cocinar, la otra hacía la casa y la otra… Bueno, yo no sé si se puede repartir el oficio sin saber cuántas eran… La señora se fue entonces a la cueva a pedirle al er… Se me olvidaba decir que la cueva tenía un ermitaño. Y era muy bueno, y estaba muy flaco, y hablaba despacito, y en las tardes veía ángeles blancos. La cueva tenía piedras grises y el ermitaño soñaba con Dios.

La señora fue y le pidió. El ermitaño rezó. Siempre rezaba, y rezaba con gran fe. Le dijeron los ángeles blancos…

Y entonces el ermitaño estiró la mano. Una mano de brujo, flaca y pálida, con grandes uñas como ríos en una tierra morena, con tilintes nervios como grandes costuras, para darle lo primero que viera. Antes había estado con los ojos al cielo, muy celestes y muy iluminados, y luego los había bajado resbalando sobre las paredes, sobre toda la tierra, sobre el musgo, sobre las hojas secas, y allí, estaba una lagartija.

Aquello era, no había duda, lo que él tenía que darle a la señora. No se le ocurrió seguramente pensar al ermitaño en el poco valor de una lagartija, porque estiró su mano de brujo y la lagartija se puso quieta, agarró con su mano de brujo y la lagartija se puso tiesa, dura, fría y pesada.

La señora hizo con las suyas un nido de recogimiento y credulidad para recibir. Puso los dedos entrelazados. Así… Uno sobre el otro y

las dos palmas se ahuecaban cascarosas y rajadas, y los ojos miraron el nido, hechos despabilamiento de admiración.

El ermitaño entonces vació la extraña joya: la lagartija cubierta de esmeraldas por encima y por debajo, porque todavía no tenía la panza blanca.

Y ella se fue. Por el camino pincelado en el pasto, por la verja de árboles estatuados contra el caminito.

Y fue a valorar la joya donde el viejo avaro que tenía manos de santo. Pero la señora no quería tantos doblones, u onzas, o la moneda de "aquel tiempo". Le bastaba con menos; con muchísimo menos. Ella se avergonzaba de la cantidad que se negaba a oír. Entonces el viejo arrancó las esmeraldas de la panza. De la panza para que no se viera mucho y pagó.

La señora puso casa. Las hijas buenazas, ñatonas y que movían las enaguas se casaron seguramente con el caballero que las rondaba a caballo y que les cantaba serenatas por la noche. Y la señora pensó que no iba a necesitar más. Era mucho lo que tenía su humilde felicidad. ¿Para qué más? Subió al día siguiente por el senderito de la montaña, con el nido de las manos hecho unciosa y amorosamente. Un nidito de fe hecho con pajitas de cariño y calentado con lágrimas de agradecimiento.

Dicen que el ermitaño cogió la lagartija con sus manos de brujo, y la lagartija dejó de ser fría, inerte y pesada y dicen también que la puso en el suelo y la lagartija echó a andar.

Y también cuentan que desde "aquel tiempo", todas las lagartijas allí en los alrededores de la cueva de piedras grises y musgo verde, por los caminitos de la cuesta de la montaña entre los árboles azules de tronco morado, y por donde la señora subió y por donde la señora bajó, tienen la espalda verde y la panza blanca.

Esto lo cuenta un viejo. De manos de brujo. Y dice que es cierto.

Todo es sencillo y arrullón y tembloroso. Así… Bueno…, suave y tranquilo como debía de ser todo en "aquel tiempo".

LAS ONDINAS

Rafaela Contreras Cañas (1869-1893)

El Salvador

Tres eran y llamábanse Coralina la mayor, Espumina la segunda y Perlina la menor.

Vivían allá en el fondo del mar y como eran demasiado jóvenes aún, no habían salido de su gruta.

Era ésta inmensa y aunque por fuera no se veía sino la roca cubierta de pequeños mariscos, de arenillas y algas, por dentro era un verdadero palacio.

La parte superior y que servía de techo a la linda morada de las ondinas, estaba como tapizada de perlas, corales, conchas y cristales. El suelo era de la más fina arena, en la cual se veían brillar como las estrellas en el cielo, pedacitos de coral, piedras preciosas y arenillas de oro.

A Coralina la llamaban así porque vivía sentada, como en un trono, sobre una rama de coral.

Espumina porque vivía en una concha que la reina de las ondinas le formó para que descansase, tocando con su carilla las espumas.

Y Perlina, porque acostumbraba encerrarse con las perlas, en el estuche de la ostra, de lindo nácar. Además, llevaba en la cabeza una diadema de blancas perlas. De allí le venía su nombre.

Un día, sentadas las tres juntas, decía Coralina a sus hermanas.

—Yo, que soy la mayor, veré primero el mundo, y cuando lo conozca bien, os diré si debéis o no conocerlo vosotras.

—¿Y cuándo irás?—, preguntaba Espumina ansiosa.

—Pronto, muy pronto.

—¿Por qué no ya?

—Porque soy muy joven y me falta el valor. ¡Hablan tanto del mundo!

—Oh, si yo estuviese en tu lugar, Coralina, me iría ya. ¡Tengo tantos deseos!

—¿Irías en mi lugar?

—¡Pues ya lo creo! Yo no tengo miedo.

—¿De veras dices eso?

—Sí, y si no vas pronto tú, me iré yo.

—No, Espumina, iré, yo te lo prometo.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Bravo!— dijo ella, batiendo palmas.

Al siguiente día, cuando el sol iba ya a aparecer en el horizonte, cuando se percibían ya los rojos trazos sobre el lecho de nubes nacaradas que recibiendo la primera luz, esperaban como un trono vacante, Espumina y Perlina abrazaban a Coralina que, ataviada regiamente, se preparaba para salir por primera vez de su gruta y ver el mundo, aquel mundo que no habían visto aún sino en sus sueños de ondinas.

Salió, pues, fuera de la gruta y llegó cuando el sol lanzaba sus primeros rayos, junto a una roca en la cual se sentó, contemplando desde allí la ciudad con sus hermosos palacios, sus soberbias torres, sus espléndidos jardines y sus deslumbradores trenes.

Cuando la hubo contemplado a sus anchas, fuese largo de allí, pero no tanto que no la viese de lejos cuando ya empezaba a despertar.

Pasó así del día, viendo todo el movimiento de aquel oleaje humano, oculta en una roca muy inmediata a la playa.

Por la tarde, cuando ya el sol iba desapareciendo en el horizonte y las primeras sombras crepusculares bajaban a la tierra envolviéndola, venía por la playa un hombre, el primero que veía de cerca, con la cabeza inclinada sobre el pecho y caminando muy despacio.

Detúvose casi frente a ella y se sentó en una peña, teniendo entre sus manos la cabeza.

Luego la levantó y tomando la cítara, que llevaba consigo, empezó a cantar acompañándose con ella, una canción sumamente triste, pero también muy dulce.

La ondina, que por primera vez veía un hombre y por primera vez escuchaba una canción, cuando concluyó él, salió de la gruta y presentándosele de improviso, le dijo:

—¿Por qué cantas con tanta tristeza?

—Porque sufro—, contestó él.

—¿Cuáles son tus penas?

—He amado a una mujer y ella, pérfida, me engañaba.

—¿Son así las mujeres?

—Sí.

—Entonces, ámame a mí, que no lo soy y que sin embargo soy tan o más linda que ellas.

—¿Quién eres tú?

—Soy una ondina

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Coralina.

—¿Coralina? Oh, por cierto que no serán tan rojos los corales como tus labios.

—¿Te parezco bella?

—Como un ángel.

—¿Y me amas?

—Amarte aún no, pero sí te contemplo con un placer inmenso; ¡eres tan linda!

Volvióle ella la espalda y entróse en la gruta, dejándole admirado y asustado.

Al siguiente día por la tarde, tornó él al mismo sitio y pulsando de nuevo la cítara, cantó, pero la ondina no salió.

Y vino él de este modo tarde a tarde, y la ondina no pareció más.

Entonces cantó llamándola y jurándola amarla siempre.

Al tercer día de llamarla de este modo, Coralina apareció de nuevo y acercándose le preguntó:

—¿Me amas ya?

—Con toda mi alma. ¿Y tú?

—Siempre te amé.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te vi.

—¿Y por qué no venías?

—Porque no me decías que me amabas.

—Y ahora que ya lo sabes, ¿vendrás siempre?

—Sí, siempre.

Todas las tardes cantaba él y ella venía enamorada a escucharle.

Un día le dijo él:

—Mira, Coralina, yo te quiero ver fuera del mar, como las mujeres. Ven fuera y juntos recorreremos el mundo y nos amaremos siempre y serás mi esposa. ¿Quieres?

—Sí, lo quiero porque tú lo quieres, pero no podré salir de aquí sin permiso de mi reina. Iré a buscarla; la pediré me haga mujer y entonces volveré y nos iremos lejos, donde quieras.

Accedió él y ella desapareció en el abismo, quedando tan sólo algunas blancas espumas que en breve desaparecieron también.

Cuatro días después, cuando él cantaba en la playa, abriéndose las aguas y Coralina surgió como una visión y se dirigió a la playa, a donde llegó en seguida, yendo a sentarse al lado del cantor.

—¿Eres mujer?, le preguntó asombrado él.

—Sí, ya lo soy, le contestó.

—¿Y cómo?

—Has de saber que la reina de las ondinas, que es madrina de mis hermanas y mía, nos tenía prometida una gracia, cualquiera que ésta fuese. He ido a buscarla a su palacio y allí, junto a su trono de una sola perla, me arrojé a sus pies y le pedí me hiciera mujer.

Accedió ella y llamando luego a Selín, —un enorme y pícaro pez de los que están a sus órdenes—, le mandó me trajera aquí, pues siendo ya mujer podía se devorada por los monstruos. Sentada sobre Selín vine hasta aquí, y aquí me tienes ya mujer, ondina nunca más. ¿Estás satisfecho?

—Sí, vámonos. En breve te haré mi esposa y te llevaré orgulloso por el mundo, que te contemplará atónito.

* * * * * *

En vano esperó Espumina el regreso de Coralina. No volvió más.

—No hay que dudarlo, —decía entonces a Perlina—, nuestra hermana debe estar tan contenta, ser tan dichosa, que se ha olvidado de nosotras. Debemos ir también y ver lo que ella no se atreve a dejar ni aun para venir a vernos. Lo que soy yo, estoy dispuesta y mañana me lanzo fuera de aquí, para ver ese cielo que se refleja azul aquí en el mar, esas estrellas que vemos como ojos de fuego a través de las aguas, y ese mundo, en fin, que me imagino a veces como un paraíso donde sólo se pisan flores y polvo de oro; y otras como un montón de escombros y guijarros que destrozan los pies y entre los cuales quedan jirones de las ricas vestimentas.

—¿Quieres venir conmigo?

—No, hermana, no voy. Anda tú; y si ese mundo es el paraíso que dices, no seas como Coralina que nos olvidó. Despréndete un momento de la felicidad que goces y ven a llevarme.

—Te lo prometo, hermanita. Además, eres muy joven y es mejor que esperes aún. Tienes razón en no seguirme.

Al siguiente día Espumina besó en la frente a Perlina, le dio un estrecho abrazo, y abriendo la puerta de la gruta, se lanzó en plena mar, yendo por una rara casualidad a parar a la roca donde Coralina permaneció encerrada antes de conocer al cantor.

Allí sentada estuvo todo el día esperando que viniese la noche que la ocultara y entonces iría casi hasta la playa y vería bien cerca la ciudad iluminada por el gas dorado y oiría hablar a las gentes y nadie sabría que ella estaba allí.

Recostóse, pues, sobre la fina y blanquizca arena que había entre la roca y durmióse esperando la desaparición del sol y la venida de las sombras.

De repente, dormida aún, parecióle escuchar allá a lo lejos, una canción triste, muy triste, que más que canción parecía un lamento; pero eran tan dulces y tan sentidas las notas que producía el instrumento, aún no conocido para ella, que se estremeció y despertó.

No era aquello un sueño, era en verdad la voz de un hombre y las armónicas notas de una cítara, pulsada por una mano maestra.

Salió de la gruta y como impulsada por una fuerza magnética, lanzose en busca del cantor, que estaba cerca, en la playa, sentado sobre una peña que las aguas besaban sin cesar.

Llegose a él sin que la viera y tocándole el hombro, dijo sonriéndole:

—¿Por qué de esa manera te lamentas?

—Porque me ha engañado una ondina que por mi amor según me dijo, se hizo mujer.

—Vamos, cuéntame toda la historia.

—Es muy sencilla. Una mujer a quien yo amaba me olvidó por otro. Entonces yo, triste, muy triste, tomé mi cítara y aquí, lejos de la ciudad, que tal vez se burlaría de mi dolor, vine a contarle mis penas al mar.

Una ondina oculta entre esas rocas me escuchaba, y atraída por la música, salió, me vio y me dijo que me amaba.

Yo me enamoré loca, ciegamente de ella y le rogué viniese fuera, y juntos, mi esposa ella, su marido yo, que nos fuésemos por el mundo.

Consintió ella y entrando al fondo del mar, fue a pedir a su reina la hiciese mujer.

Tres días después la vi aparecer. Salió fuera del agua, me tomó de la mano y me dijo:

—Ya podemos irnos. Soy mujer, ondina nunca más.

Yo, trastornado de gozo, me la llevé y la alojé en un palacio y le di flores, oro y pedrería y esclavas que cantaban o tocaban para dormirla.

Iba en breve a llamarla mi esposa, pero asomada un día al balcón, vio pasar a un hombre que vestía con más lujo que un príncipe y que montaba un soberbio caballo. Se enamoró de él y él, que la vio más linda que un sueño, la amó también.

Un día la fui a buscar y sólo encontré a las esclavas, que lloraban angustiadas por el desaparecimiento de su señora.

¡Había huido abandonándome, a mí, por quien se había hecho mujer!

—Ya que lo había sido, fue como todas: variable y pérfida.

Desde entonces, me propuse no volver a amar, pero triste, muy triste, vengo todas las noches a cantar aquí.

—¿Cómo se llamaba la ondina?

—Se llamaba Coralina.

—¡Mi hermana!

—Ah, ¿era tu hermana?

—Sí.

—Debe ser cierto, pues eres tan divinamente bella como Coralina.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Armando.

—Qué lindo nombre.

—¿Te parece?

—Sí, tan hermoso como tú.

—Ah, si así fuese, no me habría olvidado tu hermana.

—Te olvidó porque fue mujer… Yo no te olvidaría nunca.

—¿Las ondinas no olvidan?

—No. Ellas no pueden amar sino una sola vez.

—¿Me amarías tú?

—Te amo.

—¿Cómo te llamas?

—Espumina.

—Menos blancas que tú son las espumas. Eres en verdad muy bella.

—¿Tanto como qué?

—Como un sueño de ventura.

—¿Me amarías?

—No, porque al ser mujer, me dejarías de amar como tu hermana.

—¡Oh! Entonces no seré mujer. Vente tú conmigo y te amaré por toda una eternidad.

—Yo soy humano y no puedo entrar en ese abismo.

—Le pediré a mi reina me conceda tu entrada al fondo del mar, allá donde tenemos nuestro palacio.

—¿Quieres?

—Sí.

—¿Y me amas?

—Sí.

Hundiéndose ella en las aguas y Armando con la mirada fija en el punto donde la vio desaparecer, se preguntaba si había sido un sueño todo aquello, o si era cierto que hubiese visto aquella ondina del mar.

A los tres días, lo mismo que su hermana, apareció Espumina.

—¿Y bien?—, dijo al verla Armando.

—¿Vas a seguirme a mi palacio?

—Me ahogaré en el mar.

—No, la reina me ha dado esta perla—, dijo mostrándola.

—¿Y para qué?

—Vas a bebértela disuelta en agua.

Tomó luego un poco en su mano y puso dentro la perla que quedó disuelta en el acto.

Entonces acercó la bebida a los labios del cantor y le dijo:

—Bebe.

Obedeció él y tomó el brebaje en la linda mano de Espumina, que en seguida le dijo:

—Ahora vamos, ya puedes, lo mismo que nosotras, ir por el mar.

Tomole de una mano y atrayéndole, se lanzaron juntos en aquella inmensidad.

* * * * * *

Perlina, que la había visto llegar con aquel hombre a quien amaba, la abrazaba poco después, un día, y enjugaba sus lágrimas.

—Pero, ¿por qué lloras, mi buena Espumina? ¿Qué tienes? ¿No eres feliz?— le preguntaba.

—Soy bien desgraciada.

—¿Por qué? ¿Qué te falta?

—El amor de Armando.

—¿Ha muerto?

—No, pero ha dejado de amarme y me ha abandonado por una sirena.

—¿Cómo ha sido eso?

—Ay, Perlina, el que lloraba porque dos mujeres le habían olvidado, halló consuelo en mi amor y me lo traje aquí.

No cantaba, no tocaba, vivía contemplándome y yo a él.

Pero un día tomó su cítara que trajo consigo, y acompañándose con ella, empezó a cantar con su dulce voz, que temblaba de amor.

Las ondinas y las sirenas vinieron a escucharle y yo, llena de orgullo, las miraba a todas y todas envidiosas me miraban a mí.

Tarde a tarde tocaba y cantaba él y así veía llegar a una sirena, de quien por fin se enamoró y por ella me olvidó a mí.

Y ahora escucho su hermosa voz y las notas de su cítara, allá a lo lejos, en la gruta de las sirenas.

Ah, hermana mía, ¡cómo son los humanosde imperfectos! Tienen en vez de corazón una veleta que gira constantemente. Los hombres se quejan de las mujeres y las mujeres de los hombres. ¡Todos son iguales!

Y la pobre ondina lloraba amargamente su desventura y estaba triste y no hablaba, no cantaba, ni reía.

Muda siempre, vivía metida en su concha.

Un día salió Perlina a visitar a la reina y al volver vio en la concha el cuerpo de su hermana que acababa de morir y que empezaba a deshacerse en espuma blanca y fina.

Al poco rato se formó de aquella espuma una linda concha.

Lloró la pobre Perlina, ya sola, mucho, mucho y por largo tiempo, las desgracias que a sus hermanas había ocasionado el mundo.

Un día oyó grandes gritos, mucho ruido, muchas risas: abrió la puerta y preguntó lo que sucedía y una linda ondina muy niña aún, le contestó:

—Es que Armando, el hombre que canta y toca la cítara y a quien amó tu hermana, ha olvidado a su sirena y se ha enamorado de otra; pero aquélla, que es muy lista, se ha quejado a la reina, que irritada por el desorden y las desgracias que ha causado el cantor, ha mandado que le saquen otra vez a la tierra.

Todos corren tras él y le van sacando fuera, después de castigarle fuertemente, lo que nos ha hecho mucha gracia.

Cuando salía Armando, vio una mujer que se lanzaba al mar y que vino a caer rodando en medio de todas las ondinas, que gritaron casi a un tiempo:

—¡Coralina!

Al oír el nombre de su hermana, volviese asustada Perlina y vio ciertamente a una mujer muerta, que no era otra que Coralina.

Después de enamorarse de aquél que pasaba frente al balcón de su casa, huyó de allí por seguirle y con él se casó. Pero él, que pronto se aburrió, se fue un día y no volvió.

Entonces, desesperada, vino a la orilla del mar, subióse a una roca y a tiempo que Armando salía, se lanzó al mar a morir.

Perlina recogió aquel cuerpo querido y yendo frente a su soberana, la pidió, llorando, se compadeciese de su pobre hermana.

Consintió y tocando con su varilla la ondina muerta, convirtióla en una perla negra.

Luego volviose a Perlina y la dijo:

—Mi buena niña, ahí tienes a tu hermana convertida en perla negra, en memoria de lo mucho que ha sufrido y de las negras nubes que empañaron en el cielo de su felicidad.

Pocas serán las perlas como ésta, muy escasas; y para castigar a los hombres, causa de tantas desdichas, les haré sentir un deseo ardiente de poseerlas y grandes trabajos para adquirirlas.

—¿Estás contenta?

—Sí, señora, y os quedo agradecida.

—¿Y tú no me pides la gracia que te tengo prometida?

Meditó ella y luego le respondió:

—Mañana vendré a pedírosla.

Después se alejó llevando la negra perla querida, a la concha blanca donde ella se ocultaba.

Entonces con la cabeza entre las lindas manos, habló sola en alta voz:

—Mis dos hermanas han muerto, —se dijo— y es el mundo la causa de su muerte.

¿Me habré de exponer yo del mismo modo a sufrir y a parecer como ellas?

¿El amor, ese bien que todos los seres ansían, es acaso la felicidad?

Allá en el mundo son muy pocos los felices, porque en el corazón de los humanos se agitan diversas pasiones, mezquinas unas, grandes, muy grandes otras, que destruyendo la pureza primitiva del amor, la reducen a vil interés unos, a vanidad otros y otros en fin a una simple distracción.

—¿Habrá alguien que sienta el verdadero amor y como tal imperecedero, grande inmenso?

Sí, el amor existe así, en los seres cuyas almas llegan a unificarse y que así, juntas, se lanzan a la región del ideal en donde moran. Sólo así es duradero y firme y aún llega a tener algo de divino.

Pero, ¡ay!, ¡trae tantas amarguras consigo, si por una casualidad nos engañamos!

* * * * * *

Al siguiente día fue Perlina ante la reina y le dijo prosternándose a sus pies:

—Reina y señora, yo vengo a solicitar a mi vez la gracia que me tenéis prometida.

—Habla, ¿qué quieres?— le preguntó ella.

—Quiero, señora, ser hada. Hada de las perlas.

—¿Y qué harás con eso?

—Oh, ¡aún no he concluido! Quiero ser hada de las perlas, es decir, la guardiana de ellas. Pero quiero también, señora, que todas las lágrimas que el amor puro y verdadero haga verter, se conviertan en blancas perlas que yo guardaré en mis dominios.

—Bien, hija mía, desde este momento tienes todo lo que deseas, contestó poniendo sobre la cabeza de la linda ondina la diadema, y en su mano la varilla, símbolos de su dignidad.

Y desde entonces la dulce hada Perlina recoge las lágrimas de los amantes y las guarda, haciendo de ellas coronas para los que, débiles, sucumben a una pasión real.

Stella

1

Eugenia Gallardo (1953)

Guatemala

Había una vez, en otros reinos, en otros tiempos, una princesa que no quería despertar. El príncipe, luego de matar setentidós dragones y de atravesar veintinueve puertas traicioneras, susurraba postrado ante el lecho de la princesa:

—Despierta, mi dulce amada, despierta de tu largo sueño.

Pero la princesa no despertaba. Suspiraba y volvía a caer en un sueño profundo. El príncipe insistía.

—Despierta, mi dulce amada. No temas, seguirás llamándote La Bella Durmiente, pero despierta.

La princesa no respondía. La princesa no respondía porque soñaba.

LOS REYES MAGOS Y LA MUÑECA

Virginia Grütter (1929-2000)

Costa Rica

Yo sé que va a ser Nochebuena porque comenzó a soplar el viento norte. Cuando el estero se llena de olas tan chiquitas y empinadas que parecen velas, y a los bongos la vela se les dobla como si fueran a volcarse, va a ser Nochebuena. Además porque las tías andan otra vez apuradas escondiendo sus cajas en el cuarto de atrás, como el año pasado. Y se pasan el día entero en la tienda, y hasta de noche no regresan.

Abuela también es otra persona, todo el día de adentro para afuera, muy contenta regañando a Mercedes si se atrasa el almuerzo. En mí ni se fijan, y a veces ni estoy haciendo nada, sólo jugando en la puerta con mis yaxes, y allá te va la regañada como si uno fuera no se sabe qué.

Pero si me llevan a pasear donde los Casabelena, que viven en la esquina del parque donde está la tapia esa muy alta, me restriegan con un trapo mojado con agua y colonia que me quieren dejar sin pellejo, y me ponen la bata de organdí bien almidonada que me araña debajo de los brazos, y me pellizcan si pongo la cara fea. Yo lo que hago es irme para la cocina donde Mercedes, y recostarme en su regazo, y el delantal le huele a masa de maíz y a almuerzo acabado de hacer. Ella me hace el

huevo pasado por agua que le queda la clara blanquita y tierna la yema. Yo le ayudo a recoger las astillas cuando pica la leña, y las dos le enseñamos al perico a decir "urria, periquito lindo".

Cuando estaban haciendo la siesta fue que me metí en el cuarto de atrás a abrir las cajas, y me sentía como cuando crucé la calle sin permiso para ir a la barbería, que llegué resoplando y atrás de mí llegaron las tías y de una oreja me trajeron otra vez para la casa casi a rastras y me vio todo el mundo. Yolanda y Elvira, las hijas del barbero, me vieron también. Nosotras siempre viéndonos, ellas desde su ventana y yo desde la mía, porque no nos dejan jugar juntas. Casi me arrancan la oreja y así me siento ahora, como cuando me dijeron que me debía remorder la conciencia.

A mí me habían dicho que las muñecas las ponen los Reyes Magos en persona en la tienda. Yo me quedé pensando que para qué tanto misterio, si lo mismo da saber que las ponen en la tienda o que las lleven a la casa primero. Cuando las tías empezaron a preparar los tamales en la mesa grande del comedor y ponían la masa en la hoja del plátano, y adentro las aceitunas y las pasas y los chiles dulces y el arroz teñido con achiote, no sabían que yo sé que lo de las muñecas es como el tamal, que se ve de un modo y es de otro.

En eso llegó mi prima Marita.

Marita es ésa que habla con la boca pegada. Yo creo que no tiene labios. Vive en el barrio del Carmen y ya usa vestido con cintura. A veces llegan de visita pero la abuela no los deja pasar de la sala. Su papá cuando se sienta, se quita el sombrero y se lo pone en la punta de las rodillas.

Yo le dije a Marita lo de los Reyes Magos, que no era a la tienda sino a la casa donde llevaban las muñecas, porque ella siempre cree que lo sabe todo.

Entonces fue cuando me dijo:

—¡Ah, chiquilla ésta! Pero, ¿no sabes que no hay Reyes Magos ni nada de eso, y que son los papás de uno los que compran juguetes y después se los ponen debajo de las camas, y que los juguetes los hacen en fábricas y que patatín y patatán?

Yo le grité mentirosa como cuatro veces, pero tuve que salir corriendo porque me daba cuenta que era cierto. Entonces todo eran

puras mentiras. Mentirosas, montón de mentirosas. Las tías y la abuela y todas, todas. Sólo quieren que uno esté aburrido y atontado, jugando yaxes y ellas lo hacen todo a espaldas de uno.

Mercedes, ¿por qué no me dijiste nada? ¿Tenías miedo de que te regañaran? ¿Mentiste o también te engañan? Que no me vengan a preguntar por qué lloro.

Le enseñaré a hablar al perico como si tal cosa, me comeré el huevo como si fuera un huevo cualquiera. Veré pasar los bongos por la tarde y cantaré como si no pasara nada. Pero cuando llegue la noche de la Nochebuena no me quedaré para ver si veo a los Reyes Magos entrar por la ventana.

¿Esperarlos? ¿Esperar a quién? ¿Qué voy a esperar?

Y por eso estoy aquí jugando yaxes debajo del almendro con Yolanda y Elvira. Aunque me arranquen las orejas. Y ellas se me quedan mirando y no saben por qué estoy tan contenta.

LA SEÑORITA CARMELA

Gloria Hernández Montes (1960)
Guatemala

Me gustó mucho hacer mi Primera Comunión. ¡Todo lo que usé ese día era nuevo! Lo más lindo era el vestido blanco y largo como el de las hadas en los cuentos. Mi abuela dijo que yo estaba igual a la muñequita que mi mamá puso encima del pastel. ¡Qué pastel! Creo que nunca había comido tanto. El turrón se me deshacía entre la boca y mi mamá nos correteaba a mis hermanos y a mí de la cocina. Hundíamos un dedo por el lado del pastel y se sentía blandito, blandito. Luego nos chupábamos el dulce hasta que se terminaba. Pegajoso, muy blanco y rico.

La misa estuvo linda. El padre me dijo que siempre fuera una niña buena, y que creyera siempre en Jesús, y que obedeciera y respetara a mis padres, y que siguiera el ejemplo de mis mayores, y muchas otras cosas que no recuerdo. Yo sentía una cosa bien rara en el estómago. Era como si no pudiera estar más contenta y ser mejor que en ese momento. Hasta sentí como que quería llorar y no estaba triste. Mi maestra de doctrina me miraba contenta. Ella dijo que estaba orgullosa de mí.

Entre todos los regalos había un catecismo, crayones y muchas cosas que me gustan, pero los mejores fueron dos biblias ilustradas para

niños. Ilustradas quiere decir que tienen dibujos y entonces pude saber cómo era de verdad el niño Jesús, el bueno de Abel, Noé con todos sus animales y Jonás entre el estómago de una gigante ballena de ojos verdes. También conocí a los malos de las historias. A la serpiente con una lengua que se partía en dos, a Caín y a Judas. Los malos me daban miedo porque decía la señorita Carmela que tenían negro el corazón.

Con esas biblias empecé a leer. Aprendí todo acerca del bien y del mal. Me las sabía de memoria, la de Jacob, la de Moisés, la de Abraham, y cada día me gustaban más. Yo quería ser como ellos o como mi maestra de religión. De vez en cuando miraba a las monjas en la misa y deseaba ser como ellas. Debe ser como hacer la primera comunión cada día y sentirse buena siempre.

Yo quería saber más. Yo quería ser una mejor niña para que Jesús me viera desde el cielo. Por eso llevé mis biblias a la clase. A mi maestra le gustaron. Ella dijo que estaba encantada conmigo, pero yo pienso que estaba encantada con mis biblias. La de ella no tenía dibujos. Tal vez por eso ella se aburría a veces y se quedaba dormida sobre la mesa. Eso era mientras nosotras escribíamos una composición sobre nuestras buenas acciones. A mí me daba un poco de pena que las demás se rieran de que ella roncara. Algunas se escapaban de la clase a tocar la campana. A veces, aunque yo no quería, me daba risa y sabía que eso estaba mal.

Un día mi maestra me pidió prestadas mis biblias. Se las di y ella me dio un gran beso en la frente. Ella me dijo que yo era buena. Yo me sentí muy feliz. Ella me ponía mucha atención y contestaba todas mis preguntas.

Cuando ya se iba a terminar el año, la maestra todavía no me devolvía mis biblias. Mi mamá estaba tan enojada que me tuve que animar a pedir mis libros. Mi maestra me dijo que estaba muy apenada pero que se las habían robado. Me contó que le quitaron su monedero y su sombrilla también.

Mi mamá me regañó mucho. Me dijo que no tenía que llevar cosas valiosas a la escuela porque se pierden. Pero ella no entendía. Mi maestra y yo pensamos que Dios castigaría algún día a los malos que se llevaron nuestro tesoro.

Para los exámenes finales casi ni nos vimos. Yo quería platicar con ella y oír su voz tan ronca como la del maestro de canto. Apenas me pude despedir antes de irme de vacaciones.

Hoy estoy muy contenta. Es mi primer día de clases y ya paso al cuarto año de primaria. Parece que es muy difícil, cuarto. ¡Dicen que ya se estudian problemas con división y se memorizan todos los nombres de la Conquista!

¡Esto sí que no es justo! Nos cambiaron maestra de religión… La señorita Carmela sólo prepara a las niñas del tercer grado para que vistan de blanco. A la hora del recreo fui a buscarla. La saludé y la besé. Ella se dejó besar pero no estaba cariñosa como siempre. A saber por qué…

Hoy sí estará triste Jesús conmigo... Me sacaron de la clase por ponerme a platicar y me dejaron debajo de la campana. Como queda cerca la clase de tercero me fui acercando despacito para ver. Es que allí estaba mi maestra. Lo supe por su voz. Con cuidado para que no me viera castigada me puse a espiar. Mi nariz dibuja dos círculos pequeñitos en la ventana fría cuando respiro. Allí está: grande, muy grande el vestido negro de flores moradas y verdes. Todas las niñas ven su mano derecha en alto que señala al cielo. Yo veo la otra, la izquierda. La mano que tiene una de mis biblias. Siento como si el cristal de la ventana se rompiera. Se hace muchos pedazos por donde la veo, tres, cuatro, cinco señoritas Carmelas. Cuando lloro, las cosas cambian de forma al cerrar los ojos despacito antes de que se caigan las lágrimas. Sé que tengo el corazón negro y que me he pasado del lado de los malos de las historias. Ella me ve llorando en el corredor y sólo cierra la ventana para no distraer a las niñas buenas. Yo me quedo afuera oyendo cómo digo bajito, bajito, LA ODIO, SEÑORITA CARMELA.

DE PIEDRA

Hilda Chacón (1960)

Costa Rica

Tengo una piedra cóncava y hueca entre las manos, con un orificio pintado de noche. Acabo de encontrarla en el suelo revuelto mientras unas máquinas metálicas abrían la tierra para construir una nueva calle. La tierra es un lugar mágico. Cada vez que alguien la rasga, regala piedras, plantas, insectos fosilizados y fragmentos de cacharros enterrados.

Descubrí esta cavidad maravillosa en medio de la excavación, y ahora soplo por el hoyo de su vientre nocturno, desde el mediodía en que vivo. Soplo la piedra, y suena. Su vacío produce música. Una nota profunda y sonora se expande desde el agujero de la piedra, por la cuadra entera del barrio. Mis amigos la escuchan y sé que van a venir.

Chepe, Alma, Juan Ca, Óscar, Isis, Gloria, Hermann, Christina, Rodri, Thais, Miguel, Magda, Guiller. Todos intrigados por esta música mágica, vienen a escuchar el canto de la tierra.

De pronto, vemos llegar un carro de la policía. Sé exactamente a dónde se dirigen. No es la primera vez. Me voy, aferrada de la piedra. Llego a casa y entro sigilosa por la ventana del patio. Unos golpes

tenaces se descargan sobre la puerta del frente. Vuelven a golpearla de nuevo y yo venzo el pánico que me mantiene alejada de la puerta.

—¿Está tu papá?— me preguntan mirando hacia otro lado, como suelen hacer los adultos cuando se dirigen a los niños.

—No sé. Espere un momento.

Dejo la puerta entreabierta, pero un viento venido de lejos se ensaña sobre ella y la cierra. Papá, papá. ¿Dónde estás? Te busco y no te encuentro por ninguna parte. No quiero que mamá después me reclame que no hice las cosas bien. Pero no te veo por ninguna parte. Sólo me queda buscar en el closet de ella. Pero, ¿por qué habrías de estar allí? Abro la puerta, solamente para decirle a mamá cuando me pregunte, que sí, que te busqué por todas partes y que de plano, no estabas. Entonces, tu voz me sorprende en la oscuridad:

—Diles que no estoy.

A los cinco años una sabe que hay voces que hablan en la oscuridad. Corro hasta la puerta del frente y la abro, no vaya a ser que los señores se hayan disgustado porque el viento la cerró tan abruptamente. Les informo:

—Dice mi papá que no está.

Fehaciente, con la verdad como estandarte, no percibo el peligro que me propicio.

Los escucho reír a carcajadas y uno de ellos se me acerca mucho a los ojos:

—Pues dígale a su papá que salga, que no sea maricón.

Me voy repitiendo las palabras en voz alta, para no olvidar el mensaje "que salga, que no sea maricón, que salga, que no sea…"

Llego jadeante al closet, donde ahora sé que estás. Me sorprende un olor fétido, como el que salió de mi cuerpo una mañana al despertar y tú me pegaste con la hebilla del cinturón. Porque a ti te gusta practicar en carne ajena aquel adagio de "la letra con sangre entra". Sobre todo cuando la carne ajena es la mía.

Pienso en todo esto y en muchas otras cosas al darte el mensaje de los señores policías. Pero antes de que las palabras salgan de mi boca, veo tu mano levantarse en el aire y venir hacia mi rostro como una manada de aves carnívoras. Como las que utilizan ustedes en los entrenamientos paramilitares del movimiento nacionalista, según te he

escuchado decir. Y en ese preciso momento, me visita el recuerdo de tus brazos que me rodean y no me dejan respirar; cuando lloro mientras tú te ríes. Y vuelvo a escuchar tu voz cuando ríes a carcajadas porque soy pequeña y no puedo escaparme de ti. Y te ríes aún más porque soy mujer, dices, y no puedo escaparme de tu abrazo. Me falta el aire y tu mano implacable viene desde arriba, donde dices que debes estar tú siempre. Tengo en el cuerpo las señales que tu mano me imprime. La espalda me duele desde que puedo recordar. Me siento diminuta, como me sentiré siempre frente a los hombres muy altos, y cierro los ojos porque tu puño viene cayendo sobre mi cuerpo. Me cierro, igual que la planta que llamamos "dormilona", que se repliega de súbito cuando un animal pesado roza sus hojas nerviosas. Me enrosco sobre mi vientre. De repente, siento la piedra hueca entre las manos. La piedra cóncava. La piedra vacía.

Siento la piedra ponerse cálida entre mis dedos y la veo moverse como con vida propia. Está muy caliente, casi no la aguanto en la mano. Me quema, y sé que tengo que soltarla. La lanzo, sin pensarlo dos veces, y la piedra se dispara en la misma dirección desde donde viene tu puño, que me busca. Te detienes, porque la piedra emite sonidos melodiosos volando en el vacío hasta estrellarse contra tu cuerpo. Observo la piedra, y escucho el ruido que produces deshaciéndote en mil pedazos. Tus costillas se dispersan por el suelo como una marimba de domingo, como una manada de pericos a fin de año procurando el calor del verano en el sur del continente, con algarabía.

Tienes todas tus costillas. Las cuento y no te falta ninguna. Veo tu cuerpo fragmentado y levanto la piedra que yace junto a tus fragmentos. Me pongo de cuclillas como mis ancestros, los que viven en mi sangre, los que tú nunca permitiste nombrar. Levanto la piedra que yace junto a tus retazos. La acerco a mis labios temblorosos. Soplo de nuevo, y el viento se cuela jubiloso para bailar y cantar en el vientre cóncavo de la piedra. Estoy invocando a mis amigos. Escucho sus pasos. Sé que están en camino. Sé que nos vamos a encontrar.

La piedra canta con su voz profunda de entraña de la tierra, animada por los huracanes que nacen de mi boca. Entonces, tus pedazos se vuelven pájaros que erizan las alas multicolores para alzar el vuelo, libres de ti.

Cada pájaro se pierde en el horizonte. Escapan por la ventana abierta del cuarto de mamá. Escucho sus cantos.

Aún tengo la piedra en las manos, y estoy escribiendo. Cuando los oficiales me pregunten de nuevo, interrogándome con sus luces de neón y el puño amenazante:

—¿Dónde está tu padre?

Yo podré contestar con voz firme:

—No sé. Se rompió en mil pedazos que volaron por la ventana, convertidos en pájaros de colores. Si no me cree, acérquese y escuche el eco de su canto en esta piedra hueca que tengo entre las manos, cada vez que escribo.

MY UNCLE THEOPHILUS[1]

Zee Edgell (1940)

Belice

The day after the ex-servicemen's riots, my Uncle Theophilus and I made our way through the streets of Belize City. Groups of people were gathered on Albert Street, littered with glass from shattered, looted shop windows. Uncle Theo, recently returned to British Honduras from Egypt at the end of World War I, had no sympathy for the British merchants. He believed they were hand in glove with the government.

"Let them feel what people like us are up against", Uncle Theo said, his voice hoarse, his eyes bloodshot, a ferocious scowl on his broad face. There was no sign of his dimpled smile today, no sparkle in his brown eyes. My Uncle Theo was now at war against the British.

As we paused at a corner near Regent Street, I straightened the felt hat that was askew on his head before slipping my hand into the elbow which he held up for me. Uncle Theo was over six feet tall, a broad shouldered man and strong, not afraid, he said, "of a single soul, high or low".

1 El cuento obtuvo el premio Canute A. Brodhurst y fue publicado en *The Caribbean Writer*, 1999.

We waited for an old black man, driving a slowpoke mule and cart toward others near a sad looking coconut tree in the middle of the dusty road. A white official on a brown horse trotted by, in a flash of glinting brass and polished leather, on his way to the government buildings close to the sea. "Force is the only thing the British seem to understand", Uncle Theo was saying. "Petitions are ignored".

It was hard to believe that a little over two weeks ago, in early July, the houses, stores and government buildings had been draped in red, white and blue banners and bunting. The Union Jack flew everywhere to welcome home our boys who, the newspapers said, had all done so well, which did not surprise anybody. We had expected no less.

Aunt Adele and I, at the time loyal, patriotic, and British to the backbone, plunged into the spirit of the celebrations. After the soldiers landed, we followed Uncle Theo's contingent as they marched to Government House at the far end of town. There, on the spacious lawn, facing the Caribbean Sea, we watched the review of the ex-servicemen by the new governor. The men were served a meal and given some money.

Standing with Aunt Adele, just days ago, waiting for Uncle Theo outside the gates of Government House, I couldn't wait to tell him that the year before, a flagpole had fallen from a burning storefront, hitting the last governor on his head. He had died, perhaps in an upstairs room of the huge white house towering above the ex-servicemen scattered about the grounds. During the same terrible fire, the courthouse in the center of town had also burnt to the ground.

When Uncle Theo finally emerged from the gates of Government House, Aunt Adele and I rushed towards him, shouting his name. He had the biggest smile on his face as he hugged and kissed us. But as we began the long walk home I was at first surprised, then very disappointed, to see that my Uncle Theo, glad though he said he was to see us, did not seem at all moved by this public display of love and gratitude.

"I don't know why they are making such a fuss now", he said, gesturing at the bunting and flags fluttering on brightly decorated houses, stores and government buildings. "The British didn't want any niggers fighting alongside their white soldiers. Over there in Egypt I was

what I am here in Belize City, a common labourer without eyes to see, ears to hear or any feelings”.

Uncle Theo slipped his hand into a pocket of his trousers and took out ten dollars he’d received at Government House. He held the money out to Aunt Adele. “I was fooled by that recruitment officer”, Uncle Theo said, “taken in. And now the rumor is that our pay will be late, if we get it at all”.

Aunt Adele looked taken aback. She tried to keep up her smile, but her plump, good-natured face saddened underneath the wide brim of her stiff straw hat, decorated, like my own, with red, white and blue streamers. She removed her silverrimmed eyeglasses, polishing them with a scented handkerchief. Aunt Adele was known as one of the best seamstresses in town. She had stuck to her sewing and embroidery, supporting herself and me all the while Uncle Theo was “at war, covering himself with glory”, as she told any customer waiting for a fitting in our tiny parlour.

“But, Theo, I can’t take your ten dollars”, Aunt Adele said, shaking her head, her bosom heaving with surprise and distress. “The governor gave it to you as a token of his intention to pay the rest. It’s on account. And you’re all to get special treatment”.

“I don’t have any faith in the governor’s word, Adele, not where money is concerned, and not after the way they shamed us overseas, not only us, but black fellows from all over. The governor must have a good laugh today at all you good Belize people lining the road and waving the Union Jack”.

Uncle Theo’s words made Aunt Adele and me feel strangely guilty. Unwittingly, we seemed to have taken part in a British conspiracy to hurt my Uncle Theo and the other ex-servicemen. At that moment, glancing at Aunt Adele, I could tell that she was feeling, like I did, as though foreign oceans still separated us from Uncle Theo, who had seen new worlds, who now carried them in his head, and who was glowering at us as if we were the enemy.

But then Aunt Adele uttered a little cry, opening her arms wide to him. There in Duck Lane, with the neighbors tilting their jalousies, Uncle Theo stumbled into her embrace, burying his face into her shoulders. We turned into our gate, the two of them leaning one against the

other, and my bringing up the rear carrying Aunt Adele's handbag, Uncle Theo's cap, and the flags under which my Uncle Theo had been dishonoured overseas.

I was thinking so hard about my Uncle Theo's return home, only thirteen days before, that I was startled when he gave a little chuckle. "Funny to think, Daphne, that we are fighting at home when spent the last two years labouring far away on a water transport system".

"Funny in truth, Uncle Theo," I said, though I wasn't sorry that he had spent the war with a shovel in his hand rather than dying, in all likelihood, at the front. My Uncle Theo, though, had dreamed, perhaps, of honours floating like feathers to his hat, or like plumes that flew from the governor's helmet.

I looked in amazement at the angry, determined faces of the men and women around us. Everything seemed upside down. Occasionally I saw a policeman or a member of the volunteer army. According to Uncle Theo, even the police and the volunteers were behind the ex-servicemen. Belize City had suddenly become almost like a strange place to me. I felt like returning home immediately to Aunt Adele, but Uncle Theo and I had important visits to make that afternoon.

Despite the threat of further rioting after dark by the ex-servicemen and thousands of supporters, of more arrests to be made, and of warships in our seas, or soon to be, Uncle Theo was going, as he did everyday, to try to see James Brindle, Esq. about his rights. Mr. Brindle had been the government official who recruited Uncle Theo into the army. He was also a share-holder in a department store which, Uncle Theo said, "was guilty of profiteering on the backs of poor, suffering people", like Aunt Adele and me who, through our ignorance of the outside world, bought, at exorbitant prices, flouncings, ribbons and threads which sold for little or nothing in England.

I was going, as I had to do each month, to ask Papa McGilroy for money to pay the fees for my two-year diploma course. Uncle Theo called my father, "a force-ripe white man", because Uncle Theo said he had it on good authority that although my father looked white, and lived like white, his mother had been a light brown woman like me. Uncle Theo and Aunt Adele hated my father because he had not married my mother, "a perfect lady, proud, and too good for the likes of him", Aunt

Adele said. My mother died in an influenza epidemic, which had raged through the town when I was a little girl.

But according to Aunt Adele, it wasn't the flu alone that had killed my mother. She had become pregnant again for my father, and she had refused nourishment, preferring to die rather than to face the shame and heartbreak, or so Aunt Adele said. I didn't quite believe that my mother would choose to die, knowing she was leaving me behind. Often I dreamt about my mother. She steps out from the photograph we keep on a small shelf in my bedroom. Mama is dressed in a floor-length white dress with long sleeves. A fancy straw hat, ridiculously small, is perched on top of her crown of braids. Her face is heart-shaped, her eyes big, round and bright. In the dream, my mother seems to be talking with me, but I rarely remembered what we spoke about. I woke up sometimes, on the bed which had been hers, thinking that she was warning me about my father.

Aunt Adele did not earn enough money for expenses like school fees and books. These had to be begged for, at scheduled afternoon visits to my father when he was in town, usually near month's end.

Papa McGilroy was thin, almost skinny, tall, with pale blue eyes and a sharp nose. Almost bald, his remaining reddish-brown hair was turning white. His hands and face were sun-burned from travelling by riverboat up and down the country on special assignments for the government. Uncle Theo said he wouldn't be surprised if Papa McGilroy was put in charge of one of the districts at some future date. "The British are raising up Creoles like him", Uncle Theo said.

Unmarried, my father lived in a two-storied white house with green shutters, near the Foreshore. "Sit down, sit down", he would say, his voice brisk, pointing to one of the high-backed mahogany chairs darkened by polish and age. The last time I was there, he looked at the clock on the wall and said, "After five already. I suppose you've had your tea?"

"Yes", I said, although I hadn't. Aunt Adele and I usually worked until dark. Then I lit the kerosene lamp, carrying it through the back door, along a short walkway to the kitchen, built away from the house in case of fire.

"Bring her a glass of lemonade", my father sometimes said to his servant. "Or would you prefer some tea?"

"Lemonade", I said. The freshly-made drink would be sweetened with imported white sugar; Aunt Adele and I used brown sugar at home. I knew I made my father uncomfortable, so I never stayed longer than necessary. My mother is so much a part of me, like a secret twin, that I can never smile in his presence, or make him smile. He is glad, I think, that I use my mother's maiden name and that his name is not on my birth certificate. I was registered by my Uncle Theo. Not many people know I am Peter McGilroy's daughter, and Aunt Adele cautioned me against unnecessarily advertising the fact. "All assistance may be lost if you do", she often said.

We were nearing Mr. Brindle's office now, and Uncle Theo was still talking to me about his experiences during the war. He didn't seem able to stop. "The British Tommies hated to hear us sing 'Rule Britannia', if you can believe that, Daphne".

"No, Uncle Theo", I said, and in all honesty I couldn't. Britannia was our mother country and I sang "God Save TheKing", and "Rule Britannia" here in Belize any old time, even when I was washing dishes, if I couldn't think of anything else I wanted to sing.

"And listen to this one, Daphne. We couldn't go to the Tommies Club anywhere out there, just like we can't go to the Golf Club near here in Belize City. They drove us away like dogs".

To distract his attention, and because the things he was saying were upsetting to me, I said, "Big July and no rain, eh, Uncle Theo?" but he didn't even seem to hear the question. I was praying for it to rain that night so that the rioters would stay at home. The elastic band holding my hat in place felt tight at the base of my skull. My white cotton dress, freshly starched and ironed that morning, was already drooping around my ankles. I tilted Aunt Adele's black umbrella to the west, shielding my face from the sun, always too hot, too bright on July afternoons. Uncle Theo was saying. "I don't hesitate to tell Brindle about our treatment overseas, so the last two days he's been refusing to see me. But I'll catch him today, even if I have to stay outside his gate until morning".

"Promise me that you won't stay out late again tonight, Uncle Theo, please", I said. Earlier that morning he had returned home just as light was breaking through the coconut trees to the rear of our kitchen.

The front of his shirt had been covered with blood. He swore me to secrecy and then I watched him cut up the shirt and burn the pieces in the coals of the firehearth. The kettle of water I was boiling, to make a pot of tea for Aunt Adele, steamed into his face, but he didn't seem to feel it.

"Promise me, Uncle Theo", I said again, "or I'll tell Aunt Adele that you were in the riots and that we should expect the police at any time now".

"I don't believe you would do that, Daphne. Would you?" My Uncle Theo looked genuinely shocked and hurt.

"You just try me, Uncle Theo", I said. "Aunt Adele doesn't approve of all this rioting and breaking up shop windows and what not".

"Adele is out of step, Daphne, behind the times. But I thought you and I were in league".

"Only so far, Uncle Theo".

"And that is far enough for a nice young lady like you, Daphne", Uncle Theo said. He was silent for a while, then he said, "In any case, what are you going to do after you get that so-called diploma? Only the lucky few and the well-connected can find work nowadays, or so I've been told. Is that no-good father of yours going to help you when the time comes?"

"Maybe, Uncle Theo", I said, tilting the umbrella forward to shade my face. I was hoping to get a job, someday, as a secretary, or clerk, in the governor's office. On a visit to my father, shortly after my sixteenth birthday in May, he'd said that if all continued to go well, he would consider putting a word in the right ear. But I knew better than to share my secret with Uncle Theo as I had hoped to do in the days before he returned home.

Uncle Theo would laugh me to scorn. He would probably tell me, again, about the time when, in the middle of the night, in pouring rain, after a long day's march, the British made the hungry men put up tents in what Uncle Theo thought was a field. In the morning, the soldiers were shocked to find that they had slept in an ancient Egyptian cemetery. To Uncle Theo, all Britishers, and all those who wanted to be British, like my father, in Belize City or abroad, were now one and the same.

We were just about to turn left, into my father's street, when Uncle Theo suddenly stopped, saying to me, "There he is, the very man!" and he started walking away from me down the street, shouting, "Mr. Brindle! Mr. Brindle!" I followed Uncle Theo, frightened that he would get into some kind of trouble. I thought of Aunt Adele waiting for us at home, of my father who would leave for the club if I was late.

I called out to Uncle Theo but he walked faster and faster before breaking into a run. He waved his hat in the air trying to catch Mr. Brindle's attention. Up ahead I saw Mr. Brindle on his horse starting to trot past Uncle Theo, ignoring him. Uncle Theo made a swift grab at the horse's bridle, yelling at the top of his voice, "I'll kill all you bloody British!" Mr. Brindle threatened Uncle Theo with his whip but Uncle Theo continued to hang on.

"My God, man, get hold of yourself", Mr. Brindle said, but Uncle Theo wouldn't let go. I saw Mr. Brindle bring the whip down on his hand. Uncle Theo reached up, attempting to drag Mr. Brindle off the horse. Mr. Brindle's huge brown horse reared up high above Uncle Theo and came crashing down with its entire weight on my Uncle Theo. He fell to the ground unconscious, blood trickling from his head. My heart felt as though it was about to burst through my chest. There was a terrible heat in my head and my eyes burned. I couldn't get to my beloved Uncle Theo, who I knew was counting on me to help him. People had gathered, police whistles blew, and Mr. Brindle shouted, "Arrest that man! He is a dangerous agitator!"

The policeman stared at Mr. Brindle and then down at Uncle Theo, surrounded by men trying to lift him gently onto a passing mule and cart. I pushed my way through the crowd until I was right next to the heaving flanks of Mr. Brindle's trembling horse. Mr. Brindle's face was brick red, narrow, hawkish, his nose hooked, his lips thin. He looked neither frightened nor sorry, merely extremely annoyed. Perhaps, to him, people like us didn't have feelings to be hurt, or bodies and minds to be broken. Was this the kind of person my own father was? Did I have his chilled and chilling blood in my veins? If I did, I was sorry for it, and knew, in the end, my mother had been too.

Feeling totally in league with my Uncle Theo, I picked his hat off the street and waved it at Mr. Brindle, shouting with all my might

above the noise of the crowd, "First you fooled my poor Uncle Theo, and now you have killed him! I hope you are satisfied. Uncle Theo was right about you thieving, murdering British".

Mr. Brindle looked first at the surly demeanour of the silent men who were removing their shirts and jackets to place underneath my Uncle Theo's bleeding head, and then down at me. His eyes were cold and dark. "He's not dead, but he might have killed me. Do not address me in that fashion again. If you do, I shall have you arrested". He trotted away. I ran in the opposite direction, following the mule and cart carrying Uncle Theo to the hospital, under arrest for threatening to kill an officer of His Majesty's Government.

My Uncle Theo did not die, but in the hospital he suffered from terrible headaches and sometimes he confused us with people he had seen in Egypt. Aunt Adele and I have never understood how it was done, but during his trial my Uncle Theo was declared insane. He died in the asylum only a year later. A wire cross was found in his throat. The officials told Aunt Adele that my Uncle Theo had committed suicide. But Aunt Adele and I have always believed that my Uncle Theo had be en murdered, one way or another, by agents of the colonial government.

I was glad that I didn't tell my Uncle Theo, on the last afternoon we were alone together, about wanting to work in the governor's office. After Uncle Theo's brutal encounter with Mr. Brindle, I decided not to complete my diploma course, and didn't have to trouble myself to visit my father's house anymore. He doesn't seem to have noticed. Aunt Adele says she admires me for my decision. I now sew beside Aunt Adele as my mother used to do.

As a result of the riots, the British government has decided to give house lots to the ex-servicemen in an area called Mesopotamia. The streets are to be given names like Tigris, Amara, and Euphrates.

Aunt Adele has decided that I should write a letter to the government about placing her name on the list to get one of the free lots. She is beginning to sound more and more like my Uncle Theo, the dangerous agitator, and I am not far behind.

MY RICE AND COCONUT MILK

Ivette Holland (1972)

Belice

She held the coconut in her hand and cracked it open with the kungku machete. I watched in awe, amazed that she could control something so dangerous. To her the sharp machete, one similar had given Joe-Joe a cut on his foot, was simply a tool. She pushed her instrument under the stove with her foot while she held the draining coconut over a bowl.

"Granny, when can I wear my new red plants and blue blouse?"

"The one that Auntie sent for you?"

"Yes, that one. I love it love it".

"Not until next month, Cam, it's a special outfit for Independence Day".

"Okay then", I said with disappointment.

"Granny, Independence Day will be on a Monday, right?"

"Yes, and you will get a holiday from school, and we will all go and watch the parade".

"Will it be a really big parade, bigger than the tenth of September parade?"

"It will be bigger and prettier because for years we've been struggling for independence, and we finally have it".

"Granny, will England be sad that we are no longer hers?"

"Maybe a little, but the mother country will be proud to see us make it on our own".

"Will we make it on our own?"

"I think so, sweetie. England and lots of other countries will help us; we will never be alone".

"Cami, have you learned the new line for the national anthem?"

"Yes, yes, yes, Granny", I gleefully shouted. "Let me sing it for you".

I stood at attention and gave a blasting rendition of the anthem, ensuring that I changed the line that had previously stated "O land of the gods" to the new "O land of the free by the Carib sea".

"I got it right, granny, I got the line".

"And you did it all by yourself. I'm proud of you".

I sang some more of the national anthem and continued to watch as my grandmother used a knife to free the brown shell from the white chunks of coconut. She put the pieces of shell in a straw basket. Those were being saved for Uncle Paul. She then placed her grater in a bowl and started grating each piece until grating more meant that she would rub her fingernail. Occasionally she paused to wipe her forehead with her forearm, and then continued. Her thin body moved back and forth with the rhythm of her hand on the perforated metal. A few pieces of the nut were grated down to the size of macoabi seeds. Those she placed on a saucer near her.

"Cami, what will you ask Uncle Paul to make for you out of the coconut shell?" My Uncle Paul was twelve years older than I and spent his days as an apprentice to a cabinet maker. In his spare time he made furniture for the house or wooden gifts for the family.

"The earrings he made last week were pretty pretty, so this week I'll ask him to make a jewelry box for me to put them in".

"That is a very good idea, Cam".

My grandmother's body relaxed and she started singing "Just a closer walk with Thee, grant it, Jesus".

"Granny, are you going to Bible class tonight?"

I had no problem being one of the few six-year-olds in my grandmother's church meetings. Sometimes, for special services, the entire family would go with her to Ebenezer Methodist Church. The best part was the singing; if I did not know a song, I would still sing, but listen really carefully and try to anticipate what the next note would be. My grandmother would look down on me and smile with pride in my efforts. After the services, my grandmother and the other church ladies would talk for a few minutes. Whenever they said anything about me, my granny would smile at me and squeeze my hand. It was easy for me to spend a lot of time with my grandmother, for at the time I was her only grandchild. It would be about eight years later before I would finally have a few blood cousins.

"Yes, I am going to the meeting. Tonight we will begin planning a special service for the Sunday before Independence Day. Do you want to come?"

"Will there be singing?"

"Hmm, Hmm".

"Yes, yes, Granny, I want to go, I want to go!"

"Good, I don't think that your mother will mind. Here you go".

She placed the saucer with the pieces of saved coconut on my lap. "Make sure you chew them properly".

I chewed each piece slowly and then rolled the trash around so that I would taste the milkiness throughout my mouth.

"Thank you, Granny".

"You're welcome".

While I finished eating the rest of my coconut pieces, Granny poured hot water into the bowl of grated coconut, dried her hands on her apron, and then went to turn on the radio.

"Do you want me to move your baby rocker for you?"

"Thanks, Granny".

"Let's see if this Victoria woman is going to make the right decisions for her family". She was already entering the world of the radio drama and its enthralling characters.

My grandmother sat at the dining table and listened to the radio, while I sat rocking at her feet, trying to let the last piece of my coconut last as long as it could.

"Look at that, child. Just look at that. The woman isn't thinking at all, none at all. The only thing that she is doing is jumping from the frying pan straight into the fire".

"Hmm, Hmm, from the frying pan straight into the fire". Like a little woman, I repeated my grandmother's words.

I loved when it was the summer holidays, and I could sit with Granny and listen to our imported story. She always spoke to the characters when they pleased her, and ranted and raved when they did something obviously stupid. Later in my life I had perfectly copied her habit, and my mother called it a running commentary.

"Granny, is she doing the right thing?"

"My dear, the plan might work; it might very well work".

The episode finished and we returned to the kitchen. Again she placed my little mahogany rocker about two feet from where she would be standing. Granny placed a strainer over another bowl and poured the warm mixture into the strainer. She squeezed the coconut trash with her hands so that she could get every drop of milk out of it. When there was sufficient milk, she poured it into the pot, then put in her amount of rice and covered the pot. To moderate the heat from the flame, she placed the thin, flattened metal cover from a Danish biscuit pan between the stove and the rice pot. In about thirty minutes the delicious white rice would be ready for the table. We returned to the hall. The radio for the past half an hour had been playing Creole folk songs. While she sat on the settee and sewed the hem of a skirt, we both sang along with radio.

"Ah gaan da manati. Fi go spen wahn week an a haaf. An wen ah eat mi dinna, ah eet wahn plate an a haaf. Jerico weh yo maami deh, Jerico weh yo maami deh". I sat in my chair and as I continued repeating the last line of the chorus, I beat to the rhythm on the side of my baby rocking chair. Suddenly I stopped and ran to the window.

"Mammy, Mammy, MawMeee!" I had heard my mother speaking to Mr. Wright as she entered the yard. During the summer months, she taught English at St. Joseph's Primary School.

"Child, stop making so much noise. The Wrights downstairs are always looking for something to nag about", my grandmother corrected.

"Mammy, mammy, mammy, mammy," I said quickly and quietly, poking my head out the window.

"Ma, I finished my questions, all of my questions". My mother frequently gave me general knowledge questions to answer, even when I was on summer holiday.

"Really, and is there anything that you would want since you've been such a good girl?"

"¡Potato chips, Potato chips!" I squealed while I excitedly drummed my palms on the window sill.

"I just happen to have one here in the grocery bag. Just let me get inside the house first".

"Thank you. Thank you".

"I always remember my little one".

"Yum, yum", I said as I bit open the bag of chips.

"No, no, no. Not until this afternoon; you haven't had your dinner yet", my mother said, taking the bag of chips from me.

"Okay". I pushed out my bottom lip and frowned.

"Arlene, did you see about the truck?" my grandmother asked my mother. "Will Mr. Gentle be free three weeks from now?"

"Yes, Mama. He'll do it for fifty dollars".

"What truck, Mommy? What is the truck for, Granny?"

"Camille, sit down in the rocking chair".

My mother sat beside me in the big rocking chair and told me that we all had to move from the house because its structure was no longer safe.

"But it's strong, Mommy. You told me that a hurricane blew down the Garcia's first house. But, Mommy, it didn't blow down our house".

"You're right, but the hurricane tilted our house, so if a hurricane comes this year we might not be so lucky. We've been lucky for the three years since Hurricane Greta. We've been praying and we've been saving so now we can finally afford to move".

"Where will we live? Will we be closer to school or closer to Albert Street?" Albert Street was considered the center of town.

"Granny will be closer to school, but we won't be far from this house. Actually, you and I will be on this same street".

"We won't live with Granny?"

"No".

"Where will Uncle Paul live?"

"He will continue to live with Granny".

"So it will be just the two of us?"

"Yes".

"All of us will not live together? Why?"

"You and I need to be on our own, be independent."

"Be independent? Why? Can't we be independent and live with Granny in her new house? We could do it. We could tell everybody that we are independent. You could tell all your friends, and I'll tell mine. Then we'll be independent."

"No. Independence means more than that. We have to move, Camille. There is no other way".

"Is Aunt Debra independent? Is that why last month she and big Fred moved from across the street?"

My Aunt Debra had lived across the street with her gentleman and his four children, whom I saw as my cousins, even though they were not blood relatives. Some mornings, during the summer, my mother used to corn row my hair, put me in shorts and a cool blouse and send me across the street to my Aunt Debra's house to play with my four cousins, especially the two girls who were around my age. Sometimes, after a morning of cooking and washing, my aunt took the five of us to the beach. A ten-minute stroll would bring us to the Newtown Barracks where warm and shallow water would be waiting to soothe our bodies. Debra and Fred had moved closer to the center of town. It was about a forty-minute walk from where my grandmother then lived.

"Yes, Camille. Now Debra is an even stronger person".

"Stronger person? That's not true; that's not true at all!" My voice gradually became louder. "How can she be stronger when she is far away from all of us?"

"Camille, calm down or this conversation will end immediately".

"Is Aunt Cess independent? Is that why she went to the States?" I asked heeding the warning.

"That is a part of the reason why she moved, yes".

"Even though she hates the winter". My eyes started to fill with tears.

“Cam, the cold weather is something she has to endure if she will be successful”.

“She must have really really wanted to be independent to go to a whole other country. I don’t like independence at all. It always makes me cry”.

It had been a year since my Aunt Cess, whom I called Auntie, had moved to the United States. On Saturdays, before she went away, I followed her around the house while she cleaned. As she dusted the picture frames on the wall, I would dust the chairs. Then, when we finished our work, she would take me with her to pick up the ideals that my granny sold to the neighbourhood children.

After finding no way to console me, my mother left me in the hall and went into the kitchen to help my grandmother put the dinner on the table. I rocked the chair faster and faster. With every action, my rocking became more violent.

“Good afternoon, everyone”. Uncle Paul stepped into the house.

The rocking chair flipped over a half turn and I fell on the floor. My uncle rushed over and recovered me from the floor.

“Oh God, child!” My grandmother hurried to me.

“Is she okay, Mama?” asked my mother as she picked up the rocking chair. “Camille, you are behaving as if you have no training. Control yourself”.

As my mother spoke, I continued my tight hold on my grandmother.

“Wipe your face and stop crying. Go to the table, and you better not play in your food”, my mother continued.

My grandmother took off her apron and wiped my face. Her apron smelled faintly of coconut milk. I went to the table and sat there, heaving and crying throughout the meal.

“Camille, you can go to sleep if you want to”, my mother said to me. “I’ll put up your dinner until later. Well, everything but the rice; you’ve cried all over the rice”.

AQUELLA LUNA DE MIEL

Myra Muralles (1960)

Guatemala

La pelota se le escapó de la raqueta y se fue rebotando por el pasillo de pisos rojos que llevaba a las habitaciones. Saltaba traviesa, como si supiera que iba a regalarle una de las imágenes más perdurables de su vida. La niña corrió tras ella y se agachó a recogerla al pie de la puerta del cuarto de sus papás.

Era una fría tarde de vacaciones y en la granjita sólo estaban sus padres haciendo la siesta y ella con su amigo jugando ping-pong. Afuera, la niebla empezaba a dispersarse entre pinos y encinos, duraznales, amapolas y claveles que su mamá cultivaba con orgullo.

La puerta, más bien una hoja de madera que hacía las veces, dejaba ver hacia adentro y, tal vez sin querer, la niña observó una imponente escena de pasión que nunca antes imaginó y que jamás pudo, ni quiso, borrar de su memoria: sus padres se acariciaban, desnudos, sin sábana que les cubriera, y se entregaban al regocijo, ajenos a la mirada curiosa y asombrada de su hija. Temió ser descubierta, pero no tanto como para apartarse de allí.

Su amiguito la apuró a regresar, pero estaba paralizada, observando los movimientos sensuales, desbordados. Todavía alcanzó a ver tiernas caricias y besos delicados que se dieron al final. Entonces escapó sigilosa, pelota en mano, y volvió lista para el saque.

—Y vos, ¿por qué te tardaste tanto?

—Es que no encontraba la pelota.

Imposible contarle nada. Sentía una responsabilidad por cubrir a sus papás, mezclada con sentimientos de culpa y de complicidad desapercibida.

Ver a sus padres en la pasión no le produjo miedo ni asco, como después le confiaron amigas con experiencias parecidas; tampoco correspondía al horror con que su abuela hablaba de las relaciones íntimas para que a sus nietas no se les ocurriera asociarlas al placer. No. Sobre todo era curiosidad; a sus 11 años le costaba entender que, aún después de tantos años de matrimonio, sus papás hacían eso… de día, además.

A la tarde siguiente repitió la observación. No fue exactamente intencional: llegó un vecino a buscar a su papá, precisamente a la hora de la siesta. Jugaba con su amigo en el patio; sabía que no debía interrumpirlos, presumía qué estaba pasando, pero de todas maneras entró a la casa, llegó sigilosa y los vio desnudos, otra vez. Seguramente acababan de concluir su encuentro de vespertina pasión, porque estaban abrazados, colmados de ternura.

Entonces, la picardía infantil le ganó y rompió el encanto: retrocedió sobre sus pasos y dijo con voz recia:

—¡Papá, lo busca Marroquín!

De un brinco regresó hasta la puerta y, divertida, vio el alboroto que el aviso causó en los amantes, saltando de la cama, corriendo al bañito, buscando su ropa.

—¡Decile que ya voy!

Después, lo vio llegar al patio, tan seguro de sí, enfundado en su chumpa gris celeste y con sus anteojos impecables.

No dijo a sus papá algo que revelara su hallazgo y tampoco a sus hermanas, quizás por temor a la reprimenda de ¡Vos, siempre metiéndote en lo que no te importa! Mantuvo en secreto lo que con el tiempo se fue convirtiendo en una mítica imagen. Pasados más de 30 años, ella todavía les agradece esa inolvidable cátedra de sexualidad, de

amor tierno y apasionado que le dieron sus papás, que se fueron de este mundo ignorando, los pobrecitos, lo mucho que enseñaron a la menor de sus hijas en aquella su luna de miel.

El desafío y la rebelión

La diosa anda en los vientres de las mujeres y en el falo de los hombres, porque allí es donde comienza la vida desde donde todo lo demás se genera. Sólo la oscuridad de las almas extrañadas de la naturaleza ha podido inventar un dios macho con una madre virgen para quien el placer de la vida es pecado.

Sofía de los presagios, Gioconda Belli, Nicaragua, 1948

ODIO

Lucila Gamero de Medina (1873-1964)
Honduras

I

No necesito de hacer un gran esfuerzo de memoria para acordarme de lo que voy a narrar. Sin embargo, desde entonces, ¡cuántos truenos han retumbado y cuánta agua ha caído ya! Fue en el tiempo en que aún celebraban en Danlí el alegre carnaval típico, con sus corridas de toros a usanza española. Tiempo en que se ponían en escena comedias y dramas interpretados por un personal netamente danlideño, y en que se quebraban huevos rellenos en medio de bulliciosa algazara, aumentada con la algarabía de innúmeros muchachos.

Vita, la buena Vita pidiéndole fuerzas a sus ya multiplicados años, desafiando el largo y pésimo camino que hay de Tegucigalpa a Danlí, sólo por darse el gusto de ver a los pocos parientes que aquí tenía, llegó a mi casa a proporcionarme el placer de tenerla algunos días en mi terruño, en donde fue cariñosamente atendida por todos los míos.

Aprovechó este tiempo para recoger varios objetos —libros en su mayor parte— pertenecientes a su hermana Rosinda, tía política mía,

quien, después de muerto su marido, hizo su traslado a Tegucigalpa con el propósito de educar a sus hijos en la capital. Con este motivo me invitó a que fuese con ella a recoger los consabidos objetos. Éstos estaban en la casa que fue de mis abuelos maternos, precisamente en una alacena incrustada en la pared de la pieza-dormitorio en que yo nací en la mañana de un día Jueves de Corpus, mientras melodiaba la música sagrada, explosionaban los cohetes y repicaban, alborozando los ánimos, las campanas, dejando oír sus timbradas voces de oro. Hoy ya no suena como antaño. Al fundirlas de nuevo, pretendiendo mejorarlas, les cambiaron sus voces dulces y sonoramente cristalinas, por otras destempladas y afónicas, y así estarán hasta que haya un galeno filantrópico que les inyecte una buena dosis del metal amarillo que les extrajeron.

En plena juventud no pude menos de evocar mi recién pasada infancia: la misma pieza con sus paredes encaladas, adornadas con telarañas; su cielo de tablas de madera, oscurecido por el tiempo, manchado por las goteras confianzudas y constantes. En todo se veía el estrago causado por el abandono y el descuido de aquella casa en que la menor cosa me era familiar. Sólo los pocos muebles que había eran distintos a los que conocí de niña, discordando éstos con el pasado entre real y legendario que yo evocaba unciosamente, con una unción mortificante y desconsoladora; algo parecido a las saudades de los portugueses. Y eso que no soy pronta a la melancolía.

Ya no estaba el viejo escaparate conteniendo la bien tallada Virgen de Mercedes con el niño en sus brazos, preciosa imagen que unos ascendientes míos, de España, enviaron, como significativo regalo de piadoso cariño, a mi bisabuela, doña Mercedes de Ordaz.

El traer a mi memoria esta antigua escultura venida de Iberia, avivó en mi naturaleza iconoclasta el recuerdo de mis primeros años de rapaza insubordinada y atrevida, merecedora de diarios castigos, en que mi abuelita materna, con todo su acendrado cariño para su nieta preferida y revoltosa, y su santa e ingenua fe de matrona solariega, hacía que me arrodillase ante la milagrosa Virgen de Mercedes y, puestas las manecitas en actitud de recitar el "Bendito", la compostura humildemente hipócrita como la de algunas personas mayores devotas, y la voz de mis cuatro años, dulce, llorosa y rebelde, murmurase inconscientemente:

"Vilgencita queyida peldóname mis pecayos. Niñito Jesús, quítame mis babuyas". Aún ignoro si mis obligados ruegos fueron atendidos.

También recordé que varias noches, cuando, sin causa que yo supiese, me despertaba a cualquiera hora de la noche, veía el dormitorio iluminado por opaca claridad, pero que me permitía distinguir bien los objetos de la habitación, en cuenta el escaparate con todo lo que contenía. Esto duraba unos pocos segundos; luego volvía la oscuridad y yo no tardaba en dormirme de nuevo. Nunca creyeron en mi casa lo que les refería acerca de lo que me había ocurrido; y mi cabeza infantil no era capaz de imaginarse que existieran ciertos curiosos fenómenos óptico-nerviosos, y menos de que se le ocurriera tratar de descifrarlos. Para no seguir oyendo el consabido: -"No seas mentirosa"-, dejé de contarles mis frecuentes alucinaciones. Si yo hubiera tenido vena mística, o un organismo amenazado por la histeria, ¡quién sabe!… Tal vez habría resultado, si bien en menor escala, una segunda Santa Teresa; aunque, lo confieso, la realidad de la pretenciosa idea, si es verdad que me halaga, no la deseo. Mejor es que mis alucinaciones visuales hayan terminado inocentemente sin… éxtasis divinos.

Mientras Vita sacaba los libros mancillados por las cucarachas y, refunfuñando, mataba unos cuantos de estos insectos, yo tiré de una de las gavetas de la alacena y descubrí, junto a un escriño desvencijado y vacío, un paquete de regular tamaño, envuelto en un pañuelo que debió haber sido blanco, pero que se presenta a mi vista amarillo, con pequeñas rasgaduras, pringado con el excremento de las cucarachas, horadado por las polillas y oliente a sacristía, ¡a auténtica sacristía!, pues servíale de colchón a un Año Cristiano, que de cristiano —según lo entienden y practican algunos de éstos— no le quedaban más que las carcomas.

Procedí a desatar el envoltorio aprisionado por un pequeño cáñamo, y me encontré con dos paquetes de cartas anudados con cintas descoloridas, que se rompieron al contacto del aire y de mis dedos irreverentes.

Yo no pensaba en ningún acto subrepticio, pero notando que Vita me observaba con el rabillo del ojo, le dije:

—Éstas deben ser cartas de mis antepasados.

—De seguro. Lo mejor es que las lleves a tu casa para echarlas al fuego.

Pero yo ya había tomado una del paquete más pequeño y la leía con interés.

—No seas curiosa, Lucila —me reprobó Vita, rezongando.

Tal vez algunas de esas cartas contienen secretos que tú no debes conocer.

—Nada de eso. Ésta es de mi abuelito Pedro para la que fue su esposa. ¿Por qué no he de leerla?

De fama conocía yo a mi abuelo materno: un hombre alto, bien formado, blanco, galanísimo, de carácter de hierro, impulsivo, dominador, y que murió joven, apenas cumplidos los cuarenta años. Quedé sorprendida al leer aquella carta tan cariñosa, tan dulce, tan llena de recomendaciones cuidadosas para sus tiernos hijos, tan amantísima para su adorada compañera. En voz alta repetí su lectura para que oyera Vita. Al terminar, le pregunté:

—¿Es éste el ogro de mi abuelo, cuyo carácter recio e iracundo me hizo conocer mi tío Tomas?

—Lo probable es que don Tomás haya exagerado. Don Pedro tendría, realmente, algunos defectos, pero les superaban las cualidades. No se dejaba dominar de nadie; era muy amante de su familia, ¡y todo un hombre! Manejaba la espada con perfección; esto le valió para que no lo asesinaran en Tegucigalpa, cobarde y vilmente, dos rufianes.

—¿Asesinarle?... ¿Cómo?... —inquirí.

—Una madrugada, al salir él de cierta casa, fue simultáneamente atacado por dos asesinos pagados por su rival desdeñado. A pesar del imprevisto y brusco ataque, no perdió don Pedro su sangre fría: rápidamente sacó su espada, y pidiendo a sus atacantes varias veces, sin lograrlo, que se rindieran, defendióse con bravura y mató, tras breve lucha, a uno de sus contrarios, y puso en fuga al otro. No lo dudes, don Pedro era todo un hombre y también todo un caballero.

Sentí entonces que por mis venas corría veloz y enardecida la sangre indómita de mi abuelo, que mi madre me transmitiera.

—¡Qué dicha tener un abuelo así! —exclamé.

—A ese lance que tuvo se debe que haya venido a Danlí y que tú seas su nieta. Aquí permaneció hasta que, probado que mató en defensa propia, fue absuelto.

—¿Y regresó a Tegucigalpa?

—Fue, pero de paso, pues ya estaba enamorado de doña Camila, tu abuela, con quien se casó pronto, radicándose definitivamente en esta población. Es una lástima que haya muerto todavía joven —suspiró Vita—. En lo físico tu mamá se parece mucho a él.

—Pues era realmente hermoso.

—Aquí hay pocos tipos como el suyo. Pero deja esos papeles que te van a ocasionar un buen catarro— me instó, observando que yo trataba de desliar el segundo paquete—. Es hora de que vayamos a almorzar.

—Eso quiere decir que ya le habló el estómago.

—¿Piensas que es temprano?

—Creo que es tarde y que usted tiene razón. Siempre le daré a usted la razón, Vita, cuando se trate de obedecer los llamados del estómago.

—¡Ya vas con tus cosas!... Ayúdame a levantarme, que se me ha dormido una pierna. Más tarde vendré con el sirviente de tu casa para que lleve hoy todos los libros.

—Como usted quiera; pero estos paquetes los llevaré yo.

Y sin importarle que los transeúntes me vieran con el descolorido y deteriorado paquete en las manos, marché con rumbo a mi casa, sin tomar en cuenta la risa maliciosa y reprobatoria de Vita, tan amiga de ciertas etiquetas sociales que a mí siempre me han tenido sin cuidado.

II

Terminada la cena y mientras Vita y demás de la casa se fueron a la sala a departir con varias visitas, yo me encerré en mi dormitorio, curiosa de averiguar lo que contenía el paquete que aún no había tenido tiempo de abrir. No eran cartas corrientes las que guardaba, no: era un legajo de papeles metidos en un sobre grande, muy percudido, encima del cual la mano de mi querida abuelita Camila había escrito despacio, con su clara letra, que preocupó hacer grande y llena, y que aparecía casi borrosa, lo que a continuación copio:

"CONFESIÓN ÍNTIMA DE LA VIDA DE UNA INFORTUNADA AMIGA MÍA, MUERTA EN 1868. FUE MUY BUENA. NO ME EXPLICO POR QUÉ EL DESTINO LA HIZO TAN INFELIZ, LOS MORTALES NO COMPRENDEMOS LOS DESIGNIOS DE DIOS. SI ALGUIEN, DESPUÉS DE MUERTA YO, ENCUENTRA ESTE LEGAJO, DEBE QUEMARLO.—C.L.DE.M".

Pese a los nervios de mi abuelo que se perpetúan en mí, experimenté una emoción extraña al desdoblar los casi ilegibles papeles, comidos, muchos de ellos, por las polillas, algunas de las cuales maté por su destructiva perforación.

He aquí, por su orden, lo que pude con ímprobo trabajo descifrar, inclusive el contenido de dos recortes impresos. Lo único que cambio son los nombres propios de los protagonistas, por temor de que haya quien recuerde las personas auténticas, por más que éstas hace muchos años que emigraron de la tierra centroamericana:

San Francisco, California, 6 de mayo de 1858.

Señora, doña Camila Laso de Moncada,
Danlí, Honduras.

Muy querida amiga:

Tú eres una de las pocas, poquísima personas y, entre éstas, la primera, que nunca me han depreciado, que siempre me comprendieron, compadeciéndose de mi triste e inmerecida suerte.

Tú, en mis horas más amargas de desencanto y vilipendio, me ofreciste el amparo de tu casa y me brindaste tu mano amiga, confortándome con frases de cristiano y sincero cariño. A ti, pues, me dirijo para pedirte un gran favor, el mayor favor que puede hacérsele a una amiga desventurada.

…Y tú, tan piadosa, tan caritativa, tan humanitaria, tan fraternal, tan tolerante, con la tolerancia bien entendida y redentora de Cristo, eres la única que puede, con buena voluntad, concedérmelo; sobre todo, si recuerdas nuestra infancia cuando jugábamos juntas bajo el quemante

sol tropical o, a escondidas de nuestros padres nos descalzábamos para mojar nuestros pies en las corrientes de agua fangosa que corrían por nuestras calles pueblerinas después de un aguacero torrencial en que sólo la luz de los relámpagos, el trepidante ruido de los truenos y, a veces, la caída de granizos, daban animación a la oscura y tenebrosa tarde; nuestras travesuras en la escuela, las incursiones sigilosas, de niñas tempranamente precavidas, a las huertas ajenas en busca de pájaros, o de frutas para satisfacer nuestra golosina de chicuelas nunca ahítas… ¡Todo aquel lejano tiempo que quisiera no hubiese pasado!… Luego, nuestra despedida que marcó un día de duelo en nuestros corazoncitos inseparables… ¡Cómo lamento que mis padres hayan tenido dinero suficiente para llevarme consigo a otro país, a conocer diferentes costumbres, modalidades nuevas para mí!… Su primordial afán fue el de que me instruyese y creciera en un ambiente civilizado, gustando de los atractivos que proporciona una ciudad rica, populosa y próspera, comparada con Danlí. Ellos sólo deseaban la dicha, el bienestar de su hija, y no contaban con que para los más, la vida se muestra cruel e irónica. Cierto es que me instruí, que me eduqué; pero, ¿cómo imaginarse ellos que yo iba a quedar huérfana en una ciudad extraña a esa edad en que tanto necesita una joven los consejos y los cuidados de sus padres?... ¡Y hubo una fecha en que un infame cuyo nombre me asquea todavía, me sedujo, se burló de mí!… Y no precisamente porque yo fuera inclinada a los placeres ilícitos, sino por mi crédula inexperiencia. ¡Ah, el canalla, el mil veces canalla!… En fin, de ciertos detalles que ignoras, te enterarás por la copia de la carta que te incluyo y que, estoy segura, servirá para que definitivamente me absuelvas si alguna vez me has condenado".

****

Estoy muy enferma. Dentro de tres días entraré en el hospital, en donde no sé, con seguridad, qué van a hacer de mí. Durante el tiempo que he ido a la consulta, los médicos me han estado examinando detenidamente, con curiosidad tan científica como humana. Varias veces me han pinchado las venas para sacarme sangre. Me han abrumado con pregun-

tas; primero, valiéndose de eufemismos; luego, francas, crudas, acerca de las enfermedades que padecieron mis padres. Mis respuestas no les satisficieron. Después, con las excusas de costumbre cuando se trata de una persona como yo, me preguntaron si me había dado cuenta de que si el padre de mi hija adolecía de alguna enfermedad de las vulgarmente llamadas "ocultas". ¡Ay, amiga mía, por lo que he pasado!… Al comprender, por las frases de los médicos, cuál podría ser mi enfermedad, quedé consternada, y no tanto por mí sino por mi pobre hija, a quien, sin que me oiga, le pido perdón todos los días por haberla traído al mundo.

Como probablemente me operarán pronto —parece que también tengo un tumor en el vientre— e ignoro si quedaré con vida después de la intervención quirúrgica, me permito recomendarte a mi pequeña Gloria. Ella es buena y pura a pesar de su padre, e ignora quién es éste, pues por fortuna, él ya no vive aquí. Le he dicho que su papá era un primo mío, marino, que muy joven pereció en un naufragio; que por esa causa, vivo retraída y triste.

En el caso de que yo muera, mi tía Magdalena, quien vive conmigo, quedará encargada, de acuerdo con mi Tío Francisco, de llevarte a mi hijita. Mi corazón me dice que no la desampararás. Protégemela, pues muerta yo, temo que su padre haga todo esfuerzo para recogerla con el objeto de robarle el capital a su segunda víctima.

Ante Dios te juro que después de que caí hipnotizada por el amor, víctima de la falacia y del señuelo del matrimonio, que el desvergonzado seductor me aseguraba como un hecho consumado, mi conducta ha sido buena, hasta puedo decir que ejemplar. Mi único anhelo lo he cifrado en educar a mi hija, inculcándole ideas de honradez, en trabajar tesoneramente para conservarle íntegro el capital que me dejaron mis padres, de modo que pueda, algún día, tener siquiera libertad económica.

La carta que en sobre aparte y dirigida a mi hija va incluida en esta tuya, es para que me hagas el favor de guardarla cuidadosamente. Sólo se la entregarás en el caso de que haya peligro de que pueda conocer al reptil que emponzoñó la vida de su madre.

No sé si peco con esto, que puedo llamar obcecación; pero mi mayor deseo es que ella nunca le conozca, y que si algún día descubre el misterio de su origen, que odie al que no deberá llamar padre, ¡que le odie, sí, que le odie como lo odio yo!… Perdona mis frases; pero, ¡si

pudieras leer en mi pecho!… Tú, a quien Dios ha concedido la dicha de ser madre de hijos modelo de virtudes y encantos físicos, tú que eres una santa, que nunca has sufrido esos dolores desesperantes que degradan, abominan, que hacen a uno alzar los puños al cielo en imponente petición de desagravio, disculparás mi lenguaje y pedirás a Dios merced, no tanto para mí sino para mi inculpable hija. De rodillas, como lo haría ante mi madre, la confío a tu bondad protectora y maternal.

Mi espíritu agradecido se inclina para besar tus manos, esas manos impolutas que sólo bienes han derramado por doquier.

Tuya
Aurora Silva

Quédeme suspensa un rato; luego, irreflexiva y resueltamente, rompí el sobre cerrado y dirigido a Gloria Silva, que mi abuelita había respetado. Puede pensarse que esto haya sido una profanación, no me exculpo. Yo estaba ansiosa de emociones, de adentrar en las vidas, quizá más que en las vidas, en los dramas ajenos.

He aquí copia de lo que leí:

"COPIA DE UNA CARTA QUE DESEO NUNCA LLEGUE EL CASO DE QUE LA CONOZCA MI HIJA, GLORIA SILVA".

"San Francisco, Cal. 2 de febrero de 1858".

Señor Juan B. Umanzor
Su casa

Va para ti, por última vez, mi orden terminante de no volver a colocarte en mi camino, con ningún pretexto.

En la semana pasada me encontraste en la calle de la casa de mi tío, y seguramente para vengarte del desprecio con que siempre te he devuelto tus cartas, te atreviste a mirarme, reflejando, en tus pupilas de sátiro acuciadores y bestiales propósitos. A no haber sido que viste ve-

neno en mis ojos, un gesto de tragedia en los contraídos músculos de mi cara, y también por el temor del puñal que sabes nunca olvido, te acercas a mí. ¡Y el escándalo que se produce al abofetearte yo en claro día en plena calle!... ¡Que sólo impulsos de hacer es lo que siento cuando me provocas e injurias con tu aborrecida presencia! Afortunadamente, tu innata cobardía te hizo recular a tiempo.

Me da vergüenza hacer directamente a mi hija la confesión de mi desgracia. Obligada por esto me dirijo a ti notificándote que si un día, en cualquier tiempo, te acercas a ella a decirle que eres su padre, inmediatamente pondrán en sus manos una de las varias copias que de esta narración dejo en forma de carta dirigida al ser más abyecto que conozco.

Yo era feliz, inocente y pura. Tú, como las víboras que fascinan a los imprecavidos pajarillos, te acercaste a mí, elegante, roncero, derramando en mis oídos palabras dulces, promesas, cuanto tu fementido pecho creyó necesario para hipnotizarme. Diariamente me prometías amor eterno, jurándome que te casarías conmigo tan pronto como pudieras emanciparte del dominio de tu padre, pues el autor de tus días no quería que te casaras todavía, y por eso no te entregaba la herencia de tu madre. Deliberadamente me engañabas cometiendo el delito de abuso de confianza. Yo, ciega, confundida, sin imaginarte que tus palabras fueran delusorias, enamorada hasta la imbecilidad, caí en tus brazos y fui tuya, fui tuya creyéndote honrado, creyéndote caballero… ¡Ah, si antes hubiera sabido que a pesar de tu figura y tu posición social eras un tahur, un borracho, un tenorio degenerado!... ¡Un vil y asqueroso gusano de cloaca!...

Varios meses pasé entre amor y zozobra, burlando, con habilidad de comediante consumada, la confianza de mi tía Magdalena; pero llegó el tiempo en que me sentí madre. El susto tuyo fue tremendo. Sin embargo, tuviste el cinismo de confortarme, de pedirme que callase a mis tíos mi estado, asegurándome que de cualquier modo te casarías conmigo. Aún tuve la debilidad de creerte, hasta que tu fuga vergonzosa, cobarde, inhumana, me aplastó… Te fuiste a mansalva, maquiavélicamente, sin importarte un penique la honra de una muchacha vilmente engañada, que cometió el pecado de fiar en ti. Te fuiste abandonando el fruto de tu deliberado crimen. ¡Ah, canalla!...

Quizá para que mi tío no te persiguiera y no te molestase con el reclamo de mi honra, instándote para que vinieras a cumplir tu palabra tantas veces empeñada, me confesaste en carta tan mentirosa como cínica que tu precipitada fuga obedeció a verte obligado —en ello te iba la vida— a casarte sin amor con una muy rica, encopetada y antigua novia; pero que oportunamente tratarías de divorciarte, probando que tu matrimonio había sido nulo, para volver a mi lado con bastante dinero para reparar tu falta, a darle tu nombre a la hija que ya había nacido. Pero entonces ya no te creí. El amor habíase trocado en odio, en odio, sí, ¡pero qué odio!...

Desde entonces mi entraña sangra, y ha sangrado tanto, que ya el dolor y la indignación le exprimieron la última gota; y ahora, exangüe, consumida, atrofiada, sólo exuda odio, ¡odio feroz, cruel, odio justo que subirá al cielo en evaporación candente para caer, en forma de lluvia que escuece, sobre el perjuro, el amoral, el impúdico, el corrompido, el mil veces canalla, hasta desollarte el carcomido pellejo roñoso!… Digo roñoso, porque investigando la enfermedad que me aqueja supe que antes de haberme conocido estabas averiado como consecuencia de tu vida licenciosa, pues habías tenido relaciones ilícitas hasta con hetairas de arrabal. ¡Ah, pérfido, asqueroso! Entonces compré un tratado de ginecología y comprendí bien lo que todos los médicos, tanto en sus clínicas privadas como en el hospital, me preguntaban en su afán de precisar el agente morboso causante de la infección que me produce fenómenos tan variados como molestos; que me ha afectado la vista y me ha puesto excesivamente nerviosa. Y una mañana en que para hacerme un examen ginecológico, dilatado y doloroso, hubo que anestesiarme, yo facilité la narcosis autosugestionándome, y pude, medio dormida, controlando mis nervios, oír parte de lo que los médicos, mientras me reconocían, hablaban en su léxico científico acerca de mi enfermedad. Entre frases como “salpingitis”, “ovaritis” y otras que no recuerdo, percibí claramente la voz de ellos: “No divaguemos más: todos los fenómenos que siente son debidos a la “lues” —dijo uno—. “Se trata, en efecto, de una ovariosis confirmada” —expuso otro—. Involuntariamente me moví. Entonces bajaron la voz; pero mi oído fino, acuciado por la curiosidad investigadora, oyó que el galeno más viejo decía a sus compañeros en tono dogmático y zumbón: “Dejaos de frases rebuscadas, que no conse-

guiréis con ellas atenuar el mal: es una infección mixta y un caso confirmado de sífilis terciara con toda su secuela de agravantes. La pobre señora ya tiene para años, si es que no para toda su vida. ¡El carroño que la infectó!..."

"¡El carroño que la infectó!"… ¿Lo oyes?… Eso eres tú: carroño, carroño de cuerpo y alma.

Ya está dicho todo. Si mañana, con tus miras siempre interesadas y aviesas, buscas y descubres a mi hija, de la cual —para ludibrio de ella y mío— eres padre, te juro por el odio que te profeso, que inmediatamente sabrá quién es y cómo procedió con ambas de burlador, el verdugo de su madre.

AURORA SILVA

ooOoo

Habla aquí mi abuelita:

"Han transcurrido once años desde que recibí la carta de Aurora recomendándome a su hijita Gloria.

Mi amiga no murió de la operación e ignoro si lograría curarse de sus dolencias, pues nunca volvió a hablarme de éstas. El tema de sus epístolas, que parecía fuese una obsesión, era su hija, su adorada hija, a quien quería librar de todo trance de que conociese a su padre. La niña debe tener dieciocho años, a juzgar por el retrato que de ella me mandó. Es bellísima; muy parecida a su madre, pero mejor tipo.

Estuve muy preocupada por Aurora. En su última carta, fechada en Buenos Aires, en donde hace mucho tiempo que reside con sus tíos y con su hija, me cuenta que Umanzor, más arruinado y degenerado que nunca, ha llegado a aquella ciudad.

Aún no hace un mes que recibí la triste noticia de la muerte de Aurora. Me la da su tía Magdalena y me cuenta que Gloria está inconsolable.

Aunque sé que Gloria vive con su tía-abuela Magdalena y que cuenta con el apoyo decidido de su tío Francisco, solterón magnánimo y rico que ha puesto todo su cariño en su sobrina nieta, acabo de dirigirme

a ésta ofreciéndole, con el mayor gusto, mi casa y mi cariño y protección maternales, tal como se lo prometí a su madre.

En camino iría mi carta cuando el correo me trajo unos periódicos con tan inesperada y sensacional información, en la cual figura el nombre de Gloria, que no pude menos de leer aterrada y afligida.

Cuando todo se aclare y pase, veré si me es posible hacer algo a favor de la infeliz hija de la amiga más querida que tuve en mi infancia.

Por lo pronto, no me queda otra cosa que pedir a Dios fervientemente que salve, que proteja a una joven seguramente presa de insania, y rogar por el ama de su pobre y mártir madre.

¿Mártir?… sí, Aurora fue una mártir. Su temperamento exaltado y la enfermedad que al fin la condujo al sepulcro, la exasperaron hasta el último grado. Creyó irreparable su falta, tuvo un concepto erróneo de la vida de sí misma, y fue una mártir, una mártir como hay tantas ignoradas, vejadas por los mismos que les causaron su desgracia y por una sociedad que aún no ha aprendido a ser justa, que deprecia a la víctima en lugar de hacerlo con el verdugo.

¡Infortunada Aurora! ¡Que en el reino de Dios descanse redimida!"

ooOoo

"DIARIO DE LA TARDE"

"HORRIBLE CRIMEN. UNA JOVEN EN PLENA CALLE, MATA A SU PADRE. EL HECHO. INFORMACIÓN QUE HEMOS OBTENIDO Y QUE PUBLICAMOS CON LA AQUIESCENCIA DE LA DELINCUENTE".

Hoy, a las once de la mañana, una bella y encantadora joven, vestida de luto, iba por una de las calles de la ciudad con dirección a la iglesia de "El Carmen"; pero antes de llegar al atrio se detuvo al encontrarse con un individuo trajeado con regular indumentaria, aunque pasada de moda. Él hizo ademán de abrazarla. Entonces ella sacó rápidamente un puñal que llevaba oculto bajo su mano y lo hundió con presteza, primero en el pecho y luego en el vientre del hombre. Éste cayó desplomado inmediatamente. Una mujer que iba cerca y que vio el suceso, asombra-

da, se acercó a incorporar al hombre, y no pudiendo lograr su intento, se puso a gritar pidiendo auxilio. La hechora, lívida, trágica, barbotó: "¡Era un vil, un asesino, un cobarde, por eso lo he matado!..".

El herido, en estado agónico, fue llevado a un hospital. Allí, presa de agudos dolores, exclamaba: "Cumpliste tu amenaza, Aurora; pero de tu hija, que en hora mala vino al mundo, has hecho una criminal. Esa es mi más sabrosa venganza". Dos horas después era cadáver.

La infeliz muchacha, en medio de la confusión general, antes de que llegara la policía, fue tomada del brazo por un caballero, quien la metió en un coche y a toda prisa la condujo a su casa. Una vez allí, le dijo:

—Señorita, perdóneme que le haya traído a mi casa. La casualidad me condujo adonde usted estaba y no vacilé en acercármele con el objeto de ayudarle en algo.

Ella lloraba en silencio.

Él, después de confortarla un poco, prosiguió:

—Usted no debe ignorar que dentro de unos momentos la prenderán. Precisa aprovechar el tiempo. Me tiene a sus órdenes. Soy abogado y por eso me permitiré hacerle algunas preguntas. Espero que usted no tendrá inconveniente en contestarme con franqueza, sin omitir algún detalle. Taquigráficamente tomaré nota de nuestra conversación. Esto es de vital importancia.

—Gracias. Puede usted interrogarme.

—¿Cuál es su nombre?

—Gloria Silva.

—¿Su edad?

—Hace poco que cumplí diecinueve años.

—¿Su estado?

—Soltera.

—¿Su profesión?

—Profesora.

—¿Tenía usted enemistad con el hombre quien acaba de herir?

—No… Es decir… No le conocí hasta ayer.

—Entonces, ¿qué motivo tuvo para agredirlo?

—Era un bandido.

—¿Abusó de usted?… Perdone la pregunta.

—No. Pero es… o era un bandido. Porque lo probable es que ya haya muerto.

—¿Por qué lo trata de bandido?

—Porque es la calificación que merece.

—Le ruego sea más explícita, en interés suyo. ¿Qué móvil la impulsó a matarle?

—Ese hombre fue el verdugo, puedo decir que el asesino de mi madre. Yo he actuado como brazo vengador. Lo demás no me importa.

—¿El verdugo de su madre? ¿De qué manera?

—Engañándola y abandonándola traidoramente cuando supo que yo iba a nacer.

—Luego, ¿usted es hija de él?

—Yo solamente he tenido madre.

—Es un caso extraño. Si usted me lo permite, yo seré su defensor.

—¿Mi defensor? ¿Hay quien pueda defender a una persona que comete un delito en público y que no tendrá inconveniente en confesarlo cuando se llegue el caso de ser interrogada? Porque no lo negaré aunque en ello estribe mi salvación… ¡Y ese hombre está muerto, y bien muerto!... ¿Hay quien pueda defenderme?

—Sí hay: Yo.

—¿Usted?… Gracias. Gracias. Mucho me temo que pierda su trabajo inútilmente. Por lo que hace a mí, le digo con toda franqueza que al conocer mi origen he quedado horrorizada de la vida, y poco me importa morir, con tal de que sea pronto. Por eso confesaré que yo maté a ese hombre, que lo maté porque era mi deber hacerlo y porque una fuerza incontenible me lanzó a ello…. —“Mátalo, mátalo”— una voz desconocida me lo ordenó esta mañana, repitiéndomelo imperativamente, hasta ponerme fuera de mí, incapaz de contrarrestar mis nervios. Ya ve usted que soy instrumento del destino, un brazo vengador que ha hecho justicia. ¡Brazo vengador, como tal actué! Brazo vengador, ¡eso soy!... ¡Asesina, no!… ¡Asesino fue él!

Aquí la joven tuvo una crisis de furor que terminó en lágrimas.

Acto continuo, previo permiso, entraron dos agentes de la policía, seguidos de un señor anciano que apenas pudo saludar, tal era su emoción. La señorita Silva, al verlo, se arrojó a sus brazos. Ambos lloraron. Del brazo de él, a quien ayudaba el joven abogado, la delincuente

fue conducida a la cárcel. Era impresionante este patético cuadro de los agentes de la autoridad conduciendo a la procesada.

El muerto era, realmente, padre de la señorita Gloria Silva; así lo manifestó el anciano, quien según datos, es tío abuelo de la joven. Mañana daremos más detalles".

MÁS ACERCA DEL ASESINATO DEL SEÑOR JUAN B. UMANZOR

Hoy, rogado por uno de nuestros redactores, llegó a la dirección de este diario el jurisconsulto don Alfonso Guardia, defensor de la joven y bella parricida. Nos manifestó lo siguiente:

Anoche estuve en casa de la señorita Gloria Silva y, no sin trabajo, logré hablar con su tía, la señorita Magdalena. Ésta, al saber que realmente soy yo el abogado que defiende a su sobrina, se puso a mi disposición, llorosa y contribulada. He aquí lo que me refirió:

—Apenas han transcurrido doce días desde que enterraron a mi sobrina, la madre de Gloria. Ésta idolatraba a su madre, y su muerte la ha dejado consternada. Tanta aflicción y tantas noches de desvelo han alterado la salud de la pobre niña, poniéndola excesivamente nerviosa. El médico ha tenido que darle narcóticos para que pueda dormir.

Cuando Aurora se sintió muy mal, aprovechó un momento en que su hija dormía, para decirme:

—Magdalena, tú sabes que yo no quiero que Gloria sepa nunca quién es su padre. Mi tío me ha ofrecido no decírselo jamás, y quiero que tú vuelvas a prometerme lo mismo.

—Confía en que por nada del mundo se lo diré.

—Sé que él ya concluyó el haber que le dejaron sus padres y que está completamente arruinado. Me tiene muy alarmada a su venida a esta ciudad. Es casi seguro que, muerta yo, con el propósito de apoderarse del capital que le dejo a mi hija, se presente a ésta y le pruebe que es su padre.

Te suplico, pues, que me jures que si tal hace, tan luego esto ocurra, le entregues a Gloria el sobre que te di a guardar para ella. Pero sólo en ese caso debes entregárselo. ¿Me lo juras?

—Te lo juro. No te mortifiques más, Aurora.

—Bueno. Gracias.

—Ya nuestro tío sabe que debes irte con ella a Honduras a entregárselo a Camila, en Danlí. Si te parece, puedes quedarte a vivir con ella allá. Cuando Gloria cumpla veinticinco años, si no se ha casado antes, que resuelva su vida. Mientras tanto, el sano ejemplo tuyo, el de mi amiga y de su familia, y el ambiente moral de aquel apartado pueblecito, le serán muy provechosos. Ella es muy dada a meditar, y la meditación tranquila y bien orientada, le fortalecerá el espíritu abatido por la pérdida de su madre. Me habría gustado dejarla casada, pero ya ves que, a pesar de habérsele presentado muy buenos partidos, no ha querido hacerlo. Qué Dios me la proteja.

Una vez muerta mi sobrina, tuve el cuidado de estar vigilando para que no entrase ningún extraño. Nadie salía de la casa ni entraba en ésta sin que yo abriese el portón, cuya llave guardo. Antenoche llamaron con fuerza. Fui a abrir y me encontré con un hombre, quien me dijo afligido:

—Corra, señora, corra, que a su vecina, doña Juana, le ha dado un ataque y no hay quién la vea. Yo voy a llamar a un medico.

Como es natural, me encaminé precipitadamente en busca de un tapado para salir a la calle, sin cuidarme de cerrar el portón. Cuando volví a éste, el hombre ya no estaba. Eché llave a la casa y me dirigí a donde Juana. ¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrarla bordando tranquilamente sin que nada le hubiera pasado! Entonces, temerosa, dispuse regresarme en el acto; pero mi amiga me dijo que algún burlón, de los que hacía algunas noches andaba haciendo bromas parecidas, quiso reírse de mí; sin embargo, yo no creí y me despedí de ella diciéndole que había dejado sola a mi sobrina. En el acto supuso que se me había engañado con alguna intención. Así fue: al pasar enfrente a la sala, vi a Gloria platicando con el hombre que deshonró a su madre. Segura de no poder dominar mi indignación, no quise presentármele. Fui a quitar la llave al portón y a decirle a la sirvienta que me avisase cuando la visita se hubiera marchado, para cerrarlo de nuevo, y me dirigí al corredor con el objeto de estar a la expectativa, sin ser vista, para el caso de que mi sobrina necesite ayuda. El bribón estuvo zalamero y comedido. Al despedirse abrazó a Gloria. Pero ésta no le correspondió el abrazo. Ligero, corrí a cerrar el portón, furiosa por el atrevimiento de aquel

malvado. Al llegar a la sala encontré a la pobre muchacha intranquila y preocupadísima.

—Magda —me preguntó— ¿te consta que mi padre haya muerto?

—¡Niña!... —articulé sorprendida.

—¿Que fue marino y primo de mi mamá?

—Niña, ¿a qué vienen esas preguntas?

—Yo bien sé que soy hija ilegítima; pero respecto de quién sea mi padre he tenido mis dudas, porque mi mamá, siempre que yo le decía: "Voy a pedir a Dios por mi padre", en el acto me replicaba; "por el marino muerto sin conocer a su hijita". Notando yo que se entristecía y contrariaba cuando le hablaba de él, llegué a pensar que algún misterio habría en el origen de mi existencia, que ella no quería revelarme, y no volví a mortificarla con preguntas indiscretas. Pero tú, ¡sí vas a decirme la verdad!

—¡Gloria, por Dios!...

—¿Conoces al señor que acaba de irse de aquí?

—No…

—Tu vacilación me dice que sí, ¡por favor, no me mientas, Magda!… Tú conoces a ese hombre. ¿Le conoces?

—Apenas… Hace mucho tiempo que no le veo, hasta esta noche.

—¿Es cierto que es mi padre?

—¡Ay, Dios!… No me hagas esas preguntas, que no puedo contestártelas.

—¡Dime la verdad!… ¿Será posible que este hombre que tiene pirograbados en el rostro los sietes pecados capitales, sea mi padre?... ¡Sería horroroso!...

Yo procuré mostrarme serena.

—Mira, niña, no te preocupes por las majaderías que te digan. ¡Hay tanta farsa en esta vida!… Tiempo sobra para averiguar lo que uno se propone. Acostémonos. Estoy cansada y tengo mucho sueño.

Nos acostamos; pero yo pasé en vela, mortificada con la idea de que ya había llegado la hora de cumplir con lo que mi sobrina me recomendó. Mientras tanto, que durmiera su pobre hija.

Pero creo que tampoco ella pudo entregarse al sueño. Como siempre dejamos abierta la puerta que comunica nuestros dormitorios, varias veces la sentí revolverse en el lecho.

El día siguiente, es decir, ayer, se levantó temprano. El desayuno fue silencioso. Casi nada comimos. Ella se fue a su tocador. Yo la seguí. Entonces volvió a interpelarme:

—Magda, de nuevo te suplico que me digas la verdad. El hombre que estuvo anoche aquí, ¿es mi padre como él me lo afirmó?

—Yo no puedo contestarte nada. Vete a tu escritorio en donde estarás sola. Allí te llevaré lo que tu madre me dijo que te entregara en el único caso de que ese hombre se atreviera a presentarse a ti.

Gloria, temerosa y asustada, obedeció. Poco después, vacilante, cumplí la voluntad de mi sobrina.

Pasada media hora, dispuse a ir a ver qué hacía ésta. La encontré con los ojos húmedos, con las pupilas dilatadas, las manos temblorosas y el aspecto casi de loca. Al acercármele y consolarla, sollozó:

—¡Ay, madrecita, mi madre de mi alma!... ¡Cuánto sufrió la infeliz!…

—¡Gloria, por Dios, cálmate! —le supliqué.

—Acabo de pasar por la vergüenza y el horror de saber que el canalla que estuvo aquí anoche es el verdugo, ¡el asesino de mi madre!… Mi padre, ¡No! ¡Jamás!...–exclamó exaltada.

—Gloria, hija mía… murmuraba yo.

—Y… ¿Sabes?… El tal me citó para que fuera hoy, a las once de la mañana, a la iglesia de “El Carmen”; que allí me aguardaría para probarme… para probarme…

Apretó con furia las mandíbulas y paseándose, sumamente nerviosa, por la habitación, concluyó:

—Para probarme el parentesco que pretende tener conmigo. ¡El muy infame piensa que voy a ir!... ¡Tantas ganas que tengo de volver a verle!… Necesito hablar con mi tío, Magda. Más tarde iré a su casa.

—¿Porqué no le llamas?

—Porque está algo enfermo. Por el momento te suplico, Magda, dejarme sola. ¡Tengo tanto qué meditar!...

Atendí a sus deseos retirándome, muy preocupada, al oratorio a pedirle a Dios por ella… ¡Que la conformase, que la protegiese!...

Un poco antes de las once, la pobre niña se acercó a mí. Vestía un traje de calle de riguroso luto; cubríale el rostro un velo también negro. Me besó diciéndome:

—Voy a casa de mi tío. Pronto regresaré, Magda.

—¿Quieres que te acompañe?

—No te molestes. Voy en coche. El regreso lo haré con el ama de llaves de mi tío. Pero si a las doce no he vuelto, almuerza, pues es que yo lo haré donde él.

La miré, conmovida por su actitud. Estaba muy bella, aunque intensamente pálida. Tenía los grandes ojos fijos, con un fulgor extraño en la mirada. Me besó de nuevo, y salió… Lo que ocurrió después, usted lo sabe mejor que yo, señor abogado. ¡Ay, qué desgracia! ¡Nunca pensé que sucedería cosa tan horrible! ¡Pobre de mi sobrina!… ahora pienso que ella no estaba en su cabal juicio. Hablaba, miraba y gesticulaba de un modo, que no es posible que tuviera el juicio completo. Licenciado, ¡por lo que usted más quiera, por lo que más ame, por librar del martirio a dos ancianos, por lo que cueste, salve a mi querida niña! Crea que ella no es responsable de lo que ha hecho. Seguramente fue la lectura de la carta lo que le extravió la razón.

—¿De cuál carta?

—De una que leyó esta mañana.

—Entréguemela, se lo ruego. Necesito conocer bien los antecedentes impulsores del crimen y valerme de todos los medios para salvar a su sobrina. Indudablemente, es un caso patológico muy interesante. Desde el punto de vista jurídico, se entiende, señorita.

No sé si me comprendió bien la acongojada anciana; pero no tuvo inconveniente en darme la carta. Viéndola tan afligida, le prometí hacer todo lo posible para que le permitieran, como era su deseo, acompañar a su sobrina en la cárcel.

ooOoo

Hasta aquí lo hablaba con el abogado defensor de la joven delincuente.

Acerca de este hecho delictuoso hay varias versiones; pero el público se ha pronunciado en favor de la infortunada y linda hechora. ¿Por qué?... ¡Quién sabe!... Nuestra misión de periodistas imparciales nos impide hacer apreciaciones oficiosas en asuntos tan delicados como éste. Veremos lo que resuelve el jurado.

Acaba de llegar uno de nuestros reporteros y nos informa que, a última hora, se guardan ciertas consideraciones a la delincuente, tomando en cuenta, sin duda, el estado anormal y neurasténico en que ésta se halla.

ooOoo

Señora doña Camila Lasso V. de Moncada
Danlí, Honduras

Muy distinguida y apreciable señora:

Principio por dar a usted las gracias por el interés que ha tomado en el asunto de mi infortunada sobrina Gloria.

Hemos pasado días verdaderamente amargos. Dichosamente, la casualidad nos deparó la fortuna de encontrar un joven jurisconsulto que se ha empeñado no sólo en salvar a Gloria sino también en que tramitaran con rapidez el proceso. Asimismo, hemos tenido la suerte de que no hubiera parte acusadora. Únicamente el fiscal ha actuado en representación de la vindicta pública.

¡Cuánto enredo y cuánta cosa! Mi sobrina está abatida, avergonzada, hecha una lástima. Figúrese usted, señora, que hasta con los médicos hubo que contar. Éstos examinaron a la pobre niña. En su dictamen hicieron constar que había anormalidad en sus facultades mentales, debido a una infección congénita, y que indudablemente cometió el delito en un rapto de insania.

Al fin, concluidos los trámites del juicio plenario y terminada la relación del proceso, el juez de la causa pasó los autos al Tribunal del Jurado, y éste, después de más de dos horas de angustiosa espera para nosotros, emitió por unanimidad, veredicto absolutorio. El público era numeroso y prorrumpió en exclamaciones de júbilo cuando supo que Gloria había sido declarada sin culpa y ya estaba libre.

Ahora, ésta permanece casi encerrada en su alcoba, sin querer ver más que al médico que la asiste y a sus amigas íntimas. Dentro de doce días saldrá para Europa, acompañada de Magdalena y de la señorita Clotilde Rosales, su amiga de más confianza. También irá con

ella un médico respetable, encargado de continuar el tratamiento que el especialista le ha prescrito y con el cual promete curarla si lo sigue todo el tiempo preciso e indicado.

Es muy posible que el aire del mar y las nuevas y variadas impresiones que reciba en su viaje de descanso espiritual, le aprovechen tanto física como moralmente. Cuando regrese de su larga y necesaria visita a países que no conoce, cuyas novedades interesantes de seguro le distraerán el espíritu, recibirá usted cartas nuevas, estimada señora.

Tengo el honor de ponerme a las órdenes de usted y de su muy apreciable familia,

Muy respetuosamente besa los pies de usted su muy atento y seguro servidor,

FRANCISCO A. SILVA

ooOoo

Buenos Aires, 31 de julio de 1870.

Señora doña Camila Lasso de Moncada,
Danlí, Honduras.

Muy apreciable señora:

Tengo el gusto de dirigirme a usted enviándole un atento saludo y dándole a saber que tanto mi tía Magdalena como yo, hemos regresado bien de nuestro largo viaje por Europa.

Tuvimos una feliz travesía de mar… ¡Viera usted cuántas veces sentí impulsos de hundir mi existencia mísera en las movibles, atrayentes y profundas aguas del océano!… Eso le probará la horripilada y decepcionada que estoy del mundo, de este mundo corrupto en el cual me ha tocado actuar de una manera cruel, tan distinta a la ruta suave, sin tropiezos, ajena a todo rencor, por la que yo soñaba se deslizase mi vida. ¡Había sido tan feliz con el cariño de los míos, con mis flores, mis libros, mis pájaros!... ¡Con mi piano, en el deleite de la ejecución de música selecta!....

Aseguro a usted que no es fácil para mí explicar cómo pude resolverme a cometer un acto tan atrevido y punible como lo es el de matar a un hombre. ¡La fatalidad, un impulso incontenible, una mano oculta y poderosa —o como usted quiera llamarlo— me lanzaron al crimen! Después de enterarme de los sufrimientos de mi madre, de la villanía de que fue víctima, indignada por el raimiento con que se me presentó el hombre que decía ser mi padre, no tuve más que un pensamiento, un deseo, una idea, un objetivo: ¡Vengarla!... ¡Y me sentí obsesa!… ¡Y tuve la obcecación de la sangre, de la sangre que lava las manchas inferidas al honor!... ¡Y deseé matar con el ansia, con la desesperación, con el ímpetu del sediento que apura un vaso de agua!... ¡Y la cita que él me había dado fue propicia para mi propósito vengador!... El hecho se consumó; mejor dicho, lo cometí en un estado morboso, en un momento de frenética inconsciencia. El puñal que salvó a mi madre de nuevos y villanos atentados, quizá lo destinó Karma para que yo vengase su honra mancillada.

Mentiría a usted, señora, si dijese que estoy satisfecha del crimen que he cometido: pero le confieso que nadie se atreverá a calificarme de parricida, porque no debe conceptuarse padre a aquel que villanamente abandona a una señorita a quien ha seducido. Y que la abandona próxima a ser madre, rehuyendo dar su nombre a un ser inocente y salvar una reputación que él ha mancillado. ¡Y con qué mancha!… Nada hay que pueda ni atenuar ni disculpar su cobarde huída. ¿Por qué no se casó con su víctima, aunque después la hubiera abandonado? Porque ni ella ni el hijo que iba a nacer le importaban. Porque entonces él tenía buen capital e ignoraba que mi madre tuviese un tío riquísimo a quien probablemente heredaría. Además, según me ha contado mi tío Francisco, dejó a mi madre porque creía seguro casarse con una joven acaudalada; pero que ésta, al saber ciertos antecedentes de él y contarle la vida licenciosa que llevaba, lo despreció. Ya ve usted, pues que no hay ningún derecho cuando se han rehuido las obligaciones; máxime, si éstas son de honor. Al menos, éste es mi criterio.

No hallo frases con qué expresar a usted mi agradecimiento por su generosidad en ofrecerme su casa, ofrecimiento que no me es dado aceptar porque el rumbo de mi vida ha cambiado por completo para siempre. Que me perdone mi bendecida y adorada madre si no cumplo

su voluntad, si, impulsada por la fuerza de mi sino, cambio la sandalia que me conduciría donde usted por el cilicio mortificante del penitente que, en el fondo no se considera purificado.

El joven don Alfonso Guardia, que tan brillantemente me defendió hasta obtener mi absolución, tiene empeño en que me case con él. Desde todo punto de vista es un buen partido. De los que han solicitado casarse conmigo, es el único que me ha sido simpático, y quizá me habría gustado para compañero mío sino fuera el nauseamiento que, en mi actual estado de ánimo, me causan los hombres. Por otra parte, no quiero que mi raza se perpetúe. Me causa horror suponer que pudiera nacerme un hijo parecido al infeliz atrofiado que causó la desgracia de mi madre y me obligó a mí a ser delincuente. ¡Qué triste es esto, señora!… La ley y la sociedad me han exculpado. ¡Cuánto diera yo por poder hacer otro tanto, por no sentirme agobiada por el inaligerable peso de culpas ajenas!...

Todavía estoy magullada de cuerpo y alma. Ahora, en mi morbosismo, sólo anhelo la paz, sólo hay en mí ansias de renunciamiento, de oración, de sacrificio, de sepultar a mi juventud con todos mis ensueños de joven a quien no ha mucho le sonreía y halagaba la fortuna, en el tranquilo aburrimiento de un agente claustro. Allí cuidaré pájaros, cultivaré flores y verduras, haré cuanto trabajo sea preciso para anestesiar mi libre albedrío, hasta llegar a ese estado de inanición mental en que casi no se piensa. Las pasiones humanas sólo las percibiré muy a la sordina. Pero si a pesar de mis esfuerzos de aniquilamiento, mi voluntad reacciona, la vida potente reclama sus derechos, seré una humilde imitadora de Sor Juana Inés de la Cruz, la célebre y filósofa poeta azteca, víctima de insatisfechas ansias mundanas, y escribiré lo que la naturaleza me dice… Volveré a hacerme amiga de mis olvidados libros de literatura, y recordaré mis tiempos de colegiala en que tan buenas notas obtuve, en que era la número uno en las clases de gramática y en que siempre sacaba primer premio en composición.

Los paseos, el baile, la ópera, el teatro, todas estas cosas a que he sido tan aficionada, deberán estar sepultadas para mí. ¿Y por quién?... ¡Qué duro, qué triste, qué amargo es, señora, tener que inculpar, tener que maldecir a un ser que debería reverenciarse y quererse!...

A usted, cuya alma es tan bondadosa, le suplico eleve sus preces al cielo para que Dios me perdone, me redima y me dé la paz, la confortadora, la verdadera paz del espíritu que tanto necesito.

La penitencia y el alejamiento del mundo quizá me hagan comportable mi situación y pueda, en algún tiempo, olvidar la inevitable tragedia —que siempre paréceme horrible pesadilla— que ha ensombrecido mi existencia y matado todas mis ilusiones.

Deseo a usted y a sus hijos muy amados, toda clase de venturas.

Una vez más, mi distinguida señora, le expreso mi gratitud imperecedera y mi respetuoso cariño.

GLORIA SILVA

ooOoo

Con esta carta termina el contenido del paquete que la curiosidad me impelió abrir.

Terminaba la lectura del histórico relato, me engolfé en un océano de divagaciones a cual más aventuradas, ya que cualquier prejuzgación sería hipotética.

¿Fue o no fue culpable, la desdichada Gloria, del delito de parricidio? ¿No le hablaría su conciencia antes de cometerlo? ¿Y si le habló, qué fuerza insuperada hizo que venciera su obduración y que el homicidio se perpetrase? ¿Por qué fue ella la víctima propiciatoria para obtener misericordia, para borrar pecados que nunca cometió? ¿Cuál fue su fin? ¿El matrimonio con su enamorado defensor? ¿Un convento? ¿O quizá el manicomio?

¡Y vi abierta la lacra, la inmensa lacra de las miserias sociales en donde fermenta la levadura de los vicios que contaminan a la mayor parte de la humanidad incauta!

¡Y comprendí y disculpé el odio, el odio supremo, santo, que una mujer honrada siente por el hombre perjuro que la mancilló, que burló su fe y su amor!

¡Ah, la entraña inmolada que sangra ODIO!... ¡Ah, la entraña que pide justicia!… Esa entraña, ¡GLORIFICADA SEA!...

MARIS STELLA

Helena Ramos (1960)

Nicaragua

Fue un escenario apropiado para una historia tierna y romántica: una niña, un niño y el mar.

—Espera, espera, ¿por qué en masculino? —Por supuesto, el barco sobre la mar, una mar mentida y cierta. —O *una mar que tranquila bañará los cadáveres*. —¿Cómo puedes conocer *Sangre en el ojo* si es…? —Publicado en 1986, ¿verdad? ¿Qué sabes tú de eso? Los muertos leemos mucho. —Qué alivio.

Don Fernando Contreras, a quien el inexorable nombramiento había anclado en San Anselmo, consideraba su obligatoria permanencia en aquel pueblito costero si no una desventura, al menos una afrenta del destino, pero estaba decidido a sobrellevarla con gravísima dignidad, mezclándose lo menos posible con "esa gentuza". Naturalmente, su hijo tampoco debía trabar amistades inapropiadas. Le quedaba solamente la casa, que no ofrecía hallazgos, o la playa, íntegra y solitaria. Don Fernando prefería los peligros de la naturaleza a las malas compañías y concedió el permiso sin reparos, haciendo caso omiso a las inquietudes de su señora, pues para él, lo peor del mundo hubiera sido que su vástago se convirtiera en marica o en un perrito faldero. Decidido, dicho y

hecho: Fernando podía jugar en la playa pero con la advertencia de que se quedaría confinado en el cuarto un año entero si andaba con "aquellos pequeños mequetrefes".

El cielo, la arena blanca, las aguas de un fresco azul relumbrante… una vastedad salobre, soleada. Bastó una semana para que el entorno le confiara la contraseña. Continuaba descubriendo su nuevo mundo cuando apareció ella. Apenas empezaba a caer la tarde y en la transparencia del aire había un matiz mágico, de una difusa claridad que promete y llama.

Un vestido que el muchacho, si supiera encontrar la palabra apropiada, llamaría elegante, estaba húmedo, y el viento ondeaba su larga cabellera. Caminaba descalza y llevaba en cada mano un zapato. ¿Una princesita perdida en el bosque encantado? No, más bien una infanta fugitiva pero animosa.

—De puro aburrimiento. Allá el agua es harto helada, me gustaba a veces bañarme con ropa. ¿Has visto alguna vez cómo flotan las faldas? Pobre doña Amparito, que le tocaba lavarlas.

Entre doce años de él y diez de ella, todavía había un fácil puente. "Soy María", dijo la chica, magnánima anfitriona que se presenta a un visitante timorato para ahorrarle engorros.

—Es que parecía que él iba a estar allí enmudecido para siempre. —¿Por qué no te fuiste? —Quería quedarme.

"Mi nombre es Fernando Contreras", contestó él sin estar muy seguro de que haberlo dicho era lo correcto, pero ella ya tomó las riendas de la conversación y, sin saber cómo, el niño la acompañó a ver unas caracolas rosadas, comió frutas que la chiquilla tenía escondidas entre las piedras y junto con ella tiró pedacitos de pan a las gaviotas… Embriagados por el aleteo argentado, se recostaron en la arena a mirar el cielo, viviendo una infinidad íntegra, anterior al propio Génesis, sin historia, ni geografía tan siquiera, sólo forjada por sus cuerpos.

—Ah, qué solemne. Pero en verdad aquello era… increíble, haberlo compartido con él…

Fernando se sentía Adán después de haber probado la manzana pero antes de ser expulsado del paraíso; sin embargo, no esperó la llamada iracunda de Yahvé y, en un arrebato de valor —¿o fue la astucia?— habló a su padre sobre el encuentro porque presentía que cualquier intento de mantenerlo en secreto sólo podía empeorar las cosas.

Don Fernando, no desprovisto de cierta metódica curiosidad hacia lo inusual, quedó intrigado por la descripción e hizo las pesquisas, nada difíciles, porque todos conocían a María, hija de don Andrés Rivera, dueño de varias embarcaciones pesqueras y viudo desde hace dos años. Su esposa, doña Ana, argentina de origen, murió de fiebres tifoideas durante un viaje al interior del país, y en el pueblo sólo quedaban los recuerdos de su donaire y de sus largas trenzas que le coronaban la cabeza como una áurea diadema.

—Pero mamá era una mujer inteligente, culta, tenía muchos libros, los leí todos, menos aquellos que estaban en ruso. Y unos álbumes de pintura de inicios del siglo, bellísimos… Nació en Argentina en una familia de emigrantes, de allí el apellido Slavin. Bonito, ¿verdad? Creo que me puso María Alfonsina por Alfonsina Storni… Al comienzo yo odiaba este nombre, lo revelé sólo a Fernando, bajo juramento de no decirlo nunca a nadie… Luego me acostumbré, hasta comenzó a gustarme.

Don Andrés, a quien una antojadiza jugarreta de la genética dio el físico del cacique Lautaro pero no su espíritu ni tampoco sus anhelos, se refugió de la pérdida en una viudez infranqueable. Estaba decidido a no volver a casarse nunca —cumplió con su palabra— y pasaba la mayor parte del tiempo mar adentro. Las criadas se encargaban de la ropa y comida de María y la escuelita del pueblo, de su educación. Hubiera podido enviarla a un colegio más distinguido pero no quería separarse de la niña.

Nunca trató de imponer silencio entre la memoria y el dolor. No era un narrador excelso ni nada por el estilo pero sí hablaba con María de su madre, evocando incansable el recuerdo de cómo la conoció en Buenos Aires por pura casualidad y en tres días le propuso matrimonio diciendo: “No quiero perder a la mujer de mi vida sólo porque la acabo de encontrar”.

—Así aprendí que el amor no es un invento de poetas y que la felicidad existe. —¿Sigues pensando igual? —Siempre.

Alimentada, encendida de lecturas y presagios, creció esperando portentos y haciéndolos ella sola.

—Sí, como echar a Pancha anillos de oro en la sopa, ¡por poco se traga uno! Acabé con todas las joyas, papá dijo que eran mías y las regalé, sólo conservé una pulserita de plata, mamá la usaba desde antes de casarse.

Tenía excelentes notas, alcanzadas sin mucho esfuerzo, gracias a la imaginación, extrañamente lógica, y un desinteresado empeño, parecido al azar deportivo. Le gustaba la soledad —porque permitía soñar a raudales— pero no era salvaje ni huraña, sino suelta, definida en sus adentros. Cuando la invitaban a una fiesta o cumpleaños de alguna amiga, llegaba decentita, grácil, y conversaba como adulta. Las mujeres se compadecían de su orfandad y le excusaban de buena gana sus larguísimos paseos por la playa y la riesgosa costumbre de nadar lejos de la ribera. Los hombres, en especial los pescadores, la creían una suerte de talismán, criatura quién sabe si del todo de este mundo, a quien se le permite más que a los otros.

Con los ojos bien abiertos vivía María Alfonsina.

—No sabía que yo era tan linda personita. Bastantes diabluras hice.

Don Fernando examinó los antecedentes de los Rivera y juzgó que la chica —¡pobrecita!— no era "mala compañía". Quizá, la fortuna de don Andrés —moderada, pero sólida— también incidió en el fallo, así que la amistad entre los dos se mantuvo. Si fuera un cuento, tendrían que prendarse sin remedio, no obstante el destino sólo se cumplió a medias: él se enamoró, ella no.

—Eso no es cierto, cuando yo tenía trece años estaba loquilla por Fernando pero luego él se ha vuelto muy cuadrangular, exactito a su padre, y éste me caía gordo.

Después Fernando Contreras se cansó de preguntarse si María era realmente bella o sólo fue el hechizo que la revestía. Morena, delgada, pequeña de pies y manos, de estatura apenas mediana; su cabellera de un castaño muy oscuro, que de lejos parecía negro, verdes ojos translúcidos y firme boca no sería ni la mitad tan atrayentes en otra mujer. Eligió para ella una palabra inconfesable —"la certera"— y podría ser una buena explicación para su encanto, pero María no necesitaba explicaciones.

Antes de ingresar a la Escuela de Carabineros (una determinación, por supuesto, aprobada por la familia), se sintió obligado a poner las cosas en claro. El puente entre sus 18 años y los 16 de ella ya no se tendía con la misma facilidad, mas no podía dejar San Anselmo sin hablar, por fin, en serio, porque desde hace algún tiempo —¿cuánto?, él no sabría precisarlo— sus encuentros perdieron la poderosa proximidad

de antaño. Anhelante desplegó ante María sus planes para el futuro. Quizá, el cuerpo de carabineros no era tan prestigioso como la Fuerza Aérea, la Infantería o la Armada, pero la tarea de proteger el orden público le parecía noble y acorde a sus afanes de acción concreta… ¡Estaba seguro de…!

Por fin hizo un alto y pidió a María que se casaran después de que él se graduara. "¿Acaso me viste la cara de una novia de oficio?" contestó ella sonriendo; sostenía en la palma de su mano derecha una flor marchita de pétalos desgreñados. "Te aprecio mucho, pero casarme… no, eso no. También iré a Santiago a estudiar, aquí no estoy haciendo nada. Está bien que te vayas… te escribiré, si quieres".

Él no estaba en condiciones de responderle; María levantó la mano, regalando la flor al viento, le rozó la mejilla con un beso oloroso a sal marina y largó a caminar, aleándose con la luminosidad de la tarde.

Un año después la madre de Fernando le participó que don Andrés Rivera había fallecido a consecuencia de un accidente: una ola lo arrastró y lo golpeó contra el mástil… murió sin recobrar el conocimiento; luego llegó la noticia de que María Alfonsina vendió todas las propiedades y viajó a la capital, supuestamente para entrar a la Universidad de Chile. "Siempre ha sido una persona algo rara y no sería una buena esposa", puntualizó la doña. El cadete Contreras pensó que no dejaba de tener razón, mas suspiró con amargura.

El rastro de la joven reapareció donde menos pensaba encontrarlo: en la página de sociales de *El Mercurio*, anunciando la boda del doctor José Antonio Sanvito Edwards con la señorita María Alfonsina Rivera Slavin.

El subteniente Contreras sintió una picadura de despecho, pero era un dolor apacible, de alivio. El otro, muy apuesto y de increíblemente buena familia, en efecto se parecía a un príncipe azul, que cualquier fémina ha de soñar. Había perdido, sí, pero ante un rival imponente. Todo estaba en orden.

Volvió a saber de ella de manera todavía menos esperada. Los apellidos Rivera y Sanvito se iban adosando en los diarios a otros, indeseables, encabezados por aquel que al inicio no era más que un pituco fracasado coqueteando con la chusma pero fue agarrando una fuerza peligrosa y turbulenta: Salvador Allende Gossens.

Su María podía ser una sílfide, un hada o una gran señora pero ¿una de estas orates izquierdosas? Confiada, ingenua, la pobre definitivamente no se daba cuenta de que la política era más incierta y azarosa que el océano. Tampoco se podía descontar la influencia del cónyuge… La confundieron, por supuesto. A ella y a tantos, hasta el punto de haber elegido a este truhán rojo Presidente de la República.

Coronel Contreras no concebía estar de brazos cruzados ante una situación intolerable. La legalidad era sagrada pero la Patria lo era aún más. Sin titubear tomó parte en la conjura y tuvo apenas un conato de vacilación al enterarse de que una guerra interna incluía acciones que no le habían enseñado en la Escuela. A conciencia. A conciencia. Era indigno de un hombre esquivar responsabilidades, por más duras que éstas sean. Asumirlo todo, hasta aquel lodo revuelto con sangre. Todo.

—Estás muy callada… —Es triste, ¿verdad? Y no nos dimos cuenta a tiempo.

Revisando la más reciente nómina de detenidos, tropezó con el nombre inconfundible, tan singular como ella. La estaban buscando desde el septiembre. Tenía que verla, definitivamente. Esta vez —por fin— sería el San Jorge, libertador de la princesa. Ni siquiera le cruzó por la mente que podía no reconocerla después de casi 25 años, estaban unidos para siempre, predestinados por la Providencia. No se ha casado nunca, esperándola, hasta que por fin…

Ordenó que quería hablar con la convicta a solas. “Que nadie me moleste, ¿está claro?” y bendijo recónditamente el escalafón, que impedía cualquier indagación indiscreta. Estaba esperando un milagro, que no tardó en advenir. María Rivera sentada frente a él. Su María. Por supuesto, ya no era una jovencita pero mantenía la incognoscible gracia que él tanto recordaba; además, había adquirido el templado refinamiento de una mujer de mucho mundo, sin frivolidad.

—Estaba muy cansada y con miedo. Esperaba cualquier cosa menos a él. —¿Qué sentiste al verlo? —Más miedo.

Un vestido sencillo pero elegante (esta vez el vocablo exacto vino enseguida); un corte de cabello perfecto y discreto sustituyó las indomables trenzas. Detrás de los anteojos, su mirada era la misma, de un verde mar soñante… En definitiva, no podía estar involucrada seriamente en estas barbaridades.

El silencio se prolongaba. ¿Será posible que no lo reconociera?

—¿Sabes quién soy?

—Fernando Contreras bien uniformado. ¿Qué te traes?

Muy satisfecho, corroboró que la franqueza de siempre hacía innecesaria toda clase de preludios. Se quitó la guerrera, para que el grado no se interpusiera.

—Tengo aquí bastante poder, pero no suficiente para sacarte así como así. Necesitaremos algunos nombres, información… Después te garantizo que recibirás trato preferencial en el Consejo de Guerra. Todo quedará olvidado.

—¿Qué significa "todo"?

—El pasado. Saldrás libre muy pronto, yo voy a protegerte.

—¿A cambio de qué?

Sólo entonces él se dio cuenta de que para ella, el porvenir común no estaba tan perfectamente resuelto. Había que romper el hielo, manumitir la confesión aprisionada en su interior.

—Te amo, siempre te amé.

—¿Acaso no sabes que la fijación en amoríos infantiles no es nada sana? Mi libertad a cambio de mi amor, ¿eso quieres? No sé si eres muy pueril o simplemente un canalla. ¿De veras piensas que puedo entregar a alguien a ustedes?

Para él, no contaba nadie sino ellos dos, mientras María se empecinaba en distanciarse. Tenía que impresionarla, sacudirla.

—No sabes en qué estás metida.

—Lo sé. También sé qué me espera. Eres tú quien no sabe nada de mí. Llama a tus esbirros, que estás perdiendo el tiempo.

Se levantó irguiendo la cabeza. No podía dejarla ir, tan irremediablemente remota, inaccesible. Él también se levantó y la estrechó contra su pecho, deslizando luego las manos por las caderas de María, que inolvidables veces vio delinearse bajo la tela de la falda o traje de baño. La carne firme, ansiada. Solamente quería abrazarla, ratificar su presencia… Un dolor repentino en el hombro lo forzó a soltarla; no, a ésta no la conocía… furiosa, fiera, enseñando los dientes.

—Lo mordí con todas mis fuerzas, ¿qué más me quedaba? —¿Ya no tenías miedo? —Sólo rabia.

La derribó de un solo golpe; nunca antes había pegado a una mujer pero se vio traicionado en su fuero más profundo y sensitivo. Estaba dispuesto a poner en juego todo, hasta su inmaculada carrera, prácticamente faltando a su deber, ¡y cómo le respondía! Así eran estas mujerzuelas desconsideradas, ése era el trato que se merecían. Por fin pudo degustar la piel lisa y cálida de María. Ella no se movió, petrificada en el rechazo, y luego se puso a arreglar la ropa sin prisa, como si estuviera sola. Pero la cruda realidad de la situación podía impulsarla a recapacitar y, tal vez, comprendería que su amor, tan largo y constante, también tenía derecho a un arrebato, una recompensa.

Prosigan con la investigación pero que nadie la toque, ¿está claro? La frase le pareció de lo más estúpida pero Oswaldo, por lo visto, la encontró completamente natural, esbozando un amago de sonrisa obediente y copartícipe. Para eso estaba aquél, definitivamente. Para cumplir órdenes.

En tres días mandó traerla de nuevo. No tenía ninguna marca en el rostro pero su desangrada palidez indicaba que le aplicaron la tortura eléctrica. ¡A ella! Empero no era el momento para dejarse llevar por el sentimiento.

—María, te ruego: permíteme ayudarte. No quiero nada, sólo salvar tu vida.

—Ah, muchas gracias. Creo que también te debo a ti el favor de que no me violaron más ni me golpearon. Para no dañar la mercadería, ¿verdad? Por si de repente otra vez te entra la calentura… Lo que ustedes… lo que tú haces, no tiene justificación. No diré nada más.

—Eres irredenta, me lavo las manos.

—Te prestaría mi jabón, pero se me quedó en casa. Maldito seas, Fernando.

María Alfonsina Rivera Slavin, 39 años, casada, socióloga, detenida desaparecida en julio de 1975 en Santiago.

María Rivera, destacada militante del Partido Socialista, fue detenida en circunstancias que no se pudieron precisar, por agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Por unos días permaneció recluida en el recinto de Villa Grimaldi, donde fue vista por testigos.

De acuerdo a lo declarado por familiares, en agosto de 1979 a uno de ellos le fue comunicado extraoficialmente, en forma verbal, que

María Rivera fue fusilada y su cuerpo, lanzado al mar. En virtud de estas consideraciones, el Consejo Superior llegó a la convicción que María Rivera Slavin se encuentra en calidad de detenida desaparecida, declarándola, por tal razón, víctima de violación de derechos humanos.

—¿Te dolió morir? —Sí… pero ya no importa.

EN SECRETO

Marisela Quintana (1958)

Nicaragua

Se casó con Luis Lane, un periodista opaco y de escaso alcance, quien deseaba una mujer bella, escritora, inteligente, buena madre, espléndida esposa y amante excepcional que complaciera sus complejos y que le permitiera insultarla de fea, insípida, estúpida, mala madre, inaguantable esposa y floja amante. Clara Kent era todo lo primero, pero no habría de esperar más que lo segundo en el momento en que aceptó casarse con semejante "alma de cántaro" del tal Luisito.

La ceremonia se celebró en la mejor iglesia del barrio. Clara lució el amarillento vestido de novia que la madre le heredara junto con los torcidos encajes al frente, la cadena de falsas perlas en el cinto, el delicado tejido de punto en el ruedo, el velo rematado en guirnalda de flores de acacia y un ramo de flores silvestres traídas de Estelí, desde el corazón de Nicaragua donde la primavera no conoce fronteras. Ella lucía femenina y aniñada con los gruesos lentes que ayudaban a proyectar la imagen ingenua e indefensa que convenía para mantener en secreto sus extraordinarios poderes. Aunque Luisito la menospreciara en su afán egoísta, ella se complacía en la sorpresa y la cara que pondría él cuando se enterara de quién era ella.

Así, no le importó e hizo caso omiso de las advertencias de sus hermanas, madre y hasta de su padre, hombre sabio, extraterrestre, noble y a quien no le gustaba entrometerse con los asuntos terrícolas —quienes siempre le decían: "No te cases con el hijo de puta de Luis Lane". Y ella nada. Se le metió entre ceja y ceja tener al Luis de marido y he aquí, frente al sacerdote de turno, haciendo y aceptando votos de fidelidad, entrega y aguante por el resto de su vida.

El Luis bebió como salvaje toda la noche. En la madrugada roncaba como cerdo para engorde, pero Clara, aún vestida de novia, se encontraba absorta y filosófica abstrayéndose de su fatal destino, tramando en darle la inesperada noticia. Nunca terminaba de planear la forma en que se lo diría ya que en los días subsiguientes tuvo que atender miles de emergencias: un puente que se desplomaba, una familia entera a la cual rescatar de la inundación provocada por la furia de "El Niño" en California, servir de ambulancia para los cientos de agredidos por las pandillas de criminales en Managua, asistir a los funerales de los periodistas en Colombia, y hasta servir de testigo de descargo en los juicios de putería seguidos contra Clinton.

Sólo sus especiales dotes le permitían sobrevivir a lo que le esperaba en casa, con Luisito furioso porque no le servía la cena a tiempo y tremendamente iracundo porque se le quedaba dormida en la cama en vez de cumplir con los sagrados compromisos de esposa. Para colmo, tenía que levantarse antes del alba, meterse al guardarropa a hurtadillas, evitando despertar a Luis, mientras se colocaba su traje azul y rojo con el inconfundible emblema de la "S" que marcaba su predominante condición ante el resto de desgraciados humanos.

Cómo extrañaba en esos momentos la consabida cabina telefónica.

Y va que vuela Clarita a salvar vidas, hacerle de corresponsal, a llevarle el almuerzo a Luis, ya traer a los niños a la escuela, porque además —se me olvidaba mencionarlo— Clarita había parido dos hijos a Luis, quienes no sólo demandaban su tiempo, sino que también eran un par de cipotes malcriados que odiaban las espinacas, a Popeye, al Capitán América, a Batman, y a todos los brothers de su madre porque no eran más que pendejos y payasos.

Un día llega Clara a su casa más agotada que nunca y encuentra al Luis tendido en pelotas en el lecho, esperándola. Y ella que se hace

la disimulada porque, además de la fatiga que se trae, ya encuentra al marido aborrecible por la desagradable manía de sacarse los mocos en pleno acto para pegarlos en el cabello de ella.

El otro día, mientras salvaba a un niño de las garras de un violador callejero, elevando al muchachito en la seguridad de su vuelo y de sus brazos, éste le había preguntado si usaba laca en el pelo. En ese momento, odió a Luis y sus malos hábitos de tan profundo modo que decidió enfrentarlo y decirle toda la verdad.

"¿Con quién crees que te has casado, maldito? Yo soy la 'Súper Mujer'. Vuelo por los aires, mi capa es invulnerable a cualquier ataque, poseo caloríficos rayos por visión y mi aliento puede congelar a menos cero lo que tenga enfrente".

Luis se quedó atónito en el instante. Luego, tomó la noticia con gran júbilo. Se deshizo del horno de microondas, del carro, del refrigerador, del aire acondicionado, despidió al guardia de seguridad y vendió el "doberman".

Desde el día de la confesión, Clara fue por los niños a la escuela volando, su visión superdotada sirvió para cocinar y recalentar la comida en casa. Ya Luis no volvió a preocuparse por la cuenta de electricidad pues su mujer se encargaba de mantener los alimentos congelados y el clima en el hogar a la temperatura conveniente. Tampoco tenía que tomar afán por proteger su propiedad.

¡Qué bien había resultado la noticia para Luis! Sus amigos llegaban de visita y sólo tenía que ordenarle a Clara que soplara sobre los vasos y el ron se volvía riquísimamente helado. Luis hasta se daba el lujo de pedirle a Clara que le diera un paseo por el parque antes de ir a dormir.

Él decía que esto lo relajaba. Precisamente, en uno de estos vuelos, Clara se hartó del asunto y lo dejó caer desde unos 200 metros de altura y ni se estremeció cuando el cuerpo de Luisito aterrizó brutalmente en el suelo envuelto en un sonoro "¡PAM-GAM!" que erizó los pelos al vecindario e hizo que los canes aullaran por dos horas consecutivas.

La policía muy inoportunamente solícita hizo sus pesquisas en los alrededores y se enteró de lo premeditado de la muerte de Luis Lane. No tardaron mucho en detener a Clara por homicidio no culposo. Ella no abrió la boca ni pronunció palabra en su favor. Le hicieron un juicio

sumario y la declararon culpable. Lástima. Clarita con toda la cabecita llena de honestidad y rectitud se olvidó de cultivar las amistades influyentes que bien le hubieran servido ahora para salir del lío en que se había metido. Mejor le hubiera hecho el favor al Alcalde de llevarle la querida a abortar a una de las clínicas extranjeras, o al diputado aquel que le pidió derretirle la casa al líder de la oposición, o al candidato a la presidencia que le solicitara leer las marcas en las boletas de votación antes del recuento oficial, quien después ganó de todos modos y le tenía guardada unas ganas enormes de desquite, no tanto porque no le hizo el favor sino porque se había expuesto, pues había hecho evidente su mediocridad nada menos que antes la mujer más poderosa del mundo.

La condenaron a la silla eléctrica. El Papa desde el Vaticano se opuso. Mandó sendas cartas para evitar el castigo por ese medio tan inhumano. Así que para no contrariar a Su Santidad —y darse ínfulas de muy píos— decidieron aplicarle una inyección letal de kriptonita. La pobre Clara tardó ocho minutos en expirar. Ocho lánguidos minutos.

Minutos de embeleso para una muerte que nunca termina, que se clava en el alma haciéndola padecer una angustia interminable, una ansiedad terrible. "¡Ah!" se quejó Clara una vez. "¡Ah!" dos, tres, cuatro y muchas despiadadas veces. Se marchó entre los quejidos de la rebelde vida que se escapa.

Después de ella, he conocido otras Clara, pero ninguna confiesa ahora sus secretos. Siguen siendo "Súper Mujeres", mas no se exponen. Prefieren el abuso diario. Contribuir con sus míseros bolsillos a la gasolina del auto o al pasaje del bus interurbano, pero ya no vuelan. Estamos exhaustas y… tenemos miedo.

EL PIQUE

Linda Berrón (1951)

Costa Rica

Ella se aferra con los brazos a los flancos tensos del hombre, lo aprieta con las piernas, levanta un poco la cabeza, jadea, abre mucho los ojos, trata de mover la pelvis, jadea, se traga el aire a grandes mordiscos, quiere ir más aprisa, como él, que devora los segundos en impulsos secos y potentes, jadea, quiere alcanzarle, gozar con él, se apura, le clava las uñas y, desde la cama, escucha los gritos de los chicos, peleando como siempre el primer lugar para ducharse. Es exactamente en ese momento cuando ella sabe que es imposible, que él va a terminar, que jamás podrá darle alcance, y se deja, afloja los músculos para recibir el placer de él que se va desplomando lentamente sobre su cuello, con su aliento fatigado y la frente empapada.

Ella cierra los ojos: se ha ido de nuevo. Oye vociferar al pequeño en la puerta del dormitorio. ¡Se van a callar!, les grita con la tensión en el cuello aún rígido. Vuelve a poner la cabeza en la almohada. Sí, se ha ido de nuevo; el placer, el éxtasis, la fuga, el infinito, se fueron sin ella: como un tren que huye hacia el horizonte remoto.

Desaparece y ella queda mirando el vacío. Dentro del dormitorio cabe un enorme vacío. Desde el armario, que ella ordena todos los

lunes, hasta la ventana, cuyos vidrios limpia todos los jueves, hay un espacio infinito que se lo traga todo.

El hombre le acaricia el pelo húmedo, le da un beso en la mejilla acalorada y se levanta. Ella lo contempla cuando desaparece tras la puerta del baño. Él también se va, satisfecho, fuerte, descansado. Lo envidia. Ella se mira el cuerpo, ¿será éste un cuerpo torpe, incapaz de sentir placer?, ¿será sabio solamente para el dolor, la contracción, la inútil hemorragia?, ¿experto sólo en alimentar a otros, complacer a otros, acumular reservas en sus tejidos avaros para los malos tiempos?

Son malos tiempos ahora. Hay que mirar hasta el último cinco, ver qué camarón, negocito, botella, chiza, chorizo, cambalache se busca uno; o una. Ella prepara repostería para vender. El dinero no vale nada. El trabajo no vale nada. La vida en general se ha devaluado. Se mata por pinches dos mil pesos, a pesar de la inflación. La gente anda totalmente perdida y sale por donde menos se espera. Casi nada es predecible, sólo la incertidumbre o la rabia.

Él se pone a silbar en el baño. Debe estar preparando el jabón de afeitarse. Lo imagina agitando la espuma con la brocha, le gusta esa costumbre. Ella se levanta y sonríe blandamente. Al menos, él podrá empezar bien el día. Necesita empezarlo bien, la vida está muy difícil. Mala época para las universidades; acaban de salir de un paro. Y eso es aquí, ¿qué será en los otros países de la región, o en Rusia con el invierno? ¿Qué le está pasando al mundo, hasta los gringos se quejan?

Se viste deprisa, antes de que los niños vayan a desayunar. También ellos necesitan empezar bien el día. Están en el colegio apenas, pero tienen que estudiar, tal vez eso les ayude en la vida, los ponga vivos. Si ahora los tiempos son malos, ¿qué les tocará a ellos? Al menos ninguno es mujer; quizá puedan alcanzar, con menos problemas, el tren de los bienaventurados.

Los encuentra en el dormitorio, gritando, revolcando el armario, todo lo pierden o recuerdan haberlo perdido en el momento exacto de salir. Y ella, que conoce cada centímetro cuadrado de la casa, cada libro, cuaderno, pañuelo, corbata, encuentra lo perdido. El final es siempre el mismo: les grita, es la última vez que les busca nada, se desgañita, se agota, es tardísimo, tarde para el colegio, tarde para él que hoy tiene que ir de gira a la costa, se va en el bus de la universidad, le deja el auto a

ella para que lleve a los niños, vengo en la noche, o mañana, yo te aviso, te llamo, en todo caso me acordaré de vos, de tu cuerpo tibio por la mañana… se aleja disimuladamente de él para abrir la puerta: por hoy ya no más, ni una caricia más.

Niños, vamos rápido. Arranca el auto, está frío, se apaga. Aprieta el embrague hasta el fondo, pisa fuerte, acelera, acelera, el motor ruge, el tubo de escape truena, pone marcha atrás y llega a la calle en un solo y raudo movimiento curvo. ¡Yuhuuu!, gritan los niños. Tontamente a ella también le entran ganas de gritar ¡yuhuuu! y apretar el acelerador hasta el alma para volar por las calles a toda mecha, un alto, reduce a segunda, un vistazo rápido, sigue, adelanta, pita a un taxi, osadía, semáforo rojo, es de peatones, no viene nadie, se lo salta, la curva rechinante, y lo mejor: el viento en la cara, la furia en la manera de respirar, de cambiar las marchas, de correr, de llegar a tiempo, tal vez, al tren del gozo.

Los niños se bajan, ¡qué chiva, mami!, adiós mis amores, sí, qué chiva. Mientras va a la carnicería, repasa mentalmente la nevera, el menú de la semana. En lo alto del mostrador, se encuentra al carnicero, canijo y sonriente; en la radio, a Julio Iglesias, lo mejor de tu vida me lo he llevado yo, lo mejor de tu vida lo he disfrutado yo. La voz meliflua se esparce sobre las carnes rojas, mutiladas y brillantes; dos kilos de molida especial, un kilo de bistec, ¿están suaves?, tu inocencia primera, el despertar de tu carne, eso es todo, gracias.

Paga a la carrera porque un camión está detrás de su auto, pita y vocifera para que se quite, que tiene que descargar mercadería, ya va, le dice con la mano, sale apresurada, se le cae un paquete, lo recoge, arranca, y aún en la ventanilla abierta le susurran: tu inocencia salvaje me la he bebido yo. Mira con furia al chofer y regresa a la calle principal atascada de autos; sortea un microbús, queda junto a un taxi, le cierra el paso, el taxista la mira, le hace señas; de mala manera le está ordenando que se corra hacia atrás, que se aparte, que se retire, que se rinda, ¡ni loca!, ella no se retira ni un centímetro, que se aguante, que se espere como todo el mundo, como ella. Avanzan los de adelante, ella los sigue bien pegada, que no se le ocurra meterse. Pasa el semáforo, por fin corre veloz por la calle, esquiva los obstáculos, los huecos en el pavimento, tuerce a la izquierda y toma la autopista. Ahí puede ir más rápido, pone la cuarta, a toda máquina, los tomillos flojos vibran, por la

derecha le adelanta un BMW beige, vidrios ahumados, sin placas, recién salido de las bodegas de un barco europeo. Detrás le sigue un Mercedes blanco brillante, con vidrios ahumados, sin placas, salido del mismo barco o de uno parecido: no son malos tiempos para todos, hay gente con suerte.

Llega a la rotonda y se detiene, se adelanta poco a poco y aprovecha la lentitud de un autobús para lanzarse. El autobús pita, alcanza a ver la boca del chofer silabeando vie-ja-i-jue-pu. Acelera para echarse encima de ella, para asustarla, para castigarle la insumisión de cruzar delante de él. El canalla le pasa rozando, qué rabia, qué ganas de pegarle, de gritarle, de parar el tránsito, de que explote todo.

No quiere regresar a casa, no dobla en la esquina debida, sigue recto, continúa por la periférica lo más veloz que puede. De reojo, ve el parque vacío, unos perros con sus dueños, un par de policías a caballo, el lago rutilante. El aire vuelve a ser fresco en sus mejillas. Se aproxima la siguiente rotonda, se acerca al carril izquierdo, quiere entrar, pone el intermitente, pero un auto acelera para impedírselo. Es un Honda negro, cubierto de calcomanías brillantes, con dos muchachos adentro. El que conduce, un joven con verdes rayban fosforescentes, un aprendiz de ejecutivo tirando a lumpen, tiene una sonrisa carnívora cuando hace un quiebre hacia la derecha para asustarla. El otro, con la cabeza rapada, también se ríe.

Los dos autos llegan pegados a la rotonda. Ella pone el intermitente izquierdo pero el Honda se bambolea amenazante hacia la derecha. Ella aguanta un instante, pero luego cede, dobla también a la derecha, el Honda la adelanta y ella sigue detrás; se pega, furiosa, al claxón. El jovencito saca el puño izquierdo con el dedo corazón extendido. Ella ve la mano, ve el auto, ve las dos cabezas que se mueven, los hombros que se agitan, se ríen, malditos, mastica, se le han puesto los músculos del cuerpo como de hierro, no jadea, sólo aprieta los dientes, empuja el acelerador y se les pega detrás, así, bien cerca; mírame imberbe de mierda, sí, soy yo la que va detrás de vos, te sigo a toda velocidad y no me voy a quitar, hasta el fin, una perra de presa, ¿no me ves los dientes puntiagudos hacia atrás?, ¿no?, entonces qué miras tanto, imbécil, ¡ah, no!, no trates de escapar, voy detrás, ¿lo ves?, yo también me salto el semáforo, también doblo a la izquierda y luego a la derecha, también voy

contravía, no me despego, toco el claxón, una vez, dos, las que yo quiera, que mire la gente, qué me importa, ajá, me decís que pase, cabrón, que te deje en paz, ja, ja, ja, ahora sí, ¿verdad?, ahora me “dejas” pasar, pasa vie-ja-i-jue-pu-ta, pasa, no me da la gana, maricón, sí, levanta los rayban para verme mejor, no te lo esperabas ¿a que no?, nadie te contó que podían invertirse los términos de los lobos y las caperucitas, que nadie ha robado nada y el espíritu salvaje está intacto, pues ahora ya lo estás aprendiendo, ahora que tenés forzosamente que parar, qué remedio ¿no?, tenés que esperar que los otros crucen, a pesar de las ganas que sentís de tirarte, de huir, de perderme, pero estoy aquí detrás, sí, soy yo la que te da un golpe seco en el bumper, sí, yo, ¿y qué?, te alteras, el pobrecito auto de tu papi, alzas los brazos, no entendés nada, nada, ya no sacas la mano con tu dedito levantado, ni siquiera salís a enfrentarte conmigo, ya no te reís, tu amigo ya no agita sus cuadrados hombros sonrientes, se miran los dos, preguntándose cómo salir de ésta, cómo huir de una loca. Ya lo sabes, lo has aprendido, no habrá impunidad de ahora en adelante, en cualquier esquina puede despertar una exbelladurmiente, una mujer loba, creo que ya lo sabes, por eso me adelanto en esta curva, paso al lado tuyo y me atravieso delante de vos, te acorralo, te quedas ahí prensado, me bajo del auto, me acerco y te sonrío, lo que debe desconcertarte aún más, y ya a tu lado, te digo con una voz que no has escuchado nunca en tu pinche vida: ¡las mujeres primero!

LA LIBERTAD

Leticia de Oyuela (1935-2008)

Honduras

Bienvenida Quiñónez era pequeña, metidita en carnes, con una carita redonda como de muñequita de barro. Criada por su abuela, conocía todas las artes del hogar: desde los secretos de cocina y las técnicas primorosas de lavar y planchar, hasta reparar la ropa con parches que no se notan o coser medias y calcetines con la complicada urdimbre de festón sobre festón, puntada llamada "gorrito", único remedio contra esas roturas ingratas llamadas "papas".

A petición de la madre, la abuela de Bienvenida se había encargado de no enseñarle a leer ni a escribir para que no pudiera comunicarse con los novios. Pero tenía que agradecerle al padre Matute, que le había enseñado. Gracias a ello se había convertido en una gran lectora de romances franceses y libros de devociones. Muchos los sabía de memoria; sobre todo aquellas bellísimas oraciones a Jesús Crucificado que aparecían en aquellos libritos con dibujos de los divinos rostros de la Virgen María al pie de la cruz, así como de Santa María Magdalena, enjugando con su cabellera los santos pies del Maestro.

También se gloriaba de su letra menuda y redondita, pero no había tenido oportunidad de escribir con ella ninguna carta de amor por-

que, a pesar de sus deseos, no aparecía en el horizonte ningún hombre que hiciera temblar el piso bajo sus pies. La rutina en que vivía apenas le permitía ir por las tardes a la iglesia para hacer el Santo Rosario y a la salida conversar con una que otra de sus amigas o parientes, sentadas bajo el falso castaño que derramaba aquella grata frescura de sombra, mientras el sol se acostaba en medio de nubes doradas y, en su reflejo rojizo, dejaba ver los rayos de la Santísima Trinidad.

Ahora Bienvenida estaba ganándose unos centavos como aprendiz en la sala de modas que tenían las niñas Moreira. Con gran ilusión, sus hábiles manos pasaban los pespuntes sobre aquellos tejidos delicados de trajes de novia o de fiesta. Le gustaban los colores pastel: rosas, celestes y cremosos amarillos. Parecía que se le metían en el alma, produciéndole una especie de ensueño en el que divagaba la mente, fabulando historias de bellas mujeres y caballeros apuestos que, con bellas palabras, la invitaban al amor. Lo contrario le pasaba con los colores fuertes, el magenta, el azul pavo real y el amarillo oro, así como con el negro y el verde, que le ocasionaban un sentimiento de rebeldía, unas ganas locas de llorar y sonarse las narices en aquellos tejidos tan caros que no hubiera podido pagar jamás.

Así pasaban sus días, solitarios y tristes; lo único que le quedaba era el refugio de sus sueños. Soñaba despierta y dormida. Sueños de la silla y de la cama, del santo en la ventana y la presencia del río, cuyo sonido de fluir constante, incrementaba esa especie de deseo de salir, correr y hasta volar. Sagrario Méndez y sus primas, María y Elena, la convidaron a pasar la Semana Santa en una granjita que tenían en Guasculile; fue la aventura que centró su vida. Allí conoció al doctor don León Guardiola, un joven alto, macizo, recién llegado de Guatemala, graduado en Leyes y a quien los amigos llamaban, con respeto, Guardiolita, para no confundido con su célebre antepasado, que murió asesinado en el siglo pasado.

Cada vez que rememoraba su primer encuentro, se enojaba consigo misma porque no se podía perdonar esa timidez que la volvía muda, que la hacía parecer tonta y decir cosas contrarias a las que realmente sentía. Le daba mucha rabia no poder usar las palabras con exactitud, pero tal confusión provenía de la actitud del joven Guardiolita, que la trataba como si fuera una niña de diez años, incapaz de entender.

Si no, dejaba entrever un temperamento ligeramente despótico, cuando la trataba como un padre fastidiado a una hija díscola y dura de entendederas.

Sin embargo, fue aceptando sus relaciones con él, gracias al deslumbramiento de su abuela y tías que miraban aquella relación como un verdadero milagro. Decían con toda claridad: "Qué suerte para una muchacha pobre, sin familia que, sin ser exactamente una belleza, aquel hombre tan guapo, de familias principales, se haya fijado en ella con fines matrimoniales". Porque Guardiolita, cuando pidió la entrada a casa, directamente le comunicó a su abuela el deseo de establecer una relación formal que, lógicamente, terminaría en matrimonio. Esto enloqueció hasta a las señoritas Moreira, quienes fueron las primeras en ofrecerle como regalo de bodas el futuro traje de novia.

En mayo, Bienvenida se casó con el doctor Guardiola. Se fueron a vivir en una casita pequeña, que había sido de su madre, y con apenas tres habitaciones. Presentaba el inconveniente de que en la habitación más grande, destinada para sala, no cabían los libros de su biblioteca y los que, después de ella, eran su único amor. Pasaron la luna de miel temporando en una casita que el doctor tenía en la aldea El Hatillo, donde Bienvenida empezó a enterarse de quién era el hombre con quien se había casado para vivir toda su vida.

Bienvenida recordaba algunos acontecimientos de su luna de miel y sonreía ligeramente ruborizada. La paciencia con que él le explicó los orígenes de la ciudad. Aquellos largos paseos, donde él le pasaba el brazo amorosamente por el talle; de repente se agachaba para tomar una flor perdida en el prado, explicándole el nombre o la procedencia, así como la utilidad de sus hojas en la medicina natural. Todo esto sorprendía a Bienvenida, quien nunca imaginó que su marido era un sabio. Por las noches, tendidos en una hamaca, oían el acompasado canto de los grillos y observaban el gran dombo celeste, en el que la luna recorría su camino en una especie de esclavitud nocturna e inveterada. En este escenario, Bienvenida dormía —más bien soñaba— sobre el relajado brazo de su amor.

Después de la luna de miel y ya acomodados en la casita del callejón de La Plazuela, Bienvenida tomó posesión, de acuerdo a su costumbre, dedicada completamente a la limpieza y al cuidado amoroso

del hogar. Por las mañanas preparaba aquellos desayunos maravillosos que, cuando Guardiola se levantaba, ya estaban en la mesa sobre un mantel blanquísimo y primorosamente almidonado: los frijoles refritos, las tortillas calientes, la mantequilla escurrida y aquellas empanadas hebrosas de plátano, que al ser mordidas desleían el delicado atolillo que impregnaba el paladar, todo en derredor de la canasta "tumbía" donde se aglomeraban los famosos panes de yema, semitas y galletas recubiertas de la consabida capa de arroz, espejeadas con azúcar y canela molida.

El doctor Guardiola le explicaba, con parquedad, que no debían hacer desayunos tan copiosos; que bastaba con un huevo tibio o escalfado, un par de tortillas con mantequilla y el café negro cerrero acompañado, entre sorbo y sorbo, con una galleta o bizcocho de cacahuate. Esta sugerencia —como cualquier otra— se convertía en un código de honor que Bienvenida cumplía, fragmento por fragmento, marcando la vida del doctor Guardiola y la propia. Porque vivía para el doctor Guardiola, atenta a interpretar el mínimo de sus deseos. Cerraba la ventana cuando el viento soplaba y ella sentía frío, presumiendo que él también. Bienvenida se recogía temprano dejándolo en su escritorio donde parecía feliz, en medio de aquella multiplicidad de documentos antiguos y papeles del ministerio. Cuántas veces, a mitad del sueño, Bienvenida se tiró de la cama asustada y llena de temores, para ir a servirle una taza de café sobre el escritorio, con cuidado de apartar aquellos papeles. Y, toda adormilada, le cambiaba la lámpara de petróleo —ya vacilante— por un candelabro de cuatro velas para alumbrar su estudio, que no cesaba hasta altas horas de la madrugada.

Dos años más tarde, llegó su primer hijo, Manuel, robusto y sano, provisto de unos pulmones que se empeñaba en desarrollar sólo por las noches. Esto hizo que el doctor Guardiola mandara a botar aquellas útiles matas de plátano del fondo del huerto para construir una media agua, que sirviera de biblioteca y estudio. Allí permanecía la mayoría de las noches, tal como era su costumbre, leyendo y repasando viejos documentos sobre las fronteras de Honduras. Cuántas veces encontró al doctor dormido, fatigado, agotado, en el canapé improvisado por ella para que él pudiera descansar su espalda.

Recordaba cómo había cambiado su vida desde la llegada del pequeño. Las fiebres tercianas que padeció después del parto, hicieron

que se le levantara la leche, por lo que tuvo que alimentar al niño con tetero. Preocupada por la evidente molestia que el doctor manifestaba frente al desorden de teteros por aquí y por allá, trabajaba el doble para borrar las huellas que dejaban aquellas ceremonias de alimentación infantil. Exhausta, la mayoría de las sensaciones nocturnas eran para Bienvenida un fastidioso y prolongado cansancio. Pero era un cansancio del alma, cansancio de su expectativa de vida. Había aceptado al doctor Guardiola y su vida giraba alrededor de él: el maestro, que le descubrió no sólo la vida, sino también el amor; el protector, igual al padre perdido en la primera infancia; el sacerdote, con quien ofició la poca comprensión que ella tenía de la vida, de su transcurrir y de sus orígenes.

Desde que se recrudecieron los conflictos de fronteras, ella notó en el doctor un cambio de humor. Se había tornado más puntilloso, intolerante, reclamándole hasta por el más mínimo detalle que rompiera la rutina impuesta. También era impaciente con Manuelito, a quien reclamaba cualquier cosa nimia; desde la pérdida de un botón, hasta la mala nota sacada en ortografía o en composición. Bienvenida sentía que eran reclamos subliminales para ella, ya que no había puesto a tiempo el botón o no había trabajado lo suficiente con el niño para evitar la mala nota en la escuela.

Generalmente los jueves, llegaba de visita su abuela o Amandita, la tía del doctor Guardiola, que representaban una carga más para la pobre mujer. Ese día se sentía presionada para mostrar su casa inmaculada; recién sacadas del horno las viandas que iba a brindar con el consabido café o el chocolate batido, aromático y espumoso en los días fríos, o los jugos mezclados, acompañados de galletas o helado, en las cálidas tardes. Además, debía luchar toda la mañana con Manuelito para que no se ensuciara, repitiéndole tantas, pero tantas veces, cómo tenía que llamarlas, ensayando las preguntas y respuestas que debía dar para representar aquella farsa amorosa de la urbanidad y la perfección doméstica. Esas visitas semanales eran parte del sentimiento labrado y escondido dentro del pecho de Bienvenida y cuyo origen era incapaz de detectar. En ese momento sólo era un sentimiento general de opresión, que la hacía preguntarse si ahora que tenía todo para la felicidad ¿Qué era lo que la oprimía? La pregunta afloraba en su mente cuando su

abuela y la tía Amanda insistían, diciéndole: "Tienes todo en la vida; un esposo digno y responsable que te quiere, y este niño primoroso ¿Qué más puedes pedir?"

Las cosas cambiaron al año siguiente, cuando Guardiola le explicó que lo acompañaría a Guatemala y que consultara si Amandita o su abuela podrían cuidar al niño. Así fue cómo Bienvenida entró en una especie de sueño delirante. Buscó a sus antiguas patronas, las señoritas Moreira, para que le confeccionaran un par de trajes, con sus respectivos sombreros, preocupándose, además, por revisar la ropa de su amado esposo. Para ello consultó con un conocido sastre, que acababa de llegar de Londres, y montó la mejor sastrería de la ciudad. Esta agitación febril la embargó hasta el día indicado para el viaje, el que compartiría con gente tan elegante como doña Chicha, la esposa del Presidente de la República, y todas aquellas señoras con fama de elegantes y distinguidas.

Bienvenida nunca pudo olvidar aquella noche en la que le confesó a su marido sus temores por su origen humilde, su falta de roce social y su falta de estudios, en una proposición abierta de renunciar al viaje. Recordó la alegría que sintió cuando su esposo le contestó que todo el mundo sabía que era una joven humilde. Que justamente era muy apreciada por aceptarse como era, sin presumir otra cosa, y que en este mundo la exigencia era la honestidad. Su respuesta la llenó de un sentimiento de confortabilidad y él, con sonrisa pícara, le dijo: "Ésta va a ser nuestra luna de miel, no en una aldeita como El Hatillo, sino en una gran ciudad".

Bienvenida se sentía, en Guatemala, como si estuviera en la ciudad más grande y lujosa del mundo; sin embargo, el simplismo que presidía su existencia le impedía degustar plenamente la vida de un hotel. Suspiraba al ver que las mucamas, quizás más elegantes que ella, no hacían las camas con su destreza y puntillosidad; que el comedor tenía muchas lámparas, muchos candelabros, pero que la comida, a pesar de su abundancia, carecía de sabor. A Guardiola le caían en gracia sus observaciones y se reía como nunca. A ella le gustaba verlo reír. Cuando reía, se le deshacía aquella arruga que ensombrecía su frente, la misma que tenía cuando estudiaba aquellos inmensos libros o documentos viejos. Cuando reía parecía más joven. Le recordaba inmediatamente

al joven que conoció en casa de sus primos, allá en Guasculile, el que la visitaba en casa de su abuela, la tomaba de la mano y le hablaba de amor, el que le recitaba —casi al oído— con una voz apacible y dulce, poemas de amor.

Durante su estadía en Guatemala, sólo una vez Bienvenida se molestó con él. Fue cuando le pidió que, cada vez que saliera, se pusiera guantes para ocultar de sus manos las huellas del trabajo, del lavado, de la plancha, de las imperceptibles quemaduras y cicatrices de tanto cocinar y lidiar con cazuelas y calderos. Herida en lo más profundo de su alma, se tiró en el lecho, desconsolada, a llorar toda la tarde. Bienvenida pensó que él era incapaz de entender que todo el trabajo doméstico que hacía era una prueba de su amor, que no aceptaba que extraños hicieran por ella.

Él regresó al atardecer y la encontró con la nariz colorada y los ojos inflamados de tanto llorar. Venía de la calle con sus compañeros de misión, de un excelente humor y, cuando la besó, ella advirtió que tenía unos cuantos tragos de más. Tomándola en sus brazos le explicó que no la había querido ofender sino, simplemente, protegerla; que las mujeres de sus compañeros eran frívolas e incapaces de querer a sus maridos como ella lo quería a él. Así, ella accedió a acompañarlo al teatro donde tuvo una de las experiencias más importantes de su vida: descubrió que los seres humanos pueden ser dos personas al mismo tiempo y, que las mujeres, son como un adorno en la vida de los hombres. Para ellos son como un objeto que pueden lucir, del cual se enorgullecen, como la chistera o el bastón que portan y que, en su caso, sólo era una pequeña flor, quizás olorosa, que Guardiola ponía en su ojal.

Lo único que no le gustó de Guatemala fue la actitud de los guatemaltecos hacia los indios. Sentada en el corredor del hotel, observaba cómo llegaban y entregaban las legumbres, las frutas y todo aquello que después se exhibía en el comedor con gran esplendor en elegantes azafates de plata. En el trinchador, estaban en enormes poncheras de cristal los jugos y las aguas coloreadas entregadas por hombres y mujeres, aún vestidos con sus antiguos trajes, y a quienes no les permitían ni pasar por las aceras. Se llegaba al colmo de que si ellos se quedaban mirando a los transeúntes o a los huéspedes, un negro uniformado, si no les pegaba, los amenazaba con un palo de escoba.

Eso no lo había visto nunca en Honduras. Allá les llaman indios a los pobres que viven en apartadas regiones. Incluso se les teme cuando acompañan a los revolucionarios y bajan borrachos de sus lejanas y altas poblaciones, buscando qué robar, quemar o depredar. Recordaba a sus parientes perdidos allá en la aldea de Guasculile, que podían ser como indios de aquí porque sembraban patastes y legumbres, pero gozaban del respeto y reconocimiento de la gente de la ciudad. Todos, desde tiempos inmemoriales, mandaron sus hijos a estudiar a Tegucigalpa, donde se casaron y formaron hogares como ella. Siempre sonreía y disfrutaba cuando Guardiola, bromeando, le mostraba láminas de sus libros, donde aparecían hermosas mujeres desnudas de los tiempos antiguos, y que en un rapto de pasión le decía: "Mira esta india cuánto se parece contigo".

Bienvenida dio a luz a su segundo hijo. Esta vez fue una niña muy parecida a él, blanca y con aquellos ojos celestes, que tenían la misma dulzura y gravedad que los de su esposo. Era, Violeta, una niña dulce y tranquila, que lloraba poco; jugaba sola con sus manitas regordetas hasta en los dulces momentos de la lactancia y, resabida, abandonaba el pezón para iniciar sus gorjeos, como queriendo establecer una conversación interrumpida con su madre.

A raíz de la llegada de Violeta, el doctor Guardiola decidió cambiar de casa. Compró aquella antigua casona que entró en almoneda pública, a la muerte del antiguo minero don Felipe Estrada. Era una casa típica, de las muchas de la ciudad, construida con adobes y tejas de barro, en donde la enorme sala que otrora presenciara las fiestas de la familia Estrada Durón, ahora albergaba la gran biblioteca de su marido. Dejaron una habitación para ellos dos y otra para los niños. Amandita, íngrima y sola, se fue a vivir con ellos. Ayudaba en todas las tareas de la casa y le volvió a dar vida al jardín casi perdido. Jardín central donde convivían, en maravillosa armonía, plantas de huerto con arriates pletóricos; lucían su galanura los geranios con la albahaca, los laureles con los naranjos y un rosal, donde de repente los pétalos se desmayaban en un esfuerzo por marcar el tiempo, no sólo con la caída de las hojas, sino también con el compás del piano que la dulce Violeta intentaba tocar, bajo la expectante mirada de la férrea maestra Tilita Idiáquez.

Bienvenida manejaba su vida, como siempre, en derredor de su esposo quien, para toda la ciudad, era una especie de símbolo de inteli-

gencia y sabiduría. Ahora la madurez le había redondeado el talle más de la cuenta. Había ganado libras, quitándole aquel aire de muchacho, pero incrementando su aspecto de dignidad majestuosa. Ya no era el joven con paciencia para enseñar, sino el erudito frío que rechina ante la ignorancia ajena. Hacía notar el desprecio que sentía por los políticos engreídos y fatuos a los que se veía obligado a servir, lo que hacía que pasara permanentemente de mal humor. Malhumor que llegaba hasta Bienvenida, que se empezó a sentir —como decía Amanda— "como el troncón de ñiques" en el cual descargaba su fastidio y a quien hacía sentir, subterráneamente, como la culpable de todo: si la comida no estaba a tiempo, si caía una gotera en la biblioteca, si el Presidente no trasladaba una partida al ministerio de Relaciones, que si no había fondos ni interés para mantener vivo el Ateneo Literario o recibir con dignidad a aquel intelectual español que iba a dictar una conferencia sobre el descubrimiento de América. O, simplemente, porque esa noche no se podía tomar su tazón de leche, porque ésta se había derramado; había cambiado el café por la leche en la idea de que le ayudaba a conciliar el sueño en aquellos insomnios prolongados que padecía, torturado por las grandes responsabilidades políticas que sufría en ese cargo que, por razones patrióticas, aún buscaba conservar.

También la pobre Bienvenida era culpable de aquellos artículos en que lo atacaban, donde lo acusaban de "caer siempre parado", sirviendo a los gobiernos tanto azules como colorados. Guardiola se quejaba de vivir en un país incapaz de entender que un erudito es un erudito, es decir, un especializado.

Por otra parte, Bienvenida empezó a descubrir que ella también había cambiado y que su esposo ya no era el centro de su existencia. Que su estrella polar eran sus hijos; que ellos ocupaban el antiguo lugar del doctor Guardiola y les mostraba el mundo como antaño él se lo había mostrado a ella. Que él ahora vivía la vida insatisfecho, inconforme. Que ya no trabajaba por placer, sino por deber. Que sumergido en su egoísmo, les había perdido la pista, la conciencia de existir.

Bienvenida había agarrado la costumbre de suspirar. Sus suspiros eran tan profundos, que parecía dejar a los demás sin aire. Él la regañaba cuando escuchaba esos largos y prolongados suspiros, criticándole su rebeldía contra los médicos. A menudo concluía sus frases

—de acuerdo a las informaciones leídas en la revista médica que recibía de París— diciendo que "las mujeres, después de los cuarenta años, se vuelven histéricas y es necesario tratarlas con jarabes de bromuro o láudano para que recuperen la paz".

En esos momentos, Bienvenida materializaba ese sentimiento larvado hacía muchos años que la asombraba y la aterraba, al pensar si no lo estaba odiando. Pero inmediatamente se consolaba al pensar que lo que odiaba era su actitud, esa idea de creer que lo sabía todo, sentimiento que la hartaba, sobre todo, cuando hablaba de libertad. Últimamente era su tema favorito en discursos, artículos y ensayos, sin ponerse a pensar que la libertad justamente termina donde inicia la libertad del otro y que él, el docto, el sabio, el erudito, había hecho de su hogar un mundo de esclavitud donde todos existían para su servicio, para su confort. Todos eran marionetas: ella era justamente una colombina, sin criterio, sin opinión, que entona una serenata permanente a la luna que nos ilumina con su luz.

A Bienvenida aún le sangraba la herida de la última vez en que quiso que la advirtiera como mujer. Mujer que le había entregado todo: su vida, su amor, su compañía. Se había puesto bajo su magisterio, sin discusiones, sin aceptación de las renunciaciones, con seriedad, sin caprichos.

Esa tarde, mientras limpiaba el jardín, cortó un inmenso ramo de flores para colocarlo en la habitación y, en un rapto de pasión, recordar los años idos en aquel gran lecho, donde se tornaba pequeñita a su lado, sintiendo su instinto protector y el objeto fundamental de su amor. Había disfrutado de esa entrega total en vida y alma y pensó en recuperarla mediante una sorpresa. Impulsivamente, tomó las flores, las despetaló sobre el lecho, tapizándolo completamente e invadiendo la habitación de un olor gratísimo.

Ella sabía que él tenía una reunión tormentosa en Casa Presidencial. Este acto de amor, esto de recibirlo con el lecho cubierto de pétalos deshechos en su propio olor, era un símbolo, un código secreto para retomar la vida. Más bien el camino para volverse a amar, para enfrentarse juntos al mundo y a su crueldad.

Ella lo esperó adormilada. Cuando llegó, ni siquiera advirtió los pétalos, amorosamente derramados sino que, con grito estentóreo, preguntó que si no había quién hiciera decentemente una cama. Contempló

cómo, con la almohada, limpiaba la cama tirando los pétalos al piso, donde languidecieron, marchitos, al igual que su fantasía de amor.

Después del largo padecimiento de Amandita, que la llevó a la tumba, Bienvenida tuvo que hacer acopio de toda su valentía para no advertir la frialdad con que su esposo había interpretado el doloroso suceso. Para colmo de males, los acontecimientos políticos tomaron un terrible cariz con la amenaza de otra guerra civil que sumiría al país, de nuevo, en otra crisis de orfandad y violencia. La actitud del doctor Guardiola se precipitó frente a la incertidumbre del futuro.

Así fue como, un día inesperado, le advirtió que era necesario tener las maletas hechas, que empacara lo más necesario y que él saldría esa misma noche fuera del territorio nacional. Tímidamente, Bienvenida preguntó qué iba a ser de ellos a lo que, incómodo, respondió que podía hacer lo que le diera la gana, que él le había dado suficiente libertad para que escogiera su destino. Bienvenida sintió el calor de las lágrimas inundando sus ojos y pensó "no debo llorar". Los niños, alarmados, armaban una algarabía enterados instintivamente del momento de tensión que sus padres estaban viviendo. Nervioso, el doctor Guardiola le espetó: "Quíteme esos niños de encima y usted, déjeme en paz".

Bienvenida, firme en su puesto y sacando fuerzas de una disciplina interna, que ya en ella era una costumbre, lo vio marcharse a media noche. En compañía de un hombre de confianza llevaba, detrás de los caballos, una mula de paso cargada no sólo con algunos paquetes de libros, sino con las maletas donde iba perfectamente acomodada su ropa, siempre limpia y bien planchada. Enjugándose una lágrima furtiva, Bienvenida lo vio partir.

A partir de ese momento, la vida de Bienvenida no fue fácil. Parecía que todo se complicaba; el exiguo presupuesto de la mujer sola se hacía evidente, dañando fuertemente su salud mental. Se sentía presa de un complot: todos querían engañarla. El mayordomo de la pequeña hacienda de Tusterique dejó de enviar vituallas en sus visitas semanales y aparecía con puros pretextos: que el gusano se comió el frijolar, que la vaca parida se paró encima del ternero recién nacido sofocándolo, que el gavilán se comió las gallinas. Y el colmo de los colmos fue cuando, en Navidad, no pudo llegar a casa ni con los verdes acostumbrados, porque los pinos estaban llenos de gorgojos. Como corolario de esa

situación desesperante, cada vez que llegaba el hombre quería que le pagara su sueldo, más una cantidad adicional, a fin de resolverle el problema de la siembra y la cosecha.

Manuelito, que ya había cumplido los catorce años, se convirtió en un adolescente díscolo y alzado. A partir de la ausencia del padre daba malas respuestas; era haragán y descuidado, no cumplía con sus deberes y, para colmo, llegaba tarde a casa con evidente olor a trago. Sólo Violeta era la misma; tal vez un poco profundizada su melancolía habitual, con aquella dulzura exagerada en una personalidad poco comunicativa.

Allí estaba ella; llena de conflictos y en medio de una gran zozobra, ahora libre del yugo y de la visión ordenancista, o más bien centralista. Por las noches, un ligero insomnio la obligaba a pensar si de verdad era una inútil, incapaz de manejar una pequeña familia de tres, o si más bien había perdido la costumbre de tomar decisiones y manejar personas en aquel constante hábito de sólo saber el espacio limitado de sus deberes, sin integrarse a una visión de la totalidad.

Así fue como empezó a echar de menos a su doctor Guardiola. Una fuerte nostalgia, un cansancio corpóreo la invadía —sobre todo por las noches— cuando analizaba los acontecimientos del día y se llenaba de miedos. Miedo hacia el porvenir, miedo frente al destino, miedo a la soledad. Y por las madrugadas, al sentirse tan débil, casi abandonada, se ponía a llorar.

ROSARIO

Aída Castañeda (1940)

Honduras

Rodeada de una nostalgia permanente y con la certeza de que en la casona de su marido, el general Lorenzo Acuña, ella no era más que una sombra en constante movimiento, un fantasma advertido solamente por su olor a humo, a condimentos, a detergentes y a tantas cosas más, menos a mujer joven todavía. Una mujer con casi todos sus sueños evaporados o destruidos por haber cometido el error de casarse con un hombre mayor.

Se multiplicaba diariamente para cumplir con las obligaciones de la casa, y atender al impertinente marido y a los *niños* como él les llamaba siempre a sus tres hijos de ocho, dieciséis y diecisiete años. Rosario recorría la vieja casona de extremo a extremo, siempre con la mirada baja, con la espalda encorvada, como su moral. Con pasos de heroína cansada, iba de la cocina al comedor, del comedor al lavandero, del lavandero al tendedero, del tendedero al cuarto de planchar y todavía por las noches tenía que frotar con ungüento "milagroso" el pecho de mono del General, para evitarle según él, la persistente tos que le ocasionaba el puro.

A Rosario, su marido siempre le había parecido un primate, pero no por el vello abundante de su pecho y extremidades, sino por aquellos

ojillos agitados que la miraban siempre con un brillo afiebrado, quizás por la lascivia que se le despertaba al verla o más bien al maltratarla, porque el General la hería no sólo con la mirada, la hería con su manera grosera de hablarle, de verla siempre como una basurita que se mueve de aquí para allá, impasible ante los pisotones incisivos de todos, incluyendo a sus hijos a los que amó más cuando los tuvo en el vientre o cuando les dio el néctar de su pecho, porque con su glu, glu, glu o con el llanto diurno o nocturno, jamás la ofendieron, mas ahora quizá sin proponérselo, siguen el patrón del comportamiento paterno, austero y mandón. Nunca la llaman mamá, porque al General le cae en gracia que la llamen Chayo; mamá, esa palabra dulce que ella ansía escuchar y que sin duda alguna haría menos penoso su calvario del diario vivir.

Si lograra apartar ese miedo ¡Y exigir! ¡Y mandar! ¡Y gritar!

Si lograra sacudirse ese cansancio que se le pega al cuerpo como un bicho malo, absorbiéndole sus energías.

Si se pudiera retroceder el tiempo y volver a empezar, regresaría a los veinte años y rechazaría rotundamente al General, quien aprovechándose de su orfandad le propusiera matrimonio. Pero no se puede deshacer lo hecho, ni desandar lo andado, su mundo ahora son ellos. Ellos solamente con sus gritos, sus reproches y su falta de respeto. Jamás olvidaría el día de ayer cuando Alicia, una amiga de Samuel, su hijo mayor, le preguntó a éste, cuando ella entraba a la casa con las compras del mercado, vistiendo un traje pasado de moda: —“¿Quién es esa vieja?”. Porque viejo o vieja les dicen los muchachos a las personas que pasan de los treinta. Ella, Rosario, advirtió que su hijo obviaba la contestación; quizás se avergonzó de sus ropas raídas o de su penetrante olor a humo, a todo menos a mujer. Ya en su cuarto, la ira le hizo romper el vestido que llevaba puesto mientras gritaba como una loca: ¡Soy su mamá! —Mamá, esa palabra dulce y a la vez amarga que no logra hacer brotar como una semilla milagrosa de los labios de sus tres hijos.

En medio de su decepción atendía siempre el reclamo de todos:

“Chayo, ¿compraste los puros que te ordené?”

“Chayo, ¡necesito el uniforme de gimnasia!”

“Chayo, ¿arreglaste el ruedo de mi vestido?”

“Chayo, ¡mi pepe!”

Ella los mira por un momento y se atreve a decirle a su hijo menor: “Te daré leche en el vaso que te compré ayer…” Odia que tome la leche todavía en biberón.

El General levanta los ojillos de mono y la recrimina:

—¡Qué necia!, dáselo en el biberón, él solo lo irá dejando… ¡Esta mujer!

En realidad el General es duro solamente con ella, —sus hijos son su gran debilidad—. ¿Por qué la humilla siempre? ¿Por qué la odia? Quizás envidia su fortaleza o su enorme capacidad de “aguante”. Sale hacia la cocina hecha un mar de lágrimas.

Leticia le grita:

—Chayo, ¡no olvides hacer el ruedo de mi vestido y bañar a Peluche!

Y es que hay madres alcahuetas. No saben el daño que les ocasionan a sus hijos sacrificándose siempre por ellos, como lo hacía esta pobre sombra. Esta madre fatigada que tiene la desdicha de no poder escuchar siquiera la palabra más dulce del Universo.

Al escuchar a su hija recordándole que le bañara al perro, Rosario sintió que la cólera se le subía como el alcohol a la cabeza, no obstante con voz débil sugirió entre sollozos:

—¿Por qué no buscas una sirvienta? Yo ya no puedo más… ¡No puedo!

El General explota:

—¿Pero qué diablos se ha creído esta mujer? ¿Sabes cuánto ganan ahora las sirvientas? Estás joven… una joven no se cansa, ¡eso yo… que tengo sesenta y cinco!

—Es cierto, papá, la mamá de María Luisa hace todo en la casa y trabaja en un colegio por las tardes.

—¡Esas son hembras, hija! Lo que pasa es que esta mujer no sirve para nada, ¡para nada! ¿Quieres una sirvienta? Bien sabes que no las soporto, pero si quieres una ¡trabaja! Trabaja en la calle y la pagas de tu sueldo. ¿No eres Microbióloga? Te empeñaste en terminar esa carrera antes que vinieran los niños, ahora demuestra que sirves para algo…

Ella abre desmesuradamente los ojos. No puede creer lo que el General dice. Se queda unos minutos pensativa y luego contesta:

—¿De veras? ¿Puedo trabajar?

—Bien sabes que jamás bromeo. ¡Búscate un trabajo! Pero ten cuidado, no vayas a confundirte con los microbios o bacterias que examines, ja… ja… ja…

Siempre la ofensa, la pedrada, mas ahora eso no importa. En este instante su vida quizás comience a rotar. ¡Trabajar! Un sueño inmarcesible, que al fin podrá realizar. Dejará de ser una basurita, un microbio, una bacteria, un fantasma, un mueble más que se mueve por inercia en la casona de su marido.

Seis meses transcurrieron. Seis meses de comprar diariamente todos los periódicos y de leer con avidez uno a uno los anuncios clasificados. Seis meses de ansiedad y desilusión. Y ahora por fin:

<<Necesito una Microbióloga, con o sin experiencia. Excelente sueldo. Llamar al teléfono… para mayor información. Urgente>>.

El corazón de Rosario palpita fuerte. Se cambia de ropa y sale a la calle con un periódico en las manos. Dos horas después regresa y anuncia:

—Conseguí trabajo. Empezaré mañana.

—¿Quéeeeee? ¿Y quién nos hará la comida? ¿Quién arreglará nuestra ropa? —preguntaron los niños.

El General se rasca la nuca:

—Ujum… ujum… ¿Conque conseguiste trabajo?

A pesar de ser un primate para su mujer, siempre se ha ufanado ante los niños de ser un hombre de una sola palabra, así que cuando Leticia vuelve a preguntar ¿y quién me bañará a Peluche?, él contesta: [sic] si ella quiere trabajar que trabaje y que se las arregle como pueda con los oficios de la casa, ¡soy hombre de una sola palabra!

Esa noche Rosario no puede dormir, cuando al fin el cansancio le cierra los párpados, son las tres de la mañana. Tiene un sueño muy revelador. Su subconsciente hace remembranza de todo lo sucedido en la entrevista cuando solicitó trabajo:

<<Un hombre vestido de blanco, muy atractivo, la recibe en la puerta de los “Laboratorios Mejía”, con una sonrisa prometedora.

“Siéntese, señorita…”

“Señora”

“¿Cuántos años tiene?”

“Treinta y ocho”

“¿Veintiocho?”

“¡Treinta y ocho!”

“No lo creo… en todo caso es usted una persona muy conservada, tiene una cabellera hermosa, y ¡qué ojos! tan negros como su cabello. Si se soltara el moño se vería más guapa...

Ella sonríe y se lo suelta.

“El trabajo es suyo señori… señora. En realidad no hay nada más estimulante para un hombre que trabajar con mujeres bellas, pero por favor… la mirada baja solamente cuando trabaje”.

Ella la levanta y despierta>>.

Se ve en el espejo. ¿Soy hermosa? Sí, sí, sí, soy hermosa todavía. Abre el closet y revisa su vestuario ¡pobre vestuario! Apenas unas cuantas blusas y faldas raídas. Bueno, mañana se pondrá un suéter de su hija. Un suéter, unos zapatos y todo lo que necesite. Mañana, pasado, hasta finales de mes. Aunque se enoje, bastante le ha servido durante dieciséis años. Ha estado tan desubicada que hasta hoy se dio cuenta que las faldas se usan una cuarta arriba.

Un mes después:

Rosario entra a la sala con la cabeza alta y la espalda recta. Está guapísima con sus zapatos nuevos muy altos y su falda una cuarta arriba. Despide un delicioso olor a *Gucci*, otea el ambiente, el General ve televisión con una cerveza en una mano y un puro en la otra. Leticia boca arriba en el sofá, saborea un chocolate, Samuel y Carlitos juegan “escondite” detrás de los muebles.

Ella, con una sonrisa de mujer realizada anuncia:

—La sirvienta está en la cocina… Leticia, cuando quieras algo, se lo pides a ella o lo haces tú… Samuel, te busca tu amiga Alicia… no me conocía. ¿Por qué no le dices que yo soy tu mamá? Carlitos, ya boté tus biberones, desde hoy si quieres leche, ¡la tomarás en vaso…! —observa al marido— y tú, General de cerro, no me mires así… no te odio, ¡me das lástima! Y por lástima seguiré aquí para que no termines de malograr a los *niños*. ¡Ah! Y si me vuelves a decir bacteria o microbio o a verme como tal… ¡¡me iré!!

¡¡¡Mamá!!! Exclamaron por primera vez los *niños* al unísono.

HECHIZO DE AMOR

Rosa María Britton (1936)

Panamá

Ahora que ya mis manos
saben estar solas, quieres tomarlas.
Cuando las flores de mi amor
se han muerto, quieres regarlas.
Ahora te puedes olvidar de que existí.
Ahora, bolero, Armando Manzanero

Eliseo le rompió el corazón a Rebeca por última vez un jueves de junio del año pasado. No fue en un martes cualquiera cuando ocurrió el asunto, no. En ese desdichado día, Eliseo se quedó hasta muy tarde dando vueltas por ahí con los amigos después del trabajo como acostumbraba, a pesar de haberle jurado a Rebeca que regresaría del trabajo directo a casa para acompañarla y al no llegar, ella quedó con el corazón roto en un montón de pedazos sin poder ir a la fiesta a recibir el premio que había ganado con tanto esfuerzo. Cansada de esperar, a golpe de once de la noche se miraba en el espejo, lágrimas de desconsuelo asomadas a los ojos cuando sintió

el estallido en medio del pecho y sin apuros ni dolor fue recogiendo los pedazos que luego trató de reponer ordenadamente sin lograrlo por mucho que se esforzó, se notaban algunas feas grietas por donde había tratado de empatar el daño. No era de extrañar con las tantas veces que había ocurrido el descalabro, pero en esta ocasión algo diferente sucedió y sin lugar a dudas se percató que era la última vez que se le rompía el corazón por culpa de Eliseo. El amor se fue derramando como azogue por el piso, imposible de recoger y extrañamente no le dolía para nada, al contrario, sintió un gran alivio y se alegró que terminaba el martirio.

Lentamente se quitó el vestido de un azul intenso, admirando una vez más su línea elegante, la chaqueta ajustada que disimulaba sus amplias caderas, el encaje blanco que adornaba el cuello; en verdad que la prima Alicia se había esmerado en el diseño y confección del modelito. Al principio le había parecido un poco escandaloso el color azul turquí de la gruesa seda fría que Alicia le había sugerido, alegando que cuando uno va a recibir premios debe verse de lejos y muy bien y además, el intenso azul estaba tan de moda ese año y acabó por convencerla. Alicia repasaba cuanta revista salía al mercado y estaba al día en lo último que había salido en las pasarelas de todos los continentes. Con un suspiro colgó el vestido en el closet y frente al espejo procedió a soltarse el cabello que llevaba recogido en un elegante moño diseñado en el salón de belleza a donde la llevó su prima a peinarse y maquillarse. Con dificultad cepilló la negra melena impregnada de laca hasta desenredarla y por última vez admiró el experto maquillaje que la hacía distinta, mejor parecida de lo que era realmente y se asombró al notar los ojos secos ya sin asomo de lágrimas, libres de esa angustia que había sido su compañera por tantos y tantos años y tuvo la certeza de que había dejado de amar a Eliseo. Era extraño, sentirse así, el corazón libre de sobresaltos, el cuerpo tranquilo, el sexo en paz.

Se lavó la cara sin apuros, se puso el camisón rosado que estrenaba esa noche tan especial, preparó en la pequeña cocina un vaso de leche tibia que sorbió lentamente y por primera vez en mucho tiempo se acostó tranquila, con el remendado corazón latiendo al suave compás de los que no aman.

Mañana tendría que ofrecer sus disculpas a míster Walters por haber estado ausente de la ceremonia y esperaba que de todos modos

le entregaran el cheque de doscientos dólares al que se había hecho acreedora por vender más productos Orchid en un año que ninguna otra agente. Muchas puertas había tenido que tocar, a muchas había tenido que convencer de las bondades de los productos Orchid para el hogar: ollas, electrodomésticos, productos para la limpieza y cuidado de mascotas, herramientas de jardinería, cosméticos, ropa interior, perfumes, en fin, el catálogo era extenso y muy completo. Con ese dinero planeaba tomarse unas pequeñas vacaciones, quizás ir a Cartagena en uno de esos viajes especiales que tanto anunciaban en la televisión, sí, sería un buen descanso y sabía que su prima Alicia estaba dispuesta a acompañarla, porque con Eliseo no podía contar ni estaba dispuesta a invitarlo.

Cuando llevaba tres años de casada sin tener hijos, preocupada por su aparente esterilidad recurrió a un especialista que le aseguró que estaba en buenas condiciones de salud y recomendó que su marido también debía ser examinado, porque el problema lo podía tener él, así ocurría en la mitad de los casos, pero Eliseo se disgustó muchísimo cuando se lo insinuó y con unas gruesas palabrotas le ordenó que no regresara a ese charlatán, él era muy macho, demasiado macho, no tenía ninguna dificultad para preñar a quien le diera la gana y no tenía la menor intención de hacerse un examen y punto final a la discusión. Si se lo volvía a insinuar era capaz de ir a partirle la cara al médico ese por meterse en donde no lo habían llamado. Rebeca no se dio por vencida, deseaba tener un hijo sobre todas las cosas y entonces decidió recurrir a la iglesia. Por indicaciones del cura párroco, un colombiano muy instruido en esos misterios de la fecundidad, repitió diez días seguidos la novena a Santa Helena que de acuerdo con la historia bíblica había parido a San Juan muy vieja y era conocida por hacer muchos milagros en ese departamento; también hizo unas cuantas veces el triduo en honor a Santa Ana, madre de la virgen María y hasta una manda cumplió de quedarse de rodillas por cien misas seguidas a la milagrosa Santa Eufrasia, sin resultado alguno. Contaba los días, esperando ovulaciones y lloraba a escondidas cada mes cuando le llegaba sin falta la menstruación. Desesperada y por recomendaciones de su madre recurrió a Calinda, la yerbera del Marañón que había adquirido tanta fama por toda la ciudad por las muchas curas milagrosas que le achacaban. Llegó sola al destartalado edificio, algo asustada, y en el último cuarto detrás

de una desteñida cortina la recibió la vieja sentada en un sillón y que la miró profundamente a los ojos como si conociera todos sus problemas al preguntarle en qué podía servirle. Se sentó frente a ella temblando y sin poder contenerse volcó todas sus aspiraciones y frustraciones secretas, era una buena esposa, realizaba a la perfección todos los oficios caseros, solamente deseaba ser feliz, tener tres hijos y que su marido la amara como ella lo quería, ¿es que era mucho pedir?

—Alcanzar la felicidad no es cosa fácil de lograr y mucho menos si depende de otra persona, veré qué puedo hacer, nada prometo— le contestó sombríamente la mujer.

Le recetó unos baños con yerbas especiales, unos cuantos sahumerios acompañados de oraciones garantizadas de devolver la fertilidad, pero todo era en vano. Los meses seguían pasando y Rebeca se encontraba cada vez más sola. Eliseo llegaba a cualquier hora, usualmente entrada la noche sin excusarse, no se dignaba a pedirle opinión sobre nada, la soledad era su compañera. Le dio por preguntarse en qué momento se había desplomado su matrimonio, quizás era culpa suya, quizás no había entendido bien cuáles eran sus obligaciones, quizás su marido no la encontraba atractiva, quizás quería a otra mujer como tantos otros y le fue entrando una depresión que acabó por sumirla en un pozo de desesperanza. Consultó con su prima Alicia que parecía saberlo todo.

—No hay misterios qué aprender, mujer. Los hombres son así, no pretendas entender porqué son así. Lo mejor es hacerse la distraída y dejarlos que hagan lo que quieran. A mi marido, ni le pregunto por dónde anduvo cuando llega tarde y sospecho que es con otras, ¿y qué? Las mentiras que me pega son tan ridículas que me provoca reírme en su cara, pero ¿qué voy a hacer si me deja? Nunca conseguiría empleo a menos que me meta a puta o empleada doméstica, él nos mantiene más o menos bien y además mis dos hijos necesitan un padre de vez en cuando. Te aconsejo que te hagas la loca y no le reclames, es mejor así.

Pero ella no se conformaba, recordando que al principio cuando se enamoraron todo era bonito, salían a diario agarrados de la mano, se deseaban tanto, cuerpos y labios enroscados a la menor oportunidad de estar a solas. Mucho antes de la ceremonia religiosa tuvieron relaciones íntimas, él la convenció que no había nada malo en hacerlo, la cosa moderna era vivir juntos antes de la boda. Fueron unos meses gloriosos,

los encuentros clandestinos en moteles de ocasión, las elaboradas excusas para llegar tarde a casa, el delicioso sentimiento de culpabilidad y aventura, todo aquello que extrañaba tanto.

Ahora no atinaba a encontrar la causa de las constantes peleas y a veces terminaba reprochándose pequeños defectos que quizás estaban agravando la situación, a lo mejor era culpa suya la indiferencia del marido, era demasiado exigente, a los hombres había que medirlos con una vara distinta, debía tener paciencia, mucha paciencia, como le aconsejaba Alicia.

En las mañanas, después que Eliseo salía para el trabajo, en un santiamén limpiaba el pequeño apartamento; con el plumero cuidadosamente quitaba imaginarias telarañas de las esquinas, restregaba de rodillas el piso de la cocina, tres veces por semana cambiaba las sábanas de la cama matrimonial que aún pagaban quincena a quincena a una mueblería cercana, lavaba a mano la ropa interior que tendía en el balconcito, el resto lo llevaba al lavamático de la esquina una vez por semana y después salía al mercado de la esquina a comprar los ingredientes para la comida de la noche que preparaba sin estar segura si el marido iba a regresar a tiempo del trabajo, pero de todos modos dejaba las pailas sobre la estufa listas para calentar la cena a la hora que se le ocurriera llegar y sin reclamar le servía si lo solicitaba. Oscuramente y aunque no le gustara, entendía que era ése su deber.

Por donde Calinda se daba una vuelta una vez por semana a recoger pomadas garantizadas para excitar al más reacio, pomadas que se untaba por todo el cuerpo religiosamente, manteca de tigre, sebo de carnero y por último milagroso aceite de ginseng, remedio garantizado para levantar la libido al más reacio, pero reavivar el amor romántico de antaño en realidad era lo que más le interesaba. Prendió velas rojas y negras en días alternos, recitó oraciones al revés, lavó los calzoncillos del marido en agua de mar y el hombre seguía igualito, haciendo su vida sin preocuparse para nada de sus sentimientos, poseyendo su cuerpo dos o tres veces por semana a cualquier hora de la noche sin pedirle permiso ni esperar respuesta.

Eliseo trabajaba en el Ministerio de Salud en transporte y al principio del matrimonio siempre tenía una excusa preparada cuando llegaba tarde, que si tuvieron una reunión larguísima con el jefe del departamento,

que si el Ministro los obligó a asistir a una función política interminable, que si habían llegado unos visitantes extranjeros importantes y tuvo que llevarlos a visitar el Canal —¿hasta medianoche? se preguntaba Rebeca incrédula— que si el fin de semana tenía que conducir a alguien en una gira política y no regresarían sino hasta el lunes, que si el chofer del ministro había caído enfermo y le tocaba suplantarlo. Pero cuando Rebeca llamó a la esposa del supuesto enfermo, para indagar por su salud, la mujer sorprendida por la llamada, le informó que debía estar equivocada, su marido estaba bien gracias a Dios y de gira con el Ministro en el interior. Al quinto año de matrimonio Eliseo perdió todo recato y no se preocupaba por guardar las apariencias ni ofrecer disculpas. Llegaba a casa a la hora que le daba la gana y punto, era su derecho. El convencimiento de que algo andaba muy mal la fue llenando de una lenta amargura que torció su gesto y cambió su carácter alegre. Confió nuevamente sus dudas a la prima Alicia que le recomendó hacerse de la vista gorda, alegando que los hombres eran así, todos unos perfectos sinvergüenzas y no valía la pena sufrir por algo inevitable, debía darse golpes de pecho, Eliseo la mantenía bien, le daba casa y comida, ¿qué más podía pedir?

Acudió nuevamente a Calinda que le confirmó que el trabajo era difícil, necesitaba tiempo, el amor verdadero no puede inventarse así como así, no le veía mucho futuro a la relación, entonces ayúdeme a encontrar la felicidad, le rogó Rebeca, no quiero seguir sufriendo. Se había casado llena de ilusiones, esperando todas esas cosas que prometen las revistas de corazón, hijos, una casa, toda una vida en compañía del ser querido, como en las telenovelas.

—Hay cosas buenas en tu futuro, muchacha no te preocupes, necesitas ocupación, muy pronto ocurrirán cosas nuevas en tu vida, no puedes seguir de empleada doméstica de tu marido, dependiendo únicamente de sus caprichos, no es justo, tienes que estar pendiente de los signos— le aseguró Calinda.

Fue entonces cuando vio en el periódico el anuncio de *Orchid International* solicitando vendedoras para sus productos, lo que le pareció un buen momento y decidió arriesgarse con la aprobación de Calinda; sería una buena distracción y además podría ganar su propio dinero. Enseguida la aceptaron, el período de entrenamiento duró una semana y después de terminar sus oficios, agarraba el maletín de mues-

tras con el catálogo y salía por el barrio a vender y desde el principio le fue muy bien, Rebeca era una mujer muy agradable y capaz de convencer a la más reacia de las bondades de los productos que ofrecía. Al marido no le había gustado para nada que se hubiera metido en ese asunto de vender de puerta en puerta y le armó un alboroto, pero desamarró el gesto cuando trajo el modesto cheque de las comisiones que había ganado en los primeros tres meses, que por lo menos alcanzó para cancelar las cuentas atrasadas de luz y teléfono y sin que él lo supiera, abrió una pequeña cuenta de ahorros. Total, se aburría en casa sin nada qué hacer, los oficios le tomaban menos de tres horas en la mañana y no era adepta a pasarse todo el santo día frente al televisor sufriendo las vicisitudes de las pobres heroínas de las telenovelas, como casi todas sus vecinas, para aliviar en algo la soledad. ¡Dios mío! le parecía casi pecaminoso pasarse el día viendo historias de traiciones, adulterios, asesinatos, hijos ingratos y no entendía cómo esas pobres mujeres aguantaban tanto sufrimiento ajeno sin quedar afectadas en sus relaciones cotidianas. Ella tenía suficientes problemas personales sin inventarse otros nuevos.

Al año había extendido su territorio a otras barriadas y se colocó entre las mejores vendedoras y a los dos, se ganó el gran premio. Mr. Walters celebraba el evento anualmente, con una comida en un hotel de lujo y diploma para las mejores vendedoras y este año había decidido otorgar un premio dependiendo de las comisiones, siendo ella la primera ganadora del gran premio en efectivo. Su retrato había salido en los periódicos de la mañana y la fiesta en un hotel de la localidad prometía estar muy buena. Eliseo le había jurado que iba a llegar a tiempo para llevarla y una vez más le falló. En el closet quedó colgado el traje gris que había mandado a limpiar en la tintorería y la corbata de seda de rayas rojas y azules que le había comprado para la ocasión. Ya no le quedaban perdones qué dar ni le importaba y por primera vez en mucho tiempo durmió tranquila, se había librado del tormento de amar sin ser correspondida. Eliseo llegó a las tres de la mañana, haciendo bulla como acostumbraba para mortificarla, pero no logró despertarla y quedó atónito al no ser recibido con las consabidas quejas y reproches. Hizo todo el alboroto posible y finalmente, cansado tiró a su lado alargando la mano hacia su mujer que le daba la espalda, fingiendo estar dormida, pensó, decidido a mostrarle quién era el amo, pero a última hora optó por

hacerse el ofendido, táctica que nunca le había fallado antes para cubrir sus deslices. La iba a castigar y se prometió no dirigirle palabra por lo menos en tres días. De mañana, el silencio acogió su despertar. De la cocina no emanaba el delicioso aroma a café ni se escuchaba el alegre freír de las tortillas y asustado se percató que eran casi las ocho, ¡carajo! lo iban a sancionar, la hora de entrada al Ministerio eran las siete en punto y Rebeca siempre se ocupaba de llamarlo con un beso a la hora exacta. La llamó en voz alta sin encontrar respuesta y se levantó apurado sin acabar de entender lo que estaba ocurriendo, atinando a cortarse dos veces con la veloz afeitada. Después, acostumbrado a tenerlo todo a mano, no encontró su ropa nítidamente colgada frente al closet como todos los días, maldita sea. Rebeca se las iba a pagar todas juntas, no estaba para rabietas de mujer, con él no se podía jugar. Apurado optó por ponerse la ropa arrugada del día anterior que había dejado tirada al pie de la cama y salió corriendo para el Ministerio. Durante el día trató de llamar a casa dos o tres veces para quejarse, sin obtener respuesta. Vagamente intranquilo se quedó jugando en el billar con los muchachos hasta las once de la noche, no iba a dar su brazo a torcer haciéndole ver a Rebeca que estaba preocupado, pero a la hora que alguien sugirió irse de putas después del juego, alegó estar muy cansado, lo harían el día siguiente. Regresó al apartamento y encontró a Rebeca durmiendo plácidamente, la fría estufa reluciente y limpia, obviamente no le había guardado comida como de costumbre. Encolerizado comenzó a maldecir en voz alta, esta vez Rebeca lo iba a escuchar, pero la mujer siguió durmiendo como drogada y no logró despertarla por mucho que prendió luces y removió la cama. Al tercer día regresó a casa directamente del trabajo preparándose para iniciar una buena gresca, pero para sorpresa suya, ella lo recibió con una placentera sonrisa y le sirvió comida como si nada hubiera ocurrido los días anteriores. Rebeca ni se quejaba, ni le reclamaba y si iniciaba una conversación, ella contestaba cortésmente, como si se tratara de un extraño. La escuchaba cantando en la cocina mientras repasaba los pedidos de productos Orchid indiferente a su presencia. ¡Ajá! Estaba tratando de provocarlo. Se perdió de la casa todo el fin de semana en una buena parranda organizada por un compañero de trabajo y ni aún así logró que Rebeca le reclamara cuando regresó tambaleándose borracho el domingo, entrada la noche. Lo trataba como si fuera un huésped en su propia

casa, con una indiferente cortesía y por mucho que se esforzó no lograba entender lo que le estaba sucediendo a su mujer.

Si la llamaba por teléfono durante el día, nunca estaba y cuando preguntaba airado en qué pasaba los días, ella señalaba el catálogo de ventas haciéndole ver que cada día tenía más clientela.

Trató de poseerla a la fuerza una noche de esas y el cuerpo rígido a sus caricias le dejó saber que no era bienvenido y aún así enardecido, tomó lo que era suyo por derecho propio, ¡carajo para eso era el marido! sin encontrar respuesta, el sexo frío y reseco indiferente a las caricias, el alma ausente. Amaneció vagamente avergonzado, como si hubiera cometido un atropello, nervioso y ojeroso y la oyó cantando mientras se bañaba y la deseó como nunca antes. Comenzó a sospechar que a lo mejor lo engañaba con otro, sí, eso tenía que ser, Rebeca le estaba jugando sucio y se decidió a comprobar sus sospechas. Si era así la iba a pagar muy, pero muy caro, ninguna mujer iba burlarse de él. Pidió licencia en el trabajo por una semana alegando problemas de salud y día siguiente salió de casa muy temprano como siempre y se instaló en una esquina decidido a vigilar las idas y venidas de su mujer decidido a obtener pruebas de su infidelidad. Por cinco días la siguió sigilosamente mientras Rebeca visitaba a sus clientes, iba a la sucursal de los productos Orchid en busca de pedidos, almorzaba con Alicia en un pequeño restaurante de la localidad donde una vez la llevara y al ver a las dos mujeres compartiendo secretos y riendo felices, el corazón comenzó a encogérsele. Acabó convencido de que sus sospechas eran infundadas, su mujer no lo engañaba y la culpa de lo que estaba ocurriendo era suya. Lentamente le entró la certeza de que no se había portado muy bien con Rebeca y se prometió cambiar el rumbo de su vida y de ahora en adelante iba a comportarse mejor, ella se lo merecía, estaba bueno de parrandas, un día de éstos le iban a pegar alguna de esas enfermedades raras que había oído mentar en el Ministerio. Poseído de los más nobles propósitos decidió que hasta iba a dejar que lo examinara uno de esos doctores que su mujer le había insinuado, ya que íntimamente sabía que era suyo el problema de la esterilidad, le había costado bastante admitirlo, pero en las muchas aventuras amorosas en su vida todos esos años de parranda con toda clase de mujeres, ninguna había llegado a reclamarle una barriga hinchada con su semilla, ninguna, y él nunca se había cuidado.

Llegó a su casa tarde, después de haber rumiado sus pensamientos y ensayado una y otra vez las palabras que le harían recobrar el amor de su mujer, la encontró dormida, tan hermosa como el primer día que la conoció y no se atrevió a despertarla. Se acostó bañado oliendo a la colonia que ella le había regalado, esperanzado que a lo mejor lograría despertarla con un abrazo como antes, pero Rebeca siguió dormida, indiferente a las muchas caricias que le hizo, era como si estuviera drogada, se decía sin acabar de comprender.

Decidido a remediar el mal causado por su conducta, le trajo flores que ella no volteó a ver, la invitó a comer en el pequeño restaurante a donde la llevara por primera vez, hizo toda clase de morisquetas, pero nada lograba impresionarla, su mujer se había convertido en un témpano de hielo. Acudió donde el compadre Roberto, que casualmente había sido padrino de la boda para solicitar consejo.

—Compadre, no llore más, a las mujeres hay que tratarlas con el látigo. Cuando se ponen difíciles es mejor darles mano dura, es lo único que entienden— le dijo el compadre.

El compadre tenía razón, ésa era la solución. Decidido a actuar, llegó a casa pegando gritos, ¡ven a la cama ahora mismo!, chillaba, halando a Rebeca que se resistía, son las cinco de la tarde, no seas bruto, no voy a ninguna cama contigo más nunca en mi vida, tira y jala hasta llegar a los golpes que ella aceptó sumisa sin defenderse. Ese día en que Eliseo le levantó la mano a Rebeca y la golpeó de lo lindo, un poco averiada pero con el corazón enterecito y sin grietas se mudó a casa de su madre sin decir ni adiós. A Calinda le pagó lo convenido, agradecida por el trabajo que le había hecho al resolver su problema y librarla para siempre del apego que había sentido por su marido. Sin el tormento del amor, Rebeca volvió a ser una mujer feliz después de tanto luchar por conseguirlo y librarse de esa tiranía era lo que tanto había deseado.

Cosa difícil romper el hechizo del amor, pero esta vez Calinda lo había logrado y su fama se extendió por toda la ciudad. La fila de mujeres frente a su casa solicitando sus servicios es interminable.

Me consta, soy una de ésas en espera de resultados.

DE ARMAS TOMAR

Marisín Reina (1971)

Panamá

La semana se inicia con una nube negra sobre tu cabeza. El carro no arrancó porque no tiene gasolina. ¿Culpa de quién? ¿Tuya o de Mártires?

Ese maridito tuyo se fue otra vez al billar con sus compinches y no le puso gasolina al carro y tú por orgullo tampoco lo hiciste porque era su turno de hacerlo.

Y lo castigaste como a un niño pequeño retirándole sus privilegios maritales, pero sabes al igual que todos en la cuadra que eso no es problema, pues Mártires tiene su segundo frente.

Así es que tomas tu cartera y sales resignada a pie, hacia la parada de la esquina.

Aunque no haces gestos con tu cara y escondes tus ojos tras los lentes de sol, todo tu cuerpo grita que no perteneces a ese ambiente. Así como sientes que tampoco perteneces a la vida que llevas ni al marido que escogiste.

Menos mal que no tienes hijos. Con la constante amenaza de la guerra, preferiste no traer pequeños seres que sufrieran raras enfermedades o que tuvieran que vivir bajo la tierra. Además esos horribles

sueños que decidiste interpretar como vaticinios fueron determinantes en tu decisión de dejar de lado la maternidad.

Y tu día de trabajo transcurre como siempre entre recibos, facturas, cartas, reportes y llamadas. Mártires te llama para saludarte y decirte que te ama y tú le dices que también lo amas. Piensas en esos detalles que por momentos hacen que te olvides de sus defectos y casi suspiras, pero tu jefe te pide ese informe que no acaba de decidir cómo lo quiere y se te desinflan esos tres segundos de ilusión.

Ahora estás de vuelta en la parada, de regreso a tu hogar. Lo más probable es que Mártires no haya llegado aún, porque está visitando a la otra. En realidad no terminas de entender qué haces con él. Y vuelves a pensar en esa llamada. Y sabes que cuando llegues a la casa, y tengas que cocinar y poner la ropa a lavar, te sentirás sola como nadie en el mundo y llorarás todas las lágrimas que pensaste haber derramado, y cuando te sientas fuerte para poner a Mártires de patitas en la calle, él llegará con una sonrisa, te dirá la casa huele delicioso y te regalará una rosa.

Casi suspiras nuevamente, hasta que llega esa señora de cabello gris atrapado en una trenza despeinada de tanto ir y venir que te ataca con su frase memorizada de años de práctica: ¿Sabe usted por qué Dios permite tanto dolor en el mundo?

Aterrizas forzosamente en la realidad frente a la señora de la trenza gris que habla sin parar de Dios y el fin del mundo, del dolor, de los niños que mueren de hambre y de frío, de la naturaleza que desaparece y el tráfico de bebés.

Es como esos vendedores que entran a tu oficina y te quieren vender desde un juego de cuchillos hasta un libro de cuentos. Sólo que esta señora te quiere vender la salvación de tu alma.

Y la miras de pies a cabeza y pretendes ignorarla pero no puedes, su voz es alta y chillona y piensas que sólo le falta el cartel y la campana para que se parezca a esos predicadores de las películas que se paran en las esquinas de Nueva York anunciando el fin de los tiempos. ¡Arrepiéntanse que el tiempo está cerca! Al fin logras que se aleje diciéndole muy serenamente que eres bautizada católica y que con tu fe te basta y sobra, que el fin del mundo llega para el que se muere, y te cambias de lugar cuando justo llega tu bus.

Una vez sentada junto a la ventana ves a la señora de la trenza que se enfrasca en una discusión con un joven con aretes en la ceja.

En la fila delante de ti va una mujer joven embarazada con su hijo en el regazo y de pronto te estrellas con la realidad y caes en cuenta de que ya no eres tan joven. Que cuando sonríes, las pocas veces que lo haces, se te hacen patas de gallina alrededor de los ojos, que tu piel ya no es tan suave como antes y que ya no te importa si lo que usas está de moda o no.

Sientes la urgencia de sentirte hermosa, de sentirte mujer nuevamente y te bajas del bus en la siguiente parada. Caminas un rato por Vía España viendo las vitrinas y comprendes que la ropa que exhiben es para mujeres diez años más jóvenes que tú y quince libras más delgadas.

Sin embargo, un hombre se detiene a tu lado y te dice que eres hermosa. Tú finges no escucharlo y sigues caminando. El hombre te sigue y tú lo enfrentas, le dices que vas a gritar ladrón si continúa acosándote. Él se encoge de hombros y cruza la calle. Lo ves alejarse entre los carros y no sabes si reír o llorar. Lo ves entrar al súper y cruzas tú también. Lo encuentras en la tienda de discos y tu corazón salta pero sientes miedo y sales, cruzas la calle y te subes a un bus. No quieres llegar, no quieres seguir viviendo como lo haces, no te gustas para nada.

Caminas hasta tu casa y está Mártires esperándote con cara de preocupación. Te pregunta dónde estuviste todo este tiempo. Tú pasas a su lado como si no existiera y te detienes, volteas hacia él, lo miras, buscas en sus ojos esa chispa del niño juguetón de los primeros días y la encuentras prácticamente apagada, ha envejecido. Tus lágrimas caen y Mártires te mira con ternura.

Te quitas los zapatos y te acercas a dos pasos de él. Como si adivinara lo que sientes, te abraza y te pide perdón. Lo interrumpes y le dices que necesitas ser una mujer completa, quieres sonreír, quisiera amarte como a nadie en el mundo, pero ya no es posible, tu amor se marchitó hace años y ya no hay nada qué hacer.

Suavemente te sueltas de sus brazos y le pides que se marche.

LA DISTANCIA ES COMO EL MAR

Mildred Hernández (1966)
Guatemala

Va al mar porque es la única manera que tiene para exorcizar el odio que la abrasa. Es viernes y la camioneta casi revienta de gente. A su lado dos mujeres, al parecer madre e hija, hablan de lo que harán cuando lleguen al puerto. Escuintla es parada obligatoria donde suben cada vez más personas que llenan el ambiente con su olor a tortillas con huevo. Algunos vendedores ofrecen a gritos refrescos, gaseosas, cocos. Hay un barullo infernal. Sin embargo, por esta vez, Piedad Reyes ignora todo. Tiene la necesidad infinita de estar en la playa, de quitarse el sudor pegajoso de la espalda sumergiéndose en la frescura del agua salada, de emborracharse en cualquier bar, de no pensar en nada.

El viaje está resultando larguísimo. Por lo menos le faltan dos horas. Seguramente Beto se llevará un tremendo susto al verla. Recuerda lo mujeriego que es su marido, que corre desbocado tras cualquier cosa con apariencia de faldas. Más que rabia, la mueve el deseo de venganza, el querer desquitarse en una sola jugada magistral de todas sus mentiras y engaños. El rostro se le contrae en un rictus amargo cuando piensa que esta vez él ha ido demasiado lejos. Meterse con una puta ya es

bastante, pero dejarla sin la comida de los patojos es imperdonable. De antemano saborea el momento del encuentro, cuando lo vea con su cara de mandril insaciable y escurridizo. Repasa mentalmente su discurso: en cada ocasión agrega las palabras más hirientes que conoce. De alguna forma tiene que destilarle el odio y desprecio que la invade. Le dirá que la horrible ésa, desvergonzada casera, roba maridos, es una caliente y lambiscona que ha de ponerse como él quiere y hacerle las cochinadas que se le ocurren. Como una vez que se atrevió a pedírselas a ella, que sí es una mujer decente. Y él, un desgraciado, irresponsable, gastándose el pisto de la comida, y ella, Piedad Reyes, que le ha estado pidiendo fiado hasta al mismísimo diablo. Y encima de todo, lavarle y plancharle la ropa, tenerlo todo listo, al día. Qué rabia siente al no poder decirle lo que piensa en ese momento.

Ve cómo la camioneta se desplaza con lentitud entre los hoyos de la carretera. Cada quince o veinte minutos se detiene y chorros de gente suben y bajan alborotando el aire como si fueran zaraguates.

Por fin llegan.

Conoce el telégrafo. Es hora de salida y en el puerto todo es relajo y sabor tropical. Decide esconderse y seguirlo. Sabe ya, por ese maldito anónimo que le mandaron la semana pasada, que es la hora preferida de los amantes. De pronto lo ve: allí va la silueta inconfundible de Beto recortándose en la sombra de las casas. Presiente su mirada sabrosa, ésa que pone antes de alucinar. La cólera acumulada por tantos años empieza a salírsele por los poros. Lo maldice, pero decide contenerse para encontrarlo como se merece. Calcula el tiempo y pasados los cuarenta y cinco minutos más largos de su vida, palpa en su bolso el tenedor con que le destrozará la cara.

Llega a la casa. Está parada frente a la puerta de atrás. Sigilosamente entra y recorre la habitación con la mirada. De madera carcomida por el salitre y las polillas, las paredes muestran su abandono. A su derecha hay otra habitación y, al acercarse más, escucha con claridad sus voces y jadeos, algunas palabras sueltas y obscenas. Casi sin respirar, como una pantera al acecho, traspasa la cortina de flores chillantes que separa los cuartos y entonces los ve: Beto está desnudo, de espaldas, justo sobre la mujer que en ese momento le aprisiona los hombros con las piernas. Presa de un odio incontrolable, Piedad Reyes

se abalanza sobre su marido incrustándole una y otra vez el tenedor en la espalda, en las nalgas, en las piernas. Los amantes gritan de espanto y ante la sorpresa se separan. Beto, de espaldas sobre la cama, se retuerce de dolor hasta que de un puñetazo contundente logra desprenderse de la fiera que lo ataca. Piedad Reyes cae al suelo y cuando Beto la reconoce queda mudo, estático. Ella se levanta y de nuevo se abalanza sobre él. La otra mujer, que ha esperado ansiosamente desde el día en que envió el anónimo, trata de defenderlo y ahora son tres salvajes chillando y gesticulando, mordiéndose e insultándose. Se golpean, arañan y pellizcan. Se produce tal confusión, que algunos vecinos se acercan para ver a través de las ventanas lo que ocurre ahí dentro.

Con rapidez, antes que los amantes tengan la menor oportunidad de respuesta, Piedad Reyes se marcha ante la curiosidad de quienes se codean y murmuran barbaridades.

Sin ánimo para las lágrimas, maltrecha y cansada, camina sin rumbo durante horas hasta llegar a la playa. Sigue la línea del mar mientras revive lo pasado recientemente. Siente el mundo girar a su alrededor en un torbellino de espuma envolvente que la absorbe hasta aturdirla.

Es noche ya y siente frío. Necesita olvidar, quiere sumergirse en las aguas y limpiarse de amarguras y desengaños. Decide que terminará con los años de humillación e incertidumbre, de abandonos, de burlas y ofensas recibidas. Recuerda a sus hijos, felices cuando el padre les dedicaba esos escasos días de calma doméstica en los cuales era tratado como rey en casa de pobres. Hoy tiene la certeza que con Beto de nada sirvió cualquier esfuerzo, él siempre volvió a lo mismo. Nunca pudo explicarse porqué él era así, y a estas alturas ya ni le importa.

El mar, en un aletear de alas gigantescas, la incita. Descalza, camina en la arena y un escalofrío la recorre cuando las primeras briznas de agua le lamen los dedos. Poco a poco se desnuda, como si al quitarse la ropa se despojara de algún viejo dolor, de alguna dura escama que oculta sus heridas.

En la oscuridad de la noche sin luna, Piedad Reyes se entrega al mar, a la temeridad de su ternura. Con manos de amante experimentado, las olas son unos brazos que la abaten y recorren los más ocultos arcanos de su cuerpo agotado por la vida, virgen de placeres, acostumbrado

a dar sin pedir nada a cambio. Los pezones se yerguen en un desafío de rebeldía inaudita. Separa las piernas disfrutando al amante que la mordisquea, que se le incrusta y toma posesión de los más recónditos parajes de su sexo ansioso y jadeante. Su piel es un erizo marino irradiando destellos luminosos y fugaces. Cierra los ojos y sus manos se crispan en la turbulencia del deseo. Está abrasada en una fuerza que la avasalla y se ruboriza ante la novedad de saberse plenamente mujer por vez primera.

Agotada, logra desprenderse del abrazo de su amante. Casi a rastras alcanza a tocar sus orillas.

Cae exhausta.

Más allá del alba, despierta. Se sabe cobijada por los arrullos matinales del mar en celo. Con lentitud se viste. Sobre las aguas, una bandada de gaviotas realiza su vuelo cotidiano. Entonces ve, del lado de su corazón, que el sol es un ojo abriéndose sobre la arena.

Tranquila, reconciliada con la vida, regresa al puerto. Pasa frente al telégrafo y está serena porque al verlo ahí dentro, de espaldas a la calle, sólo experimenta algo parecido a la indiferencia. Al fondo de la calle, en la otra esquina, el bus está por salir.

Piedad Reyes apresura el paso.

ÉL

Rocío Tábora (1964)

Honduras

"Ella ha abierto los ojos.
Él no tuvo tiempo de cerrarlos.
Inevitablemente,
dos miradas se han cruzado.
Ya la ficción de la ignorancia
no es posible".
Eugenio D'ors

Todo huele a él y lo nombra, ha sido así durante estos treinta años juntos.

Los espejos se miran en sus ojos y lleva mil reflejos de sí mismo en la pupila. Él intenta verme y no puede, sólo ve mis ojos ocupados por su silueta multiplicada. Al abrazarme fuerte tratando de sentirme, se termina rodeando a sí mismo en un afán desesperado por encontrarse.

Teme extraviarse y se llama a sí mismo.

Grita su nombre en el borde de los abismos, en las cuencas de los ríos, en los bosques nublados y el eco, en un trueno de incertidumbre, le

devuelve un nombre propio angustiado, confuso, hecho añicos, por lo que el resto del tiempo lo dedica a repetirlo tratando de unirlo.

Lo escribe en páginas para que no se desintegre, convenciéndose de que es su nombre, el de siempre, continuo en el tiempo, imperecederamente entero, suyo.

Siempre regresa descompuesto de la calle y de otros sitios con multitudes; llega con los rasgos de su cara desdibujados. Al cruzar la puerta y estar en casa, las cejas vuelven a su sitio, sus labios se juntan, las fosas nasales y sus orejas recobran sus posturas simétricas y sus ojos se llenan de sí mismos de nuevo. Basta que lo llame para que los gestos habituales vuelvan y entonces dice que –soy como sus ojos–. Yo –soy– sus-ojos.

Esta tarde quise mirarme a mí misma mientras me peinaba, pero todos los espejos estaban ocupados con su figura. Las botellas, vidrios, bandejas de metal, todo cuanto es capaz de reflejar algo, lo reproducían a él y me impedían verme, ni al buscar sus ojos, ni en el agua, ya no podía ni recordarme. Mis brazos sólo lograban extenderse hacia él, quería estar conmigo misma y no podía, no lograba ni llevar mis manos a la cara y palparme, yo era un vacío sin nombre.

Buscando un rasgo mío y donde verme, rompí los espejos, fundí metales y aún así en cada añico estaba su figura diminuta. No pude invocar a Dios porque él era su imagen. Salí a la calle y en los ojos de otras mujeres atisbé algo reconocible, lejano, pero las miradas de desconfianza que cruzamos impidieron vislumbrarme.

Regresé a casa, busqué fotografías en las que no logré reconocerme, subí a la habitación y allí estaba él esperando “sus ojos”: nos miramos, y las lágrimas que me empaparon la mirada desintegraron su imagen llevándola afuera, derramándola por mis mejillas, evaporándose. Él intentó recogerse, lloraba como niño, torrentes de sí mismo nos empapaban. Llorando, el tiempo se acercó, algo se rompió en mis ojos y pude ver de súbito otras cosas, la casa sola, otras gentes, cuerpos, otros ojos y bocas, manos, pies, sabores, árboles, fiestas, frutas y mares. Al mirarnos nuevamente éramos dos desconocidos, intentando mirarse, parpadeos múltiples, gestos, detalles desconocidos, canas, lunares, un encuentro postergado, a lo mejor posible…

ESARROLA

Ruth Piedrasanta (1958)

Guatemala

I

Ésa era la rola. Nítida. Así caía y, al oírla, Violeta se explicaba todo. Ni qué dudar. Para qué angustiarse o andarse rompiendo los nervios, si total era como la rola. Su vida en ese momento lo era, sin más.

El *blues* marcaba los espacios obscuros de un reventón 3 a.m., alargaba las sombras y, crecidas, se alzaban como oleaje esparciéndose entre un grupo de amigos cansados y solos a pesar de haberse reunido e insistir en divertirse juntos.

Dos parejas se empeñaban en bailar rock-and-roll acalorados y en un rato que apaciguaron su acelere, Rolando atinó poner un *blues*.

Billie Holliday arremetió entonces *Ain't nobody's business* con una voz surgida desde el fondo de la rebelión, desde un profundo túnel que, albergado en el pecho, le hacía revelar una personalísima rabia, tan colectiva. Su canto pareció abrir en Violeta algunas compuertas cerradas por lo común y dejó salir a flote un poco de la corriente encontrada que le circulaba por dentro. Esa rola le señalaba los nudos que en su

interior tejía, cuidadosa. Escuchándola, Violeta entendía una parte de su historia reciente, de su corazón hecho bolas.

Alguien la tomó entonces por los hombros y bailó, bailó, dejándose llevar.

II

—Mi reina, cuando hayas asaltado el arco iris y regreses con el color de tu nombre ciñéndote la frente, toca mi puerta. Si no estoy, deja una nota— le dijo Víctor riéndose con esa manera aguda que le resultaba habitual y muchos hallaban desagradable.

Era la mañana siguiente, cuando aún despertaron con un poco de alcohol encima. Violeta lo miró con el extrañamiento de quien en ese momento despierta en serio y se da cuenta que no durmió sola. Recordaba la voz de Billie tan cerca de ella, tan dentro de sí, y el baile, el apremio de moverse rítmicamente al sentir la música en su cuerpo, llevándola de un lado a otro a través del ennegrecido espacio de un fin de fiesta.

No supo en un primer momento de dónde salía Víctor y sobre todo qué diablos hacía ahí, si ella no había buscado su compañía, si ni siquiera estaba enterada de que hubiese llegado a la ciudad; sin embargo, se contuvo y evitó hacer comentarios.

Después de todo él tenía la costumbre de aparecerse por su vida cuando le venía en gana. Llegaba sin tocar, sin previo aviso. Pedía mujer, comida y casa por algunos días y ella, siempre tan sola (por su gusto, como le gustaba subrayar), accedía a sus peticiones con cierta monotonía y sin alterarse demasiado.

Cuando venía Víctor, mucha gente circulaba en su casa: amigos mutuos, pero más ligados a él, quienes ya entrados en calor podían estar festejando a reventar durante varios días; espantando a sus cinco gatos y a los vecinos. Violeta subía los hombros, conformándose o inconformándose, los subía igual. Pero esta vez no quería a nadie en casa. Se quería ella sola nomás. Él no lo entendería, pensó. De nuevo el *blues* de Holliday se le coló en el cuerpo. No dejaba de estar serena y a la vez alguna fuerza de imprecisa filiación la turbaba por momentos.

—Es como esa rola —le comentó a Víctor luego de un largo silencio.

—Nena, ¿no me has oído? ¿En qué andas? Yo vengo, te declaro mi orfandad, me quedo a dormir contigo en buena onda y tú qué, estás con el mismo rollo. Lo repites 20 veces en la noche y con esa necedad te levantas de nuevo, ¡qué fijación! ¿Qué diablos es como esa rola, me puedes decir? ¿De cuál rola hablas, qué tiene de especial?

La sacudió la voz exasperada de él. Pero Violeta no pretendía en ese estado y a esa hora hablar o discutir nada; además Víctor de todos modos no entendería, a pesar de ser obvio. Ella buscaba estar sola. Bailar sola. Dormir sola. Sin él o alguien más. Era su decisión.

—¿Qué traes, mi pequeña Viole?, ¿Cuál es tu avión? —cambió de tono…

—¿Te has estado pirateando? —entre cómplice y paternal.

—Te hace daño estar sola, te lo he dicho, si no recuerdo mal, la vez pasada estabas de amable, galante incluso, si se ve con estos ojos —mientras se señalaba el rostro, sonrió seductor.

—Recuerdo que hasta compraste flores para que oliera bien la casa “Ahora que estás aquí”, decías, ¿o no te acuerdas? No entiendo lo que te pasa reina, lo juro.

Hizo el gesto dramatizado de una falsa jura.

Violeta escuchaba ausente.

—A ti te gusta que esté contigo, nena, yo lo sé. Me extrañas, quisieras que anidara en este árbol, pero no. Soy golondrina y vuelo. Tal vez sea eso lo que te disgusta. De todos modos te busco en este universo de seres luminiscentes —añadió casi meloso, moviéndose y gesticulando como lo hacía en el teatro.

—Llamo a tu puerta, te recuerdo. ¿Qué más quieres?

Ya sabes que ando en el rol. Vengo, voy, piso tierra y zas, zarpo, zarpo, zas. Luego vuelo, repto, hago cualquier cosa. Es como andar en una nave acelerando todo el tiempo. Ves que todo va rápido, que se queda atrás y otras cosas aparecen para quedarse atrás igual y tú aceleras, te adelantas, vas más de prisa, todo lo que puedes y da el acelerador al oprimirlo hasta el fondo y la velocidad de todo lo exterior se agita, se empiezan a borrar los detalles y tú estás allí solo, conduciendo a través de un túnel…

Así ves el mundo, Viole, este mundo aún cíclico y mágico, oloroso y lleno de vapor…

Violeta de repente lo miró como si acabara de verlo luego de una larga ausencia. No estaba del todo convencida de que estuviera allí, hablando tanto, jugando su papel de comediante. Él entonces, con ese aire dramatizado con que solía conseguir el asentimiento a sus demandas, le acercó su mano.

Y acariciándole la cabeza dijo:

—Mi Violentina amada.

Le besó los cabellos y se paró a buscar un vaso de agua y a encender una barrita de incienso.

—Me gusta el olor a sándalo que guarda tu pelo. A veces te extraño cuando estoy lejos, aunque no lo creas.

Se quedó parado frente a la ventana un momento y ceremonioso levantó la cortina:

—Bienvenido, día, y todo lo que en él suceda, tú y yo incluidos.

Violeta, que lo seguía con la vista, lo amó así. Si se hubiera quedado diciendo eso eternamente. Pero sólo como una imagen, como esa única imagen fija, parada allí, con su pelo de miel quemada, asomándose a un nuevo día, en silencio y sin tanta agitación, podría estar dispuesta a soportarlo…

Pero no. Justo eso era lo que él andaba buscando con su palabrería: debilitar su decisión y conseguir su venia sin mayor trámite y encima debía tomarlo como si se tratara de un premio apetecido o un enorme disfrute. Se irritó al pensar esto.

—Víctor, no esta vez —dijo en voz alta.

Él volteó el rostro.

—¿No qué, nena? —la interrogó desde la ventana, como si no hubiera oído bien.

Trató de sumar su irritación, las palabras recién dichas y su inconformidad al deseo de estar sola, para que le brotaran las palabras, la energía para decirlas, la claridad para expresar lo que pensaba y lograr explicar algo de todo aquello que la agitaba por dentro. Además no pretendía un rompimiento, si es que algo consistente la ligaba a él; tampoco quería distanciarse o dejar de verlo. No lo quería allí ahora. Eso era todo.

—Es que hoy…

Lo miró y escurrió la vista hacia la ventana descubierta. Empezó a tocarse los pies y a encogerse, a la manera de los gatos que ahijaba.

—…no quisiera a nadie conmigo.

La escuchó decir Víctor con voz gatuna, similar al tono que alguna vez los gatos emplean y a uno lo hace preguntarse si acaso se trata de un niño.

A él lo divirtió la idea de imaginarla gato: la gatita Vianey. No estaba mal, con el cuerpo redondeado y las manos huesudas. Gatita Vianey. Rodeada de mininos huérfanos que tocaban a su puerta como él y como él buscaban su regazo, su tibia leche.

Sentía sus palabras como un maullido lastimero y no entendía bien qué cosa podría haberla herido. La última temporada que estuvieron juntos parecía contenta, claro, nunca dejaban de entrarle ataques momentáneos de nostalgia a quién sabe qué. Mas no le había dado por aislarse así, esto según la opinión de amigos cercanos, quienes ya algo le habían comentado. Además una de sus netas era que siempre había estado dispuesta a recibirlo sin armar líos. Gatita Vianey era apacible y buena, eso debía de reconocerlo ¡Buena! Como niña, como gata. Mansa, observadora, escurridiza, pronta a la caza, pero guardando su mullido territorio.

Hacía tiempo se habían conocido entre vasos sucios y libros desparramados en el apartamento de Rolando, durante una interminable discusión sobre arte, que acabó salomónicamente, a golpes. Después de allí se vieron más y con más ganas, pero paralelos comenzaron los deseos de no verse. Él siempre se iba. No decía adiós, ni hasta cuándo. Luego de un tiempo acababa volviendo para cerciorarse de que aún estaba ella. Con sus apetecibles caderas y su enorme generosidad. Vianey, Vianey, Vianey. Lo volvía loco y pronto lo cansaba. Así era la cosa: ella gato, él una anárquica sabandija.

—Gata, gata, no temas —pronunció con suavidad mientras se acercaba de nuevo a la cama.

—Estamos jugando a una cacería. Me podrías cazar tú o tal vez yo lo intentara. Pero no queremos, no podemos hacerlo; aunque lo pretendamos, aunque lleguemos a ensayarlo. Creo que ya nacimos un poco tristes y siempre estaremos solos. Aferrados, vamos tras algo indefini-

ble y, aunque lo lográsemos tener en las manos, se nos iría. La cuestión es buscar, buscar en el amor, en todo. Gatita, la vida nos tocó así; como el enorme desencanto que hay que disfrutar. No te acongojes, ni te armes bronca. Total es breve…

—Oye —dijo después como pensando en lo que acababa de decir— es demasiado temprano para andar quemándose el cerebro en estos rollos tan pesados. ¿Por qué no nos tiramos otra dormidita?

Violeta, más encogida que antes, no dijo nada. Se le quedó mirando y al mismo tiempo empezó a ronronear y mecerse.

—Mhumm, mhumm, mhummm.

Su energía no era mucha y sobre todo no quería ofrecer ninguna explicación sobre algo que sólo esa rola podía descifrar y decir bien. Ella no hablaría.

—MMMMhummm, mhumm, mhummm, continuó.

Víctor la miró desde una nueva distancia o tal vez desde otro punto de referencia y, con un gesto dulce, le susurró casi:

—Gatita, gatita duerme. Duerme Vianey, descansa. Otro día la vemos. Este muchacho, aunque no lo creas, te entiende y se esfuma.

Vianey cerró los ojos y descansó profundamente.

III

Después de haber dormido un sinnúmero de horas, Violeta se despertó aún soñolienta. El calor bochornoso de la tarde se colaba por la ventana principal, se desprendía del techo mismo y se interponía entre ella y algo que aparecía recurrentemente en todos los sueños tenidos durante el día. No recordaba nada y tenía la impresión de que era algo importante. Se paró para buscar un vaso de agua y en el pasillo se encontró con lo que parecían ser las maletas de Víctor y una nota:

—Regreso más tarde. No me eches de menos.

Abajo aparecía una cara sonriente como firma.

El agua le despejó la garganta y le humedeció un poco las ideas. Habría querido tener un tiempo más de soledad y se lo había dicho con todas sus letras, no nada más se lo había sugerido; pero para él una vez que aparecía, el tiempo y los quehaceres de ambos debían organizarse

según sus planes, pensó un tanto disgustada en principio; sin embargo, por otra parte ella no estaba tan segura, a esa hora precisa, de querer de nuevo estar sola. Una viciosa inclinación por no ver a nadie le había sobrevenido desde hacía varios meses. Pero en ese momento de la tarde se le antojaba escuchar la voz de alguien, preparar un café, conversar de algo, no importaba qué. Quizá el ciclo de estar sumida en una especie de silenciosa meditación concluía.

Desde hacía bastante rato que ella, fuera de los compañeros de trabajo, no toleraba bien a casi nadie, incluidos sus amigos. El asistir a la fiesta del día anterior había sido una excepción. Y todos, en distinta medida, habían mencionado el hecho: que ya casi no se le veía, que si tenía trabajo extra o estaba saliendo fuera por cuestiones de trabajo, que si andaba enferma o si tenía proyectos secretos, lo cual, en ese medio de chismosos, difícilmente podía conservar tal condición luego de un tiempo prudencial. Violeta rehuyó lo mejor que pudo las alusiones, no quería dar explicaciones a nadie. Además resultaba difícil explicar lo que traía por dentro, una clase de sentimiento así, tan entremezclado. Para ella sus estados sentimentales eran siempre materia deslizante. Nunca lograba determinar si toda ella era una especie de estado sentimental o si esto era algo que cambiaba por períodos y la ponía social, encantadora, melancólica o francamente ausente.

La noche anterior también había sido un poco particular porque desde muchísimos meses atrás, ella no se embriagaba a tal punto. Es decir, no recordaba cuándo había llegado Víctor, si en el fin de fiesta o después. El olvido por causas alcohólicas no le resultaba frecuente, ella aguantaba buenas dosis de ron, vodka o hasta tequila, sin perder estilo, aunque a veces el hecho de no presentar tropiezos visibles no le impedía marearse, perder tierra y sentirse invadida de una soltura y lasitud desde la cual podía aventurarse a la alegría, sin límite ninguno. Esa falta de conciencia en tanto freno le permitía tomar decisiones inusuales, por supuesto; pero nunca a tal punto que se arrepintiera de todo al día siguiente o bien que olvidara. Le molestaba no saber de dónde había salido Víctor en esta ocasión o qué cosa pudo haberle dicho e incluso qué rayos había hecho, sin que ahora tuviera la menor idea.

Los gatos reconocieron sus pasos en la cocina y se precipitaron a demandar comida, maullando insistentes. Violeta los oyó sin moverse,

sin calmarlos, sin hablarles cariñosamente como solía cuando se hacían presentes. Simplemente los ignoró y salió sin más al pequeño patio cubierto de bugambilias. Las macetas que había llevado de su anterior mudanza se hallaban en proceso de secarse; no las había regado en un buen tiempo y algunas de ellas ya no tenían remedio. Viendo sus plantas mermadas, quiso enmendar su falta de cuidado con las sobrevivientes y con un pequeño bote comenzó a mojarlas. En eso, un auto se paró frente a su casa y la voz de Víctor se dejó oír de inmediato. Al parecer discutía asuntos de la política local con sus otros acompañantes, a quienes ella trató de identificar. Distinguió el acento citadino de Bernardo y Matías y la falta de pronunciación de la "s" final, que denotaba el origen costeño de Palmira. Instintivamente se escondió en la sombra que producían la enredadera y la bugambilia al atardecer y que la cubría por completo, dejándola fuera de vista, y, en medio de las ramas, se asomó para observarlos.

Por fortuna, luego de cerca de media hora de discusión que bajaba y subía de tono, decidieron parar, pues los del auto tenían que hacer algo para lo cual ya llevaban más de una hora de retraso. Gracias a ello, no bajaron a tomar el café y el acostumbrado ron que siempre invadía la mesa.

Violeta acabó mientras tanto sus escasas labores de jardinería y fue a la cocina a preparar algo para comer. Tenía mucha hambre y el refrigerador medio vacío. Pero se las arregló con lo que había para hacer uno de los platos favoritos de Víctor y ella. Cuando él entró, lo primero con lo que se topó fue un impactante olor que provenía de la estufa. Él había continuado bebiendo conforme a sus preceptos, a decir verdad no mucho; pero lo suficiente para no aterrizar del todo en tierra firme.

—¿Ya cambiaste de humor o todavía sigues de anacoreta? —la espetó.

Ella no respondió, fingiendo no haberlo oído a causa del cassette que acababa de poner. Víctor se dirigió al baño, sin intentar repetir la pregunta. Luego, se le acercó un tanto receloso y volvió a preguntar:

—Nena, ¿de qué humor andás? Si me guío por lo que veo en la cocina, parece que muuucho mejor. Pero uno nunca sabe. Sácame de dudas.

Ella se volvió y le dio un beso, buscándole el fondo de la boca, lo cual los tomó a los dos por sorpresa.

—Parece que las cosas mejoran ostensiblemente —le comentó con voz galante, mientras la atrajo por el talle, susurrándole cuánto había extrañado su forma de cocinar durante su última temporada en el puerto y después en la gran ciudad, donde ninguna de sus otras amantes tenía ese toque o habilidad que ella poseía y demostraba para la buena cocina. Ese comentario, como muchos de él, intentaba en buena medida conciliarla y causarle cierto gusto según su criterio, pero por lo general lograban justamente lo contrario. Así que ella, turbada, se alejó respingando, como quien de pronto es picado con un alfiler.

—No lo tomes a mal. Es la neta, nena. En eso eres insuperable.

Tal vez si le hubiera dicho que era delicioso hacer el amor con ella y que en eso tenía ventajas sobre las otras mujeres que frecuentaba, ella se hubiera mostrado halagada. Pero lo que pretendía ser una lisonja, la ponía en el mismo nivel de la ristra de tías viejas que jamás habían franqueado ni la puerta de su casa ni la de su imaginación, confinadas a pelar papas o preparar guisos de días que dependían del calor de una estufa alimentada con sus vidas, su ansias, sus pulsiones. Así que de un modo fulminante, aquello fue tomado como un insulto capital.

—No te enojes: De verdad, eso es importante para mí, aunque no lo creas. Por eso no te cambio—.

—Déjalo así —dijo Violeta. No insistas en ese punto, si no, se nos va a amargar la boca antes de tiempo—.

—Bueno, si tú no lo quieres aceptar, es tu problema. Para mi tú hueles a los sabores que añoro, tienes la textura sensual de los frutos del verano, prodigas aguas refrescantes y dulces zumos. Mezclas y alteras mil ingredientes que de tus manos salen como pequeños trozos de placer al paladar. Además, todo ello se transforma en algo que rezuma de tu pelo suelto, de tus senos. Contigo logro asociar un lejano hogar, dulce y feliz, que no conocí nunca. Por eso vuelvo, siempre vuelvo a ti.

—¿Y por qué no visitas a la familia en lugar de venir conmigo?

—No tienen tus senos, ya te lo he dicho, ni cocinan tan bien. En serio. Además ya casi ni existen. En todo caso, ni siquiera tengo una prima que me respire detrás de las orejas por la noche. Pero Violeta, Violeta, ¿por qué te enrollas tanto?

—Y qué debo hacer, ¿ser como tú? ¿Así de cínico o un poco más?

Con su respuesta Violeta consiguió menos que un rasguño. No logró expresarle cuánto la hería ser considerada así. Tradicional y dulzona. Costándole tanto como le costaba, buscar ser otra cosa, otra clase de mujer.

No obstante, una sombra apareció desenfocando esa primera impresión De la pesadez del sueño no recordado del día, algo se coló. Sí, podía admitirlo finalmente, la rola estaba asociada a eso: lo que ella gustaba de ser, pero aún, y a pesar de todo su esfuerzo, no era.

ALEGATO DE UNA TECUNA

Aída Toledo (1952)
Guatemala

La tecuna huye, pero deja la espina metida.
Miguel Ángel Asturias

María lo dejó porque no se llevaban bien. Nadie se puede llevar bien con un hombre que grita y siempre quiere tener la razón, y que además irónicamente dice que es feminista. Sí, María lo dejó y él no para de pensar en el cuerpo de María, en sus ojos azules, en lo rubio de su pelo, porque él arrastra ese complejo que se remonta a los orígenes de la conquista (¿el problema de la canche?).

María lo respetaba, tenía por él esa admiración que provocan los héroes, porque él había estado en una guerra, larga e inútil para los que no la vivieron.

Sí, él era un veterano de esa guerra, en donde el amor se hacía hasta con las piedras.

María lo amaba, ¿podemos dudar de la firmeza de su afecto?

Se fue, huyó como María la Lluvia para convertirse paradójicamente en una tecuna postmoderna.

DE LA QUE AMÓ A UN TORO MARINO

Magda Zavala (1952)

Costa Rica

Se daba aires de proscrito, barba larga y lento fumado entre los dientes, con el atractivo de quien parece amenazante y vigoroso. Así lo conocí, así casi lo estoy olvidando. Por lo demás, se enredaba en los amores viejos, y en los del porvenir, y le gustaba hablar a solas, mientras dejaba caer el agua tibia sobre sus lomos robustos. Allí filosofaba sobre el mundo y sus desastres, hacía cálculos para la próxima cosecha o se pronunciaba en contra de las ocurrencias de los diputados y de las partidas específicas que le compran el alma al diablo, cuando no le daba por cantar, con el más esforzado de los empeños, que no alcanzaban a dar con los ritmos de Celia Cruz y su «Traigo yerba santa, pa' la garganta…»

Yo, el resto del día, desde la lejanía que impone la ciudad amurallada, daba vueltas en círculos a su alrededor, ofreciéndole cuanto podía: que está servido el desayuno, ¿te traigo el periódico?, esa camisa no te va, ¿adiviná que hay de almuerzo hoy? ¿Querés un café…? Y él allá, conversando consigo mismo, lleno de murmullos, se daba la razón sobre decisiones tomadas o se lamentaba de algún fiasco; muchas veces criticaba a los políticos que se olvidaban de la agricultura, como si no fuéramos todos medio maiceros y la sociedad industrial estuviera en la

cola de un venado ya muerto, y otras al bipartidismo insoportable que nos tiene totalmente prensados.

Alguna vez perdida, cuando menos lo esperaba, retumbaba su voz de trueno caribeño desde la ducha:

—Negra, vení acá…, sentáte ahí que tengo que decirte…

En realidad, requería mi escucha silenciosa. Lo supe cuando al principio, traté de opinar.

—Bueno, es que a mí me parece…

Él me irrumpió de inmediato:

—No, oíme, quiero que me oigás a ver si tengo razón.

Y empezaba una lluvia de reflexiones, acabadas y contundentes que no ameritaban opinión, sobre Nietzsche y sus epígonos, el surrealismo y sus desencuentros, la Osa Mayor, los huecos negros, Freud y la teoría de la relatividad, la cuestión latinoamericana y el por qué el comunismo soviético desoyó la voz de Lenin y sobre todo, lo que hay de cierto cuando se dice que Costa Rica es un país sin tanta desigualdad social y sin ejército.

Como no siempre me llamaba a la hora de su baño y yo quería saber con quién me había casado o quién era ese día mi marido, dejaba las celosías del baño entreabiertas y me sentaba a escucharlo desde un banco ocasional en el jardín interior, que se fue haciendo un sitio de permanente encuentro con mi suerte. Así fui penetrando su mundo, con algunas pistas que logré hilar para no perderme en el laberinto. Él no parecía darse cuenta de mi esfuerzo y seguía llamándome de cuando en cuando a gritos, de seguro calculando todavía las dimensiones de su casa materna.

Al cabo de un año supe de mi hombre por pinceladas —unas precisas y vivas; otras diluidas, en marejadas informes—, aspectos que me permitieron comprender el por qué de sus jadeos branquiales cuando lo hería el absurdo de la muerte asesina o de la injusticia social. El mundo tal cual, cargado de la estupidez humana y sus ingratas convenciones, le era absolutamente insoportable.

—Da pena saberse de la especie, me decía de veras triste.

Por la noche, seguía previniéndome que no oyera si roncaba y me daba cinco minutos con los ojos abiertos, asomado entre las sábanas, para que le resumiera lo ocurrido en su ausencia. Al cabo decía:

—Bueno, ya hemos hablado mucho, callémonos.

Y apagaba la luz.

Al día siguiente, tardaba en levantarse cuando no le tocaba la venta de la madrugada. Se tiraba de la cama con un salto arrastrando las cobijas, llegaba hasta el baño, apretaba medio tubo de pasta sobre el cepillo, se torturaba las encías, escupía tres enjuagadas con ruido y salía arrastrando sus pantuflas heredadas, en busca del periódico.

—Hola, Negra.

—Hola, amor.

—Amor, amor… ay… ¡a mordiscos, mamita!

Me sentía estúpida por llamarlo de la forma consabida, a pesar de que conocía de sobra su odio por toda referencia afectiva, en particular cuando se usaban los cauces trillados. Yo estaba confundida y cansada de buscar formas nuevas de mostrarle mi cariño, sin que fuera a parecerle cursi. Por las mañanas, apenas despierta, no lograba dar la talla y respondía con lo primero que me venía a la boca. Así que me fui resignando a dar uso cuidadoso a las pocas palabras que había ya probado con éxito, para no tomar riesgos innecesarios.

—¿Ya está el desayuno?

Le pedía por favor a Rosa —era salvadoreña y había llegado al país huyendo de la guerra— que lo atendiera. Ella, menudita, gorda y fuerte, sabía enfrentarse con desapego de servidora que ha debido desafiar a la muerte, puñal al cinto; mi marido le resultaba solamente un grandulón más, de tantos y tantos conocidos.

Tomaba su café hundido en las noticias de la insurrección en el Norte, o la baja de los malditos precios de las verduras, o de los veinte desaparecidos en la Argentina, o los goles famosos del fin de semana. De rato en rato levantaba los ojos de las páginas para preguntar cosas como: ¿qué vas a hacer hoy? Pero no esperaba mi respuesta.

Al principio, cuando aún tenía yo mis valijas semideshechas en el cuarto pequeño del segundo piso, le hacía bromas sobre los hombres que leen el periódico en la mesa, para no ver a su mujer recién salida de la cama y le revolvía las páginas mientras le tiraba besos. Él se molestaba seriamente. Por un tiempo dejó el periódico, pero asistía totalmente mudo a la mesa, salvo para refunfuñar por la mantequilla refrigerada. Yo estaba con cierto miedo desde esas primeras horas, queriendo, sin embargo, extender la mano para tocarlo, bronceado y caliente.

Cuando resulté embarazada, me daba pena engordar porque sabía que él amaba mi aire de niña desvalida y frágil; además, temía incomodarlo con mis vómitos matutinos y la necesidad de los antojos. Por aquella época, mis pocas observaciones sobre la vida cotidiana empezaron a parecerle totalmente risibles. Entonces yo lloraba en silencio, dejando correr las lágrimas algunas veces frente a él. Al cabo de varias ocasiones de lo mismo, con una sonrisita, me recordó aquello de las lágrimas de la mujer y de los cocodrilos, y me concedió una ternura momentánea estrujándome contra sus costillas, antes de salir rápido a hacer pupú. Empecé entonces a aceptar que no habíamos nacido el uno para el otro.

Por las noches, al regreso del trabajo, a veces lo encontraba tendido en un sillón, con canciones de Vicente Fernández.

—Sabés, Gordita, es difícil pensar que uno estará el resto de la vida al lado de una mujer. Los hombres podemos amar a muchas durante nuestras vidas, no es lógico condenarnos con una sola; por supuesto, esto no quiere decir que uno no ame a su mujer.

—No…, decía yo a media voz.

—Uno puede estar muy enamorado de su compañera, pero hay demasiadas mujeres hermosas por ahí, vos me entendés.

Jamás le diría que, por si no se había dado cuenta, también había hombres guapos y simpáticos, y que tal vez se encontrara entre tantos, alguno capaz de apreciar a las mujeres, y que nosotras, también teníamos un amplio espectro para los afectos, aunque muchas, por cobardía, no nos diéramos permiso ni siquiera de pensar en la posibilidad.

—Sí, así es. La pasión es extraña, uno no la busca, ella lo asalta cuando menos se piensa, esté o no casado. Yo tengo que contarte que en mi último viaje a Panamá conocí a una mujer. No podré olvidarla nunca.

La primera vez que el amor de mi vida me habló de otra mujer, me dio un vuelco el corazón, creí que era el preludio de su despedida, pero no, se trataba simplemente de otra dimensión de la confidencia, para la que yo era indudablemente buena interlocutora.

—Vos me entendés, Gordita.

Y sí, lo entendía, más de lo que se imaginaba. Empecé a sentirme excitada por los relatos íntimos de mi marido. Los esperaba noche a

noche con placer extraño. Era como si me estuviera permitido participar en una pequeña orgía donde él recibía mi amor y el de otra, una desconocida a la que yo destinaba admiración porque mi marido le concedía gusto y encuentro. Ésos eran los únicos momentos en que me parecía que él permitía que me aproximara verdaderamente a su intimidad.

La vida seguía adelante, mientras mi panza crecía como una enorme sandía que me provocaba calambres en la espalda. Él se ausentaba por las ventas de madrugada y luego se ligó con el Partido que lo ocupaba para tareas de masas muy a menudo. Cuando pasaba la cosecha, lo veía cerrar cuidadosamente las ventanas de la biblioteca y pasar el picaporte a la puerta, como lo había indicado el padre, para hacer las cuentas. Alguna vez toqué, llamándolo, y quise entrar. Me gustaba observarlo quieto y concentrado sobre los cuadernos que luego aparecían deshojados en el basurero. Me dejó entrar algo molesto porque alguien habría podido atisbar desde afuera y me pidió que por ninguna razón abriera. Era sin duda un ritual. Hacía filas de billetes rojos, verdes, grises, celestes, naranja, mientras yo observaba con paciencia la operación. Finalmente abría y cerraba la caja fuerte y, luego de revolotear con sus manos de pez en el interior, cerraba con llave. Una vez terminada la operación, hacía el balance:

—Esta vez saldremos tablas, por dicha. Hace rato nos está yendo mal. Ya es hora de que las cosas cambien.

Luego se metía las faldas insolentes que se resistían a mantenerse dentro de los pantalones. Entonces me invitaba a salir. Mientras examinaba sus espaldas anchas, la estrechez de la cadera y el paso tosco, pensaba en lo difícil que me era armonizar su erudición sofisticada con las cuentas del banco, siempre en caída, y sus expectativas sociales.

A veces lo seguía hasta el baño que él alcanzaba en unas cuantas zancadas. El se miraba en el espejo, luego de sacudirse la nariz con estruendo, arrugando el entrecejo, examinándose los dientes, viéndose a los ojos, se preguntaba o me preguntaba:

—¿Me veo bien?, posando para sí o para mí, sin cámaras pero claramente ceñido a una actuación que no le daba tregua. Luego salía con un portazo de la casa y hacía gemir el carro con un arranque de dureza impremeditada.

—Ahorita vuelvo, gritaba mientras hacía las maniobras de salida.

Volvía efectivamente para un almuerzo rápido en el que se lamentaba porque se había sudado el bistec y las verduras estaban sin suficiente sal. Bufaba entonces, con furia a flor de piel, por cuestiones pequeñas y mínimas, sobre todo si no le quedaba tiempo para la siesta y el ruedo del pantalón se había deshecho porque, según él había reparado, mis puntadas eran más bien bruscas.

Por las noches algunas veces, para mi suerte, volvía de buen humor.

—¿Vos me querés, Negra?

—Sabés que sí, le respondía a media voz. En cambio dudo mucho de que vos me querrás.

—¡No seás necia! Te repito que te quiero, por supuesto. Viví, eso es todo.

—No estamos siendo felices…

—Y, ¿qué es la felicidad? ¿Cómo identificarla sin equivocaciones?

—No sé, estar tranquilos, tener certezas mutuas, confiar, exponerse con las propias debilidades ante el otro, hacer planes conjuntos para la vida, saber que no te pasarán la cuenta…

—Pedís demasiado. No sé cuánto puedo darte de todo eso. Me sorprendía su metamorfosis de niño desvalido en sermoneador furioso. Entonces me hacía chiquitita y desaparecía por ahí, a hacer algo que no le fuera a estorbar.

En la cama, yo alcanzaba las dos terceras partes de su cuerpo envuelto en las cobijas hasta por sobre la cabeza; sólo dejaba afuera sus dos pies fuertes, con grandes arcos en las plantas. Yo entonces lo besaba despacito en el cuello, le corría la espalda hasta sorber los vellos rubios de sus ancas. A veces él me concedía un darse vuelta perezoso y saboreaba su exaltación de macho. Luego de un amor que tenía siempre alguna proximidad a la violencia por asalto o al abrazo desesperado, se movía todavía inquieto por unos minutos, y me daba la espalda hasta quedarse dormido. Así lo amé, ahora casi lo he olvidado, pero le parí un hijo con ojos color carao, como la abuela, su madre, y un enorme lunar de mancha café en la ingle. Y fui su mujer, por extraño que parezca, durante cinco años. Y él me amó, estoy segura, desde donde estaba. Yo no fui feliz siempre, pero tuve ratos placenteros, y me llevó de la mano algún día por la calle y tuvimos amigos que luego desaparecieron. Me

hacía gritar en la intimidad, de miedo o incomprensión, o de placer, para qué negarlo, y entonces de nada valieron las múltiples páginas de la Beauvoir y cuanto sabía de la liberación femenina.

Por un tiempo quiso hacer otra siesta pequeña, obligatoria para los miembros de la casa, a las cinco de la tarde. Me llamaba, insistente, hasta que, dejando lo que tenía entre las manos, iba a tenderme a su lado. Se ovillaba sobre mis pechos, mientras se retorcía de angustia respirando a grandes bocanadas:

—No vayás a dejarme nunca, ¿me oís?

Y lanzaba un sollozo ronco. Yo me debatía entre sentimientos confusos y asombrados. Quería hacerle feliz, más que nada en este mundo, y lo tenía allí, angustiado empedernido, a pesar de mis esfuerzos. La casa empezó a caerme encima y me entraron ganas de volver al lado de mis padres. Quería tomar un tiempo para reflexionar. Se lo dije un día de tantos y le pareció un asunto que merecía una pequeña discusión en la biblioteca que tanto nos había costado instalar, por la enorme cantidad de volúmenes y la disparidad de materias y autores. Me invitó a seguirlo y se tiró con ruido sobre el sillón reclinable que le había regalado su madre en el cumpleaños.

—¡Entonces vos insistís en que estás cansada de esta vida y no le encontrás sentido!

—Así, es. Quiero otra cosa para mí y para mi hijo.

—Nuestro hijo. ¿Y vos querés sacarme de la jugada?

—No es que quiera… parece imposible seguir juntos a pesar de todo lo que me gustaría seguir con vos.

—De veras no te entiendo, mujer. Conformáte y ya está.

—No puedo.

—¿Qué te lo impide?

—El miedo.

Vi que sus ojos se ponían húmedos.

—Me temés a mí, y tal vez no sólo a mí, sino a algo que represento; revisá ese miedo.

Y se puso de pie, incómodo. Viéndolo frente a mí, en pose de estatua benemérita, me traía el recuerdo de otro, inmensamente más grande que él, que también me asustaba en un tiempo distante. No podía

entonces seguir en esa situación, así que recogía una a una mis palabras, antes pensadas cien veces, y las guardaba para otra oportunidad.

Cinco años después, pude desandar el laberinto, el oscuro interior de mi toro, sus oquedades inundadas de oleajes sinuosos. Supe que toda esa humedad eran lágrimas que caían hacia adentro, y lo vi encorvado y bramante. Entonces corrí y corrí siguiendo la pista luminosa hacia la salida, aunque habría querido que sus brazos de atleta fueran entonces y por siempre mi refugio. Afuera, pude reconocerme de pie, íntegra, dispuesta a nacer entre las aguas.

THE ROCKING CHAIR

Corinth Morter-Lewis
Belice

She sat relaxed, legs sprawled, draped by a loose green skirt with a border of flowers around the waist and around the hem which reached just above her chubby ankles rising out of patterned slippers on small feet. The white sleeveless blouse with a ruffle running around the neck was graced by dark skin, clean and smooth as a baby's. A full mouth, gentle brown eyes, a pug nose and small, thick golden hoops dangled from tiny ears on an oval face adorned with two shoulder length plaits infused with black and gray. In reverie, Eva c1osed her eyes and smiled. It was the smile of the just!

Aunt Eva, as she was fondly known by relatives, neighbours, and friends, was the pillar of the community. She had been born in that house, had lived there all her life, had gone to the church and school next door as a child, had watched her mother die, had married and raised her four children, three boys and a girl, there. She had buried her love, and husband of forty years, and today she was still there, alone, in the same home.

Softly, ever so gently, she rocked, contentedly, with fingers, loosely entwined in her lap. And as she waited, they came, as they

often did, unsolicited, flooding through, taking her backwards and, like a moving screen vested with a life all its own, stopping at will and replaying, randomly, countless, memorable episodes of her life. They had become like one, Eva and the chair. This is where she had played as a child in her grannie's copious lap; this is where, as a child, she had sat on the floor with her head on her mother's knee when she was worried, hurt or sad, and this is where she had sat and counselled, and loved her four children.

The moving screen stopped at a place and time that transformed her countenance—serenity was replaced with pain, the brows furrowed, the lips tightened and pursed, the fingers, palms and thumbs locked, the rocking stopped. The floodgates of her past opened, the images, hazy at first, slowly materialized.

Saturday, March 12th, five minutes after six. She woke up that morning with a feeling of dread; deep in the far reaches of her soul. She knew, instantly, that something was wrong. Waking up for Eva had always been a wonderful process—a slow savouring of the morning, feeling the gentle, sometimes almost imperceptible breeze wafting through the window just above her bed, hearing the twittering birds in the may-plum tree just outside her window, watching the sunlight play with shadows on the opposite wall. Eva had a spirit that was attuned to nature and to people. This morning that sensitivity, that awareness had disappeared; giving way to a body that refused to cooperate. Eva felt her mouth filling with unsolicited saliva; a gag response became imminent. Her brain raced to find a probable cause… food? She dashed to the white bucket in the commode, retched; a mess came up, splattering the sides with what looked like bile, yellow green-tinged and curdled. She had had conch, okra, and coco soup with white rice for supper the night before. That was not a recipe for indigestion; she had eaten it countless times. The retching continued, liquid seeped from her jaws, filling her mouth, her stomach continued to churn, her eyes watered. It had happened before, at work, less intense but unmistakable and Marjorie had heard her, had seen the look on her face as she emerged from the bathroom; must have smelt the unmistakable stench of human vomit as she went into the bathroom as Eva had exited it; to meddle. Marjorie was like that, it was her trademark.

"Wheh raang wid you gyahl?" Her mother's voice came muffled from her sleeping quarters.

"Ah nuh know Mah. But ah wahn ahright de reckly". Eva walked unsteadily to the small kitchen table which was covered with a blue floral oilcloth, pulled out a stool from under it and sat down with her head on her left arm, while her right arm clutched the lower regions of her stomach. "ieee . . . ieee", she groaned as the feeling of nausea and physical discomfort continued.

Eva's mother stuck her face out from the tiny enclosure where she slept. It was behind a partition formed by a free-standing, six-foot high, and twelve-foot long, three-sectioned, upright, folding wooden divider frame. The frame was built with removable horizontal rods at the top and bottom of each section and designed to hold fitted curtains in place. Eva could hear her rustling around making her bed. She took this opportunity to get to her tiny single bed which was located in a curtained enclosure against the east wall of the house, the bed head just under an open window. She sat and squirmed, then doubled her pillow holding it tight against her stomach in an effort to stop its continuing quest to expel its contents. She could hear the bell for early mass pealing in the distance, the sound of someone chopping wood nearby, the bark of a dog, and the smell of baking, probably johnny cakes being made by Miss Chris, the neighbour who sold them as a means of livelihood. This smell was normally a welcome start to the morning for Eva; however, on this morning, it added to her discomfort, increasing her feeling of nausea. The day was quickly coming alive, a day that was instilling a feeling of dread. She had to get a bath and make the dough for the fry jacks she prepared each morning for breakfast. She wasn't sure she would be able to complete the routine today. But she knew she must.

"Eva, dah wheh happen to you. Dah wheh gat yuh de vahmmit?"

Eva knew. It was confirmation of what had been a nagging suspicion for the past three weeks. She had been worried ever since. Her psyche went into denial; she tried to avoid the message her brain kept sending, had been sending for sometime now. She fought acceptance.

"Mah, ah wahn ahright. Dah muhssy sonhting aah eat lahas night when ah mei deh ovah dah Gadfrey".

Godfrey was her brother, and she had spent an hour the previous evening visiting with him, his wife and her two nieces. As she spoke, Eva's anxiety level rose to a crescendo. She could hear her heart beating uncontrollably as the reality of her plight began to sink in. Her mother was extremely observant and sensitive to the nuances of each of her four children; she read them like a book. Eva knew she would not be able to hide for long. She struggled to her feet, went to the enamel wash-hand basin on the three legged stand kept in the back corner of the room behind a curtain, poured in water from the white enamel water mug resting on the floor, and proceeded to wash her face. She then collected towel, soap and clothing and hurried down the stairs to the bathhouse at the back of the house. She picked up the bucket used for this process and filled it from the water drum nearby with the calabash dipper resting on its wooden cover. At that moment she needed to put some distance between herself and her mother. She couldn't risk her mom's scrutiny which was likely to increase, should her current symptoms persist. She needed time to clear her head and think.

The water was warm, comfortable for bathing; the hot sultry days of March lent themselves to cool baths, but the usual drought, typical of this time of year, generated self-imposed limits on water consumption due to water shortage. Empty vats; long waiting time standing in line at public faucets some quarter mile away; the many trips needed to fill drums and other domestic receptacles; all these made water a precious commodity.

As she washed her body, Eva focused on pinpoints of sunlight streaming in through tiny apertures in the corrugated zinc forming the walls of the three foot by four foot bathroom; empty, except for nail in one corner on which to hang articles of clothing, and an improvised wire tray that served as a soap dish. Basic, but functional. A lizard, her daily companion during this routine, lay lazily along the ledge under the edge of the bathhouse roof shuffling slowly, silently along. This morning, Eva watched it without seeing it, unable to think, hearing only ominous, unwanted thoughts. Why her? Must she pay for one, solitary, unplanned, uneventful, and in so many ways unpleasant act? It flashed before her eyes; she squeezed her lids tight, hoping to crush it, to brush it, wash it away.

"Eva! Daah six thirty-five. Eedhe get late". Eva was startled out of the brief flight her mind had taken, by her mother's voice from the upstairs window nearest the bathhouse. For an undetermined number of minutes she had been able to escape. There was a loud bang, reminding her of the here-and-now, as a coconut fell on the roof of the bathhouse from a tree which overhung it.

"Ah dhe come, Ma", she responded, quickly, lathering her body vigorously and using the calabash to dip, and pour. Eva's body was beautifully sculpted. Her waist was small, her hips rounded and well proportioned, her breasts firm and ample. Full lips, a pug nose and warm brown eyes set in an oval face presented to the world a wide-eyed, smiling and fun-loving, but responsible young woman. These features were tightly encased in smooth, dark, ebony skin that she had inherited from her mother. Crowning this statuesque body was beautiful, velvety, black hair usually worn pulled back in a bun. She completed her routine quickly and looked up for the lizard, it was gone. She stepped out of the bathhouse and into her slippers, washed off the cement floor with the remaining water, picked up her clothes and toiletries and hurried upstairs. Six fifty, it was getting late; she had to be at work, which was twenty minutes away, by eight a.m., and she still had to get the fry jacks made. The bad feeling had abated as suddenly as its onset.

"Yuh aright?" her mother asked as Eva entered the door. "Yuh haffuh hurry, eedhe get late. Ahh put dhe tings fuuh dhe fry jack ahready, yuh only haffuh add waahtah".

"Taanks, Mah. Ahh gwein do it right now".

Eva put away her toiletries and sleeping clothes and went into the kitchen area. She picked up a box of red headed matches, lit the kerosene stove, turned it low, and placed an iron frying pan with lard on it. She deftly added some water to the plastic bowl with the ingredients for the fry jacks, and kneaded it quickly on a small, flat wooden bowl she had taken down from a wall shelf—the consistency was perfect. She used a quart bottle to roll the dough flat, turned up the stove, and deftly cut the dough into rectangular strips that fit neatly together in the pan of oil that was by this time, sizzling. The wind-up clock said almost seven a.m. She had to hurry. Mom had put some water on, so Eva made some Brooke Bond tea, got some margarine from the Blue Band

tin in the safe and opened a tin of potted meat. The smell of the potted meat brought on the feeling of nausea again, so she quickly put it in a shallow can with water. This was a routine in which everyone engaged to prevent the ants, that seemed to be everywhere, from claiming food meant for human consumption. Using the Flit pan to eradicate them was an exercise in futility, they just kept coming back after a brief period of absence.

Eva used a little muslin bag to draw her tea. Her mother had made that bag sometime ago; after use, the contents were emptied, often into a potted plant, for fertilizer, the bag washed out, and reused when needed again. She added a little condensed milk to the glass mug in which she had made her tea and decided that was as much as her stomach could take at that time. She moved back and forth between sipping the hot tea and cooking the fry jacks. By twenty after seven she was finished. She put the glass mug in the dishpan, turned off the stove, removed the last of the fry jacks from the frying pan, went through the curtain which formed the entrance to her room, closed it, and began to dress for work.

Eva tried not to think about her earlier experience. She went through the motions-toothpaste: Udora, the deodorant of the day; a bit of sweet grease rubbed on her scalp and hair which brushed back and pulled through the soft doughnut form made from black stockings which she used as a base for the bun she wore called a chignon. She fastened her hair over the base with an elastic band that encircled the hair and snuggled the ends under the doughnut form. Skillfully, Eva maneuvered her hair in place using the small eight by seven inch mirror hanging on her wall. She had located it where it caught the light just right to give as clear a reflection as possible. Satisfied, she smoothed her eyebrows, and, absentmindedly, made a little gesture with her hands along the sides of her face, a mannerism for which she was well-known and often teased, fondly, by her friends, the she applied a tiny bit of Johnson's baby oil to her elbows, legs and feet. She slipped into a black gored skirt with a floral border of tiny white daisies around the hem which skirted just below her knee caps, then she buttoned the front of a lined, lacy, white short sleeved blouse with a plain square neckline.Eva, young, and on the threshold of womanhood, was pleasing to the most

critical eye, made more so by her lack of affectation. She slipped her feet a pair of small, black shoes, with slightly pointed toes and picked up her black macramé bag. She was ready to go. The clock registered seven forty-three, as always, she was on time. But, in more ways than one, today would not be "as always".

Eva said goodbye to her mother, a homemaker and domestic, who worked because she liked her independence. She gave her mom the traditional hug telling her to take it easy. Since getting a job four years earlier, Eva had consistently and persistently tried to get her mom to give up the drudgery she had endured for the past twenty years raising her and her three brothers after her father had abandoned them and left for the United States. They were now able to take care of her; she had reduced the load she once carried, but she refused to depend solely on her children for income.

Eva walked along the road to work, enduring the whistles and off colour comments of a few uncouth males she passed. She often wondered whether they had wives, girlfriends or daughters. When she had first been accosted with such unwanted attention she would cross the street to try to avoid it, but she eventually realized that ignoring the comments was the most effective way of managing what she could in no way control. Today the comments did not even register, she had much more pressing issues occupying her thoughts.

"Eva!" It was her boss, Mr. Cedric Toffler. "Wait for me!"

Eva stopped and waited for him to approach. He was coming from a lane that led off the main road along which she was walking. Joining her, they continued to walk towards work.

Mr. Toffler was tall, well proportioned and distinguished-looking, with a full head of hair peppered with gray. He was married with four sons, each of whom had distinguished themselves in some way. He was a self-made man and an establishment in the community.

Mr. Toffler had not been to work the day before, he had been out of the country since Monday and this was his first working day for this week.

As they walked along they exchanged the pleasantries typical of early morning encounters; this was followed by comments on topical issues—the problem with water shortage, power outages and the child

who had died with meningitis the night before. Soon they arrived at the office and, with his usual politeness, Mr. Toffler allowed Eva to precede him into the room, holding the door open for her, then he went into his office through a door that opened into the main office.The messenger had already opened up. Eva turned on the table fan satnding on the stop of the filing cabinet in a corner behind her desk. It was a somewhat old machine and made protesting noises as it oscillated; despite its noisy presence, however, it provided a welcome relief in a room that often became quite oppressive on hot days. She sat down, unlocked her desk drawer and took out a folder containing information on tasks she needed to complete that day.

“Eva, I assume you were all told that we have a meeting at ten this morning”. This was Mr. Toffler addressing her from the door to this office, reminding her about something of which she needed no reminder.

“Yes Sir”. How could she forget?

Bert, the office assistant emerged from the bathroom, said, good morning to Eva and went and knocked on Mr. Toffler’s door. At that moment Marjorie, the secretary, arrived followed closely by Mark, the accountant. Good mornings were exchanged all around and the office settled into what seemed to be its usual routine, but the day before it had been buzzing with the news of allegations, reported in one of the Sunday newspapers, of misappropriation of funds, linked to Mr. Toffler. Ringing telephones, muted conversation, physical activity as typewriters clicked, filing drawers opening and closing, sotto voce sounds of exasperation or annoyance in the performance of tasks, pervaded the morning hours. Then it was five minutes to ten and everyone, as if responding to a signal, stopped, and looked at each other.

“I guess it’s time”, said Marjorie.

“Yes”, said Mark.

Eva got up and went to the bathroom, and when she emerged, she proceeded to Mr. Toffler’s office where the others had already assembled.

Mr. Toffler led the session and addressed the point directly.

“You all know the reason for this meeting. I was informed by telephone on Thursday night, and yesterday evening when I returned to the country saw for myself in last Sunday’s newspaper, the allegations

of financial wrongdoing involving business associated with this office. The information, or perhaps I should say misinformation, that was publicized, significantly compromises my job as the officer in charge here; my Permanent Secretary has demanded a complete investigation of the matter, and that I take any necessary disciplinary action".

There was silence, an uncomfortable, tense silence. No one responded. The information he was referring to was an article in one of the local newspapers that Sunday, which alleged that someone in the department had been involved, with supposedly outside support, in the misappropriation of funds. In conjunction with the article were photocopies of cashed vouchers made out to names of unidentified individuals for supply of services that no one in our department knew anything about—provision of two new typewriters, an adding machine and a filing cabinet.

"If any of you know anything about this matter, I would suggest you speak up now". This was Mr. Toffler taking charge.

Eva spoke up. She had always been one to deal with situation head on.

"I don't understand what this has to do with me, Mr. Toffler. I don't make vouchers, I know nothing about asking for, or being told I was getting a new typewriter or anything else. I don't understand. Were the vouchers in the newspaper copies of ones that were made here?"

The words came tumbling out of her mouth before she could stop herself.

"Perhaps Mark can answer your last question", said Mr. Toffler.

Mark hesitated. He was a quiet, well-spoken man, but Eva's evaluation of him was that he was a "yes" man, one who would do whatever he was told, and in a pinch, would cover for his boss at peril to himself. She wondered if this meeting was a set-up for him, forcing him into a corner, so he had to take the fall publicly.

"I…I …remember receiving an invoice sent to me some months ago for typewriters, and I remember making the vou… voucher for it". Mark had a way of stuttering, when he was anxious, and the way his lips trembled as he spoke was evidence of the level of stress he was experiencing.

"But Mark, why would you do that, you didn't see any typewriters delivered to our office, did you?" This was Marjorie speaking. She

was known to be a busy body and a blabbermouth. You shared personal information with her at your peril. She had no scruples, and would betray her mother if it suited her purposes.

"Mr. Toffler, you were out of the country at the time; I checked my ledger to see when the voucher was made. I assumed the typewriters were delivered to you and had probably been locked up". Mark did not respond to Marjorie's question. He feared her tongue, and had on more than one occasion confided to Eva his dislike for her, comparing her to a viper.

"But the copy in the newspaper has two signatures. Who certified it?" Marjorie continued to push the envelope, apparently trying to establish responsibility if not blame.

"When I certify vouchers Mark makes I do not read each one, especially when he gives me several to sign. Mark has worked with me for a long time and I have no reason not to trust him. This whole thing may just be the result of an invoice that was sent to the wrong department. I will do some checking later".

"But who collected and cashed the voucher; according to the newspaper it was cashed!" Marjorie could not help herself. She wanted to get to the bottom of this issue, and seemed bent on trying to get answers that would satisfy her. When she was in this frame of mind, there was no stopping her.

Mr. Toffler did not particularly like Marjorie either. As his personal secretary, she should have been responsible for monitoring his schedule of appointments, helping to keep him on time and prepared for the many commitments that were attendant with his post as a department head. Instead, he assigned this responsibility to Eva. Marjorie typed, filed, and prepared any necessary documentation or dealt with any logistics for meeting held "in house" as well as outside the department. But it was Eva who maintained Mr. Toffler's day-timer, updated his schedule each day, and informed Marjorie about requirements for all his appointments. Marjorie did not seem to mind this obvious preference on his part.

Mr. Toffler suddenly switched the direction of the discussion. "Perhaps we should be asking how the newspaper got this misinformation? How are they able to say that typewriters belonging to our department were paid for but none were delivered to our office? Did someone

here take that information to them? How else could they have gotten it?" As he said this he looked directly at Marjorie. So did Mark and Eva.

"Wheh unno di look pahn me fah?" Marjorie slipped effortlessly into Creole, a habit she had whenever she felt pressured. "I neva gawn dah no newspaper. I noh know nobahdie deh". She bristled with indignation.

"No one is accusing you of anything, Marjorie. I am looking at you because you seem to have a lot of questions, maybe you could help us come up with some answers".

An uncomfortable silence ensued. It was alleviated by a knock on the door and Bert, after timidly pushing his head around the doorframe, entered, at Mr. Toffler's invitation, with an apology for disturbing them, saying that he had an important envelope he had been asked to deliver to Mr. Toffler right away.

Mr. Toffler asked to be excused, proceeded to open the envelope, glanced quickly at the two-page document he had pulled out, looked more closely; then asked Mark and Eva to leave the room.

"I need to talk to Marjorie for a bit", he said, in a quiet voice.

Eva looked at Mark, then at Marjorie, pushed her chair back, got up, and left with a feeling of dread. Mark followed closely stumbling as his foot hit the strip of moulding that ran across the floor at the entrance to the door.

"I wonder what that was all about". Mark voiced Eva's thoughts aloud, but all she could do was shrug her shoulders. Neither of them had to wait long to find out, however, because seconds later there was a loud bang as Marjorie's angry face came charging out the door which slammed violently behind her.

"If unnu think unnu whehn set me up unnu crazy. If unnu tink unnu whehn blame me fhu de wuotlisniss whe go awn eenyah unnu krazy. Unnu noh hear di lahss a dis. Wait fuh nex week paypah".

With this ominous threat hanging in the air, she pulled open her desk drawer, retrieved some articles from it, stuffing them into her handbag, which she then slung over her shoulder, at the same time throwing down the office keys for her desk and the filing cabinet. She swept out of the office with her head held high, defiant, arrogant, and furious.

"Eva. I'd like to see you and Mark in my office". Mr. Toffler had obviously waited for Marjorie to leave before entering the main office.

"Bert", he called to the messenger, "I'd like you in my office too, please." Bert had been standing near the bathroom door when Marjorie had stormed out of Mr. Toffler's office. He had disappeared when her tirade started. He had endured vicious assaults from her tongue, and kept his distance whenever she was upset. As he emerged from a small recess between the bathroom and the office where he had taken refuge, he looked warily around, obviously worried that she could still be somewhere nearby. Seeing the coast clear, he hurried into Mr. Toffler's office.

Mr. Toffler locked the main office door, removed the telephoned receivers and closed his office door behind him. By this time, Bert, Mark and Eva were seated, waiting to hear what was going on.

"Well, we now know who sent the information to the newspaper. The source of my information cannot be revealed, but evidence that it came from Marjorie, is unmistakable. I confronted her with the evidence and although she denied it, there is no question that she is responsible".

"What will happen to her?" Bert was more worried about how angry Marjorie would get, and what she may do to him in the event that she accosted him in the street somewhere. In fact it was not only Bert who was worried, so were Eva and Mark. Even Mr. Toffler had his own cause for concern.

"I'm not sure, Bert. But some disciplinary action will have to be administered. The allegations and information in the paper are serious for both our department and the person accused of receiving payment for services that were not provided.

We can find ourselves in the middle of a libel suit."

"But not me, Mr. Toffler. I don't know anything about this." This was Bert talking, worried about what he saw as involvement with the police.

"Yes, Bert. But when people are accused, those who are closely linked to them may be called as witnesses to what they know, or may know about the person or the incident. If you are subpoenaed you have to go to court when you are told, or you can be charged for contempt."

Bert's worry was everyone's worry. The last thing Eva needed, was having to be in the public eye, and in Belize, having to go to court was almost like going to jail; she shuddered at the thought.

"I just wanted you to know what the situation is right now, and to prepare you for any fallout that may come. As you all realize, Marjorie is very angry and can be very unpredictable. Just be careful if you meet her".

The rest of the morning passed uneventfully. Eva said her goodbyes to her boss, and Mark who seemed reluctant to leave even though it was Saturday, twelve thirty, and the end of the work week.

Eva walked home with a feeling of dread. With every step she expected to see Marjorie emerge from somewhere, but she arrived home, with no encounter of any note. Eva's mother had done the week's washing, including Eva's. The pieces dangled neatly from the clothesline which stretched across the side of the yard, with the crotched line-stick supporting the weight. For the remainder of the afternoon and evening Eva helped her mother clean the hen she had killed and singed earlier in the day, soaked the red kidney beans, and finished baking the Creole bread her mother had kneaded and was baking on the outside fire-hearth. There was potato pone for Sunday's dessert, freshly baked, in a round iron pot on the side cupboard in the kitchen. Eva's mom was well known for her cooking skills. But food provided little joy for Eva today. She struggled to stay focused on her mother's running conversation with little success.

That night she slept fitfully. The crescent moon she loved to watch, that she often rode upon to distant places, moved across the night sky outside her window, lonely, unaccompanied, as she tried to give direction to her thoughts.

"Eva, get up!" She was jolted awake by her mother's voice, shrill, outraged.

"Eva, yuuh know whe dis bout?" Eva's mom was dangling a paper in front of her face. Eva sat up, feeling the same sense of foreboding that had plagued her for most of the day before.

"Whe raang Mah?"

"Dis!" Eva's mother exclaimed. "Yuuh name eenah dhi newspaper! Ah gwien sue dhi bitch whe duuh dhis!"

Eva struggled to clear her head and her eyes to make sense of what her mother was saying to her. Her name in the newspaper! What was she talking about?

Then Eva looked at the large bold printed headlines. She stared speechless at the message being broadcast to the nation:

Employee Claims Victimization in Misappropriation Scandal – Boss Steals for Pregnant Mistress at Workplace

"Eva, tell me dis dah noh true!" Her mother's voice had changed from outrage to one of pleading.

Eva scanned the article:

…Cedric Toffler, Department Head, is alleged to have fired his secretary when she accused him of impregnating his clerical assistant. In an interview with the victim, she claimed that she was being blamed for leaking the information about misappropriation of funds, in a government department that made headlines in our last week's issue…

Eva did not read any further, did not care to read anymore. She was in major trouble now. What was she to do?

Eva's mother sat down on the edge of her bed, quietly, waiting for her daughter to explain what was going on. Eva could hear church bells in the distance. Her eyes wandered to the clock on the little stand at the foot of her bed. It was seven o'clock! She closed her eyes momentarily, wishing the moment would go away. It didn't.

"Eva!" Her mother was becoming impatient with her silence. "Dah feel bad dis mawnin; dah vammiting yuuh mi di goh awn wid; dah pregnant yuuh pregnant?Ahn dah fuuh Missa Toffla?"

Her mother was making connections; connections to which Eva did not want to respond. She searched for words.

"Mah. I nuh know if ah pregnant. I nuh shoure".

"Gyahl, nuh teck mi meck fool. Yuh mi di vammit dis mawnin, dah whe daht bout? I nuh fool, an I know yuh no fool nydah. Yuh cyawn ghe pregnant by yuhself! Souh yuh mus know if yuh duh anything wid da man fuh get yuhself pregnant, and fuh di man secketery di put eena paypa dat yuh pregnant fuh him".

Eva's mother's voice vacillated between, impatience with and concern for her daughter. She could not bear to mention Mr. Toffler by name, as if voicing his name would make it so. For her, calling his name in the context of the newspaper article about her daughter was sacrilege; something that would be a blight on her and on her family, that would defile her daughter, and her. There was, for her, an underlying

hope, that, perhaps, it was all just a mistake that Eva would be able to explain. But Eva could not explain. She hung her head; turned her back to her mother, then lay with her face in her pillow, her body heaving with sobs.

Eva's mother was left speechless. Eva had been the child who for years had taken on the responsibility for the family when she had become sick, and for three months had to be hospitalized. This was not a surprise to anyone who knew Eva, since she had, from childhood, displayed an unusually high level of maturity and independence. Following her illness, Eva's leadership in the home established, her mother had nurtured and supported this quality in her daughter. Eva she was the one who always made decisions for the family, she was the one who was approached to determine the best way to deal with problems, which ranged from when and who to get to repair the house, to when and where to go to shelter from hurricanes. Eva never cried; Eva found solutions; Eva made decisions; Eva was always in control. But at that moment, on that Sunday morning in March, Eva was lost; she was in uncharted territory; adrift in a sea where the waves were too high and the waters were too deep; where she felt that she was drowning, and there was no rescue in sight.

Eva's mother left the room, at a loss for what to say to her daughter, or how to proceed with this dilemma. Eva would know what to do about it. She needed to leave her for a while.

Eva's mother was not a very demonstrative person. Overt physical or verbal expressions of affection had never been her way of expressing her love for her children. Her commitment and caring lay in her work. She had toiled day and night as a domestic, single-handedly, to care for and educate her four young children until they all became independent. Two of her boys were now living in the United States of America, one was married and living on her street, and Eva, still at home. She would have died for her children; but she did not think to hug her daughter, in this her time of vulnerability, although she felt her pain. It was as though she felt Eva would be weakened by a show of affection on her part and would become overwhelmed by her problem.

Left on her own Eva's sobbing subsided. She wished with all her heart that there would be someone to hold her, to comfort her, to tell her

everything would be OK. But she knew, that that was wishful thinking, she would have to find a way, as she had always done, on her own.

As she regained control, the voice of reason began its dialogue with a heart that was sad and fearful. She would not be able to return to work on Monday; there was no debating that. The stares, the whispers, the accusing looks, the silent indictment that would be heaped on her head would be unbearable, insurmountable, it would crush her, destroy her, with time. It would be her shame. She would be charged, tried and judged by a merciless community as a harlot. She would have to leave, leave her home, leave her community. But where could she go? What would she do? How would she survive?

She could not stay with her mother; her shame would be her mother's shame; she felt saddened by the pain she knew her mother would feel because of her. The embarrassment it would cause her brother who would have to face his relatives and friends and people in the community, because of her. Her relatives, would also feel she had disgraced them.

The morning wore on slowly. She heard the church bell ringing, and she heard singing; the Sunday morning service was underway. For brief periods she was able to escape the turmoil she was experiencing, as her mind broke free to embrace the hymns she knew so well, by heart:

There is a green hill for away,
Without a city wall,
Where the dear Lord was crucified
Who died to save us all.

Later she heard the music for:

Man of Sorrows! What a name
For the Son of God, who came
Ruined sinners to reclaim!
Hallelujah! What a Savior!

It was Lent, she should have been in church, she loved singing the hymns, she loved the fellowship! She had destroyed a vital link

with her community, she could envision eyes looking across from the church choir which overlooked her house, and condemning her and her mother. Eva had not heard her since she had left her room, but she knew she had not gone to church, that she was somewhere in the house, in mental agony. What had she done! What would happen to them? For a brief moment, she thought the unthinkable—end it all! But only for a moment. Eva was a survivor, she would get through this!

Eva began to feel sick, she had not eaten and it was almost noon. She could smell food. There was activity in the kitchen, then she heard her mother's voice, quiet, empty, she had lost that spark that always accompanied her conversation.

"Eva, you need to eat. I have some food on the table".

Eva left her room and sat at the kitchen table, in silence. Her mother continued to engage in food preparation as Eva poured some tea, cut a slice of Creole bread and took a small piece of chicken from a dish on the table. In the midst of her meal, Godfrey entered the house, it was obvious he had heard, read, or in some way had gotten the news. His face was angry, and Eva's heart sank. She loved her brothers, and they her. She wasn't sure what this scandal was doing to him, but she knew it must hurt him in some way.

"What's going on Eva? Why didn't you tell me? Did he take advantage of you?" There was hurt, puzzlement and worry and disbelief in Godfrey's voice. Eva's mother left the kitchen and went into her room. Godfrey was ready to go and confront Mr. Toffler for having taken advantage of his sister.

Eva did not know how to respond to any of his questions. However, she suddenly felt that sense of independence and control that always surfaced when she was confronted with the need to address a problem affecting her siblings.

"Godfrey", she heard herself saying, "I am *OK*. I can handle this!" And suddenly, she knew she would deal with this problem head on. She wasn't sure then exactly how she would do it, but she knew she would make sure that her mother and brothers did not suffer unnecessarily because of her actions.

Eva did not return to work that Monday. Instead, she sat down and wrote a letter of resignation; she knew it would only be a matter

of time before she would eventually be forced to leave, even if she had the fortitude to return to work, to face the pressure which would come from all quarters. Unmarried, pregnant employees were not welcome in the public service.

Eva's mother never brought up the subject of who was the father of her child ever again; she never admonished Eva for getting pregnant. It was like a death occurred—the death of all that had transpired before that fateful Sunday in Lent. It was as if Eva's life began with her pregnancy. Eva kept indoors for the most part during the weeks immediately following.

Three weeks later she went for an interview and got a job as a live-in domestic for a family from England who lived in Newtown Barracks, not far from where Eva lived. Eva brought to this job the same efficiency and dedication typical of her. She went into seclusion, visiting only her mother and brother, and doing so at night when she would be spared the prying eyes and whispers of the community, it was at night too, that she went for walks to get needed exercise. As the months passed, and as her baby grew inside her, Eva communed with the wind, the moon and the stars during her nightly walks, on her sojourn to motherhood. She had always been a child attuned to nature. As she began a process of what was to be, for her, a period of self-discovery, she developed a deep sense of peace, a feeling of oneness with the universe, and a deep connection with her God.

Her employers, impressed with her performance, supported her through her pregnancy and the birth of her baby. Micha was born one stormy Wednesday night in November at home with her mother. Micha was a robust nine-pound baby delivered by a midwife, a friend of Eva's. It was Eva's mother who caught Micha as he came out kicking and screaming after eight hours of labour.

Three months later Micha was christened, on a Wednesday evening, it was Ash Wednesday. He could not be christened on a Sunday because he was a child born out of wedlock, an illegitimate child, and according to church policy, babies like Micha had to be christened on a weekday. For Eva, he was and would always be Wednesday's Child.

"Gran, time to get up!" Eva opened her eyes. The sky was clear, blue, with specks of white, wispy clouds being wafted by playful zephyrs.

Her youngest grandson, Lou, six years old, had just come from school, and stood, book in hand, waiting for his favourite pastime—listening to Grannie read him a story—but there was a quizzical look on his face.

"Grannie", he said again "You OK?"

"Yes child; why do you ask?"

"You looked funny, Grannie; kind of… like you were going to cry".

"When we sleep, we dream Lou, and older people have all sorts of dreams, some that make them happy and others that make them sad. One of these days I will tell you some of them, but for now, let's read from your book. What will it be?"

Without hesitation Lou piped up "Rumpelstiltskin"; he loved this story, and Eva loved it too. She enjoyed reading to her grandchildren.

"Once upon a time", she read, as Lou settled down on the cushion he had brought and laid at her feet, "there was a miller who was very poor, but he had a beautiful daughter. One day…" Slowly, gently the chair began to rock. Eva was fully awake.

THE REAL SIN

Ivory Kelly

Belice

With three growing children, a husband, and a successful writing career, Corinth rarely enjoys the long periods of solitude and self-indulgence that allow one to retreat into one's self and enjoy her own company. So at five o'clock in the mornings, a full hour before her household begins to stir, she rises with the sun and goes for her morning run. During her three mile and twenty-one minute slice of heaven, her thoughts turn inward to a place where she can talk and listen to herself. The few fellow joggers whom she passes along Princess Margaret Drive nod their "Good mornings" wordlessly. For they too know that the relationship between a jogger and her thoughts at this time of the day is a sacred one.

This morning Corinth's thoughts are focused on her speaking engagement scheduled for nine o'clock at the Princess Hotel conference room. Once more, the folks from the Belize Association of Journalists are on a campaign to repair their dubious public image. This time their mode of atonement is in the form of a forum to discuss the role of the media in promoting gender awareness in Belize. As Corinth bends the curve where Barracks Road turns into Freetown Road, a faint, cynical smirk creeps

across her upper lip. “Gender awareness, my foot”, she says to herself. “If they really wish to promote gender sensitivity in the media, they can start by censoring those ads that treat women as mere commodities. Take for example that ridiculous newspaper ad with a half naked woman posing alongside hardware items on sale”. She comments to herself. But today she chooses not to get on her rostrum over the media, so she lets the thought go. She concentrates instead on her most recently published critical essay that the Association has asked her to present that morning. Neal will be proud no doubt. He is his wife’s number one fan and was enormously impressed when each of her two novels and half a dozen collections of short stories, poems and essays were published. In addition to his immense admiration for Corinth’s artistic talent, he appreciates the stances that she takes in her works which champion the cause of the underdog. Now as Corinth approaches Princess Margaret Drive again on the last leg of her morning run, her thoughts take her back to fifteen years ago when she learned only too well what it was like to be the underdog.

It all started with that one tiny blue line. Well, not quite. It really started sometime around April of 1985 when Damien started complaining about the condoms that she insisted he wear. He protested that they were an insult to his manhood, and being the smooth, sweet, silver-tongued brother that he was, very soon he convinced Corinth that he would “Tek care a business. Truss me”. She trusted him all right, and before she knew it, there she was staring dumbfounded at the tiny blue line on the indicator wand from the home pregnancy test kit. She read the instructions on the box again, for the fourth time. Then, still reluctant to believe that she was actually pregnant, she tried the other take-home test, this one of a different name brand, that she had on stand-by. Just to make sure. And sure enough, the result was the same. She was pregnant.

Janice, her best friend, roommate and co-worker, was waiting anxiously outside the bathroom. When Corinth emerged with the two pregnancy test wands in her hand, Janice did not need to read the indicators for an answer. Corinth looked like she had just seen a ghost, and, without saying a word she walked a few feet over to Janice’s bedroom where she slowly and listlessly eased her tall slender frame onto the firm bed. Janice followed her and the two best friends lay still with their eyes to the ceiling, both consumed in their shared gloom.

After about ten or fifteen minutes, Janice spoke. "Cori", she ventured cautiously, "when do you plan to tell Damien?".

"I'll have to wait until he comes in next weekend. He's working out district this week, remember? Can't very well tell him on the phone". This was more a question that an observation. For, although Janice was two years her junior, Corinth often sought her advice.

"How do you think he will take it?"

"I can't put my head on the block and swear for Damien, but we've talked about this before. You know, what would happen if I got pregnant. He always says he'd take care of his business". She paused, then added weakly, "You know".

Janice, who had fallen for that line before and had a fatherless four-year-old son to show for it, couldn't help feeling very dubious about Damien. However, she kept that thought to herself.

"So then it's the other thing you need to worry about", she said.

"You mean telling Ma and Pa. I know they will both be terribly disappointed in me. Ma's poor little heart will break, and Pa might not speak to me for days. They've always expected so much of me and now I've let them down. But you know what, I'm almost twenty-three now. They'll get over it soon. Just like they did when Myrna ran away with that British soldier".

"I know. Miss June and Mr. Leroy are okay, but it's not them I'm talking about. I'm talking about your job, Cori. Them and their damn policy against a teacher getting pregnant outside of wedlock.Bunch of hypocrites". Then she added angrily, "We will not let them do it to you, Cori. We will not let them do to you what they did to me. Forcing me to get married to that no-good womanizing Kenny Young. Then six months after, when he left me with pickney in belly, they all laughed and talked about me behind my back. Bunch of hypocrites is what they are".

Like most of the schools in Belize, St. James Primary School where Corinth and Janice were teachers, was managed by a church. Since the earliest history of education in the country, the various Christian denominations exercised a great deal of influence over the schools that they managed. While teachers' salaries and much of the educational policies were the responsibility of the state, the church designated itself as keeper of the soul for pupils and teachers alike.

Unfortunately, it was not uncommon that in their zeal to keep their flock on the straight and narrow, the shepherds trampled upon the individual rights of many a sheep.

Lying there in the now darkened room, the two friends grappled with these thoughts as Friday evening turned into Friday night. Without bothering to turn on the lights in the house, Corinth and Janice laid there for hours. Sometimes they talked and sometimes they cried together, or they simply lay silently, allowing the dark blanket of the night to wrap itself gently around their troubled shoulders.

Monday morning's staff devotion seemed like it would never end. After the usual hymn, Bible reading and prayer led by Mrs. Williams, Mrs. Peak, the principal, took over with her perfunctory announcements and admonitions for the new week at St. James Primary. Corinth tried very hard to concentrate on what the principal was saying, as she tried to ignore the queasy feeling that was slowly crawling around her stomach. "Please, God, not now", she prayed silently. But she couldn't hold it back any longer. Right in the middle of Mrs. Pook's reminder about the annual fund-raising drive towards the General Manager's Fund, she bolted toward the restroom which was adjacent to the staff room where the devotion was taking place. With barely enough time to bang the door shut behind her, she vomited her breakfast into the toilet bowl. Then she tried as best as she could to compose herself before returning to the staff room.

When she opened the door of the restroom, Janice was waiting outside. "Be brave, Cori", she whispered encouragingly. Then she dispersed along with the other teachers, for the weekly devotion had come to an end. As the other teachers exited the staff room, Corinth could see them whispering and exchanging knowing looks among themselves. She didn't need a linguistic expert to figure out what they were talking about. Then from inside her office which adjoined the staff room, Mrs. Pook said gravely, "Miss Westby, please step into my office. I believe we need to talk, young lady".

For the remainder of that week, Corinth remained at home, both because she was too sick to go to work, and because the school manager had ordered her to remain at home until Friday when she was summoned to a conference with the local priest and the school manager. So on

Friday afternoon as she exited the taxi that she had taken to the school office on the lower floor of the local priest's residence, she couldn't help feeling like a sheep about to be slaughtered. She approached the door to the office and was about to knock when a voice from within said, "Come in, child, and have a seat here". It was Reverend Samuels, and he beckoned her to a straight backed wooden chair across from his. "We've been waiting for you". That was Reverend Samuels. Reverend Samuels was born and bred in Belize, but somehow he had acquired an accent that was decidedly Jamaican. And the more condescending he attempted to be, the deeper his accent was. Adjacent to him at the huge mahogany desk, sat Mrs. Harriet, a heavy-set Creo1e woman with bulbous eyes and a Don King hairstyle. Without bothering to look up, she said a dry "Good afternoon, Miss Westby", while looking through an employee file in front of her. She passed the file to Reverend Samuels and turned to Corinth. "Miss Westby", she croaked, "your principal has informed me that you are with child. Is that so?"

"Yes ma'am", Corinth replied a bit shakily. She felt at most two inches high, but she was determined not to appear inferior. She promised herself that she was not going to lower her eyes even at the risk of appearing insolent.

"And you're familiar with our church's policy on teachers becoming pregnant out of wedlock, aren't you?" Without waiting for a reply she added, "And the man who got you pregnant, is he going to marry you?"

"We haven't discussed marriage, Mrs. Harriet. In fact, he doesn't even know yet", said Corinth.

At this point Jamaica chimed in, "Miss Wesley…"

"Westby", Corinth corrected.

"Er, yes. Miss Westby, our church is very firm concerning these matters", he sing-sang. "As a teacher under our management we expect you to exercise proper decorum at all times. Becoming pregnant out of wedlock goes completely against our code of ethics. Now if you wish to continue teaching you must get married to the father of the child to avoid living in sin".

"Sin. Such a dirty little word", Corinth thought to herself. Then to Reverend Samuels she said, "With all due respect, Reverend, I do not

believe that the conception of my child was a sinful act. The timing was certainly not ideal for practical purposes. But this child growing inside of me was conceived in love, not in sin".

Reverend Samuels was livid, "Are you questioning God's teaching, child? Are you contradicting the Bible?"

"I am not an expert on the Bible, Reverend. But the God whom I read about in the Bible is the God whose son called the mothers of Salem and their children to him. He said, 'Suffer the little ones to come unto me.' He didn't ask whether their mothers were married or not, did he?" Corinth surprised her own self with her newly found audacity. Suddenly she was the one asking the questions.

But it didn't take Mrs. Harriet very long to shoot her down from her high horse. "Miss Westby, we will not tolerate that kind of blasphemy and cheekiness from you! How dare you twist God's words to justify your own sinful actions? Rather than being humble, you come here and flaunt your abominable sin. You have gone too far this time! Way too far!"

Corinth did not respond. She could not. She was too hurt and too angry to speak. She just folded her arms and waited for the other shoe to fall.

Reverend Samuels took charge once more, "We'll give you some time, Miss Westby, to arrange your marriage to the man who has compromised you in this manner. Meanwhile, I'm afraid that the church will have to put you on disciplinary action.

"Disciplinary action?" asked Corinth, "What does that mean?"

"It means that you will be suspended .from your job for a period of three months without pay. That's the policy of our church, to which you, might I remind you, signed an agreement to abide by when you became an employee under this management".

"I don't understand this disciplinary action. What's the purpose? How can you take away my job, my livelihood at a time when I need money most of all? How will I provide for my baby if I have no income? That doesn't seem like discipline to me. That's abuse. If you ask me, that is the real sin here". She was in a desperate rage now, but her voice remained level.

"A woman must learn that there are consequences", interrupted Mrs. Harriet. "We do hope that this will only be temporary, though. Pray

that the man will marry you so that you may keep your job as well as your self-respect. Now", she added as she prepared to rise, "Reverend Samuels and I and the church wish you the best with the baby. I sincerely hope to see a ring on your finger the next time we meet". Reverend Samuels stood and led Corinth to the door saying, "You know, I'll be more than happy to perform your wedding ceremony". Without responding, Corinth walked past him. As she followed the short walkway out to Chapel Street, the c1ick click of her dainty heels became muffled in the rough, rocky shoulder of the dusty road.

When she got back home, she took to bed where she rolled herself up into a fetal position and cried like a woman who has just lost a child. Her tears rushed out like a flash flood in July. Furious and raging. Then her angry deluge leveled out into a deep quiet stream of sadness. Deeper than she ever thought possible.Deeper even than her own private grief. She cried for all women. All women who had ever been wronged.

That weekend, she told Damien about the pregnancy and her visit to the school office. He was very sweet and promised to "Tek care a business". Good old Damien. But as the weeks passed his visits to Corinth's house became fewer and fewer. Soon he stopped coming around altogether and didn't bother to call. Fortunately, the situation with her parents was very different. They were both very supportive, and were soon trying out names for the baby.

"That was almost fifteen years ago", recalls Corinth now as she stretches to end her workout. Then she completes her early morning routine by watering the plants in her garden. As she does so, she reflects on some of the accomplishments Belizean women have made. "We are not as docile as we once were, thank God, but we still have far to go. Hopefully we'll have the courage to challenge the status quo and change those rules that oppress folks rather than uplift them". With that thought she strengthens her resolve to continue to write about such issues in her literary works.

MARÍA FRANCISCA ÁLVAREZ: EL HONOR RECUPERADO

Tatiana Lobo (1939)

Costa Rica

La pérdida del honor, crédito y buena fama, no sólo le acarreaba, a la española hidalga, problemas sociales, sino también de orden legal. La que tenía hijos bastardos o ilegítimos afrontaba dificultades para heredarlos en su testamento y la adúltera corría el peligro de perder sus bienes dotales. En general, la mujer española, cuyo mal comportamiento, de acuerdo con las normas vigentes, fuese de conocimiento público, perdía muchos de sus privilegios de cuna, como el que la eximía de la cárcel en caso de cometer un delito.

La defensa de la honra no era, entonces, un acto emanado sólo de un prejuicio, ni una forma de quedar bien ante los demás. No se trababa solamente de salvar una reputación; estaba en juego, también, la salvaguarda de los privilegios y prerrogativas de casta.

Ésta fue la verdadera razón por la que doña María Francisca Álvarez, señora de muchas campanillas, acudió a los tribunales para obligar a su marido, Miguel de la Mata, para que éste reconociera que sus públicos celos eran infundados.

Antes de que María Francisca presentara su demanda contra Miguel, el capitán Gregorio Sáenz, su vecino, casado con una amiga

de la infancia de María Francisca, le pidió a De la Mata que le prestase el solar localizado entre ambas casas, para sembrar tabaco. Miguel no pudo negarse por la antigua amistad que existía entre la esposa del capitán y su mujer, y tuvo que resignarse a ver crecer matas ajenas en su matorral privado. Cuando las plantas crecieron y alcanzaron su plena madurez, Miguel tuvo que aguantar que Gregorio le ocupara parte del corredor de la casa para su industria tabacalera.

María Francisca estaba encantada. Su primer marido, Eusebio Jiménez, del cual había enviudado, nunca le puso límite a la intensa vida social que le gustaba llevar, de visita en visita por las casas de Cartago y en los lejanos valles de Barva y Aserrí. Pero a Miguel no le gustaba tanta salidera, y tampoco veía con buenos ojos las amistades de su esposa, que venían los sábados, desde sus casas en el campo, a pernoctar en la suya, para asistir a la misa mayor los domingos. Así que el constante parloteo que sostenía María Francisca con el capitán lo ponía muy nervioso. Se le enconaron las fantasías, y los celos que le tenía al finado Eusebio pronto encarnaron en la figura de Sáenz. Las risitas, los murmullos, las frases entrecortadas que venían desde el corredor, donde Gregorio artificiaba las hojas de tabaco, se le antojaron cada vez menos inocentes. Miguel ya no salía de la casa, ni siquiera para empinar aguardiente en la Puebla de los Pardos, donde solía tentar a la suerte con los dados. Abandonó sus negocios de cría de mulas, se olvidó de sus cacaotales y le dio por esconderse detrás de la ventana de su dormitorio, atisbando y parando la oreja, o rondaba, sin motivo, por el corredor, para descubrir a los dos culpables en flagrante pecado. Pero nunca llegó a confirmar sus sospechas.

Un día de marzo de 1732, huéspedes en casa de los Mata, don Juan Garbanzo y Leonor, su mujer, Miguel, siempre al acecho, escuchó por la ventana de su cuarto un chasquido que bien pudo ser un beso como el crujir de una hoja de tabaco. Al celoso no le costó mucho tomar una opción, decidió que era lo primero y salió al corredor donde se dio a la tarea de insultar al capitán, echándolo de la casa, con amenazas de que no volviera nunca más por allí. Sáenz, muy asustado, se marchó, y Miguel continuó desahogando su cólera en María Francisca, ésta, muy amoscada, le devolvió los improperios, lo llamó necio y calzonudo. Miguel, alzando mucho la voz, le respondió gritándole adúltera,

liviana y otras cosas peores. El escándalo hizo acudir a los huéspedes; Garbanzo y Leonor intentaron calmar al celoso, pero éste salió a la calle, y, desde ahí siguió desfogándose contra Sáenz y María Francisca hasta que todo el vecindario se enteró de que el primero sostenía ilícitas relaciones con la segunda. Francisca apagó sus llantos y salió, también, a la calle para defender su honor, informando a quien quiso escucharla que Miguel estaba loco, que ella era inocente, que no permitiría que nadie pusiera su honra en entredicho. Mientras marido y mujer se enzarzaban en una gresca monumental ante todos los vecinos, los huéspedes ensillaron sus caballos y se marcharon al galope, del lugar del alboroto.

—¡Mi honra! —gritaba María Francisca— ¡Has puesto en duda mi honra!

—¡Qué te la devuelva Gregorio, adúltera! —respondió Miguel.

—¡Mi honra no admite dudas, cretino! —lloraba María Francisca.

Esa noche, Mata durmió fuera de su casa, nadie sabe dónde. El capitán Sáenz se vio en serias dificultades para explicarle a su mujer que las acusaciones de Miguel eran, además de infames, completamente falsas: entre María Francisca y él, no había nada de nada…

Ya muy temprano, al día siguiente, María Francisca estaba ante los tribunales de la Iglesia demandando a su marido:

> *Doña María Francisca Álvarez, mujer legítima de Miguel de la Mata, vecinos de esta ciudad, ante vuestra merced aparezco en la debida forma, de la manera que puedo, quejándome de dicho mi marido de calumnia que me tiene impuesta, de liviana y adúltera...*

Siguiendo los trámites regulares el juez hizo enviar copia de la denuncia a Miguel de la Mata, para que estuviese enterado y comenzara a defenderse. Mata dio por recibida la

> *notificación que se me ha hecho por su merced de un escrito que en su juzgado presentó, contra mí, dicha mi esposa, y habiendo visto su contexto y en él reconocido su queja y sentimiento, a lo que debo decir en mi descargo que llevado del intenso amor*

y buena ley que siempre le he profesado en mi retiro, celosa y amorosamente reprendí algo apasionado, siendo cierto que de ningún modo pudiera yo dañificar el crédito y honra de dicha mi esposa en público…

Enterados por la indiscreción secular del notario eclesiástico, los habitantes de Cartago comentaban: Mata se ha arrepentido. Después de todo la casa forma parte de la dote de Francisca, y si hay juicio el juez puede quedarse con ella; no sería la primera vez que así sucede.

Puertas adentro, ventanas y postigos bien cerrados, Miguel y su cónyuge, al margen del litigio legal, seguían su litis doméstico y particular:

—¿Cómo que no fue en público? —protestaba, ofendida, María Francisca— ¡Toda la ciudad se enteró!

—¡Nunca he tratado indecorosamente tu crédito! —se defendía él.

—¡Falsario! Le dijiste al juez que habías pensado informar, con mucho sigilo, a Gregorio, a que abandonase la casa… ¡Y toda la calle se enteró! Que digo… ¡Cartago toda supo que expulsaste a Gregorio! Además, mentiste cuando dijiste que Leonor se acercó a preguntarte por qué gritaba yo, cuando a lo que se acercó fue a preguntarte por qué gritabas tú…

—Todo lo que le he escrito al juez es verdad, ¡que me lleve el diablo si miento! Y si no es así que lo diga el mismo cacatúa de Gregorio, quien ahora deberá declarar, porque yo así lo pedí. ¡Que niegue que es tu amante cuando yo mismo lo vi!

—¡Tú no viste nada!

—¡Niégalo, niégalo, que yo escuché…!

—¡Qué vas a haber escuchado nada, que no hubo nada, nada de nada!

A María Francisca le pareció que su causa llevaba el triste destino de estrellarse contra la testarudez de su marido, y pensó que necesitaba de alguien que conociera de asuntos legales; buscó la ayuda de uno cuyo nombre nunca sabremos porqué tomó la defensa de María Francisca como si ella misma la escribiera. María Francisca pasó a llamarse, "la querellante". La querellante, o sea su anónimo abogado, escribió:

> *Con lo que se confirma [a Mata], reo convicto en el delito. Porque aunque en las primeras líneas de su descargo solicita paliativamente dorar su juicio imprudente y temerario, luego, él mismo, incontinenti, se contradice y declara que diciendo me reprendió apasionado, de que se sigue hacerme cargo de delito cometido. Luego, si para mí hubo castigo, da por asentado el delito. Porque de ninguna manera se dan efectos sin causa, que es la que el dicho debiera probar. Con lo que también se prueba sea contra mi honor, crédito y fama, el haber desaforado de mi casa a dicho don Gregorio Sáenz, porque el decir fue sigilosamente no es subsanar mi crédito. Con ello, antes sí, darle vigor y fuerza a mi querella. Porque la substancia del hecho no consiste tanto en el acto cuanto en el efecto. Porque es el efecto el que da el ser y declara la entidad de la cosa ejecutada, de que se sigue…*

Encantada con el perfecto dominio que tenía su abogado de los recovecos de la ley, dignos, a su parecer, de un jurista madrileño, María Francisca concluyó que le había captado muy bien la idea: no se trataba de aceptar, como disculpas, las declaraciones de intenso amor que Miguel había hecho ante el juez, sino que éste debía reconocer que la había acusado en falso, la había vilipendiado, y, además, debía pedirle, a ella, perdón público. Satisfecha, la querellante estampó su firma debajo del último párrafo:

> *son de mi favor los fueros que favorecen mi calidad, honor y fama, las que alego y doy por expresadas para la subsanación de dicho mi crédito y satisfacción de mi honra, la que debo, por derecho natural, divino y positivo, atender, mirar y defender.*

Con la pluma todavía en la mano. La querellante pensó unos momentos y luego le dijo al abogado:

—¿No cree, vuestra merced, que para obligar a mi marido a reconocer su culpa y mi inocencia debería yo pedir, para él, pena de excomunión mayor?

—¡Lo pedimos! —contestó, entusiasmado, el otro—. ¡Pena de excomunión mayor y cárcel también!

Y la justicia siguió el curso regular de sus acciones. Una tarde llegó una orden hasta la casa de los Garbanzo para que, como testigos del hecho, se presentaran a declarar.

—Yo en este asunto no me meto —dijo Juan Garbanzo y ahí mismo decidió que tenía un viaje urgentísimo a Matina.

Miguel de la Mata recibió otra notificación en la que se le informaba que se le daba la ciudad por cárcel. Y María Francisca fue puesta en “depósito” en casa de doña María Josefa Cabral.

Solo, en su casa, víctima de las miradas irónicas de su servidumbre, principalmente de sus esclavos, Miguel no daba su brazo a torcer. Extrañaba a su mujer pero se alegraba, malignamente, de que ella hubiera sido depositada precisamente en la casa de la Cabral, por quien María Francisca sentía muy pocas simpatías.

Un mes después de iniciada la demanda, el juez mandó a comparecer al capitán Sáenz, éste se presentó, juró decir la verdad y nada más que la verdad, se persignó piadosamente y con su nueva identidad de “declarante” dijo

> que en ocasión de haberse criado la mujer del que declara, desde *su tierna edad, junto con doña María Francisca Álvarez, en tan amable amistad como si fuesen hermanas y tratándose con la misma llaneza, tuvo, el que declara, como vecino inmediato, franca entrada siempre en dicha su casa. Y no creyendo que el dicho don Miguel de la Mata hubiere venido con tan engañoso pensamiento, pues de creerle nunca hubiera cruzado los umbrales de su puerta…*

Y en este tenor continuó hasta que fue presionado a narrar los detalles de los hechos delictivos de los cuales se le acusaba:

> *estando artificiando el tabaco, un día como a las siete de la mañana, salió de su cuarto dormitorio el dicho don Miguel de la Mata y le dijo, al que declara, súbitamente, que saliera de su casa… Y replicándole, el que declara, qué motivo tenía para*

mandarlo salir tan repentinamente, le dijo que no quería que el que declara viniese a su casa ni él a la suya.

El capitán Sáenz terminó jurando que jamás había tenido el menor pensamiento pecaminoso hacia María Francisca, que "primero muera antes que cometer tal infamia".

Leonor, luego que su marido había salido de viaje a Matina, también se presentó a declarar y a defender a su amiga, y dijo que

sabe que tuvieron voces, que por entonces no previno lo que sería. Hasta que con el movimiento de irse de la dicha casa, el dicho don Gregorio Sáenz, pudo indagar que sería por celos que tuvo el dicho de la Mata, y que en este tiempo vio, a la dicha doña María Francisca, llorando y diciéndole al dicho don Miguel de la Mata, que por qué de aquella suerte le había quitado su crédito, que qué le había visto o qué motivo había tenido para semejante necedad…

La testigo agregó, fiel amiga, que María Francisca

ha sido y es de notoria virtud, recogimiento y buena vida.

Y la buena Leonor, preocupada por la suerte de quien le daba, generosamente, hospedaje cada vez que venía a la ciudad, procuró convencer a Miguel para que reconociese la ofensa que inmerecidamente le había hecho a su mujer. Algo debió hacerle mella a De la Mata porque envió, al juez, otro escrito, en el que se hacía lenguas de las extraordinarias virtudes de María Francisca:

como a su centro arrastra a sí la buena sangre, claro motivo de haber contraído, con la dicha mi esposa, matrimonio, siendo notoria su buena fama… Y, en el tiempo ha que tenemos contraído dicho matrimonio, no se nos ha ofrecido de una y otra parte el menor disgusto ni desazón… Y mediante a lo que llevo expuesto… no se me ofrece sobre qué ni por qué macular su crédito, honor y reputación de mi esposa. Y que, si por algún

acontecimiento agravié, ofendí, como llevo dicho, me desdigo, pues no supe en este caso lo que dije…

—¡Se desdice! —gritó, alborozado, el abogado de María Francisca.

—¡No basta! —clamó ella.

—Pero… señora mía… —protestó él— ya el pobre hombre ha dicho que se desdice… ¡Lo ha hecho morder polvo! ¿También quiere que mastique barro?

La querellante no estaba satisfecha y el abogado no tuvo más remedio que escribir:

Haciendo, como debo recopilación de uno y otro escrito presentado por el dicho mi marido, hallo que los descargos del segundo son de muy poca fuerza y sustancia. Lo que se prueba conque en el primero asegura, con juramento asertorio a Dios y una señal de cruz, ser cierta y verdadera mi querella, comprobándola con su misma confesión. De lo que, en el segundo escrito no hace mención por modo alguno que satisfaga a lo por él declarado y jurado. En que se infieren quedan dichas cláusulas infamatorias en su vigor y fuerza…

Pero el juez ya estaba harto de un pleito que no tenía trazas de acabarse, así que le puso final al asunto con la siguiente sentencia:

Falla su merced que el dicho don Miguel de la Mata sea asociado y pacificado contra dicha su esposa, en conformidad de pedirlo el susodicho en su última respuesta, en la que muestra arrepentimiento y solicita la amistad de su mujer… Y en pena de lo referido pague las costas procesales. Y a la dicha María Francisca Álvarez se le guarden los fueros, preeminencias y prerrogativas de noble, honrada y virtuosa, y que el susodicho la trate y venere como tal. Y en adelante, procediendo el susodicho con imprudencia e indiscretos celos, se le multe con 50 pesos de ocho reales de plata para la Archicofradía del Diviníssimo Sacramento…

Y así, de esta manera, luego de tenaz lucha, doña María Francisca recuperó su honra. La pareja tuvo un solo hijo, Antonio Nicolás, nacido el 9 de diciembre de 1732, exactamente nueve meses después de que el capitán Sáenz usara el corredor de la casa de Miguel de la Mata para artificiar tabaco.

Éste fue —según la retórica del abogado— el efecto de la causa, puesto que es el efecto el que da el ser. Antonio Nicolás vino a ser, entonces, la entidad de la cosa ejecutada…

Si a Miguel de la Mata le gustó o no que el niño tuviera la nariz de Sáenz, hubo de tragárselo; tenía pendiente una multa de 50 pesos de plata si volvía a externar sus celos.

EL BANDIDO DE SENSETÍ

Argentina Díaz Lozano (1910-1999)
Honduras

I

La grama verde y fresca, extendíase por el inmenso valle de Sensentí cuya placidez interrumpían sólo los pequeños árboles de espino que ofrecían mezquinas sombras a los alcaravanes, quebrantahuesos y paujiles. El silencio era solemne. De vez en cuando se oía el canto melodioso de un sinsonte o el grito estridente de alguna ave corredora.

Audaz, el blanco camino de herradura partía la llanura. En la lejanía apareció un caballo negro montado por hábil jinete, a juzgar por la veloz carrera. Las ágiles piernas del animal devoraban la llanura, mientras el hombre, erguido, escrutaba el horizonte. Allá en medio de un grupo de espinos, divisó por fin una casita de paredes blancas. Pronto llegó a su puerta, dio un fuerte puntapié y entró con su cabalgadura para volver a cerrar. Abrió una ventanilla, por la que entró un travieso rayo de sol, y se sentó en actitud de espera.

Era alto el hombre, de mirada atrevida en sus ojos negrísimos. Obscurecida por el sol, la piel. Amplia la frente que dejaba descubiertos

los cabellos peinados hacia atrás, sostenidos por el sombrero de paja de ala ancha. Un "perraje" salvadoreño, a manera del "poncho" del pampeño, cubría uno de sus hombros. Pantalones y camisa desteñidos, pero limpios, cubrían su alta figura. Gruesas botas calzaban sus pies.

Esperaba… esperaba algo, a juzgar por las miradas escrutadoras que a cada momento lanzaba desde la ventana. Sus oídos percibieron al fin el ruido de caballos.

Por el blanco camino aparecieron los jinetes. Eran tres, dos hombres y una mujer rubia, joven, bellísima.

—¡Qué belleza de valle, padre! Mire la llanura que parece no tener fin.

—Sí, muy hermoso es esto, hija mía; lástima que no hayamos podido contemplarlo a la caída del sol.

—¿Por qué nuestro guía se empeñó en que saliéramos tan temprano?

—Este valle encierra sus peligros, y no es conveniente atravesarlo tarde.

—Cuentos, fantasías; ese terrible Cabrera no existe más que en la exaltada imaginación de estas gentes.

Jorge, el hombre más joven, dijo entonces:

—Aseguran que es cierto, y lo peor es que ese terrible criminal ataca con preferencia a las mujeres.

—¡Qué romántico! Pero no temas, maridito; llegaremos al Ingenio sin novedad. ¿Verdad, padre?

—Seguramente. Nos faltan aún dos días de camino para llegar a la mina.

Te fatigarás algo, pero como tú te empeñaste en venir.

—Claro, esto me encanta. Vamos, cuéntame algo de ese famoso Cabrera.

El viejo miró a su hija con inquietud y dijo:

—Cabrera es un bandido con algo de caballero; roba dinero a los hombres, pero a las mujeres jamás. Hace unos dos años raptó a la hija de un comerciante de La Labor. Se pusieron en movimiento las escoltas y los parientes de la víctima, sin que tuvieran éxito. Quince días después la muchacha apareció en el pueblo sana y salva. Se le preguntó quién la había traído y dijo que el mismo Cabrera la había dejado a media legua de

distancia de la población. Seis meses más tarde atacó a unos turistas que venían a conocer el Ingenio, y se robó a una norteamericana que veinte días después llegaba a la mina lo más sonriente y contenta de su aventura y diciendo que Cabrera la había hecho conocer un verdadero "romance". El año pasado asaltó a una familia linajuda que se dirigía a Corquín, llevándose como trofeo a doña Luz de Jordán, esposa de don Enrique Jordán, riquísimo español, orgulloso de las hazañas de sus antepasados que fueron los fundadores de todos estos pueblos. Como de costumbre, algunos días después apareció la dama en su propia casa, pues el audaz bandido se metió a la propia población en las primeras horas de la madrugada. Pero la española lo tomó todo tan trágico, que se dio veneno.

—¡Qué interesante, qué interesante!— comentó Diana entre burlona y pensativa.

El indio que los guiaba señaló entonces un punto blanco, al que se acercaban rápidamente, y dijo con su voz gutural:

—La guarida de Cabrera, según dicen. Aprieten el paso y mano a las pistolas.

Los dos hombres obedecieron y la joven lanzó una sonora carcajada.

—¿De qué te ríes, Diana?

—De las precauciones de ustedes. Con tan valientes defensores el temible bandido no se atrevería a un ataque. Además, si dinero quiere, se lo daremos. Es más humanitario que alojarle balas en el cuerpo.

Pasaban en ese momento por enfrente de la casa que parecía abandonada, como a diez metros de distancia.

—En esa casa no hay nadie —dijo Jorge—, el bandido seguramente está lejos de aquí. A lo mejor este indio quería divertirse a costa nuestra.

Habían dejado la casa bastante atrás, cuando oyeron una voz que tronó:

—¡Alto, y arriba las manos!

Las cabezas de los viajeros así sorprendidos se volvieron. para ver la poca tranquilizadora figura de un hombre que los miraba fijamente con sus ojos negrísimos, y los apuntaba con una pistola.

El padre de Diana y el indio alzaron inmediatamente los brazos. Jorge se llevó rápidamente la mano a la pistola, pero apenas la había

tocado cuando lanzó un grito de rabia y dolor. Cabrera le había alojado una bala en el brazo.

Diana le gritó con la voz temblorosa de ira:

—¡Bruto! ¿Qué es lo que quieres?... ¿Dinero? Tómalo y déjanos ir.

Al mismo tiempo le arrojó una cartera que cayó al suelo sin que el bandido se dignara mirarla. Su voz de mando se dirigió al indio:

—Toma esta cuerda y amarra bien a tus amos. ¡Vamos, vamos, pronto! El indio obedeció, no sin antes haberle dirigido una mirada de odio. Mientras tanto, Cabrera se apoderó de las dos pistolas de lo viajeros y acercándose a Diana le dijo, mirándola duramente:

—Baje usted, y suba a mi caballo.

Ella lo miró iracunda, y levantando su látigo, golpeó la cara bronceada del bandido.

Una sonora carcajada fue la respuesta, y Diana, se sintió suspendida en unos brazos fuertes. En un momento fue transportada y atada en el caballo de Cabrera.

—Ya está— dijo entonces el indio, señalando los cuerpos de sus amos, bien atados en el suelo.

El bandido se acercó a ellos y examinó las ligaduras. Se volvió entonces hacia el indio y lo registró. Sacó de su bolsillo un pañuelo y un frasquito pequeño y dijo:

—Toma y cura la herida de tu amo. Pero no los sueltes hasta pasada una hora. ¿Entiendes?... Yo no necesito mucho tiempo para perderme de vista. Si haces lo contrario, de nada les servirá, porque no tienen armas. Conque, ¡adiós y buena suerte!

Rápido montó sobre su caballo y sosteniendo a Diana con uno de sus brazos, emprendió veloz carrera. El sol ardiente de medio día iluminaba la escena y ponía reflejos de oro en la cabellera rubia de la nueva víctima del bandido de Sensentí. El inmenso “desierto de grama” se extendía impávido, mientras los sinsontes continuaban cantando su melodía, y el caballo devoraba la llanura…

Fue media hora de carrera loca. Diana no había proferido ni un grito. ¿Para qué? Comprendía que hubiera sido inútil y ridículo. Le ardían las sienes y la devoraba la sed, pero apretaba los dientes furiosamente para no proferir ni una queja.

—Tenga valor, sólo tendrá que esperar unos veinte minutos, porque pronto llegaremos a una quebrada— dijo el bandido espoleando la piel sudorosa del caballo.

Al fin apareció una pequeña colina, al pie de la cual verdes árboles bordeaban un cantarín riachuelo.

Cabrera bajó del caballo y tomando a Diana en sus brazos la puso delicadamente bajo la sombra amable de un árbol.

—Quiero agua— dijo ella con voz débil.

—Descanse, ya se la traigo.

Sacó un "guacal" de la bolsa de la montura y lo llenó de agua clara y fresca.

—Tome y beba despacio— le dijo con voz suave.

Ella lo miró sorprendida, y bebió el agua.

—Gracias; pero dígame, ¿por qué me ha traído usted? ¿Qué se propone? ¿Qué quiere?

—Todas esas preguntas sólo tienen una respuesta que pronto sabrá. Descanse unos minutos, porque tenemos que seguir nuestra carrera.

El caballo, mientras tanto, bebía el agua rumorosa del riachuelo…

II

La luna alumbraba el pinar desde un cielo limpio y sereno, y su luz plateada descendía también por el barranco hasta la cueva donde Cabrera y Diana acababan de llegar, después de bajar peligrosos desfiladeros.

—Éste es uno de mis castillos, que pongo a la disposición de usted— dijo él, sonriendo y bajándola del caballo.

Se quitó el "perraje" del hombro y lo extendió sobre el piso de la cueva. De un pequeño maletín sacó otras mantas, con las que improvisó un lecho.

—Ahora descanse, Diana, mientras busco algo para comer; creo que no traigo más que unos pedazos de pan, pero "hace hambre", y además le ofrezco para mañana un banquete de frutas y carne silvestre.

Ella se acomodó sobre las mantas, y mirándolo curiosamente, preguntó:

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Hace unos quince días estuve en Santa Rosa; la conocí a usted y a su marido. A su padre lo conozco desde hace mucho tiempo, casi desde que vino a establecer "el mineral". Es un buen hombre, ha dado trabajo a un buen número de paisanos, y Santa Lucía y Santa Efigenia han progresado en tres años de una manera halagüeña.

—¿Santa Lucía y Santa Efigenia?

—Sí, las aldeas vecinas al Ingenio de su padre. Pero dejemos de hablar, voy a preparar la cena.

El bandido se alejó un tanto, hizo fuego y preparó en la jarra de lata una olorosa infusión de albahaca. Pocos minutos después estaba al lado de Diana ofreciéndole una taza de perfumado té y un pedazo de pan duro que a ella le pareció delicioso.

—Mire la luna, qué hermosa —dijo ella suavemente—, creo que es usted feliz, Cabrera, viviendo esta vida salvaje y libre.

—¿Sabe que es usted una mujer extraordinaria?... Es la primera que acepta la situación con calma.

—¿De qué me serviría desesperarme?... Usted es el más fuerte.

—Pero yo no quiero hacer uso de mi fuerza con usted. Diana. No soy tan feroz como me creen. Mi verdadero nombre es Manuel Roldán, hijo de un español y una india, nací en un pueblecito de Guatemala. Hace unos siete años fui condenado en aquella república, por un crimen que no había cometido. Huyendo vine a estas tierras y comencé esta vida. He errado el camino, lo sé, pero ya no puedo retroceder. ¿Crímenes?... He cometido algunos en defensa de mi vida. ¿Robos?... también, de algo tenía que vivir. ¿Mujeres?... las necesitaba y las he buscado, pero no he querido a ninguna hasta que la conocí a usted. La llevo grabada en mi cerebro y en mi corazón y si la he traído aquí es para decirle que la quiero con toda la fuerza de mi ser. Usted volverá a su vida cómoda y fácil; yo seguiré luchando por la mía, libre pero llena de peligros y privaciones. Dígame, ¿no quiere darme unos pocos días, nada más que unos días en toda su vida?...

La miraba suplicante con sus ojos negrísimos, le estrechaba las manos suaves, en las fuertes y grandes de él.

—Déjeme, Manuel; si usted me quiere, como dice, respéteme. Será la mejor manera de probármelo.

La voz de ella había sido dulce y suave. Él obedeció como un cordero.

—Pase buena noche, Diana. Duerma, yo velaré por usted desde allí afuera.

Los cantos de los pájaros la despertaron a la mañana siguiente; abrió los ojos y vio a Manuel que venía hacia ella con un "guacal" de café negro, humeante, y algunos plátanos.

—Buenos días, Diana; su desayuno.

—Gracias, tengo apetito. ¿Dónde consiguió plátanos?

—A legua y media de aquí hay una finca. Fui en la madrugada y me procuré algunas frutas.

Ella rió, con su risa sonora y franca.

—¿Y usted?...

—Cuando desocupe la "vajilla", sólo tengo servicio para uno— dijo, mostrando al sonreír sus dientes blancos e iguales.

—¿Quiere lavarse? —volvió a decir—. Venga, por aquí nomás está la vertiente; mientras tanto se le enfriará un poco el café que viene hirviendo.

Ella obedeció desperezándose…

III

La luna, más grande y hermosa, volvió a aparecer esa noche en un cielo sin nubes. Diana, arrimada a una roca, contemplaba el paisaje iluminado por la suave luz. El bandido, sentado a cierta distancia, parecía absorto en sus pensamientos.

—¿Y su madre, Manuel?...

Él volvió la cabeza sorprendido.

—¿Mi madre?... Murió cuando yo era niño; pero su espíritu me acompaña siempre en estas soledades.

—¿Está contento con esta vida?

—No podría llevar otra.

Ella se acercó y sentóse al lado de él.

—Manuel…— murmuró.

El bandido la miró. Estaba muy pálida, con los cabellos dorados sueltos al viento de la noche, con los labios húmedos y la mirada tierna…

—Retírese, Diana: vaya a dormir; de lo contrario no respondo de mí

—No quiero que lo hagas, Manuel.

—¿Qué dice?

—Tres días, Manuel; te doy tres días de mi vida.

Él entonces la tomó en sus brazos fuertes y la besó en la boca, con beso interminable… La luna, discreta, se ocultó tras una pequeña nube…

***

Seis días después, Diana llegó a Santa Lucía. Avisó a su marido que vino a llevarla. La abrazó afectuoso y preguntó con ansia:

—Diana, ¿no te ha pasado nada?

—Nada, Jorge.

—Y el bandido…

Ella puso su mano sobre los labios de él.

—Calla, Jorge, no hablemos de eso. Olvidémoslo. Mañana partiremos de aquí, volveremos a Nueva Orleáns. ¿O prefieres el divorcio?... Tendrías toda la razón… te lo daría…

El esposo la abarcó con una mirada dolorosa, plena de comprensión.

—No has tenido culpa, Diana. Olvidaremos, regresaremos a Nueva Orleáns.

Días después un hermoso barco surcaba las aguas inquietas del Atlántico. Diana, erguida sobre cubierta, dirigía su mirada hacia las montañas que se divisaban apenas como una masa oscura. Un leve suspiro entreabrió sus labios porque en su corazón llevaba grabada para siempre la figura altiva del bandido del valle de Sensentí.

JUEGO DE INOCENTES

Dorelia Barahona (1959)

Costa Rica

Esmeralda escudriñó el pescado hasta encontrar la sangre roja de las agallas. Hacía eso por puro formalismo. Sabía que Rani vendía en las tardes únicamente lo que pescaba durante el día.

En realidad estaba allí comprando dos Kingfish, que por lo demás irían a la sartén en la que prepararía la cena, ya que en su casa siempre cenaban pescado, para tener la excusa de ver a Rani.

Reconocía desde hace semanas su debilidad por el pescador de piel negra (aunque más bien su tono se acercaba al caoba) y ojos hindúes, del mismo color de las botellas de cerveza amarga. Rani era el perfecto resultado de la mezcla de razas.

Esmeralda pagó los "TT" exactos, tratando impulsivamente de suavizarle el corazón con sus enormes ojos verdes. Total, qué importaba fantasear un poco en ese pequeño pueblo donde no ocurría nada.

Su marido la había llevado a Wrigtson en contra de la voluntad de su familia, hacía diez años, cuando ella tenía quince titánicos y frescos años.

Nadie había visto con buenos ojos aquella pareja interracial. Sus parientes le habían dejado de hablar y sus suegros jamás disimularon su

desconfianza. Larinde, su marido, estaba por cumplir cuarenta y ocho años y obviamente ya no era el mismo que ella había conocido.

Al llegar a la isla había iniciado un proceso inverso. Ella, después de tener a sus tres hijos y ante la constante evidencia de perfección física de la mayoría de los vecinos, que hacían del culto al cuerpo una actividad tan importante como el trabajo, decidió matricularse en un gimnasio con aire acondicionado y música rap.

Después de un año de ejercicios y dieta, había desarrollado y pulido un cuerpo que no tenía nada que envidiar, a no ser por unos centímetros menos de estatura, a las mulatas que corrían por la playa al atardecer.

Larinde, por el contrario, de ser un corpulento cuidador de entrada de discoteca de puerto, pasó a convertirse en un buen padre de familia, silencioso, barrigón, fiel empleado de los hermanos Indalsingh.

Esmeralda en realidad no quería serle infiel a su marido. Pero una pequeña fantasía, ¡qué podía importar! Añoraba tanto aquellos años en que ella y Larinde comparaban sus pieles al bailar, al hacer el amor, al nadar desnudos entre los cúmulos bamboleantes de las esponjas marinas.

Pero ahora su Larinde se había convertido en un blanco de corazón. Por eso ya no sentía culpa al coquetear con Rani. Él era varios años menor, razón de más para sentirse segura del juego. Podía, libremente, ser la provocadora, la que marcara la pauta y pusiera los límites sin dejar de dominar por un segundo el terreno.

Inició el camino de regreso a su casa con paso lento, sujetando el paquete con las dos manos, como si en lugar de pescados llevara una delicada pieza de seda natural.

Por el camino saludó a varias mujeres que a esa hora salían con sus niños hacia el mar, con grandes neumáticos de tractor como flotadores y anzuelos con carnada, aprovechando el aire fresco de la tarde que ya terminaba.

¿Cuántas veces había hecho ese camino?, ¿cuántas más lo haría? De pronto se imaginó vieja, llevando dos enormes "rocared fish" para que sus nueras los descamaran, mientras Larinde la esperaba dormitando en la mecedora del corredor de madera.

Sintió una punzada en el corazón; un hilo del tejido donde nacen las emociones se separaba sin remedio del resto, nudo tras nudo, gasa

tras gasa, dejándole el pecho como una secuencia de amorfas hiladas. ¡No podía ser!

Se sobrepuso alejando al pánico con ejercicios de respiración. Dejó pasar unos minutos y al fin sonrió aliviada. Por lo pronto tenía venticinco años y el tiempo pasaba lento y muy, muy lejos, allá, del otro lado de los arrecifes, más lejos aún de Nylon Pool. Y miró agradecida la delicada línea turquesa, ahora ensombrecida por la noche, con su cama de arena nacarada, traslúcida y su parentesco ingenuo con el nylón incoloro de las fábricas textileras.

No muy lejos de la costa, un grupo de pescadores cercaban con redes viejas parcelas de agua. Habían puesto señales fosforescentes en los extremos para guiar la revisión nocturna de los sedales. Sobre la playa dos antorchas empezaban a iluminar conforme se iban reviniendo en la orilla.

Detrás suyo, a unos metros de distancia, Esmeralda oyó cómo alguien se acercaba, alguien que caminaba descalzo, alguien que respiraba como lo hacían los venados en la montaña. Antes de voltearse ya sabía que era Rani. Sólo él solía moverse como las sombras, (cuántas veces no lo había observado desde lejos) deslizando los pies con el espíritu y la música, algo muy distinto a caminar.

—Miss Larinde, —oyó que le decía— no esperó a que le diera su dinero.

—¡Ah! Gracias Rani, qué memoria tengo. Pensé que le había dado dinero exacto.

—Casi exacto —Rani sonrió—. Tengo que llevarle este encargo a Miss Doring, ¿le importa si hacemos el camino juntos?

—Entonces, ¿hoy cerraste temprano?— Esmeralda no podía responder directamente con un sí a la pregunta del muchacho. En ese lugar no eran bien vistas las respuestas directas.

—Ya no tenía nada que vender —respondió el muchacho inclinando la cabeza.

¿Qué tenía de malo el que caminaran juntos —pensó Esmeralda— si las cosas ocurrían tan sólo en su imaginación? Desde muy pequeña había sido una niña fantasiosa. Si no obtenía lo que quería lo imaginaba. De esa forma se había acostumbrado a satisfacer siempre sus deseos, al punto de que ya no recordaba con claridad qué cosas eran reales en su infancia

y qué otras eran producto de sus invenciones. Quizá se debía al hecho de ser hija única. Pero el origen ya hacía mucho tiempo que no le importaba. Lo cierto era, que había convertido la forma de enfrentarse al mundo, esos pequeños autoengaños, en un juego, un constante juego de inocentes, como llamaba a su táctica, cuando requería de ella para aliviar su vida.

El sol ya se había escondido del otro lado del Caribe, cerca del continente que se presentaba a través de la luz bermellón del fondo, como un gigantesco lomo de toro de lidia dormido.

Las oropéndolas empezaron a chillar, primero suavemente, después en algarabía, sobrevolando sus nidos colgantes, hasta llegar a posarse sobre las gruesas ramas de los manzanos de agua, donde la búsqueda de comida o el sueño les hacía bajar la voz.

Era la hora en que los musulmanes sacaban sus alfombras para hincarse sobre ellas y rezar en silencio de cara al este, juntando sus melancólicas pestañas oscuras, mientras la policía montada lavaba sus caballos de Troya en Savannah Park.

—Esmeralda… ¿Me permite que la llame así?

—Por supuesto, Rani, si nos conocemos desde hace tiempo.

—Es usted una mujer muy bella, ¿sabe? Su piel me recuerda la leche de coco. Antes de conocerla no sabía lo que eran los lunares. No se ría, en serio.

Esmeralda sintió finísimos cables eléctricos atravesándole el cuerpo. Aquéllas habían sido casi las mismas palabras que le dijera años atrás Larinde.

—No me diga eso, Rani. Soy una mujer casada.

Por más que se esforzaba, Esmeralda no podía dejar de pensar que la piel de Rani era como el ébano pulido. Brillante como la cola del tiburón debajo del agua.

Sintió la mano del muchacho sobre su hombro. Lenta, se deslizó hacia abajo hasta alcanzar la suya… Y allí estaba de nuevo lo que tanto había deseado, la unión de los contrarios, una porción de carne negra y una porción de carne blanca entrelazándose.

Se dedicó a estrenar ese olor nuevo con toda la avidez de sus poros, saboreando el palpitar de sus nervios, el calor, el intenso calor de la cercanía, de la proximidad, de la ingobernable voluntad del instinto. Apretaba la mano de Rani y oía su silencio, expectante, absolutamente impotente.

No había que darle más vueltas al asunto. Esmeralda se encontró a merced de su instinto, de su disponibilidad de hembra traída de una tribu lejana.

Estrechaba la mano, primero con timidez, después con contenida pasión, hasta dejar sin aire, sin luz, la unión inaugural de las pieles. Observó detenidamente los dedos entremezclados, y, luego, sin otra caricia que mediara, los introdujo muy lentamente, uno a uno dentro de su boca; lamiendo el sabor salado del pescado, mojando las cicatrices del cuchillo, succionando todos sus tactos anteriores, sus huellas de otras huellas.

La canción del bambú que crecía salvaje en la montaña les recordó que muy cerca de allí, del otro lado de la carretera, siguiendo el sendero que utilizaba para cazar el jabalí, había un lugar fresco y discreto donde dejar por un rato en el suelo los pescados ella y el encargo para Miss Doring él.

***

Una hora más tarde Esmeralda subió las escaleras de su casa. Sobre la terraza su marido balanceaba la mecedora canturreando una canción que ella no comprendía. Adentro, sentados frente a la mesa carcomida del comedor, los tres hijos concluían sus deberes escolares.

Entró directamente a la cocina. Cerró la puerta de cedazo que daba al patio para impedirle la entrada a los zancudos portadores del dengue. Sacó la sartén de la alacena y encendió el hornillo de gas. Empezó a limpiar los pescados concienzudamente, derramando sobre ellos una mezcla de aceite de coco con jengibre rayado, y cuando estuvo caliente la sartén, puso los pescados añadiendo un poco de leche de coco y chile picante.

—Aquí huele muy bien— dijo Larinde mientras abría la nevera con la intención de sacar una botella de “Carib” bien helada.

Esmeralda sonrió y le dio vuelta a los pescados.

¿Qué podía tener de malo añadir un poco de fantasía a su vida? Bien podía haber sido todo aquello producto de su imaginación, pensó.

La piel se le erizó conforme recordaba lo vivido en el bosque de bambú.

Sí, todo había sido definitivamente producto de su imaginación.

Tan sólo se trataba de un pequeño reconocimiento, y Rani había sido la persona que reconociera en ella algunas cualidades. Eso era todo. A nadie había herido.

Pasaba lo mismo con el pescado, —se dijo— aunque estuviera fresco (Esmeralda miró el ojo redondo del pez buscando aprobación) sin un poco de jengibre no tendría ninguna gracia. Y finalmente añadió la sal y se chupó los dedos para eliminar los restos, antes de quitar la sartén del fuego.

UNA HISTORIA CORRIENTE

Anacristina Rossi (1952)

Costa Rica

Hugo me quitó la virginidad a los dieciocho años. Me casé con él a los diecinueve, totalmente enamorada. Tan enamorada estaba de Hugo que no me importaba no sentir absolutamente nada al hacer el amor.

Recuerdo la primera vez que lo hicimos. Un ambiente perfecto, tranquilo: el cuarto de su residencia, en Boston, donde Hugo estaba recibiendo un curso de inglés. Fue demasiado rápido, no sentí placer pero Hugo se veía tan satisfecho y orgulloso que no le dije nada. Cuando me preguntó si me había gustado le dije que sí.

Ya de regreso en Costa Rica, Laura, mi mejor amiga, me preguntó emocionada: "¿Y bueno, ya te desvirgaron? ¿Cómo fue?" A ella no podía mentirle, le conté mi desilusión, todo ocurrió tan rápido. "Ah", me dijo con la actitud de la que sabe mucho, "sí, veo, fue coito instantáneo, tres panzazos y ya". Laura tenía una manera muy efectiva de describir las cosas, con un lenguaje vulgar pero muy acertado. Sí, eso había sido nuestra primera noche, tres panzazos y ya.

Esperé que con el tiempo el asunto mejoraría. Juré que todo se arreglaría al casarnos, creí que las cosas se acomodarían solas sin ne-

cesidad de hablarle. Estaba demasiado enamorada de Hugo para arriesgarme a provocarle el más mínimo contratiempo. Además, yo misma no sabía qué era lo que me pasaba: me encantaba Hugo, era el hombre de mis sueños. Me gustaba su manera de ser, de vestir y de hablar, me gustaba su cuerpo, me fascinaban su voz y sus ojos. Pero todo ocurría siempre muy rápido. Entonces di por sentado que yo era lenta, demasiado lenta, y en mi agenda mental me propuse buscar un sexólogo a ver si me ayudaba a funcionar más rápido. Laura trató de discutir conmigo varias veces más sobre el tema, pero me daba vergüenza y siempre la cortaba. Le di a entender que no deseaba conversar de eso. Claro, en el fondo yo sabía que no era por vergüenza, éramos amigas desde la primaria y nos habíamos tenido siempre una confianza total. No quería discutir más del asunto porque Laura me había insinuado que la deficiencia no era mía sino de Hugo, y yo, recién casada y tan enamorada, aún estudiando, evitaba con una especie de sagrado temor causarle a mi esposo un problema.

Poco tiempo después Laura se fue del país. Se fue la única persona que conocía mi insatisfacción.

Yo tenía una meta muy definida en la vida: convertirme en excelente profesional. Estudiaba con pasión. Sublimaba, como dirían los psicólogos o como diría yo misma muchos años después. A veces, en ensoñaciones diurnas, fantaseaba con hablarle a Hugo, pedirle que me enseñara a sentir. Yo sabía que era un hombre experimentado, cuando novios me había contado entre risas y bromas su iniciación sexual con osadas prostitutas y sus visitas constantes a esos lugares. Era un hombre liberal, tenía que saber cómo funcionaban las otras mujeres. Muchas veces estuve a punto de contarle lo que me pasaba, pero no lo hice por miedo a confesarle que tenía varios años de fingir un placer que no conocía, que sólo había leído en revistas y novelas, o del cual había visto a veces retazos en el cine y la televisión.

Cuando cumplimos tres años de matrimonio y empezó lo del SIDA, yo le pregunté si él, ya casado, había seguido frecuentando las prostitutas. Me dijo que poco, que una que otra vez. Le rogué que no lo hiciera más, por respeto a la familia y por el riesgo de contagio —ya teníamos dos hijos. Me juró que nunca más volvería a los prostíbulos. Y yo le creí.

Terminé los estudios y me dediqué a trabajar con ahínco, mi profesión me encantaba. Me encantaba también ser mamá de dos niños y en esos dos oficios apasionantes se me iba la vida.

Mi dedicación dio frutos y empecé a cosechar triunfos y popularidad. Me convertí en una figura conocida, casi un personaje.

Ser conocida se me volvió un obstáculo para resolver mis problemas íntimos. Hasta a mis amigas me daba vergüenza contarles. La famosa Diana Fuentes —léase yo—, que entrevista líderes guerrilleros y dictadores, que no cede ante nada para conseguir la veracidad y la exactitud de las noticias, no se atreve a ser sincera con su marido y no sabe lo que es el placer… Me imaginaba constantemente que alguien se enteraba de mi problema —¡era ya tan viejo!— y en una de esas secciones indiscretas de los periódicos lo publicaban.

"Actitud ligeramente paranoide", me diría luego la abogada psicóloga que por fin me ayudó. Por fin. Luego. Después que sucedieron tantas cosas. Pero no deseo adelantarme.

Cuando cumplimos doce años de feliz matrimonio —sí, éramos un matrimonio feliz a pesar del problema— me empezó un dolor en el cuello y en la espalda que me hacía rabiar y bajaba notablemente mi rendimiento.

Visité muchos especialistas en dolores musculares. Todos me dijeron lo mismo: es tensión. Trabaje menos, relájese. Trate de que su esposo le ayude más con los hijos.

¿Hugo ayudarme con los chiquitos? ¡Qué ingenuos los doctores! Los niños son de la mujer, el hombre no se mete y en todo caso yo no sentía a los niños como una carga, al contrario, me distraían. ¡Y trabajar menos, Dios mío, si el trabajo era constante fuente de placer! Temía y odiaba ese dolor no por el dolor en sí, sino porque me impedía trabajar con la voracidad y el gusto que me eran habituales.

Al principio del matrimonio había leído artículos sobre frigidez femenina. Pero como la conclusión de todos los artículos era que había que discutirlo con la pareja, después de unos años ya no leí más. Evitaba todo comentario sobre ese tema. Me sentía culpable. Imaginaba a Hugo, mi querido Hugo, enterándose de que había fingido en la cama por tantísimos años. Yo, la defensora insigne de la verdad, lo había engañado todo el tiempo, era horrible, terrible. Si se lo contaba perdería

totalmente su confianza, la confianza en la que estaba cimentado nuestro matrimonio, nuestra hermosa familia: Hugo y los dos hijos que eran mi orgullo. Chicos inteligentes, buenos, generosos, que habían aceptado siempre de buen talante una mamá conocida y profesional.

Las molestias musculares se intensificaron. Por más que disimulara no podía ocultarlo, adopté sin darme cuenta la costumbre de sobarme el cuello y torcer la cabeza. Uno de mis doctores me recetó, cuando el dolor me impedía dormir o trabajar y me era realmente imprescindible hacerlo, inyectarme ampollas de un antiinflamatorio llamado Voltarén.

Una mañana que debía viajar a San Salvador a cubrir un suceso importante, amanecí totalmente trabada de la mandíbula. El dolor se extendía cuello abajo, no podía ni moverme. El doctor vino de emergencia a inyectarme. Una hora después los síntomas se me habían aliviado y dichosamente no perdí el vuelo. Saber que había un medicamento capaz de ayudarme me tranquilizó. Con eso las molestias disminuyeron.

Pero al tiempo —un fin de semana en que Hugo tuvo que viajar a Panamá por negocios, los hijos habían sido invitados a una finca y mi asistente doméstica tuvo que salir— sufrí la peor crisis de dolor de toda mi vida. El viernes por la noche, no sé cómo, manejé hasta la farmacia más cercana y pregunté por el farmacéutico. Me atendió un hombre de unos cincuenta años, bastante buen mozo y amabilísimo. "Mire", me dijo, "acaban de aprobar una nueva ley según la cual es prohibido inyectar en las farmacias. No puedo inyectarla aquí. Pero hagamos una cosa, tómese un antiinflamatorio oral, quédese acá sentadita y dentro de media hora, si no se le ha aliviado el dolor, yo la llevaré a su casa y le pondré la inyección". Tanta solicitud y generosidad me sorprendieron, debe ser porque soy conocida, pensé, de algo sirve.

Me tomé la pastilla y me senté a esperar el alivio. El farmacéutico se llamaba Fernando y dijo verme en todas las emisiones, agregó que me admiraba. Cuando escuché eso, me sentí muy bien. No había dicho que admirara mi trabajo, me admiraba a mí. De reojo me observé en el espejo. Sí, no era fea, estaba pasable.

El alivió llegó y le di las gracias a Fernando por la pastilla. Fernando me tomó la mano y no me la soltaba, me miraba a los ojos. "Diana", dijo por fin, "voy a darle el número de teléfono de mi casa. Si usted me necesita, para ponerle la inyección o para lo que sea, no dude

en llamarme. A cualquier hora de la noche o de la madrugada me puede llamar. Usted me da la dirección de su casa y yo vendré a ayudarle. Cuente conmigo".

Me soltó la mano y me dio su tarjeta luego de apuntar detrás sus números privados.

Regresé a la casa tranquila, casi sin dolor. Qué suerte contar con un farmacéutico tan amable cerca de la casa.

Me dormí enseguida.

Pero a la noche siguiente, quizá porque era el primer fin de semana en toda mi vida de casada que pasaba sola, quizá porque en la emisora había poco trabajo, me volvió la crisis, y más fuerte esta vez. Me desperté a la medianoche rabiando del dolor. Además, como padecía de bruxismo, de tanto restregar las mandíbulas me había quebrado en dos una muela. El dolor era tan fuerte que me desmayé.

Cuando recuperé el conocimiento me arrastré al teléfono y llamé a Fernando. "Dame la dirección", me dijo, "llego enseguida". Le advertí que como casi no podía caminar, al llegar pitara, yo le abriría desde adentro los portones, que entrara con el auto. "Perfecto", me dijo, "ya voy".

Me quedé sentada ante la puerta esperándolo con la vista nublada del dolor tan intenso, no podía ni pensar.

Todo lo de esa noche lo pensé después, al día siguiente, por ejemplo qué le habría dicho Fernando a su esposa.

Como a la media hora escuché un automóvil. Pitó discreto. Apreté el botón y los portones eléctricos se corrieron. Fernando entró con el auto. Apenas pude levantarme para abrirle la puerta. Él, con solicitud perfectamente profesional, preguntó qué pasaba. Le conté cómo me había despertado rabiando, casi ni podía hablar del dolor, muela quebrada y cuello tieso. Me pidió que encendiera una luz fuerte y me hizo abrir la boca. "Mmm, a lo mejor dañaste el nervio y por eso te duele tanto. Parece que tenés un problema grave de tensión muscular, una fibrositis". Me miró preocupado y agregó: "Traje varias ampollas de Voltarén. Si querés te inyecto. Te aliviará mucho". Le dije que sí.

Fuimos a mi habitación. Me pidió que me echara de costado sobre la cama. Sacó una jeringa desechable y empezó a prepararla. El olor del alcohol inundó el cuarto. En lugar de pedirme que me subiera mi larga pijama de seda china, puso su mano tibia y segura sobre mi nalga.

Tanteó. Cuando hubo escogido el lugar, él mismo, despacito, levantó la pijama. Luego bajó el breve bikini que yo siempre uso para dormir. “No te pongás tensa, me dijo, vas a ver que no duele nada nada”. Pasó su mano suave y diestra varias veces por la nalga y el contacto con sus dedos fue tan placentero que me puse eriza. “¿Qué pasa, tenés frío?” preguntó. “No, no tengo frío,” le dije bajito, “me siento muy bien”. Era verdad. A pesar del dolor y la piel de gallina, un calorcito suave me estaba invadiendo. De pronto dijo: “Es muy fácil poner una inyección en un trasero así”. Acto seguido me clavó la aguja. Ni la sentí. Cuando la sacó, tomó un algodón con alcohol y empezó a dar masaje. “El secreto para que no duela”, dijo, “es dar un masaje para que todo el líquido penetre y se absorba”. Utilizando el algodón con alcohol me dio un masaje muy prolongado en la nalga. Me di cuenta de que lo estaba disfrutando tanto o más que yo. “Relajate, Diana”, dijo con una sonrisa.

Yo suspiré y también sonreí. Al ratito me di vuelta, le quité la mano y me bajé la pijama. Sentí que había comenzado el efecto de la medicina. Se lo dije. Asintió con un “Sí, es casi instantáneo, una intramuscular bien puesta entra enseguida en el torrente sanguíneo”. Apagó la luz del cuarto y quedó sólo la pequeña del velador. Regresó a mi lado. Me dijo: “Antes de irme, déjame ver cómo está”. Me tomó suavemente y me dio la vuelta. Yo lo dejé hacer. Subió de nuevo la pijama china y me aconsejó que me quitara el bikini para no hacer presión sobre la nalga, “mal que bien inyectamos mucho líquido”.

Cuando estiré los brazos para quitarme el calzón, me detuvo: “No hagás esfuerzos, ya estás relajada, dejame quitártelo para que no te vuelva el dolor”. Me quitó el bikini con mucho cuidado. Luego, inesperadamente, me tomó por los hombros y despacito, delicadamente, preguntándome a cada segundo si me dolía, me volteó. Me miró el vientre, el pubis. Me dijo: “Sos una mujer preciosa”. Cuando escuché sus palabras sentí el cuerpo invadido otra vez por un intenso calor, un calor delicioso que se concentraba en la pelvis, en las caderas y me relajaba. Cerré los ojos y lo dejé mirarme. El dolor había desaparecido. Oí que su respiración se agitaba.

Sentí subir la crecida de la excitación, algo que nunca había experimentado en mi vida de adulta. Era la excitación tremenda que sentía cuando, niña, jugaba con mis primos al doctor.

Puso su mano en mi estómago, me acarició con dulzura, muy despacito. Me besó los muslos lentamente también. Yo sólo podía pensar "Qué es esta maravilla, qué es esta maravilla". Maravilla su aliento tibio entre mis piernas, maravilla sus ojos observándome, maravilla sus dedos demorándose con una lentitud infinita sobre mi piel. Luego siguieron los pechos, el cuello que se aflojó dócil, sin gota de tiesura. Estaba despertando todos los años, todos los siglos contenidos en la profundidad de la piel. Luego de horas de caricias desconocidas, pesó sobre mi cuerpo. Murmuraba a mi oído que me deseaba mucho, mucho, desde que me vio la primera vez en la televisión. Bajó con su boca otra vez, besándome enterita. Y fue entonces cuando llegó el clímax. Una ola de sangre y de fuego que me alzaba, me alzaba y me obligaba a morder, aruñar, arquearme en un espasmo violentísimo. Sentí que me perdía en el pasado, en la infancia.

Cuando me recuperé, Fernando me miraba sonriente. "¿Estás bien?" preguntó. Todavía me faltaba el aire. "Me parece que te hiperventilaste, pero tenés los labios rojos y estás muy bonita", dijo con ternura. Me di cuenta de que no se había desvestido. Lo miré con una interrogante en los ojos. Respondió: "No, no importa. Lo disfruté muchísimo. Además, se trataba de vos".

Hicimos el amor de nuevo. Esta vez sí se desvistió y todo pasó aún más despacio. Las caricias tan lentas se parecían mucho a la palabra agonía.

Nos dormimos. En la madrugada despertó sobresaltado. "Debo irme", murmuró. Me dio un beso muy tierno, muy largo, y me propuso abiertamente: "Deseo ser tu amante, Diana, tú único amante. Vos también serás la única para mí. Me gustás muchísimo". Estaba tan maravillada por lo que había vivido que le dije que sí.

Regresó Hugo y yo estrenando cuerpo, estrenando alivio, estrenando felicidad. Lo fui a buscar al aeropuerto. Cuando entramos a la casa, los chicos no habían llegado del colegio y me lo llevé al cuarto. A pesar de que eso podía despertarle sospechas, tomé la iniciativa. Pero sólo recibí un gran rechazo. "¿Qué te pasa, Diana? Yo vengo cansadísimo". Traté de convencerlo. Lo desvestí. Hice algo que según un artículo que había leído, a todos los hombres les gusta: tomé su pene entre mis labios. Claro que sí se excitó. Pero cuando yo traté de que hiciera lo

mismo conmigo, escupió con asco. "Cómo se te ocurre", dijo, "proponerme una cochinada semejante. Eso sólo las mariconas y los perros". Me paralicé. Pero él se había excitado. Me penetró como siempre, tres panzazos y ya.

Entonces la tarde que Fernando me llamó diciendo: "Me hace falta mi amante", a él corrí. Qué maravilla Fernando, qué delicia Fernando. No le daba asco ninguna parte de mi cuerpo, al contrario. Deseaba devorarme una vez y otra vez. No pensaba en él mismo. Se lo dije. "Claro que pienso", me contestó, "pienso sólo en mí mismo porque lo que más me gusta es darte placer, verte gozar, ver cómo tu cara se transforma y sentir esa fuerza de potro salvaje que se hiperventila. Y cuando te veo en la tele, con tu boca sensual hasta hace poco tan desaprovechada, me siento el más feliz de los hombres. Me dan ganas de gritarle a todo el mundo: esa boca tan linda me besa a mí".

No fue fácil inventar estrategias para vernos. Me tocaba armonizar una vida profesional absorbente y mis obligaciones y deberes en el hogar, con el fuego bendito. Tenía que inventar cosas. Ante mi salud devuelta preguntaba Hugo: "Diana, ¿cómo te quitaste el dolor?" Inventé un supuesto acupunturista chino y llamé sesiones de acupunturista a mis citas con Fernando.

Poco a poco le conté a Fernando mi vida. Le conté todo, mi frigidez, mi educación en colegios de monjas. Él me contó de su esposa enferma y de sus hijos ya grandes.

La relación con Fernando me devolvió la curiosidad. Leí todo lo que no había leído sobre sexo, sobre psicoanálisis.

Nos volvimos osados. Visitábamos juntos exposiciones, asistíamos a conferencias. Conversábamos mucho.

Pero un día me dijo: "Tenés que volar con tus propias alas, Dianita". Y yo sentí que se aproximaba el final. "Cómo, con mis propias alas". "Sí, tenés que dejar a Hugo". "¿Para casarme con vos?" "No, Diana, yo te expliqué desde el principio que no voy a dejar a mi esposa enferma, que prometí quedarme a su lado para toda la vida. Pero vos tenés que dejar a Hugo y aprender a estar sola".

Me dio una cólera horrible. Con qué derecho lo decía, él que no iba a quedarse solo nunca jamás. Estábamos en el cuarto de un hotel de montaña. Me vestí y lo dejé con la palabra en la boca.

Dejar a Hugo. Claro que era posible. Yo ganaba muy bien y ahora gozaba de salud suficiente para estabilizarme en unos pocos años. Los hijos terminarían aceptándolo, como habían aceptado mi profesión.

Pero no podía. No tenía la fuerza para dejar a Hugo a esta edad, después de tantas cosas, después de tanto tiempo. Sólo lo dejaría para casarme con Fernando y Fernando no quería. "No es que no quiera, es que no puedo", había dicho.

Pensé que en el fondo todos los hombres eran iguales. Cada uno a su manera terriblemente egoísta.

Entré a la casa taconeando fuerte, dispuesta a cortar con mi amante.

Hugo me esperaba con el rostro demudado. Tenía el rostro horrible, desencajado. Lívido. Agitaba en su mano unas fotos. "Puta", dijo lentamente, bajito, "la puta más puta de todo el país, a ver, ¿quién es ésta?" Y me tiró las fotos a la cara. Cayeron al suelo.

Con mucha calma las recogí y las miré. Éramos Fernando y yo, desnudos, en un río. El hermoso recuerdo me cerró la garganta de un ramalazo. Había sido bellísimo todo, ese día, en el río, el volcán. Fernando me había enseñado cosas que, en otro momento y con otra persona, me hubieran escandalizado. Me había enseñado a sentir cosas tan intensas, tan diferentes, utilizando partes del cuerpo generalmente consideradas para estos menesteres "contra natura". Y yo había descubierto que todas las partes del cuerpo sentían. Que el cuerpo, todo, todos sus orificios, habían sido creados para sentir. Había enervaciones en todo lo que Fernando llamaba "lugares de borde" y con sólo despertar esos bordes, esas mucosas, se llegaba al éxtasis. Ese día yo le había dicho, bajo el sol, muy seria: "Una mujer no tiene que ser Miss Mundo para ser feliz, no tiene ni siquiera que ser muy bonita. Creo que ahora sé, Fernando, que lo que hacen dos adultos conscientes y libres entre ellos voluntariamente no puede ser malo. El pecado entre dos adultos conscientes no existe. El pecado es cuando uno obliga al otro, o cuando el fuerte domina al débil". Y Fernando había reído por lo de pecado: "Nunca te quitarás esa educación religiosa, Diana", había dicho.

Así que ese día bajo el sol y en el agua me estaban siguiendo. Hugo mandó detectives a tomarme fotos. Habían tenido la paciencia de manejar tres horas hasta el volcán para encontrar el río de agua caliente

en el que deseaba sumergirme Fernando. Ese día el amor entre nosotros había vestido bellos pero extraños ropajes, los colores álgidos de la transgresión. Y los detectives no solamente lo habían visto sino que también lo habían fotografiado.

El golpe de Hugo me sacó del recuerdo. "¿Qué decís de eso, puta?" gritó después de pegarme. Acto seguido se desmoronó: "No entiendo, no entiendo por qué me destruiste, siempre me decías que éramos una familia feliz". Luego cambió de tono y expuso, gritando, que tenía todas las pruebas de mi adulterio, que había pedido el divorcio y la custodia de los hijos. Que yo ganaba bien y por lo tanto se negaba a darme pensión. Y que yo misma había traspasado la casa, el carro y la cuenta bancaria a su nombre.

—Yo no he hecho eso, —le dije espantada.

—Sí lo hiciste. Mirá, aquí está tu firma.

En eso recordé, como otro golpe al estómago, el día, varias semanas atrás, en que Hugo me había pedido las firmas. Yo había pasado la tarde con Fernando y estaba como en una nube. Me sentía muy culpable también. Es decir, que estaba en el estado de ánimo perfecto para darle a Hugo cualquier cosa que me pidiera. Lo que me había pedido eran tres firmitas para modificar algo de nuestra cuenta corriente conjunta. Y claro, firmé sin ver. Y ahora Hugo me estaba diciendo que las tres firmitas eran para darle a él la cuenta, el automóvil y la casa. Tenía razón, me había dejado sin nada.

Como Hugo se abalanzaba otra vez sobre mí para pegarme, salí corriendo. No deseaba enfrentarme a los hijos, no deseaba ver a nadie, solamente correr.

Me cansé de correr y llamé a Fernando. Le conté todo. Me dio inmediatamente el teléfono de una abogada psicóloga. La llamé. Le conté a grandes trazos lo que había pasado y me dio una cita a primera hora del día siguiente. Volví a llamar a Fernando. Me sentía pésimo, le pedí que durmiera conmigo. Me dijo que no podía, que su esposa estaba muy enferma esa noche.

Lo odié.

Pensé dormir donde mis padres pero Hugo seguramente le había contado ya todo a mi madre que estaría furiosa. Para ella el matrimonio

era una institución perfectamente sagrada, frigidez o no, incomprensión o no, violencia o no.

Lo que más me angustiaba era que Hugo le entregara todas esas fotos a la prensa. ¿Qué haría yo en ese caso? ¿Asegurar que era un fotomontaje? Pero como no era ningún fotomontaje cualquier experto podía desmentido. ¿Qué hacer? Me aterraba la sola idea de perder mi trabajo. Porque entonces no tendría con qué levantarme, con qué sobrevivir.

Fui a dormir a un hotel y del hotel llamé de nuevo a la abogada. Ella me dijo que Fernando la acababa de llamar con el mismo temor, y que sí, perfectamente Hugo podía aprovechar mi popularidad para terminar de arruinarme y de paso arruinar a Fernando. Sí, podía darles las fotos. En la de menos ya lo había hecho. Sí, adulterio era la figura jurídica. Y entonces me preguntó: "Diana, tenemos toda la sociedad patriarcal en contra, pero podemos pelear y ganar la batalla. Usted tiene una historia que es la de muchas de las mujeres de las encuestas, ese ochenta por ciento que no conoce el placer. El caso es difícil pero no es imposible. ¿Está usted dispuesta a luchar?"

—Bueno, es que no tengo otra salida. Es luchar o hundirme.

—Es verdad.

Colgué el teléfono. Llamé a Fernando y le di las gracias.

—¿Gracias de qué?

—De todo. No voy a verte más. Quiero ser valiente y enfrentar este asunto sola. Enfrentar toda mi vida sola.

—Pero tenés que saber que estaré siempre a tu lado para lo que necesites.

—Prefiero no verte.

Colgué y me dormí.

El ARTE CONCEPTUAL RUSO (TARDÍO)

Marcela Valdeavellano (1951)
Guatemala

Una gota amarilla con dos bichos congelados en la resina brillante y transparente que engalana el collar de oro. —Un ámbar báltico antiquísimo— le cuenta a su admirada interlocutora; —me lo regaló el comisario del *Musée d'Art Moderne de la Ville Paris*, Hans-Ultich Öbrist, en el viaje que hicimos juntos a Moscú y San Petersburgo para evaluar el movimiento conceptual ruso.

Esta conversación se lleva a cabo bajo el ardiente sol de Guanacaste y el mar proporciona un ritmo holgazán al coloquio.

—¡Sos todo un personaje!... —¿El comisario del *Musée d'Art Moderne de la Ville Paris* te regala un ámbar como ése?

—Pero eso no es lo importante querida, lo significativo es la visión que obtuve acerca de hacia dónde va el arte conceptual en Rusia, la dialéctica objeto/concepto que han desarrollado. Imaginate, si Rusia, con todo lo que ha pasado, ha logrado entrar de lleno en el lenguaje conceptual, ¿cómo es posible que aquí todavía estemos pintando?

—¡Ay, pero contame, contame! Yo de vos aprendo tanto, y alguna ideíta me prende fuego para mi próximo *performance*.

—Pues mirá, la deconstrucción de los actos artísticos frente al arte objetual, es evidente en la expresión de Sven Shanabrook, con su morgue de chocolates; Vitaly Komar y Alexei Melamid, que enseñan a los chimpancés y a los elefantes a pintar y a usar cámaras fotográficas; Nikita Alexeev, Konstantin Zvezdochetov, Elena Elagina, Igor Makarevich, Victor Pivovarov, Vadim Zakharov y Pavel Pepperstein, cuyo estricto conceptualismo ha sido una premisa en Moscú y los ha llevado a desarrollar un proyecto de seguimiento e iniciación ritual intitulado *"Esotericum"*; en San Petesburgo, los autores de álbumes-privados, Kabakov y Pivovarov, siguiendo una tradición, inician un movimiento erótico-testimonial que nos habla del cuerpo y sus motivaciones… Y nosotros aquí, ¡tan cerca de los gringos y tan lejos de lo conceptual! Cómo nos cuesta ponernos al día ¡tenemos cuarenta años de retraso en nuestros lenguajes visuales!

—Sí, tenés razón, ¡qué diablos hace la gente todavía haciendo figurativismo, siendo abstractos o haciendo gráfica! Eso ya no corresponde a los países civilizados. Pero además, ¡qué bárbara, qué memoria! ¿Cómo te podés acordar de todos esos nombres raros?

—Acordate que recibí el curso de mnemotécnica de Dale Carnegie para recordar cada artista y su movimiento plástico. Pero volviendo a nuestros lenguajes visuales, ¡es que seguir pintando en el Siglo xxi! Pero claro, se lo debemos a las instituciones, las galeriítas, los patronatos… ¡Ay, Dios! por eso dicen que cada país se merece su propia expresión cultural.

—Pero decime, contame… ¿está bueno el comisario ese del *Musée d'Art Moderne de la Ville Paris*?

—Gordita, ¡que soy una mujer casada y con hijos!

—¡No te hagás! Contame, si no, ¡no te cuento la última del Macho!

El sol chispea sobre el ámbar báltico y ambas se acomodan en las dormilonas bajo el techo de palma de la casa de playa, mientras piden a la mucama dos *Bavarias Light* bien frías, acompañadas con nachos y guacamol, no sin antes asegurarse que los chiquillos ya hayan almorzado hot-dogs con Cocas y que los maridos estén entretenidos viendo el partido de La Liga contra Saprissa.

A unos cuantos metros, un perro famélico mueve la cola.

GUAYACÁN DE MARZO

Bertalicia Peralta (1940)
Panamá

La noche hervía y el aire que entraba por los ojos abiertos de las paredes venía caliente, caliente como la sangre de los habitantes del pueblo.

Dorinda no dormía. Pensaba. No soñaba. A veces soñaba. Soñaba cosas lindas y dulces que nunca tuvo. Ahora no soñaba. No dormía. Sólo pensaba. Y los pensamientos eran como ramas de veranera que se le retorcían en la mente y le estrujaban los sesos y le hacían brillar en seco los ojos negros y rasgados. Se movió en el camastro. Fue un movimiento leve, pero sin embargo, el hombre a su lado pareció sentirlo porque se achicó más y trató de arrimarse. Dorinda lo esquivó. Sentía un asco infinito por ese cuerpo duro y sudado que durante tantos años había permanecido sobre el suyo, contra el suyo, exprimiéndole los senos, los muslos, jadeando sobre su vientre, rasgándole el mismo sexo, abriéndola siempre, abriéndola, tratando de destruirla, pensó. Se movió hacia el otro extremo del camastro.

“Vamos al baile”, le dijo un día, hacía mucho tiempo. Ella se le quedó mirando. ¿Qué se traía? “Vamos”, insistió él. Ella no fue. ¿Con quién iba a dejar a los tres angelitos que tenía en la casa? Había en el

pueblo muchas historias de malas madres que por irse a un baile habían abandonado a sus criaturas, solas, y algo terrible les había sucedido. Que si se habían lastimado, que si a una se le quemó la casa con los chiquillos adentro donde los había encerrado para más seguridad, que si luego un bruto había tumbado a una niña de sólo cinco o seis años. No. Ella no fue. Ella tenía que cuidar a sus hijos.

Pero vinieron otros bailes, y otros encuentros. Y él siempre persiguiéndola. Al recelo que al principio sintió le siguió una especie de costumbre. Se acostumbró a su presencia aunque hubo muchas cosas de él que no le acabaron de gustar. Su costumbre de pelear con sus hijos que no eran hijos de él. Su encono para mirarlos, para hablarles. Y luego, su astucia, esa actitud ladina para disimular cuando veía que ella se daba cuenta. Era como estar jugando a la zorra y la gallina. Ella sentía que él la quería para sí, y por eso estaba dispuesta a engañarla haciéndola ver que le gustaban los mocosos. Pero ella sabía que no.

Y el aguardiente. Cuando estaba bueno trabajaba bien. Se aguantaba. Hasta tenía sus momentos de buenazo, de tierno, de miradas lánguidas que precedían a la tumbada en cualquier monte, a la gozada bajo el cielo despejado, a los forcejeos y retozones, lejos de la casa. A él le gustaba así. Hasta que se fue para la casa de ella. Y vivieron juntos y fueron muy felices. No. Dorinda se rió bajito. "Y fueron muy felices" era el final de los cuentos que siempre le leyeron en la escuela, allá, hacía muchos años, cuando era niña y su abuela la mandó a la escuela, hasta segundo grado. Felices, sí, para qué negarlo, a veces, un poquito. Cuando él cogía plata, cuando iban a algún baile y antes de emborracharse él la abrazaba suave. Pero duraba poco. A medida que iba tomando, iba perdiendo el cerebro, y la apretujaba entre los brazos, sólo por no caerse el muy pendejo, y la celaba con todos los hombres y luego ella tenía que irse sola a la casa y esperarlo a que llegara como un bruto a echársele encima, a querer forzarla, ya sin ánimos, sin fuerzas, porque de borracho se dormía hasta el día siguiente cuando el sol ya había caminado la mitad de la jornada.

Dorinda se levantó. Salió de la casa. Hacía más fresco afuera. Marzo tenía la tierra caliente, el aire caliente, las sangres calientes. Buscó un poco de agua en la tinaja. Estaba fresca. Lo peor fue cuando inventó lo de los hijos. Ahora quería hijos. Hijos de él porque los otros no lo eran. Y

ella sabía que los odiaba. Sobre todo a la hembrita. Y ella no iba a tener más hijos. Ya lo tenía bien averiguado en el centro de salud. El doctor le había aconsejado y ya sabía lo que tenía que hacer. Pero por más que trató, se embarazó de nuevo. No dijo nada pero él se dio cuenta. La barriga empezó a estirarse, los pechos a llenarse, los ojos a hundirse más. Él supo. Y lo dijo a todo el mundo. Y fue una semana de borrachera.

"¿Con qué tendremos familia, Dorinda?", le dijeron las gentes del pueblo.

"No creas, son puros cuentos", había dicho ella.

"Humm, ¿y esa barriguita? Ya es como de tres meses, ¿no?"

"Que no, te digo, yo no paro más", dijo.

Dorinda recibió el aire fresco de la noche. El cielo estaba oscuro. Ni una estrella. Una negrura espléndida cubría la tierra entera. Se recogió el pelo en un moño, hacia arriba.

"¿Para qué te pusiste a regar esa noticia? —le dijo al hombre— No habrá más hijos, me lo voy a sacar". Y lo dijo pausada, pensadamente. Los otros tres estaban fuera de la casa. Él estaba recostado en la hamaca. Fumaba. Ella pilaba. Despacio, rítmicamente. El vientre pegado a la orilla del pilón. Los brazos subían y bajaban con fuerza, con seguridad.

"¿Estás loca?", y sin que ella pudiera sospecharlo se le abalanzó encima, la agarró por los hombros, la volteó, la miró a los ojos como una fiera y le dijo:

"¿Estás loca? Como lo hagas te mato. ¡Te mato!", y se fue. Se emborrachó esa noche, nuevamente. Y cantó. Por vez primera Dorinda tuvo miedo. Lo haría. Era un bruto y lo haría. Era un bruto y no se daba cuenta que no alcanzaba nada en la casa. Que ella trabajaba todo el día y casi toda la noche. A él no le importaba. Total, "no son mis hijos", le decía siempre. Y los muchachos crecían y tendrían que ir a la escuela. Completa. No era verdad que se iban a quedar igual de brutos que él y ella. Empezó a pensar. Calculó día y noche. Empezó a hacer cuentas de las ventajas que había tenido con él. No había ninguna. Todo lo contrario. Había envejecido como diez años en los dos que habían pasado desde la primera noche que se entró en su casa.

Dorina se alejó despacio. Hacia la quebrada, ya casi seca por el verano. Hizo todo como lo habían dicho. Y a la quebrada se llevó la sangre que manó de su sexo mientras ella aguantaba, acuclillada.

Luego se recostó en la hierba para recuperar las fuerzas. Las lágrimas corrieron impetuosas y le cegaron la visión y le ardieron los ojos como si le hubiera caído sal en ellos. Bramó. Sentía una pena tan honda, tan suya, había estado siempre esa pena tan allí, que no se había dado cuenta nunca de ella. Lloró hasta quedar libre. Se incorporó y se acercó despacio hacia la casa.

El hombre dormía. También lo había preparado. Ni aunque hubiera un incendio se despertaría. Los hijos no estaban. Los había enviado donde su hermana "para que se conocieran mejor con los primos", como si eso hiciera falta en ese sitio.

Dorinda se acercó al camastro. El hombre sudaba. Recordó las veces que había sudado sobre ella, tratando de arrebatarle sus propias entrañas. No haría ninguna falta. Nunca le había hecho en realidad ninguna falta. Y ella lo conocía bien. Era duro de carácter. Si había dicho que la mataría, lo haría. Pero ella no iba a permitirlo. No. Ya no. Dorinda ya no permitiría algunas cosas en la vida. Y eso sí que nadie lo sabía aún. Se acercó al hombre. Lo palpó. Lo zarandeó. Lo empujó. Estaba como muerto. Pero ella sabía que estaba vivo. Sólo bien dormido.

Con calma se acercó a la cocina. Tomó el cuchillo y lo apretó con fuerza por el mango. Lo hundió varias veces en el corazón del hombre. La sangre corrió a raudales, primero con ímpetu. Luego más despacio, hasta que se paró. Mucha sangre. Olía. Se aseguró que estuviera muerto. Le clavó aún tres veces más el cuchillo en el cuerpo. La noche seguía caliente y oscura. Cerró entonces las ventanas y encendió una lámpara muy tenue. Trató de mover al muerto, pero se dio cuenta de que era muy pesado para ella sola. Entonces se acomodó y empezó a descuartizarlo. Primero la cabeza, luego los brazos, las piernas. Pedacito a pedacito. Cuando lo tuvo todo en pequeños trozos. Lo metió en un saco de henequén y lo amarró con un bejuco. Lo arrastró hacia fuera de la casa. Buscó el caballo y lo amarró a la cincha. Luego se montó y arrastró el saco de henequén hacia el potrero que quedaba atrás del cerro. Cuando llegó, su rostro estaba fresco. Sus ojos hundidos tenían el brillo misterioso de siempre. Cavó lo más hondo que pudo. Su cuerpo, acostumbrado al trabajo rudo del campo, obedecía a los impulsos de su cerebro. Metió el saco de henequén y volvió a echar la tierra encima. Sembró un guayacán, y regresó a la casa.

El resto de la noche lo pasó limpiando cuidadosamente todas las manchas de sangre. Le molestaba el olor que parecía pegado a la tierra, a las paredes, al camastro.

La mañana amaneció clara y radiante. Dorinda fue temprano a la quebrada a lavar sus sábanas. Encontró a otras mujeres allí.

"¿Y, Dorinda, qué hay de la criatura?", le dijo una de ellas.

"¿No te dije que eran puras habladurías?" contestó. "¡A mí no hay hombre que me preñe!".

"¿Y el Jacinto?" preguntaron, por preguntar, por decir algo mientras aporreaban la ropa contra las piedras.

"Se fue esta madrugada", dijo Dorinda. "Dijo que iba a ver si encontraba trabajo en la Zona. Y que si no encontraba, se embarcaría de marino. A lo mejor ni regresa más".

Como estaban en marzo, y Dorinda quería que el guayacán creciera alto y lleno de flores, todos los días fue con sus hijos a regar la pequeña mata.

La sensualidad como espacio de resistencia: la propia mirada y la mirada de los otros

Bendícenos, madre, porque somos tus criaturas.
Bendice nuestros ojos para que veamos la belleza invisible.
Bendice la nariz para oler tus perfumes.
Bendícenos la boca para que digamos las palabras mágicas.
Bendícenos el pecho para que lata nuestro corazón
en armonía con las plantas.
Bendice nuestras piernas,
bendice nuestros sexos creadores de la vida.
Bendice nuestros pies para que bailen
la alegría de la cosquilla.
Bendice esta noche para que la luz venga hasta aquí
y la que no tiene madre encuentre su ombligo.

"Canto de llamada a la madre antigua"
Sofía de los presagios, Gioconda Belli

DESAPARECIDA

Ivonne Recinos (1953)

Guatemala

Es un amplio cuarto cerrado, la ventana con una cortina vaporosa, deja pasar la luz tenuemente. Ella, recién bañada y parada desnuda frente al espejo, observa su figura reflejada. El perfume del jabón inunda el ámbito. Los ojos se detienen en los pies blancos y delgados que se unen a las piernas por unos fuertes tobillos. Las rodillas, redondas y de piel tersa, resaltan unos muslos gruesos y duros. La piel se refleja en el espejo con tonos de luz celestes, blancos y amarillos. El perfume del jabón inunda el ámbito. Ella mira su vientre semi convexo cubierto por un vello fino, casi transparente, lo siente tibio, unido a una cintura angosta que remata las caderas redondas cuyos límites se difuminan con la luz y los objetos reflejados en el espejo frío. El perfume del jabón inunda el ámbito. El pecho y los dos senos anudados por una rosa, van pasando del suave mate de la piel, a un brillante liso casi plano, poco sonoro. Los ojos buscan oquedades en el cuerpo y se detienen en los hombros y en los brazos tersos que se han tornado fríos, y pareciera que no hay límite entre ellos y la luz y los reflejos. El perfume del jabón casi no se siente. El cuerpo es ahora luminoso y se puede reflejar la luz, los colores y los otros cuerpos. El

cuello es plano y el perfume ha quedado fuera de él. La boca es dura y la nariz sólo líneas. Los ojos ven el cuarto: la cama deshecha, las flores, el libro y el reloj sobre una mesa, una lámpara apagada en otra, los tapetes, las cortinas que se mueven. La luz casi no alcanza ya a herir la imagen del cuerpo en el espejo. El perfume del jabón ya no se siente. Una toalla que se deslizó de un cuerpo, ha quedado sola sobre la alfombra frente al espejo. Los objetos del cuarto se ven poco claros, los ojos miran con angustia que la luz va haciéndose más tenue, la cortina se mueve, la imagen del espejo va tornándose difusa. El perfume no se siente. La luz se va desvaneciendo más y más y, cuando todo ha quedado a oscuras y el espejo es sólo una sombra opaca, se escucha un grito dentro de él.

ORGASMO

Marta Rodríguez

Costa Rica

Comenzó mirando su cara en el espejo al tiempo en que creía ver a alguien más, estaba cambiando.

Hay mujeres quienes conforme pasan los años empiezan a ver a sus madres reflejadas en ellos, ése no era su caso, simplemente ese día, con todo y las aún incipientes arrugas, se gustaba más...

Sus pechos aún firmes y apetitosos disculpaban cualquier exceso de redondez en su cuerpo. Se tocó las nalgas mirándolas de medio lado, tiró la bata al suelo y abrió la puerta.

Agua caliente y sensualmente perfumada, el vapor inundaba el cuarto, después de un suspiro, se recostó cerrando los ojos.

Maravilloso se sentía el restregar los pies jabonosos, uno contra el otro debajo del agua.

Sin querer pero deseándolo, separó sus piernas contrayendo los músculos de su sexo. Comenzó a pensar en él.

Al tiempo que acariciaba sus pezones ayudándolos a erguirse, su cuerpo se llenaba de ganas de ser tocada, de ser penetrada. Si el clítoris tuviera cerebro habría pensado en el desperdicio. Su cuerpo se erizó

contrariando la temperatura del agua. Suavemente bajó su mano sin dejar de acariciarse, fantaseaba sobre lo que estarían haciendo juntos al verse otra vez, recordando lo que tantas veces había disfrutado.

Con su mano abajo contradijo su pene de mujer apretando fuertemente los labios, haciendo que se rebelara de placer.

Los ojos cerrados, mordiéndose la boca, imágenes placenteras de lo que deseaba no paraban en su cabeza. ¿Cómo sería esta vez? ¿Localizado en un solo punto o revelado con olas recorriendo su cuerpo? El solo pensamiento de alcanzarlo le impedía llegar, lo deseaba mucho, mas no quería terminar.

Igual que cuando el hierro azota la campana provocando ondas, entre más fuerte se trata, mayores las ondas serán, fuerza y distancia para lograrlo.

Concentración, deseo, imaginación, el toqueteo adecuado. Explosión del fuego de la pólvora en la noche de su vientre, mientras paría aquel sobrante que en su cuerpo se introdujo en forma de deseo. Oleada de placer que comenzó en el nudo de su clítoris para desatarse con violencia en el recorrido por su cuerpo hasta azotarle el pecho. Oídos aturdidos, lengua adormecida, garganta seca deliraba gimiendo de placer.

Los ojos aún vidriosos enseñando su alma, con pequeños espasmos sacudían las piernas. Sonrió como sólo lo hacen los seres libres de verdad.

PUNTO G

Jessica Isla (1974)

Honduras

A mis amigas y… al Gordo, por supuesto.

Mi primer orgasmo, me agarró de pura casualidad. Adolescente y enamorada, poco sabía de las virtudes del amor y el sexo, no más de lo que mis pensamientos afiebrados me permitían: encerrarme en mi cuarto, cerrar los ojos e imaginar escenas lascivas de besos, cuerpos desnudos y humedad, mientras notaba cómo un calor intenso se iba adueñando de mis miembros y rogaba que no me entrara la fiebre, porque entonces tendría que inventar la una y mil excusas para justificar la calentura.

Ese día, concretamente esa noche pensaba en él. En la cama por supuesto. Y mientras mis fantasías rodeaban mi cuerpo, empecé a tocarme lentamente los senos y bajé hasta el ombligo y el vientre, deteniéndome un poco cada vez. Luego encontré el monte de Venus y mis dedos bajaron audaces hasta los labios mayores, acariciándolos poco a poco, saboreando el momento, mientras yo misma me decía dulces palabras de amor. Y de pronto me detuve. Como en un flash, recordé la vez que

mi madre me sorprendió tocándome la vulva y me regañó fuertemente: ¡Las niñas no hacen eso! ¡Eso es malo! ¡Uno se toca eso sólo para bañarse! Pensé qué cosa podía ser tan mala como para referirse a ella como "eso", así que no le hice caso y lo intenté otra vez. Y otra. Hasta que mi madre me pescó por el olor de mis manos, tus manos huelen raro dijo, me las tomó de improviso y las llevó a su nariz, olfateándolas, como gata salvaje. Luego me pegó en las manos y me dijo que si volvía a sorprenderme en esa clase de actos me iba a ir peor, así que me envió a lavarme las manos, con la impronta advertencia de que "las madres todo lo sabemos"; sin embargo, yo aprendí una cosa: cuidado con los olores. En especial con ese olor dulce y picante que delataba la presencia de mis manos entre las piernas.

El resto lo hizo la escuela de monjas, "Dios está en todas partes, por mucho que te escondas, por muy oscuro que sea el lugar donde estés, ahí está Dios viéndote". No fue tanto el temor de que Dios me viera haciendo algo incorrecto, sino la idea de un Dios voyerista que perdía el tiempo espiando esa clase de acciones, mientras había cosas más importantes que supervisar, me molestó. Y no lo volví a intentar, hasta ese día.

Después de la reflexión, seguí, deseché todas las ideas de un plumazo diciéndome que ahora que estaba grande y enamorada bien podía enfrentar algún tipo de acusaciones formales. Y encontré mi pedacito redondo y rosado, que me había causado tantas sensaciones inciertas de pequeña. Empecé a jugar con él, primero de pasadita, luego con movimientos circulares, mientras una sensación desconocida de las entrañas, me iba subiendo por el vientre, pidiéndome más, cada vez más. Paré y seguí, intermitentemente, hasta que exploté. Me estremecí y quedé agotada, con la boca seca, sin saber qué hacer o qué decir. Un escalofrío recorría mi espalda, mientras observaba las diminutas gotas de sudor que aparecían en mi cuerpo, y noté algo más. Ya no tenía calentura.

Desde entonces, la masturbación fue mi consabido remedio para las alteraciones bruscas de temperatura y para las ansiedades más recurrentes, así como una eficaz alternativa contra:

A: Malos amantes.
B: Novios acosadores y/o con instintos violentos.

C: Eyaculadores precoces.
D: Rupturas imprevistas de condón y embarazos no deseados.

En los años subsiguientes se inició una búsqueda frenética por encontrar el punto G: en los libros, en las conversaciones de las amigas, en una rueda colectiva donde cada una presentaba los sonidos onomatopéyicos que representaba el orgasmo: gemidos audaces o fuertes y roncos, pujidos, la mayoría de las veces, casi bramidos salvajes. Nada parecido a la hilera de gritos histéricos que emiten las mujeres en la televisión.

Probé con las láminas y los amantes. Me explico: por un lado miraba atentamente las láminas de biología, para ver en qué punto según las referencias bibliográficas se encontraba el punto G. Desde allí, les decía a los amantes: allí no, un poco más arriba, de este lado, sí, tal vez allí. Y con los años y el tiempo jamás pude encontrarme el dichoso punto que con sólo tocarlo, me haría estremecer de placer y tener múltiples orgasmos. Nada de eso.

Hasta que conocí al "Gordo", en un bar (que es mejor que decir que lo conocí en una aburrida reunión política de objetores de conciencia) y cosa rara, estuvimos hablando durante horas, casi hasta el amanecer. Lo nuestro se convirtió en una relación de placer por compañía. Nada más. Sin sexo. Y me hacía reír, lo confieso, una cualidad rara en un hombre. Alguien que esté contigo para hacer que te sientas bien, para festejar la vida, nada más. Por ese entonces tenía un novio con el cual hacía las cosas formales, que deben hacer las chicas formales: salir con ellos, visitar a las familias, conversar obligadamente y llegar hasta un punto en el cual tenía que decir que no, que todavía no, que un poco más arriba, pero que nada de penetración, por si las dudas. Toda esa renuencia, equivalía a años de decepción y frustraciones, de promesas de matrimonio, casas, hijos y trabajos, pero ningún indicio del famoso punto G.

Así que decidí, en las noches de insomnio por las calenturas mal habidas y nunca saciadas, que nada perdía en mi investigación, probar con el Gordo, ya que le tenía tanta confianza y le había agarrado tanto cariño, lo que saliera mal podría remediarse con risas solapadas, con vergüenza, pero siempre con un toque de humor. Cuando se lo propuse

fue incómodo, con un silencio y un abrazo de convencimiento a medias. Apagamos la luz del cuarto, su cuarto, porque era yo quien había ido a su cuarto, mientras tratábamos de mirarnos en las sombras y adivinarnos como dos animales que miden sus distancias. Poco a poco nos fuimos acercando entre besos y caricias, un beso húmedo y cálido a la vez, sus dedos empezaron a hacerme cosquillas en el cuello y me solté a reír mientras la imagen del novio formal, pasaba a formar parte de un conjunto borroso de algún punto en el vacío. Sus manos revolotearon sobre mi cuerpo, deteniéndose en las zonas más sensibles de mi cuerpo, en la espalda, en la base del cuello, en mis labios, en mi cara. Él dibujo mi cara con sus manos. Yo las besé. Y paso a paso, me llevó a un mundo de sensaciones que sólo tenían sentido, por primera vez, si estaban con él. Avancé por un camino brillante y desconocido, lleno de olores picantes, saliva y desnudez.

De pronto sentí que me consumía en un fuego misterioso, mi boca no era mía, mis manos tampoco eran mías, ni mis pies, ni mis dedos, ni siquiera mi voz y me convertí en un manojo sudoroso de nervios pegados a la otra persona, en una especie de simbiosis donde todo era uno y donde quería ser subsumida, sin parar hasta el fin. Una parte de mí notó que mi cuerpo temblaba de una forma incontenible. Él acabó y yo todavía temblaba ¿cómo te fue?, me susurró a lo lejos. Todavía no, le respondí. Entonces bajó sus manos hasta mi pequeño tesoro rosado y sonriendo me explicó: "te ayudo". Y fue entonces, con sus manos y las mías, que me perdí en un mar de gozo, desde donde una niña pequeña me miraba y le tendía la mano a la mujer, que eran una sola. De una u otra manera me hallé parada en medio del sol, deseando ser el sol, implorando con una sonrisa por la luz y el calor.

Di la vuelta y me acurruqué junto a él, guarnecida y de ese modo supe que de alguna manera mi búsqueda había tomado una senda diferente. Ya no serían las láminas, ni los libros de texto, ni los comentarios fugaces los que aliviarían mi curiosidad, sino un mundo de diferentes sensaciones. No necesitaría buscar los colores que habían empezado a abrirse paso dentro de mi cuerpo, una pintura, un espejo donde estaría reflejada y me observaría sin vendajes, desnuda y voluptuosa, irreverente y confiada, sosteniendo entre mis manos las reservas inagotables, cotidianas del placer.

DOS

Ligia Rubio-White (1950)

Guatemala

La luz de la luna ilumina la ventana. Una joven se asoma y la admira.

Más tarde, ella se encuentra bajo un farol del alumbrado público. Un hombre se detiene, le susurra algo al oído y ella le pide fuego. Llegan a un entendimiento y se dirigen lentamente a su destino.

Ella siente junto a sí el calor del cuerpo del hombre y todo su ser se estremece en respuesta.

Entran a una habitación cualquiera y ambos se ven envueltos en un torbellino de pasión… caricias y besos… el preámbulo al encuentro total de sus cuerpos. Él apaga la luz y entonces, se escucha una voz que dice con premura:

“Sor Ángela, Sor Ángela, despierte y apresúrese que llegamos tarde, ya sonó la campana de Maitines”.

MONJA DE CLAUSURA

Ana María Rodas (1937)

Guatemala

Recuerdo que pegué la mejilla al muro frío, esperando que la voz de Raúl me dijera alguna singraciada de ésas que sueltan cuando uno está consciente de lo que hace.

Afuera, las flores de la bugambilias hervían al sol. Reina, muy en su papel de guía, explicaba por qué un susurro de aquella esquina llegaba perfectamente hasta esta otra, donde yo estaba esperando un "¿Me escuchás?" Sin mayores consecuencias.

Oí un gemido y volví la cabeza. Raúl utilizaba las manos como bocina para pasarme un mensaje, despedazado por dos o tres accesos de risa y pensé que me estaba tomando el pelo. Me acerqué de nuevo a la columna y esta vez, una serie entrecortada de gemidos y jadeos me erizó la piel, como cuando un hombre le pasa a una con suavidad los dedos por los pechos. El primer impulso fue retirarme, pero la sensualidad pudo más que el asombro y ajusté el torso a la columna, erizada de esquinas que vinieron a incrustárseme en el vientre.

En ese momento Sigfrid dijo algo y su voz clara apagó los murmullos que bajaban por los muros. Diana ocupó mi lugar y caminé entre la tierra suelta del piso de la iglesia en ruinas, perpleja y excitada.

—¿Qué me dijiste, Raúl, que no logré entenderte?

—Puras babosadas.

—Vos te reías, me estabas tonteando. ¿O no?

—No, me reí porque vos no contestaste. Si hubieras oído a lo mejor me habrías insultado.

—¿Por qué?

—No, por nada. Te dije algo en latín.

Reina se puso a hacer trazos en el polvo del suelo para explicar el por qué del milagro de la acústica inusual. A mí me pareció que iba a pronunciar encantamientos y aunque me acuclillé para escucharla, hice, con el pulgar y el índice, la señal de la cruz, como cuando era pequeña y la oscuridad de mi cuarto me hacía pensar en el diablo.

Me sujeté de los muslos. Mis compañeros escuchaban embelesados la historia de los costillares que atraviesan la bóveda, del aire que sube de la cripta. Yo quería levantarme y regresar al muro para sentir otra vez las delicias del deseo.

Llegaron unos turistas y tuvimos que seguir el recorrido. La grama del jardín, verde en época de lluvia, estaba seca y susurraba bajo nuestras pisadas. Serpiente hirviendo, pensé, y metí mis manos al agua de la fuente esperando hallarla fresca, pero el líquido, espeso de líquenes y algas, quemaba un poco menos que el aire del ambiente.

Raúl y Julio explicaban cómo era aquello del tormento por el agua.

—Te encerraban en ese espacio diminuto.

—Y te dejaban allí, bajo la gota perenne de agua. Día y noche.

—Durante semanas. Tal vez meses.

Me atreví a decir que eso parecía un cuento de hadas.

—No, era cierto. Y en el claustro de Capuchinas es donde mejor pueden verse los nichos de tortura.

El sol caía a pico. Si hubiera levantado la vista, habría quedado enceguecida por algunos instantes. Paramos bajo un arco y la nuca de David me quedó cerca. Entre la temperatura y el olor que despedían su piel, su ensortijado cabello, deseé estar de nuevo pegada a las paredes susurrantes de la iglesia. No aquí, a plena luz, maniatada por las convenciones. Encerrada para siempre entre las buenas costumbres. Atrapada. Para siempre. Empantanada en esta sensación de impotencia. Reprimida. Para siempre.

La ropa me envuelve desde el pelo recortado malamente. Me sofoca, me apelmaza, me asfixia, machaca mi carne. Me constriñe hasta las puntas de los dedos, apretujados entre estos zapatos de hombre que ocultan mis pies blancos, delicados. Las flores del jardín, aprisionadas por raíces, son más libres que yo, que debo arrastrarme acompañada hasta ese corredor donde me espera la sombra. Del coro alto llega el sonido de un órgano que murmura cosas de Dios. Hierve, ronronea, silba y jadea bajo unas manos desconocidas, que imagino trenzadas con mis dedos. Suaves y estrujantes por momentos, alternando la caricia y la opresión. Entro al pasillo fresco y voy quedándome a la zaga del grupo. No aguanto más, me quito los zapatos y sintiendo la desfachatez del piso enlosado que va lamiendo las plantas de mis pies, me acerco al muro, a la columna esa, la prohibida, y froto contra ella los botones erguidos en las puntas de mis pechos, la hendidura quemante que llevo entre las piernas, esas piernas que se raspan con lo áspero de la tela, y me muero, entre gemidos y susurros, por sentir una vez, aunque sea una sola vez, la barba acariciante de un hombre que abra mis piernas y sepulte, entre esos labios, su lengua de serpiente larga y movediza.

Volví en mí con los calzones mojados y me di cuenta que estaba prendida a la columna. Mis amigos me buscaban.

—¡Inés! ¿Por dónde andás?

Bajé los escalones de la cripta para intentar serenarme. No quería que nadie viera mis mejillas rojas, delatantes. Pero mientras iba descendiendo, la lujuria se aposentó en mi cuerpo. Atrapada en la red de mis propias fantasías, enfebrecida, alucinada, me vi arrodillada para siempre ante un altar desde el cual me miraba de reojo, cómplice, un Cristo que agoniza eternamente clavado en una cruz. Me santigüé ligero y repetir el viejo ritual me dio un respiro. Yo era yo, la que en las noches se aferra con todas sus fuerzas al cuerpo delgado y blanco de David, para entender que los caminos de Dios son misteriosos, que el amor hace olvidar la finitud antes que el día vaya a incrustarse en el vientre último de la noche.

Siénteme ahora, con estos pechos cargados de deseo. ¿Quién va a atravesar esos muros, esos lienzos de negro terciopelo? ¿Quién va a atreverse a venir a la cita nocturna a esta columna, recia y dura como el ariete con que sueño? ¿Quién va a darle libertad a esa pez rojiza que navega por mi vientre?

Temblorosa, huí de la cripta. ¿Dónde vivían para siempre esas mujeres separadas del mundo? ¿Quién puede huir de sus deseos?

—Inés, dejá de jugar al escondite, ¡ya estás vieja para eso!

Salí otra vez al sol y David se había sentado a encender un cigarrillo. Otra vez, su nuca excitante, peligrosa. Yo, construida a pedazos y junturas, luchando contra la carne, le pedí ayuda a Julio con los ojos. Me echó el brazo sobre el hombro, paternal y callado.

—Te perdiste toda la explicación de las torturas.

—Es muy sencilla, en realidad. Y no era tanto por castigar lo que se hacía, sino por sublimar los pensamientos.

—Nada de coger.

—¿Vos creés eso de la pobreza, obediencia y castidad?

—Ellos lo creían. Que lo hicieran o no, era otra cosa.

—¿Pero ellas?

—No les quedaba otro remedio.

Me paro frente al arco, ese arco que voy a atravesar para siempre. Detrás de él me esperan el silencio y el encierro. Ya no lloro. Sé que puedo regresar cada noche, en el sueño, al lugar donde sus ojos oscuros incendiaron mi piel. Con qué pasión observé, a la luz de aquella veladora, el oscurecido miembro erecto, recorrido por venas azuladas. Con qué mezcla de dolor y de deseo lo vi hundirse entre mi vientre. Con qué asombro y arrobo me asomé a su rostro redentor, mientras los cuerpos se azotaban contra el suelo. Salvada del agostamiento prematuro, del acartonamiento precoz, de la mustia castidad forzada. Profanación, pensé más tarde, cuando por mis piernas escurría la leche de su sexo. Y de nuevo mis pechos se irguieron en lo oscuro, recordando su boca. No he de amamantar a nadie más de hoy en adelante. Me espera el arco, ése que ahora voy a atravesar de una vez por todas, porque ya no habrá otro milagro.

Apoyada en el costado del arco, herida por aquellas sensaciones, contemplé los muros en ruinas, la hierba tostada, percibí el sonido de la fuente que espumaba y vibraba bajo el sol de cuaresma.

—¡Inés! Vení que vamos a tomar una cerveza. ¿Qué hacés ahí, pegada a esa pared?

—Escuchando, respondí, y pasé bajo el arco.

PARÁBOLA DEL EDÉN IMPOSIBLE

Rima de Vallbona (1931)

Costa Rica

En charlas triviales con las amigas lo oyó por primera vez y al principio no pudo creerlo. En realidad era como si no lo hubiese escuchado porque lo que le dijeron no rozó nunca ni siquiera la epidermis de su espíritu. Pero después ellas, las amigas, lo repitieron de diferentes maneras y todas las que lo decían, llevaban una estrella profunda y azul en el ojo derecho. No fueron las palabras, no, fue la estrella la que de pronto agitó su espíritu adormecido por la rutina mecánica del quehacer doméstico, ese quehacer convertido por ella en un rito sagrado, red tejida con minuciosidad para envolverse a sí misma protectoramente contra todo lo demás, contra lo que no fuera su ahora, su limpia-casa, barre-suelos, cambia-pañales, lavaplatos, marido-en-la-cama, y final-de-día-vacío-rota-toda-por-dentro. Eran muchos años los que llevaba con la sensación de tener los resortes todos sueltos, como esos juguetes que ya no son juguetes porque se les han despegado tuercas, tornillos, cuerdas, piezas, pero siguen ahí, entre los otros juguetes que continúan el juego.

Cuando al fin lo escuchó con sus oídos internos y descubrió la estrella profunda y azul en el ojo derecho de las pocas iniciadas, ella

comprendió por primera vez que su planeta de cotidianidades era un infierno donde había vivido en plena conformidad, enterrada viva por años, siglos, milenios, cumpliendo con el quehacer de Sísifo. Quiso entonces salir, hizo un esfuerzo sobrehumano por romper la malla de cotidianidades de su infierno, pero fue inútil, se sintió más prisionera que nunca: se quedó quietecita, exhausta, espiándolo todo desde su oscuridad-infierno-sin-estrella. Desde ahí escuchaba a las otras. Ellas sí eran mujeres completas que podían morir sonriendo porque habían conocido el paraíso. Ella, en cambio moriría con una mueca de asco y horror, comprimidamente pequeña dentro del infierno ritual de su vida cotidiana.

Hacía mucho algunas mujeres habían dejado ya ese paraíso, se les notaba en las arrugas de su tez y en el cansancio flácido de sus pechos, pero el rescoldo de estrella azul en el fondo del ojo delataba que un día habían sido mujeres completas, no un perfil medio diseñado como ella.

Adivinó que para llegar al paraíso soñado había de atravesar una distancia infinita en nave de pétalos nuevos de rosa. Comenzó a construir la nave minuciosamente, cuidándose de la primera tabla, del primer clavo. Escogió su tamaño, color, forma. Inútil: clavos, tablas, rosas, eran sólo un montón negro y repugnante que nunca formarían la nave-soñada-hacia-el-paraíso.

Las de la estrella en el ojo derecho siguieron poblando sus ansias de plenitud-paraíso. Su resignación entonces dejó de conformarse con el rito de Sísifo y comenzó a salirse del tamaño diminuto y comprimido, para vagar por las regiones del sueño: navegó por mares de plata y oro hasta islas bucólicas donde las cascadas hacían eco al eco del amor y los cuerpos desnudamente puros se entregaban a placeres desconocidos para ella.

Entró en el círculo de los placeres y tuvo la premonición del éxtasis-paraíso, pero eran sueños y el alma despertaba agotada, deseando ese paraíso, anhelándolo más y más cada día.

Cuando al fin logró construir la nave de pétalos nuevos de rosa —¿fue también en sueños?—, en medio de las aguas se disolvió… sólo dejó círculos concéntricos y la angustia de tener que nadar a la orilla, la única que conocía, para salvarse… volver al rito de Sísifo, continuar vacía, incompleta.

Acudieron en su ayuda hombres, varios hombres sin cara, sin nombre. Al verlos, sabía que iban a diluirse antes de llegar a ella, como realmente se diluyeron… más bien se desmoronaron como las cosas viejas que no resisten ni el contacto del aire.

Por eso cuando apareció él, todo cara, cuerpo, carne, músculo y hueso, y le dio la mano en aquella fiesta aburrida de diálogos que ensanchaban las distancias entre las personas, ella supo que él sería el único que podría construir la nave, izar las velas rumbo al paraíso-plenitud, y llegar.

En verdad fue él quien la construyó y mientras crecía el volumen de la nave, a ella le crecía la impaciencia y alzaba los ojos al cielo en busca de la estrella azul que iba a quedarse prendida a sus pupilas. En todo su cuerpo de tierra árida, pedregosa y llena de espinas, comenzaron a agitarse inquietas las semillitas del placer anticipado. Un día olvidó, en medio de su rito cotidiano, el papel que tenía que representar para que la realidad de su hogar siguiera y siguiera como siempre. Otro día, al levantarse, ni se acordó que era la sacerdotisa de un rito necesario para que la máquina de la vida de su casa continuara. Y otro día, mucho después, ya ubicada de antemano en el futuro paraíso, no se acordó más de su infierno cotidiano. Fue entonces fácil izar las velas, la mano de él entre las de ella, temblando de gozo anticipado.

¡Espléndida visión de verdor nuevo, mundo recién estrenado! Ella entró triunfante, gallarda, como si acabara de salir de las manos prodigiosas del Hacedor, porque no traía memoria de nada, sólo un vago recuerdo, más bien casi un sueño de que eso antes había sido así, exactamente como ahora, pero tan borroso, tan perdido en los milenios de su ser, que sólo era sensación. Imprecisa, tenía forma de molde que ya iba a fijar el diseño.

Ella presintió la voz ubicua que decía no, pero ya estaba cansada de tanto no; su vida arrastraba una sarta de no-se-puede, no-se-hace, no-se-tiene, no-no-no-no… Por eso entró al Paraíso pensando sólo en la estrella azul. Él le regaló la flor del éxtasis; sobre el verde lujuriante del césped, entre caricias y besos y amor, él la preñó toda de luz de estrella azul. Ese primer día ella conoció el gozo supremo de mirar el sol, el césped, los pájaros, los riachuelos, los mangos, las orquídeas y el musgo como si acabara de descubrirlos. El segundo día, la maravilla

siguió y ella tuvo entonces la certidumbre de que ya guardaba la estrella en las pupilas. A flor de piel, él llevaba derroche de placeres; ella era vaso abierto para recogerlos. Se sintió completa; por primera vez se sintió mujer.

Pero los días y las semanas y los meses y la primavera y el verano y el otoño y el invierno también se repitieron igual que antes, allá, al otro lado del Paraíso; las caricias, y las palabras y el amor y todo, todo, fue tomando la forma de lo cotidiano, de lo repetido, y otra vez, ella no sabe cuándo, ni cómo, ni dónde, se hundió de nuevo en el infierno de la costumbre… esta vez más doloroso. Comenzó a mirar con añoranza la orilla que una tarde abandonó llena de esperanzas…

MACLOVIA

Norma Rosa García Mainieri (1940-1998)

Guatemala

Lo primero que le pregunté al anciano fue cuándo le habían puesto ese nombre, y me miró con ojos profundos, como escrutando el tiempo. "Fue hace muchos años", me contestó, ladeando la cabeza y fijando la mirada en un punto distante como viendo desfilar la historia. Observé la piel aún firme de su rostro, con un leve asomo de arrugas alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios, su cabello ceniciento y la vida contenida en todo el cuerpo, pero resaltaba en las manos fuertes, callosas, morenas, surcadas por cordones violetas en donde bullía sangre viril. Con todo cuidado ordenó la hilera de botellitas llenas de un líquido transparente, limpio, y las medallitas, candelas, veladoras y exvotos profanos que se vendían en su negocio y en los muchos más que flanqueaban la avenida principal que servía de entrada al pueblo.

—Me acuerdo que cuando éramos patojos ya estaba allí, alborotándonos las ganas -me explicó— dicen que era hija de un peón que murió arrastrado por un burro en la cuesta de Las Cañas, pero a saber. Otros dicen que no murió así, pero cuando lo encontraron era un amasijo de carne y huesos rotos. Entonces ella bajó al pueblo y se quedó a

vivir en la casa de doña Patrocinia, la dueña de la tienda grande, que es tan fea que cuentan que allí sólo hay un espejo chiquito, colgado en el corredor de atrás, y que sirve para que su marido se quite con una navaja los dos o tres pelos parados a los que pomposamente llama barba. Cuentan que de allí la corrieron porque el patrón se alebrestó con ella. Doña Patro juró que dejaba de llamarse con ese nombre si no la sacaba del pueblo, pero no se quedó con ese gusto. Maclovia apareció entonces en una covacha. Allí parece que empezaron las visitas. Era una hilera de hombres cada noche, pero ella amanecía fresca, recién bañada en los chorros de la Quebrada Vieja.

—Los espejos son cosa del diablo —le decía el cura joven a los fieles en los sermones dominicales, antes de morir tratando de convencer a Maclovia para que dejara esa vida. De la casa de la muchacha lo sacaron una madrugada, el cuerpo ya endurecido y en el rostro una expresión de dicha, como resultado del deber cumplido.

—Pero dígame —rogué al anciano—, por qué se niegan a hablarme del asunto.

—Ya le he contado bastante —replicó—, la demás gente no quiere hablar porque piensan que alborotar lo que ya está reposando puede traer problemas; además, cuando todo acababa de suceder, vinieron de la capital a hacer muchas preguntas y todos tuvieron miedo. Ya pasaron muchos años y ahora vivimos tranquilos.

Pensé por cuánto tiempo podrían seguir así, porque los comentarios por la radio, los periódicos y la televisión, habían sido profusos, y ya no tardaba en invadirlos un enjambre de periodistas, a los cuales yo me había adelantado. Mi trabajo en la revista estaba asegurado si lograba completar la información.

Encontré a la maestra que el anciano me recomendó ordenando los cuadernos de sus pequeños alumnos de primer grado. Carmina era su nombre, pero no le sentaba bien, porque tenía un rostro apergaminado y era demasiado flaca. Me miró sorprendida cuando le dije mi nombre y a lo que iba.

—No sé nada de eso —me respondió—, era muy pequeña cuando sucedió todo.

Su mirada huyó de los objetos que mi mano sostenía con cuidado.

—Usted también compró esas porquerías —me dijo—, hasta los niños las llevan colgadas del cuello.

Sonreí levemente al recordar que el viejo me había dicho que fueron compañeros de escuela, y le dije que tal vez sabía algo que le hubieran contado. Dejó los cuadernos apilados sobre la mesa y con un gesto resignado me invitó a tomar asiento.

—La verdad es que mi madre sí lo supo todo —me dijo—, ella murió aún impresionada por los sucesos. Durante años no se habló más que de eso. Siempre creí que tanto interés se debía al montón de muertos, pero ahora sé que no fue ésa la razón. La verdad es que todas las mujeres de aquí sabían que sus maridos llegaban con ella, y aunque eso no les agradaba, se lo perdonaban por lo que hacía de día. No hubo enfermo que se quedara sin sus visitas, ni pobre que no recibiera comida y dinero. Mi madre pensaba que era una tonta, porque lejos de echarse encima sus ganancias mal habidas, las usaba para favorecer a los necesitados, incluidas las familias de sus acompañantes nocturnos. Las malas lenguas dicen que ni siquiera el cura Honorio se salvó de llegar a verla. Pero sólo eso le puedo decir, aunque espere, la verdad es que sí me acuerdo un poco de ella. ¡Era realmente hermosa! Nunca he vuelto a ver una piel como ésa. Le brillaba, lo mismo que el largo cabello y los ojos, y era blanca, muy blanca. Hablaba poco y sonreía suavemente, y dicen que tenía muy buenas manos para curar, tan buenas que el doctor del centro de salud trató de convencerla para que trabajara con él, pero no quiso. Tal vez le gustaba la vida que llevaba, y es que era libre, creo que era la única mujer verdaderamente libre del pueblo.

El rostro amarillento se tiñó de un ligero rubor. Entendí lo que pensaba y la secreta admiración que siempre había sentido por Maclovia.

Dejándola sumida en la nostalgia de lo que hubiera querido ser, me levanté despidiéndome con una suave palmada en aquellos hombros encorvados por el peso de una vida vacía, pues probablemente era la única habitante del pueblo que no había bebido del agua.

El cansancio me invadió mientras esperaba que el médico se desocupara. Es mi última oportunidad —reflexioné—, si este reportaje no salía como lo esperaba, tendría que olvidarme de ser periodista, aunque fuera el trabajo que me dio de comer durante toda la vida. Porque

ahora tenía la certeza de que no se trataba solamente de alimentar a la familia y arrastrar un matrimonio consumido por el desgano. Era necesario hacer algo bueno, creativo, encontrar la verdad detrás de los rumores, de las noticias sensacionalistas y terminar mi vida profesional dignamente, con algo que no fuera olvidado en mucho tiempo, tal como sucedía en este pueblo, que recordaba, pero no hablaba con facilidad.

El doctor, de pie en la puerta de la clínica, me invitó a pasar con un movimiento de cabeza.

—Disculpe por la tardanza —me dijo—, pero yo soy el único encargado de la salud de este lugar, y el trabajo abunda. ¿En qué puedo servirlo?

Me apresuré a explicarle que no requería de sus servicios profesionales.

—Quiero saber —le dije si puede hablarme de la historia de Maclovia.

Sus gruesos lentes le ayudaron a disimular la sorpresa.

Sin dejarlo hablar, le conté el resultado de mis indagaciones. Se quitó los anteojos y mientras los limpiaba con un pañuelo, levantó el rostro y pude observar su mirada húmeda, así como la piel tersa, un tanto tostada por el sol.

—Vine a este pueblo muy joven —dijo—, recién graduado de médico. Me gustaba el ambiente tranquilo, aunque por no haber otro colega en muchos kilómetros a la redonda, el trabajo siempre ha sido constante. Fue aquí, en el centro de salud, en donde conocí a Maclovia, unas dos semanas después de mi llegada. Buscó mi ayuda para atender a un niño con convulsiones. Me causó asombro que una mujer joven y tan hermosa viviera en este ambiente, en donde nunca sucedía nada importante. De pocas palabras, Maclovia hacía más que decía, y poco a poco su ayuda fue indispensable para lidiar con los ancianos, los enfermos y los pobres de la localidad. Pronto hubo almas caritativas que me informaron de lo que la muchacha era para el pueblo. Si no se atrevían a echarla era porque compensaba con creces su doble vida. De día un ángel caritativo y amable, presto a consolar a todos los sufrientes; y de noche, la ramera más cotizada, la deseada por todos, la dueña del lecho ante el cual claudicaban aún los más respetados padres de familia, aquellos que no faltaban a la misa de los domingos, en la que recibían la co-

munión al lado de sus mujeres y sus hijos, de manos de un cura de quien se dijo que también visitaba la cabaña humilde situada detrás del campo de fútbol. Yo acudía semanalmente al cuartel que se encuentra en las afueras de la población, porque no había otro médico. Allí atendía a los oficiales y a la tropa, siendo de esa manera como conocí al comandante Pedroza. Créame que el nombre le quedaba muy bien. Era pesado como una piedra y frío como una losa. Después de diez años de matrimonio no había logrado tener hijos con su mujer, austera, alta, flaca y distante, a la que había que sacarle las palabras con cucharón.

—No se necesitaba mucha experiencia para saber que era un matrimonio profundamente infeliz, y cuando examinaba el cuerpo musculoso de Pedroza, fortalecido por el ejercicio constante y la buena alimentación, no podía dejar de pensar en la continencia forzada a que lo obligaba su mujer, a quien nunca le pude practicar un examen completo, porque se encogía como un gusano y comenzaba a gemir lastimeramente. De allí que entre los muchos hombres que soñaban con Maclovia, ricos y pobres, jóvenes y viejos, él también se fijó en ella y solía comparar la visible osamenta de su mujer con la espléndida carnosidad que Maclovia dejaba adivinar a través de los vestidos largos y delgados que vestía, dejando que apenas se asomaran un par de pies blancos y suaves, calzados por toscas sandalias, porque la muchacha era sencilla, apenas se adornaba con flores y una que otra cinta de seda de las que vendían en el almacén de chinos, y en donde ni siquiera tenía necesidad de comprarlas, porque se las regalaban sus múltiples visitantes. Así pues, el comandante, fiel servidor del Estado, encargado de la seguridad en este pequeño pueblo, era el que menos gozaba de tranquilidad. Se la quitaba el pensamiento puesto constantemente en el objeto de los desvelos de todos los hombres del lugar, y cuando por las noches la extrema urgencia lo impulsaba a la cama de su mujer, sus jadeos pasionales eran interrumpidos por los rezos y las lágrimas de ésta, tan ajena a esos deberes conyugales, que casi deseaba que su marido encontrara otro medio de desahogo. Y así, el pobre hombre, cuyos mandatos eran obedecidos inmediatamente por los soldados y oficiales bajo su mando, suplicaba a su esposa que pusiera un poco de calor en aquel lecho, instrumento de tortura para ella, que siempre se lamentaba de haber escogido el tálamo nupcial y no el convento.

Con Maclovia ni los regalos discretos, ni los encuentros casuales, ni los mensajes directos e indirectos que el militar le enviaba, surtieron efecto. Siempre les negó sus favores. A él, a sus oficiales y a toda la tropa. Siempre.

—Pero, ¿usted sabe por qué? —le pregunté

—Es lo único que nunca pude averiguar —me respondió—; lo que todos sabemos son las consecuencias. Un día Maclovia desapareció. Transcurrió una semana y nadie daba información sobre su paradero. Alarmados, hombres, mujeres y niños, comenzaron a montar guardia día y noche frente a su cabaña con la esperanza de verla aparecer. Todos temían que se hubiera marchado a la capital, pero no fue así. Aún recuerdo aquella mañana de domingo, cuando un grupo de niños entró corriendo a la iglesia y sin preocuparse por interrumpir la misa, gritaron que habían encontrado a Maclovia. Allá en el pequeño recodo de la Quebrada Vieja, su cuerpo blanco, completamente desnudo, parecía una concha descansando en la dorada arena del río.

La entrecortada voz del médico terminó su relato diciéndome cómo, solamente a sus ojos conocedores, fueron perceptibles las pequeñas escoriaciones en el cuello y las muñecas de aquél hermoso cuerpo. El pueblo entero cubrió de flores el cadáver, y nunca más hubo un velorio como aquel.

—¿Y el estallido de violencia a qué dio lugar? —le pregunté.

—Eso fue después —me dijo con voz cansada—, cuando se supo que habían llevado a Maclovia al cuartel, y la población entera se enfrentó a las armas y hubo muertos, sí, muchos muertos.

—¿Y qué me puede decir del agua milagrosa? —insistí.

Ya con gesto de impaciencia, me respondió que el indicado para hablarme de eso tal vez era el cura. Por lo demás, el agua sólo tenía unos componentes minerales especiales, al menos —agregó—, es lo único que puedo decirle como médico.

Profundamente conmovido y cada vez más fatigado y sudoroso, encaminé mis pasos a la iglesia, con la urgencia de terminar de saberlo todo.

Me asombró que el padre Buenaventura estuviera esperándome. Sentado en la pequeña sala de la casa parroquial, me convidó a tomar un vaso de agua fresca y clara antes de comenzar a hablar.

—Conocí a Maclovia cuando su padre ya había muerto. Acudía con frecuencia a la iglesia, y aunque su vida era extraña, nunca le negué el consuelo de la religión. Le parecerá raro a usted, pero era un alma pura y sensible, solitaria y plena de amor que derramaba a manos llenas. No comprendía la noción del pecado, de esa manera hizo caer en la tentación hasta al bueno del padre Honorio, quien, arrastrado por la pasión, saltó la barrera entre lo sagrado y lo profano y de rodillas ante el altar se flagelaba después de pasar la noche en la cabaña. Allí murió, en pleno acto carnal y sin que nadie le reprochara a su memoria la tentación en que había incurrido.

—Maclovia solía traer flores para el altar, y a veces solicitaba la confesión. Pero no hablaba de su vida. Se refería a faltas menores, como no haber atendido a algún enfermo, o no adornar la tumba de su padre cada domingo, como acostumbraba. No le negaba la absolución, porque siempre tuve presente la comprensión del Señor hacia su hija Magdalena, y me sentía indigno de juzgar sus actos nocturnos, compensados por ese espléndido derroche de caridad diurna; es más, pienso que de día y de noche se ofrendaba.

—Pero —le pregunté—, ¿y lo del agua milagrosa?

—Los designios de Dios son insondables, hijo, y los medios de que se vale para hacer su voluntad a veces escapan del entendimiento de los hombres. Hubo muertos, sí, pero no provocados por esa criatura, sino por las pasiones incontrolables de aquellos que no vacilan en arrasarlo todo con tal de satisfacer sus deseos. Además, ¿a qué extrañarse de estos muertos en un país en donde han habido y siguen habiendo tantos más? Maclovia murió porque había jurado no ser jamás de los asesinos de su padre, y su cuerpo fue encontrado en la ribera del río, limpio y sano, sin un solo rasguño.

—¡Los asesinos de su padre! ¿Cómo, quiénes fueron? —exclamé—, A Maclovia también la mataron, según el médico su cuerpo estaba lastimado y…

—Eso no es cierto —se exaltó el cura—, a Maclovia no le pasó nada, aunque haya estado en poder de esos energúmenos. El comandante tenía buenos negocios talando los bosques que rodeaban al pueblo. El padre de Maclovia era un campesino humilde, pero entendió el daño que estaban haciendo y antes de que presentara la denuncia, apareció

muerto. Pero el cuerpo de Maclovia estaba inmaculado. Eso y el agua son las mejores pruebas de la misericordia de Dios.

—¿Usted cree entonces en los efectos milagrosos del agua? —le pregunté.

—Más que creer, los he comprobado —me respondió enfáticamente—… y muy pronto usted me dará la razón.

Levantándose con una agilidad que no correspondía a sus años, se despidió de mí, diciendo:

—Acaba de beber un vaso de nuestro líquido milagroso.

Aún no lo termino de creer. Acaricio con unción los pequeños objetos que mi esposa y yo llevamos colgados del cuello. El de ella es alargado y grueso, el mío es redondo y cóncavo. Yace a mi lado, profundamente fatigada por una noche de amor que la hizo dudar de la manera como empleé el tiempo los últimos cuatro días.

Pero todo es cierto. Ahora entiendo la prosperidad que les llegó como una bendición.

Cuando los primeros enfermos acudieron al sitio en donde apareció el cadáver de Maclovia, junto al río, y bebieron del agua que les devolvió la satisfacción inmediatamente. En mi relato sólo faltarán los nombres, porque no me los dieron. No sé quién tuvo la idea de embotellar el agua y venderla, así como tampoco me dijeron quién dispuso darle nombre a la iglesia, construida con el dinero que comenzó a fluir. Es un hermoso templo pintado de blanco, y a él acuden constantemente los hombres que recuperan la potencia y las mujeres que vencen la frigidez. En un costado del mismo, grabado sobre una placa grande de metal, se puede leer un texto que memoricé, aunque no acabo de comprenderlo.

Pura como la luz
del día
te hundes tenebrosa
en la oscuridad del cieno.

Del amor que surge en
donde el odio anida
entre nieblas y vahos
temores y amenazas.

La torre se eleva de la
tierra al cielo
memoria y nombre
confundidos
mientras el monstruo
se hunde en las tinieblas.

Mi mujer y yo también tendremos que visitarlo y dejar una buena limosna. Cierro los ojos y lo veo, elevado e impoluto, dominando el río y la selva que le sirve de fondo: el templo de Santa Maclovia.

SEÑORITA EN LA CUADRA

Lety Elvir Lazo (1966)

Honduras

"Señorita, a mí me gusta su style"
Los Rabanes

"Alabad la sangre nuestra de cada mes
alabadle con maracas y tambores / con respeto y alegría,
que no os asusten sus colores, sus sabores u olores.
Alabadle mujeres, hombres, naciones todas, alabadle".
L.E.

Fue el último barrilete que elevé. Era época de los vientos libres. Los niños de la cuadra gustábamos de subir al cerro que estaba frente a nuestras casas para elevar barriletes y hacer competencias de quién lo elevaba más alto. Nuestros hilos enrollados en las palillas de los helados, o en las latas vacías de jugos, eran nuestro más grande tesoro de la temporada; quien tuviera más hilo, más alto podía elevar su mariposa de papel.

Cada uno desarrollaba estrategias para hacerse de más hilos, por ejemplo: robar las monedas mal puestas en la casa, ahorrar el dinero

que pudieran regalarnos, atracar el depósito de hilos de las máquinas de coser. Yo, por mi parte, aplicaba el truco de elaborar cometas seductores para vendérselos a los niños y luego comprar garruchas de hilo más grandes y resistentes, sin descartar las otras opciones, por supuesto.

Recuerdo que fue un lunes de enero de 1978, mientras tarareábamos la canción de "Quincho barrilete" nuestros papalotes comenzaron a escalar por el aire, todos los colores y formas se iban desplegando con el vaivén del viento; a veces se enredaban entre ellos y algunos caían como pájaros rotos en la loma del cerro; otros lograban sobrevivir y continuar el viaje.

El mío era de los sobrevivientes y todavía podía escuchar sus coletazos cuando de repente empezó a elevarse sin parar y me obligó a desenrollar velozmente todo el hilo hasta quedarme con el último círculo de hilo que abrazaba la lata; todo el hilo se había soltado y mi barrilete pedía más y más, me jalaba como cuando un inmenso pez recién cazado tira de la punta del anzuelo desde el fondo del mar. Me imaginé, entonces, que volaba asida del barrilete atravesando la ciudad, me gustó la idea pero mejor desistí, porque supuse que él quería volar solo, sin mí, era como si hubiera adquirido vida propia, vuelo propio, y lo dejé ir.

Con tanto barullo que se armó mientras lo mirábamos perderse en el cielo, ya no sé quién dijo cada cosa pero se nos ocurría pensar que él se había ido hasta la Luna o hasta el Sol, o Marte, o Plutón, "¿y qué tal si rompe el cielo y le ve el rostro a Dios?"; "No, ni quiera Dios, si el cielo se rompe se cae Dios"...

En esas elucubraciones infantiles nos hallábamos cuando sentí que me estaba orinando sin tener deseos; un derrame urinal sin previo aviso ni control amenazaba opacar mi fama de chica prudente, no fuera a sucederme la vergüenza de orinarme en público y todo por culpa del barrilete, así que mejor me retiré en el clímax de la algarabía. Fui a mi casa y sin ninguna gana de orinar me senté en el servicio y… nada, revisé el calzón y descubrí que huellas de sangre oscura humedecían la parte interna de él. Me inundó la alegría, algún tipo de orgullo y la certeza de que algo nuevo y bonito había comenzado a pasarme, corrí en busca de mamá y se lo conté.

Yo esperaba que ella me felicitara, me abrazara, corriera a comprarme toallas sanitarias y me hiciera una comida especial, como en el

día de mi cumpleaños. Yo creía que eso era causa de celebración; pero no, para mi madre fue como si una bofetada interna le golpeara sus mejillas blancas hasta ponerlas rojas como la sangre, como el color del calzón que me había puesto ese día. Con cara de enojo, me señaló un lugar del ropero para decirme: ahí hay unos trapos blancos, dóblalos y te los ponés con un gancho, las toallas sanitarias no son seguras, se te pueden caer y todo el mundo sabría que ya sos una señorita. A partir de ahora se terminan los juegos, los brincos con esos mecates de saltar, las gavillas y las pelotas de capear. Si te descubro jugando, te voy a castigar.

A mamá le quedó un gesto de amargura desde ese día y la abuela decía que por eso ella prefería a sus varones, que "las mujeres son como las perras, ya te llevó el diablo con esa niña que de apenas once años se te hizo mujer. Y vos, muchachita, cuando andés con esa cosa, prohibido comer huevos, leche y aguacate, meterte bajo la lluvia o bañarte durante los tres primeros días, ni caminar sobre las plantas de mi huerta porque se secarán". Entonces la angustiada era yo: ¿pero qué hice, qué dije?, ¿qué hago con estas dos mujeres que me asustan y me encierran por la menstruación?

Meses después la regla desapareció, mi madre que nunca me llevaba a médicos privados aunque me reventara un dolor de muelas, oídos, garganta o estómago, esa vez corrió a un ginecólogo, "varón porque los médicos varones saben más"; él dijo que era normal, que no se preocupara porque el himen estaba intacto y volvería la menstruación.

A pesar de la garantía dada por el doctor, la abuela se ponía a explicarme didácticamente una y otra vez que las mujeres éramos como un cristal que si se rompía nunca sería igual, "un vaso roto aunque se pegue ya no es lo mismo, mientras que los hombres son diferentes, ellos con sólo bañarse quedan igual".

Por otro lado, mi madre pretendía adiestrarme en el arte culinario y me llevó a la cocina: como ya sos una señorita tenés que aprender a cocinar, a hacer tortillas bonitas. Las tortillas se palmean en las manos y no en bolsas plásticas, ni máquinas, como lo hacen las haraganas; se coloca de este lado sobre el comal, luego se le da vuelta con los dedos y de nuevo se vuelve a voltear, en ese punto se inflarán y si no, se le presiona con los dedos.

Intenté hacerlo pero mi pánico a quemarme enfureció a mamá que me hundió la mano en la masa caliente de la tortilla, y las yemas de mis dedos se pegaron al comal. La abuela, que había estado observando todo metió mis manos en una paila de agua fría y dijo que mamá estaba loca, que no sabía qué hacer con mi nueva situación, que la entendiera, que yo era su primera hija y no tenía experiencia. Luego, ellas discutieron hasta cansarse mientras yo las odiaba a las dos.

En otra ocasión, mamá me enseñaba a freír frijoles: deben echarse a la freidera cuando la cebolla esté sofrita en aceite bien caliente, luego se machucan y se mueven constantemente para que no se quemen, deben quedar suaves, amalgamados de tal manera que se puedan dar vuelta en el aire como una sola masa; demás está decir el desastre que hice, la cólera de mamá estalló el cucharón de freír en mi cabeza y lanzó un alarido ordenando desaparecer de su vista antes de que me destripara ella misma como a los frijoles; ni corta ni perezosa cumplí los deseos de mi progenitora quien repetía que los hombres me golpearían y estrellarían los platos en mi cara porque no sabía cocinar.

Con mamá jamás ascendí a la categoría de cocinera, me dejó como ayudante, suplicio mayor. La angustia de mi madre fue creciendo hasta perder el control, languideció y languideció hasta volverse transparente, tan transparente que ya no era mi madre.

Desde aquel día los habitantes de mi casa actuaron raro conmigo y en mi interior nació una curiosidad, se elevó tan alto que meses después comencé a hacer cosas extrañas: una tarde en que los gemelos, mis hermanos, se enfermaron y todos se fueron para donde el pediatra, y que por fin me quedé sola en casa, bajé el único espejo grande que colgaba de la pared, lo coloqué al ras del suelo, me senté abierta frente a él, sin calzón, y empecé a buscar la razón de la ansiedad de las mujeres de mi casa.

Me encontré con algo parecido a un rostro, con nariz, labios, cabellos, ojos, una boca húmeda encarnada y abierta, tres agujeritos que no sabía adónde llevaban pero no me atreví a entrar mis dedos porque por ahí estaba el cristal del que hablaba la abuela y me podría herir, y entonces ellas adivinarían que yo lo había quebrado, o que yo había visto lo prohibido, lo misterioso, lo mío, lo que me era negado, ocultado, a pesar de que estaba en mi cuerpo y por tanto era mío, pero lo cuidaban

para alguien más, yo sólo era la depositaria irresponsable que lo podía echar todo a perder.

En el colegio sólo me habían dicho que las mujeres tenían unas trompas de Falopio, ovarios, útero, mostrándome una calavera dibujada y sus cavidades; yo, la del espejo, no era aquella calavera, mi cuerpo era bello, mi vulva tenía sonrisa y perfume propio y era agradable tocarla, rozarla, abrir y cerrarla.

Frente al espejo me quedó claro que ese lugar era mío. Desde ese día decidí que nadie me mandaría, que si era necesario diría a todo sí y haría lo contrario si a mí me parecía lo correcto. Un poder superior se adueño de mí, con la menstruación me escapaba en las noches a caminar sobre la huerta de la abuela y las plantas no se secaban, daban los mismos frutos: si eran sandías, sandías rojas y dulces crecían; si eran frijoles, frijoles rojos o negros salían, si eran patastes, patastes frondosos salían, etc., ¡puras patrañas!, pobre la abuela que nunca se atrevió a caminar sobre los sembradíos de las tierras del bisabuelo, ni de su pequeña huerta cuando sangraba; pobre mamá que nunca habría bajado la Luna para sentarse a hablar con ella.

También me bañaba las veces que yo quisiera, la dieta me daba igual, todas las comidas me gustaban. Con los gritos de miedo de mamá y los gritos felices de mi cuerpo, los vecinos se dieron cuenta de que había señorita en la cuadra.

La noticia corrió como pólvora, las recién paridas acudían a mí para que les cargara a sus hijos un ratito para protegérselos o curarlos del mal de ojo; otros venían para que les diera el número de la suerte; y los más tristes, los que habían perdido un amor o padecían de hipo, pedían que les marcara una cruz en la frente con mi saliva para que se sanara su dolor; comenzaron las propuestas de matrimonio, y en las fiestas de mi casa se llenaban de hombres que nadie sabía de dónde habían salido y la abuela mascullaba: “las mujeres, pobrecitas, son como las perras, vean cuántos hombres… parecen perros detrás de la muchacha”, y la música se acababa .

Para salir de tal confusión, volví a las estrategias infantiles, me compré las garruchas de hilo más grandes y resistentes, me hice el más grande papalote y me colgué de él, rompí el cielo y, en efecto, Dios se cayó como un pájaro muerto sobre la loma de aquel cerro y yo tomé las riendas de mi destino.

Mi abuela sigue diciendo que prefiere a los varones y que las mujeres somos como las perras; mamá ya no se acuerda de nada (de lo que me hizo y dijo en aquella temporada), excepto de que me ama; yo nada olvido pero las amo. Hace poco me compré una perra, el animal más fiel, leal, tierno, amoroso, inteligente y libre sexualmente sobre la tierra; ella es mi símbolo sexual, lástima que aún no exista la vacuna contra el VIH.

Mamá ya no teme que algún mequetrefe me tire los platos en la cara, ella ahora entiende que las mujeres (algunas, al menos) hemos cambiado y no aceptamos berrinches de majaderos, ni dependemos de un hombre para ser. Sabe que desde muy temprano aprendí a elevar papalotes y a poner la basura en su lugar.

El encuentro con las otras: el camino hacia la sororidad

Un día cualquiera
con pasos ciegos
se inicia el retorno,
pero no tenemos
amigas de pan
que nos guíen
para desandar
lo vivido.

Conny Palacios, Nicaragua, 1953

MALENA Y LA LOCA

Aída Párraga (1966)
El Salvador

De un tirón por la muñeca acompañado por un "¡apúrate!" y arrastrándola por los senderos del parque, sacó Carmen a su hija de la contemplación profunda en la que se había sumergido; sin embargo, la chiquita no apartaba la vista de su objetivo.

¿Por qué está haciendo eso?— le preguntó a su madre.

¡Es una loca!

A Malena la respuesta le sonó igual que si le hubiera dicho que era un doctor o un ingeniero o un payaso; "loca" no significaba nada para ella y tampoco describía la razón por la que aquella mujer vestida con harapos y con el cuerpo y la cara curtida de mugre y miseria, hablaba gesticulando y moviendo sus manos con finos ademanes. Tampoco la voz era una pista de lo que "loca" pudiera significar; no era horrible como el cuerpo del que salía, era más bien dulce, entonada; capaz de producir confianza y motivar ternura.

Malena tenía 8 años la primera vez que la vio en el parque y, cada vez que tenía oportunidad, hacía que su madre desviara la ruta de la escuela a su casa para pasar por la banca de "la loca", como ella la llamaba, y entonces el tirón y el "apúrate" se repetían.

Muchas veces vio Malena que una o dos personas permanecían cerca de la loca por cortos espacios de tiempo y luego le daban un par de monedas.

—¿Por qué le dan dinero?— preguntaba, y su madre siempre contestaba: "Porque está loca". Con esta respuesta Malena entendió que estar loca también era una profesión.

A pesar de la curiosidad que la loca le infundía no tuvo el valor de acercarse a ella hasta que cumplió los 16 años y ya no venía su madre a buscarla a la escuela.

El sol empezaba a despedir con dulces celajes el día y una fresca brisa soplaba moviendo las hojas de los árboles, el aire empezaba a oler a vacaciones y sus compañeros decidieron ir a comer algo, ella no quiso ir, primero, porque no había pedido permiso y segundo, porque se aburría mucho; así que decidió, mejor, irse a casa. Como siempre, pasó por el parque y, como siempre, ahí estaba la loca en su banca. La muchacha pasó muy cerca de ella, con la mirada clavada en el piso, le daba miedo verla porque creía que descubriría en sus ojos toda la curiosidad fermentada por tantos años de observarla, tenía miedo de molestarla y, además, a estas alturas ya sabía que había "locas violentas".

"La loca" también tenía la vista fija en el piso, pero a los pocos pasos de la banca, Malena oyó la voz que tantas veces había oído de lejos, y por fin pudo entender lo que decía.

—¿Te vendo una poesía?— Malena se dio la vuelta y descosió los pasos ya bordados en el camino.—¿Por cuánto?

—Por lo que quieras. Sin esperar respuesta, la mujer empezó a buscar en una bolsa de plástico de entre un montón de papeles carcomidos por los años y la intemperie, finalmente sacó uno, lo examinó por algunos momentos y empezó a leer, a recordar, a inventar el poema más hermoso que aquella adolescente hubiera alguna vez escuchado. Al oírlo, la mujer que lo leía perdió todo su estatus de "loca" y se convirtió en alguien capaz de describir su amor, el de ella, el de esa Malena en metamorfosis, sin necesidad de conocerla ni conocer a su novio. Los pocos versos que leyó fueron el más completo tratado de ese amor.

Cuando terminó, Malena buscó en su bolsillo y le dio el dinero que tenía, que además incluía el pasaje del bus, pero no le importó, sabía que ese día el camino a casa sería distinto… muy distinto.

Las vacaciones llegaron, fue más difícil, entonces, justificar los paseos al parque, primero porque tenía que ir sola, ¿cómo iba a explicarle a cualquiera de sus amigos que la única razón de ir a ese lugar era irle a comprar poesías a "la loca"? Se reirían de ella, es más, pensarían que era ella la loca. Siempre estaba la excusa de la biblioteca, era su preferida, nadie nunca se voluntariaba para acompañarla y como, viéndolo bien, no era del todo mentira, no le remordía tanto la conciencia.

Malena, con el tiempo, se había dado cuenta que por mucho dinero que "la loca" recogiera, bueno, mucho tomando en cuenta las circunstancias, era muy difícil verla comer, así que optó por llevarle comida.

—¿Te vendo una poesía?

—¿Por cuánto?

—Por lo que quieras.

Y las monedas y billetes se empezaron a cambiar por manzanas o guineos o hamburguesas, panes con frijoles y queso, galletas saladas y dulces, sopa del almuerzo, cualquier cosa y las poesías que compraba cada vez eran más hermosas, más sublimes, le hablaban siempre de amor; de un amor tan grande y violento que el virgen corazón de Malena sintió el fuego en el que el alma de "la loca" se consumía. Más que sentirlo, se quemó con él, se entregó y aprendió a sentir con la misma pasión con la que aquellos poemas habían sido paridos. Con la misma rabia, con el mismo dolor, y lloraron las dos por un amor, para las dos, desconocido.

Cada vez que pudo, durante su último año de bachillerato, la chica visitó a "la loca"; nunca le preguntó el nombre, ni nada, sólo quería oír sus poemas, saber más de un amor capaz de inspirar tanta dulzura y tanto odio; sin embargo la comunicación se estableció de todos modos, sin palabras, con miradas, con pequeñas lágrimas o con colores de rubor en las mejillas.

Cuando se graduó y empezó la Universidad y el trabajo, las visitas fueron haciéndose más escasas, cada vez transcurría más tiempo entre una y otra, pero Malena seguía buscando el momento de ir a comprar su poesía, de poder compartir el eterno amor de la mujer, de la poeta encerrada en el cuerpo de una loca amarrada a la banca de un parque.

El día en que se casó fue a buscarla para comprarle su poesía con un pedazo de torta de bodas, pero no la encontró. Esperó toda la tarde

por ella y no llegó. Cuando ya se levantaba para irse, recordó que la loca ponía su bolsa dentro de los arbustos, atrás de la banca.

En efecto, su mano reconoció la bolsa plástica y la extrajo a la superficie; sacó todos los papeles, así, carcomidos por el tiempo y la intemperie. Por primera vez vio los poemas escritos con una letra caligráfica, con títulos, con fechas, Enero/1960, Marzo/1966, estaban organizados de atrás para adelante, el último: Dec/1966 —¡Hoy se fue!—, no había más.

Cuando Malena finalmente alzó la vista vio cómo una niñita la observaba atentamente, y sólo atino a preguntar:

—¿Te vendo una poesía?

DOMINGO POR LA NOCHE

María Eugenia Ramos (1959)

Honduras

Después de la lluvia, las calles estaban tan desoladas como cualquier otro domingo por la noche. El viento había secado los charcos y arrastraba quedito los últimos restos de los afiches que los barrenderos municipales habían arrancado muy temprano de las paredes.

La señora caminaba de prisa, procurando que sus tacones no resonaran demasiado en la oscuridad de la calle. Había pensado llevar el carro, pero habría sido peligroso. Con todo y la limpieza ordenada por la alcaldía, aún estaban en pie algunas barricadas que los manifestantes habían levantado con sillas quebradas y toneles vacíos. Tampoco habían podido quitar del todo los clavos regados estratégicamente para puncharles las llantas a los camiones del ejército, y no era cosa de arriesgarse a dejar el carro tirado en cualquier parte.

En casa seguramente la esperaba el marido, impaciente porque llegara a servirle la comida /*porque no es lo mismo cuando me sirven estas mujeres que ni poner bien un tenedor pueden yo vengo cansado si supiera cuántos pacientes atendí hoy y es justo que usted esté en la casa esperándome no me gusta que ande en la calle peor en estos tiempos*/

A lo lejos se oía el motor de un *carro/tengo que apurarme estos zapatos me chiman me hubiera puesto los otros y encima hay que andar bien vestida a él no le gusta verme desarreglada/ /parece la patrulla dios mío que doble en la esquina que no pase por aquí y si fuera Octavio pero no el carro de él no suena así pero/*

Por la acera de enfrente caminaban otras dos mujeres, una muy joven y otra muy vieja. Parecían abuela y nieta, pero también podrían ser madre e hija. Caminaban de prisa /todos caminamos rápido uno no se puede parar nunca las he visto en este barrio qué andarán haciendo/

El auto se oía cada vez más cerca /*dios mío ya es de noche gracias a dios aquí está mi tarjeta de identidad dinero no ando son las siete el toque de queda me irán a/*

La patrulla iba despacio, como un animal salvaje que husmeara ambos lados de la vereda. Ya todo estaba oscuro.

—Mirá, Chico.

—¿Qué?

—Carne. Dos mujeres.

—Puta, ya era tiempo.

—Allá va otra, no jodás, una vieja tufosa.

—Mirá a la cipota, vos. Hoy me la piso por andar puteando después del toque de queda.

—Esperate, vos. Hay que pedirle los papeles a esa doñita también, y si no los anda, quién sabe si no va al gancho también.

/No, me oíste dios mío es la patrulla pero a mí no me van a hacer nada soy la esposa del doctor Octavio y esas mujeres quiénes serán pobrecitas si no andan la identidad se las van a llevar las van a/

—Mamá.

—Ya nos jodieron, apurate. Por tu culpa, si no te hubiera hecho caso ya estuviéramos tranquilas en la casa. Pendeja que soy, quién me manda a meterme en mierdas.

/tun tun si camino muy rápido se va a ver sospechoso caminá despacio calmate no te va a pasar nada no te va/

—Párese allí, señora.

—Y ustedes también, no se muevan.

—A ver sus documentos.

—Aquí están */me sudan las manos tal vez se van ligero más vale que/*

—Mirá esta identidad, vos. Toda despegada. ¿No sabe que la identidad hay que cuidarla?

—A saber si es falsa. ¿No serán salvadoreñas ustedes?

—No, señor, somos hondureñas, somos de Goascorán.

—¿No te dije? Salvadoreñas han de ser, y del Farabundo. Regístralas.

—¡No me toque!

—-No te hagás, que yo sé que te gusta. ¿Qué hacés en la calle a estas horas, pues? Sólo las putas y los subversivos andan en la calle a estas horas.

—Dejá a la cipota, gran cabrón. Son machos sólo porque tienen pistola.

—Callate vos, vieja. Vos la has de mandar a putear.

/ya no aguanto no puedo estar aquí viendo esto pero si me meto me va a caer a mí también qué hago pobrecitas si supiera cómo se llaman qué/

—Mirá, vos, lo que anda esta jodida.

—¿Qué?

—Literatura subversiva.

—A la puta, ¿y estos papeles?

—Leé vos, que a mí me cuesta.

—"No al al-za en el cos-to de la vi-da. No más vio-len-cia contra la mujer". Grandísimas putas. ¿Y todavía dicen que no son guerrilleras?

La primera patada duele más por la sorpresa. En el suelo no hay tiempo para respirar, toda la sangre está concentrada en las sienes */tun tun ay mi brazo la cipota la van a violar ya no/*

—Soltame, desgraciado.

—Ay, mamaíta, si vieras qué rico nos cogemos a las guerrilleras.

—No somos guerrilleras, hijueputa.

—Ya te dije que te callaras, vieja pendeja.

/dios mío dame fuerzas no puedo dios mío tengo miedo pero yo soy la esposa del doctor Octavio a mí no me va a pasar nada a ellas pobrecitas dios mío la muchacha cómo/

—Oficial, aquí está mi identidad.

—¿Qué? Échela, pues. Usted se puede ir. Chico, echá a ésas en la paila, que no se suelten.

—Yo soy la esposa del doctor Octavio Díaz.

—Y a mí qué… ¿Quién dice?

—El doctor Octavio Díaz.

—¿El doctor Octavio Díaz? ¿Mi capitán?

—Quiero decir, ¿el doctor Díaz?

—Bueno, sí */así ha de ser/ /por eso los viajes las llegadas tarde después de todo gracias dios mío no siempre andaba con aquella mujer y a mí qué me importa es como un contrato de qué sirve preguntar para/*

—Enchachalas bien a ésas, vos. Señora, la vamos a ir a dejar a su casa. Ya ratos pasó el toque de queda y es peligroso andar en la calle. Mire a estos subversivos, hasta mujeres hay, y son de las peores. Súbase, señora, aquí adelante. (Andate con ésas en la paila, vos). Yo quiero mucho a mi capi Díaz, a su esposo, quiero decir. Como él es doctor, nos ayuda a veces con estos delincuentes, porque a veces se nos pasa la mano. Usted sabe, la ley es la ley y tenemos la obligación de defender la patria. Estos subversivos no merecen nada, pero somos humanos, hasta doctor les conseguimos. Por aquí es, ¿verdad? Si yo me acuerdo, a veces hemos venido a dejar a las tres, cuatro de la mañana, en el otro carrito, claro. Es que esos pícaros no quieren hablar y tenemos que interrogarlos, con médico y todo, como en la Oshner, ja, ja, ja, ja. Y después no agradecen, somos incomprendidos. Usted me entiende, ¿verdad? Yo soy el cabo Martínez, Trinidad Martínez, para servirle.

—Mire, cabo, yo quiero pedirle un favor.

—Con gusto, señora. Imagínese, la esposa de mi capi… del doctor Díaz.

—Yo conozco a estas mujeres.

—¿A éstas?, ¿las conoce?

—Sí, la señora va a lavar ropa a mi casa.

—¿Está segura? Tenga mucho cuidado, señora, éstas son guerrilleras, ¿no ve lo que les hallamos?

—Yo las conozco. No se meten en nada, curiosas es que son. De seguro hallaron eso en la calle y lo recogieron. Yo creo que no saben ni leer. Perdónelas por esta vez, cabo. Déjelas ir.

—Señora, me pide algo difícil. Usted sabe cuál es mi responsabilidad. Perdone, pero eso sí que no, ¿no ve que me van a fregar a mí?

—No se preocupe, mi marido responde.

/Octavio dios mío que no esté ahorita en la casa que no salga qué estoy haciendo cómo voy a/

—Ya llegamos. ¿No está mi capi… el doctor?

—No, a esta hora todavía no ha llegado.

—Lo voy a hacer por esta vez. Pero sólo porque usted es la esposa de mi capitán y él me ayudó una vez que me querían joder. Chico, soltá a esas viejas./¡Que las soltés, te digo!

—Sí, mi cabo. Bájense, grandes putas.

—Se salvaron por esta vez, pero la próxima que las hallemos las vamos a desaparecer. ¿Oyeron? Buenas noches, señora. Dígale a mi capitán que el cabo Martínez le manda saludes.

/Mi capitán no es de los que se dan vuelta qué suerte tuvieron estas pendejas bueno me voy a quitar las ganas con emperatriz, esa jodida con tal de que le paguen le complace cualquier gusto a uno y el pendejo de chico me vale riata yo con/

—Subite, Chico. Vámonos a la verga.

La patrulla arrancó y dobló en la primera esquina. Sin apresurarse, la lluvia empezaba a desteñir los últimos restos de los afiches.

DORA CORAZÓN

Waldina Mejía (1963)

Honduras

—Mirá, vos sos mi mejor amiga y por eso te voy a contar algo que te puede ayudar en el problema que estás pasando ahorita. Algo que no le he contado a nadie —y Lisbeth miró fijamente a su amiga Sory, quien hipeaba y lagrimeaba sin contenerse—. Pero dejá de llorar, porque podés hacer lo mismo que hice yo con una amante de mi marido, pero para eso tenés que tener la cabeza fría y si no podés controlarte, mejor ni te cuento…

Sory, guapa aún a sus cuarenta años, sacó entonces fuerzas de su delgadez blanca y rubia, tomó un sorbo de té de la lujosa taza de porcelana, se sonó delicadamente la nariz aguileña con su pañuelo de seda, estrujó sus lágrimas con el dorso de sus bien cuidadas manos, sin miedo a que se estropeara su maquillaje especial, y dijo:

—¿Creés que eso pueda servirme a mí también? —y atajó otro hipo con otro sorbo.

—¡Claro que sí! —le dio fuerzas Lisbeth— Decís que es una muchacha joven y linda, como de veinte años. Ésas saben cómo atraer hombres y cómo mover bien el culo; pero ni se imaginan otras cosas

que yo tuve que aprender en la vida, cosas que me empezó a enseñar la ex mujer de mi primer patrón, aquel que te conté que me enamoró y que me botó cuando la mujer se dio cuenta…

—Pero es que no es la primera vez… —intentó repetirse Sory, mostrándole otra vez las fotos que le había entregado el tipo que contrató; pero Lis, que no estaba como para escuchar tanto, manoteó la mesa de cristal labrado y la interrumpió enérgica:

—¡Y no será la última, may díer! ¿Creés que yo no sé que Pedro no desperdicia ningún "buen culo", como ellos dicen, que se le ponga a mano? El problema tuyo es que naciste con dinero, protegida por tu familia, y ya prácticamente definido con quiénes de los muchachos de tu círculo te podías casar. Cuando estudiaste en los Iunait, te echaste tu cana al aire; pero nunca tuviste que pelear por algo, ya todo lo tenías, sólo tenías que telefonear a papi… Yo tuve que abrirme campo, trabajando mucho, pero también con trucos, trucos de hembra también, Sory, así que te digo que no importa ninguna amante accidental, pero cuando ya les ponen casa y de lo mejor, allí hay que tener cuidado porque hasta te pueden quitar el marido si no actuás bien. Acordate si no de Ada Giza, que la dejó Jorge por la amante, sin pisto y para redondear, hasta los hijos se terminaron yendo con el "papi Yoye" porque Ada no les podía pagar los gustos…

Sory se tragó lo de "llamar a papi" porque sabía que no era con mala intención; y sí, a lo mejor la experiencia de su amiga le podía ayudar en ese problema, antes de que se dieran cuenta las demás señoras y empezaran a adornarle los cuernos. Por eso sólo preguntó:

—¿Y qué me recomendás entonces? —y contuvo otra lágrima.

—En primer lugar, nada de escándalos, ni caras largas, ni reclamos. Tenés que ser siempre una mujer atenta y amorosa, no darle excusas para dejarla a una, aunque te dé asco saber que viene de donde la amante. Allí sólo nos queda esperar que por lo menos usen condón… el problema es que cuando ya les ponen casa, se creen que son los únicos y se descuidan…

Lisbeth vio la alarma en los ojos azules de Sory, la tranquilizó:

—Normalmente son los únicos, especialmente en estas muchachas que se enamoran del pisto y la buena vida, pues no están dispuestas a arriesgarla así nomás. Pero si mucho te preocupa, podés fingir una

infección vaginal, aunque eso es más peligroso porque entonces tendrá pretexto para visitarla más a ella; entonces tenés que actuar rápido —y endureció la mirada de aún lindos ojos negros y perfectamente delineados.

—¿Pero qué debo hacer? —casi lloriqueó Sory.

—Mirá, te voy a contar lo que hice yo, a ver si te sirve. ¿Cómo es que se llama la fulana?, ¿Judith, dijiste? Pues la mía se llamaba Sofía, Sofía del Carmen no sé qué. Se llamaba, porque ya se murió. No sin antes hacer la gracia de tenerle un hijo a Pedro, ¿o de dónde creés que salió ese tal Maiquito que está criando Mery, mi queridísima y metiche cuñada menor? Como nunca me quiso porque Pedro no se casó con una de sus amigas, las que estaban predeterminadas para él, como vos y tu marido, la puritana ésa se hizo "amiguísima" de la tal Sofi y hasta apañaba a Pedro… ¡por algo sigue soltera, ojalá se muerda y se envenene sola! Y de esto ya pasan de los diez años! ¿Te imaginás el dolor y mi orgullo ardido por aquello? Vos sos más calmada que yo, pero yo estaba como leona herida, como dicen; pero disimulé, me tragué la cólera y me puse a pensar qué hacer. Sabía que enfrentar a Pedro era peor, porque si hay hombre burro en este mundo, es ése. Cuando se le mete algo, ni con fuego lo apartás, y es así en los negocios, pero también en todo y hay que sabérselo llevar. Yo soy un ejemplo: se casó conmigo contra la opinión de toda la familia. Nunca hará caso a una orden directa o que lo parezca, por un lado, y por otro, hubiera gozado mucho y me hubiera despreciado si yo le hubiera hecho reclamos o ruegos…

—¿Y qué hiciste? —se desesperó Sory.

—Pensar, pensar, hasta que me saltó la idea: yo tenía un amigo de mis tiempos de soltera, un chulo, un vividor; pero no de putas sino de señoras con pisto, de ésas que se van a calmar la soledad a los bares y centros nocturnos caros y que así pagan sus gustos. En uno de esos lugares lo conocí. Mi amigo era, y es, guapísimo: alto, trigueño, buen cuerpo, muy bien vestido, muy varonil, y, lo mejor, sabe tratar a las mujeres: es dulce y suave o fuerte e imponente, según el caso. Yo le aprendí muchas cosas, pero no nos enredamos porque andábamos en el mismo negocio: él cazando presas ocasionales; yo, buscando una definitiva. Y con esa confianza, lo llamé: le encargué el trabajo, le ofrecí una muy buena cantidad, además de los "gastos de funcionamiento",

a cambio de unas fotos comprometedoras de ella con él. Y mi amigo, encantado cuando conoció a la tal Sofi, porque además era un trabajo agradable, pues, la verdad, la tal Sofi era un culito requetebueno, y eso que ya estaba parida.

—¿Y entonces? —empujó Sory con la mirada iluminada, aunque aún un poco húmeda.

—Lo más difícil fue organizar los encuentros aparentemente casuales para que la Sofi conociera al galán, y sin la mirada vigilante de las dos trabajadoras y el chofer que le había puesto mi amoroso marido; pero para eso mi amigo se las pinta muy bien. Luego, darles cancha: debíamos ir Pedro y yo a los Iunait por unos negocios y lo convencí de que lleváramos los hijos y fuéramos a Maiami, Disney y las Bahamas, aprovechando las vacaciones de la jai scul. Con casi dos meses de tiempo, la mosquita muerta no se aguantó la tentación de darse un gustazo, que después de estar con el calvo y panzón de mi marido, hasta la comprendo perfectamente. Y vos sabés, cuando las mujeres queremos, sobran modos y ocasiones. Si hasta siguieron viéndose después de nuestro regreso, y yo totalmente inocente y amorosa como siempre. Ni se imagina Pedro que yo fui quien le envió por correo a su oficina aquellas fotos maravillosas que me proporcionó mi amigo. Lo único que me da pesar es no haberle podido ver la cara que habrá puesto al verlas, pero capaz me reventaba la cólera que venía disimulando muy bien. Y santo remedio: la cortó; la corrió y no ha vuelto nunca a ponerle casa a ninguna. Yo soy su catedral y para las otras sólo hay candela. Lo único malo fue recoger al hijito, pero fue mi cuñadita Mery, porque Pedro lo iba a dar en adopción. Y, de todos modos, el pendejito ése no tiene1a culpa de nada.

—¿Y cuándo llamamos a tu amigo? —preguntó radiante Sory.

—Ahorita si querés, por ahí tengo el teléfono y debe estar descansando de la noche de "trabajo". Y si no puede, que nos recomiende uno más joven, para poner loquita a la Judith.

—¡Of curs!, pero… ¿y la venganza? —Y Sory se irguió dejando notar su figura esbelta y sus senos altos y duros, recién operados.

—Aquí sería una estupidez, en este país es demasiado el riesgo. Pero vámonos en unas vacaciones a Niuyork; allí sé dónde se consiguen de primera calidad.

Y ambas amigas se abrazaron emocionadas. Luego, con diligencia, Lisbeth telefoneó a su amigo; Sory, ya consolada y feliz a su agencia de viajes.

EN DOS

Carmen Naranjo (1928)

Costa Rica

I

La lluvia azul bañó la casa al tiempo que la iba pintando. Azul oscuro se puso el cielo, azules las montañas, azules las calles, hasta azul salió la luna.

Ella se alegró y pensó en un poema, una canción, un cuento, una pintura. No pensó todo al mismo tiempo y no hizo nada, se quedó contemplando el color desde la ventana.

Hay momentos en que descender al infierno es bastante posible y hay momentos en que ascender al cielo parece un camino abierto. Estaba en este último estado con las manos azules, azul la cara y especialmente su espíritu.

No era oportuno ahora hacer recuentos, inventariar la vida. Cada quien tiene puntos favorables y algunos negativos. Se vive con la capacidad que en cierta forma se reviste de destino. Muy pocos pueden superar sus límites y otros ni hacen el esfuerzo por alcanzarlos.

¿Esfuerzos? Siempre tantos esfuerzos y casi todos ellos se esfuman con inmensa facilidad sin dejar rastros de utilidades. Pero, ¿se

debía medir la vida por resultados, tal como se hace con las cosas materiales? Suena bastante mal hasta pensarlo.

No, no debía tocar ese campo velado de los sentidos, de los signos, de las sumas y de las restas. Ese síntoma maligno de por qué yo, de por qué usted y de por qué los otros. Debía más bien examinar las limitaciones y su engarce con las torpezas.

El mundo es siempre muchos mundos paralelos y totalmente diferentes. Poco sabía de cómo se vive en China, en Oriente, en África, en Europa. En algunos lugares preveía algo primario y en otros una extremada sofisticación. Y en todas partes la vida semejante en los puntos esenciales: nacer, crecer, decrecer y morir. Además lo común de las historias personales, la soledad, la angustia, la incertidumbre, el juego que de repente enseña la sangre, el trabajo con su eterno ciclo de lo mismo, el desafío con la enseñanza inmemoriada de que era mejor el silencio y hacer sólo lo indispensable.

Pensó que también por dentro estaba azul como el ambiente y esa lluvia con tantos sonidos azules. Algo en ella había cambiado y eso tiene relación con la otra.

II

La normalidad y el buen humor reinaban por aquellos días. Surgió como un pacto familiar para facilitar la vida. Los niños estaban dispuestos a ayudar, el marido también. No había quejas, ni regaños menos voces reclamantes. Atrás quedaron los rencores, las riñas por nada, las cóleras internas, las rabias de por qué yo y no ése, las estrategias de las peleas como juegos para combatir el aburrimiento. Pero el pacto de reconciliación había traído cierto signo muy marcado de indiferencia, de apatía, de cierta resignación a no ser como se era. Entonces casi no se veían y se hablaban apenas lo necesario y si no era indispensable hacían los signos de sí y de qué vamos a hacer. El lenguaje se empobreció, cada uno se metió dentro de su silencio a pedalear su ánimo, a medir incansablemente su sacrificio.

Por esos días comenzó a llover constantemente y la lluvia caía azul azuleando los árboles, los pájaros, las flores, sus manos y hasta

sus almas. Fue entonces que la otra tocó la puerta y se las agenció para entrar en la casa con una urgencia imperativa como de vida o muerte. Llevaba una encuesta en la mano y debía ver enseguida a la señora de la casa. La pasó solemne y desconfiada a la sala. Siempre desconfió de los extraños y de no haber sido sorprendida, le hubiera negado la entrada.

La otra habló sin parar acerca de la democracia, derechos humanos, la situación de los países vecinos y la suerte de estar en un territorio de libres elecciones y de respeto a las decisiones mayoritarias. Gracias a Dios, pensó ella, no vende nada y sólo quiere que le responda a unas cuantas preguntas.

La primera fue, ¿es usted feliz? Pero, ¡qué rabia!, ¡qué inmensa rabia! Desechó las ganas de ponerla de puntitas en la calle. Era educada y siempre existe la alternativa de responder mentiras. Su enorme timidez se concentró en bajar la cara, especialmente los ojos, y hablar con una voz automática y apagada.

¿Siente que la ama su esposo? Me quiere y me estima. Pero, ¿amar? No entiendo la diferencia. Ajá, esto pinta mal. ¿Cuántas veces le hace el amor en la semana? No sé, con frecuencia confundo una semana con otra.

La rabia le iba creciendo y su única defensa era bajar más la cabeza y evitar, como si estuviera construyendo una muralla, encontrarse con los ojos de la interrogadora.

¿Le da placer hacer el amor? No, prefiero dormir tranquilamente. ¿Por qué? A veces siento la necesidad de encontrar esa inocencia que abundaba en mi infancia y juventud. ¿Qué le da placer? Quedarme quieta hasta que una luz azul me ilumine por dentro. ¿Qué le da displacer? Preguntas como las que me hace usted.

Hubo una pausa y se oyó la lluvia agobiante. La otra se avergonzó y quiso disculparse. Mire, no la quise hacer sufrir, es sólo una encuesta anónima al azar, su nombre nunca se sabrá. Además, le juro que habría contestado lo mismo que usted, la historia personal de las mujeres es siempre triste, las mujeres sólo servimos para sufrir.

Ya no puedo más, la rabia la hacía temblar. Levantó la cara decidida y sus ojos transparentaban la furia. Se encontró que había perdido su seguridad de mujer toca puertas y entra casas. Lágrimas corrían por sus mejillas y estaba también temblando de congoja. ¡Váyase, por fa-

vor, con la intimidad no se juega! La otra se levantó torpe y derrotada. Nunca busqué angustiarla, perdone, perdone.

Ella sólo encontró la salida y cerró la puerta tan levemente que pareció haberse quedado adentro.

La otra se levantó de su asiento, buscó su viejo chal, la lluvia había enfriado el ambiente y se sentó en su silla preferida para caer en una profunda vejez de tantos y tantos años acumulando sólo desperdicios. Recordaría siempre a la otra entrando intempestivamente, bochornando su intimidad, quitándole tanto velo de manera muy dolorosa e impactante. Llegó a pensar en ella sin pena alguna y se convenció de que si volviera a entrar la abrazaría muy fuerte y se pondría a llorar en su hombro las lágrimas azules que había escondido desde mucho tiempo atrás.

EL ENCUENTRO

Bessy Reyna (1942)

Panamá

"A veces espera uno también
que alguien
eche al hombro un poco de alegría".
Bertalicia Peralta

I

Se levantó como si fuera un día cualquiera. La niña dormía aún. Sus tres años encerrados en sus dedos pequeños. Igual que siempre se dirigió a la cocina. El agua no borró su pesadilla. Los montones de platos y ropa por lavar, los gritos del marido. Ya se había acostumbrado a todo eso.

Hoy tenía miedo, sin saber por qué. Como si algo distinto viniera a su encuentro. La niña, el agua hirviendo en la estufa. —Un día más— se dijo. Hoy debía hacer mercado. Su falta de ánimo para todo estaba presente. No le gustaba ir a ese mercado sucio, la niña empezaba a esconderse y le hacía perder el tiempo. Al entrar y ver el gentío de

siempre murmuró: ¡Ánimo, Ánimo! No va a pasar nada. Compró una cacerola nueva mientras oía los gritos de los diferentes vendedores. El olor a pescado llenaba el local.

Ella seleccionaba cuidadosamente cada compra, no tenía suficiente dinero. Se detuvo frente a los dulces, acariciando su postre favorito y lo depositó nuevamente en la nevera junto a las otras cajas de helados y fresas con crema. —No tengo dinero— se dijo una vez más.

El puesto de frutas le quedaba cercano. Allí estaría él, pretendiendo trabajar como siempre. Lo vio al final del pasillo. Le agarraba la cintura a una muchacha, su espalda mojada. —Claro, ¡si es un levantón!— La rabia la detuvo, sosteniendo con firmeza la manita de la niña que quería correr hacia su padre. Hacía tanto que estaban casados. Ya no lo deseaba como antes, cuando vivían en su pueblo, allá en las montañas, donde podían tener su sembrado de frutas y flores. Ahora sólo quedaba el odio, cocinado con cada taza de café, recalentado en las tardes. —Él se pasa el día como si fuera soltero. Es un irresponsable— pensó. La niña empezó a gritar y tratar de safarse. —Ven, mira las gallinas, ven, compremos una para la cena—. La niña, llorando aún, la siguió.

—Espere señora, esto se le cayó de la cartera—. Una voz amable y desconocida de mujer la detuvo. Sus ojos se encontraron y ella sintió algo distinto. La mujer la miraba con una fijeza contra la que no tenía defensas.

—Espero no haberla golpeado, perdone— sus ojos fijos en ella.
—No fue nada— le respondió la desconocida.

Guardó los papeles en su cartera aún abierta. —Iba distraída, sabe— Por un momento se olvidó de la rabia y la gallina y lo que debía comprar. Empezó a hablarle tímidamente a esta mujer que nunca antes había visto.

—¿Viene aquí a menudo?— la niña tiraba de sus faldas. —Sí— le contestó la mujer mejor vestida y más joven que ella. —A veces vengo a pintar, pero es difícil con tanta gente corriendo de un lado a otro—. Esperanza observó unas plumas y lápices en sus manos, ella de pintura no sabía mucho, recordó que en la escuela una vez la habían llevado a un museo de otro pueblo y que hacía calor y ella se sentó en los escalones a conversar con otros compañeros. Esperanza trató de recordar los cuadros que le explicara la maestra… hacía ya tanto.

Sintió una intensa curiosidad por esta mujer que podía pintar durante el día en el mercado mientras a ella la esperaban ropas y platos por lavar en la casa. ¿Estará casada? ¿De qué vive? ¿En qué trabaja? No tiene anillos, observó. Esperanza permaneció en silencio.

—¿Le gusta la pintura?— la mujer de traje floreado y cabellos largos y castaños, parecía no tener prisa. —La pintura— dijo Esperanza, —pues en realidad yo no sé mucho de eso— sonrieron. —Perdón, mi nombre es Esperanza. ¿Y el suyo?—, —Muriel, me llamo como mi madre—. Le mostró algunos dibujos, hablaba rápido, con energía, —A veces los vendo, con el dinero me las arreglo para continuar. Vivo aquí cerca—. —Yo también— contestó Esperanza mientras pensó que tal vez no debía haberlo dicho, que no conocía a esta mujer, que podría tomarlo como una invitación. Muriel interrumpió sus pensamientos. —Tal vez cuando tenga tiempo podría visitarme, le enseñaría algunos dibujos. Si me lo permite, me gustaría tanto hacerle un retrato.

—¡Un retrato!— Esperanza pensó que en su vida le habían ofrecido una cosa así. Los retratos eran para la gente con dinero que podía sentarse por largo rato y no hacer nada. Ella siempre estaba ocupada y así se lo hizo saber a Muriel. Se despidieron. Muriel le dio su dirección varias veces, asegurándose de que la había aprendido.

—Por las tardes siempre estoy en casa— le dijo antes de marcharse. Esperanza regresó al puesto de carnes y con lentitud terminó sus compras.

II

En la casa el caos diario le envolvió. Él tenía la costumbre de regarlo todo, sus ropas, botellas. Los juguetes de la niña por todos lados. La basura se acumulaba en el rincón, esperando que alguien se decidiera a sacarla. Su esposo entró, exigiendo el almuerzo, quejándose de todo el trabajo que él había hecho esa mañana. Esperanza ya se había habituado a esto. Para evitar una pelea no mencionó a la pintora, él no quería que ella hablara con desconocidos. Tampoco dijo nada de la mujer que él tenía agarrada por la cintura. La niña jugaba debajo de la mesa. Él, como siempre, tomaba cerveza. Esperanza no tenía amigos. Él siempre

se quejaba de sus amistades, de que entonces no hacía los oficios de la casa. Poco a poco se fue quedando sola. Esperanza recordó a Muriel, no había dejado de pensar en ella, en este encuentro desde que regresó. Tenía un gran deseo de volver a verla, no sabía por qué esa inquietud, esa curiosidad.

—Yo no tengo dinero para un retrato.

—¿Qué?— le gritó el marido.

—Nada, ya sabes que hablo sola.

III

Pareciera que Muriel la estaba esperando, o esperando a alguien se dijo. Había café recién colado y el cuarto estaba en orden. Una mesa de trabajo con pinceles y papeles llenaba un rincón. En el cuarto pequeño, las plantas en las ventanas y los cuadros en las paredes eran algo nuevo para ella. Esperanza no recordaba haber visto tantos libros juntos en una casa.

—Me alegra tanto que haya decidido venir— le dijo Muriel — Creo que la esperaba— continuó. Esperanza sonrió con timidez, pidiendo disculpas por la niña que lo examinaba todo.

Sintió un calor, un extraño calor, unas ganas tremendas de llorar, unos deseos intensos de ser libre. Sintió que la luz era brillante y que el cuarto la acogía con gusto. Fue un momento —corto, intenso— Esperanza supo que regresaría muchas, muchas veces y rió pensando que no deseaba romper ese abrazo cálido.

MEMORIAS DE LA MAESTRA U.

Corina Bress (1977)
Guatemala

Macbeth, Great Dialogues of PLATO, fruta amarga la C.I.A. en Guatemala, Langenscheidt's german-english english-german dictionary, lonely planet city guide París, La Mansión del Pájaro Serpiente. Los sonetos de Mozart siguen regados sobre la alfombra blanca de la sala y la grabadora no deja de cantar Boadicea. Entre luz tenue aún se ve el reflejo del retrato y réplica barata de la Mona Lisa, los lapiceros regados sobre una mesa de centro, las hojas arrugadas cuidadosamente ordenadas sobre la estufa, olía a viejo, botellas de vino vacías, cigarrillos quebrados, encendedores que no sirven, el corredor obscuro y vacío y la cruz, la cruz con M.M. clavada, ensangrentada y llorando.

***

Hoy es domingo 8 de marzo de 1998 y los periódicos traen noticias poco usuales, pero únicas, de esta fecha. Mi Maestra U. me dijo que

hace años que algo se tendría que reflejar por el trabajo de su generación, creo que fue el trabajo de ella.

Tarek se pasea campante por el corredor obscuro, con la mirada alta menea su larga cola blanca de lado a lado, se detiene a mitad del camino y lame sus patas manchadas de la madera vieja y sucia, lo llamo, imperturbable felino cabrón, después de largo rato levanta la mirada y gira su cabeza a la habitación del lado derecho, estira su cuerpo tirándose al piso (el único pedazo limpio), cierra los ojos y duerme. Me ignora, deseaba descansar.

La Maestra u. se fue y me dejó tan sólo dos fotos, cinco libros, un encendedor, una cajetilla de cigarros vacía, una botella de vino tinto llena, cuatro lapiceros negros, un cuaderno, cartas con enseñanzas, un paquete de obleas holandesas, dos candelabros (uno blanco y otro azul), una playera color violeta, música (cantos gregorianos), un poema de cinco líneas, el retrato de una mujer volando, memorias de cafés y un martillo. Me lo dio todo en un cofre de madera. Sus palabras fueron, "tómalo, sabrás cuándo y cómo usarlo".

Recuerdo cuando te encontré Maestra u., te tomabas un refresco en un comedor insignificante del cien puertas. Llegué con dos libros, un cuaderno, un bolígrafo azul y mis lentes. Me senté y ordené lo mismo que tú bebías. Hacía ruido topando mi pie contra la pata de la mesa para ver si alguien volteaba a ver, todos menos tú. Boté mi bolígrafo dos veces cerca de tu mesa y sólo el gordo de la par se asomaba a dármelo. Me soné la nariz tres veces y nada te hizo percatarte de mi existencia en aquel lugar recóndito.

Me desesperé y dejé de insistir cuando te vi levantarte a pagar la cuenta. Tan sólo segundos me había sumergido en *Rayuela* cuando te sentaste en la silla frente a la mía. Te sonreí y pregunté si en algo se te podía ayudar y así empezamos una larga plática.

—¿La puedo ayudar en algo?

—No, pero me llama la atención cómo se le caen los bolígrafos, el ruido insoportable que hace con la mesa y su manera grotesca de sonarse la nariz. Impresionante. ¿De qué me quería hablar?

—Bueno, la escuché en un *auditorium* cuando hablaba de los laberintos de no sé qué autor.

—Hablaba con alguien, porque en mi vida he dictado una conferencia.

—Sí, con Zardelli, la de leyes que siempre anda con atache y faldas cortas.

—Claro, claro, platiquemos. ¿Cuál es tu nombre?

Probablemente todavía recordás Maestra U. lo corto que se nos hizo el día entre las cien puertas encantadas, el aire que no dejaba de apagar los fósforos para encender los cigarrillos Delicados, el olor a viejo y las lágrimas que no dejamos derramar por orgullo. Me contaste y te conté. Fue ese día Maestra U. que comenzó el plan, el que tú sembraste. Me repetías una y otra vez:

“Quiebra Cadenas,
Entierra Rencores,
Olvida Promesas,
Baila sólo con Tambores
y anda…”

Inventamos palabras, estudiamos el gliglico (sin poder descifrarlo), tomamos vino y llegué borracha a casa. Llamó y colgué. Llamó y grité. Llamó y colgué. No recuerdo haber vuelto a contestar.

Aquel día, o mejor dicho tres días después notaste mis marcas, te dije que desaparecerían.

Otro día, tres semanas después notaste mis nuevas marcas cuando estiré el brazo para alcanzar un libro en tu casa y la manga se me subió, te dije que desaparecería, me diste el libro que alcancé, lo leí.

Un día, cuatro meses después te percataste de una marca cerca de mi pecho cuando me baje el cuello de la blusa para mostrarte mi cuarzo de cristal, te dije que desaparecería, me diste dos direcciones, otro libro, fui a las direcciones (seguí frecuentándolas por largo tiempo) y leí el libro… Llamó y colgué para siempre, las marcas desaparecieron por la magia que tú me enseñaste.

Pasa el tiempo Maestra U. y me quiero transportar a aquella mañana que salimos a correr y nos llevamos a la pordiosera a comer patatas fritas y refresco de horchata a mi casa. Fue ese día que me regalaste la caja de incienso y los sonetos de Mozart, te burlaste de la cruz y te conté que mi ex la había colgado en la cocina y yo la trasladé al estudio pensando que se vería mejor. Repetías entre carcajadas una y otra vez:

"Fantástico, fantástica pero tan acertada", "Tan cínico el cerote". No te entendía Maestra u. y como poco era lo que te tomabas de tiempo para explicar me reí contigo.

Esa tarde fuimos a beber vino y yo había hecho mi primer examen de la Universidad. Celebramos y brindamos a mi nueva carrera. Fue ese día que empecé a pensar y todo se me reveló, pensaba, conectaba, recordaba, bailé, grité, vituperaba por primera vez, soñé, me percaté y lloré como niña. Me acariciaste la cabeza, me abrazaste y dejaste caer tu llanto a lado del mío.

La semana siguiente fuimos a desayunar y me presentaste a A. Parmalo. Parmalo me dejó hablar, sus ojos seguían cada movimiento que realizaba y sonreía frecuentemente, seguía mi conversación. Hablamos de la música, los libros, la mente, el humano, de los atardeceres, del mundo y su gente, del baile y hasta de los placeres. Él lloraba cuando contaba sobre su primera pieza musical que fue aplaudida en una sala de Viena y yo reía contigo Maestra u. cuando contamos sobre nuestro encuentro. Después de dos horas, Parmalo se levantó y pude observar de nuevo su alta figura, me extendió su mano dulce y suave y me invitó a su aroma de rosas cuando se agachó para plantarme un beso sobre los labios. Desde ese día, Maestra u., Parmalo duerme a mi lado.

Nos dejamos de ver por un mes Maestra u., creo que aún has de recordar mi viaje al otro lado del charco como tú solías decir. Fue allí donde encontré a Agatha que me invitó a su ópera, me dio tres libros en italiano, pero primero debo terminar de aprender los mamma mías para leerlos. Claudine se me presentó en el camarote del tren rumbo a Suiza, hablamos en francés hasta donde aguanté y luego me invitó a tomar café con ella y su esposo. Leanne me habló de su lejana tierra australiana a orillas del agua sucia de Venecia. Chantal y Sabine me llevaron a la maravilla gótica de Notre Dame y Michele me enseño en cinco días cómo amar a Parmalo.

Cuando regresé encontré a cuatro mujeres, cada una en día distinto, nos juntamos las cinco y tú Maestra u., decidiste partir poco después. Espero que aún guardes este poema:

Hubo una vez un pétalo llamado Almudena
Hablaba de las diosas,

le hacía culto a la luna
y sabía de la magia.

Hubo una vez un pétalo llamada Muriel.
Le cantaba al amor,
amaba a un pirata
y era Madre.

Hubo una vez un pétalo llamada Talita.
Creaba las rimas,
hablaba con silencios
y bailaba con rigor.

Hubo una vez un pétalo llamada Ifigenia.
Encantaba con los ojos,
sabía de las piedras
y fuerzas del interior.

Hubo una vez un pétalo llamada Hazina.
Hilvanaba las palabras
amaba la libertad
y creía en el infinito.

Una vez,
no mucho tiempo atrás los pétalos:
Almudena, Muriel, Talita, Ifgenia y Hazina
se juntaron,
crearon una rosa y la llamaron:
MUJER.

Dos semanas después de darte este poema, Maestra U., partiste muy lejos y no te he vuelto a ver más que en pensamiento. Corto fue el tiempo que compartimos pero grande fue el aprendizaje. Ahora que ha pasado el tiempo he llegado a comprender Maestra U. que ambas nos necesitábamos, yo para aprender y tú para enseñar, debías prolongarte

y lo lograste, yo debía crecer y lo logré. Cuesta a veces comprender los cambios de la vida pero que bello es haberlos descubierto.

Al día siguiente de tu partida dejé de llorar tu ausencia y empecé a gozar de mis hallazgos. Abrí tu caja, pasó un año para que terminara de leer los cinco maravillosos libros que me dejaste, las dos fotos las enmarqué y están sobre mi escritorio de la oficina (Parmalo tiene una copia sobre su estante de libros), el encendedor lo guardo en mi cartera con la cajetilla de cigarros vacíos para fingir que aún sigo fumando, no me gustan las obleas holandesas pero a Tarek le cayeron muy bien.

Después de un año, cuando terminé de leer los cinco libros, una noche cuando Parmalo andaba de viaje me senté en el estudio, vestía con la playera violeta, puse la música gregoriana, leí tus cartas, recité el poema:

Cámbiate
Cámbiate toda
Bájala y entiérrala
Súbela trasformada
Ahora sí, vuela…

Luego tomé el martillo y la liberé, la bajé y sus ojos dejaron de llorar, su cuerpo descansó y al fin pudo sonreír. Encendí dos velas en los candelabros, abrí la botella de vino tinto y brindé escuchando de fondo a los gregorianos, tomé uno de los lapiceros, abrí el cuaderno, empecé a escribir y nunca dejé de hacerlo…

***

Malena es un nombre de tango, El plan infinito, Sonetos de Amor, Dizionario, El libro de Margarita, la mujer habitada, El Aleph. Los sonetos de Mozart están en el estante esperando que toque el violín que me ve impacientado recostado sobre la alfombra blanca, la grabadora no deja de cantar Book of Days. La luz resplandeciente le da colorido a las paredes tapizadas de pinturas hechas con mis manos, los lapiceros que ya no pintan al lado de los cuadernos sobre el escritorio de Parmalo,

el olor a incienso, las fotos de Maestra U., las flores frescas, el aire relajante, el corredor limpio y fantástico y el retrato de la mujer volando, feliz, realizada, en paz…

BREAKING THE SILENCE

Carol Fonseca (1964)
Belice

Nora lay curled up in the middle of the unspread queen mahogany bed Granny Mavis had left her, trying desperately to hold back the tears; but it was all in vain. At first the tears trickled down, then they came rapidly. Her stomach was churning and she knew she would throw up any minute, yet she could not find the strength to get up. She lay still, cold and lifeless; waiting for the frothy foam to come blurting out, but nothing came. There was silence. The only sounds Nora could hear were coming from the words echoing in her head, "Mommy, true wen a man beat yu, like how daddy beat yu, it's bikaaz ih love yu? Stacey, no beleev me. No true mommy dat true?" Nora had done everything possible to try to erase these words from her memory, but like the tears that kept falling, that too had been in vain. She hated herself for not realising sooner what was happening to her life, as well as her daughter's life. How could she have not realised that she was contributing to beliefs, like this one that Kesha had, about a man beating his wife because he loved her? What had gone wrong in her own life to allow her to make this happen? Nora closed her eyes tightly. How she longed for Gran.

Nora's thoughts turned to the many conversations they had at night on the frontstep, while Gran waited for the boledo to play. There they would talk for hours about anything from Miss Sarah's five children, each for a different man, to Princess Diana's fatal death. Nora remembered how Gran had cried for hours nonstop when she heard the news of the princess's death; she had taken it so personally. She didn't quite understand way back then why Gran had cried, after all, England was a far cry from her country, but now as she lay alone in the somewhat dark room it all began to make sense. Nora stretched out her cramped legs and slowly opened her eyes.

A glimmer of light from the lamppost in front of the house squeezed through a hole in the rusty zinc roof. There was no clock in the room, but Nora knew from the familiar sound of the nearby Chinese restaurant's shutters being dragged down, that it was way past midnight. She was glad she had decided to send Kesha to stay with Aunt Sadie in Ladyville for the long Labor Day weekend. The country air would be good for her she assured herself. Who was she fooling, Nora thought. The truth was she desperately wanted Kesha to get away from all the screaming, punching and kicking that had become so much a part of their lives. Nora was thankful too for this time to be by herself, to think about her life and Kesha's life. Kesha's question about a man beating a woman because he loved her, had stirred up all sorts of thoughts and emotions that had been buried deep down within the very crevices of her being.

Nora looked at her left arm, where the blue-black bruises were still visible. She shivered as the memories of the unbearable pain came flowing back. Just thinking about what had happened a few days ago hurt even more now than the punches and kicks she had received for asking him why he had not come home the night before. Nora felt a large lump in her throat, almost choking her, making it impossible for her to breathe. She thought immediately of Gran's story about the woman called Maritza from the village of San Jose Succotz, who the villagers said had willed herself to stop breathing to escape from her abusive husband. Ever since Gran had first told her this story some ten years ago, it had engraved itself in her memory. Nora closed her eyes, and prayed for the strength to not give in like Maritza had done. She swallowed hard, forcing the lump to go down deep inside of her.

Why had she allowed herself to fall for him? She couldn't bring herself to say his name. What had she seen in him? Was she so blindly in love with him that she didn't see the signs? Why couldn't she have realised that those repeated outbursts were not normal? Why had she not walked out the door the first time? Why had she allowed it to go on? How could she have allowed Kesha to believe that Ketchell's reason for beating her was because he wanted to show her how much he loved her? Nora buried her head in the pillow, trying to stifle the questions bombarding her one after the next, making her feel like she was going insane. Now she knew exactly how Maritza had felt.

Nora knew that just about now he would be having his last drinks for the road, soaking in as much as he possibly could, as though liquor was going to be banned tomorrow. She couldn't remember the exact day, or month it had all started, but she was certain that it was right around the time Gran had died. This coming Tuesday would be their fifth anniversary, not that it mattered to anyone. He had slowly turned into someone she no longer recognized, a complete stranger. Over the years she had immersed herself more and more in her paintings, seeking refuge in a world where she felt safe. Painting was the only thing that made her forget, simply forget. He often told her that she was wasting her time painting stupidness that no one would dare hang on their wall. Those words had hurt her more than the punches or kicks ever had. And even though she tried desperately not to make his words affect her, it hurt her more and more every time he said it.

Gran was the only one who ever really understood how important her paintings were to her. It was she who had bought Nora her first brush, the one she still always liked to use. It was Gran, who had first told her that she had talent and that if she believed in herself she could do anything. It seemed as though that was all Nora needed to hear. From that day her paintings seemed to have transformed into what Gran had called royal works of art. How she missed Gran. She missed her loud voice calling her name, her wrinkled hands so eager to embrace her and her warm smile that lit up a room. Nora even missed the strong scent of Vicks that always emanated from her.

But even though Gran was gone. Nora knew that she was still very present in her own life. She knew this because she was alive, not

sealed away six feet under the ground where she had wanted to be so many times before. She had often sensed the presence of someone gently, lovingly looking over her and she knew that it was Gran. It was during those times that she had regained some sense of herself and had realized why she had to continue living. There was Kesha and there was her dream. A dream she had promised Gran she would fulfill.

Nora's bare feet touched the cold green linoleum, sending an electrifying shiver up and down her body. The pain in her back had lessened as it somehow always did. As she shuffled her way into the kitchen to make herself a cup of tea, an old habit she had picked up from Gran, she could hear Mrs. Bertha's old rooster crowing. She looked up at the now rusty Coca Cola clock she had won in high school for coming in first in the art competition held for St. George's Caye Day. Gran had refused to get rid of it, even though the only way you could tell the time was if you went right up to it. It was 4 a.m. She hadn't realised that so much time had passed between when she heard the shutters being dragged down and now.

It would be only a matter of hours before the whiffs of kindling from Mrs. Bertha's firehearth would come flowing through the half-closed wooden blinds. Mrs. Bertha had been Gran's best friend. They had gone to primary school together and had worked at the old Hummingbird Sewing Factory on the highway for over thirty years. It was only when Gran's arthritis had become unbearable that Nora had practically forced Gran to stop. Mrs. Bertha, however, had continued for five more years and had then gone into the johnny cake business. She woke at three o'clock every morning and lit her firehearth. By 5 a.m. the aroma of the mouthwatering johnny cakes could be smelt for miles around. By 6 a.m. Mrs. Bertha would he on the streets, basket on head hollering, "Get yu hot johnny cakes. Get dem now wile di butta melting dem".

Nora admired Mrs. Bertha for many reasons. Despite the fact that her husband had left her with three children and had gone foreign, she had somehow managed to get all her children through high school. Mrs. Bertha had never given up. She reminded her so much of Gran, full of energy and a strong spirit to survive. Since Gran died, she had often wanted to confide in Mrs. Bertha, to ask for advice, but she had not

done so. Perhaps it was her own pride Nora thought that had prevented her from doing so. If anything she still had, it was her pride, instilled forcefully in her by Gran.

She remembered what it had been like the first time Gran had caught her crying for her mother. Gran had made her sit on an upside down old lard bucket near the large wooden washboard, where she stood rigorously scrubbing Nora's school uniform and had begun what Nora believed was nothing short of a sermon. Gran had told her that it it was no use spending her life crying for her mother and that it would not get her anywhere, but in the hospital. She had explained to Nora that her mother had made what she thought was the best decision at that time and that was to go to New York to look for work. She just wasn't able to make ends meet, with no help from Nora's father, who had never acknowledged her as his child. Gran's words echoed in her head, "Yu mada doing weh she tink is best fo yu, Nora. She making dis sacrifice fo yu so dat yu kud gat a betta life someday. God noes dat da a sacrifice she making, so stop yu crying gyal. Yu should be proud a yu ma. Yu no worry bout notn, yu gat mi right ya fu tek good care a yu and dat a gwine do til dehnya old hones a mine ka go no moe."

Nora remembered, however, how difficult it was for her at that time to understand how her mother could be making a sacrifice for her, when she was the one that was left behind. It just didn't make sense. If anyone was making a sacrifice Nora thought it was her. Over the years it was these little sermons, which Gran would often spring on her around the washboard, ironing board, kitchen table and on the frontstep that had instilled in her a sense of pride, not only for her mother who had never returned, but also for Gran and people like Mrs. Bertha. She admired women like them, who seemed to go through the worst of times and still came out looking like they had been blessed with a life of riches and endless happiness. If only she had that same spirit Nora thought.

Peeping through the wooden blinds, Nora saw Mrs. Bertha moving busily around in her backyard. Not even sure what she was doing or why, Nora quickly pulled a housecoat over her and went through the backdoor. Hearing footsteps Mrs. Bertha looked up, her face expressionless. Maybe she shouldn't have come Nora thought. Coconut in one hand, machete in the other Mrs. Bertha suddenly smiled, "Luk like di

sun waahn swallow up all a we tideh, no Nora? Ih no eevn come out yet and luk how ah sweating no hell aredy. Luk pahn mi frak how it don wet and to tink di day no really bigin yet. But wat have yu up at dis time mi child? Sohnting wrong with Kesha?"

"No, Mrs. Bertha notn wrong wit Kesha. Well a mean notn wrong like she sick, but a worried bout a. Fu be honest Mrs. Bertha a worried bout me and Kesha". Mrs. Bertha brought down the machete, chopping the coconut into two halves. Gracefully she placed it next to the grater on the makeshift table near to the firehearth and then turned to Nora. "Yu noe Nora bifoe yu Gran dead she yoostu like tell mi, Bertha, keep a good eye pahn mi grandaata, keep a good eye on a fu mi, cause every day bucket go da well, one day di batam drap out, and she gwine need someone fu help a out, and a no a be round."

Nora felt the lump trying to force its way up again. She swallowed hard. She stared at Mrs. Bertha and for a moment it was as though she was seeing Gran. She felt like wrapping her arms around her, holding on to her and never letting go. Almost as if Mrs. Bertha could see into her mind, she walked towards Nora and embraced her. "A noe child he hurting you plenty. All dehnya years a watching and meny times a waahn to intafyaa but mi head telling mi one ting and mi heart nada. A try fu tink weh you Gran wudda waahn mi fu do, but ih hard. All a wi go troo trials in dis ya life, Nora. God noes a gone troo moe than mi share, but yu have fu have strength fu change yu life, to waahn moe fo yu self and fu Kesha. One ting a kud swear to and dat is if yu got di blood a Mavis Wilhemina McFadzean di flow through you veins then you have the strength to get troo anything in life."

Mrs. Bertha looked deep into Nora's eyes, but Nora felt as though she was looking into her heart. Using the tail end of her housecoat, she wiped away the tears that had been flowing as Mrs. Bertha was speaking and said, "Mrs. Bertha, til a get mi foot on the ground yu tink me and Kesha kud stay wit yu fu a while. Mr. Swasey done tell mi a kud put as much painting in di art shop an he sure dehn will sell fast. Yu noe Mrs. Bertha some bank buy one a mi painting, di one ah finish bifoe Gran pass way. Dehn pay three hundred dallas for it, can yu beleev dat, Mrs. Bertha?" Picking up a half of the coconut and proceeding to grate, Mrs. Bertha shook her head and said, "A sure kud Nora, a sure

kud. Mavis always say yu hav great talent, an dat one day yu paintings gwine be henging on important piple's walls. An see so said, so done. Now hurry up and go pack yu an Kesha things, befo da one he come. No worry mi child, all yu gat fu hav is faith. Yu wahn see how tings wahn work out. Yu just mek di mose important step.No gud fu kip silent yu noe Nora. No good fu kip evryting inside. No good at all. All ih do is rotten out yu inside and soon ih bigin fu show outside."

Nora quickly made her way through the worn out path behind Mrs. Bertha's house, which led to her own backdoor. Her footsteps were lighter, as if a weight had been lifted off her back. Back in the house she silently gathered her brushes and canvas, a few cans of paint and then proceeded to their bedroom, where she removed her clothes and Kesha's from the only closet in the house. As she was packing everything into one of Gran's ancient suitcases bought from Little Store, Nora made the decision that she wouldn't carry anything else. She would leave the memories of her five years of marriage right here, where she could never come face to face with them again.

The familiar sound of the rusty gate interrupted Nora's thoughts. She could feel her body reacting as her heart rate increased and palms began to sweat. She knew it was him. She grabbed the suitcase, running as fast as she could towards the back door but just as she was about to open the door, the key turned in the lock and the front door opened. Nora turned, swearing to herself that she would not allow him to hurt her one more time. Her heart was pounding its way through her flannel housecoat, ready to explode.

Slamming the door behind him, Nora watched nervously as he staggered towards the bathroom. But then, almost as if he could smell her, he stopped, turned and walked directly towards her. Large drops of sweat ran down Nora's heaving bosom. She tried desperately to control herself. She quickly dropped the suitcase, moved closer to the stove, and gently lifted the kettle from it as though it was extremely hot. "Now weh yu tink yu gwine wit dat suitcase uman?Yu tink it so easy fu walk out a mi life.Me and yu da one. Yu ka survive widout me uman as simple as dat. Figet bout hurt yu man, yu noe deep dong in dat heart a yurs yu love mi so. Kohn mek yu man give yu som good loving, dat da weh yu need."

He hadn't come too close to her and Nora knew that in his drunken state he was trying to figure out if she really had the guts to harm him. He watched intently as Nora held the kettle firmly. Nora knew he was waiting for the right moment to make his move. "Ah telling yu no kohn no klozer. Yu hurt me inof. Yu tink jos cause yu da policeman yu kud do mi whatever yu waahn and wentime yu waahn. Luk how moch years a put up wit dis, but yu noe wat Ketchell a no gwine go a nada day living like dis. All ah beg yu to chanje yu ways, it go troo one ear and come troo the next. Thank God Kesha mek a finally wake up and realise dat a can't continue fu live like dis. Yu no hav no chanje fu chanje, but yu noe wat ah kud chanje mi life and a kud mek a better life fu me daata."

Ketchell stared at her in disbelief. He didn't even move and Nora knew he must be wondering if she had finally decided to try his weed. Nora continued, "All a want is fu yu to leave us lone. Jos mek mi an Kesha live in peace, so me daata no hav fu ask mi if da true dat di reason yu beat mi da cause yu love me. Yu know wen Keesha ask mi dat a realise so moch bout miself an mi life. A finally realise dat I as moch to blame as yu, cause ah allow yu fu continue to beat mi. Bad enough a mess up five years a mi life, but a no a let yu mess up Kesha's mind or life."

Nora watched as his eyes blazed with fire. "A ku see dat yu out to hurt mi tonight uman, so a let yu be fu now, but mark mi words a no a figet wat jos happen, so sleep tight, cause wen a rise fra dat bed all hell a brok loose. If yu noe wat good fu yu, yu unpack dem tings and kohn da bed now." He turned, and staggered out of the room. Nora did not move until she heard him snoring. She released the tightly clutched kettle from her grasp and firmly placed it back on the stove. She breathed a sigh of relief. She knew that he had been too drunk tonight to retaliate. She shuddered to think if he had not been.

Nora picked up the suitcase, opened the door and walked into the sunlight. There was no turning back. She knew that he would do everything to try to get her back under his roof, in his bed, in his life, but she also knew that inside of her was something she had never felt before. She was convinced that it was that same spirit that gave women like her mother, Gran and Mrs. Bertha the strength to go on. She knew

in her heart that he would never get another opportunity to hurt her again.

In the distance, she could see Mrs. Bertha hurrying up the path to help her, her arms outstretched, a warm smile on her face. Gran had left her with more than a friend to keep a good eye on her; she had left her with a way out. Mrs. Bertha had helped her to break the silence. As soon as the clock struck 8 a.m. she would take the painting she had just completed to Mr. Swasey, and then she would catch the next bus to Ladyville and get Kesha. A breath of fresh country air was just what she needed.

La matrilinealidad: el encuentro sororal madre/hija

"Luz Roja"
Si mis hijas no estuvieran
pondría boleros
y una luz roja en la puerta.
Pero, qué va, ya no me queda ese vestido.

María Montero, Costa Rica, 1970

¡UNA MADRE COMO ÉSA!

Isabel Herrera de Taylor (1944)

Panamá

Era un barrio de ésos que ya casi no existen. Las casas de madera daban la impresión de estar arrimadas unas a las otras como sosteniéndose. Entre casa y casa estaba el camino de servidumbre conocido como zaguán. El zaguán o vestíbulo daba al patio comunal interior y algunas noches servía de escondite a los ladronzuelos. En otros momentos, en el mismo lugar, una pareja apasionada y muy apretujada gemía de placer. Uno aprendía a ver sin preguntar para evitar problemas. Cuando en una ocasión un muchacho se enfrentó a la policía a balazos, mi madre nos prohibió salir del cuarto al anochecer.

El sueño de mi madre era que saliéramos del barrio. Vivíamos de lo que ella ganaba con trabajos diarios que hacía en casas de familias acomodadas; regresaba temprano y estaba atenta al cumplimiento de nuestras tareas escolares. Mi hermano asistía a la primaria y yo cursaba el quinto de secundaria.

El baño comunal nos quedaba frente al cuarto y, entre ambos, el piso con un limo verde que se extendía insolente y resistía, de manera inexplicable, a cuanto limpiador se usara. Mi madre aborrecía el limo;

por mi parte, detestaba la obligada fila para utilizar el baño. Existía un arreglo implícito: a las cuatro de la mañana se bañaban los obreros que pronto saldrían para sus trabajos y a las cinco iniciábamos los estudiantes.

Sale un descarado en calzoncillos, toalla al hombro, y lo miro mal a propósito. Pero le sonrío a Pablo, quien siempre está de buen humor:

—¡Que las mujeres se bañen juntas y así apuramos! —dice Pablo.

—¿Y tú con cuál de los hombres de la fila te metes en el baño?

—Suave, Carmelina —y nos reíamos.

Carmelina y Pablo eran mis amigos. Habíamos compartido muchos "raspaos". Pablo tenía una manera de mirarme que me derretía; era más alto que yo y poseía una sonrisa contagiosa. Él hablaba: "el man", "dizque", "tú sabes", y esas maneras de la gallada que ofendían a mi mamá. Sabía hablar correcto cuando era necesario, como frente a los "profes". ¿Y qué tenía de malo que me gustara Pablo, aunque hablase de esa manera? Por eso salir del barrio era difícil, porque las costumbres se pegaban como lodo en los zapatos… abrigaban nuestros hombros… se volvían parte de uno… Uno se sentía parte de algo.

Una vez, la vecina de al lado le daba correazos a un hijo; entre quejido y quejido del muchacho, la mujer desgranaba su amargura: "Tu padre es un borracho… se juega la plata en el hipódromo…"

Me encogí temerosa y miré a mi madre, que me correspondió con una mirada que tenía algo especial. Sentí entre nosotras un cordón invisible que nos unía. Ambas soltamos las lágrimas y me dijo con firmeza:

—¡De aquí nos vamos!

Uno de los pasos que dio para cumplir su sueño fue obtener un trabajo con mayores ingresos. No importa cuánto dinero trajera mamá a la casa, el hecho de que muchas veces laborara horas extras significó más responsabilidad para mí: limpiar la casa, atender a mi hermano… Y, a su vez, me dio más libertad para compartir con amistades del barrio y acercarme más a Pablo. Pronto, sin darme cuenta, era yo la que estaba apretujada en la pared del zaguán.

Mamá ahorraba todo lo que podía. A nosotros nos compraba zapatos, pero los de ella los cambiaba cuando ya no daban más. No compró muebles nuevos para Navidad, a la usanza de los vecinos; era perseverante en su determinación. Un día nos contó que había visto un

terreno por Villa Grecia a una hora de la ciudad. En ese lugar, decía, pueden jugar los niños, tener un jardín… esos temas que eran nuestra conversación de todos los días se fueron alejando de mí. Pablo llenaba mi vida entera.

Para mi madre no pasó desapercibida mi relación con él: lloró, protestó y aconsejó. Él se había graduado de secundaria y trabajaba en una compañía constructora. A ella eso no la complacía. Creo que ese hecho determinó que con los pocos ahorros que poseía comprara un terreno en Villa Grecia. En poco tiempo —nos dijo— construiré una casa.

La vida continuó como el viento; en un mes sería mi graduación. Fue entonces cuando el nuevo ser que bullía en mí afloró: vomité hasta el cansancio. El doctor que me examinó se lo dijo a mi madre como si fuese un veredicto:

—¡Va a ser madre!

—No tenía valor para mirarla a los ojos. Cuando lo hice, la vi como si fuera la primera vez en mucho tiempo: su apariencia era la de una mujer envejecida. Quizás por eso no hubo regaños ni quejas. Sus palabras me hicieron entender mi propia existencia: eres otro eslabón de esta cadena que sólo será rota si salimos de este barrio.

Ella, Pablo y yo conversamos largamente: luego de graduarme, y si Pablo encontraba un cuarto para mí y el hijo por nacer, nos casaríamos. Seguí viviendo con mi madre, que sostenía lo mejor que podía su frustración; y él con sus padres. Hacia el séptimo mes de mi embarazo, Pablo empezó a desaparecer los fines de semana, lo que me produjo grandes enojos, pero mi madre me aconsejaba paciencia por el bien de la criatura. Aunque ocurrieron algunas discusiones, los consejos de mi madre y el buen humor de él me animaban al perdón y a la reconciliación.

Un día, de ésos que se vuelven fecha importante para una madre, el bebé decidió nacer. Fue una alegría con cierto sabor amargo: no habíamos logrado mudarnos y sentía un poco de vergüenza ante mi madre. Sin embargo, en esos momentos tan difíciles su mirada me animó y su abrazo me reconfortó.

Al salir del Hospital, el taxi tomó un rumbo distinto al camino hacia el viejo barrio. Pablo se mostraba feliz, haciendo bromas; era mi Pablo de siempre, el que yo amaba. Mi mamá sonreía ante las ocurrencias del padre de mi hijo y, además, atenta explicaba la ruta al taxista.

Fuimos directo a Villa Grecia. Llegamos a un lugar donde había verdor, papos y árboles de mango; una brisa fresca saludó a mi hijo.

Las casas estaban separadas unas de las otras, algunas en construcción y otras ya edificadas. Pablo me contó todo: mi madre le ofreció el terreno que había comprado y propuso que él y sus compañeros de trabajo construyeran las habitaciones más necesarias para una casa.

¡Por eso desaparecía los fines de semana! Las lágrimas me impedían ver. Era una casa tan pequeñita, ¿cuántos cabríamos allí?

Llorando me dirigí a mi madre:

—Este era tu sueño, ¿dónde vas a vivir tú?

Y llena de vida, irradiando una vitalidad contagiosa, me contestó:

—Tú serás la primera en salir del barrio. ¿Recuerdas el día que la mujer le pegaba a su hijo? En ese instante yo pensaba: ¡No quiero que mi hija llegue a ser una madre como ésa!

MACHA

Vilma Loría (1930)

Costa Rica

—¡El Mall San Pedro, mamá!

Yesenia señaló con entusiasmo desde el otro lado de la calle.

—¡Vea qué grande!

Los ojos verdeaguamarina de Macha —jóvenes todavía— volvieron la mirada al cielo.

—Tanto oír hablar de este lugar… Yo pensé que era bonito, hija, ¡pero es horroroso! Le dio risa, explotó en una de sus sabrosas carcajadas que la hizo tirar hacia atrás la cabeza —una cabeza de abundante pelo— que parecía decolorado a propósito en algún salón de lujo: las canas que comenzaban a aparecer le daban un aspecto muy fino, casi sofisticado, a la sencilla mujer.

¡Qué linda es mamá! —pensó Yesenia como tantas veces en su vida— ¡qué alegre siempre!... con la vida que tuvo sería explicable…

Sus pensamientos se cortaron abruptamente cuando su madre, con la inocencia o imprudencia, no se podría decir cuál —de persona no acostumbrada al vertiginoso tráfico de la ciudad de San José— dio un paso adelante para apreciar mejor el adefesio.

Yesenia trató de avisarle, de detenerla, pero era tarde… La impávida y oscura mole fue testigo de la tragedia: un bus de Cartago, compitiendo en velocidad con el de Tres Ríos, se orilló para adelantar y sin que el chofer se diera cuenta siquiera, golpeó a la mujer. Macha fue lanzada violentamente contra el pavimento. Murió en el acto.

Yesenia recordaría que un hombre detuvo su automóvil y se acercó donde ella protegía el cuerpo de su madre tirado sobre el asfalto, mientras el ruido de los motores seguía y seguía a su lado: los carros pasaban veloces, indiferentes desinteresados, insensibles.

—Soy médico— permítame.

No necesitó examinarla para darse cuenta. Hablando por un teléfono celular pidió una ambulancia, —debe venir el juez —dijo en un susurro—, no hay señales de vida. Lamentó darle la noticia en esa forma a aquella linda y vital muchacha que lo contemplaba con unas pupilas honestas, donde había esperanza todavía.

—Lo siento.

Mamá quería conocer el Mall San Pedro, yo la traje, ¡yo tuve la culpa, yo tuve la culpa! Yesenia lloraba desesperadamente ante la mirada compasiva de aquel hombre que en un acto de humanidad la consolaba:

—No se culpe, no se culpe, esas cosas pasan, no fue su culpa. Cálmese. Voy a estacionar mi automóvil —lo dejé en media calle— ya regreso.

Brutal el dolor que embargó a Yesenia cargando miserias pasadas:

Hacía casi veinte años pero sintió la misma desolación de entonces. ¿Qué voy a hacer sin vos, mamá?

Vivían en la montaña, a varias horas de Liberia, al otro lado del Río Siete Vueltas. Yesenia linda, muy blanca, ojosgatos como su madre, ojosgatos tan claros como un día de sol, que fueron su pasaporte para el romance y casi un tormento para la vida. "Sus ojos son incómodos" ¿Incómodos por qué? "Cuesta dejar de contemplarlos, son demasiado bellos".

Fue la hija mayor de Macha, de Macha Hidalgo. Muy pocos sabían que aquella rubia y espigada mujer de vibrante personalidad, nacida en Puntarenas se llamaba Flor de Lis —nadie le decía así.

Yesenia fue el vivo retrato de su madre y la sombra de ella. La ayudaba con los pequeños, jugaba con ellos, les daba de comer, les

contaba historias, las mismas con que su mamá los entretenía, tratando de compensarles el alejamiento en que vivían. Eran pobres pero no les faltaban el arroz y los frijoles, los huevos, el agua dulce con leche y las tortillas. Tenían una yegua, una vaca y algunas gallinas.

"Rigo es un hombre trabajador, hay que entenderle su carácter" —repetía Macha como una letanía— tratando de convencerse ella misma. "En esta casa no falta nada… semana a semana él trae el diario, aunque venga tomado no olvida la comedera. Es cierto que estamos muy lejos de todo… que no tenemos luz eléctrica, pero eso no es su culpa. El que sea tan bravo creo que tampoco es su culpa, hay gente que nace así: cabreada".

Yesenia adoraba a aquella mamá que siempre estaba contenta, cantando y hablándoles a sus hijos. Les hablaba y les hablaba, no se cansaba de hacerlo, les contaba del tren donde desde muy chiquilla vendía comida, les relataba historias del Puntarenas de su infancia cuando recorría el puerto: ¡Cajetas con semillas de marañón! ¡Caje…taaas! Lograba vender la batea entera a punta de gritos.

—¿Cómo es Puntarenas mamá?

—Lindo y huele a mar.

—¿Y a qué huele el mar, mamá?

—¡A Puntarenas! Un día los voy a llevar. Van a conocer el mar. Van a ver las olas reventando en la playa, los barcos, los pescadores, el muelle, el tren. Macha no podía dejar de contar cómo conoció a Rigo en el tren. Rigo con los ojos chimbolos, con su cara rústica, con aquel su hablado lento, que la conquistó en una semana cuando no había cumplido los quince. Rigo que cambiaba de humor en cualquier momento, que pasaba de la risa al silencio, del silencio a la furia. No se sabía en qué momento tiraba lo que tuviera cerca, rabioso, insolente, sin motivo. Luego comenzó a pegarle. La primera vez Macha lloró y él se arrepintió, fue sin querer— dijo. Luego se le hizo costumbre y ya ella no lloró. El día que le pegó a Yesenia y le dijo "gata fea, igual que la mal nacida de tu madre". Macha pensó dejarlo.

"Supe de su mal carácter cuando era tarde" —le contó una vez a su hija— "me di cuenta cuando ya estaba casada. Pensé que él iba a cambiar, a dejar de tomar... nadie cambia. Cuando vine aquí y conocí este remoto lugar que Rigo me pintó distinto, cuando vi lo que iba a ser

mi vida y la de los hijos que Dios me mandara, sin tíos ni tías, sin abuela, sin escuela ni otros niños, quise irme, pero llegaste vos, Yesenia, y mi vida se iluminó, después vinieron Riguillo, y Josecito y ya fue imposible".

Recién llegados a la montaña él se iba por días al pueblo y la dejaba sola, ella sabía que tenía que acostumbrarse, pero temblaba de miedo. Oía el tigre, el mismo que se comió a la única vecina, —si se le puede decir vecina a quien vive a más de media hora de camino de su rancho— que vino una vez a contarle cómo su hombre la agredía también. La vecina que no volvió.

Macha contaba los minutos en las noches largas de zancudos bravos. Era tal su angustia que se alegraba cuando lo veía llegar medio dormido en la yegua; tomado, oloroso a licor y a mujer. La sopapeaba sin saber ni porqué, y Macha le pedía a la virgencita que se durmiera ligero, para que la dejara tranquila. Le daba gracias a Dios —al mismo tiempo— de que Rigo hubiera vuelto, temía que le pasara algo y la dejara sola. Le perdonaba su mal modo, su genio impredecible, sus rabietas, hasta que fueron naciendo los güilas y él comenzó a pegarles también, y eso ella no lo soportó.

Una tarde lo vio venir de lejos —no venía solo. Raro porque nadie llegaba al rancho. Sólo una vez vino su madre desde Puntarenas pero al día siguiente pidió que la llevaran afuera a algún pueblo donde pudiera respirar, que la sacaran a la civilización —dijo— jamás entendió cómo su hija podía vivir en la montaña sin compañía, con un radio de baterías donde sólo entraban ruidos sin canciones, sin poder seguir el rosario, sin nada. "Este es el infierno en solitario" —lloró—. Se fue y no volvió.

Rigo llegó con una mala expresión en la cara, a la defensiva. Traía con él a una muchachilla flaca que le recordó a Macha cómo era ella siete años atrás. Con un motetillo de ropa, y otro motetillo en la panza, los ojos de mujer no se equivocan.

Macha los vio y adivinó. Entró a la choza con Josecillo dormido en los brazos, lo acomodó en la hamaca y se sentó en el camastro matrimonial. Temblorosa, la velita de la Virgen de los Ángeles, peleaba con la oscuridad que ya caía, lanzaba sombras desde un baúl viejo que servía de mesa de noche formando fantasmas en los rincones.

Rigo se paró frente a ella desafiante y altanero. Macha con los ojos fijos en la cara que un día amó, sin hablar preguntaba, mientras un reproche velado se mecía en el aire. Sin saberlo apretaba la boca que se convirtió en una línea horizontal sin color. El olor a guaro inundó el espacio, un guaro rancio y maloliente. Macha se preparó para lo peor. Así como la tormenta anuncia la llegada del vendaval con truenos y relámpagos, así Rigo pateó la cama con golpes que levantaron un polvazal. De un tirón alzó a la infeliz mujer en vilo desgarrándole su vestido pobre y la lanzó al suelo.

—¡Quitáte, mugrosa!

Macha no emitió sonido alguno. Ahora la quiero a ella —exclamó el borracho con voz aguardentosa—. Enfatizó su desprecio con la bota sucia que la pateó en el suelo.

—Ésta va a vivir aquí —gritó— va a dormir en esta cama porque ahora es mi mujer, vos buscá otro lugar, ¡Perra!

Macha esquivó la bota que buscaba patearla de nuevo. "¿Por qué, Dios mío, le gusta tanto ofender, insultar, agredir? ¿Qué le he hecho yo sino quererlo?"

La flaca, muda y espantada, no se movía junto al bravucón, temiendo que siguiera con ella. Parece loco —pensó— ¡qué embarcada!

Yesenia corrió al lado de su madre y la abrazó, Riquillo con sus tres años asustados, lloró.

Inocente, Josecillo, sonreía en sueños ajeno a la tragedia.

Esa noche, acostada al lado de sus hermanos, Yesenia adivinaba en la oscuridad la figura humillada de su madre en el piso de tierra, cara a la pared al lado del fogón. Sin colcha ni almohada, sin desvestirse siquiera. La imaginó con los ojos abiertos y el alma quebrada.

—Mamá, dígale que se la lleve, dígale que se vaya, dígale mamá—.

La chiquilla imaginaba su voz que no salía.

Una noche la despertó el pleito. Macha le reclamaba a Rigo que hubiera traído a esa mocosilla embarazada a su casa, lo amenazó con irse y llevarse los chiquitos. "¡Hágalo!" La desafiaba él. "¡Hágalo y verá! Los encuentro y los mato, a ellos también, no me tiembla la mano para hacerlo… Por Dios que está en los cielos", —decía— usando el nombre del Señor en vano, "los mato" repetía, besando una cruz mal hecha con los dedos sucios.

Yesenia esperó oír llorar a su madre, quejarse, maldecir. Pero sólo oyó el sonido del silencio, un silencio que es ruido en la montaña llena de alimañas, con chicharras, lechuzas y sapos, y con los gruñidos del tigre hambriento merodeando. Tuvo ganas de acurrucarse con su madre en el suelo, de decirle que ella sí la quería, pero le dio miedo desatar la ira de Rigo otra vez y que las matara ahí mismo. Se durmió imaginándose el tren que pitaba triste, "uh uh" como hacía su mamá encogiendo la boca cuando les hablaba de su pasado. Uh uh, chucu chucu, reían ellos. Algún día ellos iban a pasear en ese tren desconocido. Algún día vivirían tranquilos todos al lado del mar, ese mar que su madre pintaba y que ella veía de todos colores en su imaginación infantil. Gozarían sin miedo, reirían sin miedo, serían felices…

Macha siguió con su vida chata: cocinaba, lavaba y barría el piso de tierra en silencio, no cantaba como antes, sufría con los ojos amarrados al suelo.

Rigo en el frijolar o en la milpa, —como siempre— desde el amanecer en que se bebía un jarro de café que Macha se levantaba a chorrearle todavía oscuro, en que se comía en silencio las tortillas —palmeadas, gruesitas como a él le gustaban— hasta las dos de la tarde en que regresaba. Llegaba hediondo a sudor, sediento: se tomaba el fresco sin respirar y luego comía desaforado el gallo pinto y por allí un huevo frito. Después se dejaba caer en la cama. Empujaba a la flaca, "quitá, no sé para qué te traje, olés a vómito! Las mujeres todas son iguales, son unas perras hediondas".

En la tarde se bañaba —hasta guapo se veía— y aparecía la cara agradable del hombre del tren, —como Macha lo llamaba todavía en la mente— mente honesta de mujer resignada. Ya no cogía la cuchilla, como antes. Era hábil, sacaba figuras con sus manos morenas. "Mirá, Macha, ponelo por ahí".

"¡Un pajarito, qué lindo, Rigo, sos un artista!" Pero eso fue al principio, cuando todavía ella tenía esperanzas de cambiarlo, cuando sonreía en su presencia.

La flaca acostada todo el día, se levantaba a tomar agua y la vomitaba en arqueadas o se iba a la letrina fuera de la casa, los chiquillos se quedaban viéndola y la seguían con ojos cargados de cansancio. Un silencio pesado ocupaba el rancho, un silencio agarrotado que imponía terror.

El sábado Rigo amaneció inquieto, les habló a los chiquillos haciendo voz de niño, —nunca lo hacía— pretendía ser gracioso. Se plantó bien y ensilló la yegua. Macha conocía los síntomas del viaje al pueblo, él disfrutaba anticipado su libertad, saboreaba su sed de guaro, su sed de mujeres. El trote del animal les avisó que se alejaba y todos respiraron tranquilos. Nadie habló, se volvieron a ver y el temor se arraló. Hasta Josecillo todavía bebé, con sus gorjeos succionaba la chupeta en paz, los niños huelen al agresor.

Macha se acercó a la cama donde la flaca había usurpado su lugar, las mujeres no se habían cruzado palabra en una semana.

—¿Cómo te lIamás?

—Mari.

—¿Cuántos meses tenés?

—Ni sé.

—¿Sabés prender el fogón?

—¿Por qué?

—¿Sabés o no sabés?

—La he visto a usted.

—En el estante hay candelas y fósforos. También una canfinera. Tené cuidado. Comida no falta. En la noche cerrá muy bien, hay un tigre majadero que viene a veces a empujar la puerta, no te asustés, sólo cuidá la puerta. Mirá, con este tablón la trabás y no te entra ni un ratón. Nosotros nos vamos…

La flaca peló los ojos hinchados de mal dormir.

—No se vaya me va a dar miedo…

—No debiste haber venido, chiquilla.

Yesenia vio a su madre acariciarle la cabeza a aquella figura fea que ella aborreció en el momento en que su papá la abrazó y le dio el campo que era de ellas —de su mamá y de ella.

Y es que cuando Rigo roncaba, Yesenia se deslizaba quedito y se acurrucaba en la oscuridad al lado de su madre. "Venga mi machita linda," —le decía ella— la abrazaba y le hacía cariño cantándole muy quedito: "Tengo una muñeca vestida de azul, con zapatos blancos y…" hasta que se dormía. Todo eso había acabado con la llegada de la desgreñada.

¡Y todavía mi mamá le hace cariño a ella! —pensó Yesenia furiosa—.

La vio prepararle agüita de canela, como a ellos cuando estaban enfermos, y llevársela a la cama en un jarro. "Tomátela de a poquitos, para que se te quite la basca. No debiste haber venido, chiquilla, pero sé que no es tu culpa, sino dél".

—¿Adónde vamos, mamá? ¿Por qué corremos?— Yesenia alzaba a José, el chiquitillo.

—Agárrelo bien, cuidado se le cae. Su mamá jalaba a Riguín y un pesado motete de ropa, hasta que se le veían blancos los nudillos de la mano del esfuerzo. Iban huyendo. Macha esperaba la salida del hombre para irse lejos, para esconderse con sus hijos.

—¡Mamá, mamá! Yesenia de escasos seis años sentía temor y sabía que tenía que correr por aquel terreno irregular donde no había camino, sólo polvo y piedras, se le zafaban las chancletas, hacía un esfuerzo para no caerse, para no botar a su hermano. Fue Macha la que rodó por la pendiente. Yesenia se vio sola en aquel paraje desolado con José alzado que lloraba a gritos. Cansada y sudorosa en el infernal calor de marzo, palmoteaba a su hermanillo como lo hacía su madre para tranquilizarlo. "Ya, ya, bebé, no se asuste Josecito!" -le decía- más asustada que él. ¡Aquí estoy yo!

Macha había desaparecido en el barranco. El llanto de Riguillo que colgaba todavía de la mano de su madre, la guió hasta abajo, con su hermanillo apretado contra el pecho para que no se le cayera.

No hablaba, parecía muerta, igual que ahora en la calle de San Pedro donde llegaron minutos antes en un taxi —llenas de ilusión— a que Macha conociera el Mall.

Yesenia dejó al chiquitillo en el suelo, "agárrelo duro, Riguín, no lo suelte" se acercó al río, mojó la mantilla con que Macha había cubierto la cabeza del pequeñín, y se la puso a su madre en la frente. "Virgencita, no me dejés sin mamá, ¿qué voy a hacer sin ella?"

—¿Qué pasó, gatita? Me dio un mareo, y no supe más… pero ya estoy bien. ¿No te pasó nada, Riguito?

Con la cara sucia de mocos, Riguillo trató de sonreír, tan moreno como su padre, era igual de callado que él.

Dieron la vuelta por el camino largo "Me da miedo pasar el río con ustedes, ¡Va y nos ahogamos!"

Era de noche cuando llegaron al rancho de don Jeremías, a la orilla de la carretera interamericana.

—Dichosos ojos, Machita ¿Adónde la lleva?

—Don Jere, déjeme pasar la noche aquí con los chiquitos. Voy huyendo de Rigo. Me metió otra mujer en el rancho. ¿Puede creerlo? ¡Yo no puedo aguantar eso!

Acurrucados unos con otros veían los faros de los automóviles, de los camiones madereros, de los buses, pasar cerca de la casilla del viejo. Macha sacó una botella con fresco y le dio a sus hijos y unas tortillas entiesadas con torta de huevo. “¿Gusta, don Jere?”

Los chiquillos comieron y se durmieron, ella no tuvo paz en toda la noche. ¿Qué estoy haciendo? A mis hijos nunca les ha faltado comida, zapatos, ropilla, estaré loca de haber huido así? Dame fuerzas, Dios mío, ayúdame. Seidy me puede conseguir un trabajo, ella tiene mucho tiempo ya en esa casa, dice que la señora es buena. Contó las monedas escondidas por años para el pase de autobús. El pase a la libertad.

En la mañana don Jeremías les dio un café mal hecho y le ayudó a Macha a detener el bus —costaba que se detuvieran en carretera abierta y le arrimó otras monedas—. “Va y no le alcanza y los bajan”. Se subieron y Macha pagó dos campos, el chofer no contó el pesetero, le dio pena aquella mujer tan linda cargada de chiquillos.

En un papelillo Macha llevaba apuntado el número del teléfono de Seidy.

—¡Aló!

—¿Seidy, es usted?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Macha tu hermana— rió alegre, no pudo dejar de hacerlo.

—Machilla sos vos, no puedo creerlo, ¿cómo estás?

—Me tuve que venir con los güilas, si vieras… estoy en la parada en San José, no sé ni dónde, pero en San José.

—Cogé un taxi yo te lo pago, decile que te traiga a la Cantina La Luz, todo el mundo sabe dónde queda, es cerca de esta casa, te espero en la puerta, si llegás antes que yo no entrés, siempre está llena de borrachos. El del taxi que me espere. Y tranquila Machita, todo se va a arreglar.

Por primera vez en años a Flor de Lis se le salieron las lágrimas, nunca lloró por los golpes ni los malos tratos, y ahora el cariño, la ter-

nura, la voz familiar la conmovían y la hacían llorar. ¡Parezco tonta! Vamos a coger un carro chiquitos, Seidy nos espera.

Sentados en la elegante cocina de aquella casa que les pareció un palacio, Seidy les servía de comer a Macha y sus hijos, cuando entró la patrona, doña Daysi.

—¡Qué chiquitos más lindos! Una machita y dos morenos, qué diferentes ¿son del mismo papá?

—Sí, señora, los tres son de Rigo mi marido, él es muy moreno.

—Mi hermana Macha— intervino Seidy…

—¿Cómo está, Macha? ¿Usted vive en Golfito o es la de Guanacaste?, son tantas las hermanas que se me enredan.

—Soy la de Guanacaste, vivimos en la montaña, qué pena venimos todos sucios, señora.

Mientras Macha, dispuesta y con una soltura desacostumbrada en la gente del campo, lavaba los platos y los acomodaba como si siempre hubiera vivido en la comodidad de aquella cocina. Doña Daysi la observó sorprendida. "Raro encontrar una mujer campesina con tal personalidad, además era linda la tal Macha".

—Los chiquitos se ven cansados, báñelos y acuéstelos, hay camas de sobra en el cuarto de servicio, pueden quedarse aquí hasta mañana.

"Mejor les digo de una vez que se tienen que ir mañana, vale más ponerse una vez rojo que muchas pálido" —pensó Doña Daysi— que era buena a su manera. "Esa mujer es demasiado bonita para ser una empleada doméstica".

—¡Qué señora más elegante!

Cuando se durmieron los chiquillos, Macha se sinceró con su hermana.

Le contó sus angustias, la vida que le daba aquel forastero con quien se había casado.

—Quiero ir a Puntarenas a dejar los güilas con mamá y venirme a trabajar, ¿vos crees que consiga?

—¡Claro! Yo te consigo trabajo en un dos por tres, vas a ver. No te preocupés. Mañana mismo te llevo a la estación a coger el tren, yo te pago los pases, mamá no te va a decir que no te los cuida. Decile que yo le puedo mandar más para que no se le haga pesada la comedera de los chiquitos, mes a mes le doy para la luz y para el agua y le compro medicinas.

—Sos muy buena Seidy, muchas gracias. ¡Ay, qué felices se van a poner los chiquitos cuando les diga que vamos a viajar en tren!

—Ahora métete al baño, hay agua caliente, ¿podés creerlo? Te voy a dar champú para el pelo, ¡qué bruta para tener el pelo bonito! ¿Cómo hacés?

—Ay, Seidy, más me valiera estar coca y tuerta y que mi marido me apreciara. No tenés idea lo que es la vida mía, a ratos me da miedo volverme loca.

—Olvidate de eso, tu vida va a ser otra de ahora en adelante, ya verás.

Los chiquillos se engringolaron con el paseo en tren, con el mar, con la abuela, con la gente. Vieron regresarse a su madre sin llorar, sólo Yesenia sintió una punzada en el corazón. No volvería a la montaña y por largo tiempo no vería a su madre.

Tres días después Macha comenzó a trabajar en el mismo Barrio Escalante donde Seidy había conservado su empleo por diez años.

Doña Isabel, que era divorciada, no podía creer su suerte con aquella empleada rubia, —porque hasta presencia tenía, tuvo que admitirlo— eficiente y educada, que se levantaba al alba y trabajaba como si en ello le fuera la vida. El primer día tuvieron que detenerla —pues ya estaba machete en mano— pronta a desyerbar el jardín y a cortar el zacate, después de haber lavado el carro de la señora.

Bonita, con su uniforme de empleada doméstica, ella ponía atención a las instrucciones de su compañera de trabajo. Era la de adentro: tendía las camas, limpiaba y aplanchaba, y la otra lavaba y era la cocinera. Se sentía en la gloria, y aunque le hacían mucha falta sus hijos, estaba agradecida con Dios de tener un buen trabajo, planeaba ir a verlos cada quince —o cuando le tocara salida—. Ese día los llevaría al paseo de los turistas a comerse un "churchill", de sólo pensarlo le salían lágrimas de felicidad.

Pocos días habían pasado, ni siquiera dos semanas, cuando una mañana doña Isabel llamó a Seidy por teléfono, se le oía urgencia en la voz:

—Es mejor que venga, su hermana se ve muy mal.

En una ambulancia la llevaron al San Juan de Dios, estaba como muerta, pálida y con los labios morados.

La atendió un médico moreno, grueso, que iba entrando precisamente en ese momento y reconociendo los síntomas, se interesó por ella. La dejó internada por insuficiencia cardíaca. Se le practicaron exámenes y…

—Señora, le dijo el mismo médico dos días después— no nos dijo usted que está embarazada. ¿Lo sabía?

Macha siempre trató de aceptar la vida que le tocó, pero nunca imaginó tan mala suerte. Ahora que comenzaba a ver el sol claro…

—No lo sabía doctor. ¿Otro hijo?

—¿Cuántos tiene?

—Tres.

—¿En qué hospital han nacido ellos? Debe existir un expediente suyo, me gustaría verlo. ¿Sabía que tiene un problema cardíaco?

—Ay, doctor qué esperanzas, nunca he estado hospitalizada. Mis hijos nacieron en la montaña donde vivimos, a la hora del parto mi esposo me ayudó la primera vez, con los otros yo me la jugué sola. Nunca me imaginé que tuviera el corazón malo.

—Cuesta creer que todavía eso pase en el siglo veinte. Es usted una mujer muy valiente, pero debe tener una vida muy distinta por su problema. El embarazo no nos permite hacerle todas las pruebas que se requieren para diagnosticarla, lo haremos después. Una cosa sí le advierto desde ahora, debe llevar una vida tranquila. No puede tener más hijos, sería exponer su vida. Le hablaré sobre los cuidados especiales que usted necesita, tiene una fuerte anemia, más adelante, cuando regrese a Guanacaste le voy a dar un informe para un médico del Hospital de Liberia, el doctor Chamorro, él le va ayudar, es muy buena persona, y sabe mucho del corazón, fue mi alumno. Dígale que la remite el doctor Cordero.

Más adelante no existió para Macha,otro doctor, cuando supo que estaba embarazada le dio la salida: "Nada podemos hacer por usted en estado. El doctor Cordero no nos va a ocupar una cama para usted por una simple panza".

Macha trató de contactar a aquel médico que la había tratado tan bien y se había preocupado por ella, sin éxito. Lo buscó pero en aquel hospital tan grande no lo encontró.

Seidy no pudo ocultarle a su hermana la realidad:

—Tenés que irte Macha, tenés que volver a Guanacaste. Doña Isabel es muy buena, pero dijo que estando embarazada y mala del corazón que te olvidés de trabajar con ella, la pobre se pegó un susto espantoso Machilla, parecías muerta. Ella necesita una persona sana y valiente para la limpieza. Entendé, la casa es muy grande.

La patrona de Seidy horrorizada de que aquella mujer enferma le desestabilizara a su empleada de tantos años —o peor aún— que se muriera ahí mismo, estaba convencida que la tal Macha era una bomba de tiempo; lo mejor era sacarla de su casa rápidamente. Le ofreció —con su mejor sonrisa— enviarla a Guanacaste en uno de los camiones de carga de su marido:

—Es mejor que regrese a allá y se cuide. Le diré al chofer que pasen a Puntarenas a recoger sus chiquitos, ellos pueden ir en el cajón en un colchón, y usted en la cabina, cómoda y tranquila.

—Cómoda y tranquila —pensó Macha al tiempo que el mundo se le vino encima.

Volver a la montaña, volver con Rigo, aguantarse a la flaca, las humillaciones y… estaba decidida a no dejarse golpear nunca más. En el hospital le hicieron muchas preguntas por sus cicatrices, una señora de servicio social la aconsejó, la hizo ver el error de aceptar golpes como cosa natural. “Por ningún motivo una mujer debe permitir que su compañero la golpee. Denúncielo, enfréntese al cobarde, el hombre agresor siempre es un cobarde. Siga mi consejo y que Dios la proteja”.

No fue fácil pero comprendió que tenía que volver, con otra actitud, es cierto, pero el único lugar para ella —ahora que no podía trabajar— era el rancho. Tomó la decisión más dura de su vida: dejaría a Yesenia en Puntarenas para que fuera a la escuela, para que tuviera vida, dura sí, como la que había tenido ella, pero todo era preferible a las llagas de la vida con Rigo.

Nadie conoce el destino. Macha no se imaginaba lo que iba a encontrar a su regreso:

Un polvazal espantoso, y un aterro de tractores y camiones metidos en la montaña. Se dio cuenta que algo había cambiado en pocos días en aquel lugar.

Rigo, pala en mano, estaba entre los que escarbaban, la vio venir y la recibió con una sonrisa irónica:

—Menos mal que volviste, desgraciada, esa condenada flaca no sabe cocinar. ¿Dónde está la otra gata?

—Se quedó unos días con Seidy, la va a llevar al doctor —mintió Macha por primera vez en su vida— tiene bichos.

—Todos tenemos bichos, eso no es más que un pretexto para dejar allá a la mierdosa consentida.

Macha, dolida, ignoró sus palabras.

—¿Qué son estos trabajos, Rigo?—¿Qué están haciendo?

—A vos eso no te importa, no es cosa tuya. Estamos sacando entierros, entierros de los cochinos indios.

—Van a romper todo. Ve, qué lástima esas vasijas hechas pedazos.

—Llegó la entrometida, la experta, la come ca…

Al llegar al rancho Macha sospechó que algo más pasaba, la puerta estaba cerrada por fuera con un mecate, adentro Rigo tenía a la flaca amarrada a la cama.

—Es que me iba a ir y se dio cuenta… gracias a Dios que volvió usted.

—Para comenzar, salite de esa cama que la voy a limpiar, yo voy a dormir ahí, vos al suelo o a la hamaca, por mí podés irte si querés. Te voy a soltar, parecés una gallina maniada.

Ese mismo día desapareció la infeliz chiquilla a quien Rigo había traído engañada. Cuando él regresó a dormir ni siquiera preguntó por ella.

Macha puso un leño grueso y fuerte cerca de la cama, si me pega le vuelo —se dijo convencida—, no por mí, sino por el güila que llevo dentro, no pienso aguantar más apaleadas a un hijo mío.

Nunca dudó que el diagnóstico del médico del San Juan fuera correcto, sabía cómo se sentía de mal, los vahídos seguían, el hecho de seguir con vida fue un milagro que le hizo su Virgencita de los Ángeles. A Rigo no le contó de su mal. Conociéndolo podría tratarla peor.

El energúmeno comenzó enfermo mucho antes de que naciera el bebé. Parecía que tenía achaques. Vivía con náuseas y mareos. Decía que la flaca lo había envenenado. Que le había echado un maleficio. Adelgazó, y tenía muy mal color, fue perdiendo aquella rabia que lo volvía violento, parecía un perro apaleado.

Macha se dio cuenta que a Rigo los gringos de los tractores le habían dado buena plata por la escarbadera, en una gaveta escondida —que ella le sabía— encontró un montón de billetes verdes.

Fue cosa de pocos meses; mientras el pequeño crecía en el vientre de su madre, Rigo se moría. Tuvo una hemorragia espantosa. Macha le pidió ayuda al capataz de los trabajos y lo sacaron al hospital de Liberia. Ella se fue con los chiquitos, los billetes encontrados le sirvieron para poder hospedarse en el centro. Lleno de tubos, —sin poder hablar— aquel mal hombre le pidió perdón a su manera, con los ojos chimbolos que la habían conquistado. Murió una madrugada en que soplaba un viento helado en el horno blanco que es Liberia.

La ida al hospital le sirvió a Macha para buscar al doctor Chamorro, le dijo que la mandaba el doctor Cordero.

—¿Cordero?

—Sí, un señor grueso, de cara adusta, pero muy bueno.

—Ya sé, —le dijo— es Rodrigo Cordero, una eminencia, fue mi profesor de cardiología. Le abrió expediente a Flor de Lis y le dijo que podía tener su bebé en el hospital. Antes de irse le hizo un electrocardiograma que confirmó el diagnóstico de Cordero y le proporcionó las medicinas que estaba necesitando.

Ángel fue póstumo. Nació varios días después de la muerte de su padre. Macha no hallaba cómo irse de la montaña que la había tratado tan mal, pero los gringos la contactaron y le dijeron que iban a botar el rancho para escarbar debajo, que se fuera. Que además, ahora ellos eran los dueños, hicieron un brillante negocio: por un puño de billetes se quedaron con la finca llena de objetos indígenas de gran valor. Rigo había firmado la venta.

Uno de los rubios le dijo —para que se fuera ligero— que ellos la trasladaban. Les urgía acabar con el contrabando de piezas y quitar aquella testigo de ojos claros castigadores, los niños, eran un estorbo. Riguillo —curioso— se acercaba demasiado a los tractores. Ellos eran comerciantes y contrabandistas, no querían llamar la atención de las autoridades con un niño herido o muerto.

La entrada al brazo flaco de arena que es Puntarenas en un camión manejado por uno de ellos, con Macha a la par con Angelito al pecho, alertó a los vecinos: cuatro chunches; los dos morenillos pelan-

do los ojos, una yegua, una vaca y una jaula con gallinas en el Barrio Chacarita no era cosa de todos los días.

Cuando Yesenia los vio se agarró de su madre y le dijo entre sollozos: "Nunca, mamá, nunca nos volvamos a separar. Se me va la vida sin usted".

El chofer que la había llevado —estadounidense como los otros— se conmovió con la dulzura de Macha, con su sonrisa, con su don de gentes, le dijo que iba a volver a casarse con ella. Ella se rió.

—Sólo demente me volvería a casar— le dijo.

No se casaron, pero el macho volvió y volvió y siguió volviendo por dos años. Macha estableció un negocio de tortillas en casa de su madre. Al gringo lo ignoraba, pero él fue cultivando —poco a poco— el cariño de Yesenia y sus hermanos. De un momento a otro se fue a su patria. Todos pensaron que no lo volverían a ver, pero volvió. Volvió con dinero suficiente para comprar una casa frente al mar. La amuebló y llevó a Macha a que la conociera. Con el calmo Pacífico de testigo le entregó la escritura a nombre de Flor de Lis Hidalgo. "Tuya darling".

Y es que Jack no se enamoró sólo de Macha, se enamoró de aquellos chiquillos faltos de un padre, ávidos de cariño que él llegó a querer como propios.

Macha reunió a sus hijos. Les pidió permiso para juntarse con Jack. "Si llega a pegarles una sola vez, lo ponemos en la puerta". Los sueños de Yesenia se hicieron realidad: vivieron al lado del mar y fueron felices, las angustias económicas se habían terminado, Jack siempre trató bien a Macha, ella siguió haciendo tortillas pero no por necesidad, sino por necedad. No se acostumbraba a vivir sin trabajar. Jack viajaba a San José, con su camión de transportes, también a Guanacaste y cuando lo hacía, se llevaba a Rigo, José y Ángel con él para que conocieran adónde habían nacido. Les hablaba sólo en inglés y por fin de un día para otro, ellos le entendieron y comenzaron a hablarlo. Cuando crecieron los dos mayores se fueron a vivir a los Estados Unidos en busca del cacareado sueño americano, allá siguieron pescando como lo habían hecho en el puerto.

Macha siempre padeció del corazón a pesar de que aquel gringo bueno le hizo la vida fácil.

Yesenia estudió la primaria y la secundaria en Puntarenas y luego fue a la Universidad de Costa Rica, se graduó en Educación. Era maestra. Macha no cabía del orgullo.

Jack fue el mejor compañero del mundo así como Rigo fue el peor de todos. Algunas noches ella soñaba con él, con sus golpes e insultos y amanecía asustada. El macho —que siempre le dijo "darling"—, que crió a sus hijos y la quiso tanto, la comprendía. Le traía el desayuno a la cama y luego se sentaba a escuchar el sueño que ella le contaba, sin entender mucho su manera de hablar, le enjugaba las lágrimas y la abrazaba.

Ese fatal día en que fueron a San José a conocer el Mall, como si Macha supiera lo que iba a ocurrir, le agradeció a Jack lo que había hecho por su familia. En su mal español él siempre le reclamaba que ella no lo quería. Mentiras: "*I love you, I love you,*" le dijo imitando lo que él le decía mañana y tarde. "*Happy*" —agregó Macha— "Yo happy". Luego Yesenia llegó por ella y con un: "Hasta luego" y muchas risas y besos, se despidieron. Ángel quedó con Jack.

Frente al Mall Yesenia sólo podía llorar y culparse. Como en una nebulosa vio llegar la ambulancia. Para entonces, un tumulto la rodeaba. Había olvidado aquel hombre que le dijo que era médico y que ya regresaba.

Vio cómo metían a su madre en una ambulancia café y sintió una mano amiga en la espalda que la guió a un automóvil.

—Si me permite, vaya a acompañarla.

—Gracias. La voz cálida del médico la hizo sentirse mejor.

—¿Quiere llamar a alguien? —le entregó su celular.

—Sí, gracias, debo avisarle a mi padrastro.

Al mencionar a Jack la realidad la hizo comprender la magnitud de su dolor. Pensó en Ángel, José, y Rigo y en lo valiente que fue siempre su madre. No la defraudaría.

JIMMY HENDRIX
TOCA MIENTRAS CAE LA LLUVIA

Carmen González-Huguet (1958)
El Salvador

El inconsciente está estructurado como un lenguaje…
El inconsciente es el discurso del Otro…
Jacques Lacan

Puso su mano en mi rodilla y yo no la aparté. De hecho, había estado esperando eso desde que entramos. Se podría decir que por eso me había puesto falda, en lugar de pantalones, y medias, en vez de pantis. Y los zapatos altos, no las sandalias pachitas con que andaba todos los días, para arriba y para abajo, y que me gustaban tanto… Las sombras y luces de la pantalla caían sobre nosotros, con un resplandor irreal. Él tenía los ojos fijos adelante, pero su mano siguió explorando por mis piernas…

Qué va. No nos estaba viendo nadie. En ese momento había una gran samotana. Un montón de silbidos y gritos que no dejaban oír nada, en medio del aire espeso. Olía a cigarro, a palomitas y a chicles. Y a otra cosa que yo no podía identificar en ese momento. Yo era tan pendeja. Sin sacar su mano, volvió a besarme. No sé quién cantaba en ese

momento, si Janis Joplin o Joan Baez, y francamente, no me importaba. Su lengua se metió entre mis labios. Sabía a humo y a chicles de menta. De pronto me dio una risa inexplicable. Pero no sé cómo, la aguanté. De algún modo supe que era importante que no me pusiera a reír entonces. En lugar de eso, lo besé. Después de un rato de estar jugando con nuestras lenguas, se separó y me miró. A mí me costó enfocar y distinguir su cara. El pelo, que yo andaba entonces largo hasta la cintura, se me había venido a la cara. Inevitablemente me reí como una tonta, pero en lugar de enojarse me apartó un mechón que me caía entre los ojos y lo puso en su lugar. Volvió a besarme y lo dejé que entrara entre mis labios con su lengua.

Puso su mano encima de mi pecho y apretó la superficie curva. La sobó con cariño, y tuve que reprimir las cosquillas. Me estaba portando como una imbécil y no podía soportarlo. En lugar de ponerme seria me estaba dando otro estúpido ataque de risa; sin embargo, me aguanté de nuevo las ganas y mi mano buscó su nuca. Tenía el pelo liso, un poco largo, negro, con unas mechas rebeldes, de indio… No, Joan Baez cantó "*We Shall Overcome"* en Woodstock, pero eso no apareció en la película. Ésa fue la canción con la que terminó el viernes, el primer día de Woodstock, me dirías vos muchos años después… Pero entonces eso no lo sabía, ni sabía qué significaba la letra de esa canción, y francamente, tampoco me importaba entonces. No tenía ni idea. Siguió besándome, y yo para entonces había reprimido definitivamente mis ganas de pasarme la mano por los labios húmedos. Sí, tan dunda era…

Antes de él nunca me había besado nadie. Pero de algún modo él sintió más confianza como para seguir explorando debajo de mi falda, hasta que se cansó de mi falta total de experiencia y tomó mis dedos y los llevó hasta el zíper. Cuando lo toqué, sentí el mismo miedo que me daba poner las yemas de los dedos, húmedas, sobre la plancha. Pero él me detuvo la mano encima y sentí de inmediato al monstruo que se ocultaba debajo.

Siguió besándome sin permitir que quitara la mano de aquel lugar palpitante, mientras Santana tocaba "Persuasión" y él seguía más fuerte que antes, con ganas de meterme adentro no sólo la lengua sino el cuerpo entero…

¿Querés que te siga contando o no, babosa?

Bueno, el asunto es que no me dejó quitar la mano de ahí… donde me la había puesto. Y yo no agarré valor para bajarle el zíper. Tuvo que ser él. Mientras tanto, su mano había dejado el camino que exploraba y se había demorado tocándome el pelo, bajando por mi espalda hasta mi cintura y más abajo, delineando con las yemas la superficie curva cubierta por la lona de la falda. En medio del relajo, y de la voz y la guitarra de Santana, ninguno oyó el rumor de los dientes de metal bajando. Él metió mi mano y yo de inmediato me quise morir cuando sentí bajo las yemas de mis dedos aquel calor húmedo, de animal en carne viva, que tenía un pellejo móvil y delgadito, muy blando, como el de la cabeza de una tortuga de tierra, que en aquel momento palpitaba debajo de mis dedos.

Jimmy Hendrix… no, miento: Jimmy Hendrix tocó por último… Santana acababa de terminar de tocar, y después no me acuerdo quién putas tocó… sí, Grateful Dead, y Creedence Clearwater Revival, estuvieron ahí también… ya casi no me acuerdo… imaginate, eso pasó hace veinte, o veinticinco años… tal vez más… yo nunca estuve muy pendiente de los cantantes, y en esa época no sabía inglés… pero ésos tocaron después de otra mara… no, no me acuerdo de los nombres. Para fijarme en eso estaba yo… toda mi atención estaba puesta ahí, bajo las puntas de mis dedos, que sopesaban y tocaban aquel animal baboso. Me empujó la cabeza para abajo, y yo no entendí qué quería… no sabía nada de nada, entendé… ¿qué iba a saber yo? Si tu abuela no me dijo nada, ni por fregar… Y menos sabía ella, que de lo único que sí supo siempre fue de hacer tamales y rezar el rosario. No sé cómo putas nacimos tu tía Mari y yo… no, eso sí me lo dijo: que me cuidara. Era lo que le decían a uno si era mujer. A todas las mujeres: “Cuídese. No se deje tocar las chiches… el día que se deje tocar las chiches, ese día se acuesta…” Pero nadie nos dijo nada nunca, en realidad, ni nos hablaron claro, ni sabíamos en verdad a qué atenernos, qué iba a pasar, qué íbamos a sentir, qué se suponía que hiciéramos en ese caso… nunca nos dijeron nada, ni de eso, ni de ninguna otra cosa. No hablábamos… con que cuando me vino la regla, la que me contó cómo era todo fue la Oti… la Otilia, la muchacha de la casa… ella me fue a comprar un paquete de toallas sanitarias a la tienda de la esquina… ya me había venido la regla como tres veces cuando mi mamá se dio cuenta. Se puso

como si se nos hubiera muerto alguien… y tanta historia sólo por algo que les pasa a todas las mujeres… en fin…

Con tu abuela todo era hacer el oficio de la casa, estudiar para los exámenes, salir a pasear alguna vez, al mar o a las ruedas de agosto… pues, sí, tampoco alcanzaba la cobija para más… estaba jodida la cosa. Vos no tenés idea, porque has crecido en otra situación… ¿Tu abuelo? Se fue cuando tu abuela estaba embarazada de la Mari. La dejó por una cipota. A mi mamá lo que le tocó de ahí en adelante fue trabajar en lo que cayera para sacarnos adelante y darnos estudio… hasta donde alcanzó, ya ves… mis zapatos de tacón de los quince años me los compré de lo que gané en mi primer trabajo. Tu abuela comenzó haciendo tamales… vendía a domicilio, con el gran cumbo de lata en la cabeza. Poco a poco juntó para un chalet, que después fue pupusería… al principio la Mari y yo servíamos las mesas, lavábamos el maíz, íbamos a que nos molieran la masa para las pupusas… bien verguiada la vida… Después tu abuela compró un molino de nixtamal y molía en la casa. Echábamos tortillas los tres tiempos, y pupusas en la tarde… Ya que mejoró, consiguió varias muchachas que le ayudaran… ¿Otro marido? No, no se quiso endamar con nadie. Tenía dos hijas… había que dar el ejemplo. Además, decía que ningún hijueputa iba a desgraciar a sus hijas… Ma… peores cosas se han visto, ¿qué no leés los diarios?…

¿Tu tía Mari? Se hizo evangélica. Se casó con un viejo que tiene un negocio de encomiendas… le fue bien. No, tengo mucho de no verla, bien sabés… ella se fue para Washington…

Bueno, yo jamás había hecho eso… ahora ha de ser de lo más normal. Hoy las cipotas se van a acostar con los novios como antes era irse a amontonar al cine… y son ellas las que se les meten… sí, seguro, usted no… vaya, pues, ya sabe lo que pienso… pero entonces era diferente… mi nana me tenía sentenciada: “Si salís panzona, te muelo a leñazos, incachable…”

Dejame terminar de contarte, es que no dejás hablar… vení, ¿no te da pena? Mirá cómo andás las uñas, con el esmalte todo descascarado. Andás con las manos que dan lástima… Hay que cuidarse, no te dejés caer…

Pues, sí… No, nunca había hecho eso. ¿Para qué te voy a mentir? Sos mi hija… ahora las cosas son diferentes, se puede hablar… yo esto

no se lo podía contar a mi nana… le habría dado un ataque… Esperate, que te haga efecto el ablandador de la cutícula… así… Qué jodida que no hay chance de hacerte un manicure como se debe… pues, sí, así es esta vida… qué horrible, sólo corriendo… siquiera saqué cosmetología y de eso me mantuve al principio, en lo que conseguía hacer algo… ah, qué hubiera dado por haber podido estudiar… pero no se podía, claro… primero la situación… y luego, la vida… había que trabajar… después viniste vos… no, no fue culpa tuya… y no, no me arrepiento de nada, hija… no te lo echo en cara… pero entendé: no fue lo mismo…

Por supuesto que pensábamos en el futuro: Él estaba estudiando. En la Universidad. Primero de Derecho. Se iba en la once, y se bajaba por la Escuela España… de ahí caminaba sólo un pedacito, y ya estaba en la u… había que enseñar el carné en la entrada… te lo pedían los guardias… los guardias nacionales… no, vos no te acordás de nada… nunca viste un guardia. Era bien peligrosa esa época. En San Salvador, había unos desvergues bien feos. Ibas por la calle y de pronto, oías un gran relajo de balazos y bulla, y salía toda la majada corriendo, o todos nos tirábamos al suelo… Yo me quitaba los zapatos y a salir corriendo en medio del desmadre… no, con tacones no podía correr, me hubiera quebrado una pata… y ya después, a veces hasta andaba con vos, cuando tu abuela se ponía india y decía que no te podía cuidar. Allá iba la babosa de tu nana, con vos, chineándote. Hasta te llevaba a la universidad. Eras el chinchín de la clase… no te acordás, estabas chiquita. Otras veces tu abuela estaba de buenas y te dejaba en la casa. Yo salía tarde de clases y ya te hallaba dormida… yo al llegar sólo comía y me ponía a lavarte los pañales, las pachas, a hervir todo, a dejar ya lista la leche para el día siguiente… tu abuela me perdonó, al fin… bueno, más o menos. Me dejó que regresara a vivir a la casa. Yo era su hija mayor, y de todos modos, vos eras su nieta… Su única nieta, hasta la fecha… pero al principio no me podía ver, yo embarazada, con la gran barriga… me tuve que ir sola, a alquilar un cuartito… ahí pasé el embarazo… le daba vergüenza con sus amigas, que vieran que tenía una hija panzona…

Hasta que naciste, y ahí se le acabó la cólera a tu abuela… alguien le avisó y llegó al hospital a verte… fue una época amarga… me recibió contigo, me atendió y te cuidó, pero la amargura se le salía

por todos lados. A cada rato estallaba por cualquier pendejada… no era culpa suya, así la criaron… y además, la gente es metida. Sus amigas la hicieron mierda hasta que ella les paró el carro y las mandó al carajo… y mirá cómo es la mala suerte, o quizá Dios castiga: después a las hijas de ellas les pasó lo mismo… para que anden hablando… no, ya sé que no es así la cosa… pero ya ves…

Prestá… hoy sí ya te hizo efecto el removedor de cutícula… así, mirá, con el palito de naranja, vas empujando… no, no te la cortés… es que la cutícula protege la uña… ¿viste? ¿Quién te va a cuidar como tu nana? No jodás… ¿Qué por qué mi cartera es tan grande? ¿Alguna vez has visto una nana con cartera chiquita? Pues porque aquí ando de todo… sí, tengo esmalte… mirá, ¿qué color querés?… está bonito, pero no te da con el vestido… ¿Éste? Muy rojo… muy "voltiame a ver"… "rojo peperecha" se ha de llamar… ¿no querés mejor que te haga la manicure francesa? Bonito te va a quedar… mirá… tengo blanco y brillo… ¿mejor, no? Vaya, pues…

Ese día yo andaba un esmalte rosadito tierno, como éste… me acuerdo porque me puse una blusa ralita, junto con la falda de lona, bien corta… la blusa era rosada, del mismo tono del esmalte… En las pendejadas que se fija uno, ¿no creés? Me acuerdo cómo iba vestida ese día y no me puedo acordar de qué color eran sus ojos… Negros, supongo… como el pelo. Siempre lo anduvo largo. No era raro. Entonces todo el mundo lo usaba así… y los pantalones acampanados… con unas camisas pegaditas… Él era pechito, alto… bueno, más alto que yo… ya sé que no es mucho, pero… y usaba siempre unos zapatos tenis que salieron en esa época y que eran bien baratos… tampoco tenía mucho pisto… era más fácil para uno de mujer conseguir trabajo… de secretaria, de vendedora de mostrador, de pasadora de cafetería… babosadas mal pagadas, pero se hallaba trabajo…

Para los hombres era más difícil, aunque fueran bachilleres… sobre todo si no tenían oficio. Si sabían mecánica, o carpintería, o cosas así, hallaban algún puesto… también mal pagado, claro… pero nadie salía adelante con esos sueldos, por eso la cuestión era estudiar… sacrificarse por sacar una carrera, cualquier cosa… pero hasta estudiar era difícil en ese entonces. Las universidades privadas que empezaron a aparecer eran caras, y muchas veces no se podía estudiar y trabajar, por

los horarios… y la U. la cerraron varias veces… la última vez, estando yo todavía allá, en el ochenta. Estuvo cerrada varios años…

Cuando fuiste creciendo, también crecieron los gastos… de repente necesitabas zapatos, ibas dejando la ropa, la Mari tampoco era de gran ayuda. Me quería y me apoyaba, pero también con ella mi mamá cambió. Se hizo obsesiva, la controlaba hasta lo último… un día, encachimbada, la Mari le gritó lo que todas sabíamos y no nos atrevíamos a decirle. Ese día se le salió del alma: mi mamá temía que a ella le fuera a pasar lo mismo que a mí… pero que ella había jurado que no iba a repetir mi historia… y no la repitió. Se casó con el primero que le ofreció matrimonio. Un viejo con plata… claro que la Mari le ha aguantado mierda y media… De una penquiada que le dio, bolo, la Mari perdió a su hijo. Nunca pudo tener más…

A ver si se te secó el esmalte… no, todavía falta… tiene que estar bien seco para darte la otra capa… si no seca bien se te va a hacer una sola melcocha… horrible te va a quedar… Esperate, hija… Hay que tener paciencia… sí, hay que tener paciencia, como en la vida…

Para verlo tenía que inventarme mil historias… era misión imposible que mi mamá me dejara salir a la calle. Ni pensar en que llegara de visita, o mucho menos pedir permiso de ser mi novio… tal vez por eso yo andaba siempre tan desesperada por verlo… por estar con él… un beso, una mirada, significaban tanto… la vida era difícil entonces. No tenés idea… a veces me conformaba con verlo cinco minutos en la parada del bus… eso era todo… pero regresaba a la casa como iluminada por dentro… Tenía que hacer un gran esfuerzo para que mi nana no notara nada raro…

Lo bueno fue cuando empecé a trabajar… me rebuscaba para zafarme lo más temprano posible y que ella no sospechara al verme llegar una o dos horas tarde, después del horario de salida… Era hostigue tu abuela… supongo que lo hacía por mi bien… o eso decía ella… no sé. Ella no conocía otra vida… ni conoció o imaginó que se pudiera vivir de otro modo… nunca quiso irse a los Estados, por más que la rogué… siguió igual hasta el fin, firme en sus principios… ella tenía razón y el resto del mundo pecador estaba equivocado… pero qué jodida que las cosas no fueran tan simples…

¿Que qué sentí? ¿Qué querías que sintiera, niña? Un asco terrible. Jamás había hecho nada semejante… ¿vos qué creés?, ¿que ando

por la vida chupándole la verga a todo el mundo? Nada qué ver… hasta vergüenza me da contarte… pues, sí… vos me preguntaste… vos quisiste saber… se sentía rara…

Si te volvés a reír, ya no te cuento ni mierda… vaya, pues… no, no está seco el esmalte. Esperate… pues sí… no, para entonces estaba tocando The Who… eso sí me acuerdo… aquella de *"Tommy can you hear me…"* Sí, cabal… Pero es terrible, porque cada vez me acuerdo menos de cómo era su cara…

No sé, no sé cómo era… por más que trato…

Babosa… ya me hiciste llorar… no, dejame… ya me pasó… ya, ya pasó… pues, sí… estaba tocando The Who, cuando él me detuvo. Si seguíamos por ese camino se iba a venir… me apartó y lo dejé un rato. Yo también estaba super húmeda… imaginate… ¿qué podía hacer…? No sabía qué hacer… No sabía nada. Sentía una culpa terrible. Tanto que me había aconsejado, y dicho y hecho, yo estaba haciendo precisamente lo contrario. Todo lo que no debía… Te vas a condenar, pensaba, repitiéndome mentalmente lo que ella me decía siempre… Pero también lo quería a él… Era bueno. Nunca me engañó, ni me hizo daño… era joven, como yo… y los dos andábamos con las hormonas alborotadas. Era una época terrible para ser joven. Ya de por sí no es fácil, y en ese entonces, ser joven era una cuestión sospechosa… peor si estudiabas en la U…

Pues, sí, me acuerdo bien… seguía cantando el chele Roger Daltrey, cuando él dijo que ya no aguantaba más… yo me le quedé viendo asustada… ¿qué quería? Más no podíamos hacer…

Pero él ya se estaba levantando, y comenzaba a abrirse paso por encima de los demás bichos, para salir al pasillo, también lleno de monos, que protestaron cuando prácticamente se los llevó de encuentro. Nos llovieron un montón de putiadas, pero a él no le importó. Estaba harto de tantas frustraciones. Y a mí tampoco me importó, porque en ese momento me sentía demasiado asustada. Salimos del cine a la calle. Afuera caía un aguacero desde la madrugada y no tenía talle de quererse detener. Era un vergazal de agua, y caía como si quisiera hundirle las tejas a las casas… Él abrió el paraguas, y empezó a caminar… yo lo seguí…

Me pegué a él, sosteniendo el paraguas, pero de todos modos nos mojábamos, porque era muy chiquito… Avanzamos por las calles solas.

Al ratito ya estábamos completamente empapados. En realidad de nada servía el paraguas, ni tratar de cubrirnos, porque la lluvia caía sesgada, empujada por el viento y en las esquinas los tragantes no se daban abasto para llevarse la gran barbaridad de agua… Había calles inundadas de extremo a extremo. Te atravesabas con el agua en las rodillas… lo mejor habría sido quedarnos en el cine, pero seguimos mojándonos de todos modos. Ya ves, uno de cipote es tonto… Al fin, buscando por el rumbo del Zurita, que no era entonces tan de mala muerte como es ahora, aunque yo no recuerdo ninguna época en que haya sido "de caché", encontró un hospedaje abierto y quiso entrar. Cuando me di cuenta, yo reculé. Definitivamente, no estaba dispuesta a meterme en un lugar así, pero él me dijo: "Mirá cómo está lloviendo. ¿Aquí cerca adónde más podemos quedarnos?"

No sé por qué, aquello me convenció. A lo mejor la cuestión era que yo me quería dejar convencer. Quién sabe. Él agarró valor y empezó a besarme. Nos dejamos llevar. Me quitó la blusa ralita, empapada, que se me pegaba al cuerpo como si estuviera desnuda, y la colgó del respaldo de la silla. Sentí frío. Todo el pelo mojado me caía en la espalda.

No sé cómo hizo, pero me zafó el brassier sólo con un par de dedos. Yo me llevé las manos al pecho y traté de taparme, pero él me besó la garganta y siguió bajando hasta mis pezones. Sentí rico cuando su lengua tocó uno… me abrazó y yo sentí aquel animal otra vez, contra mi falda… me dio miedo, pero al mismo tiempo tenía unas ganas enormes…

Me soltó y se bajó el zíper. Después se sentó en la silla y se quitó los zapatos y los calcetines. Todo rezumaba agua, y los dejó en el suelo, en medio de un charco. Después me puso las manos en las caderas y me acercó a él. Bajó el zíper de mi falda y la dejó caer. Yo andaba un calzoncito bikini, con encaje blanco… ¿que cómo me acuerdo? Porque lo guardé… por años… soy una tonta, ¿verdad? Fue el calzoncito de mi primera vez…

Fue bajando y de pronto su lengua llegó a mi ombligo. Sentí que me había tocado con un cable eléctrico… nunca había sentido nada parecido… él siguió bajando con su lengua… sentí morirme… era algo tan rico… sentía raro: a la vez vergüenza y ganas… me puse a temblar.

Tenía todo el cuerpo erizo, pero no era del frío… y él me acarició con suavidad las nalgas. Yo quería que el mundo se detuviera, que el tiempo se detuviera, que el resto del universo se borrara y sólo existiéramos nosotros en ese momento eterno…

Después de un rato de acariciarme así, me abrazó fuerte. Entonces se levantó, agarrando valor de las ganas, y se quitó la ropa que le quedaba. Ya estaba muy excitado. Yo me quité los zapatos y las medias y me metí en la cama. Quizá más por vergüenza que por ganas… aunque lo deseaba… Nos abrazamos, acostados, y volvimos a acariciarnos y besarnos. Él metió su mano entre mis piernas y así supo que estaba bien húmeda. "¿Querés ya?", me preguntó, con el alma en un hilo… "No sé…", le dije, "nunca lo he hecho… tengo miedo…"

Fue intenso… nunca en mi vida había sentido nada parecido… pero después fue terrible… cuando el tiempo se acabó y tuvimos que irnos… llegaron a tocarnos la puerta… el rato se había acabado… así era la cosa… fue feo… yo me quería quedar a vivir allí, con él… el resto del mundo no me importaba… sólo tenía sentido lo que sentía en ese momento…

Tuvimos que vestirnos. ¿Te imaginás? Volvernos a poner toda la ropa mojada… aquello helado, helado… ya no llovía cuando salimos a la calle… yo qué sé cuánto tiempo había pasado. Pero lo que de inmediato me llamó la atención fue el silencio… había un silencio raro en la ciudad… no era fin de semana… era día de trabajo, normal, y sin embargo, el tráfico estaba ralo, ralo… y aquella sensación de que algo terrible había pasado… no, no era lo que había pasado entre nosotros. Yo estaba feliz, a pesar de todo… él me quería… aprovechábamos cada portal para besarnos… me quería, me acariciaba la cara, me abrazaba, me decía cosas bonitas… a pesar de todo, él estaba feliz, y yo estaba feliz también por él…

Cuando salimos a las calles y empezamos a caminar, nos dimos cuenta que todos los muros estaban llenos de papeles pegados… alguien había pintado unas enormes letras en las paredes… letras negras y rojas… a mí no me interesaba la política, hija… yo no entendía nada de política, y tu abuela tampoco… él sí, algo… algo sabía… a fin y al cabo, estaba en la U.

Porque después vino la parte más yuca de todo, cuando comenzaron a aparecer quince, veinte, veinticinco cadáveres diarios… muchos

estaban irreconocibles… y las madres andaban buscando a sus hijos entre los muertos… y los zopilotes engordaron porque comían cadáveres todos los días… no tenés idea… era horrible. El miedo andaba por todos lados… caía la noche y todo el mundo se iba a encerrar a su casa. Daba miedo hasta respirar. No sabías de dónde te podía caer la desgracia, a vos y a toda tu familia… No la debías, pero la temías de todos modos…

Pero al menos, en las ciudades de algún modo se conseguía sobrevivir. En el campo, en cambio, la cosa se hizo imposible… Comenzó a venirse la gente de los cantones a los pueblos, y de los pueblos a las ciudades, y de las ciudades a la capital… gente sin nada, con una mano adelante y otra detrás… porque allá de donde eran, no se podía vivir… si te contara… pero no me vas a creer… nadie nos va a creer… a los que vivimos todo eso, nadie nos cree… o la gente prefiere olvidar, no acordarse del horror… es más fácil voltiar la cabeza y no ver… o enterrarla, como los avestruces. Tu abuela hizo eso… se sumergió en su negocio y en sus cosas de la iglesia… es que lo demás era insoportable… hasta las noticias dejó de ver… la ponían mal de los nervios… ¿y quién podía culparla por eso?

Sobre todo después de que a la Reina le pasó aquello… yo ya me había ido para los Estados. Vos todavía estabas con tu abuela… por eso me vine… la Reina era la hija de la Oti… era como de mi edad… fue un día que había ley marcial… “No vayás a la tienda”, le dijo mi nana. “Ya es tarde y ya va a ser el toque de queda…” Pero la bicha no le hizo caso. Yo creo que el novio la estaba vigiando y por irlo a ver, la mona se salió… y también vamos a los soldados, que no tenían necesidad de hacer aquella machada… ya venía de regreso de la tienda cuando le dejaron ir la ráfaga… ahí mismo la Otilia se volvió loca. Mi mamá tuvo que detenerla a rastras, con las otras muchachas, para que no saliera a la calle, llorando a gritos… al fin le dieron un calmante de caballo, pero ni así la noquearon… quedó como zombi… el cadáver de su hija al sereno, a menos de treinta metros, tirado en la calle, y ella velándola sin poder salir, hasta que amaneció… los perros aullaron toda la santa noche… y los otros rondando por el vecindario, viendo a ver quién se asomaba, para dispararle… no tenés idea, hija… no tenés idea…

Después de aquello, la Oti ya no fue la misma… se quedaba como ida… a veces se sentaba en la cuneta, enfrente de la casa, a es-

perar que volviera la Reina, que decía ella que se había ido a hacer un mandado, ahí nomás a la tienda… "Ya va a venir, niña", me dijo, el día que regresé a traerte… "Ya va a venir la Reina… sólo un momentito salió, pero ya viene…"

No tenés idea, hija… no me creerías si te contara… por eso me vine de los Estados a traerte… entonces tenías siete… ocho años… no quería que vivieras en medio de tanta inseguridad… las noticias que nos llegaban eran espantosas… a tu abuela le rogué hasta de rodillas para que nos fuéramos juntas, pero no quiso…

Mirá, ya se te secó el esmalte… ahora te doy la siguiente capa… poné la mano, así… a ver… sí, es un color bonito… rosa viejo, no… más bien es un rosadito tierno… como los zapatitos que te tejí… pues, sí, en medio de todo, yo te esperé ilusionada… eras mi hija… mía y de él… y si él no supo que venías, no fue culpa suya… no, tu padre no me abandonó… bien lo sabés… las cosas no fueron así… yo hubiera querido que fueran de otro modo… ¿pero qué se podía hacer en ese tiempo?

¿Sabes qué? Siempre supe que ibas a ser niña… el corazón me lo dijo… de lo poco que ganaba, iba apartando pisto para comprar tus cositas… te compré un pato amarillo… y un chuchito de peluche… dormiste con él hasta que se deshizo de viejo… te chupabas el dedo… y tu abuela te echaba chile para quitarte la maña, pero vos eras más viva que ella, y te lavabas la manita cuando no te estaba viendo… y te seguías chupando el dedo a escondidas…

Te quiso tu abuela, hija… con vos tuvo la ternura que no tuvo conmigo, ni con la Mari… para ella, ésa era la manera "normal" de tratar a las personas… no conocía otra manera de querer… y así la educaron a ella, a leñazos… ¿sabés cómo hizo que me aprendiera las tablas de multiplicar? Con el cincho… ésa fue su escuela…

No, ya estaba muy vieja para cambiar… pero contigo fue más suave, más dulce… y a vos te consintió como a nadie… yo sé que cuando te llevé lejos, la maté… No fue fácil para ella… y para vos, tampoco… ya no te acordás, pero las primeras noches volviste a orinarte en la cama… despertabas a media noche, llorando y llamándola… hasta que te pasé a dormir a mi cama… pasó más de un año antes de que pudieras volver a dormir sola… ¿no te acordás de nada?… ¿Viste? Es cierto: la memoria es loca… recuerda unas cosas… y otras, no hay forma…

Esperate… todavía está húmedo. Estate quieta o te vas a joder el esmalte… y bonito te ha quedado…

¿Qué cómo era? No sé… ya no me acuerdo… no me quedó ni una foto de él… lo tengo asociado a la lluvia… cuando llueve, sobre todo cuando llueve como esa tarde, tan recio y macizo, me acuerdo de él… tenía una mirada triste, como cuando llueve mansito… o a lo mejor, es mi tristeza lo que yo veía en él… ¿Por qué triste? No sé… por la vida, quizás… la vida se nos llenó de cosas imposibles… casi todo estaba prohibido, por una razón o por otra…

En los Yunai, al fin puse mi propio negocio. El salón de belleza va bien… a vos te consta… Los Ángeles es un buen lugar para eso, y donde está, tengo buena clientela… no sé si es porque hablo español, y también inglés, y porque no soy tan carera… bueno, es un decir… allá todo es más caro… cuando llegué sólo sabía lo que aprendí en la Academia… me defendía… sabía cortar pelo, peinar, hacer manicures… después aprendí otras cosas, me mandaron a cursos… de todo: tintes, alisado, permanentes, tratamientos… estuve trabajando en buenos salones, y fui juntando plata… le mandaba pisto a tu abuela. Para ella y para vos… le pagué la fiesta de graduación a la Mari… y hasta le di pisto para cuando se casó… porque mi cuñado se puso a verga en la fiesta, o se hizo el de los panes, y no quería pagar… yo se lo dije, pero ella estaba obsesionada… no atendía razones. ¿Para qué discutir?

Sí, trabajé duro, hasta que ahorré y pude poner mi propio changarro… no, bien sabés que tampoco eso fue fácil… pero era mejor que lavar trastos, cuidar niños o limpiar casas… y pagaban más… no, no es que desprecie esos trabajos… y cuando no había de otra, yo también lo hice… uno hace lo que puede. Hay que nadar, nadar y seguir nadando, para no hundirte…

Mirá, ya se te secó el esmalte… ahora te doy una capa de brillo… para que se vea más bonito, niña, y te dure más… ya vas a ver… dame la mano… así… mirá cómo te está quedando… está mejor, ¿verdad?… pues, sí…

No sé… no sé cuánto tiempo me tomó llegar hasta allá… fijate cómo es la memoria, y las bayuncadas que le hace a uno… no, del viaje casi no me acuerdo… sólo sé que tuve una enorme sed… cuando al fin llegué a Los Ángeles, me acuerdo que va de tomar agua y agua, y

jamás se me quitaba la sed… pasé meses despertándome en la noche con aquella sensación terrible, de que me estaba asfixiando… estaba en medio de la oscuridad, y lo único que sentía era aquella sed interminable… tenía los labios, la garganta, el paladar reseco…

No, después logré arreglar los papeles, y ya estuve legal… Legal… qué terrible. Como si viajar a buscar trabajo fuera un delito. Siempre me cayó mal la palabra "ilegal". Me sentía como una bandida cuando me decían eso… me daba rabia…

Lo único que yo quiero es que vos estés bien… pensá antes de meter las patas… pues por eso mismo te lo digo, dunda… para que no te pase como a mí… pero es demás… uno nunca escarmienta en pellejo ajeno… quiero que estudiés, que te superés, que alcancés lo que ni tu Tata ni yo pudimos. Vas a ser la primera de la familia en graduarte de la Universidad… no sabés lo que eso significa para mí, cipota… qué lástima que tu abuela no vivió para ver eso… le habría gustado… a pesar de todo…

Ya se te secó el brillo, mirá… pues, nada… ya estuvo… ¿no querés que te corte el pelo, que te lo lave, que te lo pistolee…? Esperate, ponete la toalla así… voy por las tijeras… ah, aquí están… las tenía en la bolsa del delantal… es que ni con los anteojos miro ya… tu nana ya está vieja, cipota…

¿Cómo lo querés? ¿Hasta aquí está bien de largo, o te lo dejo otro poquito más corto? Va a hacer calor, aunque llueva… te vas a asar. Mejor te lo dejo más corto… no tanto… así está bueno… ¿con las puntas rectas o disparejas…? Disparejas te le da más volumen, niña… te le pongo musse en las puntas y te queda más chivo… pero dentro de un mes te lo tenés que emparejar otra vez… ¿querés que te crezca? Ahora es buena fecha… por la luna… lo sé por la luna… está en creciente… cuando está la luna en creciente es bueno cortarse el pelo, y podar las plantas… crecen más… eso decía tu abuela…

¿Cómo murió tu abuela? No sé, hija… dice la Oti que la encontró en su cama, quieta… ella fue a ver, porque eran las diez de la mañana y no se levantaba… ella era madrugadora. Toda la vida.

Es terrible, pero casi no me acuerdo de tu papá… sí, ya sé… vamos a tratar de buscar a su mamá… tu abuela… ojalá la hallemos… pero no te hagás ilusiones, hija… han pasado más de veinte años…

precisamente los que vos tenés… ella me quiso, pero no me podía ayudar… él no era su único hijo… tenía que pensar en los otros… protegerlos…

Ya se vino el agua otra vez… Qué llovedera, hija… ya se me había olvidado… sí, así llovió aquella tarde. Pero cuando salimos del hospedaje, ya no llovía… nos fuimos caminando… teníamos sólo lo del bus de regreso, nada más… todo el pisto nos lo habíamos gastado en el cine y el hospedaje… y nos pagaban hasta el lunes… las calles todavía estaban mojadas… pero poco a poco el gran aguaje había pasado… se veían ramas y piedras a media calle. Todo lo que arrastró la gran tormenta… y aquellos papeles…

Entonces oímos el desmadre… A lo lejos oímos los vergazos… y de inmediato el mar de gente que comenzó a correr hacia donde nosotros estábamos. Nos quedamos congelados varios minutos. No sabíamos bien qué estaba pasando. Sólo veíamos correr a la multitud… eran cipotes como nosotros… algunos llevaban con pañoletas negras en la cara… y empezó entonces la humazón de los gases lacrimógenos, las pedradas, las bombas molotov que tiraban los muchachos, y los balazos desde el otro lado… "Corré", me dijo. Me agarró de la mano y corrimos… no sé cuánto… a mí me pareció una eternidad. De pronto el tiempo se convirtió en una melcocha extraña… no tenía la misma consistencia de siempre… las cosas pasaban más lento o más rápido que en la vida real… porque todo, en ese momento, se me antojó irreal…

Lo vi caer, como en cámara lenta… mientras caía, yo abrí la boca en un grito mudo… aún ahora no puedo creer: vi que tenía un hoyito al lado derecho de la cabeza… pequeñito, como una chibola, o una semilla de ésas que sirven para jugar cinquito… y del otro lado el gran hoyo… cayó y yo me arrodillé a la par de él… le di vuelta y vi el hoyo… no sintió nada… fue de un solo. Y la sangre sobre el asfalto mojado, brillante como el lomo de la noche… tenía los ojos abiertos, abiertos, mirando al cielo… tal vez por eso hasta el día de hoy no me puedo acordar de qué color tenía los ojos… fue la última vez que lo vi…

Le toqué el pecho, le busqué el corazón… no latía… no podía creerlo… no podía haber pasado eso… me acuerdo que en ese momento no pude llorar, ni gritar… estaba como zombi… era imposible que hubiera pasado eso… alguien me alcanzó a ver, arrodillada en la calle,

se agachó y me levantó… sentí las manos de dos muchachos con pañoletas en la cara… me levantaron por los sobacos y me dijeron: "Corré, cipota, que ai vienen los cuilios…"

Pero yo no corrí. No podía. Me tuvieron que llevar chineada… yo no sentía el cuerpo… no sentía nada… sólo aquel galope inmenso, ensordecedor, sonando como un redoblante dentro de mis oídos, que se me quería salir del pecho… mucho después, al día siguiente, me vi las rodillas y me di cuenta que las tenía todas raspadas, de cuando caí arrodillada a la par de él… pero en ese momento no sentía dolor, ni miedo, ni cólera, ni nada… sólo un inmenso estupor, una incredulidad interminable… cómo era posible… no podía creer que estuviera viva… no quería estar viva… no sé cuánto corrimos. Yo me dejé llevar, como un corcho en la marea. Corrí cuadras y cuadras, perseguida más por el redoble de mi propio corazón que por los cuilios. Al fin, los muchachos se tiraron por un barranco, y yo caí con ellos. No sé cómo no nos matamos. Después caminamos durante no sé cuánto tiempo, hasta que fuimos a salir bien lejos, debajo de un puente. Ahí me dejaron…

Había comenzado a llover de nuevo. Estaba anocheciendo y cada vez me costaba más distinguir las cosas… entre mis lágrimas y la lluvia, todo se veía borroso… al fin pasó un bus… no le hice parada, pero de todos modos se detuvo, porque una cipota que pasó a la par mía sí se la hizo… me subí como una autómata. Casi no llevaba gente… el hombre tenía prisa por ir a guardar… no sé cómo distinguí las calles por donde pasábamos… Se había ido la luz… llegué a la casa a oscuras… mi mamá no me pegó porque al verme llegar viva sintió un alivio enorme… sólo me abrazó y me putió a gritos… a lo lejos, todavía se oían los balazos. En el radio había una cadena nacional… nadie estaba seguro de lo que estaba pasando… yo no podía hablar… andaba todavía en shock… me fui a la cama y ya ahí, sola, hundí la cara en la almohada para que ahogara mis gritos, y lloré… lloré hasta quedarme vacía de lágrimas… todo mi mundo se había derrumbado en un instante… quería estar muerta… quería estar muerta en lugar de él… quería que él estuviera vivo… y me sentía culpable por haber sobrevivido en lugar suyo…

No sé cómo pude hallar fuerzas para seguir viviendo. Supongo que fuiste vos la que me salvó de matarme… le avisé a su mamá, que

lo andaba buscando desesperada… al fin lo encontró, entre los cadáveres… lo enterró sin velorio ni novenario… no estaba la situación para nada más, y ella tenía otros hijos… después vino lo bueno… cuando supe que estaba embarazada, hablé con tu abuela. Le dije la verdad, le conté lo que había pasado… lo único que conservo de él es este recorte del periódico… ahí está su foto… lo sacaron cuando salió la noticia de los muertos… es uno más entre la multitud… nadie lo conocía… era sólo alguien que iba pasando… y al que le toca, le toca… éste es tu papá, hija…

Ojalá encontremos a tu abuela… a su mamá… a lo mejor se alegra de conocerte… quizá todavía tenga el mismo teléfono y la misma dirección… las cosas han cambiado tanto… ya no reconozco las calles… la ciudad ha crecido… ¿querés que te lleve a donde cayó?… Ay, hija, no sé si voy a poder aguantar… han pasado más de veinte años… pero para mí pasó ayer… estas cosas no se olvidan…

Apagá eso… ¿querés esperar a que salga Jimmy Hendrix? No sé, en realidad no sé… nunca vi esa parte… nos salimos antes de que terminara la película.

¿Ver a mis compañeras de colegio? ¿Para qué? Todas están como yo. Todas más o menos desencantadas… éramos una generación que iba a cambiar al mundo, y mirá lo que pasó… no sé…

Sí, es cierto: mejor primero terminemos de ver a Jimmy Hendrix… tal vez se calma el agua… Cabal… Tenés razón, lo que está tocando es el himno de Estados Unidos, no había caído… Se peló… ¿verdad? Era lo que tu papá quería ver… le gustaba esa parte… Ya comenzó a llover de nuevo…

WHITE CHRISTMAS AN' PINK JUNGLE

Zoila Ellis (1957)
Belice

"Eh, Julia, stop gaze, car will knock you down".

"What?"

"I say stop gaze. What do you? You got worries or what?"

"Cho! Me? Dat is one thing me don't have pet."

Julia, walking down New Road, opened her umbrella to shield her face from the glaring midday sun. As she walked, her thoughts were bitter. "Darn fas'; she well and want find out my bussines".

She walked down Douglas Jones Street and then hit Freetown Road. She walked down until she reached the Farmer's Market. Sweat was running down her back and under her armpits, making her clothes stick to her skin. Her head ached as it always did if she stayed in the sun too long especially now that she was just recovering from the flu. A slight breeze fluffed up the dust on the street blowing it into her face and she sneezed twice, feeling her whole body double with the motion. When it was over, she felt slightly dizzy. She crossed the street and entered the market compound, looking for a place to rest. On a weekday like this, there were few shoppers. The stall owners were mostly in the

back of their stalls arranging whatever produce they had for the day. Julia spied a fat Spanish man leaning over the counter in his vegetable stall near the entrance of the compound. She did not want to stop but her head was beginning to swim and her legs were feeling as if at any minute she would collapse.

"Mista, I could sit down under ya?" She pointed to a bench set against his stall. "I don't feel good at all".

"What happen Miss?" he asked, leaning over to watch her closely as she slumped on the bench, her head propped against the wall of the stall.

"Nottn', nottn', sah". Her voice was a whisper. "Jus' please mek me sit down a little bit".

Julia's head slid down lower and lower as the weakness overtook her body and she fainted. The stall owner watched, amazed as her body slipped in a heap to the ground. Then, jumping up, he rushed out of his stall and banged on the counter of the neighbouring stall. Presently, a stout East Indian woman emerged plaiting her hair. She did not wait to be told anything. Hurriedly she followed his beckoning finger to the spot where Julia lay in a heap on the ground.

"Who dat?" she asked, worriedly.

"Me don't know. She jus' come here to ask me to sit down a little bit like how she nevah feel good and the nex' ting me know is she faint".

"Cho! How you know she faint. Maybe she dead".

"She no dead man, she di move she han'."

"Move let me examine her. Give me some cold watah Mista Max. Yu got alcohol in yu stall?"

"No, but maybe my wife got. Let me mek haste an' go for it".

He ran off, breathing fast, his fat belly jumping up and down in front of him. Miss Marta, for that was the East Indian woman's name, knelt down by the still form of the girl lying on the ground and put her ear against her chest to hear her heartbeat. Then she took the girl's cold hands between her own warm ones and rubbed them briskly, murmuring gently as she worked.

"Alright pet, let me put some cold watah on yu forehead. Lawd, yu han' dem cold, cold, cold. I wonder what do you do? Oh, thank Gawd, Mista Max di come wid the alcohol".

Mista Max hurried up, puffing and blowing, sweat running down his fat face. He shoved the bottle of alcohol into Miss Marta's waiting hand. She opened it quickly and doused it liberally over the girl's head and face.

"Eh, Miss Marta! Stop pour the alcohol in she head" he protested, "she di get up".

They both peered anxiously into Julia's face as her eyelids fluttered open. She stared incomprehendingly at the strangers bending over her. For a minute no one spoke. Then a tear slowly trickled out of the corner of Julia's eye and slid down her cheek. Miss Marta moved quickly and put her two fat arms around her consolingly.

"Ay man. Don't bawl dahlin'. Is nothing to bawl for. Hush! Hush dahlin'."

But Julia couldn't seem to stop the tears form falling. Even when she was squeezed into the taxi between Miss Marta and Mista Max, the tears kept fallings as she wept silently. It was not until she was seated inside the outpatient clinic at the Belize City Hospital that she stopped. It was Miss Marta who made the nurse hurry up and attend to her, dramatically explaining how she was so sick that she had fainted out on the street. The whole crowd in the outpatient clinic was silent as Miss Marta told the story to the nurse as loudly as she possibly could. Then when she was finished the crowd looked at Julia from head to foot, clearly speculating as to what had made her pass out.

"Belly", muttered one woman to another.

"Soun' like heart", was one old lady's opinion.

"No man", contradicted a third. "Dat is definitely pressure".

"Well", added a fourth doubtfully, "could be sugar. Same ting happen to me last year. Drop down in church".

With all that they made her pass them and she saw the doctor just as soon as the person he was attending to had left.

The doctor stood at the door of the office, looked at the card in his hand and then called out her name. "Miss Julia Taylor?"

She entered and sat in his office. Her gaze fixed on the floor.

"Well, Miss, what is your problem?" She was silent.

He looked at the card again.

"Ah. Fainting".

He asked her other questions and this time she answered in monosyllables. Then he examined her. Finally he asked:

“When did you see your last period, Miss?”

She was shocked out of her half-dead state. She stared straight at him and fear flashed like lightning across her face.

“I no memba”.

“You don’t remember?”

“No dacta, I no memba…”

She did not even remember the details after that. She felt better after he gave her a tablet to swallow but her mind was in a turmoil. When she got home she thought about the test she would have to take the following week and she knew she could be in big trouble. Still, life couldn’t stop. There was still work and she still had to go.

“Miss, yu sell black colouring?”

“I no memba”.

“Whe yu mean, yu no memba?.

“Oh. Sorry Miss” Julia apologised. “I was thinking ’bout something”.

“Well yu betta study yu job. Yu got black colouring?”

“Yes ma’am. Anyting else?”

“Yes, gimme one bottle black colouring. You got eggs?”

“No ma’am. Eggs finish”.

“Finish!An’ da jus’ 15th? You all mus’ be putting them tings up for special people. Don’t tell me nottn’ ’bout finish. Every year me buy my eggs dem right here fi my black cake and every year me buy my black colouring an’ everything else here. You all di sleep up dis year. What di go on? I is good customah you know. Ask Mista Jones. Every Crismus me buy here”.

“Sorry Miss. Di mennonites truck no coming back till Monday”.

“Lawd! Dah what me will do! Man, me stop buy here if is so you all will treat me. You wait till I see Jonesy”.

The woman grabbed her market bag off the counter and marched out of the shop. Julia hardly noticed. She was trying to think.

“I no memba”.

She did not even hear Dorothy come up behind her until a voice teasingly:

"Me no memba neither. Julia my child, how you always saying, 'I no memba', mind yu di talk to yuself. Dat is the first sign".

Julia did not smile. Instead she said:

"Dorothy, you would work for me net week Monday? Then I work for you Sattiday".

Dorothy thought for a moment.

"But if you work for me Saturday den I will no get overtime."

Julia brushed that aside.

"I will give you the money I mek fi ovahtime".

Dorothy looked surprised.

"Well is what you have to do so!"

"Don't worry 'bout dat. You will work for me?"

"Alright. But jus' don't mess aroun' wid my money", Dorothy warned as she moved away to serve two women who had just come in.

"Miss, you got fruits?" one asked. "I want 2 pounds raisin, plus some mix fruits. How much fi yu mix fruits? Let me see it. Oh! You have dem bag off already. $5.00 a pound!" The woman gasped, then continued:

"My gawd!These local or imported? Cherrymae, what you doing 'cross there? Look here. Look how much the thiefing Jonesy di sell his mix fruits for, no gyal?"

"Well Lois, is yu worries now. I tell you to buy it when we went to Chetumal las' week".

"Cherrymae! You tell me that Customs would take it away at the border".

"Me tell you dat? How me would tell you something like dat and I buy mine there? Memba you get confuse with di peso you had. Then you disappear in the market with Maudie. Is mus' Maudie tell yu dat. Well, how much poun' a cake you want mek?"

"Two poun'."

"Well then, jus' buy half poun' of mix fruits an' half poun' of cherries."

Cherrymae beckoned Julia.

"Miss, you have cherries? How much for it?"

"Seven dollars a poun'."

The one called Lois exclaimed.

“What!”

“Lois, no use yu bawl. Dat is di price nowadays. Dat is the cheapes’ you will get it” said Cherrymae. “Buy half poun’.”

“But Cherrymae! I have to buy the ham an’ turkey yet! My money will done!”

“Don’t worry Lois, you got enough money. When we done from here we could walk over by Baymen Avenue.Them got some small ham and turkey reasonable”.

“But Lawd Cherrymae, that far!” Cherrymae turned and looked straight at her.

“Lois, you want Crismus or not?” She then turned back to the counter where Dorothy stood waiting impatiently.

“Miss, give me half poun’ of cherry and half poun’ of mix fruit. Is for this lady here”, she said pointing to her companion called Lois.

As it was being wrapped, Lois sighed.

“Ay, Cherrymae, I tell you, only because them children di expec’ this black cake an’ ham an’ turkey, or else I would forget the whole thing”.

Cherrymae laughed.

“Don’t mind you, I wonder what Hubert would say ’bout that when he bring them boys home Crismus mawnin’!”

“Say? What he could say?” Lois sucked her teeth. “He lucky I don’t ship he to his woman house Crismus mawnin’ mek him eat turkey there”. She picked up her parcel.

“How much Miss?”

“Six dollars”, Dorothy answered and waited for the money.

The money was paid and then the two left carrying between them a hefty straw bag loaded with groceries. Julia and Dorothy watched them leave and then they burst out laughing.

“Them two is kicks” Julia remarked as she put back the bucket with the mixed fruits.

“You know them?” Dorothy asked, surprised.

“Of course. The breggin’ one she live right ’round here by the areas. An’ in this Pink Jungle Area me know everybody but not everybody know me. Some of them could only take up themself. That Cherrymae, her son jus’ send she a t.v. from States for Crismus and she

make sure everybody hear ’bout it. You see her, she can’t afford current in she house. I don’t know what she will do with the T.V. She mus’ will sell it. Three months aback them cut out the light. Couldn’t pay. Then she son send T.V. for she instead of send money to mek them fix up the dog-siddown that his ma live in. Las’ Crismus he send a refridge. As to that, that mus’ get rusty by now because me see she send buy ice every Sunday”.

Dorothy laughed. “The other one what name Lois, she look like she got plenty money though”.

Julia sniffed.

“No mus’ got! Her gentleman sell weed right ‘round here. She an’ all”.

“Cho!” Dorothy gasped. “An’ hear how she cry hard time”.

“Is so she always do so people don’t talk. But people still talk so me don’t know who she think she di fool”.

Dorothy laughed as she went to serve a woman who entered the shop.

“Miss” the woman asked, “you sell toys?”

“No ma’am” she answered.

“Thank you then” said the woman as she left.

Dorothy turned to Julia saying:

“She mus’ come from Hattieville or one of them small village where one shop got everything”.

Julia laughed saying:

“She betta go to them big shop on Albert Street for dat”.

“Cho! You see how she look broke. She just will smell those high price an’ she will run. All like she so can’t go deh. We poor people go ’cross the border for cheap toys for we pikni. My son tell me this mawnin’ that he want one walkman for Crismus. An’ he only four you know”.

So you tell him ’bout Santa den?” Julia asked.

“Me no tell that little boy nottn’. He sit down front the T.V. whole day an’ when me get home he could tell me ‘bout all what he see. He only smart gyal! From yesterday he start tell me ‘bout Santa. He tell me he see one pretty, pretty Santa front of the White House in Washington where the President live. All of that yu know! He done know what is

President! Then he tell me how Santa will bring he anything he want if he behave good. So whole week the boy is behave gyal, because he want dis walkman so bad. My big daughter she want a roller skates an my second son he want a boxing gloves. Me will have to find all those things you know! I pray that my aunty sen' me money from New York. Pikni is expensive gyal! You lucky you only got one baby. How old is he again? Five months?"

"Yes, 24th of this month will mek five months". Julia answered slowly, then quickly added:

"Look, is four o'clock, time to shut up".

They quickly shut and bolted the store, then left going their separate ways home.

For the rest of the week business was fast. Julia got home late everyday because she had to walk far, all the way to Lake Independence to pick up the baby from her Granny's house. She took her time everyday because she did not want to have another fainting spell. But somehow, although she felt weak, she never for that week felt as bad as she had done that day when she fainted. She went back to the Farmer's Market to thank Miss Marta for her help. Miss Marta had given her some Billy Webb bark to dink and other bush medicine to strengthen her blood. According to Miss Marta, Julia was "poor a blood". Everyday, she drank some of the medicine after she put the baby to sleep. She and the baby were alone in the room they rented in the long barracks. It used to be she, the baby and Charles. But now, Charles had gone for good.

Saturday, payday, Julia walked home into the long barracks carrying the baby. It was night, but the heat was on. Everyone else living in the long barracks was out cooling off. The yard had the strong scent of marijuana being smoked. It was brightly lit with light from the nearby street lamp and each room had a naked bulb suspended from the ceiling. Pa Charles sat on a stool in front of his room smoking a cigarette. He called Julia.

"Night Miss Julie. What a heat gyal! You alright?"

"Sure Pa Charles", she answered. She usually gave him two dollars out of her pay. He only had one leg and could not work because he had asthma. Besides he was over fifty. He was grateful for the help and had made himself her guardian. She was especially grateful for

his protection now that Charles was gone. She continued on her way passing the table in the middle of the yard where the boys were banging dominoes.

"Night sweet thing" one of them called out. She didn't answer. She heard Pa Charles shout out something to the young man but she was not listening. She went inside her room and locked the door.

After the baby was asleep she took her purse and emptied the money on the bed. She counted it twice. It was all there. Three hundred dollars.Her pay and the money from the syndicate that she had joined in order to have the extra money for Christmas. She knew exactly what she would buy with it. A new piece of linoleum and a tablecloth for Granny; some apples, grapes and a ham and turkey for herself; and a toy for the baby. Folding it carefully she tucked the wad of notes into a hole under the flooring.

Sunday, she took the baby to Granny and spent the day. She did not tell Granny about the syndicate money. She wanted to surprise her with the linoleum.

"Granny, what you want Santa bring for you?" she asked jokingly as she washed up the dirty plates in a pan outside the door.

"Child", Granny did not smile. "I jus' want one wish. I wish dat you and this baby would have healt' and strength to face the evils of this world".

"Lawd Granny, don't get so serious. Is Crismus yu know" Julia protested. "Me and Junior quite alright. I mean you wouldn't want some pretty piece of linoleum for di parlour and some new curtains for the window them?"

"Well true you know", Granny said thoughtfully looking around the parlour and examining it as if seeing it for the first time. "True. If I win a good lottery I would varnish the settee and the rocking chair, paint up di wall little bit and maybe buy a piece of linoleum".

"What colour you would buy?" questioned Julia eagerly.

"A nice skyblue" Granny answered without hesitation. "You know blue is my fav'rite colour". She burst into song. "I'll have a blue Crismus without you, I'll be so blue thinking about you. How did the song go again? That used to be yu Grandpa song. Oh yes! That an' 'I'm dreamin' of a white Crismus jus' like the ones I used to know.'

Five years this Crismus since you Grandpa gawn to res' child. You mus' come with me to service Crismus Eve mek us pray for him soul. Reveren' ask for you las' Sunday. I was shame to tell how you stop go to church". She looked at Julia disapprovingly. Julia avoided her gaze and changed the subject saying:

"Well, Granny, yu never know what life will bring, you know. Maybe you still win the lott'ry after all".

"Cho! My luck finish for this year pet. Let's hope things get better nex' year".

"Things will definitely get better, man". Julia said confidently. "Since the wutless Charles gone, at leas' now I don't have to hide to give you money when payday. After the Crismus I will look for a better job with more pay so I could save an' try go to States. Las' time Goddy write, she say that if I get there she could definitely find me job".

Granny was silent for a moment. Then she said:

"Well, dat soun' good. I hope it works out, jus' don't res' your heart 'pon the States thing. Sometimes them pipple is lone big offer".

"Not all, though. Las' year Goddy send me plenty pear and grape and apple until I never know what to do with them. Memba you did get?"

"True, I memba. You Goddy is a good woman for true. An' to think she used to empty people night pail for a living".

Julia laughed:

"I wish I could pay somebody to empty mine for me. Every morning I go to Barracks and I have to leave Junior alone home. I don't like it. Well, by nex' Crismus at leas' I have to move out the long barracks. If I mek enough money I could rent a house with sewerage and bath".

"Well, maybe you find a nice young man to settle down with and tek care of you!" Granny said as she sat down in the rocking chair and fanned herself. Julia picked up the baby and put him to her breast to suck, sitting down in the settee opposite, before answering

"That wouldn't bad, but that hard to find. Meantime, every mouth mus' be fed".

Granny rocked silently for a moment. Then she said:

"Well, child, you soun' like the world done harden you. Don't mek that happen. You young yet, so you mus' think 'bout yu future. But,

my dear, I jus' hope you don't have to do nottn' that will cause you to hang yu head in shame".

Julia said nothing, she just looked down at the baby nursing at her breast. She let it nurse for a little while and then tucked her breast inside her dress, getting up from the settee in one swift motion.

"Let me go before it get late, hear" she said, bustling about as she packed her bag. Granny watched her, sensing that her mood had changed and wondering what was the cause of it. Julia knew that her Granny was curious but she did not want to enter into any discussion, afraid that she would reveal the incident when she fainted. Granny suffered from high blood pressure. She would worry too much. After all, it was nothing, she was just a little "poor a blood". That was all.

Tuesday morning she decided to stop worrying. Somehow she would have to work this thing out. It was still early and there was no one in the shop but herself and Dorothy. The radio was blaring out. Julia sang along.

"Santa, when will you come to the ghetto".

Dorothy looked up from what she was doing.

"Well, you bright this morning.Yesterday I mi think say the Crismus spirit lef' yu".

Julia laughed.

"Me only like the song gyal".

"Well, mind you call rain. This cold front we have now jus' nice. We don't want rain 'long with it. Especially Crismus Eve night pet.Me and Robert going to dance at C.B.A. with Rhaburn. You will come? You could bring lovah-bway".

Julia looked up, surprised.

"Who dat?"

"Charles of course".

"Me and he finish".

"Bruck up and you all was sweetah than loving Josie and Betsy syrup! How long?"

"Two months".

Dorothy looked long and searchingly at Julia.

"Oh! So that's why you want me work in yu place. You want to see doctor".

Julia was astonished.

"How you know!"

Dorothy laughed.

"Honey child, I jus' have to look 'pon a woman an' I could know. Don't get vex. Is nottn' to shame 'bout. You will keep it?"

"I don't know".

"You want it"?

"No, Yes, I mean, I don't know."

"Well, you have to make up yu mind what you will do. If you don't want it. I could help you fix yu problem. It will jus' cost yu three hundred, an' you will not land up at hospital But you have to make your mind up early, otherwise nottn' doing".

That night Julia took the money out from under the flooring, counted and recounted it, went to bed and worried.

Wednesday morning dawned bright and early. Today was the day she had planned to go and shop for the linoleum for Granny and to do all her other Christmas shopping. She took the money out again from under the flooring and stared at it. She did not put it back under the flooring but left it scattered on the bed. Midday she came home for dinner, she looked at it and tried to decide what she should do. Still, she could not. Wednesday night she bundled up the baby, put the money in her purse and decided she would go window shopping. Maybe a decision would come along the way. She returned, tired, her feet aching and the wad of notes still tucked in a pocket of her purse.

Thursday night, Christmas Eve, she did the same thing. Only now she went all the way to Lake Independence, picked up Granny and took her along, hoping that Granny would want something so bad she would feel like she had to spend the money to buy it for her. But Granny could not walk far and soon got tired. The cold weather made her joints ache and the crowd of Christmas shoppers confused her, she said. After barely an hour she and Julia had to take a taxi home.

Later that night, Julia sat with Granny in the crowded church listening to the Christmas Carols being sung by the choir at the Christmas Eve service. At midnight the church bells rang out loud and Granny turned to her and hugged her.

"Merry Crismus, baby".

"Merry Crismus Granny", she answered, tears in her eyes. "Sorry I couldn't get you nottn' for Crismus".

Granny waved that aside.

"Cho!" she laughed. "You never believe what I tell you. I done get my Crismus gift. Me, you and this baby with healt' an' strength. That is Crismus for me. An' if that is everyday thing then I got Crismus everyday".

There was nothing Julia could say. She just hugged Granny hard. Suddenly she reached into her bra and pulled out the wad of dollars, thrusting it into Granny's hand.

"Granny take this. I don't care what you say. You mus' could buy something you need with it".

Granny was silent and they both stood still as around them the noise of well-wishers full of Christmas cheer rang out. Then Granny reached up and took Julia's small face between her wrinkled hands saying gently:

"Thank yu dahlin' but I no need it. You need it more. When you eighteen and pregnant, is no joke. You use it. You do whatever yu think right with it. That is my Crismus gift for you".

GOING HOME

Natalie Williams
Belice

Ruth leaned against the dismal, rusty-looking concrete wall. Green and black patches of mold and mildew were slowly engulfing the side of this wall. It remanined unpainted, with hints of grays and faded hues of white that suggested the building was once lavished in paint. Yet years and years of weathering had now eroded all the walls of the building. This building faced the brackish waters of the Caribbean Sea. The frequent waft of breezes quelled any hideous odors that secreted from the insides of the building. Everything about the building reflected death and decay—a foreshadow to what it was, a morgue.

Ruth bent over, holding the side of the wall. Every minute was used to hold back the flood of tears that welled up inside her, waiting to be unleashed. Her sighs sounded like deep sobs used to contain the ugly green vomit wanting to be emitted. She looked distraught and burdened with the look of death and emaciated by grief and and despair. She stood alone as her mother, Matty, and her Aunt May worked quietly to prepare the dead body of her new-born baby. The priest would arrive shortly to say a blessing, then they would have to drive to the cemetery to lay the baby to rest.

Ruth had wanted to enter the building to bid her baby a private farewell, but a strange compelling force, which felt larger than the life now inside of her, seemed to coerce her to remain outdoors. When she opened the huge wooden doors, the pungent smells of antiseptic solutions and other insipid chemicals startled her. Icy air filled the dark room.

Matty and May looked up with concerned yet welcoming eyes. Matty reached over and squeezed Ruth's arms.

"Are you sure you can be here, Baby?" her mom cooed.

Ruth try to smile bravely, but she felt too devastated to utter any words. Consumed by grief, she shook her head in response.

Aunt May piped up, "Don't worry, Sweetie, we have everything taken care of. I sewed everything for this precious child".

Ruth nodded to her aunt and quickly backed up through the door, not able to withstand the acrid atmosphere any longer. Her lungs felt choked by the suffocating odor.

Inside the morgue, Matty and May stood against the cold cement table. The air conditioning rumbled and the faint sound of a leaky faucet coul be heard from a nearby sink. A little wooden box rested in front of them. A tiny white robe covered the premature baby who rested there. Matty began gathering little items to add to the coffin. She held up a pretty blue dress with lace and white dots. Matty recalled the day she and Ruth were on a wild shopping spree, buying up anything that caught their fancy. This dress came with booties, frilly panties, a bonnet and a blue headband with a white rose, the perfect colors for this unconventional child.

Matty unclasped a tiny pin of the Sacred Heart of Jesus that was on her navy dress and pinned it just above baby Tara's heart. Aunt May picked up a little baby's brush and pushed the brush through a head of thick, jet-black hair.

"Look at this head of black curly hair", Matty professed. She smiled, "Doesn't it remind you of Celeste's own wild mane". (Celeste was Matty's third child).

"Yes", agreed May.

The brush became another item added to the box.

Matty continued to talk to May. "You know I brought a scissors right here in my pocket to snip some of her hair. I wanted to save it for Ruth".

"Well, Honey, if yu gonna do any snippin' it better be now".

"But she looks so peaceful, I feel as if I would be robbing something that is hers, and she had so little". Matty quietly put away her scissors as she felt she would be a violation of her grandchild.

Matty then looked at May. "She should have a toy, you nuh think?"

"Shure, Honey, of course".

"We brought her little brown bear and we loved it because it wasn't the fluffy kind to make you sneeze. Plus, you know Ruth with all her allergies".

Admiring the toy that came from Matty's handbag, May said, "This is special". And the bear was the last item to be added to the coffin. The coffin was now filled with tiny little blessings that would have lovingly gone to Tara had she lived. This gesture was the final outpouring of love and letting-go that the family could bear.

"This baby, Tara Francine, would have been so spoiled and loved had God allowed her to remain with us", Matty stated, allowing melancholy to overcome her. Yet she knew she had to be strong, if for no one else, for Ruth.

"She would have been our first granddaughter and we would have loved her just like we love the boys".

"Only God knows what is best, Matty, you know that", piped May, not wanting Matty to become too disheartened at this moment.

"What pretty little hands she has", cooed May as she straightened out the dress and patted her tiny arms.

Matty continued to share in the delights of Tara's miniscule existence with May. "You know, May, her eyes were so bright and she looked at us so intently as if she knew this was only a brief time she was passin' with us. And just before she passed, she grasped my finger and held it so tightly that I felt her precious squeeze, her last little cling to life".

"She is with God now. So she is resting peacefully with him".

Matty looked anxiously to the door, "I hope Ruth will hold out okay. She is just so devastated by this".

"Keep her with you and she will feel safe; give her time to come to peace with this loss".

"I know, May. Thank God she has us; I don't know where that bloody Derek is. We have not seen him since that night in the hospital when the baby finally passed. Derek just got the hell out of there as if his pants were on fire and we have not heard from him. It is true he and Ruth are not married, but I wish he could have been here just for someone else to help share in the loss. I mean, God damn it, this was his child too. And Ruth needs him so badly right now".

"I guess Derek, he jus hurtin' an grieving' in his own way. Let's hope God keeps him safe and sound an' he doesn't do anything crazy. When he is ready and willin', he will come".

"Yes, May, I know dat, but the question is, wen?"

With that said, the ladies were ready to seal the box. Matty went over the kiss Tara on her forehead and May kissed her on her hands. The priest was expected to arrive now. This was just the first phase of the burial. They knew the worst of the ordeal was yet to be faced by Ruth, as they would now have to bear witness to the actual burial of the baby.

Outside, Ruth gulped down the pockets of fresh air and waited for the priest's arrival. Ruth knew that, despite this loss, she was blessed to have such a loving and strong mother as well as a devoted aunt. Granted, in some cultures it is believed that a duty of the women is to keen over, to wail and mourn for the loss of the dead, but Ruth knew that the reason Matty and May were in that morgue was because they were her family. They were her lifeline and her lifeblood. She felt strengthened and blessed by their willingness to give so unselfishly to her and her dead daughter, especially now when she felt so lifeless.

Alone and outside, Ruth's mind drifted upon the revelry of the vividly preserved memory of her precious daughter. Tara would always be twenty-one inches long, bearing a pale complexion, a button nose, having bright little almond-shape eyes and a thick head of curly hair. Ruth tried desperately to surrender her baby to the peaceful and angelic world. She felt that the harshness of death and that ugly blueness would never tarnish her memories; the surrender of Tara would eventually become a quiet reprieve within grave solemnity and within the graces of her own willingness to surrender to such a time. Now was not yet that time.

La nostalgia por recuperar la memoria perdida

Hay un espacio en el texto que no logra decir esto que siento.
Palabras que se vacían del suave tacto de ese único día.
Imprecisiones que han quedado en la palabra que no se dijo y
que tampoco se escribe en este momento.

Pezóculos, Aída Toledo, Guatemala, 1952

TE EXTRAÑO

Patricia Cortez (1967)

Guatemala

Estoy sobre mi espalda, tratando de identificar los pequeños fragmentos que se me incrustan. El suelo es nuestro lecho, no lo hace más cómodo la manta que extendimos. Sólo te dejo sumergirte y cruzo mis piernas y brazos sobre tu espalda. Quiero retenerte así, siempre.

Mis manos exploran tu rostro, te beso. Me preguntas si siempre me río así, sin razón. Aunque sabes que sólo cuando haces estremecer mi cuerpo aflora la sonrisa, que de otra manera no aparecería.

Te quedas sobre mí, tu cabeza reposa en mi pecho, te protejo como quisiera protegerte cuando te vas de aquí. Afuera, la calle se agita en calma, presiento los gritos acallados, los llantos y más allá quizás disparos. Alguien que gime por dolor, no como nosotros aquí…

Empieza a hablar y pienso en lo que no decimos mientras nos abrazamos. Dónde estarás, qué pueda ocurrirte… mañana.

El humo de tu cigarro forma ondas, cada una refleja una historia que cuentas con orgullo. Me describes el cielo que miras en tus noches solitarias, allá…

—Allí, en esa esquina aparece Orión, más allá Venus. Al atardecer, si el cielo está en calma, puedo ver los satélites que se mueven lentamente como las nubes…

Pronto la habitación se llena de estrellas, ya no siento la dureza del piso, ni los objetos que quedaron esparcidos antes que iniciáramos el rito eterno de la unión. Tu voz cambia de matices cuando hablas, te yergues y actúas para mí las escenas que yo jamás podré ver, luego vuelves como un niño a cobijarte en mi pecho, hablando hasta que el sueño te vence y te duermes a mi lado.

Lo que más odio es el preludio de la aurora, en ésta que a veces es nuestra casa. Los ruidos anuncian que tengo que vestirme antes que entren los demás. Tú, que tomas la mochila y guardas nuestras lágrimas, nuestros besos y nuestra vida en la manta enrollada que te echas a la espalda y sonríes, mientras todos fingen ignorar mis lágrimas de despedida.

Alguien bromea y me impulsa a separarme de ti, ríen y hablan de cuando yo pueda ir… Sé que nunca lo haré, al menos no mientras tú vivas.

Empiezo a salir del sueño lentamente… Reconozco mi entorno y palpo el lecho, demasiado blando, identifico bajo mi espalda el muñeco de plástico, un soldadito con el que juega mi hijo.

Acaricio una espalda que no es la tuya y que se alza protectora a mi lado… Toco con cuidado la larga cicatriz que me dejó la bala que no me quitó la vida. Ya no sonrío sin razón, y no peleo con el destino. Tú lo dijiste antes, las cosas pasaron, también era tiempo de guerra.

BODAS DE ORO

Luz María de la Cruz Redón (1946-2008)
Costa Rica

Para Luis y Águeda

Era la pura verdad. Él había sido muy malo con ella. Ciertamente hubo una época en que la había llamado *princesa* y acunado su cuerpo con particular desvarío. Pero después le pegaba y le escondía el dinero. No la dejaba salir y, lo peor de todo, la había obligado a vivir con la madre política los primeros tres años de matrimonio.

Había sido malvado, en verdad.

Pero ahora viejito estaba enfermo y tosía como si los pulmones se le fueran a romper. Y ella, Matilde, después de tanto sufrimiento, lo amaba; por eso, cada cuatro horas, le administraba la cucharadita de descongestionante y le hacía tragar cápsulas de sulfa, ayudándose con su tembloroso y descoyuntado dedo índice.

Ella se levantó y fue a recoger el periódico; hacía tiempo que no lo pagaban pero, al parecer, la compañía los había declarado beneficiarios vitalicios, por derechos de antigüedad. Al abrir la puerta, un

ramalazo de frío paralizó sus costillas. Había amanecido nublado y el jardín inculto tenía la acogedora apariencia de un camposanto.

Se volvió trastabillando y entró en la cocina. Calentó el café del día anterior y dos tostadas. Viejito no podía comer tostadas pues le acometían ahogos y se ponía rojo, luego morado y ella no sabía cómo proceder para volverlo a la calma.

En la calle se escuchó el grito del lechero (ellos, hacía tiempo que no tomaban leche) y de la gente que partía al trabajo. El perro comenzó a ladrar y en ese momento ella se percató de que toda la vajilla estaba sucia y que el café ya hervía; que las tostadas eran dos carboncitos azules. Viejito comenzó a toser, con el humo, y ella corrió a abrir la ventana del dormitorio. La neblina, como una blanca aparición, acuchilló el calor de la estancia y se mezcló con el humo de las tostadas.

El anciano se sentó en el lecho y comenzó a agitar los brazos y a golpearse el pecho desnudo; despedía algunas mucosidades sanguinolentas por la boca y miraba a su compañera con enconada ira. Ella no tenía tiempo de ayudarlo, pues estaba luchando a brazo partido con la niebla y el humo. Por fin, cerró la ventana.

—Se fueron, suspiró, y luego abrazó la cabeza de su esposo al tiempo que le propinaba suaves golpecitos en la espalda.

—La medicina.

—Todavía no es hora.

—Quiero café.

Y le trajo café hervido. Y ambos bebieron en silencio. No había amor en este gesto compartido. Cada uno estaba enfrascado en su propia rutina de sorber y relamerse; parecían, ni más ni menos, dos criaturas irracionales haciéndose inevitablemente compañía.

La anciana distraía la mirada en la puerta del closet (a la que le faltaba una manija), en las altas y empolvadas vigas del techo. Observaba sus manos y se preguntaba cuánto más afán les esperaba.

El café trajo un poco de lucidez y firmeza a su trémula voluntad.

—Voy a hacer pan, declaró. Y dicho esto, se levantó y se fue arrastrando hasta la cocina.

Haría pan y, con un poco de suerte, se podría comer. Y algunas habichuelas trasnochadas que guardaba en el refrigerador.

Mientras ella trabajaba, el viejo se quedó en silencio, probablemente dormía nuevamente. En cuanto terminara, ella le ayudaría a llegar al baño y, más tarde, le pondría la servilleta y le daría de comer.

Cuando se casaron, ella tenía dieciocho años y su padre, una breve huerta de la que todos vivían. Él llegó una tarde y, cuando la conoció, se quitó el sombrero. Nadie, hasta entonces, se había descubierto la cabeza en su presencia. Después vinieron los obsequios y las palabras, a la hora del *Angelus*. "Una casita, le decía. Y los chiquillos correteando por ahí".

Los chiquillos llegaron primero y la casita diez años después. Endeudados hasta el cuello. La casita se llenó de muebles, riñas y reconciliaciones. Quizás había valido la pena, después de todo. El pan estaba quedando bien y Matilde cantaba quedamente, para no despertarlo. La neblina se retiraba de a poco y un triste sol cosquilleó en los ojos de la abuela.

Ella había estado enamorada, una vez; antes de conocer al hombre de los gestos elegantes. Habían estudiado juntos para maestros y, ya de grandes, se vieron pocas veces; en acontecimientos patronales, preferentemente. En una de esas ocasiones, Eduardo le regaló un perfume del que todavía conservaba unas gotas; las olía —devotamente— en los días de desastre; como cuando casi perdió al primogénito, como cuando le iban a rematar la casa. En los días de golpiza, también se metía el frasquito por la nariz (Eduardo, Eduardo…) y la conformidad entraba nuevamente en su corazón.

Eduardo había desaparecido de su vida; supo que se había casado con una alumna de la Institución en la que trabajaba. Acaso sus hijos y los propios se hubieran cruzado, en el camino, alguna vez. Acaso él la recordaba, también, montada en el barco pirata o comiendo un algodón de azúcar, en medio del barullo de la fiesta popular.

Tenía guardado el perfume en un cofrecito de plata en el que atesoraba papelitos, recuerdos y otros efectos personales. Era el único rincón donde —por su insignificancia— la mirada de otros no llegaba.

Cierta vez, Eduardo partió a los Estados Unidos y, de allí, le mandó un dólar y la fotografía de un automóvil rojo que, según decía la nota, había adquirido. La nota, el dólar y la fotografía también vivían allí, en el cofrecito de los sueños.

Viejito tosió y la abuela tuvo que sostenerse de la pila para no caer. Miró al cielo.

—Es la hora de la medicina.

El pan estaba listo y quemaba la delgada piel de sus cicatrizadas manos.

Lavó a viejito con paciencia, haciéndole arrumacos, a su manera. Viejito gruñía, tratando de zafarse de las embestidas higiénicas del trapo enjabonado; y todo su cuerpo decía "frú-frú", por el pánico que en él despertaba el baño. De un manotazo apartó la toalla y regresó, ofendido, a su cálido dormitorio. Matilde se quedó mirando con un dedo metido en su naricita de cuervo. Cuando pensó que la tormenta se había calmado, acudió en ayuda de su esposo. Él estaba muy compuesto y hasta se había anudado la corbata; y ahora abrochaba el holgado reloj sobre su esquelético pulso.

—Pero, viejito…

—Saldré.

—No puedes. Tú… el doctor dijo…

—Voy.

Avanzó unos pasos por la habitación y cayó rendido y todo sudoroso a un lado de la cama.

—Ya me muero, ya me muero, decía cuando la mujer lo remontó hasta el lecho.

Ella fue, presurosa, por la medicina y, con tembloroso gesto, colmó dos cucharaditas, una después de la otra, que, con artístico fervor llevó a los labios de su marido. Pasados unos minutos, el viejo yacía, perfectamente atildado, respirando tranquilo bajo los cobertores.

En casa había muy poco qué hacer; así que, después de dar algunos desacertados escobazos y de tender la escasa ropa que había podido lavar, sacó una silla al patio y se puso a tejer. Hasta que oscureció. Más tarde bebió un poco de té y, como viejito no daba señales de despertarse, también se acostó.

Viejito amaneció un poco más animado al día siguiente. Matilde sacó una silla al jardín y puso el banquito de la cocina cerca mientras él leía y ella enmarañaba el tejido. La voz soleada de la mañana tiñó de alegría su corazón y se sintió expansiva. Le habló de lo poco que captaba del tiempo presente y conversó largamente del tiempo pasado. La

crónica simple de su vida, que cabía en no más de media hora, desfiló, vehemente, a través de sus labios. Descendió a detalles que, a la luz de aquella mañana, florecían con una claridad inusual. El viejo carraspeó incómodo y dobló el periódico. La miró. De alguna manera sintió fastidio de la figura irreprochable y parlanchina de su compañera, aunque la fuerza de su enfermedad atenuaba en él un belicoso deseo de mandarla a paseo. No obstante se sintió inclinado a ser desagradable.

—¿Todavía guardas la carta de ese gandul?

La anciana se saltó dos puntos y palideció su semblante desangrado. Una mueca de dolor desfiguró su boca.

—Ahora estoy enfermo. Podrías correr a su encuentro, si es que aún vive.

Matilde no podía creer lo que estaba oyendo.

—Has leído la carta—, articuló.

El viejo gruñó como un clavicordio desvencijado y de muy pocas notas.

Aquella carta, aquella hermosa y envejecida carta que, para proteger, olvidaba. No podía quitarse de la cabeza el recuerdo de la Feria, en el sepultado pueblo de su juventud… de seis casitas. Con sorpresa él advirtió la muda lucha que se estaba librando tras la apacible máscara del rostro de su anciana mujer; después de todo, aquel objeto (la carta) se relacionaba íntimamente con una historia que no le pertenecía: sintió que la herida que, tan a la ligera había inferido a su pequeña compañera, no le importaba (o que, acaso, él se encontraba demasiado lejos para ese sentimiento). De la corriente humana que los uniera, quedaba muy poco.

Ella parecía haberse quedado dormida, con la mirada perdida; las manos y el tejido yacían mustios sobre su regazo.

—Has dicho una tontería, repuso mucho más tarde. Era sólo un compañero de estudios—. Y allí concluyó su conversación.

Había hablado demasiado y él se había fatigado, seguramente. Ahora pensaba en las cuentas del gas y en la ropa de invierno. La bufanda que tejía serviría a viejito; pero aún harían falta dos camisetas y un nuevo suéter para alternar con el que él usaba. Reflexionaba, además, mirando las dos parcas hileras de casas que flanqueaban la calle, que en esa triste ciudad no podría, jamás, tener lugar un romance.

Los gritos alentadores de los grajos trajeron la rejuvenecedora brisa que los envolvió por unos instantes. Se miraron, se sonrieron como en la juventud, cuando todavía no habían sido presentados. Hubo como un fulgor de reconciliación en la mirada del anciano que se agachó para atarse el lazo de un zapato. Al fin y al cabo estaban solos y, tal vez, uno de los dos no pasaría de ese año. Se conocían tanto, que esto constituía una fuente de tedio pero, al mismo tiempo, resultaba maravilloso.

—Perdona, —farfulló—. Lo de la carta. No suponía que lo llevaras tan hondo en tu corazón.

Tenía la cabeza a un palmo del suelo, lo que ella aprovechó para ocultar una lágrima.

—No es nada. Qué puede importar ahora.

Y se fue a preparar el almuerzo y seguir lloriqueando a su gusto.

Por la tarde aún había bastante sol y un aroma de adelfas; así que regresaron al jardín. Era el primero de muchos días en que el viejo conseguía mantenerse tanto tiempo fuera del catre. Las horas se alargaban generosamente y el silencio que los unía (o los separaba) traía enturbiados pensamientos para ambos. Miraban la calle construida sobre terreno ondulado, que subía frente a ellos, para luego descender, casi en picada, unas cuadras más adelante. Matilde tejía resignada y con la dedicación que ponía en cuidar su propia vida. Pensaba que, en más de una oportunidad, se había sentido hastiada, pero no había tenido la fortuna de acertar con el procedimiento legal aceptable que le permitiera abandonar el hogar, decentemente.

No obstante habló, en voz alta, de las estrellas y de lo conmovedor que resultaba aguardar la noche juntos y a la intemperie. Dijo esto con una sincera intensidad que le salía del alma. Él frunció las cejas, como si la alusión a las estrellas no le hiciera la menor gracia. Estaba seco. Seco y amargado. Y ahora esto de la enfermedad… Tosió, un poco forzadamente, para vivificar la confirmación de su dolencia. Había una oscura satisfacción en sentir compasión de sí mismo. En la débil sangre que aún circulaba por el cuerpo, este sentimiento tenía el calibre de una pasión.

Después entraron y comieron en silencio. Él, sopa y una infusión de tilo; ella mordisqueó algo de pan mezclado con la sopa. Luego, el viejo se acostó. La anciana permaneció unos instantes más, ordenando

la vajilla y, como no tenía otra cosa qué hacer, volvió a su tejido. Puso el radio bajito y, por ensoñadores momentos, protagonizó cuanta escandalosa aventura pregonaban las canciones que allí tenían lugar. No sabía cuánto tiempo había transcurrido. Hacía rato que había pasado la hora de la comida y toda la casa era para ella sola. Miró los panes henchidos e inútiles sobre la repisa del aparador y los guardó en un botecito de metal.

Por la mañana, el sol de diciembre gobernaba desde las altas montañas; una felicidad renovaba el jardín montaraz y el patio de ladrillos, barnizado por un tenue rocío. Cuando el perro hubo tragado las sobras de la noche anterior y el desayuno estaba listo, sonó una tos y un rumor en el dormitorio. Como si un fardo de plumas cayese. Iba con una reprimenda joven en sus labios: "este marido…".

Encontró al anciano despatarrado a un lado de la cama; sostenía, en una de sus manos, el cepillo de dientes. Un hilito escarlata jugueteaba en la comisura de su boca, que ella limpió presurosa, con el mandil, como un modo de conjurar una temblorosa sospecha. Viejito no se movía. Estaba tibio y flexible.

—Vamos, Horacio, dijo. Lo llamaba por su nombre de pila, como cuando estaba enojada o temerosa, lo que ocurría muy rara vez. —A ver—, insistió, quitándole el cepillo de dientes. —Ven para que te acueste.

De pronto, Matilde comprendió que Horacio se había ido y experimentó una indecible agonía. Creyó que correspondía llorar, debilitarse por algunos instantes. Pero eso también estaba lejos. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para trepar el cadáver sobre la cama y no mirarle el rostro (tenía los ojos abiertos y ya no manaba sangre de su boca). Pensó en el doctor, pero al mismo tiempo le asaltó la necesidad inaplazable de preparar mermelada. Deseaba, por otra parte, abrir todas las puertas y llamar a las gentes para contarles este inusual suceso en su metódica vida. Necesitaba de todas las almas compasivas de este mundo, para confirmar, a su vez, que ella pertenecía todavía al movimiento cálido y bullicioso de la existencia.

Puso los puños sobre su boca para reprimir un graznido de dolor. Estaba sola y la mano derecha del anciano rozaba su vestido con un concluido ademán. Le entraron ganas de hacer o decir algo encomiable por el difunto. Hurgó en su parco vocabulario alguna frase de elogio

que aplicar al compañero de toda su vida, pero no le fue posible articular ni la más mínima inflexión.

Dedujo que en tales solemnidades se hacía impostergable encender una velita a la cabecera del “muerto” (no quería pensar en esa palabra) y pronunciar una o dos oraciones. Lo hizo y esto le dio más conformidad y la sensación de que “todo está consumado”.

Y como no sabía qué más hacer, se puso a desayunar y a limpiar la casa. Todo el día estuvo ocupada, procurando evitar el oscuro dormitorio; pero a las siete de la tarde, cuando el sol se puso, no le quedó más remedio que buscar la otra mitad fría del cuarto. No cabía duda: su vida era aburrida y era muy poco lo que podía hacer entonces, salvo acostarse en la cama sabiendo que viejito estaba frío como la escarcha. Inevitablemente. No se podía echar la rueda del tiempo atrás.

Nada más se podía hacer… Miraba una litografía, en la pared, tratando de dormirse, pero de pronto se acordó del funeral y de viejito que estaba desnudo y sin asearse.

Se levantó, pues, trajo una palangana con agua fría y la levita *príncipe Alberto*, del matrimonio; el único traje decente —y negro— que el marido tenía para las ocasiones solemnes. Finalmente, buscó entre su propia ropa interior, una media de seda y la ató por debajo de la mandíbula del viejo, como viera hacer, con sus abuelos, en idéntica circunstancia.

La actividad, por sus implicaciones, le ahuyentó el sueño, por lo que quedó en camisón y deambulando por la casa, con un involuntario rictus de dolor en su rostro. Pero se rehizo; no podía aniquilarse de esa manera.

Se fue hasta la salita. Detrás de una enciclopedia estaba el cofrecito. Entre un farfullo de papeles con colorete y potecitos de crema rancia, apareció la botellita de perfume. La había guardado por años, como una falta oculta; como si por allí, por otro lado, alentara el germen de un hijo ilegítimo. Estaba vieja y muy cansada. Esta vez no aspiró el perfume. Sobre la gris coquetería del flequillo que desde la nuca le venía, lo depositó, con una sonrisa —acaso— alegre. Salió al patio para echar un vistazo; tiró unos huesos fríos al perro y trancó la puerta.

Entró nuevamente en la habitación y se asomó por la ventana. Eran apenas las ocho y treinta de la noche y la calle denotaba una escasa

animación. El comercio, con excepción de una farmacia y una venta ambulante de flores, estaba cerrado. La calle subía, subía y, por ahí descendía en pendiente. Más allá de la pendiente, sumergida en las sombras, estaba, presumiblemente, la vida.

La casa se impregnó de pronto de un olor a flores de adelfas y del tintineo esporádico de los carros que pasaban por ahí. Salió al jardín y cortó unos tallos. Un transeúnte la saludó y ella respondióle agitando el ramo de flores. Se sentía sorpresivamente rebelde, dinámica. Adentro aguardaba el cadáver de su esposo, para tratar —con ella— acerca de un recuerdo y de una inútil conmemoración.

Entró despacio. Había en la salita dos o tres sillas y un cuadro en la pared: un pastel desconocido y maltratado que representaba frutas rebanadas sobre una bandeja. Era cuanto la ataba. No poseía más.

Toda su existencia había estado escuchando, admirando o siendo testigo de la vida que tenía lugar al ponerse el margen de la noche; ahora, imprevistamente, se le brindaba la oportunidad de integrársele. Ir donde hubiera más color, drama y movimiento que en el mísero jardincito inculto. Y… bueno… romance. ¿Por qué no?. Ella había sido irreprochable y decente, hasta el final. Fiel. Había consentido hasta el punto de la autonegación.

Tenía cerca el periódico y pensó en un cine (tal vez una zarzuela). Rió y una corriente de vitalidad penetró en sus ojos. En la cartelera cinematográfica, entre programas bélicos y los que denotaban una inconfundible promiscuidad, aparecían, lánguidamente, *El Apóstol* y *Noches de Egipto*. Después de dudarlo un poco, optó por *Noches de Egipto*. A las diez. Eran apenas las nueve menos cuarto; dispondría todavía de algún tiempo para pasear por ahí. Tenía el dinero de la medicina y alguna idea de cómo gastarlo. Se vería apurada; pero ya vendría la mortual.

De las sombras, cada vez más extendidas, surgían numerosos recuerdos que Matilde disimulaba con el colorete. No había mucho qué arreglar en ella. El vestido de las Ferias —de aquéllas, de las de antes de su matrimonio— le quedaba un poco estrecho pero todavía servía. Y unos mocasines casi nuevos. El vestido, se veía, había pasado por circunstancias aciagas, pero se conservaba limpio y perfectamente planchado. El sombrero era de ésos que se describen como 'bacín', correspondiente a los locos veinte (del dixie, del jazz). Se lo plantó.

La calle parecía llamarla.

El bulto atemorizado y anhelante que ella era en esos momentos, abrió la puerta de su casa consagrada a las ocultas virtudes y al silencio. Su figura descuadernada se aferró con recelo a la prominente oscuridad, como si el viento afuera reinante pudiera convertirla en una ráfaga de polvo.

La casa… Era una vulgar construcción de ladrillos rojos y de barro; dos ventanas acornisadas con parches de prestada elegancia; nada más. Se veía tan frágil y vieja que era un milagro que no la hubiese tirado el vendaval.

Las otras casas eran parecidas, pero de aquéllas manaba un inusual calor navideño. En muchas de ellas brillaban luces tras las cortinas tranquilas y levemente corridas. En una, en particular, la más apartada, un instrumento de viento temblaba con una impecable melodía.

Estaba lloviendo, tenuemente. Y ella también lloraba. Lloraba por la libertad perdida; por la nueva libertad que, tardíamente, se le ofrecía. Con el dorso de la mano apartó sus lágrimas. Iría, después de todo, al cine. Primero a pasear; a ver qué descubría por ahí. Luego al cine.

Dentro de la vivienda yacía viejito, muerto, y el perro ladraba en el patiecito donde había alguna ropa tendida. Pero ahora, ella no podía oír sino el llamado de las bocinas y no podía oler otra cosa que el aroma de las humedecidas adelfas. Después de todo, su jardín seguía siendo el más hermoso del mundo.

Se sentía afiebrada y algo impetuoso se apretujaba contra su exangüe pecho. La vida, —¡oh!— cómo le interesaba todavía.

INVIERNO EN VERANO

Circe Rodríguez (1940)
Guatemala

Era una de esas tardes confusas de invierno en las que la luminosidad se opaca, impidiendo al sol salir plenamente como en el verano. María del Carmen, la otrora brillante escritora, abrió la ventana después de una corta pero reposada siesta. La dignidad de su caminar lento, aun dentro del espacio reducido de su habitación, dejaba ver que en otros tiempos, María del Carmen, tenía un andar de gacela.

Lo que más destacaba al fondo de la habitación, era un estante lleno de libros. Carmen —como la conocía la gente—, dirigió sus pasos hacia el mueble que, en forma ordenada, dejaba ver diferentes títulos y autores de la literatura universal. Sin buscar ninguna obra en especial, sus manos, casi en forma maquinal, sacaron un libro. Las pastas azules resaltaban una ilustración. Del vientre y la cabeza de un hombre que yacía en el suelo, emergía gigante, un escarabajo.

La voz de Mariana, su hija mayor, la remeció por un instante. Mamá dejá de comer, vení, sentate junto a la ventana y tejé, tejé. Carmen, sin contestar a Mariana, recorre con avidez las casi ya olvidadas páginas del libro que tanto la estremeciera en un momento especial

de su vida: «Gregorio Samsa, al despertar una mañana tras un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto».

Carmen dirige la mirada hacia la ventana, el tiempo seminublado de este día de invierno, le permite vivir, por breves segundos, la ilusión de encontrarse en el verano.

«¿Por qué los sueños se quedaron tan lejos? Tan lejos que ahora estoy en este rincón, sintiéndome efectivamente un Gregorio Samsa».

Pero los días eran luminosos en aquella época. La vida se concentraba en la Plaza Mayor. Las muchachas bullangueras luciendo sus galas y ellos, piropeándolas. ¡Era lindo!

Las campanas de la iglesia sonaban a gloria esa tarde hermosa cuando el cielo se llenaba de puntos negros. Millones de pájaros imprimiéndole un no sé qué de mágico misterio. Los sueños, el sueño y la realidad.

Mariana dice que he perdido la memoria; pero no es verdad. Lo que pasa es que antes era distinto: el sol, tibio y bueno; el viento acariciante; en fin, era como si vos fueras la reina. ¿La reina? ¡Eso! La reina. El espantapájaros que quería ser rey. El espantapá… ¿Por qué se me escapa la imagen? ¿Será que de verdad he perdido la memoria como dice Mariana? ¿Será que este aislamiento al final conduce a un túnel oscuro y largo en cuyo fondo las ideas, los sueños, los ideales, las esperanzas se trizan? Recuerdo que antes, no sé cuándo, se esperaba a Godot, pero ahora no se espera a nadie, a lo mucho, la carroza. La carroza que tarda en llegar. ¿La carroza? Alguien también esperó la carroza… ¡Aah! Sí, la Cenicienta con dos hermosos y gentiles ratones de cocheros. El baile de los príncipes. Sí, sí, sí me veo usurpándole el lugar a la Cenicienta. ¡Y mi príncipe! Sí, si yo también tuve un príncipe. Mariana me llama. ¿Qué querrá ahora? Seguramente va a decir que he comido todo lo que estaba en la nevera, pero no es cierto: no, no, no. Y dale con que no le entiendo, que parezco una niñita. Lo que veo de verdad, es que lo que quieren todos es que me vaya y claro, yo quiero irme. Pero, ¿adónde? Bueno, puedo irme al río, ¿Al río? Ahora recuerdo aquel río: las orillas estaban pobladas de sauces que lloraban con sus ramas largas tocando el agua. Las chicas se bañaban y yo adoraba ver correr el agua, escuchar su sonido metálico, su curso eterno y dialéctico. Hace tiempo que no

veo el río, que no lo escucho. Es que estoy enterrada en estos muros. ¿Será que la vida se ha detenido? o ¿será que estoy loca? Sí a veces llego a pensar que estoy loca. Mariana lo dice a menudo. Además de que no hablo con gente, nadie me entrega sus manos. Hace mucho que no siento ese calor.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido? La verdad es que he perdido la cuenta. Sólo recuerdo que de golpe, así, de pronto, mis manos, mi piel, mis cabellos cambiaron, ahora sólo siento mis huesos pero, si ya no tengo piel, ú-ni-ca-men-te huesos.

«No, si mamá ya no quiere salir, se cansa, se aburre, no tiene memoria, parece una niña y a veces también hasta parece loca. Quiere jugar a las muñecas, retrocede en el tiempo y se come todo lo que encuentra a su paso. ¡Ayy!, la verdad es que da mucha lata. Hay que tenerle paciencia, mucha paciencia».

¡Qué mentirosa! Eso que dice no es verdad, no lo es, yo no como nada y, ¿jugar a las muñecas? ¡Vaya tontería! Lo que hago es cuidar de ellas. Son tan lindas y están tan desvalidas. Yo las adoro. Me gustaba y me sigue gustando la música, la culta y también la popular.

«A mamá le gustaba la música, sabés, la literatura era su fuerte, de hecho escribía, amaba la pintura, la danza, el ballet; en fin, todas las artes. Por eso no entiendo por qué hace tantas tonterías. No, no puede ser, no puedo entender qué le pasa. Ayer nomás me hizo pasar un mal rato, ¿qué digo? Uno más, otro de los muchos malos ratos que suele darme: tomó una cassette de las chicas y quiso ponerla en el equipo de sonido. Movió todas las teclas y desenrolló toda la cinta cortándola con las tijeras…»

¡Ay, Dios mío! Qué furiosa estaba Mariana.

Casi me mata y no entiendo por qué si yo lo que quería era escuchar a ese chico que mencionan tanto, a ese, ¡ah!, no recuerdo su nombre, pero a mí me encanta. Lo ponen mucho en la radio y yo me deleito y, ¿sabés por qué?, porque también perdí un unicornio y mirá qué casualidad, qué coincidencia, el mío también era azul y también pagaría un millón por recuperarlo…

Hace tanto tiempo que no sé qué pasó con la música. Mariana insiste en afirmar que casi no oigo y no es verdad, nada de lo que ella afirma es verdad. Cómo me gustaría revivir en mis oídos aquel tema que

hacía imaginar, vivir un romance hermoso. Ése de “Elvira Madigan” que alguien inmortalizó en un movimiento de, ya no sé qué concierto. O “La Pastoral” de otro señor famoso que dicen se quedó sordo. Pero no, eso sería soñar, vivir en otro mundo y yo vivo en éste. Éste en el que se me ha impuesto una brecha.

A veces pienso que Mariana tiene razón, he perdido la memoria, debo estar un tanto loca. Por momentos no entiendo bien lo que me dicen y casi siempre tengo frío aunque el sol esté brillando. Mis pies están helados y pesados, muy pesados y permanezco aquí, junto a esta ventana, tejiendo y destejiendo cual Penélope, con la diferencia de que yo no espero el regreso de nadie. Antes, por lo menos, hasta esta ventana venían las palomas a arrullarse. Ahora, hace tiempo que no las escucho. ¿Se habrán ido para siempre?

Por lo menos, digo yo, nada les costaría entenderme un poco, si hasta aquel extranjero que mató a un hombre por fin, en la cárcel y bajo un cielo estrellado pudo entender por qué su mamá, en el asilo, había tenido un novio y eso que yo no, no, yo no tengo un novio.

¿Por cuánto tiempo seguiré en esta ventana? No sería mejor emprender camino, llegar hasta el castillo; pero, tengo miedo de poder llegar pues el señor que quería llegar al final de ese castillo, nunca llegó. Bueno, que yo sepa, porque a lo mejor llegó y puede ser ¿Por qué no?, que allí estuviera aquel lobo estepario y… ¡Qué horror! Prefiero no pensar lo que pudo haber pasado.

Hace mucho tiempo que no escucho las palomas. ¿Será que tengo fiebre igual que Pablito? ¿O será que estas flores amarillas que están frente a mi ventana me producen un sopor extraño? Son hermosas las flores amarillas, pero tengo la impresión de que estas flores… Bueno no importa, también crece el trigo en los campos y también los jardines se llenan de multicolor alegría y el sol sale todos los días y cae la lluvia, aunque yo siga aquí, como Gregorio Samsa.

LA BAILARINA DE SELB

Gloria Guardia (1940)

Panamá

“Quizá es la melodía
del oscuro violín que canta en idish,
en hebreo, en polaco, en árabe, en ladino,
en sueño primordial, en hilo de agua,
en sorda catarata,
en plegarias, campanas, aleluyas”.

Máximo Simpson

A mi hermana, Olga.
A la memoria de mis tíos paternos, Rebeca y Germán,
“el hombre providencial”.

–C*’est combien la danseuse?*

En este local de antigüedades de Josefov, el barrio judío de Praga, sólo puedo comunicarme con el dueño del local en francés. No hablo checo, tampoco eslovaco y sé que, en estas calles, a los alemanes todavía nos odian. Aquí, el puente que puedo tender es este otro idioma hablado por muchos y

amado por todos y, por supuesto, mis rasgos físicos, los mismos que, años atrás, cuando de adolescente vivía aún con mis padres y abuela paterna en la Baviera Oriental, me hicieran objeto de miradas constantes y también de repudio: la tez transparente, alabastrina, blanquísima; el cabello rubio ondulado que ahora me tiño; la nariz aguileña; el cuello largo; los ojos de un azul desteñido; los labios demasiado delgados…

El viejo se cala las gafas, me contempla un buen rato, extrae de la vitrina a la bailarina de porcelana y me la entrega, sin ocultar su desdén. Es evidente que al mirarme, mejor dicho, al examinarme de pies a cabeza, ha pensado y, por lo demás ha acertado, que conmigo no es que hará un buen negocio. Tampoco es que vista con mucha elegancia. A mis setenta y seis años y, en mi condición de *repetitrice* del Ballet Nacional de Cuba, apenas me alcanza para tres mudas de ropa, dos pares de zapatos de taco y una gabardina negra que, por cierto, ya comienza a lucir desteñida.

Me siento desconcertada, sorprendida a las lágrimas. ¿Cómo es posible que esta figurilla reaparezca después de sesenta años, sin más ni más, en mi vida y que en estos momentos la esté sosteniendo, temblorosa, en mis manos? Estoy en Praga, además, y eso quiere decir, en la capital de un país que en lo que va de este siglo ha pasado por todo: dos guerras mundiales, la antojadiza y criminal repartición de sus tierras, despiadadas invasiones por parte de alemanes y rusos y hace un par de años la separación de Eslovaquia. En pocas palabras, lo suyo ha sido una racha de calamidades y azotes. ¿Cómo es posible que una pieza tan frágil haya podido sobrevivir los tiroteos, las requisas, las persecuciones, los éxodos que se han dado, sin tregua, en este bello paraje del mundo?

—*C'est combien, Monsieur?*— repito, insistente, a medida que escurro mis dedos por el talle de la figurilla, que acaricio sus piernas —una de ellas, la derecha, en posición de *attitude*—, que palpo sus brazos, tan gráciles, que rozo esa frente que guarda para mí tantos y tan desgarradores recuerdos…

—*C'est chère, Madame, parce que c'est une Rosenthal de Selb, numérotée et signée*—, me explica el viejo, sin dignarse siquiera a mirarme. Y yo, quizá porque me sienta agredida, respondo:

—*Et elle date de 1936.*

Se ha quedado perplejo, observándome. No se esperaba tal comentario. Lo que ni él ni muchos saben tampoco es que tengo la certeza de que la pieza fue hecha el mismo año cuando las tropas alemanas invadieron Renania. ¡Por Dios! Si lo padecí en carne propia mucho antes de que se enterara este anticuario insolente. Con esta bailarina, con esta pieza tan delicada y tan frágil, se inicia un capítulo de mi historia con sus trinos graves y agudos, con su cielo claro o empañado de sangre.

Permanezco un instante más con la pequeña escultura de porcelana en mis manos.

—*Est-ce que vous êtes venue avec le Ballet National de Cuba qui se présente à l'Opéra d'État, Madame?*

Me sorprende la pregunta, así, a quemarropa, a medida que me reclama, más porfiado que nunca, la devolución del objeto. ¿Como ha distinguido que soy bailarina? Debe ser por la manera cómo llevo mi cuerpo. Y es que este saco de huesos, al igual que la piel y que todo lo nuestro, tiene memoria y nos delata, inclemente. Los pies abiertos en segunda o tercera posición, la espalda erecta y apenas combada hacia atrás, el cuello erguido e inclinado a la izquierda, los brazos arqueados, las manos como alas de palomas dispuestas al vuelo. Y, al descubrirme, ¿irá a denunciarme? ¿Pero ante quién y de qué querrá ahora acusarme?

Perturbada ante tantas lucubraciones absurdas, observo alrededor y caigo en la cuenta que el viejo y yo estamos totalmente solos en este local. Hemos quedado, así, en la penumbra. Entre una frase y la otra ha oscurecido y, liquidado entre nosotros el tema del *bibelot* de porcelana de *Selb*, hemos quedado paralizados, suspendidos, mirándonos. Eso es: estamos el uno frente al otro, silentes, arrumbados, como cualquier cachivache sin fecha o, peor todavía, conscientes de que nadie vendrá a reclamarnos tampoco.

Bueno, no es que el asunto sea tan grave. A estas alturas y entre semejante hilera de sillas, sofás y mesas vacías, entre esta porción de lámparas y otros adornos, a mí, esto o lo otro, se me antoja inservible, de escaso valor, salvo, claro, esta *Rosenthal* que tengo en mis manos y, por supuesto, aquel jarrón de *Sèvres*, esa muñeca de *Meissen* y, en aquella otra esquina, en la vitrina apartada y sin gracia, la vajilla *Limoges* que parece completa y que es igual a la que presumía mi abuela alsacia-

na cuando servía el té a sus amigas de la Baviera Oriental, en tiempos de nuestra recién estrenada República.

—La danseuse vaut 121,654 mille Couronnes; c'est-à-dire,5,000 US Dollars, Madame.

Suma que ni pensarla, que para mí representa una verdadera fortuna. No digo nada, devuelvo el tesoro que he acariciado en mis manos, doy media vuelta, me escurro, me deslizo por la puerta y agarro camino sin rumbo.

Estoy en el infausto Gueto de Praga, el más antiguo de Europa... Lo cruzo a pie y esto, en sí, me sacude, me da escalofríos. Se sabe que aquí atraparon, deportaron y, luego, exterminaron a más de setenta y siete mil judíos, en los campos de concentración de los nazis. Me detengo ante la imponente fachada de la *"Starpnová Synagóga"*, la "Vieja Nueva", como la llaman aquí. Me sorprende lo caprichoso del nombre. Guiada por la torre de la Iglesia de *Nuestra Señora de Tyn*, me encamino por la Calle *Parizska*, con sus edificios estilo *"ArtNouveau"* de comienzos de siglo. Llego a la Plaza de la Ciudad Vieja y ahí, a un costado, localizo un pequeño café que, esta noche de primavera incipiente, me resulta simpático con sus sillas laqueadas de verde, sus mesas un poco asimétricas y, sus maceteros con flores silvestres que resaltan sobre el mantel blanco de hilo, muy bien almidonado y planchado, a la usanza de cuando yo era muy joven. No, no es que sea pretencioso el local. Acaso por eso me guste. Elijo una mesa, me acomodo a mi antojo y, cautelosa, hurgo en el bolso. Quiero contar el dinero que tengo para matar el hambre esta noche. Unas pocas monedas, es todo. Apenas lo justo para ordenar un plato de sopa, un pedazo de pan y, si me alcanza, una botella de agua para saciar el estómago.

Miro hacia adentro del sitio, los techos son altos, las paredes están pintadas de un tono marfil que combina muy bien con la moldura del color verde claro imperante… En eso estoy, cuando me sorprende la voz del mesero:

—May I help you, Madam?

Es un muchacho de unos dieciocho o veinte años. Me sonríe a la vez que extiende un menú redactado en cuatro o cinco idiomas distintos. Tampoco es que yo hable tanto de inglés que se diga. Apenas lo suficiente para sacarme de apuros. Pero el chico, al igual que otros

también de su edad, lo ha aprendido muy bien. Con más de veinticinco mil gringos mudados a esta ciudad después de la revolución que expulsó a los rusos de aquí, él sabe de sobra que ellos dominan las plazas. Me pongo las gafas y con el índice le señalo la sopa rusa —la *"Borscht"*— y le pido que me la sirva caliente:

—*Bring it very, very hot, please*.

El azúcar de la remolacha me dará la energía que necesito para seguir adelante. Desde pequeña, cuando me inicié en las clases de baile, estoy muy consciente de que requiero de mucho vigor para los ejercicios que le exijo a mi cuerpo todos los días. Con setenta y seis años a cuestas y la obligación de dirigir las prácticas del cuerpo de ballet durante cuatro horas cada mañana, debo ingerir suficiente glucosa para poder funcionar. Porque si, a estas alturas, aún tengo empleo es gracias a la bondad de Alicia, mi querida amiga cubana. Nunca olvidaré que fue ella y también su familia las que hicieron mía la ciudad de La Habana. Y, hay que ver, en esta profesión nuestra no es que abunden las plazas. Los buenos bailarines son pocos. Debemos dominar nuestro cuerpo para poder manejarlo con la gracia de un cisne, la levedad de una pluma y la agilidad de un elástico. Y el esqueleto no es, por naturaleza, ni delicado, ni grácil. Todo resulta un esfuerzo, comenzando por las posiciones que cada ballet nos requiere y para colmo, ¡que tengamos que balancearnos en zapatillas de punta!

La gente suele preguntarme cómo fue que me inicié en ese mundo. Yo diría que por accidente, como sucede casi todo en la vida. Porque lo mío, en un principio, fue un mero capricho… Sí, una simple y llana obstinación de niñez. Tendría unos cuatro o cinco años cuando a Margareta, mi compañera de juegos, la matricularon en clases de danza para que rebajara de peso. Y para no quedarme sola en la casa —en ese entonces éramos inseparables y asistíamos juntas al *kindergarten* de la escuela del barrio—, le pedí a mamá que hiciera otro tanto conmigo. "¿A clases de qué?" Chilló, sorprendida. "¡Pero sí eres tan flaca que le haces la competencia a un espárrago!" Porque en aquella cabeza suya, tan hueca, como semejante a la de algunas de las esposas de los ricos comerciantes de Selb, la vida giraba en torno a una casa amplia y muy cómoda, a una alacena repleta de víveres y a un guardarropa atestado de pieles, vestidos y zapatos de lujo. ¿Y las artes? No creo que para ella ese

tipo de manifestación existiera. En la feria de vanidades que poblaba su alma, Hans y yo éramos una ostentación más de qué presumir en aquella Alemania recién salida de una guerra mundial que nos había dejado derrotados, devastados y hambrientos.

Por eso, cuando la abuela francesa —la abuela Elisabeth, mujer emancipada, culta y para colmo, muy terca—, decidió que ella se encargaría de llevarme todos los días a las clases de baile, aquel gesto fue, ahora lo sé, una manera de confrontar la vaciedad de su nuera y de abrirme esa puerta que le dio un vuelco definitivo a mi vida.

Con el tiempo, Margareta dejó a un lado las clases de baile, nuestra amistad se cerró en un punto final y, un buen día, la abuela decidió que yo estaba lista para viajar sola en tranvía a la academia de baile. Y debo decir que fue ella también —y más que todo para fustigar a mis padres—, quien se encargó de costear mis zapatillas de baile, las mallas que debía renovar cada tanto y, lo más costoso de todo: los *tutús* y los otros vestuarios que debía lucir cada vez que me tocaba subir con mis profesores y compañeros a escena.

En un principio bailaba, como es natural, en el coro: que si de avecita, en *Lago de cisnes*; que si de campesina y de *Willy*, en *Giselle*; que si de espectadora de la función circense, en *Petrouchka*. Y la abuela Elisabeth estaba encantada conmigo. Creo que, pese a su manera reservada de ser, no se cambiaba por nadie. La inflaba de orgullo que una de sus nietas le gustara el Ballet, en vez del comercio, como a los demás de su prole. Le ufanaba verme en el teatro. “Mírela, mírela bien”, le susurraba a la amiga que esa noche, o la otra, había tenido la bondad de acompañarla a aplaudir a su pequeño retoño. Y yo las divisaba desde mi sitio, en quinta o sexta fila del coro, las veía cómo estiraban el cuello, se pasaban los diminutos prismáticos, me enfocaban, se frotaban los ojos, volvían a cuchichear, me enfocaban una vez más y en ningún momento dejaban de concentrarse en la lejana figurita que apenas sobresalía del resto.

Cuando supo que sería una de las tres solistas del ballet *Les Sylphides*, la abuela perdió su habitual decoro francés y se le aguaron los ojos. Ese día la escuché cuando telefoneaba a cuatro o seis de sus amigas más íntimas y las invitaba a que a tomaran el té en nuestra casa y les comentaba, de paso, que yo sería una de las solistas en la presentación de aquel ballet de *Fokine*.

En un principio, no presté demasiada importancia a aquella conversación de la abuela. Fue sólo el día del té, cuando ella me invitó a acompañarla al salón azul de nuestra casona de *Selb* y me hizo presidir con ella la larga mesa de roble, que capté que la abuela había planeado cada detalle para rendirme un pequeño y emotivo homenaje. Ésa era su manera —el lenguaje sutil—, de introducirme a ese mundo singular de la música, la pintura, el ballet, la literatura y la ópera en el que ella nadaba, como pez en el agua.

De esas horas guardo algunos recuerdos muy claros: El hecho de haber conocido a las señoras Rosenthal, Heinrich, Bergman y Wasserman y de haber escuchado, de labios de ellas, el repudio que sentían por una mujer que tenía fama de bella: la antisemita británica Winifred Klindworth, viuda de Siegfried, el hijo de Wagner y de Cosima Liszt. Tras la muerte de su marido, la inglesa se había encargado del Festival de Bayreuth y lo hacía, además, con una rara fidelidad a Adolf Hitler y a su ideario político. También me viene a la mente la decisión que mi abuela y su grupo de amigas tomaron entonces: retirarían su apoyo a la nueva edición del Festival Wagneriano que, ese año, presentaría *El anillo de los Nibelungos*, *Parsifal* y *Los maestros cantores de Nuremberg*.

Todo y tal como lo estoy evocando, aquel día del té no fue dedicado, por lo tanto, exclusivamente a las artes. Tal vez fuera por eso que, en ese instante, y en compañía de adultos, tuve plena conciencia de que éramos —al igual que los Rosenthal, los Bergman y Wasserman—, una familia judía y que se nos discriminaba, atribuyéndosenos la vergonzante derrota de nuestra querida Alemania en la última guerra. Quizá deba aclarar que no éramos, como quien dice, ortodoxos. En casa nadie cumplía con celebraciones ni ritos, ni asistía a la sinagoga tampoco. Por eso, cuando en enero del treinta y tres Hitler fue designado Canciller del Gobierno, la abuela y sus amigas pensaron que los otros ministros del gabinete —los técnicos y los de la derecha ancestral—, evitarían la implantación de una autocracia, con sus tendencias antidemocráticas, su antisemitismo frenético y su propaganda enfermiza. Ellas, como muchos otros, se desengañaron, a punta de pruebas muy duras. Ya era muy tarde. Con la muerte de Hindenburg, Hitler no había desperdiciado un minuto y había asumido los cargos de Canciller y Presidente.

Esta movida política lo había convertido en jefe supremo de las fuerzas armadas. Erigido ya en dictador, lo próximo fue la prohibición de los partidos políticos, la disolución de los sindicatos obreros, la derogación del Hábeas Corpus y la supresión de la libertad de expresión.

—*Madam, here is your "Borscht". I hope you enjoy it.*

El mesero me ha traído la sopa, el pan y la cuenta. Al verla casi me caigo de espaldas. Descubro que me han cobrado el cubierto y esto me deja en las latas. La suma, sin embargo, es apenas lo propio. Estoy a un costado de la Plaza de la Ciudad Vieja y, en semejante sitio turístico, todo pega, directo, al bolsillo. Adiós, a la botella de agua con que pensaba calmar un poco más el hambre esta noche.

A mi alrededor, las parejas conversan apenas. Algunas, eso sí, se sonríen. Parecen disfrutar del lugar. Cada cual, como yo, echa mano de un puñado personal de nostalgias. Cada quien goza, a su manera, la noche. Está fresca y, a la verdad, me siento bien en este café. Me siento dichosa de haber regresado a esta parte de Europa y a esta ciudad que me trae tantos y tan variados recuerdos. La distancia entre Praga y Selb no es nada: alrededor de doscientos kilómetros. Hice el trayecto muchas veces en tren cuando, después de haber veraneado o esquiado en el pueblo checo de Asch, la abuela solía invitarme a que nos diéramos el salto hasta Praga. Una vez aquí, ella tenía ya los abonos para la ópera, los conciertos y los ballets que estuvieran en cartel en esta ciudad. Juntas vimos bailar a Heinrich Kröller, a Leonide Massine, a Kurt Jooss y a tantos, de los muchos que brillaban en los escenarios europeos de entonces… Todo eso, y más, se lo debo a la abuela: una mujer, siempre pendiente de cada detalle. Por eso, rara vez la tomó por sorpresa la vida. Salvo cuando le cambiaron las reglas del juego y se precipitó aquel baño de sangre que tiñó a Alemania y a Europa.

Vuelvo a mirar hacia adentro y a través de los grandes ventanales de vidrio diviso al anticuario, enfundado en un abrigo de piel de camello. Se ha detenido, me ha divisado y me observa como si quisiera calcarme o reconocerme en su mente. No sé. En este momento, al chocar con mis ojos, se ofusca. Me hace una leve inclinación cabeza, a la que yo correspondo con otra. ¡Qué extraño es este hombre! Ama su oficio con un franco y oscuro arrebato. Nada raro en estos linderos del mundo. La soledad es la madre de comportamientos absurdos. Cada

pieza que atesora en su tienda debe ser para él algo tan íntimo, como su cuerpo; tan propio, como su inteligencia y su espíritu. Si él sólo supiera la historia detrás de la pequeña bailarina de Selb…

Ahora, surge por la puerta vaivén, una joven desenvuelta y ansiosa que parece buscar con la vista a un amigo. En esa figura ágil y alegre, en esa mirada segura y desafiante ante el mundo, me reconozco a mí misma a los quince años cuando aquel día la abuela me anunció que los Rosenthal habían separado un palco en el teatro. Querían verme bailar esa noche. Y, sin hacer mayor énfasis, agregó que después de la función nos tenían invitadas a comer en su casa.

Debo confesar que no entendí bien de qué se trataba. Lo único que la abuela añadió antes de proseguir con sus cosas fue un "ojalá y te esmeres, mi hijita, aunque ni tanto, tampoco, porque podrías parecer muy forzada".

Ella sabía que siempre pongo todo lo que soy y tengo en el baile. Éste ha sido y será, hasta mi último día, la razón y gran pasión de mi vida. Sueño, respiro, amo y anhelo a través de la danza. Y aquella noche debí haber dado todo de mí. Acompañada de Heinrich Herz, interpreté *Le Spectre de la Rose*, coreografiado para Tamara Karsavina y Vaslav Nijinsky. Inspirada en la finura del tema —una adaptación simbólica del poema de Gautier—, yo viví cada nota de la música sugestiva y vibrante de Weber, *L' invitation à la Valse*. Debo decir que mi cuerpo entonces marcaba un mesurado contraste con la energía rebosante de Herz, quien solía encarnar con maestría a la rosa.

En *Selb* había respeto y veneración por los Rosenthal. Eran pocos, empero —y entre éstos se encontraba mi abuela—, los que frecuentaban su casa y sentían un genuino afecto por esta pareja. En 1879, el viejo Philip había fundado la fábrica de porcelana y cristal que, luego, hiciera a su familia tan célebre y que, tras superar una serie de infortunios y retos, hoy persiste y se halla entre las más apreciadas del mundo. A ella, la recuerdo como una mujer alta, espigada, de ojos vivaces, que sobresalía del resto por sus comentarios discretos y casi siempre acertados. De Ballet sabía muchísimo y, un día llegó a mis oídos que antes de la Gran Guerra había asistido al estreno de muchas de las obras magistrales de Staats, de Brada, de Borlin y Kröller. Tal vez fuera por eso que aquel día quiso verme bailar en *Le Spectre de la Rose*,

de Fokine. "Es uno de sus ballets favoritos", me susurró aquella noche su esposo, al tiempo que comíamos en el hermoso comedor de la casa. Y, en efecto, lo conocía al detalle. Por eso, su felicitación y su amable acogida significaron tanto para mí cuando, al terminar la función, se acercó a saludarme. Era tan cercana y tal cálida frau Rosenthal que, a partir de ese instante, sentí que había ganado a una amiga. Y, a través de ella y durante el brevísimo tiempo que me tocó frecuentarla, conocí lo que fue una época de oro en las artes.

De esa noche en adelante y por voluntad expresa de Wanda (porque, insólito como acaso parezca, me pidió que la llamara, tal como lo hacía mi abuela, por su nombre de pila), comencé a acompañar a Mamère cada vez que ambas se reunían en la casa de una o la otra. Y dentro de los temas tratados por ellas, siempre incluían —para mi dicha—, algo, un motivo, que tuviera que ver con mi pasión, el Ballet. De labios de ella aprendí, por ejemplo, que había sido Vaudoyer, el poeta francés, quien durante la primera visita de los *Ballets Russes* a París, le había sugerido a Diaghilev que concibiera una coreografía basada en el conocido verso de Gautier. Y, gracias ella, supe también que Fokine había creado esta pequeña obra maestra para realzar la inusitada *élévation* de Nijinsky y destacar la delicadeza de los movimientos de la imponderable Karsavina. A estas alturas comprendo por qué Wanda se entusiasmaba tanto cada vez que —a petición mía—, volvía a evocar aquella noche del diecinueve de abril del novecientos once cuando había asistido, en Montecarlo, al estreno de este Ballet, inmortalizado por aquella pareja que se deslizaba, volaba, llevada por las insinuantes notas de Carl Maria von Weber.

Es curioso cómo hoy, y tras haber sostenido en mis manos a la pequeña bailarina de porcelana, he sido capaz de revivir fracciones de mi pasado que había desterrado de la memoria hace años. La última vez que intenté evocar aquellos tiempos transcurridos en Selb, en la Baviera Oriental de mi infancia, solté en llanto frente a mis colegas y amigos de la Escuela Nacional de Arte, de Cuba. Las palabras se me agarrotaron y no pude continuar el relato. Después conversé con Alicia, con Alberto y Fernando e intenté hacer un chiste de aquello. No pude. Alberto se secaba las lágrimas. Alicia me daba de beber un vaso de agua e intentaba calmarme. Y Fernando se paseaba, nervioso, por la amplia sala de casa.

Poco a poco, me fueron ayudando a alejar las imágenes. Fue así como relegué por completo lo vivido aquel verano cuando posé para Charol y él moldeó la figura que le hiciera evocar a frau Rosenthal instantes vividos por ella y su esposo en diversas ciudades del mundo.

—*Can I offer you anything else, Madam?*

No digo nada, a propósito. Sólo me quedo mirando al mesero. Y es que a este joven, de tan servicial, se le pasa la mano. De ninguna manera permitiré que él ni nadie me apremien. Voy a pasarlo a mis anchas esta noche en esta *Staromestskénáméstí*, la Plaza de la Ciudad Vieja, tan ligada a mi vida. Son demasiadas las evocaciones que me han regresado, de pronto. Eso compensa lo poco que ahora tengo a la mano: Un plato de sopa, un pedazo de pan y setenta y seis años a cuestas. Ni siquiera un vaso de agua como aquel que Alicia me daba aquella mañana, al tiempo que intentaba calmarme: "Serénate, chica, que aquí en La Habana estás entre amigos…" Alberto me abrazaba y me daba un beso en la frente.

Me llevo a los labios el pedazo de pan, cierro los ojos, dejo que el bocado permanezca sobre el paladar un instante y la suavidad de estas pocas migajas me trae consigo el sabor de aquél recién hecho en mi casa, así como el de los cafés de la Selb de mi infancia. Veo mi propia figura, tal como era a mis dieciséis años, apenas cumplidos. Allá estoy —espigada, el cuello largo, el talle muy fino, las piernas moldeadas por el ejercicio diario del baile— y poso, hora tras hora, para Charol, en la sala contigua al despacho del doctor Rosenthal, en la fábrica que estaba ubicada en los extramuros de lo que fue una ciudad encantadora. Irradio inocencia, me escucho cuando respondo a preguntas y oigo mi voz cantarina cuando le digo a Charol que sí, que disfruto del viaje, que no me parece tan largo, "no, señor, no, para nada". Pero había que ver, ¡la fábrica quedaba a una hora de casa! Tenía que cambiar de tranvía dos veces, recorrer las aceras recubiertas de porcelana, pasar frente al Carillón que era el orgullo de todos nosotros, los vecinos de la zona montañosa de *Fichtelgebirge,* y caminar un par de cuadras, antes de llegar al inmenso portón de la fábrica donde me esperaba frau Haebler, la muy pulcra y siempre servicial secretaria del dueño. Ella me conducía al salón donde me aguardaba Charol y permanecía a mi lado hasta cuando el artista decidiera que "por hoy, fraulein Weil, ya hemos termi-

nado la faena del día". Entonces, yo procedía a cambiarme de ropa para emprender el camino de regreso a la casa…

La rutina se mantuvo, tal cual, durante dos meses hasta aquel día, a principios de agosto, cuando Charol estaba por hacer la entrega formal de la pequeña escultura a su dueño. Entonces, sucedió aquello —las carcajadas, los anteojos sin aros, la esvástica, el alarido, la enloquecida carrera por aquel callejón—, que cambió todo para siempre en mi vida.

Me levanto, observo la luna que, majestuosa, se ha alzado detrás de las torres de la Iglesia de *Nuestra Señora de Tyn* y se fija —con su reflejo—, en mis ojos. Siento su energía en mis labios, en mi frente, en estas mejillas resquebrajadas y mustias. La noche está deliciosa, como para dar un paseo y dirigirme hacia el Puente de Carlos, el más antiguo de Praga. Qué bien lo recuerdo, con sus faroles antiguos, sus torres, como fortificaciones, en ambos extremos, sus estatuas de piedra y los amantes, de turno, exhibiendo, frente al río, su dicha. Pongo el dinero en la mesa y me encamino al Cabildo. Si prosigo por la calle Karlova, sé que desembocaré casi, directo, en el río. ¿Cómo puedo olvidarlo si este era el recorrido que, en otros tiempos, solía hacer con mi abuela? Al borde de la medianoche, salíamos del *Théâtre des États*, bebíamos algo en uno de los tantos cafés de esta Plaza, nos deteníamos ante el Ayuntamiento y su gigantesco reloj astronómico y esperábamos a que diera la hora. A las doce, la figura de la Muerte aparecía y sacudía una campanilla de bronce. El Turco movía la cabeza de un lado al otro. La Vanidad se miraba en un espejo y la Avaricia parecía hacerles la venia. Y nosotras, tras presenciar aquel curioso espectáculo, terminábamos yendo al Puente de Carlos para observar en silencio a los cisnes que, solemnes, se paseaban debajo de las sólidas arcadas por donde fluye, soberbio, el Moldavia.

De aquello, me quedan unas reminiscencias, apenas. Una escena, la otra. Todo esparcido y borroso en el tiempo. Son retazos nomás los que permanecen hoy en mi mente. Sólo llevo a *Mamère* conmigo en el alma. ¡Qué difícil resulta aceptar que los seres queridos se vayan, como una suave brisa nocturna y que las calles y los edificios permanezcan intactos! Este escenario que ahora atravieso y contemplo es el mismo del Siglo XII, del XIII, del XVIII y del XIX, también. Los protago-

nistas de un tiempo o del otro se han ido. Sus nombres se han borrado o no llegaron nunca a los libros de historia. Y este espacio de Praga permanece tal cual, como cuando fuera testigo de tantos y tan variados sucesos pasados. No sólo la *Iglesia de Nuestra Señora de Tyn* y el Cabildo han sido confidentes de más de un conjunto de situaciones y anhelos, también lo fue esta casa y la otra y aquella con el escudo de una familia grabado en la roca y la *Iglesia de San Nicolás* y el *Palacio de Goltz-Kinsky* y la *Casa de la Campana de Piedra*.

Hago un alto, a propósito. ¿Cómo es posible que pase de largo sin recordar que en medio de esta explanada, donde han grabado con cincel unos nombres, fueron ejecutados veintisiete nobles checos: los líderes de la oposición de mil seiscientos veintiuno? Fue el peor ajusticiamiento que se hubiera conocido hasta ese momento. Cada época tiene sus héroes, sus esbirros y cobra, desalmada, su cuota. En el XVII, las víctimas fueron los nobles. En el XX, Hitler liquidó a seis millones de seres humanos al inculparnos de crímenes que jamás cometimos. Lo de ellos fue rebeldía. Lo nuestro fue una persecución que se inició tras la Gran Guerra, se fue agravando sin que realmente nos diéramos cuenta e hizo crisis después de la muerte de Hindenburg… Claro, si se dan estas cosas es porque no se ha querido reconocer el peligro y porque a nadie jamás se le ocurre que será la próxima víctima.

Ese día —cuando ocurrió todo aquello— yo había quedado con Charol que iría a la fábrica. Él deseaba mostrarme la bailarina antes de pintarla y someterla a una segunda cocción para fijar el esmalte. Había quedado preciosa. Con anterioridad la había firmado. Me parece verlo con el estilete en la mano, dibujando cada letra de su nombre, un nombre corto y muy bello, también de origen judío. En esa ocasión me preguntó de qué color quería que pintara unas rosas diminutas que había esculpido, a última hora, en la cintura de la bailarina y también en la base. Le dije que en rosa, en amarillo, en morado y naranja. Recuerdo su asombro: “Pero, Lisa, mi niña, no sea usted extravagante. No hay tal cosa como rosas moradas”, me dijo. Yo insistí, sin embargo. Así la quería y él accedió a mi capricho. Me había tomado cariño. Con frau Haebler nos quedamos contemplando a la bailarina un buen rato. Tenía gran parecido conmigo: el mismo rostro; el mismo cabello rubio encrespado; el mismo talle menudo; los brazos en una posición tan natural

que daban la impresión de que se entregaban, dóciles, a las cándidas ilusiones de mis dieciséis años; la fluidez y suavidad de las manos; la inclinación, casi líquida, del torso, inclinado hacia atrás; la cabeza levemente ladeada hacia el lado derecho, y aquella posición de attitude, tan bien captada y moldeada, que parecía nacer, brotar con naturalidad desde el tronco.

Charol y yo, después de pensarlo, habíamos elegido uno de los pasos, de *Le Spectre de la Rose*, que Wanda adoraba. Y la única libertad que decidimos tomarnos fue en el vestuario. Resolvimos que lo más apto para una pequeña escultura era —no tanto la graciosa batita que porta la bailarina en este *ballet de Fokine*—, sino una brevísima túnica griega, a la manera de las que tantas veces luciera Isadora, en franca rebelión contra el *tutú* que habían introducido las rusas desde su primera presentación en París. Esta prenda se deslizaba en mi cuerpo de manera espontánea. Nada, en aquella escultura, debía dar la impresión de afectado, tieso o forzado.

Ya había oscurecido cuando frau Haebler me acompañó a la estación del tranvía. Aguardamos un rato y, como éste se demoraba más de la cuenta, le dije que no hacía falta, que regresara a la fábrica. El doctor Rosenthal la estaría esperando. Nunca sucedía nada en esa barriada. "No se preocupe, Frau Haebler, estamos en un sitio seguro", le dije. Pero, en vez de quedarme tranquila, decidí darle una vuelta a la cuadra. La noche, tal como hoy, era una noche de luna. Fue en ese momento cuando el muchacho, de gafas —el muchacho con la enorme esvástica en la camisa y el uniforme de la Juventud Hitleriana—, me salió al paso, se me acercó a preguntarme la hora. Estábamos a la entrada del callejón que terminaba en un muro con azulejos dorados y blancos. Me acorraló, sacó una cuchilla del saco y me escupió directamente a la cara. Gracias a mi agilidad en el ballet hice un movimiento relámpago. Le asesté un puntapié en la rodilla y comencé a correr, a vociferar, a pedir auxilio, en tanto que él avanzaba detrás de mí y me gritaba "¡Puerca Judía!" Él se debió haber resbalado y caído porque seguí corriendo, corriendo y lo que supe después fue que Mamère estaba con Wanda a mi lado y que lo único confiable, eran aquellas manos que me abrigaban, me acariciaban la frente, me acercaban un vaso de agua, me prometían un sueño tranquilo…

Me siento mareada y es la voz de Wanda que vuelve, que repite, insistente, la frase: "Elisabeth, es preciso que usted y los suyos salgan de Alemania cuanto antes". Yo, nada más abría y cerraba los ojos. Ahora, es a Alicia a quien veo a mi lado. Es ella quien repite "Cálmate, Lisa, que estás entre amigos". Alberto me toma la mano y me da de beber un poco más de agua. Todo se me junta en la mente, me atormenta y vuelvo a oír, allá y entonces, mi grito. Me flaquean las piernas. Busco apoyo en una de las paredes de piedra. Debo recuperar el balance. De otra forma no podré seguir adelante. Respiro hondo. Estiro las piernas. Me seco el sudor de la frente. Aguardo un rato recostada sobre aquellas murallas y, más sosegada, aligero ahora el paso y me encamino hacia la Calle *Karlova*.

No sé si es que sea muy tarde o que la mayoría asiste a algún espectáculo, lo cierto es que esta noche hay poca gente deambulando por las calles de Praga. Puedo escuchar los pasos, las conversaciones y, si me esfuerzo, también la respiración de quienes vagan, en silencio, a mi lado. Cuántos secretos, recuerdos y enigmas guarda, cautelosa, la noche. Observo a esta mujer, a aquel hombre, a ese otro anciano y a la ciega que busca apoyo en un brazo. Apenas nos miramos y seguimos camino. Las guerras, el holocausto, las invasiones y persecuciones que hemos vivido, nos han convertido en seres huraños, en una humanidad que desconfía del otro. Era todo tan diáfano cuando yo era pequeña. Había una urbanidad, un respeto que se perdió cuando aquel puñado de locos asumió, por vacío, el poder y nos acarreó a los demás por los corredores de sus aberraciones brutales. Para los que hicimos a pie esa travesía de muerte, aquello nos arrancó la cordura, nos arrebató, de un tajo, ambiciones y anhelos, nos hundió en su silencio. Y si, a pesar de todo, hoy estamos aquí, si todavía levantamos el rostro y damos diariamente la lucha, es porque hubo un conjunto de seres humanos que lo arriesgó todo —incluso la vida—, para que nos salváramos, halláramos un paraje seguro, un poco de pan y, acaso, lo más importante, que encontráramos el remedio eficaz para curar las ofensas que nos infirieron los nazis.

A partir de esa noche, todo cambió en nuestras vidas. Mamá lloraba en arrebatos histéricos; papá comenzó a ensimismarse; y Hans, encerrado en su alcoba, se dedicó a escuchar discos de los cantantes de moda. Sólo la abuela guardó su habitual compostura. Entraba y salía

de casa en absoluta reserva y era la única que intentaba ayudarme en mis pesadillas constantes. Un día de tantos nos dio la noticia: la señora Rosenthal se había puesto en contacto con un diplomático que estaba dispuesto a otorgarnos nuevas identidades y pasaportes a todos. "Es panameño", nos dijo, "está destinado a su Legación, en Berlín, y ha logrado sacar de Alemania a varios judíos, en los últimos meses".

Ahí mismo, hubo que tomar demasiadas decisiones a un tiempo: que si debíamos teñirnos el pelo de oscuro; que si cada uno debía viajar únicamente con un par de maletas; que cuánto dinero llevaríamos en este viaje que, sabíamos, sería ya sin retorno; que si dejábamos abierta o cerrada la casa…

Tuvo que haber sido en aquel momento cuando, después de varias semanas, volví a pensar en la bailarina para la que había posado. Wanda y su esposo nos habían obsequiado la "Número 2", de aquella preciosíma pieza. Mi dirigí a la sala de casa y empecé a mirarla a la luz de otros ojos que eran los ojos y la luz del delirio. La tomé en mis manos y el frío de la porcelana caló hasta lo más hondo de mi alma. Debo de haber caído en la cuenta de que había un rollo puesto en la *Roliflex* de papá porque fui tras la cámara, encendí todas las luces, busqué un ángulo donde la bailarina luciera irradiante y Mamère me ayudó con un pequeño reflector que encontró guardado en su alcoba. La fui fotografiando con mucho cuidado. Fui centrándola de manera que, en cada toma, ella ocupara casi enteramente el visor. No fue casualidad que hiciera tantas fotos como tomas había en el rollo. El tiempo apremiaba. Empaqué como pude el par de maletas y ahí mismo, antes de dejar para siempre la casa donde había nacido, crecido y había albergado temores, angustias y sueños, escribí una nota a Wanda, rogándole que cuidara de nuestra bailarina, que la dejaba en sus manos y que si algún día sabía de nosotros, de nuevo, que, por favor, me la hiciera llegar y si no que se la entregara a alguien que supiera apreciar esta joya de inmenso significado para ella, para su esposo, para Mamère y para esta "su bailarina que la ha llegado a querer por su inmensa bondad y por lo mucho que ha enriquecido mi vida". Estoy segura de que aquélla fue una carta escrita con la vehemencia y, a la vez, el candor de mis dieciséis años. Poco antes de que tomáramos el tren a Berlín, hice por última vez el trayecto a esa casa que había llegado a sentir como propia. Le entregué al guardián el paquete y la carta, rogándole los entregara

a frau Rosenthal. Estaba consciente de que no tendría el coraje para darle a Wanda un último abrazo.

He llegado, por fin, a la Calle Karlova, doy unos pasos, me detengo antes de cruzar la avenida que me separa del Puente y lo único que puedo reconstruir a estas alturas es que por recomendación de nuestro protector panameño, de ese "hombre providencial", nuestra salida de Europa fue por el puerto de Rótterdam y que viajamos en un buque holandés —*El Ámsterdam*—, que, años después, fue hundido en la guerra.

Es curioso cuán solitaria se encuentra Praga esta noche. Estamos, la luna y yo, silenciosas, en un eterno retorno sobre nuestros rastros de ayer y de pronto, me siento agotada. Es la carga de nostalgias que llevo conmigo. Ya Alicia, Pedro, Laurita, Jorge, Andrés, Amparo y el resto del grupo deben haber regresado al hotel. Habrán preguntado por mí y les habrán dicho "que no, que la compañera de ustedes —la persona mayor—, todavía no ha vuelto". Se habrán ido a dormir. Este fardo de imágenes me asalta y me tiende otra vez una trampa, dejándome emocionalmente sitiada.

Vuelvo a evocar a la ciudad de La Habana, tal como la vi esa primera mañana. Los rayos de sol titilando, filtrándose entre un cerco de palmeras donde un grupo de niños, de piel dorada y cabellos oscuros, jugaba mientras nosotros observábamos, estupefactos, aquel escenario… Me diviso en compañía de *Mamère*, de mis padres y Hans, recién desembarcados de *El Ámsterdam*. Estamos boquiabiertos, inmóviles, casi ebrios por el intenso olor a salitre, tratando de protegernos de una luz cegadora que se adhería, sedienta, a nuestras pieles, tan blancas. Confieso que cuando el barco atracó aquella mañana en la Isla de Cuba, yo —criatura de la zona montañosa de Fichtelgebirge—, nunca había visto ni palmeras, ni individuos como ésos, menos aún realzados por una luz tan profunda y un mar que variaba a cada instante con sus reflejos verdes, plateados, violáceos… Un océano, en fin, muy distinto al Mediterráneo, al Adriático y al Báltico, que eran los mares que yo conocía.

Hoy sé que mi destino se selló por accidente aquel día. Llegué a La Habana porque el barco que nos trasladaba a Panamá hizo una escala para reponer combustibles y víveres. Y si me radiqué en Cuba fue por azar, tal como la mayoría de las veces suceden las cosas. Los pasajeros, cansados tras doce días a bordo, bajamos a tierra a conocer una ciudad

que nos sedujo, a golpe de vista. Todo en ella era una fiesta de agua y de luz de la cual nadie podía escapar.

En el puerto contratamos los servicios de un taxi: un automóvil reluciente y muy amplio. Transitamos con la capota baja por avenidas, calles, bulevares, calzadas que nos sorprendían en cada esquina por el verdor y la frondosidad de sus árboles, por las construcciones de colores alegres, por los balcones de hierro forjado con hermosos jardines colgantes. El ritmo de Cuba era opuesto al del mundo sajón donde yo había nacido y crecido. Aquí la gente caminaba con la sensualidad y la gracia de un bailarín. Y cuando hablaban, lo hacían sin prisa y como impulsados por una corriente que iba, del cerebro a los labios, de los labios al tronco y de ahí se enlazaba a las manos. Semejante espectáculo era un derroche de erotismo, de desenvoltura y de garbo que parecía manar del océano. Debió haber sido a la mitad del trayecto cuando alcé la vista y, en mi nulo español, reconocí, en la marquesina de un teatro, la palabra *Ballet* y, sin más, le hice señal al chofer para que hiciera un alto ahí mismo. Fue en ese instante cuando me encontré por primera vez con Alberto. Me dirigí a él en francés y me impresionó por su porte elegante, sus manos afiladas, su mirada de ojos profundos y por aquella voz un poco nasal que me decía que el *Ballet Ruso de Montecarlo* se presentaba esa noche en La Habana por invitación de la *Sociedad Pro Arte Musical* que presidía su madre. Delirante ante semejante noticia, le comenté, por supuesto, que conocía bien la *Compañía del Coronel de Basil* y señalando a la abuela le dije: "es esa señora que ve allá, en el auto, la del sombrero de paja y las gafas de sol". Le agregué que ella y yo habíamos visto bailar a los *BalletsRusses* en Budapest y en Praga. Tuvo que haber sido entonces cuando Mamère y yo tomamos la decisión de dejar que los otros prosiguieran en su recorrido turístico y regresaran sin nosotros al barco. Nos quedaríamos a presenciar la función de esa noche y nos reuniríamos con ellos más tarde.

Los boletos no fueron problema. Alberto nos llevó directamente donde estaba su madre. Recuerdo a doña Laura, menuda, culta, cortés, una de esas personas que han ido desapareciendo con el siglo en los trópicos. Alguien ha escrito que esta señora era, proporciones guardadas, la hermana gemela de la princesa de Polignac, una mujer que brilló en aquel París que quedó deslumbrado ante la fascinación y el encanto que

emanaba del genio de Diaghilev y Nijinsky. La Compañía presentaba esa noche una serie de *Solos* y de *Pas de Deux* y de *Pas de Quatre*, extractos de *Lago de cisnes*, de *La Bella Durmiente*, de *El Príncipe Igor* y otros ballets que ya no recuerdo. En dos de ellos bailaba su hijo: *“Parce que Alberto danse aussi”*, agregó complacida, recalcando que Alexandra Danilova cerraría el programa interpretando *La muerte del cisne*. Conversamos un rato. *Mamère* le mencionó su interés en las artes. Le reveló que yo bailaba también. Y con un leve dejo de emoción en la voz, comentó que por razones políticas habíamos tenido que huir de Alemania. Al intentar despedirnos, nos tratábamos ya como viejas amigas. Doña Laura —siempre desenvuelta y locuaz— nos había presentado a Yavorsky, el amigo del coronel de Basil y profesor titular de la Escuela de *Ballet de La Habana*; nos había invitado, muy gentilmente, a su palco; y, si nos decidíamos, había añadido, quería que pasáramos una temporada en su casa.

Meses más tarde, veo a *Mamère* sentada, confortable, en el balcón de aquella casona señorial de El Vedado, arrullada por la cadencia de un jardín tropical con enredaderas de flores, pájaros de variados colores y trinos y mecida por la brisa seductora de la ciudad de La Habana. Bajo la vista y la contemplo escribiendo a mis padres. Les decía, no hay duda, que estábamos bien; que Laura —*une femme très charmante et, sur tout, considérée, à l’ extrême,* tal como solía definir a nuestra anfitriona, en francés—, era una mujer admirable; y que yo había sido ascendida a asistente de Yavorsky y solista del grupo que él dirigía. Lo que no especificó, por supuesto, fue que, en aquel entonces, los únicos profesionales éramos Alberto y yo, nada más. Él, porque ya había bailado con la *Compañía del Coronel de Basil*. Yo, porque me había presentado varias veces en los teatros de *Selb* y últimamente también en los de *Rehau*, *Münchberg*, *Helmbrechts y Hof*.

He llegado, tras mis pasos de antaño, al Puente de Carlos, sobre el río Moldavia. Hace rato los faroles se han encendido y el río es una cinta gris, con franjas doradas, donde dos cisnes se deslizan, solemnes, tal como los he llevado por tantos años conmigo en el alma. Me recuesto sobre el pretil, en la punta norte de puente. Respiro el aire fresco y en este intervalo sigo presa del recuerdo de los años en Selb y de los que llevo viviendo en La Habana donde, ya sin la abuela, terminé ra-

dicándome. Revivo unas cuantas palabras, me dejo arrastrar por este o aquel sentimiento que ha vuelto como estribillos de un poema que me asaltan, de pronto. A estas alturas, son demasiados ya los instantes, las máscaras y también los disfraces; y es la vida y es la muerte, también, que han surgido, sin permiso, y me cercan. Mi juventud y también mi vejez están conmigo esta noche, tal como esos cisnes que hoy, en su dignidad, me acompañan y que mañana, tal vez, no serpenteen por las enigmáticas aguas del río. Fijo la mirada en el cielo. La luna está ubicada en su vértice y lanza su blanca luz fulgurante. Veo su reflejo aquí abajo y sé que también para mí éste puede ser, en su albura, un presagio.

—Madame, vous êtes attirez par les cygnes… Que sont-ils-pour vous?

Es el anticuario del abrigo de piel de camello que ha vuelto. Me persigue los pasos. Me enderezo y lo miro. Está prácticamente a mi lado, rígido, con una expresión que no acabo de descifrar en sus labios. ¿Qué quiere? ¿Qué busca de mí?

—Ils sont une métaphore de ma vie…—le replico, sin saber siquiera por qué. Le quito la cara y vuelvo a mirar a los cisnes. Quizá haya valido la pena haber respondido. Las palabras me han hecho nombrar y descifrar ciertas cosas… Tal cual como me ha sucedido tras el encuentro con la bailarina de porcelana esta tarde.

—…et la Porcelaine… la Danseuse?

Ahora, sí me ha arrastrado hasta el límite, examinándome, urgiéndome… Molesta, le contesto con un áspero tono de voz:

—Plus, plus que ça, Monsieur… Plus que ça…

Le hago una leve inclinación de cabeza, doy la vuelta y enderezo mis pasos. ¿De qué o de quién me escabullo? Atravieso lentamente las estrechas calles de la Ciudad Vieja de Praga y llego, exhausta, al hotel. Aquí, me recibe con su indiferencia habitual el portero:

—Señora: hace rato un caballero, de abrigo de piel de camello, le ha dejado en recepción una caja.

Entro, la reclamo y el encargado, de bigote entrecano, me la entrega con mucho cuidado. Intrigada, ahí mismo la abro y dejo escapar un gemido: mezcla de exaltación y de llanto.

La vida canta sus aleluyas también…

Panamá/Bogotá 2003

Un cuerpo, una conciencia y un lenguaje sexuado femenino

"Oración"

En el nombre del pubis
y de los senos
y de la santa mente
crezca mujer
Amén

Yolanda Blanco, Nicaragua, 1954

DOÑA LEONOR

Rosario Aguilar (1938)
Nicaragua

"…y así que veían a esta niña blanca luego caían en tierra y no se podían levantar del suelo, y luego venían muchos pájaros sin pies, y estos pájaros tenían rodeada a esta niña…"

Crónicas Indígenas de Guatemala

El escribano del Rey apuntó: "Una gran tormenta de agua de lo alto del volcán, que arrastraba tierra, cieno, piedras y árboles. Las piedras como diez bueyes las llevaba como corcho sobre el agua". Y un cronista reportó: "Tres diluvios juntamente, uno de agua y otro de tierra y otro de piedras más gruesas que diez y veinte bueyes".

Y en medio de todo fue arrastrada Leonor, hija de Don Pedro de Alvarado y Doña Luisa; nieta del cacique Xicotenga, Gran Señor de Tlaxcala.

Inexplicablemente fue salvada…

¡Un milagro!, pensaba ella, mientras asistía a la misa de la Asunción y rezaba en acción de gracias, varios meses después de la tragedia. Los ornamentos de ese día eran blancos, así como las cortinas en los pilares y los lirios en los floreros.

Detestaba el olor a lirios. Le recordaba cuando los vencidos por su padre venían a adorarla casi, y le traían flores… como si ella hubiera sido una virgencita.

Le preocupaba el descanso eterno del alma de su padre. Junto a él había pasado los días más felices de su infancia ignorando muchas cosas.

La llevó con él en las expediciones y campañas de conquista.

En los campamentos la sentaba sobre sus rodillas para enseñarle oraciones mientras el resplandor de las linternas la iluminaban a trasluz. Como una estampa rodeada de una aureola…

Y después de las batallas, la llevaba de paseo, guiando un inmenso caballo. Todos creían que era una aparición, una pequeña diosa, algo divino ante lo que había que postrarse, adorar. La confundían con la Virgen, Madre de Dios. "A media noche fueron los indios y el capitán hecho águila de los indios llegó a querer matar al Adelantado Tonatiuh, y no pudo matarlo porque lo defendía una niña muy blanca; ellos harto querían entrar, y así que veían a esta niña luego caían en tierra y no se podían levantar del suelo, y luego venían muchos pájaros sin pies, y estos pájaros tenían rodeada a esta niña, y querían los indios matar a la niña y estos pájaros sin pies la defendían y les quitaba la vista. No podían matar a Tonatiuh que tenía la niña con los pájaros sin pies".

Los campamentos llenos de cientos de pájaros y palomas que le regalaban a ella como presentes. Todos se acercaban a conocerla, a tocarla. De los confines venían… Porque no era tan sólo la hija de Don Pedro, a quien todos temían, sino la nieta del Gran Señor de Tlaxcala.

A Leonor la mostraban a los vencidos… mientras le daba trigo o maíz a sus pájaros cautivos… Revoloteaban sobre ella y la seguían… cientos de pájaros de diversos colores.

Su padre le enseñó a montar, y ella se aventuraba por los caminos cercanos, confiada, nadie se hubiera atrevido a hacerle daño.

Le abrían paso aún los más fieros enemigos. La protegían. Amazona-niña y diosa… sobre el más fino y amaestrado caballo.

Aunque su padre la había amado entrañablemente, también la había usado, al llevarla como un símbolo, un talismán para sus fines de conquista. Algo lindo, misterioso, místico, que distraía a sus peores enemigos entre los naturales; a los más feroces, que eran religiosos y supersticiosos por naturaleza.

Era para los vencidos como una reina de sangres mezcladas que debía de ser respetada y admirada… y a la que le llevaban tributos de sal y jícaras… codornices. Y ella inocente, sin saber todo lo que estaba pasando, siendo una niña apenas…

La figura de su padre le impactó como ninguna otra. No había sentido lo mismo por su madre.

Su muerte fue para ella una tragedia no igualada ni por la de Doña Beatriz, su madrastra, ni por las pequeñas hermanas muertas en el espantoso aluvión que las sepultó a todas en la capilla, a todas menos a ella.

Cuando llegó al Palacio la noticia de la muerte de Don Pedro, aquel nefasto día, todas las ilusiones, los anhelos, el futuro, parecieron caer en un hoyo profundo. Ella dejó de ser quien era, perdió toda su importancia, que acaso nunca recuperaría.

"Gloria in excelsis Deo. Et in terra pax hominibus".

Ella había tenido sus momentos de Gloria junto a su padre… Ahora arrodillada, tenía que hacer mucha penitencia para expiar los muchos pecados cometidos por él en su vida…

Se preguntaba con frecuencia si su padre se había salvado o si estaría en las tinieblas del infierno en llamas y de nada servían los rezos, los responsos. De nada. Ni las misas gregorianas que mes a mes mandaba a decir. Ni las letanías en latín que día a día rezaba por él…

Estaba resentida con la Corona. Sus Augustas Majestades, muy católicas, tan servidas por él, no se preocupaban en nada para que los restos de Don Pedro fueran trasladados a Guatemala. Obstáculos, retrasos, pusieron desde España, como si más bien, de repente, desearan o les conviniera dejarlo olvidado…

"Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem caeli et terrae, visibilium omnium, et invisibilium"

Ella había creído. Creído en todo. Creyente.

En Dios omnipotente, en la Sacra Cesárea Católica Majestad, el Emperador Carlos V, y en la Serenísima Reina Doña Joana. Creyó en su padre.

Pero estaba desilusionada de todo lo terrenal. Había dejado de creer en sus Majestades. La habían humillado en el juicio de probanza de servicios del Adelantado… La hicieron llevar testigos, como a Don Bernal Díaz del Castillo, que juraran que ella era realmente la hija de Don Pedro y que contara detalles de la vida de sus padres que la apenaban…

Como si ella no había sido la hija reconocida y amada. Hija natural, era verdad, pero más afín a él, más querida, que sus hijas de pura sangre española nacidas de su matrimonio con Doña Beatriz.

Había sido inútil el sueño paterno de educarla igual, mejor que a las princesas de Europa. Porque, ¿cómo iba a ser igual cuando había presenciado y oído la lucha entre dos mundos? Como un ayuntamiento agónico, forzado…

Las princesas de allá se educaban en sus palacios… No habían recorrido los territorios conquistados…

Ni habían tenido sus corazones, como el de ella, divididos entre dos mundos amados. Ella había vivido la conquista, no se la habían narrado ni leído de un libro. Había observado, siendo muy niña, el rostro materno angustiado por los castigos impuestos a los conquistados…

Por eso ella con frecuencia se quedaba en silencio, postrada, confusa. Con su corazón dividido entre lo amado y lo querido. Había madurado prematuramente.

Su viaje a la Península, tan esperado, cuando su padre vivía, no había estado de acuerdo a sus expectativas… Los españoles eran mortales, humanos, y la ansiedad ante la muerte, la angustia, los diferenciaba de los dioses tan esperados en la imaginación mística y creyente de la raza de su madre.

La misa continuaba. Aunque no cantaba bien se unió al coro:

"Assumpta est María..."

¡Cuánto, cómo habían pesado los dos mundos sobre su alma, las dos culturas en su corazón!

En aquella iglesia había confesado sus pecados muchas veces... Ahogado sus anhelos.

Su sangre heredada, era una mezcla de sus ancestros, de dos mundos tan diferentes. Para apaciguarla, equilibrarla, repetía hasta la saciedad en medio de sus dudas:

¡Señor, misericordia!

El olor a incienso le daba tristeza. Su madre la asfixiaba con el humo de los sahumerios mientras en su idioma y a escondidas, rogaba por cosas que ella no entendía. Ah, pobre madre.

Hasta muy tarde la había comprendido y ahora pensaba mucho en ella.

¡Qué sola había estado al final de su vida, qué sola! Y era ahora que ella también se había quedado sola, que pensaba constantemente en ella.

Necesitaba perdón por eso. Por haber sentido menosprecio por ella, allá en lo más secreto; por haberla considerado inferior por ser natural de estas partes... ¡Qué pesar sentía, cuántos remordimientos!

No todo el tiempo se había llamado Doña Luisa. Su identidad, su verdadero nombre... ¿cómo, dónde se había perdido?

¡Madre!

En los últimos meses, ya anciana, había perdido la memoria. Comenzó a hablar únicamente en su idioma nativo que solamente unas muchachas mexicanas entendían. Se le olvidó el castellano que hablaba correctamente.

Su cuerpo moreno se consumía... Envueltos los hombros en una manta de algodón, muy roída, como si temblase con un frío interno, del alma. Sus cabellos lacios, ya blancos, extendidos sobre su espalda, o entrelazados en una sola trenza.

En la puerta todo el día, con un morral de ropa vieja y un bolsón de cuero de venado... esperando un viaje imposible, irrealizable...

¡Desterrada de su paraíso!

Leonor trataba de minimizarla, sobre todo cuando pasaban o visitaban los parientes españoles… ¡Dios Santo! para que no la oyeran… porque comenzó a narrar cosas que no se sabía si eran verdaderas o simplemente locuras de su edad. Y fue cuando la confinaron a los aposentos del fondo, vigilada por las muchachas quichés y mayas… para que nadie la viera u oyera…

Pronunciaba nombres de dioses que obviamente no eran cristianos… No quiso volver a hablar en español.

Quizás había vuelto a su infancia, a su niñez, cuando había sido feliz, admirada, servida… Los abuelos maternos habían sido grandes señores. Toda la familia de gran linaje. Guerreros temidos y respetados.

Su madre recordaba esa época, y se expresaba mal de los cristianos. Comenzó a rezar a dioses que pertenecían a su antiguo paganismo.

En lamentos…

Una vez siendo niña la había acompañado a Tlaxcala. Su madre se había lamentado a gritos, llorado, caído en trance, porque encontró en el palacio de sus padres, el fuego apagado, las cocinas frías, las estancias vacías. Las tinajas de barro que siempre habían estado llenas de agua fresca, secas… y los huacales en los que se les ofrecía de beber a los vasallos, rotos, regados por el suelo. Fue en ese instante que supo Leonor, se le hizo real, que había existido verdaderamente el paraíso del que su madre le hablaba…

Todos los parientes que encontraron se mostraron consternados y perplejos, por la pérdida de su mundo. Único Mundo para ellos.

Leonor ese día los sintió lejanos, extraños… hablando en un idioma ininteligible.

¡Y pensar que eran también su gente! Y que aquella había sido también su derrota, su dolor. Porque sin conquista, ella hubiera nacido princesa de verdad… ay, pero también pagana.

En el bolsón de cuero de venado que dejó su madre había encontrado solamente una peineta de carey, un dije pagano, unas plumas de quetzal ya descoloridas, que ella le había contado eran las que llevaba Tecum Uman el día de su muerte. E inexplicablemente, un misal cristiano con una hoja adentro arrancada de una biblia, y teñida una frase:

“Nigra sum sed Formosa”.

¿Qué significado tenía aquella frase?

Acaso nunca lo sabría…

Las vidas de sus padres habían sido muy conflictivas, rodeadas de circunstancias fuera de lo común, extraordinarias…

¡Dios Santo!, cómo le habían pesado sus vidas sobre su alma.

Después de sus funerales cuando las flores sobre las tumbas se marchitaron, cuando los cantos de los responsos habían cesado… ¿qué había quedado intacto?

La misa solemne de la Asunción había terminado… La iglesia recobraba su oscuro y húmedo silencio…

Con frecuencia se le entremezclaban, entre sus rezos cristianos, los poemas cantados muy quedo por su madre...

“Aún el jade se rompe,
aún el oro se quiebra,
aún el plumaje del quetzal se rasga…
¡No se vive para siempre en la tierra:
sólo aquí un breve instante perduramos…!”

¿Quién era ella? ¿A cuál de las dos razas pertenecía realmente? ¿Cuál de las dos sangres que corrían por sus venas la dominaba? ¿Era su raza tan nueva que ni siquiera existía?

Se había examinado en los espejos de cuerpo entero que Doña Beatriz había traído de España, y no había obtenido ninguna respuesta…

Su piel más blanca que morena… Su cuerpo altivo… su extraña hermosura de la que le hablaban todos.

Devolvía la imagen el espejo… Surgía, se adelantaba, rompía el espacio y el tiempo, ¿abría acaso el camino de una raza?

EL ESPEJO LÚDICO

Lupita Quirós Athanasiadis (1950)

Panamá

Un día oscuro y triste, de ésos en que se recuerdan más los dolores, y las tristezas propias y extrañas forman un haz de consonancia gris, caminaba indiferente por una calle frecuentada por gitanos en la Ciudad de Sevilla.

Había estado deambulando toda la tarde sin rumbo fijo. De vez en cuando tenía que sortear los charcos de agua que la lluvia había dejado esparcidos. Uno que otro carro se deslizaba lento y únicamente obedecía al deseo de guarecerme de la lluvia y de mis plomizos pensamientos.

Eso de que "sólo te herirá ése a quien amas" se confabuló contra mí esta misma tarde cuando mi ego había sido herido, otra vez, por mis familiares cercanos.

Nunca se habían sentido orgullosos de la pobre Mariví, aunque sus esfuerzos por agradarlos se remontan a mi niñez, cuando deseaba más que nada en el mundo destacarme como una chica lista y obediente.

—Pero esta niña siempre regresa así de las fiestas con su vestidito tan limpio y los crespos tan peinados como cuando se fue, decía mi tía.

—Y mira en cambio a la hermanita, reía mi madre, ésa sí que se divirtió. Viene toda enfangada y con los rulos revueltos.

¿Por qué se reían de Mariví, no era ésta la apariencia que debía gustarles?

Y así fue siempre; ella tratando de complacerlos a todos y ellos sin apreciar sus esfuerzos, y que hasta mi marido mancilló esta tarde con reproches.

—Me aburres con esa ropa tan holgada, Mariví, maquíllate más, adelgaza un poco —le había dicho—, me "sabes a huevo sin sal". Y lo peor es que sus hijos también lo habían secundado:

—Mamá, es cierto lo que dice papá, ya ni sales de casa, siempre escribiendo tus cuentos para hacerte famosa.

Tal vez tendrían razón, no me arrepentía de lo que había hecho hasta ahora, pero había tantas otras cosas que soñé hacer…

Pobre Mariví, pobre de mí, una concha vacía.

Seguí caminando y limpiando mis lágrimas que también goteaban de las puntillas semicirculares de mi paraguas, buscando liberarme de mi desdicha. Los guantes se ponían mis manos, en un afán por protegerme.

Y así, evitando los baches llenos de agua y a las gitanas ansiosas de ganarse unas pesetas leyendo mi futuro, me dirigí, casi sin darme cuenta, a un lugar amplio, lleno de luces, colores, de música de Tío-Vivo y globos.

Era una de esas ferias que llegan de tanto en tanto a otras ciudades, pero que en ésta parecen permanentes.

Recorrí los diversos tendidos, siempre llenos de excentricidades. Hombres en zancos, payasos y parejas de enamorados con osos de peluche, cruzaban junto a nosotras. Vociferaban los altoparlantes para atraer a la multitud.

Todo este movimiento distrajo a Mariví de sus reflexiones, hasta que, de pronto, me vi reflejada en un gran espejo ovalado que me devolvía la imagen de lo contrario.

El susto que me llevé fue tremendo porque tenía la particularidad, además de que no sólo proyectaba el físico, sino que la persona podía percibir los rasgos de su propio carácter y su pasado. Mariví pensó que eran fabulosos los trucos que se inventaban hoy día y sonreímos por primera vez en la jornada.

Mientras ella se quedaba mirando maravillada su nueva imagen, el espejo lúdico, pletórico de extraños poderes, la hipnotizó y la sustrajo de su mundo.

Curiosamente, el vernos convertidas en lo contrario era muy placentero y empezamos a disfrutar de los primeros cambios. Era cautivante verla transformada en una mujer bella y seductora que se despedía con un beso al bajarse de una limosina.

Entró al elegante edificio donde tenía al mismo tiempo su apartamento y oficina.

Se tiró sobre un diván y suspiró. Tomó con sus dedos largos la tarjetita que identificaba su negocio y en el que se indicaba que se encargaba de proveer de damas de compañía a acaudalados caballeros.

Debía sentirse muy bien consigo misma, rodeada de lujos y de sus adorables mascotas, que la amaban sin condiciones.

Se miró en el espejo del *living* y lo volteó, como no queriendo acordarse más de su pasado ni volver a él.

Yo tuve que regresar sola. Me alejé del espejo y seguí caminando por entre los faroles y letreros de la feria, sin poder alejar de mi mente aquel encuentro fugaz con mi contraparte.

UN MALENTENDIDO

Melanie Taylor Herrera (1972)

Panamá

La mujer se paseaba por la estancia presa de una gran agitación. Su delgada silueta cubierta por un sencillo vestido negro, se estremecía ante el menor ruido: el crujir de la puerta, una hoja de papel que se deslizó accidentalmente al suelo, la gotera que siempre había existido en el baño.

Sus manos repasaban su rostro nerviosamente y con cierta brusquedad, como si pudiese borrar sus facciones. Se halaba la nariz con terrible disgusto, se pegaba con la palma de la mano en los labios, se tiraba de las mejillas con rabia y se ponía los puños cerrados en los ojos como para no ver más. A veces, se abalanzaba sobre un sillón lleno de coloreados y mullidos cojines, y escondía su cabeza entre los mismos, como si llorase y no quisiera que otros escuchasen sus lamentaciones. De pronto, de manera inadvertida, sin que el menor sonido la precediese, apareció otra mujer vestida con una túnica blanca que le caía suelta y no permitía verle los pies. La mujer de negro al percatarse de su presencia se levantó como impelida por un resorte, enjugándose con el dorso de su mano derecha algunas lágrimas que luchaban por resbalar por sus tersas mejillas.

—¡Qué bueno! Yo estoy tan ofuscada…— dijo la mujer de negro con la voz entrecortada.

—Bueno— respondió la de blanco con evidente impaciencia —ejem, ando algo apurada así que… ¿por qué no me relata de manera breve su queja?

—Yo le pedí ser joven por siempre, ¿sí o no?—

—Claro y fue complacida inmediatamente. La mujer de blanco se sentó con mucho cuidado para no desarreglar los pliegues de su túnica.

—Ahí está el problema. Creo que usted me malinterpretó.

—¿Ah, sí?—. La mujer de la túnica se dispuso a acariciar los cojines con placer evidente.

—Sí, sí. Míreme, ¿en qué adefesio me ha transformado? Este cuerpo de mujer y este rostro de niña. ¿Entiende usted? Cada espejo me devuelve la imagen de una niña con ojos burlones. ¡No lo soporto! La gente no me trata con respeto.

—Yo no veo el problema aquí. Usted pidió ser joven y lo es.

—¡No!—. La mujer movía la cabeza en señal de negación como para enfatizar su punto.

—Yo pedí verme más joven, como de veintitantos años, ¡por Dios, no como una cría! Odio mi imagen en esos espejos, como si se burlase de mí. He cubierto todos y cada uno con tela negra. He roto el espejo retrovisor de mi auto en un arranque de ira y por poco tuve un accidente. Además la tensión me ha causado gastritis e insomnio. Terminé consultando al gastroenterólogo y al psiquiatra. Todo esto resulta incómodo y caro. ¡Exijo que cumpla su parte del trato!, ¿acaso no es un hada? Parece que me he topado con una bruja.

El hada se levantó de un brinco del sofá.

—Un momento no hay que ofender, señora mía. Yo soy un hada con todas las de la ley, pero caray, no me explico su inconformidad. ¿Por qué no repasamos la conversación que tuvimos previamente, a ver si solventamos este malentendido?

—Si eso ayuda en algo— replicó la otra con sorna mientras se dejaba caer pesadamente en el sofá.

—Recapitulemos.

—Recapitulemos— repitió la mujer de negro.

—Usted pidió un deseo para su cumpleaños número cuarenta y…

—¿Es necesario tanto detalle?

—Yo sólo quería ser precisa; no vaya a decirme luego que ando diciendo mentiras.

—¡Qué hada tan sensible! Y hablarme usted de mentiras.

—Muy cierto.

—Yo le dije que si en vez de rejuvenecerse, no apetecía usted poseer algún talento especial y le mencioné en forma prolija y detallada todas aquellas mujeres, actualmente exitosas, a las que yo había imbuido de un talento especial: pianistas, increíbles escritoras, mujeres de negocios e incluso le relaté el caso de una que me pidió ser una genio de la informática. Un trabajo nada sencillo, porque la inteligencia matemática es algo tan delicado, tan raro, tan…

—¿Sería posible ir al grano de una vez por todas?

—También le ofrecí bienes materiales: ganarse la lotería, la rifa millonaria, un auto, casas, yates, joyas, tan bellas que son los rubíes, las esmeraldas—. El hada suspiró como si en efecto las joyas danzaran ante sus ojos.

—Por favor, termine ya.

—En resumidas cuentas a todos mis ofrecimientos usted dijo…

—¡Que no!—. La mujer se sentía a punto de agarrar al hada por el cuello.

—Ajá. Entonces yo le pregunté cómo quería sentirse y respondió que quería volver a ser espontánea, despreocupada, poseer un rostro que volviese a la inocencia ya perdida. En pocas palabras quería volver a ser niña otra vez. No especificó edad, así que actué siguiendo mi propio criterio. No pretenderá que aun teniendo cara de veintitantos la iban a tratar de la misma forma que una mujer de cuarenta.

—¡Basta ya! Devuélvame mi rostro.

—Deseo concedido y asunto liquidado —dijo el hada arqueando una ceja— y no pretenda demandarme o algo así porque yo pertenezco al sindicato. ¿Me oyó? Acto seguido se desvaneció.

La mujer se acercó a un espejo cubierto con un lienzo negro. Con la mano temblorosa quitó la oscura cubierta. Ahí estaba su rostro. Se sentó entonces por horas a repasar sus arrugas como quien acaricia a un antiguo amante, deseosa de redescubrir senderos conocidos.

LA MUJER Y EL TELAR

Cynara Michelle Medina (1971)

Nicaragua

La mujer está sentada como flor de loto morena. Cáscara de tela azul, bordada con cien hilos en un telar. Está rodeada de colores y muñecas en un mercado de telas de la vieja Antigua. Ciñe un telar con banda de cuero viejo a su cintura. La mujer está sentada sobre esparto.

La mujer tiene una aguja larga de madera lustrosa para conducir los hilos y enredarlos. Los corta con una tijera pequeña; los teje, copiando un diseño. Me mira, porque yo la estoy mirando y escribo, sentada también en el suelo, con la espalda apoyada en una columna.

Los hilos tienen muchos colores brillantes. Servirían para inventar un quetzal, en azul, aunque el quetzal sea verde.

Me acerco y le pregunto qué está tejiendo. Espero oír las palabras: “un quetzal, en azul”; pero ella me responde: “una tela, sólo es una tela”.

LA MUJER ARCOÍRIS

Guisela López (1960)
Guatemala

Mi madre me regaló los colores. Me los fue dando uno a uno con la celebración de mis cumpleaños. Me enseñó a saborearlos, a memorizar su nombre, a reconocerlos sin abrir los ojos. Acariciando el arcoíris yo contaba los meses, a la espera de su llegada, tratando de adivinar su nombre y aunque parezca difícil de creer a veces acertaba.

Cuando cumplí tres años me regaló un amarillo luminoso y me sentí vestida con rayos de sol. A los cuatro un rojo carmesí envuelto en ensortijados encajes blancos que me hizo desear fresas con crema. A los cinco años llegue a pensar que me confundiría con el cielo, mientras atravesaba la ciudad de la mano de mamá, engalanada de color celeste.

A los seis años recibí un extraño color cadmio, que en realidad no me gusto, me pareció áspero, reseco, como limón amargo, no sé que estaría pensando en ese entonces mi madre, pero las cosas siguieron complicándose al grado que ni siquiera logró recordar el color de mi séptimo cumpleaños.

Al cumplir doce mi mundo volvió a iluminarse, recibí un maravilloso color cian, fresco y desparpajado, era como un trozo de estanque

y concentrándome en su intensidad hasta podía sentir la brisa del mar. Pase una buena temporada soñando que volaba sobre un extenso litoral donde barcos de velas se confundían con las olas blancas.

Para mis quince años recibí un tenue color rosa satinado en organza, que en realidad no llegué a disfrutar porque ese año perdimos a mi padre y el mundo se volvió color arsénico.

Fue hasta después de un año, con un diáfano color melón que volví a deslumbrarme. Mi madre lo había hecho traer de otro país, especialmente para mi cumpleaños. Era un color tan especial, en él se traslucían lejanos otoños, agrestes recorridos, hasta podía sentir el calor del atardecer sobre mi piel y añorar celajes nunca vistos. Su vivenciame produjo tan amable placer que tratando de escribir sus transparencias descubrí la poesía.

No mucha gente se convenció de que un color tan suave tuviera tan hondas repercusiones, incluso hubo quien, al saber que escribía, me dijo "te imaginaba gris" – y eso es porque se piensa que para escribir es necesario sumirse en la nostalgia. Pero no es así. Una escribe desde muchos colores, todo depende de los aires que tome el pensamiento.

Llegué al azul a los diecisiete – fue particularmente delirante, así que he vuelto a él constantemente. A los veinte soñaba con mi cuerpo desnudo sobre un índigo azul – no se lo dije a nadie – ni siquiera cuando me casé a los veinticinco – convencionalmente vestida de blanco (tal vez por eso me divorcié tan pronto) – a pesar de todos los pesares no he renunciado al azul.

Los colores acompañan mi vida, como olvidar aquellos blancos meses en una ciudad lejana, o el reflejo dorado del verano en las playas del sur. Creo fervientemente en los colores, en que hay un color para cada día, a veces, me ha tocado cambiarme varias veces seguidas hasta encontrar el tono exacto, la correspondiente tesitura, pero es que cuando estamos tristes perdemos el tacto del color.

En fin, a mis cincuenta años, todavía mi madre me regala colores, también lo hace mi hija y alguna que otra amiga. Lo mejor de todo es que yo he aprendido a buscar mis colores, ensayo rutas, descifro recorridos hasta arribar al fascinante momento del descubrimiento, cuanto disfruto la sorpresa de encontrar un color, aun no descubierto.

A decir verdad, me he convertido en coleccionista, experta buscadora de colores, experimentada alquimista combino la dosis perti-

nente. Aunque planifico minuciosamente mis expediciones y recorro extensos territorios para encontrar un pequeño color, algunos han llegado a mí fortuitamente. Incluso he descubierto colores en los sueños pero cuando he tratado de traerlos conmigo al despertar, la realidad ha resultado demasiado densa y han terminado haciéndose invisibles, lejanos espejismos.

Disfruto sumergirme en el color con todo el cuerpo – a veces hasta he llegado a mimetizarme – juego con los colores como si fueran cuentas de un collar, intento identificarlos sin abrir los ojos, escucho atentamente sus variadas tonalidades, memorizo sus ondulaciones. He aprendido a reconocerlos, algunos colores son tímidos, otros extravagantes. Me deleito con su arpa infinita de inusitados arpegios. Así, disfruto: una alizarina alborada, un tenue siena, un delicado malva…

En estos días ando ilusionada con el color violeta. Me divierto transitando por sus policromías, improviso atrevidas combinaciones o diseño sutiles contrastes. Estreno sábados lilas, atardeceres magentas, y cuando el día está nublado me cobijo de la tristeza en mi rebozo morado, regaló del día de la amistad.

LUISA Y LA GITANA

Claribel Alegría (1924)

El Salvador

Luisa y la gitana eran muy amigas. Desde que Luisa era pequeña se le aparecía en sueños y juntas emprendían aventuras insólitas. Al principio Luisa sentía miedo. Era muy atrevida la gitana y la metía a menudo en cada aprieto. Jamás se olvidaría Luisa de la vez que la llevó a un mercado que parecía oriental y la convenció para que robara tres o cuatro collares de cuentas de colores y unos brazaletes dorados. La dueña de la mercancía, que tenía pelo larguísimo y estaba vestida con unos pantalones bombachos y una blusa bordada en lila, las había seguido por innumerables laberintos y Luisa se despertó gritando y juró nunca más volver a robar.

A la gitana le impacientaba el miedo de la muchacha y a veces pasaba meses sin visitarla. Una vez pasó varios años sin hacerlo. Fue cuando a Luisa le dio por tener hijos. "Te has puesto boba", le dijo, "no me interesa más".

Se aparecía así, de repente, con sus faldas chillonas y sus aretes largos. Cuando Luisa pintaba se volvió a reanudar la amistad. La gitana la animaba a que siguiera y le empezó a dictar poemas de amor. Como no sabía escribir se los dictaba a Luisa, que siempre, al nomás despertar, los apuntaba en un cuaderno que era especial para eso.

EL NOMBRE DE LA ROSA

Michele Najlis (1946)

Nicaragua

Fausto, que ha logrado en vida el goce de la eternidad pero teme la muerte, se encuentra con Venus, que conoce la inmortalidad pero ignora el alucinante sabor de lo eterno y teme por eso morir en la débil memoria de los hombres. Ambos comprenden que la única forma de vencer la muerte inevitable es jugar juntos el juego de los abalorios. A medida que avanza el juego, penetran en lo profundo del laberinto del árbol de la ciencia del bien y del mal, que no es verde ni gris, sino vertiginosamente multicolor. En la punta de una de sus ramas encuentran el nombre de la rosa. Así, la diosa y el hombre logran vencer la muerte.

ÚLTIMO DÍA DE VACACIONES

Gloria Melania Rodríguez Molina (1981)

Panamá

Un tirón de puertas y el cliente salió de la oficina con cara de haber visto un fantasma, y el jefe, siempre desconfiado del trabajo que hace su personal —sobre todo femenino—, terminó de hablar por teléfono tras la puerta acristalada de su despacho y trató de alcanzarlo, pero sólo llegó a tiempo para gritarle al auto en movimiento, a unos cuantos metros del área, tornando inútil su discreto servilismo empresarial.

Otra llamada lo retuvo hasta que, sin ocultar su contrariedad, se asomó a la oficina de la señorita Hilda. Estaba como siempre, en su escritorio, casi oculta entre las torres bien ordenadas de pagarés, cuentas por cobrar, transferencias bancarias, recibos, faxes, memos y las monadas de todo tipo que en esas mesas tienen su hábitat.

Ella le dirigió una mirada serena, la misma que los últimos años había sobrevivido a tres directores y dos presidentes, es decir, a la política; y siguió tecleando con ritmo armónico en su máquina de carro largo, pues fue la única empleada que no aceptó la computadora. O eso o yo, había dicho, y su aval de eficiencia le permitió ganar la partida.

La encontró tan ocupada que no tuvo valor de preguntarle absolutamente nada en cuanto a ese cliente, sobre todo porque se quedó desconcertado ante su cabello húmedo, más que húmedo, mojado, incluso con algunas gotas corriéndole por la frente y mejillas. Esta mujer es tan rara que suda distinto, tal parece que acabara de bañarse, se dijo, al tiempo que miró el aire acondicionado y se sintió atrapado. Allí estaba la causa. Seguía dañado, seguía sin enfriar lo suficiente, dejando escapar tan pertinaz goteo que ya formaba una laguna en medio de la oficina. Le extrañaron las salpicaduras alrededor y pensó, entonces, que el cliente debía haber metido el pie dentro y resbalado. ¿Fue por eso que se marchó en forma tan… tan poco usual? No, algo más debía haberle ocurrido para huir de esa manera. No le quedaba más remedio que interrogar a la señorita Hilda.

—¿Vio al hombre?

—¿Qué hombre?

—Al cliente.

—¡Ah, sí!

—¿Y…?

—No entiendo, ¿qué quiere que le diga?

Sus años de eficiente servicio, el puesto que ocupaba y la hermosa entrega al trabajo hicieron que el gerente no contestara con violencia. Se limitó a ser incisivo.

—Sólo tenía que entregarle la copia del contrato, señorita Hilda.

—Llegó fuera de hora.

—No pensé que tendría inconveniente en atenderlo.

—No lo tengo.

—¿Entonces…?

—Le dije que viniera mañana.

¿Qué le estaba pasando a aquella máquina de escribir a máquina, a aquella mujer que antes reía como las cómicas? ¿Es que había llegado la rebelión de los robots? Porque, pese a ser contraria a la tecnología y sus avances, era una mujer sin marido, sin hijos, sin préstamos bancarios, sin dietas, sin manías, sin ambiciones ni aficiones.

Sintió calor y volvió a mirar hacia el charco y decidió callar. Era mejor perder o posponer un negocio que molestar al mejor y más eficiente y económico y dispuesto instrumento multioficio que tenía en el departamento.

—Mañana mismo instalarán un equipo nuevo- fue lo que dijo para despedirse.

Y entonces ocurrió lo asombroso. Algo parecido al temor se reflejó en el rostro de la señorita Hilda. Temor, sí. Su primera reacción humana en los próximos trescientos y pico de días.

—No se moleste. El rendimiento de mi trabajo no se ha visto afectado.

Quedó petrificado. La señorita Hilda estaba siendo mordaz. Lo estaba acusando de negligencia, le estaba echando en cara su estoicismo capaz de prescindir de un servicio que, en tales temperaturas, podía considerarse derecho laboral propio. Peor aún, había sido muy irónica, tratando de insinuar que su jefe se valía de cualquier excusa para no trabajar; o al menos así fue como él lo sintió.

— ¿Qué quiere usted decir?—fue lo único que balbuceó.

—Eso. Olvide el asunto.

¿Hablaba en serio? Decidió no insistir porque el instinto de conservación de un jefe de departamento suele ser eficaz. Si sus superiores llegaban a saber que la señorita Hilda estaba tan enojada o alterada que se permitía estropear su escrupulosa labor por algo de lo cual él era responsable, su puesto peligraba, pues bien sabía que ella era inamovible, es que conocía más las funciones y los movimientos del departamento que él mismo. Su tenaz eficiencia la había convertido en la roca, el pilar, la viga mayor de la papelería de la institución, incluso en memoria y agenda oral de sus funcionarios y dependientes.

—Mañana mismo el problema estará solucionado.

—Por favor, no lo haga.

Sin duda el calor lo estaba trastornando. ¿Había suplicado? ¡Sí! Había suplicado con las palabras, con el tono de voz y con la expresión. Había implorado como cualquier ser humano en una situación difícil. Se asombró de sí mismo, ¿qué le estaba sucediendo? Entonces tuvo un presentimiento muy fuerte, algo tramaba aquel monstruo hembra, de lo contrario la mujer tenía que estar padeciendo de menopausia y esos climaterios que no se los aguantaba ni ella misma. Sin atreverse a decir nada más, abandonó el lugar con la mayor dignidad que pudo.

El suspiro de la señorita Hilda fue tan hondo que pareció un globo al desinflarse y abatirse sobre los tumultos de papeles, los únicos

tal vez capaces de acogerla y consolarla en un mal momento. Entrecerró los ojos y se pasó una de las delgadas manos por la frente. Después se permitió acariciar con la mirada el ya familiar charco y volvió el rostro hacia el reloj que colgaba de la pared. No, a esta hora ya no entraría nadie más. Ninguna otra persona osaría molestarla sin previo aviso y, para estar todavía más relajada, desconectó el intercomunicador. Entonces, reprimiendo apenas una placentera sonrisa que nadie le había visto jamás, se levantó, desabotonó su vestido y quedó completamente desnuda en medio del agua.

Poco después, estaba flotando bocarriba, con los brazos abiertos en cruz para recibir energía de la lámpara incandescente que relampagueaba, lo que indicaba que pronto había que cambiar el tubo. Pero eso a ella le recordaba un lejano medio día de mucho sol y calor, cuando la queja porque el aire acondicionado no enfriaba lo suficiente desató una reacción en cadena de lamentaciones: no trabajar en un área confortable cuando tampoco tenía un marido que la engañara, unos hijos que la agobiaran, unas deudas atormentadoras, propias del desvelo y la ansiedad, una casa con las premuras y las cosas sin hacer de todas las casas, sino el pulcro y sórdido cuarto rentado; no haber disfrutado nunca de vacaciones, ni sentido la necesidad de hacerlo, así como tampoco pensó en viajes al extranjero, automóviles, comprarse el último modelo de dijes "Tous" o aprovechar un baratillo en la tienda de "Liz Clairborne", ni se propuso gritar en una esquina que estaba harta de todo y de todos, porque… en realidad no lo estaba. Pero, eso sí, lamentó ser sólo la señorita Hilda, con años y años de servicios impecables, capaz de teclear documentos de todo tipo, organizarlos, archivarlos, identificarlos, recordarlos —contrario a cualquier funcionario público— y estar pendiente de cuanto se relacionaba, según sus alcances, con la consagrada misión de apuntalar el bienestar ajeno.

En respuesta a sus angustias, el aparato aumentó su desperfecto. Sin duda erigido en caballero vengador de la rechazada computadora. Ya no sólo enfriaba mal, ahora parecía tener otro problema difícil de identificar y ante el cual los técnicos se encogían de hombros, desconcertados.

Así ocurrió hasta que, cansada de secar y secar el agua infinita, se dispuso a expandirla. Y, sin pensarlo dos veces, saltó con furia dentro

del perímetro para salpicar muebles y paredes, sin importarle mojarse los siempre lustrosos zapatos “Glamour Original”.

Pero no fueron los zapatos los únicos afectados, sino todo su vestido, su rostro, su *blower*, porque la señorita Hilda era todo lo anterior mencionado, pero arreglada, siempre bien vestida, y sintió que todas esas horas frente al espejo y el dinero pagado al estilista se hundían, estaban cayendo a profundidades inimaginables.

Cuando pudo volver a la superficie, recordó con goce todo el frescor que el verano reserva a las playas, siendo disfrutado en su adolescencia, y que ahora le acariciaba el cuerpo, le hacía conocer el abrazo del marido, el deleite de un paseo en un BMW serie 3 o irse a comprar unos lindos zapatos “Salvatore Ferragamo”.

Desde entonces se reconcilió con su trabajo, es decir, con su única vida, dejándose mecer, de cuando en cuando, en su propio *mare magnum librorum*, fláccidamente tendida, como ahora.

Ya relajada, la señorita Hilda chapaleó un poco, después nadó hasta la orilla y salió otra vez al duro y brillante piso de mármol de veta rosada.

Tras secarse, volvió a vestirse y puso a airear la toalla sobre la silla giratoria. Al día siguiente, temprano, cuando llegara antes que nadie, la doblaría bien para guardarla en la gaveta X-Y-Z del archivador.

Después se sentó, renovada, a teclear un rato para dejar listo lo que había sufrido atraso con los “dime que te diré” de la tarde, y para deshacer del todo, con su requetecontraprobada terapia ocupacional, el mal sabor que le dejara la intromisión del jefe.

Pasadas las cinco de la tarde, la extraña empleada tomó su cartera y se dirigió a la puerta desde cuyo marco miró con dulce pesadumbre el agua ya regresada a sus dimensiones de pequeñas gotas.

Mientras iba hacia el elevador recordó la cara del cliente cuando entró en su oficina y se quedó boquiabierto, como si nunca hubiera visto a nadie tirarse de clavado desde lo alto del librero.

La señorita Hilda dejó escapar otro suspiro… sintió la nostalgia anticipada que produce el último día de vacaciones.

KATHRYN CARMICHAEL

Erika Harris (1963)
Panamá

A los escritores del Diplomado

Te sientas frente a la pantalla, tienes listos los textos que conseguiste en la Biblioteca Nacional, a tu diestra está el *mouse*, y la pequeña mesa donde pones el agua y el termo con café. Estás preparada para la nueva aventura de tu heroína medieval. Es el período de la Historia que menos te gusta y no terminas de comprender cómo se te ocurrió ubicar a Kathryn Carmichael en la Inglaterra del siglo XII, como alumna disfrazada en la Universidad de Oxford, admiradora del lejano Francisco de Asís y estrella improbable de una Cruzada, todo esto oculta bajo ropas de hombre, por supuesto. —Y te molesta que la comparen con Juana de Arco—. Claro, nunca pensaste que tu primera novela semihistórica tendría tanto éxito y que el clamor popular, el bolsillo de tu editor, mejor dicho, abogaría por una secuela. Así que ahora te toca rodearte de libros de la época y tratar de inventar una historia verosímil, interesante y que diga algo más que sólo narrar un acontecimiento. Tremendo desafío.

Kathryn Carmicheal saltó el vado que inesperadas piedras ofrecían a sus pies cansados, agotados. Otra vez luchas contra tu tendencia a la rima en la prosa. Es gracioso porque nunca has servido para la poesía rimada y hete aquí, versos rimados en largos párrafos, cargados de sensiblería. Sí, tienes que ubicarte en el tiempo, la enciclopedia multimedia te puede ayudar, pero las cacofonías sólo puedes cuidarlas tú misma.

El café te ayuda a mantenerte despierta; te presiona la fecha límite que te puso el editor y no sabes cómo lograr que los compañeros de lucha de esta mujer no se enteren de lo que oculta su armadura. ¿De qué está hecha la armadura? Otro dato para averiguar.

Y te estancas. El famoso bloqueo de los escritores. Miras la pantalla, revisas los libros de historia. Nada. Como los niños regresan al chupón para sentirse seguros, vuelves a tus favoritos. Casi puedes ver al Coronel Aureliano Buendía frente al pelotón de fusilamiento, o escuchar la risa de Pilar Tenera, e imaginas reír hasta espantar las palomas. Recorres París con la Maga en su periplo existencial de emociones como las tuyas. Y no te falta Jane Austen o Javier Marías, ni Wilde, Kafka, Stendhal, Maupassant y Dumas. Pero tu pantalla sigue en blanco.

Kathryn Carmichael cruzó con un ágil salto. Como tu salto hacia la fama con una primera novela. Y te da tanto miedo que no te salga un segundo *bestseller*. Ya sabes lo que van a decir. Fue suerte, el éxito literario depende mucho del mercadeo, de la publicidad, de los nombres detrás del nombre.

Kathryn Carmichael saltó las piedras del vado y cayó en un estrépito mudo sobre un tronco escondido entre el fango. No quieres volver al anonimato, pero tampoco quieres escribir sólo para que mencionen tu nombre entre los autores más vendidos. Vender tu integridad de escritora sería caer en el fango de la ignominia. Debe haber un punto intermedio, te dices, mientras libras la cuarta taza de café y empiezas a sentir un nuevo vigor, no sabes si por la cafeína o porque te estás desbloqueando.

Los compañeros de armas de Kathryn Carmichael descubrieron que su voz aguda no era la de un muchachito en desarrollo, sino de una mujer desarrollada y la queman en la hoguera de la traición y la herejía. Sí, seguro era una bruja que intentaba con sus

hechizos conquistar a lo hombres desde adentro y hacerlos perder su poder.

De hecho, era lo que en el fondo pensaba Mauricio de ti. Le robaste su triunfo, era suya la oportunidad porque tenía más tiempo que tú escribiendo. ¿Cómo fue posible que surgieras a la fama antes que él? ¿Cómo pudo preferir romper esa relación de años, de sacrificios compartidos, de cuentos contados en silencio, sólo porque una novela sobre una mujer vestida de hombre se convirtió en el *boom* literario del momento?

Pero, no. No tienes que dejar de ser tú para que él sea él. No mates a Kathryn Carmichael. Y te animas ya no por la bebida, sino por la adrenalina que las palabras producen en tus dedos, y los haces hablar.

Te acomodas en tu silla, abres un libro, tomas un poco de agua, borras el último párrafo y se suelta la historia que tenías atrapada entre miedos, soledades y esperanzas.

Kathyrn Carmichael cruzó con seguridad el vado que improvisó con las piedras que hizo que sus compañeros de armas cargaran desde el otro lado del río.

MEDEA

Emilia Macaya (1950)

Costa Rica

“Nodriza:
Jasón, faltando traidoramente a sus propios hijos
y a mi dueña Medea, contrae regias nupcias
con la hija de Creonte, rey de Corinto...
Medea:
…sin remedio deben morir mis hijos,
y como es preciso, yo que los procreé,
yo los mataré también”.

Eurípides, Medea

“Miró la espalda desnuda de Jasón. Extendió el brazo y su mano se deslizó desde la espesa cabellera hacia el hombro, afinando cada vez más los dedos, hasta que la caricia se transformó en un mal disimulado zarpazo. Imaginó que de aquella piel tantas veces amada, comenzaban a fluir, como respuesta a la presión de las uñas, cinco hilillos de sangre tenues al principio, profundos y caudalosos luego, como furiosos ríos de venganza…”

—Mamá, ¿cómo se llamaba la perrita que fue a la luna?
"…caudalosos luego, como furiosos ríos de venganza…"
—Mamá, ¿la perrita que fue a la luna?
—Laika, hijo. Laika.
—¿Y por qué fue sola? ¿Por qué no mandaron un perrito con ella?
—No lo sé, supongo que no había espacio para los dos.
—¡Mami! ¿Cómo no va a haber espacio en el espacio?

"… como furiosos ríos de venganza. Un necio golpeteo machacaba en su cabeza. Sucesivas oleadas de calor agradable y punzante la hacían agitarse por entero, desde la base del cráneo hasta la parte posterior de las rodillas y de allí a los pies, para volver a subir en forma de hormigueo que conducía al borde mismo del placer, al borde mismo de la vida y la muerte. Conocía esa sensación. La sensación de las manos que alguna vez habían tocado el dorado Vellocino…"

—Mamá, ¡Mamá! Te dormiste sentada otra vez.
—No, hija. Trato de escribir.
—No tiene nada.
—¿Quién no tiene nada?
—El esposo de la muñeca. Le he quitado el pantalón y no tiene nada. ¿No decías que los niños eran hombres y las niñas mujeres?
—Hija, por Dios. Trato de escribir.

"… las manos que alguna vez habían tocado el dorado Vellocino…"

Mamá… que no tiene nada.
—No sé qué pudo pasar. Alguna explicación habrá. Tal vez si le preguntamos a la muñeca…
—¿Te parece que en su mundo las cosas son distintas?
—Buena respuesta. ¡Muy buena respuesta! Eso debe ser.

"… que habían tocado el dorado Vellocino. Miró nuevamente al hombre de espaldas. Terminó de imaginar el torso espléndido

curtido por el sol en la cubierta del Argos y curado noche a noche por sus manos de hechicera, cada vez que Jasón desataba en su regazo el cansancio de la aventura sin fin. Extendió el brazo y los dedos llameantes, en signo premonitorio, palparon el cuerpo del esposo infiel…"

—Mamá, no puedo con este truco.

—¿Cuál?

—El del juego de magia que me regaló abuelito. El del arito en el cartón.

—A ver. Se pone el arito en este papel… se dobla. Abracadabra. ¡Zas! Desapareció.

—Lo vi, lo vi. Le diste vuelta al cartón. ¡Qué mala maga es mamá!

"…en signo premonitorio, palparon el cuerpo del esposo infiel…"

—Como maga, mami es malísima. Se le ven los trucos.

—Vaya, con que se me ven los trucos. ¿Por qué no vas por naranjas? La mañana está preciosa. Lleva a tu hermana. Si pasan allá una media hora, te enseño otro truco.

"… palparon el cuerpo del esposo infiel. Jasón, tú me tomaste sobre el oro del Vellocino. Aquel día de nuestras bodas, en la cueva de Macrís, sembraste hábilmente mi cuerpo y depositaste en él el fuego. Ese mismo fuego que será ahora ropaje de muerte. Nuestros hijos, Jasón, el recuerdo de nuestra aventura, el cuerpo de la promesa que hoy rompes… Nuestros hijos, Jasón…"

—¡Señora! El niño subió muy alto y ahora no puede bajar del naranjo. Se va a quebrar entero.

—¡Virgen Santa! ¿Y esos gritos?

—La niña… Llora porque cree que su hermano va a morir como sapo despanzurrado. ¡Corra, señora. Corra!

****

Adiós, Medea. Una vez más, debo ser Penélope.

CORRER TRAS LAS COSAS QUERIDAS

María del Carmen Pérez Cuadra (1971)
Nicaragua

…
tienes que correr,
tienes que correr
a toda velocidad.
Sabrá amargo el licor
de las cosas queridas.
Fito Páez

When I paint my masterpiece.
Bob Dylan

Esa tarde me encontré en casa con Sofía, mi amiga de la escuela secundaria, mi oponente más fuerte, más significativa. Tarde de domingo en que decidí sentirme al fin liberada de los oficios domésticos porque mi esposo no estaba en la ciudad. Lavaría la ropa sucia el fin de semana próximo, que los niños repitan la ropa, total yo tengo mi vida y quiero realizarme como ser humano. Acepto que ver crecer a los niños da satisfacción, que mantener-

me aún unida al hombre que amo es otra cosa digna de estar orgullosa pero hay más, siempre quise ser escritora, alguien importante a la que se le reconozca su trabajo. Dije:

—De esta semana no pasa que yo escriba un cuentecito sobre la liberación de la mujer o mejor, mi liberación como mujer, porque tampoco puedo ser tan atrevida y decir que llevo a “la mujer bajo mi piel”, si yo soy apenas una mujer con una clase social específica, con una vida y estatus particulares… sé que alguien dijo algo de orgasmos y piel… “¿multitudes y piel?” No importa.

Fue cuando Sofía, a la que yo prefería llamar Sonia, dijo:

—No tenés la más mínima posibilidad de ser escritora. Sos una simple ama de casa; deberías contentarte con eso. Si tu marido se entera de que sos una esposa frustrada hasta te puede echar a la calle. No le costaría mucho conseguirse una nueva y mejor.

Me levanté con la sangre en las sienes, con ganas de matarla, pero me contuve y le hablé en tono seguro.

—Sonia, el hecho de que seamos amigas no te faculta para que me tratés de esa manera.

—Si te duele la franqueza, lo siento, pero que te duela porque yo no soy hipócrita, apenas trato de ponerte los pies sobre la tierra. Con buenas intenciones, para ayudarte.

—¿Y ese es tu concepto de ayudar? ¿Decirme que no sirvo, que estoy equivocada?

—Cariño, nunca vas a ser escritora. Pensalo bien, de esos sueñecitos que tenés sólo conseguirías algo con mi ayuda. Ser escritora es algo serio, eso sólo podría hacerlo yo, si quisiera. Tengo empleadas para cada necesidad, una casa hermosa en el campo, otra en el mar desde donde puedo inspirarme para crear argumentos, anécdotas, cosas interesantes, luego tengo mi *laptop*, si se trata de cargar con la herramienta básica, mi palm y la computadora de la casa… pero vos no tenés nada, amorcito. ¿Tenés máquina de escribir, sabés mecanografía o algo así?

—Te creí más inteligente a ti, Sonia, te iba a incluir en mi cuento, pero veo que no vale la pena. ¡Andáte de mi casa, pero andáte ya!

Cuando el carro de Sonia se fue con ella adentro, la sentí e imaginé como una babosa de caracol, sin cerebro. Corrí a sacar las bolitas de pan de mantequilla que se me habían quemado en el horno. Me que-

mé, pero mis manos estaban heladas de furia. Nunca me había sentido tan humillada por otra mujer y eso que entre las mujeres la relación es de comparación y repulsión y allí se daban la mayor parte de las buenas y largas amistades como la que yo había tenido con Sonia.

Traté de consolarme diciéndome a mí misma que lo que había ocurrido es que Sonia se puso envidiosa, que ella también se había dado cuenta que a pesar de su ventaja social era menos probable que se realizara. No es que ella con todos los medios posibles para ser una buena escritora simplemente había decidido no serlo, se trataba de que su mundo de ama de casa, de mujer de maquillajes y perfumes caros tenía demasiadas tarjetas de navidad que llenar para mandarle a sus amistades, tarjetas de felicitaciones de cumpleaños, los regalos del día de los reyes… tanta basura por hacer que yo, gracias a mi misma pobreza, me salvaba de estar obligada. Extrañamente no lloré, yo que para todo dejo escapar una mueca de llanto incontenible y luego lloro a lágrima partida por puro gusto de deshidratarme para sentirme la mártir. Ella había dicho algo que era verdad, yo soy una mujer pobre y no tengo servidumbre, tampoco dinero como para tener un *background* significativo de lecturas. Pero tengo la malicia, tengo el deseo y la imaginación necesaria como para hacer mi obra maestra. Le pondré algo así como: “Espacios de una ama de casa”, o mejor: “Del día y las circunstancias en que me liberé de la cocina…” Bueno, más vale que escriba y luego le ponga nombre.

Estaba en ésas cuando sonó la alarma de las seis y treinta. Hace una hora que debí haber hecho la comida. Los niños deben estar esperándome en casa de su abuela. ¿Qué hacer? ¿Tomar un taxi para ir a traerlos o preparar primero la cena? Ir a traerlos, no vaya a ser y mi suegra me reclama, me saca en cara que su otra nuera es un amor de mujer, que no se pasa de horas para ir a traer a los niños de casa de los abuelitos, que cuando sale de su casa la deja en perfecto orden, que da envidia… Definitivamente me voy a traer a mis hijos.

Fui a traer a los niños, escuché la historia de la nuera perfecta de boca de mi suegra: que a ella no se le paraba una mosca, que la casa daba gusto, que los niños nunca se pasaban de hora para comer, etc. Mientras venía de regreso a casa pensé que no me iba a atrasar cocinando para ellos. Compraría unas tajadas de plátano frito con gallopinto,

carne asada y un refresco de cacao. Yo me comería algo de avena con leche y listo, ahorro tiempo y dinero; de paso comienzo una dieta, pero comienzo de una vez por todas. Resultado, la carne les salió muy dura, el gallopinto estaba demasiado mantecoso y le provocó diarrea a Emma Nathalia, mi bebé de dos años. A Ernesto, de cuatro, no le pasó el refresco de cacao porque amargaba la boca de tan dulce; amenazó con vomitar. Adriana, de siete, estaba mudando los dientes y no podía comer nada. Tuve que cocinarles a cada uno algo especial, que no provocara diarrea sino que la contuviera, que fuera suave como para que la comiera un desdentado y que estuviera sabrosa, pero barata; pasé el resto de la tarde y la noche haciendo empanaditas de plátano maduro rellenas con queso fresco y arroz, limonada, atolito de maicena con vainilla y, finalmente, tortas de quequisque. Cuando terminé de arroparlos, darles su beso de buenas noches, decirles que los amaba con todo el corazón, ordenarles los cuartos, lavar el cerro de trastos que había producido la comida… ¡estaba yo tan agotada!, que decidí dormirme temprano (eran casi las diez de la noche) para levantarme a las cinco de la mañana a hacer el desayuno. Mañana es lunes, Adriana y Ernesto se van a la escuela, eso me va a dar tiempo.

Me fui a acostar pero estaba tan excitada que me dio insomnio. Sentí como un presentimiento de algo fatal en mi vida. Me levanté, revisé todas las puertas, las cerraduras. Me asomé por una hendija y no vi a nadie en la calle. Me fui a acostar nuevamente para darme cuenta de pronto que estiraba la mano buscando el calorcito de mi amor y no encontraba nada: no podía dormir porque lo extrañaba. Fui a buscar una camisa sin lavar, una que oliera a él, su olor me iba a hacer sentir protegida, animada a emprender mi tarea con todas las fuerzas del mundo.

El despertador sonó a las 6:30 a.m. porque así estaba programado desde el día anterior. ¡Debí programarlo para que me despertara a las 5:00 a.m.! Corrí a levantar a los niños, pero ellos estaban armando una batalla de almohadas que no sé cómo no me despertaron. Los metí a los tres al baño, juntos para no atrasarme más; los dejé en remojo mientras me fui a poner la porra del café. 6:50, me voy a vestirlos. Nathalia respiró agua por la nariz, parece que los otros jugaban a ahogarla. ¡Son unos demonios!

7:20, el café está tan caliente que no se puede beber. Se me olvidó comprar el pan ayer. Sólo tengo huevos. Les doy huevo frito, pero

lo detestan; ellos quieren pan con mantequilla, los pobres le dicen mantequilla a la margarina. Menos mal que todavía no entienden la diferencia. Me pregunto, ¿cuántas mujeres habrá que al igual que Sonia no saben cómo es la vida sin teléfono, sin carro, sin Internet, sin cafetera, sin agua caliente en los grifos, sin lavadora de ropa, sin mantequilla de verdad, sin empleadas, sin niñeras? ¿Cómo limpiará ella sus casas, si yo le tengo que dar brillo al piso a punta de recontrapasar el trapeador?

Tuve que dejarlos solos en la casa enllavada por fuera para correr como loca a la venta de la esquina y comprarles galletitas soda y jugos de lata. Si seguía así para el miércoles no iba a tener con qué comprar comida. Debía volver rápido antes que fueran a prenderle fuego a la casa.

A las 7:45 los llevé a la escuela, con 15 minutos de retraso, pero con la suerte de que me quedaba como a las dos cuadras. Regresé con Nathalia a la casa. La puse a ver televisión mientras yo me bañaba y me preparaba para mi nueva etapa. El ruido del agua no me dejó escuchar cuando ella arrastraba su banquita de alcanzar el inodoro hacia la puerta del baño. Cuando quise salir estaba enllavada por fuera porque en el baño no había una cerradura sino aldabas y pasadores. Le grité, le ordené, le supliqué… tuve que forzar la puerta. Ella estaba en la cocina haciendo caminitos con la caja de espaguetis desperdigados por toda la casa. Se puso a llorar cuando me vio llegar tan enojada. Me dio mucho pesar verle la trompita tan inocente apretada en un espasmo de miedo y arrepentimiento. Pero si apenas acaba de cumplir dos años… lo que necesitaba era jugar, así que la regañé, le dije que no volviera a hacer eso porque yo me iba a enojar mucho. Prometió no volver a hacer travesuras semejantes.

Pasé casi dos horas jugando al caballito con ella montada sobre mi espalda, recorriendo la parte enladrillada de la casa, el dolor en las rodillas ya no me permitían continuar, pero ella estaba feliz, incansable. Yo necesitaba sentarme. Opción, ponerla a dibujar con una crayola rosada que encontré.

Me fui a sentar a escribir. El lápiz con el que pensaba escribir se lo había llevado Adriana, su cuaderno también. ¡Yo no tenía un solo lapicero en la casa!

—¡Mierda! ¿Cuándo puta voy a poder escribir?

Estaba tan frustrada y enojada que comencé a darle golpes furiosos a la mesa. Lloré. Golpearon la puerta. Me limpié las lágrimas y abrí. Era mi madre.

Lo primero que hice fue abrazarla fuerte, decirle que la amo, que qué horrible es ser mujer, que cómo había hecho ella para sobrevivir. Le conté mi proyecto. Me dijo que no me desesperara, que cada cosa tiene su tiempo, que ella se iba a llevar a Nathalia para que yo me pudiera dedicar a mi proyecto.

Por supuesto que la casa estaba hecha un desastre, las camas del cuarto de los niños estaban revueltas, las almohadas en el suelo, la ropa sucia junto con la limpia, el piso estaba lleno de migajas de galletas; la cocina tenía trastos sucios, pailas con huevos fritos, tazas con café y caminitos de espaguetis crudos; la puerta del baño estaba forzada y no cerraba… mi cuarto era otra historia que arreglar. Mamá se llevó a la niña y yo me quedé preparando el almuerzo porque ya casi iban a volver los niños de la escuela. Rogué por paciencia. Mamá tenía razón, ahora que viniera Adriana me prestaría su lápiz y unas hojas de su libreta blanca. Arreglé un poco y fui a traerlos.

Me senté a comer con ellos, también tenía hambre. Los vi tan bellos y hermosos que me sentí culpable por no atenderlos como debe ser. Sentí que no estaba bien mi idea de dedicarme a mí y no a ellos que me necesitan tanto. Pero también pensé en el futuro, en qué pasaría cuando ya crecidos se liberaran de mí; ellos tienen su vida y yo no quiero ser una carga cuando sea una anciana, si es que llego a serlo. Es verdad que nadie sabe cuándo va a morirse, pero mientras estuviera en mis manos trataría de hacer lo posible por hacer mis sueños realidad: iría despacio, una página por día, eso sería todo, los atendería como se lo merecen y me daría mi propio espacio.

Pasó la semana y nunca tuve tiempo. No noté ninguna señal de que mis hijos estuvieran creciendo. En cambio, yo me miraba más vieja, más apagada que nunca. Llegó mi esposo en la tarde del viernes. Lo recibí con mucha alegría, era mi amor que regresaba. Le di de comer, tuve la ropa limpia y planchada, todo en orden; le di mi amor, mi calor, mi cuerpo entero sólo para él. El domingo quise tomarme un rato para escribir las cuatro páginas que llevaba de retraso en mis planes de escritora. Para eso planifiqué hacer espaguetis con queso y listo, a escribir.

Mi esposo protestó. Dijo que esa era comida de estudiante soltero, que cocinara otra cosa.

Yo no contesté nada y comencé a repasar en la memoria las ideas que tenía.

—Estás como ida, ¿qué es lo que te pasa?

Silencio.

—Bueno, ¿es que acaso hoy no se va a comer en esta casa?

—No. Hoy decreto día de "crear y no cocinar", por tanto, me tomo el día feriado y lo voy a dedicar… taránnn ¡a mí misma! De hoy no pasa que escriba ese maldito cuento, pase lo que pase.

—Tené cuidado con lo que hacés, muchas mujeres querrían tener el lugar que vos tenés en esta casa…

—¿Sabés qué? Lo único que yo quisiera es tener una esposa como yo, que me cuidara como yo te cuido a vos, que me hiciera la vida más agradable como yo te la hago a vos, que me amara y me respetara tanto como yo a vos.

—¡Ahora hasta te vas a volver lesbiana!

—Voy a hacer lo que sea necesario para realizarme como mujer, como ser humano.

Ese día tampoco lloré. Algo en mí se había roto por dentro. Me encerré en mi cuarto, agarré el cuaderno de dibujar de mi hija mayor, tomé un crayón negro y decidí escribir mi historia; por supuesto que no sería una historia de amor, esta vez el título sería algo así como "tienes que correr".

UN CUENTO A LO CORÍN TELLADO CON MÚLTIPLES FINALES (ELIJA EL QUE LE GUSTE MÁS)

Jessica Masaya Portocarrero (1972)
Guatemala

Para mi tía Brunilda,
y para todas la tías Brunildas
que pasaron su juventud
leyendo "novelas inéditas"
en Vanidades.

Teresa, considerada desapasionadamente, ha sido una antisocial desde siempre. En su niñez simplemente fue retraída, para la tranquilidad de sus padres, pero con la adolescencia las cosas se complicaron pues empezó a surgir la Teresa que conocemos: enigmática, ensimismada y hasta cierto punto desaliñada. Mientras las otras adolescentes se dedicaban a experimentar con el sexo opuesto, ella leía día y noche, esa actividad parecía llevarla a un mundo interior donde permanecía tranquilamente. Empezó a notar que era diferente cuando cumplió 15 años, pues escandalizó a sus compañeritas por no tener novio con quien bailar en su fiesta, era la única que no lo tenía, quizá porque no era agraciada físicamente, o quizá no le interesaba porque cuando era peque-

ña la habían besado a la fuerza, asquerosamente, con una boca apestosa a licor, mientras unas manos sucias la recorrían toda. No se sabe.

Cuando entró a bachillerato se burlaban de la “patito feo” que no tenía novio, pero ella seguía como ausente y sus padres empezaron a preocuparse, no querían tener una hija extraña que a la larga se quedara para vestir santos, ya que su sueño dorado era que después de que ella se casara (era hija única) podrían vivir en una eterna segunda luna de miel. Todos la instigaban a parecerse más a las adolescentes promedio, pero Teresa parecía que crecía más lentamente o de otra forma. Cuando se acercó la gran fiesta previa a la graduación, todos tenían pena por Teresa pues creían que iría sola o que iría con su único primo, pues nunca se le había visto con ningún muchacho. Gustavo, el primo de Teresa, se las ingenió para conseguirle una pareja pues él no quería ir a una fiesta de *fresas*. El amigo de Gustavo que aceptó ir a la fiesta se llamaba Steven, a quien Teresa había visto sólo un par de veces y de lejos. Cuando lavieron con él en la fiesta hubo un asombro inusual, casi con suspiros de alivio, y después la fiesta fue típica de adolescentes. Teresa terminó divirtiéndose de verdad, incluso bebió del licor que Steven llevaba en el saco y le gustó la sensación de abandono que tuvo. Después en el colegio no se hablaba más que del supuesto novio de Teresa, y de pronto la aceptaban y la trataban como a las demás y ella les seguía la corriente, y por unos días vivió la vida que los demás querían que viviera, hasta inventó que había perdido su virginidad como las demás y con eso terminó de ser aceptada por esas niñas maliciosas.

Sin embargo, su mentira se descubrió cuando Steven, a quien Teresa no veía desde la fiesta, se presentó elegantemente vestido al acto de graduación del colegio. Teresa, agobiada debajo de tanto maquillaje, se preguntó entre incrédula e ilusionada: “¿Vendrá por mí?”, mientras sus compañeras graduandas miraban la escena con expectación. Dicho acto fue una agonía para ella, pero fue peor cuando terminó y todas bajaron del escenario a reunirse con sus invitados. Steven, radiante y apuesto como un príncipe de cuento con un ramo de flores en las manos, corrió a abrazar a Susie, su novia, quien esa noche se graduaba de secretaria. El malestar fue general y Teresa nunca fue la misma. Supongo que desde entonces construyó cuidadosamente su coraza, pues vivir como la mayoría era difícil y decidió no molestarse más por encajar, hizo algunos arreglos exteriores

más bien estéticos que la hicieron parecer promedio, como la ropa que para ella era más bien un uniforme obligatorio, que algo que le agradara usar. Es así que al final hasta era atractiva, hechiza, pero atractiva a su manera. Cuando cumplió la mayoría de edad, empezó a trabajar, ya era casi independiente y decidió que sería una actriz, por lo que empezó a estudiar arte dramático. Esto coincidió con su primer novio, un muchacho que en una fiesta bailó con ella hasta el cansancio y, luego de prestarle su pañuelo para que se secara el sudor, la invitó a tomar aire fresco y con ensayada emoción dijo algo sobre las estrellas, sobre sus ojos brillantes y la tomó por la cintura, la besó largamente. Teresa ni cerró los ojos, pensaba. ¡Él la estaba besando y ella pensaba! Luego empezó su rutina tipo fantasma, seria y solitaria aparecía en cualquier lugar y cuando te dabas cuenta ya no estaba. Su vida amorosa era un misterio, puescuando platicabas con ella era diplomática y cortés, pero nunca permitía que se inmiscuyeran en su vida. Afortunadamente para ella, la gente que la rodeaba en general eran unos egoístas que querían hablar solamente de sí mismos, así es que Teresa en lugar de conversar realmente, se dedicaba a entrevistar a los demás con un extraño interés, como un psiquiatra a su paciente, y a mí me parece que había algo de repulsión en esta estrategia de Teresa hacia la gente, pero ésa era la única forma que tenía de convivir con ellos y no ser tildada de extraña, sino de "buena persona". Al final, Teresa sabía con detalle acerca de todos, pero nadie sabía gran cosa de ella, a no ser acerca de su escapismo, hasta le decían Teresa Houdini. Alguien afirma haberla visto caminando como perdida bajo la lluvia por la Plazuela España una tarde de sábado, otros juran haberla visto llorando en un autobús, y un montón están seguros (hasta yo) de haberla visto bebiendo sola en San Charles, en La Bodeguita y en El Tiempo. Siempre con la mirada ausente, como pensando en mil cosas a la vez, comiéndose las uñas.

Con este halo de misterio y debido a que al final de cuentas no estaba del todo fea, varios hombres desfilaron en su vida después de aquel primer novio, que la dejó porque ella le decía cosas que él no entendía. Los otros también fueron y vinieron de igual manera, cansados de aquella mujer extraña que los entrevistaba como en un *talkshow*, y actuaba como una autómata sin dejarles ver quién era en realidad, y que al parecer encontraba placer sólo en sus lecturas y la bebida. Ocupada en estas dos actividades se mantenía impasible ante sus novios, nunca se entusiasmaba

ni se encariñaba, hasta que llegó Daro, un maduro y apasionado hombre casado que le proporcionó la clase de relación con la que al parecer se sentía a gusto: intensa, cerebral, silenciosa y que no la absorbía pues él debía ocuparse de su familia. Como siempre las cosas escandalosas son las que se riegan rápidamente y esto sí llegó a los oídos de muchos que no comprendían a Teresa, talentosa actriz que aparte de ser extraña bebía con frecuencia y encima estaba involucrada con un renombrado cardiólogo casado. Fue toda una bomba, pues a los hombres cuando actúan así se les dice bohemios, a las mujeres no.

Debido a aquello de "hazte fama y échate a dormir", aun cuando la famosa relación terminó, encima de Teresa estaba siempre esta sombra. A pesar de que nadie sabía mucho sobre ella, su constante aparición en bares a solas sí era evidente por lo que se decía lo peor de ella. Pero a pesar de su desastrosa reputación, aún tenía algunos amigos-pacientes que acudían a ella para hablar, mientras ella escuchaba supuestamente atenta con una cerveza y un cigarro en mano. Una de estas amigas era Ericka, una entusiasta relacionista pública que estaba subiendo como la espuma en su carrera. Entre Teresa y Ericka había, al parecer, un genuino acercamiento, por eso un día, luego de oír el veneno que se derramaba en contra de Teresa, Ericka le dijo: "¡Hasta aquí llegó esto!: una artista tan valiosa como tú no puede ser tan maltratada. Desde hoy, yo me ocupo de tus relaciones públicas". Teresa, interesada en mejorar su imagen sólo para participar en un proyecto que le interesaba, se dejó llevar dócilmente; hasta parecía divertida con las estrategias que le proponían.

El nuevo debut de Teresa fue el día que se graduó de actriz, tenía 26 años. "Querida, si querés emborracharte (le decía Teresa en tono profesional) hacelo, pero no en público, no, no, no, ¿qué es eso de estar a solas frente a un litrote de cerveza, fumando como desesperada? Yo sé lo exquisita que eres en tu arte y en tu forma de ser, y que eres mucho más que una mujer que bebe, pero eso no es suficiente, tenemos que demostrárselo a los demás". Así que por indicaciones empezó una vida social muy agitada que incluía entregas de libros, conciertos, películas, foros, exposiciones, conferencias y hasta asuntos religiosos. A pesar de que antes ya asistía a algunas de estas actividades, Teresa se sentía un poco incómoda ahora que iba vestida impecablemente, conociendo y saludando a muchas personas. Su costumbre de entrevistar siguió, pero ahora dejaba saber a la gente a

qué se dedicaba y qué estaba planeando a favor del arte en nuestro país. Esto constituía un gran esfuerzo para ella, sobre todo considerando que tenía que hacerlo sin tomarse más de UN trago, ya fuera de whisky, vino o champán, pero nunca de cerveza, por supuesto, y bajo la supervisión de Ericka.

De parte de quienes ya la conocían se empezaron a escuchar cosas como "¡Cómo ha cambiado esta muchachita que antes andaba en malos pasos!". Y para los que recién la conocían constituía una cara nueva más, pero poco a poco empezó a convertirse en un personaje conocido y hasta esperado en estos eventos. Hasta aquí llegaba la primera fase de cambio de imagen planeada por Ericka, luego empezó a conseguirle pequeñas intervenciones en eventos artísticos, comentando ciertas obras, por ejemplo, y en dichas intervenciones aplicaba las técnicas teatrales que manejaba con habilidad, era como si se desdoblara totalmente, al punto de que al hablar parecía otra, un personaje, mientras Ericka la observaba desde lejos entre el público. Después, Ericka consiguió que se publicaran algunos artículos de Teresa en periódicos y revistas. Todo estaba saliendo como lo habían planeado. Ericka pensaba el siguiente paso, ahora sí sabrían quién era (o quería ser) Teresa. El siguiente golpe, quizá de suerte, fue cuando se le presentó la oportunidad de actuar en la obra de teatro *El sí de las niñas*, en una de esas compañías de teatro que hacen mucha publicidad a sus puestas en escena, pero que no cuentan con muchos buenos actores entre sus filas. Esa pieza no era del agrado de Teresa, pero fue a la audición con mucho profesionalismo. A pesar de que el personaje era el de una adolescente, se lo dieron porque aparte de que parecía menor de lo que era, tenía un buen curriculum. Teresa destacó, ganó muy buenas críticas y fue invitada por otros grupos a realizar otros proyectos.

Cuando se empezaron a organizar actividades para conmemorar el centenario del nacimiento de Federico García Lorca, *La casa de Bernarda Alba* empezó a montarse. Los ocho personajes femeninos debían ser representados por actrices de la mejor calidad. El papel de Bernarda Alba se le dio a una primera actriz española que andaba por aquí, y para el resto se hizo una cuidadosa selección. El sueño de Teresa era hacer el papel de Adela, moviendo cielo y tierra hasta que lo consiguió, ayudada en gran parte por las relaciones públicas que Ericka había hecho por ella. Fueron largos y arduos ensayos, pues para Teresa era un gran reto actuar

al lado de tan experimentadas actrices, por lo que estuvo entregada a eso en cuerpo y alma y bajo una gran tensión. Afortunadamente Teresa fue todo un éxito el día del estreno, vivió de tal manera su papel que dejó a todos embelesados y aquello parecía ser un bello broche de oro para el trabajo de Ericka y desde aquí quizá dejar a Teresa seguir con su vida, pero no, ella insistía en planear el siguiente golpe y no se le ocurría qué, había agotado los recursos que su joven experiencia le había dado. Sin que nadie lo supiera empezó a consultar libros y manuales, pero fue en una revista *Cosmo* donde encontró una idea que se adecuaba a nuestro medio de "bolas" y especulaciones. Simplemente decía: "siembra un chisme a tu favor", así sería la misma gente la que se encargaría del resto. Entonces decidió que tenía que encontrar un compañero sentimental a la altura de la nueva Teresa, aunque fuera pura ficción.

Después del estreno de la obra, hubo una exclusiva celebración a donde acudieron muchas personalidades. Nuestra Teresa, satisfecha y feliz, obtuvo autorización para brindar mientras Ericka también se relajaba y descansaba de su protector papel. Cuando Teresa ya se había tomado unos tragos y fumaba sus tan ansiados cigarros en silencio y un poco ensimismada, entró al lugar JR, un escritor legendario creador de la más exquisita poesía y a quien se le tenía como toda una institución, pero que era una especie de ermitaño. Nadie sabía cuánto lo admiraba Teresa, quien al verlo se quedó inmóvil. No se esperaba la presencia de JR en aquel lugar, pues era un hombre solitario y alejado del tumulto y el ruido. Teresa lo llamó con la mirada a su mesa, presentándose con humildad, pero sus ojos brillaban como nunca antes se había visto, la admiración por ese hombre hacía que las palabras le salieran a borbotones, sin control, mientras JR tenía una expresión rara en la cara. A pesar de la ardua campaña de relaciones públicas que Ericka había desplegado, JR nunca había reparado en Teresa. Este poeta era un misterio, nadie sabía gran cosa de él, sólo se conocía su bella obra literaria, a la que al parecer se entregaba en cuerpo y alma al punto que era lo único que le importaba. Era un hombrón que lucía extrañamente sencillo, a quien todos rendían honores y pleitesía, pero que no permanecía demasiado tiempo en ningún lugar. Ericka, que estaba al otro lado del salón, de pronto sintió los murmullos y cruzó el lugar con la mirada. Teresa estaba extasiada como ante una aparición divina, como adorando a su dios, quien la observaba distante, pero intrigado.

"¿Será que esos dos ya se conocían?", se preguntaban algunos junto a Ericka, que siguió observando la escena atentamente. Ericka pensó que él hablaría brevemente con Teresa para atender un ratito a los demás y luego se iría. Pero no, JR empezó a ¡hablar! y a pesar de que se encontraba lejos de la mesa, Ericka pudo ver que Teresa no estaba haciendo su rutina de entrevistas, sino que había comunicación entre ellos. Ericka estaba fascinada y lo estuvo mucho más cuando, contrario a su costumbre, JR se acomodó y se tomo un trago sólo para conversar con Teresa. Un escritorcillo de segunda que no le llegaba ni a la suela del zapato a JR preguntó como indignado: "¿Y qué tanto hablan pues? Seguro que ya se conocen pero, ¿qué puede estar hablando con ella?" Y fue ahí donde se le prendió el foco a Ericka, al ver el efecto que producía el hecho de que Teresa estuviera con aquel escritor. "Ése es el hombre que necesitamos" pensó. Y a pesar de que no tenía ni la menor idea de qué hablaban y que sabía que era la primera vez que se encontraban, comentó como si nada: "JR encuentra a Teresa muy interesante, hicieron click desde que se conocieron". El efecto fue inmediato. "Una mujer *debe ser* muy inteligente para atraer a un hombre así". Ericka sonrió satisfecha.

Unos minutos después JR volvió a su misma actitud desdeñosa de siempre, se puso de pie al tiempo que Teresa le hacía, a modo de despedida, una extraña y casi imperceptible reverencia. Ericka quiso saber qué había sucedido con JR, pero Teresa enmudeció y perdió la mirada por la ventana. Ericka supuso que uno de sus clásicos silencios se acercaba, pero de pronto Teresa con una expresión que nunca le había visto dijo:

—¿Sabés qué?, desde que tengo uso de razón he estado en este "mi mundo aparte" que tanto me reprochan, como desterrada. Mis únicos amigos han sido los libros, y la obra de este hombre me ha transportado a lugares y estados que no puedo ni explicar… no sé cómo agradecérselo.

Nunca Teresa se había expresado ante Ericka así, ni tomada, por lo que Ericka quedó sorprendida. Luego hubo que acompañarla en un largo silencio, aferrada a un cigarro tras otro, para ir a parar a La bodeguita donde Teresa cantó y lloró hasta que los sacaron. Fue a meterla al carro y verla vomitar, luego echarse hacia atrás y decir palabras incomprensibles. No, no podría volver a tomar en mucho tiempo.

Ya era diciembre y las festividades de fin de año se acercaban y Ericka invitó a Teresa a una fiesta donde estaba segura que JR se iba a

presentar. Cuando llegaron al lugar y se acomodaron, Ericka propuso a Teresa que sembraran el chisme de un romance entre ella y JR.

—¿Otro hombre casado?— dijo Teresa con asombro por la propuesta.

—No, niña, JR está divorciado y es uno de los nuevos solteros más codiciados. Nadie le ha conocido novia desde su divorcio y tomando en cuenta lo receloso que es con su privacidad, aún si la tuviera, él lo mantendría oculto. ¿Me captas? Sea cierto o falso, él no va a comentarlo nunca— le explicó Ericka.

Pero Teresa no pensaba en el golpe publicitario precisamente, pues la noticia de que JR era soltero la sorprendió e inquietó sobremanera, nunca lo había considerado como hombre sino sólo como autor. Su admiración era tal que lo elevaba por encima de esta terrenalidad, por eso ahora que su amiga se lo pintaba como cualquier mortal de carne y hueso, se sentía confusa, como profanadora. Además eso de inventar cosas le recordaba el incidente de bachillerato. Estaba en estas cavilaciones cuando JR entró al salón y por primera vez lo consideró y lo observó como a un hombre carnal, sobre todo cuando se dio cuenta que varias mujeres se abalanzaban sobre él, pero ellas iban sin ninguna admiración, sin conocer su obra, movidas sólo por el deseo. Sintió que le faltaban el respeto a "el poeta".

—Pero si casi me dobla la edad y no creo que esté interesado en mí— dijo Teresa luego de unos segundos.

—Yo pienso que él sí tiene especial simpatía por ti— replicó Ericka para animar a Teresa, pero mentía, estaba inventando. Ese comentario aparentemente inocente provocó en Teresa ilusión, pues pensó que el artista podría tener una comunicación con ella a otro nivel, diferente a la que tenía con esas voluptuosas mujeres. "Ellas no pueden ofrecerle lo que le puedo dar yo" pensó ingenuamente Teresa y quedó segura de eso, lo que quizá fue su error. Se convenció de eso un poco porque esa noche observaba de lejos cómo JR en su camino despachaba con dificultad uno tras otro a los que se le acercaban hasta llegar a donde Teresa estaba y se sentó a su lado, la saludó de beso. Ericka se fue de la mesa y localizó al más chismoso del lugar y dejó caer la frase despreocupadamente: "Lo de ellos fue instantáneo, fue simplemente un flechazo", mientras los aludidos sostenían esta conversación:

—Fíjate que quiero llevar a mis hijas a ver *La casa de Bernarda Alba* — él.

—Si querés te doy unas entradas de cortesía — ella.

—¿Tenés?— él.

—Sí, las tengo en el carro, acompáñame y te las doy de una vez — ella.

—Claro, y así me voy porque no quiero desvelarme hoy — él.

—Bueno— ella.

Otra vez las miradas curiosas y los susurros por el encuentro de Teresa y JR, y Ericka no cabía de contento. Cuando se dio cuenta, se levantaban de la mesa. Todos los asistentes los vieron salir juntos, sin faltar las caras verdes de envidia de ciertas mujeres. Ericka salió discretamente también e interceptó a Teresa cuando estaba por entrar otra vez.

—¿Y JR?

—Se fue.

—Mmmmm… dame las llaves del carro y tú te vas ahorita en ese taxi que viene ahí. Todos creerán que te fuiste con él.

Teresa aceptó a pesar de que no le gustaban los taxis, los encontraba deprimentes y justo a tiempo cuando desaparecía, salió uno de los chismosos que no pudo con la curiosidad y encontró a Ericka viendo hacia la esquina, y quien luego de suspirar dijo "¡Qué linda pareja!", y entró satisfecha. Hubo una nota en el periódico donde se comentaba el evento de esa noche, y se informaba que el escritor JR y la actriz Teresa habían asistido juntos. A pesar de que JR no le había dicho ni una palabra romántica, Teresa dejó entrever que sí había algo entre ellos.

Exactamente una semana después de que se vieron en la fiesta de la que supuestamente se fueron juntos, Teresa despertó algo desganada, faltaban sólo dos semanas para la Navidad y eso la aterraba. Revisó sus compromisos del día y recordó que tenía que desayunar con una nueva amiga, luego comprar algunas cosas sólo para sobrevivir y por último en la noche reunirse con Ericka en un convivio de periodistas. Pronto la nueva amiga la estaba llamando para recordarle la cita, pero le dijo: "tengo una sorpresa para ti, no te pongas maquillaje ni te arregles mucho, porfa". La tal amiga la llevó a un spa, lugar que Teresa nunca había visitado y que resultó ser donde las mujeres se reunían a jugar (como niñitas) a embellecerse, con toda clase de ungüentos, pócimas, cremas, remedios, recetas

y hasta procedimientos algo escalofriantes. Iniciaron el ritual con un desayuno en el que todo sabía a cartón. "Come bien, querida, porque estaremos aquí hasta el mediodía". Y efectivamente, cuando eran las 12:30 horas Teresa ya había sido exfoliada, deshidratada, masajeada, relajada, humectada, rehidratada, perfumada, suavizada, desarrugada y peinada, todo en medio de un interminable murmullo de mil voces chismoseando a la vez, lo que le recordó a las jaulas gigantes de loros, pericas y guacamayas que hay en La Aurora. Luego, un almuerzo parecido al desayuno y estaban listas, eran dos mujeres nuevas, según el estilista. "Nena, te voy a acompañar a hacer tus compras, yo también necesito algunas cositas", le dijo su nueva amiga. Ya en el centro comercial, Teresa fue convencida de comprar algo nuevo para usar esa noche, "algo que vaya de acuerdo a tu nuevo *look*" fue la motivación. Y así pasaron toda la tarde yendo de un lado a otro, hasta el cansancio.

Cuando en la noche Ericka vio entrar a Teresa en el convivió casi no la reconoció, estaba radiante con el pelo divino, las uñas perfectas, la cara lozana y todo impecable, especialmente lo que la hacía lucir tan distinta: un atuendo sensualmente escotado. Esa era una nueva faceta para nuestra antes desaliñada heroína, quien quizá por descuido no era todo lo atractiva que podía ser. Sin embargo, esa noche estaba deslumbrante, y Ericka pensó "está en su plenitud" en aquella noche en la que había magia en el aire. Cuando pasaba en medio de la gente despidiendo aquel exquisito aroma, se oyeron cosas como "ahí viene la pareja de JR, ¡qué linda esta!". Para aquella antigua "patito feo", eso era como un sueño. Cenicienta estaba en su baile. (Un momento, por favor recuerden que es un cuento a lo Corín Tellado).

"Misión cumplida" se dijo a sí misma Ericka, que esa noche andaba acompañada por un nuevo novio, todo era perfecto, nada podía salir mal en esa velada. Teresa bebió algunos tragos, Ericka estaba acaramelada con su pareja, había chistes por doquier y todos sonreían. Después alegremente decidieron salir rumbo a La Bodeguita a seguir la fiesta. Llegaron, se instalaron, ordenaron y cuando les estaban sirviendo los tragos, Teresa sintió que alguien la estaba observando insistentemente, giró por completo y descubrió a JR sentado en una atestada mesa viéndola fijamente, a pesar de que el músico P.A. le hablaba apasionadamente y hasta hacía ademanes con las manos. Teresa se quedó tran-

quila, como esperando. Algunos minutos después JR se levanto, caminó resuelto hacia ella y esta vez no se detuvo a atender a nadie que le hablara a su paso. Teresa lo esperaba tranquila, complacida. JR ignoró los saludos de todos y se sentó junto a Teresa para hablarle con violencia, como desesperado. Éste era el cuadro: la música, el ambiente festivo, el escote de Teresa y la mirada hambrienta de JR. Entonces Ericka, incansable, armó un plan de inmediato para dejar solos a aquellos dos, aunque la verdad ellos ya estaban solos.

—Propongo finalizar el convivio en mi departamento— dijo Ericka fingiendo ebriedad.

—Teresa, dame las llaves de tu carro. JR seguramente te da jalón— y le guiñó el ojo. Poco a poco el tumulto de gente desapareció, hasta Rony y Gad dejaron de tocar y bebían alegremente. En un rincón del local Teresa y JR se miraban fijamente a los ojos.

—…No todos los días se puede hablar con gente tan interesante como vos.

—Lo mismo digo yo.

—En vista de que no voy a manejar, creo que tomaré otro trago— dijo Teresa girando la cabeza para llamar al mesero, dejando escapar aquel perfume de su cabello.

—¿Que te parece si nos movemos de aquí?— dijo JR y Teresa pensó ingenuamente que se refería a la mesa.

—Claro, si querés subimos a las mesas del segundo nivel.

—No. Yo me refería a irnos de aquí a otro lugar.

—¿Qué tenés en mente?

—Mi casa.

—¿Y dónde queda tu casa?

—Hummm… lejos de aquí.

—(...)

Pero si no querés, está bien. Podemos ir al cine o algo la próxima semana. ¿Me das tu número?— dijo JR. Se intercambiaron los números telefónicos; él estaba hablantín y Teresa radiante. Después de un rato ella se decidió y luego de estar hablando de todo un poco le soltó:

—¿Qué hay de bueno en tu casa?

—Pues… vino y buena música.

—Entonces, vamos.

Ahora de verdad estaba ocurriendo: estaban saliendo juntos de La Bodeguita, y los testigos casi ni se sorprendieron, sólo sonrieron cómplices. JR fue galante todo el tiempo y fueron platicando despreocupadamente todo el camino, pero cuando finalmente llegaron estaban nerviosos, era más de media noche, JR le enseñó a Teresa toda la casa rápidamente terminando el tour en su dormitorio.

—¿Te molesta si estamos aquí? Es que aquí está mi equipo de sonido.

—No, no me molesta.

—Voy a traer el vino.

En ese instante, Teresa se observó en el espejo fijamente y al parecer tomó una decisión. Apagó las luces, encendió y distribuyo las velas y veladoras que encontró, puso el CD de La Mar y suspiró profundamente, era una noche fría. JR, que entraba con la botella de vino y las copas, la encontró sentada en la alfombra junto a la chimenea, descalza, con el pelo revuelto y decidida.

—Tenés frío, ¿verdad?, voy a encender el fuego.

Bebieron con lentitud el vino, viéndose intensamente a los ojos, hablaban con susurros. JR empezó a acariciar el cabello de Teresa, acercándoselo a la nariz para olerlo, ella cerró los ojos y tembló, cuando los abrió encontró a JR muy cerca de ella, tanto que podía sentir su aliento. Nunca había deseado a nadie como en ese momento, él la empezó a besar suavemente y antes de que este primer beso terminara, ya la chaqueta de Teresa había caído al suelo. Él empezó a acariciarla con delicadeza, lenta pero intensamente y ella se perdía más y más en la agradable sensación de calor y placer que le daba ese hombre, sentía como si la ropa le pesara toneladas sobre su cuerpo. Cuando ambos ya jadeaban sin control, JR se detuvo y con una expresión entre tierna y apasionada le preguntó: "¿Querés que hagamos el amor?" y ella no contestó, simplemente lo atrajo hacia ella y lo llevó a la cama, se desnudaron lentamente, con cuidado, y cuando llegó el momento crucial, Teresa se dejó penetrar completamente, ya que Daro por extraños escrúpulos no lo había hecho. El dolor no le importó nada, nunca había sido tan dichosa. ¿La cristalización de una mentira perfecta? JR sin darse cuenta de nada, le hizo el amor casi hasta el amanecer y cuando por la mañana vio la sangre, hizo una mueca extraña y entró al baño. Cuando estaban

desayunando en Mcdonald's, le dijo sin levantar la vista del periódico: "anoche te vino tu regla, ¿verdad?". Teresa enmudeció.

Aquí, un lapsus.

Ah, nuestros personajes tan singulares, querida doña Corín Tellado, son difíciles de encuadrar en un cuento como el que queremos hacer y ahora no sé cómo continuar. Déjeme decirle por qué. Para Teresa esta primera experiencia sexual fue todo lo romántica, apasionada y emocionante que ella quería, pero días después se sentía abandonada y utilizada. ¿Por qué? Después de este episodio erótico, Teresa se cansó de dejarle mensajes en su máquina contestadora hasta que JR simplemente le devolvió la llamada. Le habló con delicadeza y ternura, pero le dejó ver que la diversión había pasado y que le agradecía por todo. Por supuesto que nuestra heroína se hundió en la desesperación y no supo qué hacer. JR empezó una racha de viajes interminables y nunca se acordó de llamar otra vez a Teresa. A pesar de que ella no podía ocultar su depresión, seguía afirmando que era la compañera sentimental de JR y su *troupé* le ayudaba porque creían que era cierto, sólo Ericka sabía la verdad y se sentía un poco culpable de todo, luego la situación se hizo patética. Por ejemplo, Teresa se quedaba encerrada en su casa viendo televisión y luego le decían a la gente que había pasado el fin de semana con JR. Cuando alguien quería hacerle llegar algo al poeta se lo daban a Teresa y ella iba hasta la casa de él (que quedaba lejísimos) y lo dejaba en el buzón. Lo bueno de todo era que JR no se dejaba ver, como siempre, y nadie sabía nada de él con exactitud.

El desastre ocurrió cuando JR presentó su nuevo libro y ni siquiera le mandó una invitación especial a Teresa, ni la llamó, por eso ella no se asomó, temía que la desenmascararan. Entonces, cuando los periodistas entrevistaron a JR luego del acto literario y le preguntaron si su compañera sentimental actual, la exitosa actriz, había sido crucial en este nuevo libro, la cara de extrañeza de JR bastó para que todos empezaran a sospechar la verdad, a pesar de su "no quiero hablar de mi vida personal". ¿Aceptar la verdad o seguir con la farsa? Teresa se sentía humillada otra vez, como en el bachillerato. Ericka quiso convencer a Teresa de no sólo admitir a la gente la verdad, sino que ella también debía enfrentar el hecho: JR ya no estaba interesado en ella. Luego de una amarga discusión las dos amigas casi dejaron de serlo y se distanciaron.

El caótico final vino cuando Teresa, ya sola y sin ninguna asesoría, le suplicó a JR que fueran juntos a la boda del año, donde todo el mundo (importante) iba a estar y a la que los dos estaban invitados. "¿Por qué no te das cuenta que estamos hechos el uno para el otro?" le preguntó, y le explicó lo del bachillerato, lo de las relaciones públicas, apeló hasta a razones humanitarias, le rogó hasta que él se hastió y fue rudo con ella, pero de último le dio un "tal vez", el que le bastó para hacerse ilusiones y decirle a todos que irían juntos. Teresa compró el mejor vestido, fue al spa otra vez y esperó. Finalmente lo único que le dijo JR fue que sí iría pero que no sabía a qué hora, así que mejor se miraban ahí. Teresa se presentó en la boda sola y radiante para defender por última vez su hermosa mentira, la cual quizá hubiera sobrevivido si JR no se presenta acompañado por una bella mujer extranjera, con quien tuvo toda clase de galanterías. Cuando se encontraron, Teresa y JR se intercambiaron un simple saludo, ella se preguntó cómo alguien puede ser tan cruel.

Bueno, aquí el final a lo Corín Tellado

Teresa, pálida después de una noche en vela, al amanecer decidió aceptar la beca para estudiar en una universidad europea que le habían ofrecido poco antes. Discretamente comenzó los preparativos para irse, quizá para siempre, y tuvo que contárselo a Ericka por asuntos que tenían pendientes y ella trató de persuadirla de que no se fuera, pero Teresa le dijo:

—No tengo nada qué hacer aquí. Mi vida ha sido una gran mentira y quiero irme lejos a construir una vida de verdad. No quiero que mi hijo nazca en un país de farsantes.

Al enterarse de lo del bebé, Ericka quedó dolida; no sólo iba perder una entrañable amiga, sino que no podría acompañarla en tan difícil situación. Entonces Ericka, más por despecho y para desahogarse, tomó la decisión de llamar a JR para contarle todo. JR guardó silencio y Ericka enfureció tanto que lo insultó y luego colgó.

En contra de su voluntad, hubo una despedida para Teresa antes de su partida. Ya Teresa había vuelto a la mirada perdida, a las frases

incoherentes, al desaliño. Inesperadamente JR apareció y, como antes, con los ojos maniáticos se le acercó y le habló a Teresa, venía a pedirle que no se fuera.

—Vengo a pedirte perdón, he sido un salvaje que no ha sabido valorarte y es ahora que estoy a punto de perder lo más sublime que he tenido, que me doy cuenta que estaba ciego. Quédate y démosle a nuestro hijo todo nuestro amor— le dijo JR a Teresa, quien quedó silenciosa por un momento.

—¿Nuestro hijo? Este bebé es sólo mío. Además, no tienes por qué pedir perdón, no a mí —le dijo Teresa a JR mientras se levantaba para irse y le decía a los demás—: ahora, me disculpan pero tengo que levantarme temprano mañana, gracias por todo.

JR salió tras Teresa y cuando ya estaban en la calle, la tomó del brazo con fuerza para hablarle otra vez. Ella se soltó, subió a su carro y se fue. JR quedó hablando solo, y por primera vez en su vida lloró.

Al día siguiente, una mañana lluviosa y gris, JR estaba solo en su casa pensando en que en cualquier momento Teresa se iría para siempre y que nunca conocería a su hijo. Viendo la lluvia por la ventana, JR sentía que otra vez las lágrimas querían salir de sus ojos, cuando sonó el timbre. Muchas veces cuando estaba tan deprimido como ese día no había ido a atender, y pensó hacer lo mismo. Pero el timbre sonó otra vez, por lo que más por reprocharle al visitante la intromisión en tan difícil momento, fue a abrir la puerta. Era Teresa, venía empapada por la lluvia y temblando de frío. JR quiso abrazarla con fuerza, como para que no pudiera irse otra vez, pero por alguna razón se contuvo. En cambio, sostuvieron las miradas un momento, viéndose intensamente y diciéndose mil cosas en silencio. Por fin, y con los ojos ya inundados, JR le dijo: “Bienvenida a tu nueva casa”, tomó a Teresa en sus brazos y nunca más la dejó escapar. Y fueron felices por siempre, ¿verdad doña Corín?

Un final a lo Gabo

La casa colonial, silenciosa y en penumbras, traía a la mente de Teresa todos los recuerdos de su infancia solitaria. Cuando visitaba su hogar infantil se despojaba de sus máscaras y disfraces, era solamente una niña otra

vez. Al pasar por el gran patio en busca de su abuela, un viento misterioso agitó su cabello y le levantó la falda, impregnándola de un olor que a pesar de que tenía tiempo de no olfatear, siempre había llevado en la memoria. Cuando finalmente llegó a la gran cocina de la abuela, la encontró a solas frente al poyo como esperándola, era una mujer anciana vestida todavía con mengala y peinada con trenzas, tenía hondos surcos en la cara y al observarla con detenimiento, tenía muchísimo parecido a Teresa. La gente que no conocía a la abuela pensaba maliciosamente que Teresa era adoptada, pues sus padres parecían dos desconocidos, pero en esa pequeña y anciana mujer estaban todas las respuestas acerca del origen de Teresa y de su carácter singular. Para el resto de la familia, hasta para su propia hija, la abuelita de Teresa, doña Carmela, era una vieja que ya chocheaba y que vivía en el pasado, dando consejos supersticiosos y que se la pasaba todo el día en la cocina sin importarle nada más, por lo que decidieron que no era una buena influencia para la silenciosa niña Teresa y trataron de alejarla de ella desde que era muy pequeña. Sin embargo, entre abuela y nieta siempre había comunicación de una u otra manera y, a pesar de que todos las creían lejanas, estaban misteriosamente unidas.

—Hola abue, ¿cómo le va?— le dijo Teresa acomodándose, sabía que después de este saludo venía invariablemente un largo relato, el cual no le aburría en realidad sino que al adormecerla frente al fuego, la hacía viajar hacia los lugares y personas que la abuela le describía tan lúcida y minuciosamente, que le hacía duda a veces de su veracidad.

—Bien mijita, aquí recordando cuando iba a la feria de mi pueblo y tenía 16 años. Ya le he contado que en mis tiempos esa era la edad ideal para casarse, hasta los 20 o 21, después uno ya era una solterona.

Al escuchar esto, Teresa pensó que entonces ella era más que una solterona según esas costumbres, era una solterona con dos semanas de atraso en su período.

—Entonces le gustaban mucho esas fiestas, abuelita.

—No, mijita, eran todo un martirio. Fíjese que en esos tiempos las mujeres no éramos como ustedes, no hacíamos planes para estudiar o para trabajar, sólo para casarnos. Entonces esas fiestas eran la oportunidad para que los muchachos nos vieran y nos echaran el ojo, o sea que los papás de uno llevaban su mercancía al mercado para ofrecer— dijo la anciana como divertida.

—Ah, echaban la mano en la cacería de marido.

—Sí, creo que querían deshacerse de uno. A pesar de que en días normales yo me mantenía toda fachuda y despeinada en la casa, ese día debía lucir las mejores galas. El problema, mijita, era que a mí esas cosas no me gustaban, como decía mi mamá, era algo machetona y tenían que obligarme a arreglarme y sonreír.

Teresa empezó a pensar que no tendría ni oportunidad ni valor de contarle a su abuela su problema, aunque pensaba sinceramente que ella podría ayudarla. En un mundo lleno de gente falsa e interesada, en donde hasta los padres la miraban desconcertados y decepcionados, su último recurso era una anciana nostálgica. En el silencio de aquella casa, las voces femeninas tan esencialmente parecidas se oían nítidamente, así como sus respiraciones, lo que al parecer captó el interés de la anciana. Interrumpiendo un momento su relato, doña Carmela se acercó a su nieta y empezó a tocarla en varios lugares, como verificando si tenía fiebre. Teresa, acostumbrada a estas "evaluaciones" se dejó hacer, lo único diferente fue que la anciana se entretuvo en su pecho y quedó pensativa, volviendo a examinar su respiración. Luego siguió su relato pero empezó a rebuscar algo en un viejo mueble, entre innumerables botes y recipientes, parecía no encontrar lo que necesitaba.

—Mijita, por favor vaya a traer un poco más de leña y la echa en el poyo.

—Vaya abue— le dijo Teresa y con pereza fue al cuarto contiguo, volvió con más leña y encontró a la anciana pensativa reuniendo lo necesario para hacer un té.

—Ay abue, no me vaya a dar de aquellos menjurjes que me ha dado, saben horrible.

—No mijita, éste sí le va a gustar— dijo convencida doña Carmela, y mientras disponía las cosas en el poyo continuó con detalle el relato de la fiesta patronal, pero ahora con un aire enigmático, viendo de reojo a su nieta.

Teresa echó la leña al fuego, ésta empezó a chisporrotear y una chispa le hizo un agujero pequeño en la blusa de seda, por lo que siguió escuchando con un poco de enfado y el ceño ligeramente fruncido. Al fin, al cabo de un buen rato, el té estaba listo y el relato de la anciana terminaba.

—…entonces mi familia le había hecho creer a José Rafael, el hijo de don Chepe, que yo era una mujer hacendosa, que sabía tejer, bordar, cocinar y otras cosas que yo, como sabe usted, ni me interesaban. ¿Por qué siempre querían que yo fuera otra persona que no era? ¿Qué iba a pasar cuando el pobre hombre se diera cuenta de la realidad? Pero como yo era tan joven creía que lo cristiano era obedecer a los padres, por lo que yo misma empecé a creerme aquella mentira, hasta que un día José Rafael me preguntó, enfrente de toda su familia, cómo se hacían los duraznos en almíbar que había probado en mi casa la otra noche. Me quedé helada, y por un momento pensé en inventar la receta, pero al ver las miradas acusadoras de la madre y la hermana, no pude pensar en nada. De seguro me puse blanca primero y roja como tomate después. Cuando pasaron algunos segundos y yo no decía ni pío, el patojo se dio cuenta del engaño al fin y yo ya estaba a punto de llorar. Aquél era un postre sencillo y yo no tenía ni la menor idea de cómo se hacía, eso era suficiente para que me llevara a mi casa sin decir una palabra y sin intenciones de volverme a ver.

Teresa se sentía totalmente identificada, como siempre, con la abuela, quien le puso en las manos la taza de la humeante bebida. Para no despreciar a doña Carmela, Teresa empezó a beber lentamente, disimulando el desagrado que le producía el sabor pero contenta por su abuela, pues ella sonreía satisfecha. Ambas mujeres estaban sudando dentro de aquella cocina cuyo fuego ardía todo el día, pero ahora Teresa sudaba aún más, seguramente por el té. Cuando la muchacha quiso saber qué estaba tomando, la anciana evadió la pregunta y terminó su relato.

—Sin decírselo a nadie, después de tal bochorno, decidí que nunca más fingiría ser lo que no soy, aunque no me casara con José Rafael ni con nadie, y aunque tuviera muchos otros inconvenientes que vencer. Porque, mijita linda, digan lo que digan las cachurecas de tu mamá y tus tías, para tener tu propia vida no existe obstáculo alguno que no puedas vencer o eliminar, ninguno, sólo tienes que creer.

Teresa, bastante sofocada y soñolienta, decidió poner fin a su visita porque de pronto no se sintió bien y pensó que sus temores eran fundados. Dejando a su abuela en la cocina, salió de la casa con la última frase de su abuela dando vueltas en su cabeza: "sólo tienes que creer".

Al día siguiente, cuando sintió, jubilosa como nunca, que su retrasada regla le llegaba al fin, supo que la anciana tenía razón, y se preguntó si aquel brebaje había tenido que ver en aquel desenlace. No sólo se había deshecho de aquella probabilidad, sino que sentía algo más, se sentía libre.

Un final a lo Tito Monterroso

Y cuando Teresa despertó, la mancha ya estaba ahí.

Un final a lo Almodóvar

primera escena: (*Se trata de un salón de belleza ni tan lujoso ni tan de barrio, como quien dice intermedio. Hay música romántica en español de los años 70's y 80's de fondo, tipo* fm *Globo y la numerosa clientela habla sin cesar).*

Mientras Carlos, alias Britni, terminaba los reflejos de Teresa, sintió pena por esta mujer de ojos cansados, tristes y los hombros caídos. Viéndola así tan vencida dejó por un lado ese sentimiento de odio-amor por ella, y sus reservas acerca de sus motivaciones al acercarse al mundo gay. Se sintió culpable por los chismes que había regado sobre ella, cuando en realidad no le había hecho nada, es más, siempre estaba elogiando sus cejas, sus zapatos o sus pelucas cuando se encontraban en alguna discoteca. Por eso se rindió y le dijo:

—Ay, chica, alegra esa cara y píntate un poco, estás muy pálida.

—Ay, Brit, si tú supieras me darías la razón. Los hombres…

—Pero chula, se supone que las loquitas con la cabeza vacía son las que sufren por ellos, no las intelectuales como tú. ¡Defiende el género, querida!

Teresa, como en los días anteriores, empezó a llorar fácilmente, apenando a Carlos (Britni) de tal manera que le dijo: "Vamos al cuarto de lavado, linda, aquí hay mucha gente", refiriéndose a la señora que hacía como que ojeaba una revista pero estaba pendiente de cada pala-

bra. Carlos (Britni) acomodó a Teresa en el lavabo y se decidió a decirle todo lo que sabía.

—Mira bonita, voy a decirte algo pero no lo repetiré, y si tengo que hacerlo, negaré que te lo dije. Primero, quiero que sepas que aunque no lo parezca te admiro mucho y mataría por ser como tú. Segundo, no sé qué te pasa, pero sé (como todos en la ciudad) por quién estás sufriendo. Y tercero, también sé por qué ese hombre no puede amarte como te lo mereces. Se trata de una bruja que se cree vampiresa, tal vez lo tiene enfrascado.

—¿La extranjera que lo acompañaba la otra vez?— preguntó Teresa queriendo sentarse bruscamente.

—No, no, no niña. No te levantes y escucha. Esa pobre canchusca es su “fachada”. Se trata de una terrible persona que lo trata como a su trapeador.

Justo a tiempo entró la administradora del salón, quien odiaba que los empleados intimaran con las clientas. La señora saludó falsamente a Teresa y llamó a Carlos aparte y le dijo: “Deja que Flor le lave la cabeza a la señorita, tú ve a lo tuyo”, y él haciendo una mueca como de niña malcriada salió de ahí. Teresa mirando el techo fijamente se preguntaba si aquello era cierto. Flor le lavó el pelo sin ninguna delicadeza, mascando chicle y dejándole apreciar muy de cerca el olor de su sobaco. Sin decir palabra, cuando terminó, le envolvió bruscamente la cabeza en una toalla y salió del pequeño cuarto. Cuando Teresa se sentó en el apartado de secado y peinado, quería pedirle los detalles a Carlos-Britni, pero habían muchas otras clientas ávidas de chismes nuevos, y debido al ruido de las secadoras de pelo todos tenían que gritar para entenderse. Mientras terminaba su trabajo, Carlos le hizo comentarios triviales sobre el cabello a Teresa, y cuando estuvo lista, ella le hizo un gesto suplicante pero él se limitó a decir: “Servida”. Después de pagar y verse por última vez en el espejo, Teresa salió al jardín rumbo a la calle y oyó un “psst”. Era Carlos-Britni que venía de la puerta de atrás.

—Llega a este lugar hoy a las 9:00 de la noche, ahí podrás asegurarte de lo que te dije— y luego de decir esto le entregó un pequeño papel a Teresa, en donde estaba escrita una dirección situada en un barrio muy antiguo del Centro Histórico.

SEGUNDA ESCENA: *(Una calle silenciosa y algo oscura, ha llovido y el pavimento está mojado).*

Teresa se estacionó una cuadra antes del lugar y caminó buscando la casa. Cuando la encontró se dio cuenta que se trataba de un club privado, habían lujosos carros estacionados pero no estaba el de JR. La entrada permanecía cerrada, cuando un elegante señor tocó, unos hombres vestidos de etiqueta le abrieron la puerta y Teresa pudo escuchar claramente el barullo de un bar.

—¡Diablos! Se trata de una cabaretera— se dijo a sí misma Teresa. Eran las 9:00 en punto de la noche y no se le ocurría qué hacer para entrar, cuando un taxi llegó y se detuvo frente a ella. Del carro bajó JR vestido de una manera extraña, como si estuviera disfrazado pero ella lo reconoció de inmediato. Después de pagarle al taxista, JR le tendió la mano a quien venía con él. Largas piernas, vestido de lentejuelas, un bello abrigo: era toda una corista. Teresa a punto de llorar y sin pensarlo muy bien se le acercó a JR, quien se asustó y quiso evitar el encuentro pero era demasiado tarde.

—Ahora entiendo todo— ella.

—¿Qué haces aquí?— él.

—Tenía que saber la verdad— ella.

—Pero a ti qué te importa— él.

—Pues me tiene que importar, ahora— ella.

—Ya déjame en paz— él.

En medio de esta discusión, una voz ronca, tal vez más ronca que la de JR, pero que intentaba sonar aguda, dijo:

—Mi amor ¿qué pasa? ¿quién es esta niña? Teresa estaba delante del travestí más bello que había visto jamás, pero con la voz de un tenor. Ahora Teresa estaba realmente en shock no podía articular palabra y parecía sofocarse. De pronto puso los ojos en blanco y se desmayó.

TERCERA ESCENA: *(Un camerino típico, con un tocador grande un diván, mucha ropa vistosa colgada por todos lados).*

Cuando Teresa despertó recostada en el diván, afuera se oía música y luego aplausos. Cuando recuperó del todo la conciencia y recordó lo ocurrido, se puso a llorar, sobre todo cuando se dio cuenta que en el espejo había una foto de JR. Luego se preguntó a dónde se habían ido to-

dos y empezó a husmear, intentando después salir pero estaba encerrada. Siguió llorando aún más, tomó un pesado y gigantesco cenicero y lo arrojó al espejo. A los pocos instantes la puerta se abrió y entró su rival.

—Hola. Me llamo Bibi, por la Gaitán, ya sabes. No me mires así, por favor, mira que no te voy a cobrar el espejo. Ay, niña, tranquilízate, te advierto que soy cinta negra y mucho más alta que tú— le dijo y se sentó ofreciéndole un cigarro a Teresa, quien lo rechazó y siguió llorando.

—(...)

—Okay linda, como no quieres hablar, hablaré yo. JR está allá afuera, muy preocupado por ti, pero también trastornado porque te enteraste de esto. Yo te conozco de alguna manera, no sólo por medio de él, sino porque admiro tu talento. De veras. Por eso sé que eres una persona con criterio amplio, que no discrimina a los gay, y hasta apoyas nuestras causas. Por favor no empieces a odiarnos hoy, porque si tantos desconocidos han merecido tu respeto, ¿cómo se lo vas a negar a JR?

—(…)

—Sé que lo amas, por alguna extraña razón. El problema, querida, es que él no puede llenar tus expectativas, como comprenderás. Él te quiere, a su modo, y no puedes pedirle más.

—(…)

—Entonces, dulzura, no lo odies después de esta noche, él quiere hablar contigo y llegar a un entendido, creo que se lo merece. Tienes que entender que está muy preocupado de que esto se sepa, ya sabes, su reputación tan hábil y celosamente guardada. Cosas de escritores.

—(…)

—Bueno, como te veo más tranquila, voy a ir por JR. Estoy segura que se entenderán. Sería una lástima llegar a lamentables extremos para poder mantener las cosas como están.

—No necesito hablar con él —dijo Teresa al fin—, he oído suficiente ya.

Teresa tomó su bolso y pidió que la acompañaran a la salida, y Bibi la envió con un guardia del club. Cuando estaba a punto de irse, JR la alcanzó y le dijo entre humilde y avergonzado:

—No sé qué decir.

—No digas nada. Ah, y no te preocupes, no diré nada a nadie, no por ti, ni por mí, sino porque no quiero que se diga que el padre de mi bebé es un bisexual cuarentón, amante de Bibi Gaitán. JR palideció.

ESCENA FINAL: *(Es un día soleado, el edificio de la Municipalidad de Guatemala está muy concurrido y encontramos a Teresa y JR saliendo del registro civil después de casarse, acompañados por unos diez sonrientes amigos. El ambiente es festivo por supuesto, todos sonríen y bromean al abrir la champaña ahí mismo, lo que ocasiona que los saquen del edificio, por lo que terminan brindando como locos en las gradas principales del edificio. Las fotos de la boda las toma un fotógrafo ambulante, que con su Polaroid capta a aquel extraño grupo, que en el centro tiene a los novios besándose, ella con algunos meses de embarazo y él con traje, corbata y zapatos deportivos. Por último, la novia tira su ramo desde la pasarela de peatones y una mujer que vende jugos lo cacha en el aire).*

—¿A dónde vamos ahora? — preguntó Ericka entusiasta.

—A almorzar a la Antigua, yo invito —contestó JR.

—¿Y después? —preguntó el Dr. Beer pensando ya en la parranda.

—¿En la noche? Lo siento pero iremos solos a bailar, ¿verdad mi amor? —dijo JR a Teresa.

—Sí —confirmó ella—, iremos a una discoteca privada que está en un barrio muy antiguo del Centro Histórico.

Bueno, y ahora ¿por qué no un final a lo Doctora Corazón?

> Querida Lupita:
> Tengo una amiga soltera de 27 años que acaba de descubrir que está embarazada, pero el padre del bebé la abandonó después de que ella se entregó a él. Ella está pensando seriamente en el aborto, pero todas sus amigas le aconsejamos que no lo haga porque es un gran pecado, y sugerimos que le comunique a ese hombre que va a ser

padre, tal vez así reaccione y vuelva con ella. ¿Qué más podemos aconsejarle a nuestra amiga en estos momentos tan difíciles?

Atentamente, una *amiga preocupada*.

Querida amiga preocupada:
Es una suerte tener amigas como tú, ya que en nuestros tiempos tan corrompidos, otra en tu lugar apoyaría sus deseos de abortar. Convence a tu amiga de desistir de tal acto diciéndole que no sólo es un asesinato impune y en contra de Dios, sino que hasta puede perder la vida debido a que los procedimientos para matar a un bebé no son nada seguros. Llévala con un consejero mayor, puede ser un sacerdote o pastor evangélico, para que le explique lo maravilloso que es poder dar la vida. Tienes razón cuando le aconsejas que le diga al padre de la criatura que va a ser papá, pero sin presionarlo, ya que así se dará cuenta del error que cometió al abandonar a una mujer que se le entregó por primera vez y por amor. Un bebé siempre es una bendición. Si ese hombre no vuelve, no merece el amor de tu amiga, más adelante ella conocerá un hombre que sí la valorará y la hará feliz. Espero que todo salga bien.

Atentamente, Lupita.

Y por último, un final a lo Woody Allen y Editorial x

—Sí, sí, doctor, entiendo lo que me dices, debo reevaluar mis metas en la vida y tratar de mantenerme fiel a ellas, pero debes comprender que es un proceso difícil. Por lo pronto tengo que comunicarte que he dejado de beber porque ya no podía con las resacas, pero he encontrado otros medios de evasión, como el sexo casual y el éxtasis. Ambas cosas son muy útiles para deshacerse de las ataduras tradicionales, los mitos, las cárceles mentales. ¿Qué pasa? Se supone que tú eres el psiquiatra, que no te sorprende nada.

—No me malinterpretes, no estoy sorprendido. Mejor cuéntame con detalle cómo te iniciaste en estas actividades.

—Ah, sí. Bueno, es la historia de mi vida, cuando era muy joven me dije a mí misma que no haría mil cosas y critiqué a quienes las hacían, y fui cayendo una a una en esas cosas, como si me hubiera echado a mí misma una maldición. Dije que no me teñiría el pelo y criticaba a las oxigenadas y mírame ahora, pasé de los tímidos rayitos al rubio, luego al castaño, al rojo y terminé con este tono azulado; dije que no andaría con hombres casados e insultaba a las queridas, y terminé siendo una de ellas y lo disfruté como nadie; dije que no sería tan burra de embarazarme cuando empezara a tener relaciones sexuales, y tú ya conoces la historia; y lo más escandaloso es que yo era una mujer totalmente en contra del aborto (¿te lo puedes imaginar?), me dedicaba a hacer campañas y escribía todo lo que podía para condenarlo, hasta que me vi en medio de aquel gran lío. Entonces tuve que preguntarme por qué había estado tantos años en contra de lo que en esos momentos salvaría mi vida, al menos como yo la conocía. Me dije a mí misma que todas aquellas creencias eran tan falsas como el color de mi pelo, sólo repetía como loro lo que me habían inculcado, pero sin haber pensado en el asunto con profundidad, sin haber analizado cada aspecto y matiz del problema. Lo malo era que en esa situación no tenía mucho tiempo para pensar, no podía permitir que "aquello" siguiera creciendo, debía decidirme rápidamente y actuar con serenidad.

—¿Y cómo tomaste la decisión?

—Auggghhh. Sin mucho meditar. Como cada mujer que se decide por el aborto, pensé solamente en terminar el problema físico rápidamente, pensé que era como sacarse una muela. Me sentí muy moderna e independiente, pensé que al salir de aquella clínica estaría aliviada del todo. Pero el punto era, ¿por qué quería abortar? Y no era que me molestara el qué dirán, había lidiado con eso tanto tiempo que ya no me importaba. Tampoco era el factor económico, afortunadamente había llegado a un punto en el que podía criar a un hijo sola y hasta con comodidades. Además, ya no era una niña, tenía edad suficiente. Entonces no eran cuestiones materiales ni prejuicios lo que me impulsaba a ignorar mi embarazo, era más bien que en mi mente no estaba embarazada…

—¿En tu mente? Explícame eso por favor.

—Humm. Eso es difícil. Un óvulo mío había sido fertilizado por un espermatozoide de aquel hombre, pero yo nunca había ni siquiera pensado sobre llegar a ser madre, jamás. Mucha gente dice que soy una persona extraña y me acusan de esto y aquello, pero todo lo que hago para mí es de lo más lógico y normal. Para mí siempre primero son las ideas, todo nace de una idea. Si no fuéramos así, no habría diferencia entre nosotros y los animales, tendría un hijo de cada hombre con quien me acuesto. Pareciera que estoy justificándome, pero por el simple hecho de no haber deseado aquel embarazo, aquel embrión dentro de mí no era mi hijo, aún. No existía, nunca existió.

—De acuerdo a eso ¿dónde estarías tú si tu mamá hubiera ignorado su embarazo cuando eras un embrión?

—Ay, doctor, qué preguntita. Pues no sé dónde estaría, quizá en una especie de limbo eterno, o en una línea de espera para el siguiente seno materno, o en ningún lugar, quién puede saber. Pero por lo menos no estaría engrosando las filas de hijos que fueron concebidos sólo para cumplir con el papel de mujer-esposa, y que una vez fuera del útero, ¡cuás! al agua pato, a enfrentar este mundo cochino sin ninguna comprensión. Las mujeres siguen teniendo hijos como los animales tienen crías, no piensan en el enorme clavo en el que se están metiendo y en el mundo tan pura mierda al que están lanzando a esos bebés. ¿Cómo culpar a todos los niños y jóvenes evadiéndose de la mugrosa realidad…?

—¿Por eso te iniciaste en tus nuevas “aficiones”?

—Bueno, no me apures, ya sé que nos queda poco tiempo, pero estoy tratando de ver cómo sucedió. Hum, así como hay una depresión posparto, creo que definitivamente hay una depresión post-aborto, estuve mucho tiempo postrada, supongo que el organismo percibió una alarma de pérdida o algo así, provocando un decaimiento general por algunos días. Pero luego sentí, como el que se salva de un accidente que pudo haber sido mortal, que debía vivir más y mejor, experimentar todo lo que pudiera, y no hundirme en la vida mediocre que nos proponen. Aún había una frontera más para mí: las drogas. A las drogas las rechazaba por miedo, sabía que todas son fabulosas, que te hacen sentir cosas indescriptibles y que te gustan más de la cuenta, pero pensaba que tienen un precio alto, literalmente, y que no lo podría pagar. Como siempre, estaba racionalizando el asunto y nunca terminaba de decidir-

me. Sí, fumaba mariguana pero eso es diferente. Fue en una fiesta rave en donde, sin darme cuenta y sin tiempo para pensarlo, digamos, ingerí mi primera píldora de éxtasis y fue y es alucinante, me libera de muchas cosas y me siento más cerca de la gente.

—¿Tan cerca como para acostarte con ellos?

—Hum, ya lo tomaste por ahí. Y si lo preguntas de esa manera, digamos que sí, así es. Pero debemos derrumbar esos muros que nos impiden ver en el sexo más allá de la reproducción. Hay vínculos más importantes que ayudar a perpetuar la especie, que por cierto, está muy lejos de extinguirse, y si se extingue tal vez sería lo mejor que le pasara al planeta…

—¿No será que así estás ignorando la culpa por tu aborto y el dolor por el abandono de JR?

—No, créemelo, no es de esa manera.

—¿Estás bajo la influencia del éxtasis en este momento?

—Un poco, todavía.

(APUNTES ÚTILES EN ESTE CASO: El maltrato de la niñez se caracteriza por el abuso del poder existente en la relación entre adultos y niños. Las relaciones en que se abusa de las ventajas son muy notorias en sociedades con fuertes antagonismos socioculturales y de discriminación —racial, social, sexual, o de otra índole— como la nuestra. Se puede decir que el maltrato de la niñez es producto de una cultura maltratante en general. Así, la autoestima de los guatemaltecos se ve golpeada desde el inicio de la infancia, al crecer y desarrollarse una gran cantidad de niños y niñas en un clima de violencia y abuso intrafamiliar. Aparte de la pérdida de la autoestima y de las obvias secuelas físicas, la niñez maltratada al llegar a la adultez sufre a lo largo de su vida graves trastornos emocionales, que incluyen el subdesarrollo de las potencialidades en el área social y la distorsión de la imagen personal).

SOCRÁTICA

Yolanda Judith Hackshaw Mathews (1958)
Panamá

Todo empezó con un olor a guayabas maduras en el aire. Era como si la naturaleza se hubiera apoderado violentamente de cuanto objeto existía: en toda la tierra se percibía ese fresco aroma a fruta. Los comentaristas de televisión a escala mundial hablaban del asunto: "Ni siquiera las oficinas refrigeradas se salvan; las morgues han adquirido un nuevo olor; los hospitales han perdido su sabor a cloroformo; las flores naturales las han bajado de precio, mientras que las artificiales han subido; los restaurantes han inventado nuevos platos con la guayaba; ya nadie compra perfume; la gente ha dejado de bañarse; la economía está en crisis, los grupos ecologistas festejan la hazaña y anuncian que la naturaleza debiera dar nuevos golpes subversivos".

Los científicos no pueden darle una explicación lógica al problema, que ha ganado más interés que la caída del muro de Berlín. Han buscado el antídoto, pero no logran dar con la solución.

De la uniformidad olfativa pasamos a algo más crítico: todo lo que era papel, monedas, piedras preciosas y cuanta cosa de valor existía desapareció de la faz de la tierra. Las casas editoras, los periodis-

tas, los intelectuales, las grandes, pequeñas y medianas empresas se encontraron paralizados de la noche a la mañana. El desconcierto fue mayúsculo.

La individualidad se resintió en lo más hondo: nadie podía confirmar quién era quién. Sumado a esto, todos quedamos desposeídos de objetos de valor: títulos de propiedad, dinero, joyas. Las fortunas cabalgan en manada y sin dueño por las llanuras del desconcierto. Por fin, la justicia social había sembrado una bandera grande que nos arropara, pero a su vez la ambición y el miedo a perder, clonó la verdadera sociedad que se escondía detrás de la hipocresía y las clases sociales.

Al principio, nadie salió de sus casas. Pensaban que salir era un riesgo. Dejar las casas significaba que cualquiera podía entrar y decir que era suya y cómo probar lo contrario. Además, los delincuentes estaban al ciento por centavo: la falta de perennidad que se llevó el papel nos dejaba indefensos.

Lo más difícil de esta situación fue el hecho de los suicidios en masa. Una gran cantidad de intelectuales se suicidaron, acorralados en sus casas y sin nada qué leer. Los otros, los sobrevivientes, se devanaban los sesos pensando cómo volver a escribir la historia de la humanidad que flotaba ahora en un mundo virtual que sólo dependía de la memoria de aquellos que no se decidieron por la alternativa del suicidio, dulce evasión de las angustias, deber de todo hombre y mujer cuando la vida es miserable. Ni siquiera contábamos con las computadoras, ni con los teléfonos, ni con nada que tuviera alambres, porque el cobre del que estaban hechos muchos de sus circuitos y conexiones desapareció. Sólo el conocimiento arropado en la memoria era lo único que existía, pero ¿cómo y dónde escribirlo?

Así como vuelve el polvo al polvo, volvió el hombre a recordar la existencia de las piedras y es así como muchos en distintas partes del orbe empezaron a reescribir la historia de este planeta. Lo malo es que ahora hay tantas versiones como personas escribieron. Ante la situación, nos decidimos por reunirnos a discutir la historia del mundo. Llegamos al acuerdo de nombrar a un relator por cada pueblo y escoger entre los mejores aquellos que se dedicarían a contar la historia general del mundo, los cuales serían llamados Relatores Oficiales o Relatores Mayores. Los relatores de los pueblos eran llamados Relatores Menores. Ellos se

dedicaban a contar las historias familiares. Cada uno de los relatores estaba obligado a buscar sucesor, para que lo relevara al momento de morir.

Cuando ocurrió este desastre universal, superior (creo) al problema de la barca de Noé, me encontraba con mi amante en una playa griega. Ante la situación, decidimos que sería muy conveniente iniciar una nueva vida como esposos, legitimada por nuestro amor; por lo cual nos incluimos en el padrón memorial del Relator Menor de la isla.

LLAMAS Y SOMBRAS

Helen Dixon (1958)

Nicaragua

Estoy mirando desde el fondo. El horizonte parece hueco allá arriba, un hoyo por donde pasa poca luz. Las paredes están húmedas, cuesta salir. Una cueva honda redonda de tierra mojada, se acomodó a mi presencia. Aquí sólo entra la lluvia y un agujero del cielo. Suficiente para recordar, y entrar en pánico.

Encuentro un hueco en tu cuerpo húmedo. Como la sombra secreta de las dunas en medio del desierto. Tengo sed. El sol encendido de una rabia antigua que no deja más que tu oasis. Déjame beber de tu sombra.

El espejo está oscuro. No veo al otro lado. Me sumerjo en sus sombras y encuentro soledad. Respiro el silencio, muerte, lenta. Y sobre el tiempo, en medio de la nada, miro algo que desvanece al revés, aparecen las huellas de una imagen antigua, el trazado veraz de una sospecha emerge, vuelve a vivir. Trazo sus pasos con mis palabras. Vuelvo a vivir.

La memoria está en las sombras que oso mirar. En el dolor antiguo. En el lado oscuro de un círculo de piedras que cuenta el tiempo, que marca el recuerdo, que perdura, que desnuda tantas mentiras. Mi

ancestra fue profeta, sacerdotisa, voz de diosas, vulva y húmeda, honda y oscura, historia y poderosa. Su memoria, mi memoria, arde con el fuego de las hogueras. Piel, palabras, labios que siguen intactos.

Tengo diáspora en mi cuerpo. Soy viajera, gitana, forastera, eterna vagabunda. Pertenezco a la tierra, a mis pies. Al camino interminable. A la muerte inevitable. Traspaso cercos. Soy rendija en el espejo.

Estos cercos tienen dueños. Estoy expuesta. Amenazan con sus llamas infernales. Apuntan, nombrándome. Sus dedos son puñales. Sus puñales son espadas antiguas. No quiero empuñaduras. No quiero su cruz. No quiero sus escudos.

Me lanzo sin cuidado a la hoguera. El fuego me limpia, me derrite, funde mi vidrio quebrado. Ya no soy otra. Vuelvo a ser yo. Mi espejo se hace líquida ventana. Se mezclan mis colores, descubro nuevos, desconocidos. Mis grietas se vuelven transparentes. Emerjo del humo, de cenizas.

Subo del fuego con mis alas. Viajo más lejos del infierno de sus miradas.

TERCERA PARTE

Fichas biográficas[1]

1 Este documento fue entregado a una primera editorial a finales del año 2010. Su publicación ha recorrido un largo y tortuoso camino y no es hasta el presente que se logra la publicación. Por eso las fichas del autor y las autoras se encuentran actualizadas hasta ese año.

PANAMÁ

Rosa María Britton
(1936)

Médica de profesión, con especialidad en cirugía por la Universidad Complutense de Madrid y en ginecología y oncología en los Estados Unidos. Ha formado parte del personal médico en el St. John General Hospital de Canadá. Reside en Panamá y se desempeña como directora del Hospital Oncológico desde hace más de 20 años; ha ocupado la presidencia de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Oncología y escribe ensayos de carácter profesional.

Como escritora ha publicado varias novelas, entre ellas: *El ataúd de uso* (1983), *El señor de las lluvias y el viento* (1984), *No pertenezco a este siglo* (1991) y *Todas íbamos a ser reinas* (1997). Asimismo, las colecciones de cuento: *¿Quién inventó el mambo?* (1986), *La muerte tiene dos caras* (1987) y *Semana de la mujer y otras calamidades* (1995). También ha escrito teatro: *Esa esquina del paraíso* (1986) y *Los loros no lloran* (1994).

Le ha sido otorgado el Premio Nacional Ricardo Miró, que recibió en su versión de novela en las convocatorias de 1982, 1984 y 1991; de cuento en 1985 y de teatro en 1986 y 1987; en 1985 recibe el Premio Walt Whitman de cuento (San José de Costa Rica) y el Premio César como Escritora del Año (Los Ángeles, California, EUA); y en 1994, el Premio de los Juegos Florales de México, Centro América y El Caribe de Quetzaltenango, Guatemala, con la obra de teatro *Los loros no lloran*. Recientemente la República de Colombia le ha concedido la Gran Cruz de la Orden de la Democracia, en reconocimiento a sus méritos científicos y literarios.

Gloria Guardia
(1940)

Narradora, novelista, ensayista y periodista. Hija de padre panameño y de madre nicaragüense. Realizó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid y de Literatura Española e Iberoamericana en el Instituto de Cultura Hispánica de la misma ciudad. En Estados Unidos recibió el grado de Bachelor of Arts Cum Laude del Vassar College y el de Master of Artspor parte de la Universidad de Columbia en la ciudad de Nueva York, donde además realizó estudios de doctorado.

La narrativa, el ensayo y el periodismo son los géneros en los cuales Gloria Guardia ha concentrado sus trabajos literarios, además de ser considerada una de las principales figuras de la literatura panameña. En lo referente a narrativa ha publicado los libros de cuentos *Las cartas Apócrifas* (1997) y *La carta* (1997), así como las novelas *El último juego* (1977), *Libertad en Llamas* (1999) y *Lobos al anochecer* (2006). También ha publicado la obra de testimonio *Con Ernesto Cardenal* (1974). La obra literaria de Gloria Guardia ha sido traducida al inglés y al ruso.

Entre sus obras de ensayo destacan: *Aspectos de creación en la novela centroamericana* (1998) publicada por el Centro Cultural del Banco Interamericano de Desarrollo en Washington, D.C. y *Aproximación a Libre y cautiva de Stella Sierra* en 1990.

Con relación a su labor periodística, durante quince años fue columnista de opinión y corresponsal de la Agencia Latinoamericana (ALA) y de la cadena televisiva norteamericana ABCNews. Es Miembro de Número de la Academia Panameña de la Lengua e Individuo Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua y de la Academia Colombiana de la Lengua.

Su talento ha sido premiado a lo largo de su carrera; ha obtenido la medalla de la Sociedad de Escritores Españoles e Iberoamericanos por su novela *Tiniebla Blanca* (1961); Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró de ensayo y novela; Centroamericano de Novela por *El último juego* (Costa Rica, 1976) y el Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá por *Cartas apócrifas* (1996). En el año 2000, su novela *Libertad en Llamas* fue una de las dos finalistas del Premio de Novela Sor Juana Inés de la Cruz (Feria Internacional del Libro, Guadalajara, México).

Actualmente es síndica de la Internacional Pen Foundation, es vicepresidenta de la fundación Internacional Rubén Darío y se desempeña como conferencista invitada en diversos foros y universidades de Europa, Estados Unidos e Iberoamérica.

En enero de 2006 la Fundación Rockefeller le concedió la prestigiosa beca de residencia en Bellagio para creadores e investigadores, con el fin de que escriba el último tomo de la trilogía *Maramargo* que inició con *El último juego* y *Lobos al anochecer*. Desde 1995 sus sedes de residencia son Panamá y Santa Fe de Bogotá.

Bertalicia Peralta
(1940)

Nació en la ciudad de Panamá. Ha hecho estudios de pedagogía, periodismo y relaciones públicas en la Universidad de Panamá. También estudió Educación Musical en el Instituto Nacional de Música. Actualmente ejerce el periodismo, la crítica y las relaciones públicas.

Es autora de más de una docena de títulos importantes de obras literarias, así como de periodismo. Como cultivadora del verso y la prosa ha sido objeto de distintos reconocimientos en certámenes literarios a nivel nacional e internacional.

Ha publicado poesía: *Canto de esperanza filial* (1962), *Sendas fugitivas* (1963), *Atrincherado amor* (1964), *Dos poemas* (1964), *Los retornos* (1965), *Un lugar en la esfera terrestre* (1971), *Himno a la alegría* (1973), *Ragul* (1976), *Libro de las fábulas* (1976), *Casa flotante* (1979), *Frisos* (1982), *En tu cuerpo cubierto de flores* (1985), *Zona de silencio* (1987), *Piel de gallina* (1990), *Invasión U.S.A.* (1989), *Leit Motif* (1999).

Respecto a su producción cuentística: *Largo in crescendo* (Panamá, 1967), *Barcarola y otras fantásticas incorregibles* (1973), *Muerto en enero* (1974, Premio Itinerario INAC), *Encore y Guayacán de marzo* (1980, Premio Itinerario INAC) y *Puros cuentos* (Panamá, 1988).

Bessy Reyna
(1942)

Nació en Cuba, pero creció en Panamá, país que forja su creación literaria. Es graduada de Mt. Holyoke College, South Hadley, y de la Universidad de Connecticut con maestría y doctorado en Leyes.

Ha publicado los poemarios *Terrarium* (1975), *She remembers* (1997), *El campo de batalla de tu cuerpo/ The battlefield of your body* (2005); y el libro de cuentos *Ab Ovo* (1978). Además, es editora de la revista bilingüe *El Taller Literario*.

El poema "Memoir" ganó el primer Premio del concurso Joseph E. Brodine de la Asociación de Poesía de Connecticut. Sus poemas y cuentos han sido incluidos en varias antologías entre ellas *Flor y nata*, de Enrique Jaramillo Levi; *Ixoc-Amar-Go: Central American Women Poetry for Peace* editado por Zoe Anglesey; así como en revistas literarias de habla inglesa y española.

Bessy Reyna ha dictado conferencias y recitales poéticos en diversas universidades de Estados Unidos, labor que en el 2001 le valió el título de Ciudadana Latina del Año que otorga la Comisión de Asuntos Latinos del Estado de Connecticut. De igual manera, fue participante en la Conferencia de Escritores Centroamericanos celebrada en Panamá en el 2005.

Isabel Herrera de Taylor
(1944)

Tiene estudios de Ciencias en la Universidad de Panamá y en 2003 egresó del diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá. Durante quince años se desempeñó como jefa de Control de Calidad de Conservas Panameñas Selectas, s.a. Posteriormente ejerció como profesora asistente de Bioquímica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Panamá y de Química en la Universidad Latina de Panamá.

Entre los premios que le han otorgado se encuentran: el Premio Maga de Cuento Breve 2004, con el relato "La mujer en el jardín y otras impredecibles mujeres", que a su vez da nombre a la publicación, impresa un año después en Panamá.

Enrique Jamarillo Levi
(1944)

Nacido en Colón, Panamá, obtuvo licenciatura en Filosofía y Letras con especialización en inglés en la Universidad de Panamá y profesorado en Segunda Enseñanza (1967). En la Universidad de Iowa, Estados Unidos, obtiene la maestría en Creación Literaria (1969) y la maestría en Letras Hispanoamericanas (1970). Realiza estudios parciales de doctorado en Letras Iberoamericanas en El Colegio de México (1974); y termina estudios completos del mismo doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México (1976).

Ha impartido clases en las siguientes universidades: Universidad Autónoma Metropolitana (1975-1983), Universidad de Panamá (1983-1990), Universidad Estatal de Oregon (1989-1990), Universidad Estatal de California (1988), Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (1993-1995) y en la Universidad Tecnológica de Panamá (de 1996 a la fecha). Impartió talleres de cuento durante dos años y medio en la Escuela de Escritores de Querétaro/sogem en México. Imparte clases y es coordinador académico en el diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá.

Ha sido jefe del Departamento de Letras del Instituto Nacional de Cultura (1990-1992), director de la Editorial Universitaria de la Universidad de Panamá (1992-1993) y jefe de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá. Es fundador, director y editor de la Revista Cultural *Maga,* presidente de la Fundación Cultural Signos de 1997 a la fecha y presidente de la Asociación de Escritores de Panamá. Ha dictado numerosos talleres de creación literaria y de cuento, en particular.

Creó diversos premios literarios en Panamá, entre ellos: Premio de Poesía Gustavo Batista Cedeño en el Instituto Nacional de Cultura, Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán, Premio Nacional de Cuento José María Sánchez en la Universidad Tecnológica de Panamá, Premio Signos de Poesía Stella Sierra, Premio Signos de Ensayo Literario Rodrigo Miró Grimaldo en la Fundación Cultural Signos.

En 1964 obtiene mención honorífica en el Concurso Literario Ricardo Miró, sección cuento, con la obra *Catalepsia*, y en 1965 obtiene otra mención honorífica en el mismo certamen literario, sección teatro, con la obra *La cápsula de cianuro*. En 1970 obtiene una mención honorífica en el Tercer Certamen Cultural Centroamericano, auspisiado por el Consejo Superior de Universidades Centroamericanas. En 1971 gana la Beca Centroamericana de Literatura convocada por el Centro Mexicano de Escritores y la Fundación Ford de México con el fin de escribir un libro de cuentos, que resultó ser *Duplicaciones*.

Fue postulado por la Universidad Tecnológica de Panamá al Premio Príncipe de Asturias de las Letras (España), en 1997, y al Premio Pluma de Oro 2002, de la Cámara Panameña del Libro, por la misma universidad. En 2005 gana el Concurso Nacional de Literatura Ricardo Miró como cuentista con su libro inédito "En un instante y otras eternidades".

Es reconocida su importante labor de difusión de la literatura panameña como antologador, editor, tallerista y, sobre todo, es reconocido el impulso a la obra de las generaciones jóvenes y el compromiso en visibilizar la producción literaria de las escritoras. Asimismo, ha creado el sitio web denominado Directorio de Escritores Vivos de Panamá (http://www.pa/cultura/escritores) de la Universidad Tecnológica de Panamá.

En relación con las antologías de cuentistas panameñas ha compilado: *When New Flowers Bloomed. Short Stories by Women Writers From Costa Rica And Panama* (Latin American Literary Review Press, Pittsburgh, Pennsylvania, 1991) y *Flor y nata. Mujeres cuentistas de Panamá*, que con motivo del Centenario de la República editó la Universidad Tecnológica de Panamá.

Ha escrito teatro, poesía, cuento, ensayo y periodismo cultural. En cuanto a su obra cuentista, Enrique Jaramillo Levi ha publicado 26 libros de 1965 al 2006. Los más recientes son: *Gato encerrado*, *La agonía de la palabra*, *En un instante y otras eternidades*, *Romper el molde*, *29 cuentos eróticos*, *Para más señas*, *Híbridos*, *El vendedor de libros*, *En un abrir y cerrar de ojos*, *De tiempos y destiempos*, *Luminoso tiempo gris*, *Cuentos de bolsillo* (Antología de minicuentos) y *Senderos retorcidos*. Aparece en 21 antologías del cuento panameño, centroamericano o hispanoamericano. Cuentos suyos han sido traducidos y publicados en los Estados Unidos, Alemania, Austria, Francia, Polonia, Hungría y Brasil.

Su último libro de cuentos titulado *Justicia poética* (2008) fue presentado en Panamá, Costa Rica, México y España.

Giovanna Benedetti
(1949)

Cuentista, poeta, ensayista y escultora, es doctora en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid. Ha ganado en tres ocasiones el Concurso Literario Ricardo Miró: de cuento, en 1981, por *La lluvia sobre el fuego*; de ensayo, en 1984, por *El sótano dos de la cultura*; y el de poesía, en 1992, por *Entonces, ahora y luego*. Los tres libros fueron publicados un año después de su premiación. Además, fue directora de los Archivos Nacionales y es miembro de la Sociedad Bolivariana de Panamá. Obtuvo el Premio Internacional de Periodismo José Martí, en la Habana, Cuba en 1991.

El cuento “La mirada del retorno” apareció en la antología *Hasta el sol de mañana. 50 cuentistas panameños nacidos a partir de 1949* (Panamá, 1998), compilada por Enrique Jaramillo Levi.

Lupita Quirós Athanasiadis
(1950)

Cuentista y novelista, es profesora de español para extranjeros y en 2003 concluyó el diplomado en Creación Literaria ofrecido por la Universidad Tecnológica de Panamá. Además, es fundadora e integrante de la Asociación de Escritores de Panamá.

Lupita Quirós tiene dos obras de cuento publicadas: *Si te contara...* (2004) y *La viuda de la casa grande* (2005). Sus cuentos han aparecido en el periódico *La Estrella de Panamá* y en la revista cultural *Maga*.

En los años 2004 y 2005 logró menciones de honor en el Concurso Nacional de Cuento José María Sánchez por "Lo que me dijo el Viento", incluido en *Si me contará*, así como por "Contando quiero decirte...", respectivamente. De igual manera recibió la primera mención honorífica en el Premio Maga de Cuento Breve 2006 por "La prueba de ADN".

Yolanda Judith Hackshaw Mathews
(1958)

Cuentista, ensayista y poeta, llevó a cabo estudios de licenciatura en Español, de maestría en Literatura Hispanoamericana y doctorado en Literatura Panameña, títulos obtenidos en la Universidad de Panamá, donde actualmente es docente de tiempo completo en el Departamento de Español. Además, es miembra activa del Círculo Lingüístico y Literario Ricardo J. Alfaro y coordinadora editorial de la Editora Norma, en Panamá. De igual forma, se ha desempeñado como profesora de segunda enseñanza y ha participado en numerosas conferencias, seminarios, mesas redondas y congresos nacionales e internacionales.

Ha publicado los libros: *Corazones en la pared* (2000), cuento; *Las trampas de la escritura* (2000); *Redacción: método y práctica*, en conjunto con Ricardo Segura (2000); *La confabulación creativa de Enrique Jaramillo Levi*, cuyo prólogo, entrevista, compilación de textos críticos y notas son de Yolanda Hackshaw; y *De mar a mar* (2001), poemario.

Por otro lado, ha fungido como jurado en distintos certámenes como el Premio Nacional de Cuento José María Sánchez, de la Universidad Tecnológica de Panamá; en el de cuento del Instituto Panameño de Estudios Laborales del Ministerio de Trabajo y del Concurso Nacional de Poesía Demetrio Herrera Sevillano.

Erika Harris
(1963)

Cuentista, hija de padre panameño y madre mexicana. Realizó estudios de psicología en la Universidad de Panamá, donde además cursó un diplomado en Creación Literaria en el año 2001. En la actualidad realiza estudios de maestría en Psicología Clínica en la misma institución.

Su obra está constituida por el libro de cuentos *La voz en la mano*, además de cinco libros de estudio bíblico. Ha publicado en la revista *Maga*.

Marisín Reina
(1971)

Hizo estudios de Comunicación Social en la Universidad Santa María La Antigua y en 2001 cursó el diplomado en Creación Literaria ofrecido por la Universidad Tecnológica de Panamá, y ha participado en diversos talleres literarios.

Su obra literaria comprende el libro de cuentos *Dejarse ir*, además de sus publicaciones en las revistas *Umbral* y *Maga*.

Melanie Taylor Herrera
(1972)

Hija de la escritora Isabel Herrera de Taylor, Melanie realizó estudios de Psicología con especialización en musicoterapia, cátedra que imparte en la Universidad Especializada de las Américas. Además, se ha

desempeñado como violinista en la Orquesta Sinfónica Nacional de su país.

Entre sus libros publicados se encuentran *Tiempos acuáticos* (2000), *Amables predicciones* (2005), donde recoge todas las narraciones de su obra anterior e incorpora dos nuevas colecciones: *Cuentos con la letra A* y *Cuentos y poemas misceláneos*. Sus cuentos han aparecido en la revista *Maga*.

Gloria Melania Molina Rodríguez
(1981)

Es licenciada en Diseño de Interiores por la Universidad Católica Santa María La Antigua y en 2003 cursó el diplomado en Creación Literaria que ofrece la Universidad Tecnológica de Panamá. Ha participado en talleres literarios y círculos de lectura.

Dirigió la página literaria "El Cosmos" (2004-2005) que se publicaba todos los sábados en el diario *La Estrella* de Panamá.

Ha sido reconocida con la Séptima Mención en el Concurso Maga de Cuento Breve 2004 por "Eso fue lo que yo vi"; además, con el Premio Único, correspondiente al año 2005, de la XVIII versión del Premio de Cuentos Darío Herrera, convocado por la Universidad de Panamá, con el libro titulado *Cartas al editor,* que a su vez forma parte del volumen colectivo *Premio Maga de Cuento Breve 2004*. A partir de 2006, se ha dedicado a publicar artículos en la sección dominical "Ambientes con estilo" del diario *Panamá América*.

COSTA RICA

YOLANDA OREAMUNO
(1916-1956)

Novelista y cuentista que desempeñó cargos diplomáticos en la embajada de Costa Rica en Chile. Después emigró a Guatemala, nacionalizándose guatemalteca. Radica posteriormente en los Estados Unidos de América, y en 1946 se estableció en la ciudad de México, país donde fallece.

Desde la adolescencia comenzó a interesarse por las más originales corrientes literarias, creciendo en forma prematura para la literatura de su país de origen, a la que enriqueció en distintos géneros que van desde la novela, el cuento y el ensayo, hasta la crítica y la epístola, abriendo así, en conjunto con su madurez literaria, una nueva ruta, no sólo para la literatura costarricense, sino para toda Centroamérica, particularmente en el campo de la narración introspectiva al introducir recursos narrativos como el monólogo interior.

La primera novela que escribió fue *Por tierra firme*, misma que fue seleccionada en 1940 en Costa Rica como una de las mejo-

res para concurrir al Concurso de Novela Latinoamericano de Farrar & Reinhard; sin embargo, Yolanda Oreamuno se negó a publicar el texto ya que en él recupera sus recuerdos de infancia.

Entre sus obras publicadas se encuentran el ensayo *El ambiente tico y los mitos tropicales* (1946); y la novela *La ruta de su evasión* (1949), que rompe con los moldes tradicionales, separándose de los temas recurrentes en la literatura de ese momento e inaugurando una nueva temática donde los personajes femeninos ocupan sitios protagónicos.

Desafortunadamente, buena parte de la obra literaria de Yolanda Oreamuno se encuentra perdida. Lilia Ramos inicia una labor de recuperación de la que surge la antología *A lo largo del corto camino* (1961), que incluye cuentos, ensayos, narraciones y cartas que habían aparecido en *Repertorio Americano*. De igual manera, Victoria Urbano publicó un libro de ensayo biográfico-literario llamado *Una escritora costarricense: Yolanda Oreamuno* (1968) que incluye los cuentos “El lobo en el aprisco”, “Las bodas de Canaán”, “La tía tenía trenzas”, “De su obscura familia”, “La llave”, “Harry Campbell Pall” y el ensayo *Sobre la pintura de Eduardo Abela*. Por otro lado, Rima de Vallbona enriqueció el trabajo de Victoria Urbano y de Lilia Ramos, al agregar los cuentos “Manzrur, el pez, Scherezada, la pez” y “La fiera”, publicándolos en el libro *La narrativa de Yolanda Oreamuno (análisis y antología)*, trabajo que sucedió a la publicación titulada *Yolanda Oreamuno. Ensayo crítico y antología*. Igualmente, Enrique Jaramillo Levi publicó una antología *When New Flowers Bloomed: Short Stories by Women Writers from Costa Rica and Panama* (1991) en la que incluye los cuentos “Urban wake” y “Of their obscure family”. Finalmente, Alfonso Chase es otro de los escritores costarricenses que ha reunido varios textos de Yolanda Oreamuno en la antología *Relatos escogidos* (1977). Además, los cuentos “Las mareas vuelven de noche” y “Don Juvencio” fueron recuperados gracias a una pareja de amigos chilenos, que recibieron los textos como un regalo de Yolanda.

La novela *La ruta de su evasión* es considerada como su obra cumbre, misma que le valió en 1948 el Premio Centroamericano de Novela.

A pesar de toda este trabajo de recuperación, la mexicana Adelina Zendejas sostiene que aún faltan por localizar los cuentos para niños

que Yolanda Oreamuno empezara a escribir a la edad de diez años, así como la posible existencia de algunos escritos que fueron publicados en el periódico mexicano *El Nacional Juan Ferrero*, e igualmente los fragmentos de la novela *Dos tormentas y una Aurora*; no obstante, dos de sus novelas desaparecieron: *De ahora en adelante* y *José de la Cruz recoge su muerte*.

Carmen Naranjo
(1928)

Novelista y cuentista que realizó estudios en la Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad de Costa Rica, donde obtuvo el título de licenciada en Filología. Posteriormente siguió cursos de posgrado en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Escuela de Letras de la Universidad de Iowa, en Estados Unidos.

Ha sido llamada como experta de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos en El Salvador, República Dominicana, México y Estados Unidos. Dirigió los programas regionales del Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas UNICEF, ha sido coordinadora técnico-administrativa del Instituto Centroamericano de Administración Pública ICAP. Además, fue embajadora de Costa Rica en Israel, ministra de Cultura, presidenta del Consejo Nacional de Educación Física y directora del Museo de Arte Costarricense.

Su obra narrativa y poética se conforma de treinta y un textos que abarcan la poesía, el ensayo, el cuento y la novela. Entre su obra narrativa se identifican las siguientes publicaciones: *Camino al mediodía* (1968), *Memorias de un hombre de palabra* (1968), *Responso por el niño Juan Manuel* (1971), *Diario de una multitud* (1974), *Los perros no ladraron* (1966), *Sobrepunto* (1985) y *El caso 117,720* (1987). En lo referente a sus cuentos se encuentran los libros *Hoy es un largo día* (1972), *Las sonrientes tías de la calle 20* (1982), *Nunca hubo alguna vez* (1984), *Otro rumbo para la rumba* (1989) y *En partes* (1994).

De igual forma, Carmen Naranjo ha sido incluida en las antologías: *17 Narradoras latinoamericanas* con el relato “Cuando invente las mariposas”; mientras que su cuento “And We Sold the Rain” le da

nombre a la antología sobre ficción contemporánea de América Central y que está editada por Rosario Santos; asimismo, el cuento "When New Flowers Bloomed" le da nombre a la antología de cuentistas costarricenses y panameñas editada por Enrique Jaramillo Levi.

Los textos de Naranjo buscan la complicidad o la participación activa del lector en la interpretación de los signos, la mezcla de lenguajes o géneros que por su naturaleza apuntan la incertidumbre en cuanto al verdadero significado de lo enunciado o escrito.

Carmen Naranjo ha ganado todos los premios literarios en Costa Rica: entre otros, el Premio Nacional Magón (1986) y Aquileo J. Echeverría de novela en dos ocasiones (1966 y 1971). Además la Universidad de Santo Domingo, en República Dominicana, le confirió un doctorado *honoris causa* (1991), y el Gobierno de Chile, la medalla Gabriela Mistral (1996).

Virginia Grütter
(1929-2000)

La novelista y cuentista nació en Puntarenas. Cursó estudios de Letras y Filosofía en la Universidad de Costa Rica y siendo muy joven viajó a Alemania y realizó estudios de teatro y ópera en el Berlín Ensamble, donde fue testigo de los últimos disparos de la Segunda Guerra Mundial; Virginia narró esos años juveniles en su novela *Canto a mi tiempo*, un poderoso relato autobiográfico editado en 1997.

Es reconocida ampliamente por su trayectoria en el área teatral, inicialmente en Costa Rica y después en Cuba. Fundó —junto con Jean Moulairt— el teatro Arlequín, en San José; luego se trasladó a Cuba, donde influyó enormemente en la vida teatral. Más tarde, sería invitada por la antigua República Democrática Alemana para trabajar con el *Berliner Ensemble*, compañía teatral fundada por el dramaturgo Bertolt Brecht.

Colaboró en diarios y revistas nacionales y del exterior, entre las que está el *Seminario Universidad*, *Letras Nuevas*, *Revenar* y *Contrapunto*. Su obra literaria se conforma de las siguientes publicaciones: *Dame la mano* (1954); *Poemas en prosa* (1957); *Poesía de este*

mundo (1973); *Los amigos en el viento* (1978); *Desaparecidos* (1980); *Cantos de cuna y de batalla* (1994).

En 1956 obtuvo el primer lugar en un concurso convocado por la Universidad de Costa Rica; así como el Premio Áncora de Literatura 1995-1996, que otorga el diario *La Nación*.

Los recuerdos y pensamientos de Virginia Grütter quedaron grabados en la película documental *Virginia Grütter, más fuerte que el dolor*, realizada en Alemania en el año de 1995, a cargo de la cineasta independiente Quinka Store y que fue presentado en Costa Rica, dos años después. Murió un 3 de marzo, a los 70 años, debido a un paro respiratorio; sus restos fueron enterrados en el cementerio Puntarenense.

Vilma Loría
(1930)

Escribe cuento y novela. Desde pequeña adopta la lectura con pasión y escribe diarios, cartas e historias. Durante dos décadas se dedica al cuidado de la casa y de sus hijos. Al cumplir cuarenta años ingresa a la Universidad de Costa Rica y estudia Artes Dramáticas, Literatura e Historia del Arte. Vilma vive actualmente con su esposo en una finca en Turrúcares de Alajuela.

Además de publicar en periódicos y revistas ha escrito "A las tres de la tarde me amarraron las alas" (1987) relato que se encuentra en *Comunicándonos 8*, libro de texto para alumnos de educación secundaria; con el relato de creación colectiva "Los Bastardos: San José de Noche" (1986), que más tarde incluyó en el libro *Ellas y nosotras* (2002), se hizo acreedora de una mención honorífica en el Primer Concurso de Cuento organizado por el Sistema Nacional de Radio y televisión (SINART). De igual forma, los textos "El sueño" y "A las tres de la tarde me amarraron las alas", ambos fechados en 1987, figuran en la antología *Relatos de mujeres*; asimismo, el cuento de "Flora", premiado en 1997 por la Universidad de Costa Rica, fue compilado en 1998 en la antología *Relatos del desamor*, ambas publicaciones fueron compiladas por Linda Berrón. Vilma Loría también ha publicado *Historias de mi Barrio: El San José de antaño*. Además de las distinciones ya mencionadas, cuenta con

el Primer Premio en el Concurso Literario Alfonso Trejos Willys, de la Universidad de Costa Rica.

Vale la pena mencionar que la novela *La hija de Adriana Cortés*, editada por la Universidad Estatal a Distancia, batió record de ventas en el año 2001. La obra relata la historia de su familia materna en el contexto histórico del país, a lo largo de más de cien años. Su última publicación *Sagrario* narra la historia de una cubana exiliada y se ha vendido en Estados Unidos y Costa Rica. Finalmente, Vilma Loría mantiene una novela inédita titulada *Hilos*.

Rima de Vallbona
(1931)

Nació en San José, Costa Rica. Cursó la licenciatura en Filosofía y Letras de la Universidad de Costa Rica en 1962 y el doctorado en Lenguas Modernas en Middleburry College, Vermont, Estados Unidos, en 1981. Desde 1964, forma parte del claustro de profesores de la Universidad de St. Thomas en Houston, Texas. En 1989 se le otorgó el rango de Catedrática de Español de la Fundación Cullen y al jubilarse, en el verano de 1995, recibió el título de Catedrática Emérita. Es miembro de numerosas organizaciones profesionales relacionadas con literatura y pedagogía y ha ocupado puestos en comités de algunas de ellas.

Su primera novela *Noche en vela* (1968), le valió el Premio Aquiles J. Echeverria. En 1971, publica el libro de cuentos *Polvo del camino* y quince años más tarde, otra colección de cuentos *Mujeres y agonías* (1986). En 1991, la Universidad de Houston publica su novela *Mundo, demonio y mujer*.

Sus cuentos se han publicado en revistas literarias y antologías de España, México, Francia, Uruguay, Venezuela, Alemania, República Dominicana, Costa Rica, Estados Unidos, en español, inglés, francés y portugués.

Entre las distinciones más importantes que se le han otorgado se encuentran el Premio Jorge Luis Borges de Cuento Corto (1977) y el Premio Áncora del periódico *La Nación* al Mejor Libro de Ficción (1984).

Tatiana Lobo
(1939)

Nacida en Chile, se nacionaliza costarricense en 1967. Es hija de padre chileno de origen criollo y madre chilena de ascendencia alemana. Tatiana Lobo realizó estudios de Teatro y Artes Plásticas en la Universidad de Chile, a los 24 años partió a Alemania dónde permaneció durante tres años estudiando y trabajando para sostenerse.

En el campo de la novela ha publicado *Asalto al paraíso* (1992), *Calypso* (1996), *El año del laberinto* (2000) y *El corazón del silencio* (2004); mientras que su producción cuentística está representada por *Tiempo de claveles*, (1989) y *Entre Dios y el diablo, mujeres de la Colonia* (1993); en coautoría con Mauricio Meléndez escribió el texto ensayístico *Blancos y negros, todo mezclado* (1997); ha incursionado también en la dramaturgia con la obra *El caballero del* v *Centenario* (1989).

Su narrativa tiene como contexto a Costa Rica, reformulando el discurso historiográfico con fuertes implicaciones respecto a la homogeneidad racial de la población costarricense y a su tradición democrática. De igual forma, recupera la historia nacional, así como el protagonismo de las mujeres, los indígenas y los negros, grupos sociales generalmente ausentes o marginados del imaginario nacional. Con ellos, aparecen otros valores como el respeto por la naturaleza, la solidaridad, la defensa de la paz y el humor.

Con *Asalto al paraíso*, publicada en octubre de 1992, recibió el Premio de Novela Sor Juana Inés de la Cruz en 1992 (Feria Internacional del Libro, Guadalajara, México) y una mención honrosa de la municipalidad de Santiago de Chile en 1993. Mientras que con *El año del laberinto* se hizo acreedora al Premio Nacional Aquiles J. Echeverría; el Premio Áncora del periódico *La Nación* y el Premio Nacional Aquiles J. Echeverría de Novela le fueron otorgados por *El corazón del silencio* en el año 2004.

Luz María de la Cruz Redón (1946-2008)

Nació en Chile y emigró junto con su esposo a Costa Rica a raíz del golpe de Estado al presidente Salvador Allende en 1973. Llevó a cabo estudios de Filología Española en la Universidad de Costa Rica. Ha publicado los libros *Pequeños hombres* (1983), *Relatos de fin de siglo* (1984), y *Profesión de fe* (1986), mismos que le valieron, en las tres ocasiones, el Premio Walt Whitman de Narrativa para Centroamérica y el Caribe; asimismo, *Nocturno* (2004). Tiene un libro de relatos inédito, *Desnudos*, del cual tomó Linda Berrón el cuento "Bodas de oro" para incluirlo en su antología *Relatos de desamor* (1998). Muere el 25 de junio del 2008. Le sobreviven su compañero de toda la vida, con quien se unió en Chile en 1971, una hija, un hijo y una nieta. Entre los documentos encontrados por su esposo destacan dos libros de relatos inéditos, un extenso relato separado cuyo título es "La caída de Adán" y un bellísimo poema sobre su tierra natal que, como chilena de origen, jamás dejo de anhelar.

Emilia Macaya Trejos (1950)

Nació en San José, Costa Rica. Realizó sus estudios primarios y secundarios en este país. Después de dos años de permanencia en Europa y una vez concluida la licenciatura en Filología por la Universidad de Costa Rica, realizó estudios tanto en la Universidad de Mc. Gill como en la Universidad de Montreal, ambas en Canadá. En esta última obtuvo el doctorado en Literatura, con la investigación *"El discurso de la feminidad: para una lectura femenina de textos hispánicos"*.

Fue decana de la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica. Se ha desempeñado también como profesora catedrática, dentro de las ramas de la literatura griega, las teorías del género y la literatura latinoamericana, en la Escuela de Filología y en el Sistema de Estudios de Posgrado de esa misma universidad.

Miembro de Número de la Academia Costarricense de la Lengua, correspondiente a la Española.

Profesora invitada en la Universidades de Montreal y Concordia (Canadá), lo mismo que en la Universidad de Extremadura (España).

La escritora ha publicado la colección de cuentos *La sombra en el espejo* (1986) que obtuvo el Premio Áncora de Literatura en la edición 1987-1988. En el género de ensayo publica *Cuando estalla el silencio* (1992) y *Espíritu en carne altiva* (1997), donde recorre y recrea la vida y obra de Yolanda Oreamuno. Su último libro es la novela *Diez días de un fin de siglo* (2007). Además de ser antologada en las publicaciones *When New Flowers Bloomed* (1991) y *Relatos del desamor* (1998), cuenta con numerosos ensayos y artículos de crítica literaria en revistas especializadas.

Linda Berrón
(1951)

Nació en España, pero vive en Costa Rica. Realizó estudios de Administración Educativa en la Universidad de Costa Rica; posteriormente, una maestría en Estudios de América Latina, en la Sorbona Universidad de París III; más tarde, obtuvo el diplomado de Lengua y Civilización Francesa en París y, finalmente, el diplomado en Grafología por el International Psycho-Service.

Linda Berrón ha trabajado como encargada en proyectos de capacitación personal en el Ministerio de Justicia y en el Registro de la Nación. Ha sido profesora de Dinámica de Grupos en la Universidad Nacional de Costa Rica y ha participado en la producción de material educativo para adultos en el Instituto Centroamericano de Extensión de la Cultura.

También se ha destacado como editora de la revista *Foro*, de temas criminológicos y penitenciarios, pero principalmente por presidir la Editorial Mujeres de Costa Rica, de la cual, además, es fundadora.

Ha publicado los siguientes libros de cuentos: *La última seducción* (1989) y *La cigarra autista* (1992), con el que recibió el Premio Internacional de Narrativa de Mujeres de Habla Hispana en Madrid; también una novela titulada *El expediente* (1989), que se basa en la vida de la feminista francesa Olympia de Gouges; además dos obras de teatro, *Olimpia* y *La Sombra de la Torre*. Por otro lado, Linda Berrón

ha compilado las antologías *Relatos de mujeres* (1993) y *Relatos del desamor* (1998).

Entre las distinciones literarias que ha recibido, se destaca la mención honorífica en 1987 con el cuento "Los Bastardos", en el Primer Concurso de Cuento organizado por el SINART, así como el Premio Único en la Rama de Cuentos de los Juegos Florales de Centroamérica, México y Panamá por "El esclavo sin dueño" (1986). De igual manera recibió el Premio Áncora de Literatura 1991-1992, que concede el periódico *La Nación* y fue finalista en el Premio Ana María Matute de Narrativa de Mujeres en 1992 con el cuento "El pique".

Anacristina Rossi
(1952)

Nació en San José, Costa Rica. Estudió danza y teatro en Londres, para luego trasladarse a Francia donde se graduó como traductora de la Escuela de Intérpretes y Traductores, más tarde obtuvo un doctorado en Holanda. Además de su labor como escritora, periodista y traductora, ha dado una larga lucha por conservar la naturaleza en Gandoca-Manzanillo (Limón).

Ha escrito los libros: *María la noche* (1985), que recibió el Premio Nacional de Novela; *La loca de Gandoca* (1991); *Situaciones conyugales* (1993), *Limón Blues* (2002), que le valió también para adjudicarse el Premio Áncora en Literatura y, recientemente, *Limón Reggae*. De igual forma, ha publicado en revista y periódicos.

Además de las distinciones literarias ya mencionadas, Anacristina Rossi también ha recibido el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría.

Magda Zavala
(1952)

Profesora e investigadora en la Universidad Nacional (UNA) de Costa Rica. Realizó sus estudios de bachillerato y licenciatura en la Universidad

de Costa Rica, y es egresada de la maestría en Literatura de esa misma institución, aunque más tarde realizó otros estudios de maestría en la Universidad de Lyon II, Francia, y obtiene el grado de doctorado en la Universidad de Lovaina la Nueva, Bélgica, con la tesis: *La nueva novela centroamericana* (1990). Además, ha sido profesora invitada en Noruega y Canadá. Actualmente dirige un programa de posgrado en la UNA.

Magda Zavala fue miembro del grupo literario Oruga y del Taller del Lunes, razón que la llevó a representar a Costa Rica en la Comunidad de Escritores Centroamericanos en 1988. También ha coordinado equipos de investigación de carácter tanto multidisciplinario como interdisciplinario, a través de los cuales ha abarcado temas de teatro y cultura popular costarricenses, así como de literatura centroamericana, y cuyo resultado se encuentra en los libros Pautas para el estudio de la literatura popular (1986), Historiografía literaria de América Central (1995) e Historiografía de las literaturas indígenas (2002). Ha sido también gestora y directora de proyectos académicos y culturales, entre ellos: la maestría y el doctorado en Estudios de Cultura Centroamericana y la Revista Ístmica en la Universidad Nacional. Ha impulsado la integración de la Asociación de Escritoras Centroamericanas y organizado numerosos eventos para difundir la actividad de las mujeres artistas centroamericanas, entre ellas las literatas.

Su poesía ha sido publicada en los periódicos nicaragüenses *Nuevo Amanecer Cultural* y *Prensa Literaria*; en la revista *Casa de la Mujer* editada por la Universidad de Costa Rica; en *Identidad Centroamericana* de Panamá y en otros medios literarios de la Región. Ha escrito una novela bajo el título *Desconciertos en un jardín tropical* (1999) y el cuento "De la que amó a un toro marino" aparece en la antología de cuentistas costarricenses *Relatos del desamor* (1998), editada por Linda Berrón.

Dorelia Barahona
(1959)

Nació en Madrid, España y cursó sus estudios primarios en la Escuela Nueva, mientras que los secundarios en el liceo laboratorio de la

Universidad de Costa Rica, donde obtiene el bachillerato; posteriormente egresó de la licenciatura de Filosofía y Bellas Artes en la Universidad de Costa Rica. Por otro lado, llevó a cabo estudios de cerámica e historia en Madrid, España, así como en Técnicas y Materiales de la Pintura en la Escuela de San Carlos en México, actividad que la ha llevado a exponer en diferentes galerías como *El cuartel de la boca del Monte* (1987); la Sala de Exposiciones Temporales y el Museo Nacional de Costa Rica (1994).

Dorelia Barahona participó en el Concurso Literario de Primera Novela Juan Rulfo en México, donde obtiene el primer lugar con *De qué manera te olvido*, publicada en 1990. Es autora, también, de una colección de cuentos *Noche de bodas* (1994), la novela *Retrato de mujer en terraza* (1995) y de *La señorita Florencia y otros relatos* (2003). Además de colaborar en periódicos y revistas como ensayista y articulista, la escritora ha trabajado como guionista de teleseries y como directora de talleres narrativos. El video *Camino*, cuya producción y guion realizó tomando como base la vida de tres mujeres artistas costarricenses, le valió una mención de honor en los premios nacionales de 1999. De igual manera, ha incursionado en el campo de la cuentística con el libro L*a mano de Sandomingo* (2003), del cual se desprenden los textos "Carro grande", "Hombre grande" y "La señorita Florencia" que aparecen en la antología *Relatos de mujeres* (1993), que compila Linda Berrón.

Además de las distinciones y reconocimientos antes mencionados, Dorelia Barahona se ha hecho merecedora del primer lugar en el Concurso de Cuento convocado por la *Revista Nacional de Cultura*, por el texto "Un amor posible"; mientras que el guion *La Basurita* le adjudicó el primer Premio en el Concurso de Guiones Cortos convocado por la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Costa Rica.

Hilda Chacón (1960)

Es directora del Programa de Estudios de la Mujer y directora del Laboratorio de Lenguas Emerson en Nazareth College, Rochester, Nueva York. También es profesora asociada de literatura latinoamericana en el

Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la misma institución, y enseña en el *Honors Program*. Es periodista con experiencia en producción de radio y televisión, así como en periodismo de investigación para prensa escrita. Obtuvo su doctorado en Literatura y Cultura Latinoamericana en la Universidad del Estado de Ohio (1999) con una tesis sobre crónica contemporánea en el POST-NAFTA México. Su trabajo académico se concentra en el análisis de los medios de comunicación y sus expresiones culturales en la época de la globalización, con especial interés en las epistemologías de la postmodernidad, incluyendo en esta discusión su producción en América Latina. Tiene publicaciones en diferentes revistas virtuales y ha obtenido reconocimiento por su escritura creativa. Fue editora de *Grafemas*, boletín electrónico de la Asociación Internacional de Letras Femeninas Hispánicas (AILFH).

Ha publicado artículos en *CiberLetras*, en Estados Unidos, y *DataGramaZero*, en Brasil, ambos organismos periódicos especializados vía *on-line*; también en Latin American Studies Association: LASA Forum; en la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* en la Universidad de Texas en El Paso; en *Con-textos: Revista de Semiótica Literaria* de la Universidad de Medellín, Colombia; en *Ístmica* de la Universidad Nacional de Costa Rica, en *Letras Femeninas* de la Asociación Internacional de Literatura y Cultura Femenina Hispánica en Estados Unidos, y en *Confluencia: Revista Hispánica de Cultura y Literatura* de la Universidad del Norte de Colorado. También participó en la publicación *One Wound for Another: Testimonios Latinos in the U.S., 11 September 2001-11 January 2002*.

MARTA RODRÍGUEZ
(1953)

Marta Rodríguez es una escritora costarricense radicada en los Estados Unidos. Su cuento "Orgasmo" describe con gran voluptuosidad y delicadeza, el acto de auto-erotismo de una mujer que toma un baño de tina.

NICARAGUA

Irma Prego
(1923-2001)

Nació en la ciudad de Granada, Nicaragua, en 1923; hija de una familia acomodada, se rebeló contra las expectativas que la sociedad aristócrata granadina reservaba para las mujeres. Después de contraer matrimonio, en 1956, se traslada a Costa Rica, donde se dedica a la pintura. No fue sino hasta 1978 cuando se da a conocer como narradora al obtener el primer Premio en los Juegos Florales Centroamericanos de Quetzaltenango, Guatemala, por el libro de cuentos *Mensajes al más allá* (1984); posteriormente recibiría una mención honorífica en el Certamen UNA Palabra, que organiza la Universidad Nacional, por *Agonice con elegancia* (1996).

Irma Prego ha sido incluida en la antología *Cuentistas hispanoamericanas* (1996) que publican las investigadoras Gloria Da Cunha-Giabbai y Anabella Acevedo Leal, así como en *Relatos de mujeres* (1993), compilada por Linda Berrón, con el cuento “Tres nombres para la ausencia”.

Rosario Aguilar
(1938)

Su nombre de pila es Rosario Fiallos Oyanguren. Es una de las escritoras más importantes de Nicaragua, actividad que la ha colocado como miembro de la Academia Nicaragüense de la Lengua y de la Real Academia de la Lengua Española e integrante, además, del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, así como de la Alianza Francesa, del Centro Nicaragüense de Escritores, de la Unión Nicaragüense de Escritoras y de la Asociación Amigos del Teatro Municipal José de la Cruz de la Mena. En su obra literaria expresa una preocupación permanente por los niños de su país y la conservación de los bosques de Nicaragua, además de entablar un compromiso con la visibilización de la mujer a lo largo de la historia.

Rosario Aguilar ha publicado las novelas *Primavera sonámbula* (1964), *Quince barrotes de izquierda a derecha* (1965), *Aquel mar sin fondo ni playa* (1970), *Rosa Sarmiento* (1968), *Las doce y veintinueve* (1975), *El guerrillero* (1976), *Siete relatos sobre el amor y la guerra* (1986), *La niña blanca y los pájaros sin pies* (1992) y *La promesante* (2001). Escribió, además, una biografía sobre su madre bajo el título: *Soledad, tú eres el enlace* (1995).

Con su novela *La promesante* recibió el vi Premio Internacional de Literatura Latinoamericana y del Caribe Gabriela Mistral 2001. Otros reconocimientos son los otorgados por la Universidad de Ciencias Comerciales (1998), la Universidad Centroamericana de Managua y la Asociación Nicaragüense de Escritoras (2002) en el marco del i Congreso de Escritoras Centroamericanas. De igual forma, los estudiantes del curso Novela Hispanoamericana de la Universidad de Mobile/Ave María develaron, en abril de 2000, una placa de reconocimiento a su labor literaria. El Centro Nicaragüense de Escritores, en el 2001, le otorgó la placa de reconocimiento por sus valiosos aportes a la literatura nicaragüense. En ese mismo año, la Facultad de Ciencias de Educación y Humanidades de la Universidad Autónoma de Nicaragua le concedió el título doctor *honoris causa*.

Su obra ha sido traducida al inglés, francés y alemán. Ha sido incluida en numerosas antologías entre ellas: *A Secret Weavers Anthology*

(1998) compilada por Andrea O'Reilly Herrera, y en la antología *Cuentistas hispanoamericanas* (1996), editada por Gloria da Cunha-Giabbai y Anabella Acevedo Leal.

Michele Najlis
(1946)

Es egresada de la licenciatura en Ciencias de la Educación, con especialidad en Literatura por la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN). Se ha desempeñado como profesora en la UNAN y en la Universidad de Costa Rica. Además, fue funcionaria del gobierno sandinista de 1979 a 1981 y tuvo a su cargo la columna cultural de *El Nuevo Diario*, en Managua, así como la conducción de programas culturales en la T.V. de 1981 a 1989. También colaboró como asesora del Ministerio de Educación, elaborando libros de texto y materiales didácticos para la asignatura de español en primaria y secundaria. Entre sus últimos cargos destaca el de directora de cultura de la Universidad Centroamericana de Managua, en el periodo que va de 1990 a 1996.

Sus obras de creación literaria son: *El viento armado* (1969), *Augurios* (1981), *Ars combinatoria* (1989) y *Cantos de Efigenia* (1991). Asimismo, ha publicado, entre otros, *Español: octavo grado* (1989) y un compendio de ensayos titulado *Caminos de la Estrella Polar* (1990).

Michele Najlis se encuentra incluida en la antología *Cuentistas hispanoamericanas* (1996) que editan Gloria da Cunha-Giabbai y Anabella Acevedo Leal.

Marisela Quintana
(1958)

Realizó estudios de ingeniería, doctorándose en Administración Educativa con énfasis en Educación a Distancia en Barrington University. Publicó *Informática educativa: 20 preguntas más frecuentes* (1994).

Su obra narrativa se destaca por un fuerte compromiso con las mujeres, se plasma con un gran sentido del humor y de la ironía, reclamando y visibilizando la realidad que atrapa y vulnera a las mujeres.

Ha publicado en *Nuevo Amanecer Cultural*, así como en las revistas *Nexo*, *Campus* y *400 Elefantes*.

Es autora de tres colecciones de cuento *Cinco cuentos sin consuelo y uno por encargo* (1993); *Cuentos de hombres sobre mujeres* (1997); y *Simples asuntos femeninos* (1999); así como del texto ensayístico *Teoría del caos y fractales: Una aproximación al pensamiento femenino* (2001) que muestra el poco sospechado potencial de las ciencias exactas para la construcción del mito y del regocijo.

Helena Ramos
(1960)

Es nacida en la URSS y escribe poemas desde los seis años. En 1979, ingresó a la Facultad de Periodismo de la Universidad Estatal de Leningrado. Como integrante del Comité de la Juventud Comunista de la universidad tuvo contacto con los y las estudiantes extranjeros que cursaban sus carreras en ese país. Ahí conoce a su marido del que toma el apellido. En 1987 la familia se traslada a Nicaragua, donde Elena trabaja como docente en la Escuela de Periodismo de Managua. Tiene cuatro hijas. A mediados de la década de los noventa comenzó a escribir en español y tradujo a este idioma su anterior producción poética.

En 1991 fue redactora del periódico *El Nacional* y desde 1992 colabora con la revista *El País*, para finalmente ser nombrada editora en 1996. También es directora de *La Boletina* (1999), publicación bimensual que publica la Fundación Puntos de Encuentro y que promueve la transformación de las relaciones de poder en todos los niveles de la vida cotidiana.

En 1997 su poema “Desolvidándose” obtuvo el primer lugar en el Ramo de Poesía del II Certamen Centroamericano de Literatura Femenina, convocado por el Consejo para la Cultura y el Arte de El Salvador. El conjunto de la obra ganadora se publica en la *Memoria del II Certamen Centroamericano de Literatura Femenina/Poesía y Cuento* (1997).

Ha publicado el poemario *Río de sangre será mi nombre* (2003); en 2006 su libro *Polychromos* obtuvo el premio único del Concurso Nacional de Poesía Escrita por Mujeres Mariana Sansón y fue publicado, en el mismo año, por la Asociación Nicaragüense de Escritoras. La novela *Volando con ángeles en la tormenta* permanece inédita.

Forma parte del Centro Nicaragüense de Escritores y del Capítulo Nicaragüense del PEN Internacional; es integrante cofundadora de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE) creada en 2000. Desde hace años se encuentra desarrollando el proyecto investigativo Directorio de Autoras Nicaragüenses, en el que, sin pretenderlo, ha realizado una historia de las escritoras nicaragüenses, desde sus inicios hasta el presente.

María del Carmen Pérez Cuadra (1971)

Nació en Jinotepe, Carazo. Estudió Artes y Letras en la Universidad Centroamericana de Managua. Es integrante fundadora del Seminario Permanente de Investigación de Literatura Centroamericana de la Universidad Centroamericana y del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica. Pertenece, además, al grupo de creación audiovisual Quiebraplata y al consejo editorial de las revistas *400 Elefantes* y *El Ángel Pobre*, donde ha publicado sus textos, así como en *La Prensa Literaria* y *El País*. El texto de narrativa corta *De amores* permanece inédito.

Cynara Michelle Medina (1971)

Nació en Jinotepe, Carazo. En 1990 inició sus estudios de medicina en la Universidad de Rostock, Alemania. Después de abandonarlos en 1993, regresó a Nicaragua, para graduarse, en 1999, como licenciada en Diplomacia y Relaciones Internacionales, en la Universidad Americana. Aunque siempre se interesó por la literatura, comenzó a

escribir narrativa en la universidad, desde entonces se le reconocen sus trabajos como narradora y periodista.

Es una escritora tenaz y una de las pocas nicaragüenses que trabaja con persistencia el género del cuento. Sus escritos, de lenguaje diáfano, sobrio y explícito, presentan un delicado equilibrio entre la ironía y la ternura.

En 1999 publicó "Polvo de Ángel" en *La Prensa Literaria*, que más tarde daría nombre al libro editado en 2002. Su cuento "De astrología y aeronáutica" fue seleccionado para aparecer en el proyecto *Sherezada*, página web dedicada a la narrativa. Finalmente, el libro *Juanito Laguna y otros cuentos* permanece inédito.

Ha recibido dos menciones de honor en los Certámenes Interuniversitarios de Cultura en 1994 y 1995, y el segundo lugar, en el año 2000, en los I Juegos Florales Centroamericanos de León, también en la rama de cuento.

Helen Dixon
(1958)

Obtuvo el premio del Centro Nicaragüense de Escritores en el 2003. En 1988 llega a Nicaragua a través de la Asociación Mundial de Trabajadores de Radio Comunitario (AMARC) en la cual fue coordinadora de agenda de la Segunda Conferencia en Vancouver, Canadá en 1986, además formó parte de la primera revista de la Asociación *Interadio*, que se publicó en tres idiomas. Se estableció en Nicaragua y participó dos años como voluntaria en capacitación y apoyo a la producción de un programa feminista en Matagalpa. En 1990 inició un proyecto de radio participativa con la Sección de la Mujer de la UNAG (organización campesina) con mujeres de cooperativas agrícolas en cinco municipios de Matagalpa. Al año siguiente, junto con Yeta Ramírez, fundó un Colectivo de Educación Popular Feminista: el Grupo Venancia. De igual manera, es fundadora de la Red de Mujeres de Matagalpa, así como de la Red Nacional de Mujeres contra la Violencia. Actualmente es miembro del Comité Nacional Feminista y asesora el diseño de módulos y capacitaciones de género y feminismo.

Helen ha publicado dos poemarios *Vuelo sobre el abismo / Flight Over the Abyss* (2003) libro bilingüe (inglés y español) de poesía y prosemas; y *Olympia/Olimpia* (2007) libro bilingüe (inglés y español) de prosa poética. Antologías de poesía que la incluyen son: *Antología Woman Spirit* (1995), canadiense; y *Nicaragua en las redes de la poesía* (2008) publicada en Nicaragua. Ha publicado poesía en revistas de Brasil, Canadá, Cuba, España y Nicaragua. Es editora de la revista *La chichabruja: revista latinoamericana de arte y literatura de mujeres*.

En el género de cuento ha publicado "Evocación" en la antología canadiense *In Our Own Voice*; "Tiempos", "204" y "Video en Sepia" en *Antología de cuentos lésbicos* –publicada en el 2008 en España–. Asimismo, "Pájaro nocturno" en la Revista *GénEros* de la Universidad de Colima en México, "Cantos de Noviembre" y "Video en Sepia" en la Revista Estrago de Nicaragua; "Video en sepia" en Dos Islas, Dos mares –Cuba/España– Revista Electrónica de Internet; y "Tiempos" en la Revista *Anide* de Nicaragua. 2004. Tiene dos colecciones inéditas de cuento: *Espiral* y *Cuentos bilingües de los ochenta y noventa*.

HONDURAS

Lucila Gamero de Medina
(1873-1964)

Su nombre real es Lucila Gamero Moncada, pero es conocida como Lucila Gamero de Medina en la historia literaria de su país. Publicó sus primeros cuentos en las revistas *El Pensamiento* y *Juventud Hondureña*, donde divulgó por capítulos la novela *Amelia Montiel* en 1895. Le corresponde el honor adicional de publicar la primera novela de su país, *Adriana y Margarita* (1897), financiada por su padre e impresa por la Editora Garault de París. Un ejemplar de esta obra se encuentra en la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos en Washington, D.C.

Escribió siete novelas y un libro de cuentos. La novela *Blanca Olmedo* (1903) la llevó a la fama y fue reeditada en 1933, 1954, 1972, 1982 y 1990. En su momento, los padres de familia y los sacerdotes desaconsejaban su lectura por considerarla inmoral. Otras de sus novelas son: *Páginas del corazón* (1897) ganadora de una mención honorífica y medalla de plata en la Exposición de Guatemala, *Betina* (1941), *Aída* (1948), *Amor exótico* (1954), *La secretaria* (1954) y *El dolor de amar* (1955).

Para Lucila Gamero de Médina, el cuento constituye uno de los primeros esfuerzos sistemáticos por elaborar un corpus cuentístico coherente, uno de sus relatos más reconocidos es "Bajo el imperio del amor" (1922). Sus cuentos aparecieron en revistas de la época, pero también se encuentra una colección de seis que se incluyen en *Betina*, así como otros relatos sueltos en las novelas *La secretaria* y *Amor exótico*.

Helen Umaña la incluye en su libro *El panorama crítico del cuento hondureño 1881-1999* y Carolina Alduvín compila la obra *Cuentos completos de Lucila Gamero de Medina* (1997).

La obra literaria de Lucila Gamero de Medina refleja un compromiso y una preocupación por la defensa de los derechos de las mujeres hondureñas. Construye protagonistas rebeldes conscientes de esa realidad social injusta que oprime y margina a las mujeres, sin embargo, los conflictos se resuelven conforme a las normas y valores que la sociedad patriarcal establece.

Argentina Díaz Lozano (1917-1999)

Nació en Honduras, pero desde muy joven vivió en Guatemala. Su verdadero nombre es Argentina Bueso Mejía. Se graduó de periodismo en la Universidad de San Carlos de Guatemala. A los 17 años publicó su primera novela, *Perlas de mi rosario*, y un año después la novela *Luz en la senda* (1935). Posteriormente la colección de cuentos titulada *Topacio* (1940), algunos de los cuales fueron traducidos a otros idiomas y publicados en periódicos y revistas del continente.

En 1944, a los 27 años, ganó el primer Premio de Literatura en el Concurso Latinoamericano auspiciado por la Unión Panamericana de Washington y la Editorial Farrar&Rinehart de New York, con la biografía novelada *Peregrinaje*, publicada en inglés con el título *Enriqueta and I*, premio que le valió el hecho de que su obra fuera publicada en Londres, así como la difusión en Santiago de Chile por la editorial Zig-Zag, para luego llegar hasta México. La misma fortuna corrió la novela histórica *Mayapán* (1950) y el libro *Y tenemos que vivir* (1959),

que además fueron traducidos y publicados en numerosas ediciones. Por otro lado, la novela psicológica *Mansión en la bruma* (1964) fue adaptada al teatro por Ligia Bernal de Samayoa, publicándose primero en Bruselas, en lengua francesa, para luego obtener en 1964 el Quetzal de Oro de la Asociación de Periodistas de Guatemala, al mejor libro publicado en ese año. Dos años después publicó *Fuego en la ciudad* (1966), cuyo escenario es la época de la guerra de William Walker y la batalla de los centroamericanos unidos para expulsarlo del territorio.

Otras de sus publicaciones son: *49 días en la vida de una mujer* (1956), *Aquel año rojo* (1973), *Eran las doce ... y de noche* (1976), *Ciudad errante* (1983), *Caoba y orquídeas* (1986) y *Ha llegado una mujer* (1991) publicada en México. También es incluida en el libro *El panorama crítico del cuento hondureño* (1881-1999), escrito por Helen Umaña en 1999.

Argentina Díaz Lozano es considerada una pionera en el campo de la narrativa, ya que es de las pocas mujeres hondureñas con una cuentística relativamente abundante y literariamente coherente, prueba de ello es que fue aceptada por la Academia Sueca como candidata al Premio Nobel de Literatura en 1974.

Entre los homenajes que recibió destacan el de Bellas Artes en Bruselas, la Universidad de Utrecht en Holanda, asimismo los de Nueva York, Amberes, Honduras y Guatemala. Fue premiada por sus méritos literarios con la Orden Cruceiro do Sud, que entrega el Gobierno de Brasil, con la Orden del Quetzal en el grado de Comendador, por el Gobierno de Guatemala; y la Hoja de Laurel de Oro por el Instituto de Cultura Hondureño-Americano.

Leticia de Oyuela
(1935– 2008)

Su verdadero nombre es Irma Leticia Silva Rodríguez y toma su nombre en la escritura de su marido Félix Edgardo Oyuela Suazo, abogado de profesión que se desempeñó como diplomático por parte del Gobierno de Honduras, razón que llevó al matrimonio a vivir varios años en el extranjero.

Leticia de Oyuela nació en Tegucigalpa, estudió la licenciatura en Derecho en las Facultades de Ciencias Jurídicas y Sociales de las universidades Nacional Autónoma de Honduras y la Nacional Autónoma de México. Posteriormente, complementó su preparación con distintos cursos en instituciones como el de Cultura Hispánica, la Universidad Metropolitana de Madrid en España, la Facultad de Ciencias Estéticas e Historia del Arte del Instituto Antonio Gramsci de Roma en Italia. De igual forma se especializó en servicios de voluntariado en la Universidad Católica de Santiago de Chile, y en Servicio Editorial y Publicaciones del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe CERLALC auspiciado por la UNESCO, así como experta en libro educativo entrenada en Complejo Carvajal y Compañía, Cali, Colombia.

La trayectoria de Leticia de Oyuela incluye la docencia y la promoción cultural por más de treinta años, así como la producción editorial, actividades que se consolidaron con la fundación de la Editorial Nuevo Continente y la Galería de Arte Leo.

La escritora ha sido una de las figuras preponderantes en la investigación histórica de Honduras y su obra constituye uno de los pilares fundamentales en la interpretación de las mentalidades colectivas y la identidad nacional. Las obras literarias se encuentran fundamentadas en una extensa investigación documental en archivos históricos nacionales. *Dos siglos de amor* (1997) contiene veintiséis textos que incluyen las historias de hombres y mujeres que a lo largo de los siglos XVIII y XIX, forjaron los cimientos de la Honduras actual; mientras que en *De santos y pecadores* utiliza documentos obtenidos en el Archivo Eclesiástico de Comayagua para recrear una serie de relatos; *Las sin remedio: mujeres del siglo XX* (2001) es una colección de cuentos que tiene su origen en la tradición oral. Su última publicación literaria es *Ángeles rebeldes* (2005). Ha publicado además numerosas obras sobre historia hondureña, historia del arte e historia de las mentalidades, entre otras, *Un aporte para la historia de las mentalidades 1546-1910* (1999). A lo largo de su trayectoria, Leticia Oyuela ha recibido diversos honores y distinciones, entre ellos: el Segundo Premio de Ensayo en el Concurso Rafael Heliodoro Valle, 1985, con el texto *La raíz de la religiosidad en la cultura hondureña*. En 1988 obtuvo el mismo premio por el trabajo *Un siglo en las haciendas: estancias y haciendas ganaderas en la*

antigua provincia de Tegucigalpa. Finalmente, en 2002 recibió el Premio de Investigación Histórica Rey Juan Carlos I de España con *Esplendor y miseria de la minería en Honduras*. Muere el 23 enero de 2008.

Aída Castañeda
(1940)

Nació en Gracias, al occidente del país. Ha publicado *El tío Bernabé y otros cuentos* (1989), *Si se pudiera congelar el tiempo* (1995), *Senderos de la infancia* (1985), *De la tierra al cielo* (1987) y la novela *Tormenta* (1998).

La autora es poseedora de una gran sensibilidad hacia los problemas sociales, las desigualdades económicas, las humillaciones que padecen los indocumentados en los Estados Unidos, las relaciones desiguales entre las empleadas domésticas y las patronas, la pandemia del SIDA, la problemática de la vejez, el amor filial, los niños de la calle, el narcotráfico y la violencia. La autora trabaja, asimismo, la problemática de la mujer, cuentos que expresan aspectos como la violencia intrafamiliar, la cosificación femenina, la necesidad de contar con un espacio propio, y la búsqueda de la suficiencia económica y afectiva.

La autora es incluida en la obra de Helen Umaña, *Panorama crítico del cuento hondureño (1881-1999),* y en la *Antología de cuentistas hondureñas* (2003) de Willy O. Muñoz.

Marta Susana Prieto
(1944)

Nació en Puerto Cortés, donde cursó sus primeras letras y estudió la secundaria en el Instituto María Auxiliadora de Tegucigalpa. Más tarde realizó estudios de Administración de Empresas y Gerenciales que complementó con el arte, la filosofía y la historia.

Es colaboradora de la revista *Tragaluz* y de la sección literaria *Cronopios* de los diarios *La Prensa* y *El Tiempo*, de San Pedro Sula, y formó parte del consejo de redacción del suplemento literario

Umbrales. Además, fue miembro del consejo de redacción de la revista virtual *Honduras Literaria*, y fundadora del Centro Cultural Infantil de San Pedro Sula.

Entre sus publicaciones se encuentran la novela *Melodía de silencios* (1999); el libro de cuentos *Animalario* (2002) y *Memoria de las sombras, novela histórica* (2005), que la hizo acreedora de una distinción de Casa de las Américas de Cuba.

Alejandra Flores Bermúdez (1957)

Alejandra nació en Tegucigalpa y cursó la carrera de Antropología en la Universidad de Los Andes, Bogotá, Colombia. Ha participado en la elaboración de uno de los primeros programas de educación indígena en Colombia, conviviendo un año con la comunidad indígena Arhuaca de la Sierra Nevada de Santa Marta. También se ha desempeñado como catedrática de literatura hondureña en la Universidad José Cecilio del Valle, en Tegucigalpa, y ha impartido cursos de idioma inglés en diversas instituciones y academias. Desde 1995 ha participado en varias exposiciones de pintura organizadas por el Instituto Hondureño de Cultura Interamericana, actividad que le ha llevado a ilustrar dos de sus libros. Ha colaborado con el semanario *Honduras this Week* con diversos artículos y entrevistas a personajes del mundo cultural hondureño, así como en la revista *Ixbalam* de Tegucigalpa. Por otro lado, sus colaboraciones periodísticas han aparecido en publicaciones como *Noticias de la República de China* de Taipei, Taiwán, la revista de antropología *Anthropos* de la desaparecida Alemania Federal, y en *Saudade* de Portugal.

Entre sus publicaciones se encuentran los poemarios *Destino ultrajado* (1992), *Exilios interiores* (1996) y *Sobre todo* (2001); los cuentos para niños *Cantos de barro* (2000) y el poemario para niños *Rimas y rondas* (2005). Mantiene dos obras inéditas: *Por la vereda va una mujer* (cuentos) y *Poemas del desamparo*. También ha sido incluida en las antologías *Honduras: mujer y poesía,* de Ada Luz Pineda (1998); *Abilingual Anthology of Contemporary Honduran Women Writers* de

la poeta hondureña Amanda Castro, publicada en 2002 por la Mellen University Press, de New York; *Stigar/Senderos de la poeta panameña Luz Lescure*, editada por Biblioteca Real de Estocolmo en 2003; así como en la *Antología de cuentistas hondureñas* de Jessica Sánchez (2006).

María Eugenia Ramos
(1950)

Nació en Tegucigalpa y realizó estudios de magisterio, periodismo y literatura. Además de ser dirigente estudiantil en los setenta.

María Eugenia Ramos ha publicado poesía y cuento. Su primer cuento "Quink", de carácter infantil, fue publicado en la revista *Ariel* cuando apenas tenía diez años de edad.

Lanzó el libro de poemas *Porque ningún sol es el último* (1989), el de cuentos *Una cierta nostalgia* (2000) y de ensayo *Yo, tú, ellos, nosotros*. *Apuntes sobre la praxis poética y vital de Clementina Suárez* (2002). Además, su poesía figura en la antología franco-española *Antología de poesía hondureña del siglo XX*, (1977).

Las temáticas recurrentes en su obra literaria consisten en situaciones donde la mujer no logra romper el círculo de la dependencia: los y las protagonistas no logran escapar a un destino que pareciera que les es impuesto, de ahí esa sensación de tristeza y nostalgia por la libertad no experimentada de ser el artífice del propio devenir.

Waldina Mejía
(1963)

Es poeta y cuentista. Realizó estudios de lingüística y de orientación educativa, desempeñándose como catedrática en ambas materias, actividad que lleva a cabo hasta la fecha. Posteriormente, cursó la maestría en Literatura de Centroamérica en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH). Fue fundadora de la Asociación Nacional de Escritoras de Honduras (ANDEH) misma que presidió de 2002 a 2004.

Igualmente, es integrante del Instituto Hondureño de Cultura Hispánica y del grupo literario *País posible*.

Waldina Mejía ha publicado *El amor y sus iras* (2001), poesía; *Catorce sonetos* (con Estrambote) (2002), poesía; y *La tía Sofi y otros cuentos* (2002), cuento. Además ha sido incluida en las antologías: *Ixox-Amar-Go, poetas centroamericanas por la paz*, de Zoe Anglesey (1987); *Poetry by Contemporary Honduran Women* realizada por Amanda Castro (2002) y *Voyage au Coeur des Femmes Latino-Américaines* (2003). Se incluye en la obra de ensayo *Honduras, mujer y poesía*, a cargo de Ada Luz Pineda (1989), ha colaborado con poemas en numerosas revistas, entre ellas, *18 Conejos*, *La Tribuna* y *Tragaluz*.

Su labor literaria le ha merecido el primer lugar en poesía, así como una mención honorífica en cuento, en el Concurso Literario Tragaluz, ambos en 1986; y el *Accésit* en el VIII Premio de Poesía Hermandad de Cofradías de Semana Santa en el 2001.

Rocío Tábora
(1964)

Nació en Santa Rosa de Copán. Es licenciada en Psicología, máster en Ciencias Sociales y diplomada en Teoría Política. Durante 1993 y 1994 fue miembra del taller literario Manscupias de la escritora Pía Barrios, en Santiago de Chile. Ha publicado diversos libros y artículos sobre educación, género y política. *Guardarropa y Cosas que rozan*, colecciones de cuento del 2001, son sus primeros trabajos literarios, en los que es posible observar, en sus propias palabras, tejidos narrativos en los que "*me costuro vestidos nuevos, mudo de piel, me escapo de morir aplastada por un silencio gigante, me lleno de raíces en un sueño, camisas limpias me abrazan, me invento vestidos de viaje, me arropo con colores de fiesta y flores estampadas, y llevo besos adheridos de luciérnagas*". Actualmente sobrevive, ama y celebra en la ciudad de Tegucigalpa.

Lety Elvir Lazo
(1966)

Lety nació en San Pedro Sula. Estudió la licenciatura en Letras en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH) con especialidad en Literatura. Cuenta con un diplomado en Lengua y Literatura Española, realizado en Madrid, así como un doctorado en Literatura Centroamerica por la Universidad Nacional de Costa Rica.

Ha publicado los poemarios *Luna que no cesa* (1998) y *Mujer entre perro y lobo* (2001). Su producción en cuento se refiere a *Sublimes y perversos* (2005). Permanecen inéditos *Datos sobre vida y obra de Eva Thais* y el poemario *Bajo Sospecha*.

Lety Elvir Lazo ha sido galardonada con el primer lugar del Premio de Poesía Embajada de Chile en 1996; con el Primer Premio Internacional 1997 de la VIII Bienal Internacional de Poesía, auspiciado por la revista *Correo de la Poesía*, de Valparaíso, Chile. Como narradora ha obtenido el Primer Lugar en el Certamen Internacional de Cuento de la Universidad Nacional de Costa Rica.

Miembra de la Asociación Nacional de Escritoras de Honduras y de la Asociación Costarricense de Escritoras. Es profesora del Departamento de Letras de la UNAH. Recibió la beca *Fullbright Scholar In-Residence*, con estancia académica en la Universidad Estatal de Delaware.

Jessica Isla
(1974)

Su nombre real es Jessica Mariela Sánchez Paz; nació en La Libertad, Perú y es nacionalizada hondureña. Toma el apellido de la abuela para su nombre en la actividad literaria. Escritora, feminista, amante del mar y de la luna. Licenciada en Letras por el Centro Universitario Regional del Norte (CURN), con una maestría de Estudios de Género de la Universidad Landívar de Guatemala.

En el 2002 obtuvo la medalla de plata en los Juegos Florales de Santa Rosa de Copán en Honduras y ha participado en diversos eventos literarios a nivel nacional e internacional. Es compiladora de la *Antología de cuentistas hondureñas* (2006).

GUATEMALA

Ana María Rodas
(1937)

Poeta y cuentista que es considerada la primera mujer periodista de Guatemala, actividad que realiza desde la década de los años 70 y que le valió en 1974 el Premio Libertad de Prensa otorgado por la Asociación de Periodistas de Guatemala. Actualmente trabaja como académica de la licenciatura en Letras de la Universidad Rafael Landívar y como crítica de arte en la revista semanal *La Crónica*.

Su primer libro *Poemas de la izquierda erótica* (1973), se inscribe como un referente obligado de la literatura guatemalteca y centroamericana. La obra provoca dos tipos de ruptura: el lenguaje corresponde a una estética conversacional provocando una renovación de la poesía guatemalteca y hace visible la existencia de una escritura de mujeres como un corpus diferente a la del varón. El libro es pionero en la región, se publica un año antes del poemario *Sobre la grama de Gioconda Belli*. Otros poemarios son *Cuatro esquinas del juego de una muñeca* (1975), *El fin de los mitos y los sueños* (1984) y *La insurrección de Mariana* (1993).

Su obra poética ha sido publicada en Centroamérica, Estados Unidos, Inglaterra, Colombia, México, Viena, Roma y Munich, en antologías en español, inglés y alemán; y en. Destacan *Woman Who Has Sprouted Wings Poems: Contemporary Latin American Women Poets* e *Ixoc-Amar-Go, Central American Women's Poetry for Peace*. Además, su poesía ha aparecido en las revistas *Atenía*, *Red Bass*, *Conditions*, *Crab Creek Review*, *The Maryland Review*, *St. Marks Poetry Newsletter*, entre otras. Ha sido incluida en las antologías *Mujeres que cuentan* (2000) y *Antología de cuentistas guatemaltecas* (2001), publicadas en Guatemala.

Ana María Rodas ha publicado las colecciones de cuento *Mariana en la tigrera* (1996) y *La monja* (2002). Ha recibido las siguientes distinciones: en 1980, mención de honor en el Certamen de Juegos Florales México, Centroamérica y el Caribe con la obra *El fin de los mitos y de los sueños*; en 1990, primer premio en poesía en el Certamen de Juegos Florales México, Centroamérica y el Caribe con la obra *La insurrección de Mariana*; también en 1990, gana el primer premio en cuento en el Certamen de Juegos Florales México, Centroamérica y el Caribe con el cuento "Mariana en la tigrera"; y el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias (2000).

Norma Rosa García Mainieri (1940-1998)

Ensayista, poeta y cuentista. Su obra literaria la escribe bajo el seudónimo de Isabel Garma. Historiadora egresada de la Universidad de San Carlos, donde además fundó el Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas, institución que, de igual manera, ha publicado sus investigaciones, ensayos de carácter histórico, literario y feminista.

Su producción cuentística engloba los libros *Cuentos de amor y muerte* (1987), *Cuentos de muerte y resurrección* (1987), *El hoyito en el perraje* (1993). Mientras que sus libros de poesía son *Poesía del niño caminante* (1992), donde expresa la terrible realidad de los niños de la calle; *Marginalia, mujer y poesía* (1995) y *Nuevos poemas y doce cuentos* (obra póstuma que se publica en Guatemala en 1998).

La escritora asume una posición feminista en su obra, los temas recurrentes son el erotismo femenino, la condición de la mujer, los oficios de las mujeres; da voz a los marginados, a los niños de la calle, obreros y campesinos.

La obra de Norma Rosa García Mainieri se ha incluido en distintas antologías: *Cuentistas hispanoamericanas* (1996) de Gloria da Cunha-Giabbai y Anabella Acevedo-Leal; *Mujeres que cuentan* (2000) de Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo; la *Antología de cuentistas guatemaltecas* (2001) editada por Willy O. Muñoz; *Las huellas de la pólvora. Antología del cuento de la guerra en Guatemala*, publicación a cargo de Armando Rivera e Isabel Aguilar Umaña (1998). De igual forma, sus cuentos han sido incluidos en los trabajos *América Latina, mi continente, mi cuerpo* y en *Literatura latinoamericana*, publicados en Alemania por la doctora Erna Pfeiffer, como también en *17 naradoras latinoamericanas* de Ramón Luis Acevedo.

Circe Rodríguez
(1940)

Nació en Quetzaltenango, pero su lugar de residencia, desde 1974, es Chile. Realizó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de San Carlos de Guatemala y más tarde, en 1990, obtiene la licenciatura en Letras con mención en castellano, en la Universidad Católica de Chile; cuatro años después, realiza un post-título en Teatro con mención en Dramaturgia, en la misma universidad.

Ha publicado ensayos en revistas guatemaltecas como *Alero*, de la Universidad de San Carlos, y el diario *Siglo Veintiuno*. En Chile, se incluyeron dos de sus conferencias sobre Miguel Ángel Asturias y Gabriel García Márquez en el libro Premios Nobel Hispanoamericanos de Literatura, editado por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Circe Rodríguez fue premiada con el primer lugar en el Concurso de Expresión Artística (sección narrativa) por el cuento "Once días después de agosto". El concurso fue organizado por la Federación de Alumnos de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica.

Lucrecia Méndez de Penedo
(1943)

Estudió la licenciatura en Letras Españolas e Hispanoamericanas por la Universidad de San Carlos de Guatemala, con un doctorado en Letras en la Universita degli Studi di Siena, Italia, obteniendo la distinción *Cum Laude* en ambos casos. Su área de especialización es la literatura guatemalteca e hispanoamericana.

Es ensayista, crítica literaria y de arte, investigadora y docente universitaria. Su labor ha sido un fuerte estímulo para el desarrollo profesional de las escritoras guatemaltecas. Ha impartido docencia en la Universidad de San Carlos, Universidad del Valle de Guatemala y Universidad Rafael Landivar, de la que fue directora del Departamento de Letras y Filosofía y coordinadora de la maestría en Literatura Hispanoamericana. Actualmente es directora de posgrados en esa institución. Es miembro de la Real Academia Guatemalteca de la Lengua Correspondiente de la Real Academia Española. Entre las numerosas distinciones recibidas se encuentran: la Orden Presidencial Miguel Ángel Asturias (2000), la Medalla Dante Alighieri, otorgada por la Sociedad Dante Alighieri, sede Guatemala (2002), y la Condecoración Palmas Académicas del Gobierno de Francia (2005). Asimismo, es miembro del Comité Científico Internacional de la *Association Archives de la Littérature Latino-Américaine, des Caraibes et Africaine du xx Siecle-Amis de Miguel Angel Asturias*, UNESCO, 2003.

Entre sus publicaciones se encuentran los libros: *Joven narrativa guatemalteca* (1990), *Letras de Guatemala* (1993), *Cardoza y Aragón: líneas para un perfil* (1994). Sus trabajos aparecen en revistas universitarias y especializadas, así como en suplementos culturales periodísticos guatemaltecos y extranjeros. Actualmente es la coordinadora del volumen *Teatro de Miguel Ángel Asturias* para la Colección Archivos, París. Asímismo, su tesis *Memorie Controcorrente: El río. Novelas de Caballería di Luis Cardoza y Aragón* será públicada por la Editorial Bulzoni de Roma, con el auspicio del Consiglio Nazionale per le Ricerche de Italia. Preparó en coautoría con la escritora guatemalteca Aída Toledo la antología de cuentistas guatemaltecas *Mujeres que cuentan* (2000) y es coautora, con José Domingo Carrillo Padilla,

del libro *Voces del silencio. Literatura y testimonio en Centroamérica* (2006, México).

Ligia Rubio-White
(1950)

Escribe desde la adolescencia, inclinándose hacia la narrativa corta para adultos y para niños. Ligia ha publicado *Cuentos pequeños para niños grandes*, donde aborda diferentes temáticas: la niña golpeada por la madre y violentada sexualmente por el padrastro, encuentros sexuales sin que medie contrato matrimonial, y un relato donde una mujer se ve obligada a abortar. También ha publicado, en coautoría, el libro de cuentos *Desde la casa del cuento* (1998). Sus textos han aparecido en la revista *Intemperie* y se encuentra incluida en la antología *Mujeres que cuentan* (2000), de Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo.

Marcela Valdeavellano
(1951)

Ha publicado los libros *El sapo mentiroso* (1984) y *El canto del chiriquín* (1984). El cuento "Una razón de peso" figura en la antología *Cuentistas hispanoamericanas* (1996) de Gloria de Cunha-Giabbai y Anabella Acevedo Leal; también ha sido antologada en *Mujeres que cuentan* (2000) de Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo. Willy O. Muñoz la incluye en el apartado denominado "Bibliografía selecta de la narrativa de escritoras guatemaltecas" de la *Antología de cuentistas guatemaltecas* (2001).

Aída Toledo
(1952)

Poeta, cuentista y crítica literaria nacida en la ciudad de Guatemala. Realizó estudios en la Universidad de San Carlos como profesora y li-

cenciada en Literatura, en 1985 y 1989, respectivamente. Más tarde, en 1997, llevó a cabos estudios de maestría en Literatura Latinoamericana y el doctorado en Literatura y Cultura, ambos en la Universidad de Pittsburg, donde se desempeñó como profesora de Español y desde el 2001 trabaja en la Universidad de Alabama.

Ha publicado cuatro libros de poesía: *Brutal batalla de silencios* (1990); *Realidad más extraña que el sueño* (1944); *Cuando Pittsburgh no cesa de ser Pittsburgh* (1997) y *Bondades de la cibernética* (1998). Su producción de narraciones cortas se denomina *Pezóculos* (2001).

Es compiladora, junto con Lucrecia Méndez de Penedo, de la antología de cuentistas guatemaltecas *Mujeres que cuentan* (2000), en la que se incluye obra suya; además de dos antologías de poesía; *Para conjurar el sueño* (1998) y *Rosa palpitante. Sexualidad y erotismo en la escritura de poetas guatemaltecas nacidas en el siglo XX* (2005). Sus publicaciones académicas son numerosas, la más reciente es *Desde la zona abierta: artículos críticos sobre la obra de Ana María Rodas* (2004).

Ivonne Recinos
(1953)

Poeta y narradora que obtuvo el grado de licenciada en Lengua y Literatura en la Universidad del Valle de Guatemala, posteriormente la maestría y el doctorado en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Pittsburgh, donde laboró como profesora de español en el departamento de Lenguas y Literaturas Hispánicas.

Muy joven, Ivonne Recinos publicó un poema mural titulado *Peregrina*, que le valió en septiembre de 1994 el Premio Poeta de la Libertad, otorgado por la Alianza Francesa de Quetzaltenango, Guatemala. Al poco tiempo, en diciembre del mismo año, el cuento "Un hombre honrado", obtuvo el Premio Francisco de Victoria otorgado por la Oficina de los Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. Ha publicado el poemario *Dónde nace la voz* (1996). Además, tiene inédito un volumen de cuentos y relatos, así como un libro de ensayos históricos-literarios. Su obra está incluida en la antología *Mujeres que cuentan* (2000) que editan Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo.

Eugenia Gallardo
(1953)

Eugenia Gallardo nació en Cobán, Alta Verapaz. Vivió muchos años en Costa Rica, luego en Inglaterra, y de allí partió a Madrid a trabajar con IRELA, para posteriormente volver a Costa Rica a trabajar para la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Regresó a Guatemala en 1993 donde reside hasta el presente, para aparecer de manera sorpresiva en el ámbito literario guatermalteco en 1999 con el libro de relatos fantásticos llamado *No te apresures en llegar a la torre de Londres porque la torre de Londres no es el Big Ben*. Es incluida en la antología *Mujeres que cuentan* (2000) que publican Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo.

Ruth Piedrasanta
(1958)

Antropóloga guatemalteca que realizó sus estudios de licenciatura y maestría en México en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en la División de Estudios Superiores de la misma institución, así como un doctorado en Antropología en Francia-Universidad de París X, Nanterre.

A lo largo de su carrera ha trabajado como docente e investigadora en Oaxaca, México; en Guatemala ha colaborado en la Universidad Rafael Landívar, en la Asociación para el avance de las Ciencias Sociales, en el posgrado de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Actualmente se desempeña como vicedecana de la Facultad de Humanidades de la Universidad Rafael Landívar.

Ha colaborado en distintas publicaciones en México y Guatemala. Son numerosas sus publicaciones académicas. En 1998 gana el primer concurso de cuentos organizado por *El Periódico* y el *Bancafé*, por el cuento “Preparado para gelatina”, mismo que fue incluido en la antología *Mujeres que cuentan* (2000), editada por Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo. Ha publicado dos títulos de narrativa y uno de poesía. Entres estos el poemario *Amorosamente* (1999) y la colección de cuento *Condición de paso* (2002).

Gloria Hernández Montes
(1960)

Cuentista y ensayista que estudió Letras en la Universidad de San Carlos de Guatemala, publicando en la revista *Letras* del Instituto de Estudios de la Literatura Nacional, de esa misma universidad.

Publicó, en coautoría, el libro de cuentos *Desde la casa del cuento* (1998) y es incluida en la antología *Mujeres que cuentan* (2000) que publican Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo.

Guisela López
(1960)

Escritora feminista nacida en Guatemala. Es comunicóloga, especialista en Estudios de Género y en Investigación. Candidata al doctorado Género Feminismos y Ciudadanía: Perspectivas para un nuevo siglo por la Universidad Internacional de Andalucía. Docente e investigadora de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Coordinadora de la cátedra "Alaíde Foppa del Seminario de Literatura Feminista y Ciudadanía", y del proyecto de investigación: "Alaíde Foppa: Aportes epistemológicos con perspectiva de género desde la cátedra y la literatura". Es fundadora e integrante de la Colectiva de Mujeres en las Artes (2001 - 2011).

Poemarios publicados son: *Brujas*, 2006; *Canto nuevo*, 1980, publicado bajo el seudónimo de Andrea Torres; *En busca del amanecer*, 1976. Obra publicada en antologías: *Hotel Quequén III mosaico poético latinoamericano*, Argentina, 2009; *La mujer rota*, 2008; *Transitando entre la subjetividad poética y la comunicación*. *Antología de poetas guatemaltecas*, 2009. *Sueños de Guatemala*, 2004; *Voces de posguerra*, 2001; *Guatemala voces desde el silencio*,1993; *Antología de autoras Belemitas*, 1983.

Libros académicos publicados son: *Donde están las mujeres: experiencias metodológicas para desarrollar investigaciones con enfoque de género y feminista*; *pensamiento y compromiso social* (2008); *Mujeres mayas y garífunas: Género e identidades culturales* (2009). Libros compilados: *Literatura feminista y ciudadanía* y *Mujeres, discurso y ciudadanía*, ambos publicados en el 2010 como producción del Seminario

de Literatura Feminista/ Colectiva de Mujeres en las Artes/ Centro de Estudios de Género. El capitulo: "Mujeres y práctica investigativa: Un recorrido cronológico, territorial y epistémico", en Mujeres, ciencia e investigación: miradas críticas; Aprendiendo a quitarnos la venda de los ojos. *Guía de formación para promotoras legales comunitarias* (2006); *Derechos humanos y democracia* (2005); *Derechos humanos de las mujeres* (2005); *Derechos sexuales y reproductivos* (2001). Participación en el *Dictionnaire des Créatrices de Editions des Femmes*, Francia.

Su obra literaria ha sido premiada en los siguientes certámenes: primer lugar en poesía, Certamen Padre Romero, México, 1992; primer lugar en poesía y mención honorifica en cuento del Certamen Centroamericano Hacía la libertad, Guatemala, 1979; mención honorífica de cuento en XII Juegos Florales Centroamericanos de Quetzaltenango, 1977; primer lugar en poesía y primer lugar en cuento en Certamen Centroamericano Hacía la libertad, Guatemala, 1977; primer lugar en Verso, Festival Juventud 76, Guatemala.

Myra Muralles
(1960)

Nació bajo el Nahual maya E', que se refiere a la orientación de caminos rectos y vulnerabilidad por exceso de confianza. Realizó estudios de periodismo en la Universidad de San Carlos, en Guatemala, oficio en el que se ha desempeñado por más de 28 años. Fue coeditora e integrante del Consejo editorial del Periódico feminista *La Cuerda*. Myra Muralles recibió las primeras ideas del feminismo por parte de su madre, en 1975, pero tuvieron que pasar veinte años para que adquiriese conciencia al respecto, mientras trabajó con mujeres guatemaltecas refugiadas en Chiapas.

Mildred Hernández
(1966)

Estudió la licenciatura en Filosofía por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Su obra se ubica dentro de la reciente narrativa guate-

malteca. El libro de cuentos *Orígenes* (1995) reúne catorce de diferente temática: el terror de la ciudadanía que se encuentra indefensa ante un estado fuerte que reprime y asesina a los que se le oponen. *Diario de cuerpos* (1998) se encuentra muy cercano a la poesía erótica, es una obra en la que las fronteras entre la lírica y la narrativa se confunden.

Ha publicado artículos y relatos en diversas revistas y periódicos culturales del país. Además, su obra ha aparecido en *Mujeres que cuentan* (2000), antología que editan Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo, así como en la *Antología de cuentistas guatemaltecas* (2001) de Willy O. Muñoz. Igualmente en *Las huellas de la pólvora. Antología del cuento de la guerra*, editada por Armando Rivera e Isabel Aguilar Umaña (1998).

Patricia Cortez
(1967)

Nacida en la ciudad de Guatemala. Se graduó de médico y cirujano en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Escritora por vocación, ha participado en talleres literarios y otras actividades relacionadas con las letras. Es coautora del libro *Desde la casa del cuento* (1998).

Jessica Masaya Portocarrero
(1972)

Escribe ficción desde la infancia y realizó estudios de Arte Dramático, en la Universidad Popular, que concluyó en 1991, para comenzar, al año siguiente, estudios literarios en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala, USAC. Actualmente se desempeña como periodista en la revista *Magazine 21* del diario *Siglo Veintiuno*. Además en julio 2005 fue elegida para formar parte del consejo asesor para las Letras del Ministerio de Cultura y Deportes.

En septiembre de 1999 obtuvo el premio único del Concurso de Cuento de la Fundación Myrna Mack, y en el mes de noviembre de ese mismo año ganó el segundo lugar en el Concurso de Cuento Mario

Payeras, organizado por el grupo Plural de la Facultad de Humanidades de la USAC. De igual forma, con el libro de cuentos *Diosas decadentes* obtuvo en el año 2000 el premio único en el Certamen Permanente Centroamericano 15 de septiembre, promovido por la Dirección de Arte y Cultura del Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala; el libro fue publicado un año después. Finalmente, en junio de 2005 obtuvo el Premio Nacional a la Excelencia en Periodismo Turístico, otorgado por la Asociación de Periodistas de Guatemala y el Hotel Marriott, en la categoría sociocultural. Ha publicado cuentos y columnas en revistas como *Magna Terra*, *Supositorio*, *Domingo*, *Universidad*, *Monitor*, *La Cuerda*, *Incubus* y *Magazine 21*.

Aída Toledo y Lucrecia Méndez de Penedo la incluyen en la antología de narradoras guatemaltecas *Mujeres que cuentan* (2001); así como en *Pequeñas resistencias* (2003) compilada por Enrique Jaramillo Levi, donde reúne cuentistas centroamericanos. Además apareció en la *Antología de cuento y poesía*, publicada por la Fundación Myrna Mack (2004).

Corina Bress
(1977)

Hija de padres guatemaltecos, nació en Chicago, Illinois, donde reside hasta la edad de 12 años. Con un violín en mano y llena de emociones confusas emigra con sus padres a Malacatán, San Marcos, para vivir en la finca Santa Rita. Fue esta la tierra que su abuelo dejó, luego de ser asesinado a finales de la década de 1960 por uno de los escuadrones militares de muerte. El abuelo y su hijastra de 16 años fueron ejecutados luego de ser secuestrados en la carretera a la costa sur, muy cerca de la frontera con Chiapas, México. A Corina le cuentan esta historia cuando llega a vivir a la finca Santa Rita, lo que despierta en ella la inquietud por escribir y por entender qué fue lo que sucedió.

En 1990, inicia sus estudios en el Colegio Valle Verde en la Ciudad de Guatemala. Es ahí donde conoce a la "Maestra U.", protagonista del cuento que aquí se incluye, quien la invita a leer, dándole, al mismo tiempo, un espacio para escribir y revivir a sus fantasmas

heredados. En 1994, inicia sus estudios como psicóloga clínica en la Universidad Rafael Landívar, graduándose en el 2000; regresa a los Estados Unidos a realizar una maestría en Psicoanálisis en Boston, Massachussets, que termina en el 2002.

Ha publicado en el libro colectivo *Hijas de Shakti* (1998), que recupera la herencia de esas mujeres divinas, hijas de Shakti, la triple diosa, joven inexperta, señora dadora de luz y anciana sabia; mujeres que construyen la revolución del sexo y luchan por el derecho de construir los propios destinos.

BELICE

Zee Edgell
(1940)

Realizó estudios de periodismo en la Escuela de Lenguas Modernas del Politécnico de Londres y en la West Indies University.

Trabajó como periodista en los diarios *Daily Gleaner* de Kingston, Jamaica, y fue la primera editora de un periódico de Belice, *The Reporter*.

De 1966 a 1968 fue profesora en la Academia de Santa Catalina de la ciudad de Belice. Fue jefa del Bureau de las Mujeres en el Gobierno de Belice en el periodo de que va 1981 a 1982, para luego de 1986 a 1987 ocupar el cargo de directora del Departamento de Asuntos de la Mujer. Posteriormente, continuó su labor docente en la Universidad de Belice, de 1988 a 1989, y en 1993 se desempeñó como profesora invitada en la Old Dominion University de Virginia. Actualmente imparte la asignatura de escritura creativa en el Departamento de Inglés de la Universidad de Kent, en Ohio.

Publicó la primera novela del Belice independiente, cuyo título es *Beka Lamb* (1982), tan sólo un año después de que el país obtuviera su

independencia respecto de la Gran Bretaña. Esta es, por tanto, la primera novela de una nación y la primera que obtiene reconocimiento internacional. *Beka Lamb* obtuvo el galardón inglés Fawcett Society Book Prize en 1983. Además forma parte de los textos de lectura obligatorios en las "*High Schools*" de los países caribeños de habla inglesa. Ha sido traducido al alemán y se incluye en *500 Great Books by Women, a Reader's Guide* (1994). El cuento "My Uncle Theophilus" obtuvo el Premio Canute A. Brodhurst para cuento y fue publicado, en 1999, en *The Caribbean Writer*. Posteriormente publicó las novelas *In Times Like These* (1991), *The Festival of San Joaquin* (1997) y *Time and the River* (2007).

Ha sido antologada en *Der Moedervlek Suite* (1987), *Her True, True Name* (1989), *Daughters of Africa* (1991), *Memories, Dreams and Nightmares: A Short Story Anthology by Belizean Women Writers* (2005) y en *Stories from Blue Latitudes*. *Caribbean Women Writers at Home and Abroad* (2006).

Zoila Ellis
(1957)

Nació en Belice, en el pueblo garífuna de Dangriga. Creció en diferentes zonas rurales y para asistir al colegio tenía que caminar largas distancias, lo que ayudó a que desarrollara su imaginación inventando historias para acortar el trayecto. En 1974 ingresó en la West Indies University y se licenció en Derecho. En 1980 regresó a Belice y trabajó como magistrada y consejera de la Corona.

Fue la primera directora del Centro de Ayuda Legal de Belice, es una mujer comprometida en el trabajo con organizaciones de mujeres. Realizó estudios en el Reino Unido y vivió algún tiempo en República Dominicana. Actualmente vive en San Vicente y las Granadinas, es cónsul honoraria de su país y trabaja como abogada independiente.

Ha escrito poesía, cuento y ensayo. Es la única autora de Belice que ha sido traducida al español. *On Heroes, Lizards and Passions* (1988) fue publicado como *De héroes, iguanas y pasiones* (2003) por la editorial española Zanzíbar. Ha sido incluida en la antología de cuento *Snapshots of Belize: An Anthology of Short Fiction* (1995).

Holly Edgell
(1969)

Hereda de su madre, Zee Edgell, la pasión por la escritura. Llevó a cabo estudios de periodismo en la Universidad del Estado de Michigan con el apoyo de una beca del Gobierno de Belice, luego de que resultara ganadora en el certamen Señorita Belice 1986-1987. Posteriormente, realiza una maestría en Periodismo en la Universidad de Kent. Se ha dedicado a la enseñanza del periodismo en la Universidad A&M de Florida desde el 2001, después de haberse desempeñado como productora de noticias en la televisión norteamericana. En este espacio de comunicación, que inició en 1991, se desempeñó como la primera directora de noticias televisivas de Belice con el programa *Noticias 5*, supervisando el departamento de noticias y produciendo el programa.

Holly Edgell ha sido incluida en la antología *Memories, Dreams and Nightmares: A Short Story Anthology by Belizean Women Writers* (2005).

Ivette Holland
(1972)

Estudió en escuelas católicas de la ciudad hasta que se trasladó a LeMoyne College donde estudió la licenciatura en Español y posteriormente la maestría en Español en el Boston College. Actualmente es profesora de composición y literatura en el St. John’s Junior College en la ciudad de Belice. Ha sido incluida en los dos volúmenes de la antología *Memories, Dreams and Nightmares: A Short Story Anthology by Belizean Women Writers* (2002) y (2005).

Arifah Lightburn
(1979)

Realizó estudios de licenciatura en biología y estudios generales en la Universidad de St. John en la ciudad de Belice.

Escribe artículos con relación a los procesos que atañen a las mujeres para el periódico *Amandala*. Es incluida en la obra *Memories, Dreams and Nightmares: A Short Story Anthology by Belizean Women Writers* (2005).

Carol Fonseca

Nació en Belice, pero estudió la licenciatura en Arte en el Viterbo College de Wisconsin, en Estados Unidos, posteriormente la maestría en Arte en la Universidad de Leeds en Inglaterra y, finalmente, el doctorado en la West Indies University, de Barbados.

La escritora recibió el Premio Nacional de Poesía de Belice en los años 1991 y 2000.

Sus poemas y obras teatrales han aparecido en varias antologías. La obra *Memories, Dreams and Nightmares: A Short Story Anthology by Belizean Women Writers* (2002) incluye un cuento de su autoría.

Corinth Morter-Lewis

Nació en la ciudad de Belice y ha realizado estudios en diferentes instituciones de Belice, Estados Unidos y Canadá, alcanzando el grado de doctora en Psicología Clínica.

Su carrera como escritora se inicia en 1957 cuando ganó su primer concurso de cuento. En 1965 y 1966 obtuvo premios en el Concurso Nacional de Poesía por sus poemas "Arise" y "United". Ambos poemas son ampliamente conocidos por los estudiantes de educación primaria.

En 1976, publicó el libro *Share My Song* que reúne alrededor de cuarenta de sus poemas, en los que trata temas como la niñez, la adolescencia y la juventud. Colaboró con el Consejo Nacional de las Artes en sus años formativos y fue su primera directora en 1981. Corinth trabaja actualmente en el Ministerio de Educación, pero continúa escribiendo. Ha sido antologada en la obra *Memories, Dreams and Nightmares: A Short Story Anthology by Belizean Women Writers* (2002).

Ivory Kelly

Nació en el pueblo de Sittee River del distrito de Stann Creek. Ha sido profesora durante diecisiete años y actualmente enseña inglés y literatura en la Universidad de St. John en la ciudad de Belice. Ha realizado una licenciatura en Educación Inglesa en la Universidad de Belice.

Su preocupación por las mujeres, la cultura y la sociedad de Belice se ve reflejada en sus cuentos. Ha sido incluida en la antología *Memories, Dreams and Nightmares: A Short Story Anthology by Belizean Women Writers* (2002).

Natalie Williams

Nació en Belice, donde realizó sus estudios de educación primaria y secundaria. Posteriormente, obtuvo la Beca del Gobernador que le permitió estudiar las licenciaturas de Educación en Inglés y de Educación en Arte por parte de la Universidad Victoria de la Columbia Británica, Canadá. Desde 1991 se desempeña como profesora de educación media superior y en el año 2000 se integra a la planta de profesores de la Universidad de St. John en la ciudad de Belice. Ha sido antologada en la obra *Memories, Dreams and Nightmares: A Short Story Anthology by Belizean Women Writers* (2005).

EL SALVADOR

Rafaela Contreras Cañas
(1869-1893)

De madre costarricense y padre hondureño nace en Costa Rica, pero pasa la mayor parte de su corta vida en El Salvador. Se une en matrimonio civil con Rubén Darío, el 21 de junio de 1890 en El Salvador, y en ceremonia religiosa, el 11 de febrero de 1891, en Guatemala. En abril de ese año publica su último cuento en el periódico guatemalteco *El Correo de la Tarde*. Da a luz a su único hijo el 11 de noviembre de 1891 en Costa Rica y muere el 26 de enero de 1893, en El Salvador, como consecuencia de las secuelas del parto.

La narrativa centroamericana de mujeres se inaugura con la producción cuentística de esta escritora, de la que se han logrado recuperar nueve cuentos publicados entre febrero de 1890 y abril de 1891 y difundidos en diferentes periódicos centroamericanos bajo el seudónimo de *Stella*. Su figura no ha tenido el reconocimiento que se merece en la historia literaria centroamericana, probablemente por encontrarse obscurecida por la sombra de Ruben Darío y por su temprana muerte.

Diferentes aspectos de su biografía personal y literaria han sido recuperados por el investigador salvadoreño Carlos Cañas-Dinarte en un texto inédito denominado “Las hijas de Minerva. Hacia una historia educativa y cultural de las mujeres salvadoreñas”.

En El Salvador cofunda la revista femenina *Ramo de Violetas*, cuyo primer número aparece en diciembre de 1890. Rafaela escribió el cuento “Mira la Oriental o la mujer de cristal” bajo el seudónimo de Emelina; aparecerá publicado en los periódicos *La Unión* (San Salvador, 10 de febrero de 1890) y *El Imparcial* (Guatemala, 31 de julio-2 de agosto de 1890). A partir del cuento “Reverie” utiliza el seudónimo de *Stella* (Periódico *La Unión*, San Salvador 10 de marzo de 1890; Revista *El Perú Ilustrado*, 17 de mayo de 1890). También publicó los cuentos “Violetas y palomas” (Revista *El Perú Ilustrado*, 11 y 18 de octubre de 1890), “La Turquesa”,“Delirio o Sonata” y “Umanzur”. En 1894, Arturo A. Ambrogi da a conocer en el periódico literario salvadoreño *El Fígaro*, dos prosas de *Stella*: “El oro y el cobre” y “La canción de invierno”.

María Teresa Sánchez recopila nueve cuentos de Rafaela que serán integrados en el texto *El poeta pregunta por Stella* (1967). Sus cuentos también fueron recopilados en antologías diversas como la del nicaragüense Diego Manuel Siquiera en *Memoria general de El Salvador de 1888*; la de la norteamericana Evelyn Uhrhan-Irving que publica *Short Stories by Rafaela Contreras de Darío* (1965) y *Nueve cuentos de Rafaela Contreras de Darío (“Stella”)*; Osorio y Bernal la incluye en *Apuntes para un diccionario de escritoras americanas del siglo XIX*. En 1990, la escritora sería reconocida como la fundadora de la literatura femenina costarricense por los investigadores Guillermo Malavassi y Pedro Rafael Gutiérrez.

El cuento “Las ondinas” incluido en esta antología fue publicado en abril de 1890 en *El Repertorio Salvadoreño*.

Claribel Alegría
(1924)

Su nombre completo es Clara Isabel Alegría Vides. Nació en Estelí, Nicaragua, y es hija de madre salvadoreña y de un médico nicaragüen-

se, quien fuera objeto de represión política a causa de su oposición a la ocupación de Nicaragua por parte de fuerzas estadounidenses. Por esta razón, la familia se ve obligada a exiliarse en Santa Ana, El Salvador, cuando Claribel contaba con sólo nueve meses de nacida y, por ello, se considera a sí misma centroamericana y salvadoreña.

Escribe desde pequeña, dictándole poemas a su madre. Su obra refleja un profundo conocimiento de la realidad nicaragüense, salvadoreña y latinoamericana; y una preocupación por la situación de la mujer en las sociedades centroamericanas. En la casa familiar tuvo oportunidad de conocer a personalidades literarias como el salvadoreño Salarrué, el mexicano José Vasconcelos, quien la bautizaría como Claribel cuando ella tenía sólo seis años de edad, y el guatemalteco Miguel Ángel Asturias.

En 1943, partió becada hacia la Universidad de Loyola, en Nueva Orleans, Estados Unidos, pero finalizó su *Bachelor of Arts* en Filosofía y Letras, en 1948, en la Universidad George Washington con sede en Washington. Entre los años 1944 y 1947 tuvo como mentor al poeta español Juan Ramón Jiménez, ganador del Premio Nobel de Literatura. Estudió con él en una época en que Claribel Alegría trabajaba como traductora y secretaria en la Unión Panamericana, después llamada Organización de Estados Americanos (OEA).

El 29 de diciembre de 1947, en Washington, contrajo matrimonio con el escritor, periodista y diplomático estadounidense Darwin J. "Bud" Flakoll. Tuvieron cuatro hijos, tres mujeres y un varón con quienes vivieron en México, Santiago de Chile, Buenos Aires, Montevideo, París, Palma de Mallorca y Nicaragua, que será el lugar de residencia desde septiembre de 1979.

Su obra poética ha sido parcialmente traducida a 14 idiomas; su narrativa al inglés, francés, polaco y holandés; y su obra testimonial al inglés y japonés.

Entre las principales obras narrativas que ha escrito Claribel Alegría se encuentran los relatos para niños *Tres cuentos* (1958) y *El niño que buscaba a ayer* (1994), las novelas cortas *El detén* (1977) y *Álbum familiar*, publicada en versión holandesa (1982); *Pueblo de Dios y de Mandinga* (1985); *Apage satanás*, versión polaca de *El detén* (1985); *Despierta mi bien, despierta* (1986); la novela *Luisa en el país de la rea-*

lidad (1987) y traducida al inglés en ese mismo año. En coautoría con D.J. Flakoll, escribió la novela *Cenizas de Izalco* (1966) y las obras testimoniales *Nicaragua: la Revolución Sandinista* (1982), *No me agarra viva* (1983), *Para romper el silencio* (1984), *Fuga de canto grande* (1992), *Death of Somoza* (1996) y *Túnel de canto grande* (1997).

Entre numerosos reconocimientos, Claribel Alegría ha sido galardonada con el Premio de Poesía Casa de las Américas, en 1978, por el poemario *Sobrevivo* (1964); también fue becaria en 1996 de la Fundación Civitella Ranieri de Umbría, Italia; la novela *Cenizas de Izalco* (1966) fue finalista en 1997 del Premio Biblioteca Breve de Seix Barral, Barcelona, España; el libro *Sorrow* (1999) fue elegido por la Academia de Poetas Norteamericanos como libro para el club de sus lectores en el 2002. Finalmente, le fue rendido homenaje y otorgado un reconocimiento por su labor como escritora nicaragüense en el marco del Primer Congreso de Escritoras Centroamericanas realizado en Managua, Nicaragua en el año 2002.

Carmen González-Huguet
(1958)

Su presencia ha sido permanente en la literatura de El Salvador a partir de 1981. Ha publicado cuatro poemarios, *Locuramor* (1999) es el más reciente, y la novela *Un rostro en el espejo* (2005). Conserva inéditos once poemarios y dos libros de cuentos. Realizó la compilación, notas y estudio introductorio de los dos tomos de la publicación *Poesía completa de Claudia Lars* (1999).

Ha obtenido diversos premios literarios por su obra, en poesía y cuento en El Salvador y Guatemala. Entre estos se encuentra el Premio de la Comisión Interamericana de Mujeres, capítulo El Salvador, como la mujer más destacada en la rama de letras en el año de 1987. Más tarde, en 1997, el primer lugar en el II Certamen Centroamericano de Literatura Femenina en la rama de cuento, que fue publicado en la *Colección Mujeres*, en un volumen que reúne el conjunto de las obras premiadas en ese año.

Aída Párraga
(1966)

Nació en San Salvador el 7 de agosto de 1966. Su primera incursión en las artes la hace en el teatro, del cual hasta el día de hoy no se desliga. Se ha desenvuelto como docente en la Universidad de Economía y Negocios de Beijing y en la Universidad de Idiomas Extranjeros, en la República Popular de China, donde residió un año para luego moverse a Phnom Penh, Capital de Camboya, en donde fija su residencia hasta enero de 2000. Fue corresponsal en el exterior, de 1997 a 1999, para *La Prensa Gráfica*, medio en el que publica una serie de quince artículos que consisten en crónicas de viaje y temas relacionados al arte.

En 1995 ganó el primer lugar en la rama de ensayo del Certamen Centroamericano de Literatura Joven Femenina, convocado por la unesco. Ese mismo año fundó el grupo poético *Poesía y más*… con el que inicia en el país un movimiento de recitales de poesía dramatizada, cuyo guion, montaje escénico y escenografía corre a su cargo, realizando, en un periodo de dos años, más de treinta recitales en diferentes instituciones y centros culturales. Posteriormente, en noviembre de 1996 funda, junto con el arquitecto y pintor Carlos Párraga, el programa radial *La Bohemia*, en el que desarrollan entrevistas a artistas de diversa índole, además de promocionar eventos y regalar libros, el programa se transmite desde los estudios de Radio ysuca.

En 1998, ganó, con *Catatonia*, los Primeros Juegos Florales de San Salvador, también publicó su primer poemario, *Letralia*, conformado por epígrafes; además de diversas publicaciones en revistas especializadas, tanto nacionales como internacionales, y en los periódicos más importantes del país, entre ellos, la columna “La Bohemia” en el semanario *Suplemento Cultural 3000*.

En junio de 2000 es invitada a participar como poeta representante de El Salvador en el x Festival Internacional de Poesía de Medellín. Su trabajo ha sido incluido en una antología poética de escritores latinoamericanos en portugués a cargo del maestro Thiago de Mello. Este año también es incluida en *Alba de otro milenio*, antología de poetas jóvenes a cargo del escritor salvadoreño Ricardo Lindo.

En diciembre de 2001, la editorial argentina Proa en las Letras y las Artes, edita *El espíritu del viento y otros cuentos*, un libro formado por siete cuentos. El cuento "Y llegó el desarrollo…" es traducido al francés e incluido en la antología *Cuentos de escritoras latinoamericanas* (2003) a cargo de Agnes Poirier, en París.

Aída Párraga cuenta con seis poemarios, dos obras de cuento y un libro de crónicas inéditos.

Claudia Hernández (1975)

Licenciada en Comunicación por la Universidad Tecnológica de El Salvador, realizó también estudios de Derecho. Es la única escritora salvadoreña en obtener el Premio Juan Rulfo, en 1998, y en el 2004 consiguió el premio Anne Seghers, en Alemania. Ha publicado los libros *Otras ciudades* (2001), *Mediodía de frontera* (2002) y *Olvida uno* (2005). Sus cuentos se publicaron originalmente en periódicos de El Salvador. "Melissa: Juegos 1 al 5" fue publicado en la antología de cuento centroamericano denominada *Cicatrices* (2004) que compila Werner Mackenbach y que originalmente fuera publicada en Alemania en el 2002. Otras antologías que la incluyen son *Los centroamericanos* (2002), *Un retrato del cuento centroamericano* (2004), *Pequeñas resistencias 2. Antología del cuento centroamericano contemporáneo* (2003) y *Antología de cuentistas salvadoreños* (2004). Actualmente se desempeña como catedrática de la Escuela Superior de Economía y Negocios.

MÉXICO

Consuelo Meza Márquez
(1950)

Es socióloga, crítica literaria, feminista, especialista en literatura de mujeres centroamericanas. Profesora de la licenciatura en Sociología, coordina el Cuerpo Académico de Estudios de Género adscrito al Departamento de Sociología y Antropología del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Ha publicado los siguientes libros individuales y colectivos: *La utopía feminista. Quehacer literario de cuatro narradoras mexicanas contemporáneas* (2000), incluido en Google Books; *Narradoras centroamericanas contemporáneas. Identidad y crítica socioliteraria feminista* (2007, reimpresión 2008); *Diccionario bibliográfico de narradoras centroamericanas con obra publicada entre 1890 y 2010* (2012); *La escritura de poetas mayas contemporáneas producida desde excéntricos espacios identitarios* (2015, coautoría con Aida Toledo); *Aportaciones para una historia de la literatura de mujeres de América Central* (2009, compilación); *Reinventando el presente. De la apropia-*

ción del cuerpo a la construcción de la ciudadanía (2010, compilación); *El cuerpo femenino. Denuncia y apropiación en las representaciones de la mujer en textos latinoamericanos* (2010, compilación); *Mujeres en las literaturas indígenas y afrodescendientes en América Central* (2015, compilación con Magda Zavala).

Son numerosas sus colaboraciones en libros publicados en México, Ecuador y Venezuela; asimismo, en revistas como *Istmo*, *Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos en* EUA; en México, *Revista de Estudios Latinoamericanos* de la UNAM y en la revista *GénEros* de la Universidad de Colima. En Centroamérica, en la revista *Comunicación* del Instituto Tecnológico de Costa Rica; en *Diálogos*, revista electrónica de Historia de la Universidad de Costa Rica; en *La Cuerda* de Guatemala; y en *Carátula*, revista cultural centroamericana que tiene como director al escritor Sergio Ramírez. Es productora del Programa de Radio *De mujeres… símbolo y pensamiento* que se emite en Radio UAA, en vivo, una hora a la semana desde marzo de 1991.

Listado de cuentos por país

Belice

"A Tiny Roach", Arifah Lightburn, en *Memories, Dreams and Nightmare*.Vol. 2 (Varias autoras). Cubola, Benque Viejo, 2005, pp. 87- 102.

"A Woman Just Can't Win", Holly Edgell.

"Breaking the Silence", Carol Fonseca, en *Memories, Dreams and Nightmares*. Vol. 1 (Varias autoras). Cubola, Benque Viejo, 2002, pp. 121-131.

"Going Home", Natalie Williams, en *Memories, Dreams and Nightmares*.Vol. 2. Cubola, Benque Viejo, 2005, pp. 82-86.

"My Rice and Coconut Milk", Ivette Holland, en *Memories, Dreams and Nightmares*.Vol. 2 (Varias autoras). Cubola, Benque Viejo, 2005, pp. 51-59.

"My Uncle Theophilus", Zee Edgell, en *Memories, Dreams and Nightmares*.Vol. 2 (Varias autoras). Cubola, Benque Viejo, 2005, pp. 15-25.

"The Real Sin", Ivory Kelly, en *Memories, Dreams and Nightmares*. Vol. 1 (Varias autoras). Cubola, Benque Viejo, 2002, pp. 98-106.

"The Rocking Chair", Corinth Morter-Lewis, en *Memories, Dreams and Nightmares*.Vol. 1 (Varias autoras). Cubola, Benque Viejo, 2002, pp. 54 -77.

"White Christmas an' Pink Jungle", Zoila Ellis, en *On Heroes, Lizards and Passion*. Cubola, Benque Viejo del Carmen, pp. 89-107.

Costa Rica

"Bodas de oro", Luz María de la Cruz Redón, en *Relatos del desamor* (Varias autoras). Editorial Mujeres, San José, 1998, pp. 77-93.

"De la que amó a un toro marino", Magda Zavala, en *Relatos de desamor.* Editorial Mujeres. San José. 1998. pp. 123-135.

"De piedra", Hilda Chacón.

"El pique", Linda Berrón, en *Relatos de mujeres*. Editorial Mujeres, San José, 1996, pp. 155-159.

"En dos", Carmen Naranjo, en *En partes*. Farben, San José, 1994, pp. 22-26.

"Juego de inocentes", Dorelia Barahona, en *La señorita Florencia y otros relatos*. Perro Azul, San José, 2003, pp. 39-46.

"La lagartija de la panza blanca", Yolanda Oreamuno. http://www.editorialcostarica.com/yolandaoreamunocuento.htm.

"Los Reyes Magos y la muñeca", Virginia Grütter. http://www.editorialcostarica.com/virginiagrutterrelato.htm

"Macha", Vilma Loría, en *Ellas y nosotras*. Alajuela, 2002, pp. 29-55.

"María Francisca Álvarez: el honor recuperado", Tatiana Lobo, en *Entre Dios y el diablo*. Guayacán, Costa Rica, 1999, pp. 65-74.

"Medea", Emilia Macaya, en *Sombra en el espejo*. Editorial Costa Rica, San José, 1987, pp. 15-22.

"Orgasmo", Marta Rodríguez, texto obtenido a partir del correo electrónico: rima-lista@tau.tau.org.ar (10 nov, 2002).

"Parábola del edén imposible", Rima de Vallbona, en *Mujeres y agonías*. Arte Público Press. University of Houston, Houston, 1994 (3ª ed., 1ra ed. en 1986), pp. 21-25.

"Una historia corriente", Anacristina Rossi, en *Situaciones conyugales*. Red Editorial Iberoamericana, 1993, pp. 127-140.

El Salvador

"Invitación", Claudia Hernández, en *Melodía de frontera*. Consejo Nacional para la Cultura y el Arte. San Salvador. 2002. pp. 31-36.

"Jimmy Hendrix toca mientras cae la lluvia", Carmen González-Huguet.

"Las ondinas", Rafaela Contreras Cañas. En *Nueve cuentos de Rafaela Contreras de Darío ("Stella")*. Evelyn Urharn de Irving (compiladora). Fundación Internacional Rubén Darío, Managua, 1995, pp. 16-26.

"Luisa y la gitana", Claribel Alegría. En *Luisa en el país de la realidad*. UCA, San Salvador, 1997, p. 24.

"Malena y la loca", Aída Párraga.

Guatemala

"1", Eugenia Gallardo. En *No te apresures en llegar tarde a la torre de Londres porque la torre de Londres no es el Big Ben*. Llerena, Guatemala. 1999, p. 7.

"Alegato de una tecuna", Aída Toledo. En *Pezóculos*. Palo de Hormigo, Guatemala, 2001, p. 26.

"Aquella luna de miel", Myra Muralles. En Periódico *La Cuerda*. Guatemala, noviembre 2005, p. 9.

"Desaparecida", Ivonne Recinos.

"Dos", Ligia Rubio-White. En *Desde la casa del cuento* (Varios autores). Cultura, Guatemala, pp. 79-80.

"El arte conceptual ruso", Marcela Valdeavellano.

"Esarrola", Ruth Piedrasanta. En *Condición de paso*. Pensativo, Guatemala, 2002, pp. 11-19.

"Invierno en verano", Circe Rodríguez. En *Deshojando margaritas*. Red Internacional del Libro, Santiago de Chile, 1996, pp. 23-27.

"La distancia es como el mar", Mildred Hernández. En *Orígenes*. Oscar de León Palacios, Guatemala, 1995, pp. 103-110.

"La mujer arcoíris", Guisela López.

"La señorita Carmela", Gloria Hernández. En *Desde la casa del cuento* (varios autores). Cultura, Guatemala, 1998, pp. 45-47.

"Maclovia", Norma García Mainieri. En *Nuevos poemas y dos cuentos*. Oscar de León Palacios, Guatemala, 1998, pp. 69-82.

"Memorias de la Maestra U"., Corina Bress. En *Hijas de Shakti*, Editorial X, Guatemala, 1998, pp. 28-34..

"Monja de clausura", Ana María Rodas.", en *Mariana en la tigrera*. Artemis-Edinter, Guatemala, 1996, pp. 24-30.

"Te extraño", Patricia Cortezen *Desde la casa del cuento* (Varios autores). Cultura, Guatemala, 1998, pp. 27-28.

"Un cuento a lo Corín Tellado con múltiples finales (elija el que más le guste)", Jessica Masaya Portocarrero. En *Diosas decadentes*. Cultura, Guatemala, 2001, pp. 53-80.

Honduras

"Domingo por la noche", María Eugenia Ramos. En *Una cierta nostalgia*. Guardabarranco, Tegucigalpa, 2000, pp. 31-39.
"Dora Corazón", Waldina Mejía. En *La tía Sofi y otros cuentos*. Universitaria, Tegucigalpa, 2002, pp. 21-25.
"Él", Rocío Tábora. En *Guardarropa*. Iberoamericana, Tegucigalpa, 2001, pp. 20-22.
"El bandido de Sensentí", Argentina Díaz Lozano. En Acosta, Oscar, "Los premios nacionales de literatura", Tegucigalpa, 1973.
"La Libertad", Leticia de Oyuela. En *Las sin remedio*. Mujeres del siglo XX. Guaymuras, Tegucigalpa, 2001, pp. 104-122.
"La violación de un día de paz", Alejandra Flores Bermúdez.
"Monólogo", Marta Susana Prieto. En *Animalario*. Letra Negra. Guatemala. 2002. pp. 45-46.
"Odio", Lucila Gamero de Medina. En *Cuentos Completos de Lucila Gamero de Medina* (Carolina Alduvín, compiladora). Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Tegucigalpa, 1997, pp. 189-218.
"Punto G", Jessica Isla.
"Rosario", Aída Castañeda. En *Si se pudiera congelar el tiempo*. Ideas Litográficas, Tegucigalpa, 2003, pp. 35-45.
"Señorita en la cuadra", Lety Elvir Lazo. En *Sublimes y perversos*. López, Tegucigalpa, 2005, pp. 86-92.

Nicaragua

"Correr tras las cosas queridas", María del Carmen Pérez Cuadra. En *Sin luz artificial* (narraciones), Fondo Editorial CIRA, Managua, 2004.
"Doña Leonor", Rosario Aguilar. En *La niña blanca y los pájaros sin pies*. Nueva Nicaragua, Managua, 1992, pp. 111-121.
"El nombre de la rosa", Michele Najlis. En *Ars combinatoria*. Nueva Nicaragua, Managua, 1988, p. 198.
"En secreto", Marisela Quintana. En *Simples asuntos femeninos*. Universidad Nacional de Ingeniería, Managua, 1999, pp. 17-22.

“La mujer y el telar”, Cynara Michelle Medina. En *Polvo de ángel. 400 Elefantes*, Managua, 2002, p. 35.
“Llamas y sombras”, Helen Dixon.
“Maris Stella”, Helena Ramos.
“Una mujer llamada Carmela”, Irma Prego. En *Mensajes al más allá*. Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1988.

Panamá

“De armas tomar”, Marisín Reina. En *Dejarse ir.* Fundación Cultural Signos, Panamá, 2003, pp. 49-56. Permiso otorgado por la Fundación Cultural Signos.
“El encuentro”, Bessy Reyna. En *ab ovo*. Instituto Nacional de Cultura, Panamá, 1976, pp. 82-87.
“El espejo lúdico”, Lupita Quirós Athanasiadis.
“El fuego sobre la lluvia, Giovanna Benedetti. Tomado de: http://lluvia.atspace.com/fuego/index.html
“Último día de vacaciones”, Gloria Melania Rodríguez Molina.
“Guayacán de marzo”, Bertalicia Peralta. En *Puros cuentos*. Hamaca, Panamá, 1988, pp. 45-51.
“Hechizo de amor”, Rosa María Britton. En *La nariz invisible y otros misterios*. Torremozas, Madrid, 2000, pp. 7-20.
“Kathryn Carmichael”, Erika Harris. En *La voz en la mano*. Fundación Cultural Signos, Panamá, 2003, pp. 153-156.
“La bailarina de Selb”, Gloria Guardia.
“Socrática”, Yolanda Judith Hackshaw Mathews. Texto proporcionado por la autora vía correo electrónico. Apareció en el libro *Corazones en la pared*, Fundación Cultural Signos, Panamá.
“¡Una madre como ésa!”, Isabel Herrera de Taylor.
“Un malentendido”, Melanie Taylor Herrera.

Penélope
SETENTA Y CINCO CUENTISTAS CENTROAMERICANAS

Primera edición 2017

El cuidado de la edición estuvo a cargo del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.